



Recordando 1932: La Matanza, Roque Dalton y la Política de la Memoria Histórica

Héctor Lindo Fuentes, Erik Ching
y Rafael Lara Martínez



FLACSO
EL SALVADOR

Recordando 1932: La Matanza, Roque Dalton y la Política de la Memoria Histórica

Héctor Lindo Fuentes, Erick Ching y Rafael Lara Martínez

Traducción por Knut Walter

972.84

L747r Lindo Fuentes, Héctor. 1952-

Recordando 1932 : la matanza, Roque Dalton y la política de la
sv memoria histórica / Héctor Lindo Fuentes, Erik Ching; Rafael Lara
Martínez ; tr. Walter Knut. -- 1a. ed. -- San Salvador, El Salv. :
FLACSO Programa El Salvador, 2010.
367 p. ; 23 cm.

Título de versión original en inglés: Remembering a massacre in El
Salvador: The insurrection of 1932, Roque Dalton and the politics of
historical memory. -- Traducción del inglés al español.

(Continúa en ficha 2)

BINA/jmh

972.84

L747r Lindo Fuentes, Héctor. 1952-

Recordando 1932 : la matanza, Roque ... 2010

(Ficha 2)

ISBN 978-99923-33-33-4 (versión español)

1. El Salvador-Historia--Guerra civil. 2. Cronología histórica-El
Salvador. 3. Guerra civil-Relatos personales. 4. Memoria histórica.
I. Lara Martínez, Rafael, coaut. II. Ching, Erick, coaut.
III. Título.

BINA/jmh

Primera edición, enero de 2010

© Versión en español

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales

FLACSO – Programa El Salvador

www.flacso.org.sv

flacsoelsalvador@flacso.org.sv

Todos los derechos reservados

Título de la edición original

Remembering a massacre in El Salvador: The insurrection of 1932, Roque Dalton and the Politics of Historical Memory, Albuquerque, 2007, University of New Mexico Press; Héctor Lindo-Fuentes, Erik Ching y Rafael Lara-Martínez

Las opiniones expresadas en esta obra son de la exclusiva responsabilidad de los autores y no necesariamente reflejan los puntos de vista de FLACSO – Programa El Salvador.

La publicación de este libro ha sido posible gracias al apoyo de la Agencia Sueca para el Desarrollo Internacional (ASDI – SAREC).

Traducción al castellano

Knut Walter

Diseño e impresión

Imprenta Ricaldone

ISBN: 978-99923-33-33-4s

Hecho el depósito de ley

Impreso en Imprenta y Offset Ricaldone

500 ejemplares

San Salvador

El Salvador, C.A.

ÍNDICE

Presentación	VII
Agradecimientos	IX
Introducción	13
Capítulo 1:	
El levantamiento y la matanza de 1932	39
Capítulo 2:	
Los antecedentes históricos	89
Capítulo 3:	
La vida y la obra de Roque Dalton anterior a <i>Miguel Mármol</i>	121
Capítulo 4:	
Dalton, Mármol y los cuadernos	165
Capítulo 5:	
La política de la izquierda y los recuerdos de 1932	213
Capítulo 6:	
La política de la derecha y las memorias de 1932	251
Conclusión	289
Apéndice	303
Documento 3-1: Roque Dalton, "Testimonio de la generación comprometida," <i>La Prensa Gráfica</i> , 28 de abril de 1957	303
Documento 5-1: Informe de Jorge Fernández Anaya sobre El Salvador, septiembre de 1930	305
Documento 5-2: Informe del camarada H ante el Buró de Investigación del Caribe, fines de 1932	311
Documento 5-3: Respuesta del camarada R al camarada H, comité investigador del Buró del Caribe, fines de 1932	317
Documento 5-4: Respuesta del camarada H, Buró de Investigación del Caribe, fines de 1932	321
Documento 5-5: Informe sobre El Salvador preparado por camaradas de Santa Ana, 1936	325
Documento 5-6: Miguel Mármol, Breves notas históricas sobre el movimiento obrero en El Salvador, 1948	330
Documento 5-7: David Luna, <i>Tribuna Libre</i> , "La insurrección de 1932," 1963	334
Documento 5-8: Roque Dalton, manuscrito inédito de 1972 sobre la historia del Partido Comunista de El Salvador	338
Documento 6-1: "El relato de un hacendado," 1932	343
Documento 6-2: Mensaje del Señor Presidente de la República, leído ante la Asamblea Nacional, en el acto de la apertura de su período de sesiones ordinarias, el día 4 de febrero de 1932	347
Documento 6-3: Joaquín Méndez, <i>Los sucesos comunistas</i> , 1932	349
Documento 6-4: Jorge Schlesinger, <i>Revolución Comunista: ¿Guatemala en peligro?</i> , 1946	353
Documento 6-5: "¿Cómo Nació la Dictadura?" Editorial de <i>La Tribuna</i> , 1952	359
Documento 6-6: Enrique Córdova, Memorias, "General Maximiliano Hernández Martínez", década de 1960	362
Documento 6-7: "¿Un enfrentamiento es inevitable?" columna de opinión de Sydney Mazzini en <i>El Diario de Hoy</i> , 1977	365
Bibliografía	369

LISTA DE ILUSTRACIONES

1	Intro Roque Dalton durante su exilio en Praga, alrededor de 1966-1967	14
1-1	Fotografía de las Víctimas de la Matanza, tomada del libro <i>Revolución Comunista</i> de Alfredo Schelesinger's	56
1-2	Portada del libro <i>Revolución Comunista</i>	63
1-3	Linchamiento de Feliciano Ama en Izalco, mostrado en el libro <i>Revolución Comunista</i>	77
2-1	Mapa de El Salvador indicando los principales sitios del levantamiento de 1932	90
3-1	Roque Dalton, tal y como aparece en su fotografía de diploma de bachillerato, 1952	123
3-2	Roque Dalton en brazos de simpatizantes luego de ser liberado de prisión, alrededor de 1960	128
3-3	Encabezado de <i>El Diario de Hoy</i> , 30 de octubre, 1964	129
4-1	Página del cuaderno original de Roque Dalton	173
4-2	Página del cuaderno original de Roque Dalton	175
4-3	Página del cuaderno original de Roque Dalton	176
4-4a	Página del cuaderno original de Roque Dalton	184
4-4b	Página del cuaderno original de Roque Dalton	185
4-5a	Página del cuaderno original de Roque Dalton	186
4-5b	Página del cuaderno original de Roque Dalton	187
4-6	Página del cuaderno original de Roque Dalton	189
4-7	Página del cuaderno original de Roque Dalton	193
4-8	Página del cuaderno original de Roque Dalton	194
4-9	Página del cuaderno original de Roque Dalton	196
4-10	Página del cuaderno original de Roque Dalton	196
4-11	Página del cuaderno original de Roque Dalton	200
4-12	Página del cuaderno original de Roque Dalton	202
4-13	Página del cuaderno original de Roque Dalton	205
4-14	Página del cuaderno original de Roque Dalton	207
5-1	Miguel Mármol, alrededor de 1960 ó 1970	226
5-2	Roque Dalton durante su exilio en Cuba con el poeta Roberto Retamar, alrededor de 1960	243
6-1	Encabezado de el periódico <i>El Diario de Hoy</i> , del 21 de enero de 1932, Describiendo el levantamiento como "comunista"	254
6-2	Fragmento de noticia sobre "tragedia comunista de 1932", que apareció en el periódico <i>El Diario de Hoy</i> , el 16 de enero de 1932 .	271

ACRÓNIMOS Y ABREVIATURAS

ARENA	Alianza Republicana Nacionalista
CC	Comité Central
CCE	Comité Central Ejecutivo
CE	Comité Ejecutivo
CI	Internacional Comunista o Comintern
CN	Consejo Nacional
CTG	Confederación de Trabajadores de Guatemala
ERP	Ejército Revolucionario del Pueblo
FMLN	Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional
FPL	Fuerzas Populares de Liberación Farabundo Martí
FRTS	Federación Regional de Trabajadores Salvadoreños
ORDEN	Organización Democráticas Nacionalista
PCS	Partido Comunista Salvadoreño
PRTC	Partido Revolucionario de Trabajadores Centroamericanos
RN	Resistencia Nacional
SRI	Socorro Rojo Internacional

BIBLIOGRAFÍA Y ABREVIACIONES DE NOTAS FINALES

AGN	Archivo General de la Nación, San Salvador, El Salvador
CN	Colección de Nulos
FO	Oficina Exterior
GDC	Colección de documentos de Guatemala
LC	Librería del Congreso de los Estados Unidos
MG	Ministerio de Gobernación, El Salvador
PRO	Oficina del Registro Público, Londres, Inglaterra
RG	Registro de Grupo
RGASPI	Estado ruso, archivo de historia social y política
SI	Sección Indiferente
SNIE	Presupuesto Especial de Inteligencia Nacional
SS	Sección Sonsonate
USNA	Archivo Nacional de los Estados Unidos, Washington, DC
WNRC	Centro de Registro Nacional de Washington, Suitland, Maryland

PRESENTACIÓN

Como fenómeno político y social, la guerra civil de la década de los años 80 ha sido un proceso fuertemente debatido, así como el objeto de varios cientos de trabajos académicos locales y externos. Los Acuerdos de Paz que le pusieron fin y el posterior proceso de transición e institucionalización democrática observan el mismo comportamiento como foco de interés y preocupación académica y política. Transcurridos exactamente 18 años de la firma de los Acuerdo de Paz, si bien mucho hay aún por conocer, puede sostenerse que un buen esfuerzo de conocimiento y de reconstrucción de nuestro proceso político más reciente se ha operado, para el bien de nuestra memoria colectiva.

Este no es el caso, empero, de otros procesos políticos que han dejado huella sobre el país. A uno de estos procesos escasamente despejados por el conocimiento colectivo, probablemente el más emblemático de tal situación en nuestra historia reciente, se dedica el libro que aquí presentamos: El levantamiento campesino y la masacre que tuvieron lugar en el año de 1932. En este caso, los acontecimientos permearon la memoria de los salvadoreños más por la vía de las tradiciones orales que establecieron interpretaciones diversas sobre lo sucedido, que por la posibilidad de debatir y determinar con algún nivel de objetividad básica lo sucedido.

Con todo, lo cierto es que de alguna manera, todas y todos los salvadoreños sabemos que algo grave pasó en “el 32”. Se trata de un saber construido o adquirido silenciosa y oblicuamente, pues no fue usual que este tema se encontrara como un núcleo de la discusión pública en el país, y tampoco constituyó módulo nodal de la currícula educativa en algún nivel escolar. Por el contrario, fue por mucho tiempo un tema vedado o evadido en la discusión pública.

En definitiva, sin tener claridad de qué, cómo o por qué aconteció en aquel año determinado suceso; en la memoria colectiva salvadoreña “el 32” es real como fenómeno político. Cualquiera sea nuestro nivel de conocimiento o versión de lo sucedido, siempre hemos sabido que algo grave pasó, y actuamos en consecuencia según sea nuestra posición ideológica.

Todavía más, como referente histórico, 1932 influenció tanto el proceso político que se constituyó en un eje del imaginario ideológico de las fuerzas político-militares enfrentadas en la guerra civil de la década de los 80. En este orden, resulta curioso que en tanto referente de la lucha ideológica, izquierdas y derechas coincidieran en conceder una fuerte responsabilidad de lo acontecido al Partido Comunista de aquel momento, y encontraran en tal tesis una funcionalidad positi-

va para sus discursos y legitimaciones. Se trata de construir miedos y responsabilizar de los horrores; o de denunciar privilegios e impunidades y reivindicar liderazgos de vanguardia, tal tesis sobre “el 32” fue funcional en todo el siglo XX a los propósitos de los discursos políticos más distantes.

“Recordando 1932: La Matanza, Roque Dalton y la Política de la Memoria Histórica” es una obra dedicada al análisis y la comprensión de los acontecimientos, pero también de las visiones y las memorias construidas o reconstruidas sobre lo sucedido aquel año trágico en El Salvador. Sus autores Ching, Lara y Lindo, teniendo como punto de partida las entrevistas que en 1966 hiciera Roque Dalton al activista obrero y dirigente comunista sobreviviente Miguel Mármol, y la posterior obra titulada “Miguel Mármol”; asumen con detalle y rigor académico la reconstrucción y el debate sobre las memorias construidas sobre 1932, las condiciones que las posibilitaron o exigieron, y sus influencias sobre el curso posterior de la historia del país.

El presente trabajo proporciona datos, pero sobre todo nos enfrenta a visiones, reflexiones y un cuerpo de argumentaciones para ampliar la discusión y promover una mayor investigación que nos permita construir colectiva y responsablemente una memoria más clara, conciente y compartida de 1932.

La versión original del presente libro fue publicada en inglés por *the University of New Mexico Press*, bajo el título *Remembering a massacre in El Salvador: The insurrection of 1932, Roque Dalton and the Politics of Historical Memory*. Reconociendo los múltiples aportes del texto, FLACSO El Salvador consideró oportuno apoyar su impresión castellana. Consideramos que su contenido tiene el potencial de contribuir con seriedad a la necesaria discusión histórica y política en El Salvador; así a los requerimientos de enseñanza de la disciplina histórica, cuya desarrollo académico apenas ha comenzado en el país.

Agradecemos a los autores la confianza depositada en FLACSO para asumir este reto editorial, y su gestión para facilitar una versión castellana. Agradecemos también a la Agencia Sueca para el Desarrollo Internacional (ASDI- SAREC) por el respaldo financiero brindado que ha hecho posible la presente publicación; así como a la institución responsable de la versión inglesa por permitir la presente edición castellana del país donde los hechos acontecieron y la memoria fue construida.

Dejamos en manos de los lectores y lectoras, un texto que será de indudable utilidad para la comprensión y reconstrucción de la memoria de uno de los hechos políticos más dolorosos, pero también más influyente sobre el desenvolvimiento de nuestra historia en el siglo XX.

San Salvador, enero de 2010
Carlos G. Ramos
Director
FLACSO- Programa El Salvador.

AGRADECIMIENTOS

Este proyecto es el resultado de años de trabajo profesional, de tres académicos que juntaron esfuerzos debido a su interés mutuo en el tema. Sería imposible reconocer el gran número de personas que a lo largo de los años nos han ayudado con nuestras investigaciones. Reconociendo que no podemos incluir todas las deudas intelectuales, personales y financieras en que hemos incurrido, nos limitaremos a reconocer y agradecer a aquellas personas e instituciones que estuvieron más directamente involucradas en la elaboración de este libro.

En primer lugar, tenemos una gran deuda con la familia de Roque Dalton por permitirnos acceso a los documentos de su archivo personal. Fuimos los primeros académicos en ver el archivo, la oportunidad que nos brindaron fue extraordinaria. Hemos hecho lo posible por proporcionar una interpretación honesta y abierta de lo que encontramos. Durante este proceso ha aumentado nuestro aprecio por la cantidad y calidad del trabajo de Dalton. Él fue un valiosísimo autor y activista político que pagó con su vida su compromiso de hacer de El Salvador un país mejor.

Por años Carlos Gregorio López, el ex director del Programa de Historia de la Universidad de El Salvador (UES), ha sido uno de nuestros apreciados colegas en el estudio de la historia de El Salvador. Además de facilitar la estancia de Erik Ching en la UES, bajo el patrocinio del Programa Fulbright en la primavera de 2005, él organizó una conferencia pública en la Universidad que nos dio la oportunidad de presentar nuestras conclusiones preliminares ante la audiencia universitaria. Carlos Gregorio y sus colegas en el Programa de Historia de la UES han trabajado diligentemente para mantener la vitalidad del estudio de la historia en El Salvador de la posguerra.

Nuestro colega y amigo Knut Walter nos ayudó con la investigación, durante el proceso de elaboración del libro, y finalmente con la traducción al

castellano. No podemos pensar en ninguna otra persona con la combinación de conocimiento del tema y capacidad lingüística necesaria para hacer una traducción de este libro de tan alta calidad, como la que el lector tiene en sus manos.

Héctor Pérez Brignoli nos facilitó tres valiosos documentos de su colección privada. Los documentos mejoraron nuestro trabajo en gran medida y reconocemos con agradecimiento su generosidad.

Alfredo Ramírez fue nuestro siempre confiable asistente de investigación en El Salvador. Él se desempeñó con gran eficiencia y sentido de iniciativa, sus contribuciones al libro fueron de gran valor. Jaime Barba organizó un foro abierto sobre Roque Dalton en la UES que nos dio otra oportunidad de compartir nuestro trabajo con el público salvadoreño. También nos hizo comentarios sobre la política de izquierdas en la década de los 70 que nos ayudó a completar uno de los capítulos. Geovani Galeas nos entrevistó en su programa del Canal 10 lo que nos dio la oportunidad de presentar nuestro trabajo al público y conocer personas interesantes que se pusieron en contacto con nosotros como resultado de las entrevistas. Conversaciones personales con Mario Vázquez Olivera nos suministraron importantes perspectivas relevantes a este proyecto.

Deseamos también reconocer el apoyo de Carlos Henríquez Consalvi y el Museo de la Palabra y la Imagen por permitir el uso de fotografías de su colección. Recibimos el profesional y paciente apoyo del personal de varios archivos y bibliotecas, incluyendo al Archivo General de la Nación, la Biblioteca Nacional, la Biblioteca del Museo David J. Guzmán, la Biblioteca Walsh de la Universidad Fordham, la biblioteca James Buchanan Duke de la Universidad Furman, y el Archivo del Estado Ruso para la Historia Social y Política de Moscú, donde la archivista Svetlana Rosenthal fue particularmente servicial.

Para la última etapa de revisión y corrección de estilo del libro nuestro primer y más encarecido agradecimiento es para Lyman Johnson, director de la serie Diálogos de la editorial de la Universidad de Nuevo México. Sus incisivas observaciones fueron de enorme utilidad. El Dr. Johnson dedi-

có gran cantidad de tiempo al manuscrito, particularmente al primer borrador, y nos envió valiosos comentarios. No nos cabe duda de que gracias a su esfuerzo el resultado final ha sido mucho mejor. La profesora Judy Bainbridge, catedrática del departamento de literatura inglesa de la Universidad Furman, leyó el manuscrito para ofrecer una perspectiva desde afuera de la disciplina. Sus observaciones y sugerencias fueron de gran utilidad. También quisiéramos agradecer los valiosos comentarios de los pares evaluadores anónimos de la editorial de la Universidad de Nuevo México.

La publicación en castellano para el público salvadoreño no habría sido posible sin el constante apoyo y dedicación de las autoridades de FLACSO en El Salvador; el muy recordado Carlos Briones, que lamentablemente falleció antes de ver el libro impreso, y Carlos Ramos, que dio seguimiento a la publicación de esta traducción de principio a fin.

Parte del financiamiento que hizo posible este proyecto fue proporcionado por el Programa Fulbright del Council on International Educational Exchange que permitió a Erik Ching pasar el semestre académico de la primavera de 2005 en El Salvador. Los programas de investigación y promoción profesional y de planeación de propuestas de beca de la Universidad Furman le dieron tiempo a Ching para dedicarse a escribir. La Universidad Fordham y el Tecnológico de Nuevo México proporcionaron apoyo financiero a Lindo-Fuentes y a Lara Martínez para trabajar en este proyecto.



INTRODUCCIÓN

La historia se convierte en mito tan pronto como es recordada, narrada y utilizada, es decir, entrelazada con el presente.

Jan Assmann¹

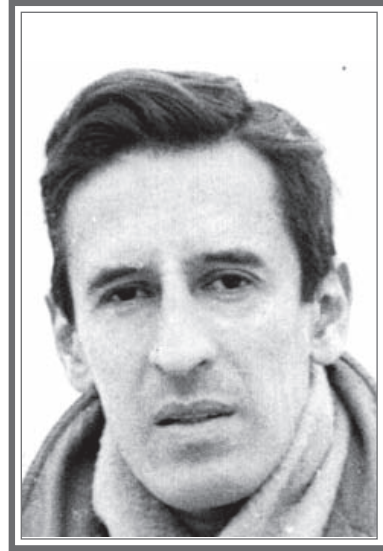
Hacia fines de enero de 1932, miles de campesinos pobres del occidente de El Salvador se alzaron en rebelión. Armados en su mayoría de machetes y unos cuantos fusiles, atacaron cerca de una docena de municipalidades, además de asaltar los cuarteles del ejército en las cabeceras departamentales de Sonsonate y Ahuachapán. Los rebeldes no lograron tomarse estas dos ciudades pero sí lograron hacerse de más de media docena de poblados geográficamente pequeños pero demográficamente poblados. Dirigieron sus ataques a los puntos donde se ubicaba el poder local, tales como oficinas municipales y las casas de la elite. La rebelión duró alrededor de tres días hasta que el ejército logró reagruparse y retomar las poblaciones ocupadas. Ante la contraofensiva del ejército, los rebeldes se replegaron rápidamente debido al armamento superior de los soldados. Al momento de suprimirse la rebelión, los insurrectos habían matado entre cincuenta y cien personas.

Cuando el ejército retomó los pueblos que habían caído en manos rebeldes, apenas se iniciaba la respuesta devastadora del Estado al levantamiento. Durante las siguientes dos semanas, el ejército y bandas locales de paramilitares se dedicaron a un frenesí de fusilamientos en gran escala. Masacraron de manera indiscriminada a campesinos en toda la región occidental del país. En aquellos pueblos donde los rebeldes se habían hecho más presentes, el ejército convocó a los campesinos a las plazas municipales bajo el pretexto de otorgarles salvoconductos y procedió a ametrallarlos en masa. Bandas de linchamiento integradas por ciudadanos de la localidad y reservistas del ejército persiguieron a individuos para fusilarlos o colgarlos. Cuando había concluido todo, el número de muertos se ha estima-

do entre diez y treinta mil. La gran discrepancia de estas cifras es porque nadie se preocupó – o se atrevió – a contar los cadáveres esparcidos por doquier en el campo, a veces tirados al lado de los caminos, otros enterrados en fosas comunes. Conocido desde entonces como “la Matanza,” este episodio de muerte en masa ostenta la dudosa reputación de conocerse como uno de los casos más extremos de represión estatal en la historia moderna de Latinoamérica.

Entre otras cosas, la Matanza contribuyó a consolidar el poder de los militares en El Salvador, quienes se lo habían tomado apenas dos meses antes mediante un golpe de Estado. Los militares procedieron entonces a conservar su dominio del gobierno por cincuenta años más, lo que constituye el período de gobierno militar ininterrumpido (1931-1979) más largo de la historia moderna de Latinoamérica. Aún después de alejarse del poder en 1979, conservaron una enorme influencia política hasta el final de la devastadora guerra civil de doce años entre 1980 y 1992. Tal como sugieren estos acontecimientos, la república de El Salvador del siglo XX ha sido una tierra de extremos, y 1932 se destaca como un triste ejemplo de esa realidad.

Una de las personas que sobrevivió la masacre de 1932 fue Miguel Mármol. Era un hombre joven de una familia pobre que vivía en un pueblo de pescadores no muy lejos de la ciudad capital de San Salvador. Zapatero de oficio, se convirtió en activista del movimiento obrero en la década de 1920 y eventualmente participó en la creación del Partido Comunista de El Salvador en marzo de 1930. La policía capturó a Mármol poco después de estallar el levantamiento bajo la sospecha de que él y todos los otros comunistas habían organizado la insurrección. Los soldados llevaron a Mármol y otros dieciocho presos a una zanja en las afueras de San Salvador para fusilarlos. A Mármol lo hirieron cuatro balazos pero sobrevivió, en buena medida porque estaba tan cubierto de sangre que un jefe de policía le dijo al agente que estaba preparando el tiro de gracia que no se molestara en gastar otra bala. Mármol continuó su vida en la política como miembro de la dirigencia del Partido Comunista hasta su muerte por causas naturales en 1993.



Roque Dalton durante su exilio en Praga,
alrededor de 1966–1967

En 1966, Mármol asistió a una reunión en Rusia y a su retorno pasó dos semanas en Praga. Allí se encontró inesperadamente con otro comunista salvadoreño, el joven poeta y periodista Roque Dalton. Los dos nunca se habían encontrado antes, aunque Dalton ya había escuchado anécdotas acerca de este legendario sobreviviente de 1932. Llegaron a convertirse en amigos entrañables. Eventualmente, Mármol le contó su vida a Dalton en una serie de entrevistas que sostuvieron. A partir de las notas que tomó durante estas reuniones, Dalton escribió un texto de aproximadamente quinientas cuartillas que se publicó por primera vez en Costa Rica en 1972 bajo el título Miguel Mármol: Los sucesos de 1932 en El Salvador.²

Una obra fascinante, de un contenido político intenso y escrita en primera persona, Miguel Mármol fue uno de los primeros ejemplos de literatura testimonial, un género de proyección internacional que surgió principalmente de Latinoamérica durante los conflictos civiles de las décadas de 1970 y 1980. Regularmente, la literatura testimonial encuentra su vehículo de expresión en hecho que una persona de origen subalterno le cuenta su vida a otra que sabe escribir y tiene la formación y los contactos como para redactar y publicar la historia. Los escritos testimoniales son inherentemente políticos porque expresan los pensamientos de alguien que ha sido excluido por lo general, del debate público. De manera particular,

los escritos testimoniales tienden a destacar la realidad brutal de la vida en sociedades estrictamente jerarquizadas bajo gobiernos militares. La crónica de Miguel Mármol nunca alcanzó el reconocimiento internacional de sus similares, como fue el caso del escrito testimonial *Me llamó Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*, que es la historia de una mujer indígena de Guatemala publicada en 1983 y que le valió, entre otros méritos, el otorgamiento del Premio Nóbel de la Paz en 1992. Pero Mármol, a diferencia de Dalton, poco conceptualizó estos asuntos literarios de mayor alcance; igual, la literatura testimonial estaba todavía en pañales a mediados de la década de 1960. Ambos se habían encontrado accidentalmente en Europa oriental en medio de la Guerra Fría y caminaban sobre tierras inexploradas. Sencillamente intentaban contar una historia que, a su manera de pensar, tendría importancia política en su patria.

Sin duda alguna, Miguel Mármol tuvo enormes implicaciones políticas para El Salvador, a pesar de que no se publicó allí en su totalidad sino hasta después de la guerra civil. Miguel Mármol puso en jaque una de las grandes ironías de 1932 – el silencio extraño durante los años posteriores a la Matanza. Los sucesos raramente se discutían en público, a pesar de que casi todo el país estaba enterado gracias a las versiones que se habían difundido por conversaciones personales y tradición oral. Las interpretaciones de los acontecimientos en estas tradiciones variaban notablemente según la persona y el grupo que las conocía, pero casi todos los salvadoreños al menos sabían que algo tremendo y horrible había ocurrido a comienzos de la década de 1930. Desde esta perspectiva, “el 32”, como llegó a conocerse popularmente, se constituyó en un componente de identidad nacional compartida, a partir del cual algún conocimiento acerca de los sucesos se sumaba a la definición de lo que significaba ser salvadoreño.

Miguel Mármol se convirtió rápidamente en la narrativa madre de 1932. Se habían publicado narrativas anteriormente, y otras se publicarían después, pero ninguna alcanzó los niveles de influencia o reconocimiento de Mármol. Si bien es cierto que los sectores conservadores anticomunistas odiaban las afinidades políticas de Mármol, se mostraron de acuerdo con la interpretación básica de su narrativa, vale decir, que el Partido Comunista

Salvadoreño y la ideología del comunismo fueron determinantes en el levantamiento. La derecha reinterpretó el 32 como una victoria ante la subversión comunista, mientras que Mármol y la izquierda lo definieron como un acto de heroísmo del Partido Comunista y el brutal mantenimiento de los privilegios de la elite. En este sentido, Miguel Mármol reflejó y promovió, simultáneamente, la polarización política que marcó a El Salvador durante las décadas de 1960 y 1970 y que lanzó al país por el camino de la guerra civil de la década de 1980. Que la memoria del 32 jugó un papel decisivo en la conformación de las fuerzas en contienda queda demostrado por la nomenclatura de los bandos contrarios de la guerra civil. La fuerza guerrillera rebelde se autodenominó en memoria de Farabundo Martí, un dirigente izquierdista de comienzos de la década de 1930 quien fue fusilado durante la Matanza. Y uno de los escuadrones de la muerte más brutales de las décadas de 1970 y 1980 se denominó Brigada General Maximiliano Hernández Martínez, en referencia al presidente que ordenó tanto la Matanza como la ejecución de Martí.

La interpretación de 1932 y los orígenes de la "causalidad comunista"

Es difícil exagerar las dimensiones de 1932 y su importancia en la historia salvadoreña. Los rebeldes mataron o hirieron a decenas de personas, atacaron destacamentos militares, ocuparon pueblos y destruyeron o saquearon negocios, oficinas del estado y casas particulares. En respuesta, el ejército mató a miles de personas en pocos días, asegurando así los privilegios de la elite y estableciendo las bases del autoritarismo militar como norma de gobierno. Algunas personas observaron estos acontecimientos con beneplácito, aun cuando les pareció desafortunado el uso de violencia. Otras se horrorizaron y vivieron en un temor constante ante la posibilidad de que el estado volviera a desatar una ola de terror. Con independencia de cómo se percibieron, los acontecimientos de 1932 dejaron una huella imborrable en varias generaciones de salvadoreños.

Desde 1932, tanto salvadoreños como extranjeros han estado tratando de comprender lo que pasó, pero el significado no ha sido fácil de

encontrar. No se permitió un debate libre y público sobre los acontecimientos, una cantidad de documentos se perdieron o fueron robados o destruidos, y muchas personas que observaron lo que pasó fueron exiladas o asesinadas o se mantuvieron calladas. Sin embargo, alguna evidencia sobrevivió. Varios periodistas escribieron crónicas, algunos testigos dieron a conocer sus vivencias, las delegaciones del Reino Unido y Estados Unidos redactaron informes oficiales, y diversos autores y artistas hurgaron en torno a 1932. No obstante, hasta comienzos de la década de 1990, la cantidad de escritos sobre 1932 era reducida, de tal manera que los pocos libros, como Miguel Mármol, adquirieron una gran importancia porque representaban la arena pública donde se conservaba la memoria de 1932. A comienzos de la década de 1990, al terminar la Guerra Fría y la guerra civil en El Salvador, salieron a luz, nuevas fuentes, incluyendo documentos oficiales en archivos salvadoreños y otros tantos del Partido Comunista Salvadoreño en los archivos del Comintern en Moscú. En años recientes, un equipo internacional de investigadores logró grabar decenas de testimonios orales de testigos oculares ya ancianos y de algunos descendientes de sobrevivientes, quienes han conservado sus recuerdos familiares como tradiciones orales. Sería una exageración decir que las fuentes sobre 1932 ya son suficientes o que los escritos convencen totalmente. Los lectores que por primera vez incursionan en lo de 1932 se verán sacudidos por un sinnúmero de razonamientos. Pero dos son los temas que a través de los años se han impuesto en el debate: El comunismo y lo étnico.

Muchos factores explican el por qué de la importancia del comunismo como elemento interpretativo de 1932. Las condiciones geopolíticas de la década de 1920 y comienzos de 1930, persuadieron a los observadores a percibir cualquier rebelión, incluyendo la de 1932 en El Salvador, como inspirada por el comunismo, haciendo caso omiso a que El Salvador apenas se asemejaba a la sociedad industrializada capitalista donde Marx supuso que las condiciones estaban dadas para la revolución y que el país tenía un partido comunista minúsculo y desorganizado. Apenas unos años antes, la revolución de 1917 había colocado a Rusia, entonces uno de los países más grandes y potencialmente ricos del mundo, bajo el dominio comunista. Los nuevos dirigentes rusos se comprometieron con la revolu-

ción mundial. A tal efecto, crearon el Comintern, o la Tercera Internacional Comunista, un comité con sede en Moscú compuesto por comunistas del globo entero, que trabajaron asiduamente para coordinar las actividades de los partidos comunistas nacionales en todas partes.

Los promotores del comunismo en Latinoamérica se mostraron muy alentados por la Revolución Rusa y la creación de la Tercera Internacional. Rusia se convirtió en un faro de esperanza que les permitió entregarse a su trabajo con entusiasmo renovado. Los opositores del comunismo en Latinoamérica se mostraron muy recelosos ante la victoria bolchevique en Rusia. Opuestos por principio al marxismo, se tornaron en anti-comunistas furibundos, convencidos de que Rusia montaba una conspiración global mediante el envío de dinero y asesores a todas partes para fomentar el conflicto de clases y la revolución mundial. Estos anti-comunistas temían que sus sociedades se verían envueltas en una borrasca internacional y que los asuntos de cariz local pasarían a ser parte de la dinámica global. De manera similar a la guerra contra el terrorismo de nuestros días, el auge de una histeria comunista en la década de 1920 – denominada, por cierto, el “primer miedo rojo” – movilizó a la ciudadanía para enfrentar una supuesta ofensiva bolchevique.

Cuando estallaron rebeliones, como la de 1932 en El Salvador, en medio de este primer “miedo rojo”, muchos observadores se inclinaron por interpretar estos acontecimientos en el contexto de un enfrentamiento global entre comunismo y capitalismo, y supusieron que los comunistas, fueran nacionales o internacionales, eran los responsables de los mismos. Por cierto, muchos de los aspectos a nivel superficial del levantamiento de 1932 guardaban relación con el guión de la revolución social; miles de personas pobres atacaron violentamente los puntos del poder local, y buena parte de las cincuenta a cien personas que fueron muertas, eran representantes de la estructura del poder en El Salvador – el ejército, el gobierno y los ricos. Algunos de los primeros informes del levantamiento describían a los rebeldes como comunistas quienes gritaban consignas y portaban carteles a favor del comunismo. Uno de los primeros encabezados de periódico en El Salvador que informó sobre el levantamiento decía “Hordas

comunistas queman y saquean varios lugares” y la primera plana del New York Times hacia referencia a “Revuelta roja arrasa ciudades en El Salvador”.³

En las décadas posteriores, las condiciones internacionales alentaron aún más a los analistas a estudiar la rebelión de 1932 y a catalogarla como de inspiración comunista. El primer “miedo rojo” amainó en la década 1930 ante la amenaza del fascismo en Europa y la eventual alianza entre Estados Unidos y la Unión Soviética contra Hitler y Mussolini en la Segunda Guerra Mundial. Pero concluida la guerra, y ante el comienzo de la Guerra Fría a finales de la década de 1940, un segundo y más virulento “miedo rojo” se hizo presente. El éxito de la Revolución Cubana en 1959 y el ascenso de una izquierda más militante en Centroamérica en las décadas de 1960 y 1970 exacerbó el nuevo “miedo rojo” en El Salvador hasta sus límites. Los anti-comunistas percibieron estos acontecimientos con renovada trepidación, mientras que los adictos al comunismo se convencieron todavía más de que la revolución social era inevitable. Ambos bandos se atrincheraron para lo que sería una batalla prolongada y crecientemente violenta. Para muchos salvadoreños, parecía perfilarse un patrón en el cual el comunismo jugaba un papel central en la historia del país cuyos orígenes se remontaban a 1932.

Las condiciones políticas internas en El Salvador alentaron a la siguiente generación de estudiosos a reconfirmar la inspiración comunista de la rebelión de 1932. No deja de ser irónico que tanto los comunistas como sus enemigos coincidieron en el hecho que el levantamiento de 1932 fue causado por el comunismo. Esta creencia, que denominamos la explicación de la “causalidad comunista”, se convirtió en un referente ideológico para tanto la derecha como la izquierda en El Salvador, especialmente durante los años anteriores a la guerra civil de la década de 1980.

La derecha se identificó con la causalidad comunista porque caracterizaba a sus antepasados como defensores históricos de la nación, quienes rechazaron la amenaza barbárica del comunismo y aseguraron su existencia como nación católica respetuosa de la propiedad privada y gober-

nada de acuerdo a los principios de la dirigencia de la empresa privada. Es más, la derecha utilizó este argumento para justificar su mano dura contra las movilizaciones de masas de las décadas de 1960 y 1970, incluyendo el uso de escuadrones de la muerte para eliminar a supuestos insurgentes “comunistas.” La izquierda aceptó la causalidad comunista porque ubicaba a los comunistas como los dirigentes de masa históricos, los defensores de los desposeídos y la vanguardia de la lucha contra el capitalismo. La izquierda también utilizó este argumento para promover su liderazgo de la creciente movilización de masas a partir de 1960. En otras palabras, tanto la izquierda como la derecha en El Salvador se apropiaron de 1932 como precedente para organizar sus fuerzas en el campo de batalla contemporáneo. Esta convergencia de opiniones entre enemigos, más que cualquier otra razón, explica por qué la causalidad comunista se impuso como la interpretación dominante de 1932.

Sin embargo, existen razones para que la causalidad comunista fuera cuestionada por otros planteamientos, especialmente aquellos de naturaleza étnica. Una razón tiene que ver con la corta existencia de la organización obrera y el activismo comunista anterior a 1932. El primer sindicato obrero a nivel nacional no se constituyó sino hasta 1924 y el Partido Comunista no se fundó sino hasta marzo de 1930, menos de dos años antes del estallido de la insurrección. Como país agrícola con una base industrial nominal y una pequeña clase obrera urbana, El Salvador no calzaba en la concepción marxista tradicional de un país al borde de la revolución social. De hecho, varios comunistas salvadoreños e internacionales sostuvieron que El Salvador primero tenía que pasar por una revolución burguesa y capitalista para barrer con los vestigios del feudalismo antes de que ocurriera una verdadera revolución socialista.

Independientemente de la corta existencia del comunismo en El Salvador, el anti-comunismo ya se mostraba vivo y coleando en las décadas de 1920 y 1930. El gobierno lo empleó para justificar la represión de obreros disidentes, y los intelectuales conservadores de El Salvador discutían acerca del peligro que representaba la Revolución Rusa para su sociedad. Pero antes de 1932, El Salvador no experimentó el mismo grado de histeria

anti-comunista de los países más industrializados de Norteamérica y Europa, donde las contracciones económicas después de la Primera Guerra Mundial y durante la gran crisis de la década de 1930, causaron mucha miseria y aceleraron la afiliación a partidos políticos de izquierda. Para muchos estudiosos en la década de 1920 y comienzos de 1930, parecía que el presagio de Marx no fue exagerado cuando medio siglo antes había anunciado que la creciente miseria del proletariado industrial en Europa habría de ser el motor de la revolución social.

El Salvador también pasó por tiempos difíciles durante las décadas de 1920 y comienzos de 1930, pero muchos salvadoreños creyeron que el comunismo era solamente uno de tantos factores en su sociedad. Además del comunismo, se preocuparon por los conflictos de cariz étnico en torno a la tierra, por las redes de clientelismo político que luchaban por mayor autonomía frente a un Estado centralizador, y por las iniciativas de fortalecimiento de la nación que suprimirían la diversidad étnica en aras de la unidad nacional. Podría afirmarse que el tema étnico y la posibilidad de revueltas indígenas preocupaban más a la elite salvadoreña a fines de la década de 1920 y comienzos de 1930 que el comunismo y la posibilidad de una revolución socialista. Algunos salvadoreños se fijaron más en la Revolución Mexicana, centrada en los temas de la tenencia de la tierra y la movilización étnica, que en la más distante Revolución Rusa. Por cierto, las condiciones en el occidente salvadoreño se asemejaban a las de México; la región tenía su historia de conflictos étnicos en que los ladinos (los integrantes de la cultura dominante independientemente de su raza) definían a los indígenas como amenazas al progreso y los indígenas, a su vez, identificaban a los ladinos como racistas represivos y elitistas que estaban empeñados en erradicar a los indígenas de la sociedad. La ideología del comunismo no tendría mucha cabida dentro de esa larga historia de conflicto étnico.

Por lo general, los salvadoreños se han inclinado a desestimar el tema de la etnicidad en su historia. A comienzos del siglo XX, la creencia popular de que la mayoría de salvadoreños eran mestizos se convirtió en una razón para ignorar las diferencias étnicas. Hacia mediados del siglo XX,

el entorno generado por la Guerra Fría marginó aún más las explicaciones de corte étnico sobre el pasado salvadoreño a la vez que centró la atención de los salvadoreños en el choque entre capitalismo y comunismo. Sin embargo, supongamos que las interpretaciones posteriores sobre 1932 no se hubieran dado en el marco de la Guerra Fría en el que se definiera sus contornos. Supongamos que si después de la Segunda Guerra Mundial se hubiera marginado a Stalin en Rusia, si la Europa Central se hubiera desmembrado a causa de conflicto étnicos, y si diversas regiones de Latinoamérica, tales como Bolivia y Perú, también se hubieran fragmentado como consecuencia de problemas étnicos. Si esto hubiera transcurrido, la etnicidad quizás habría reemplazado al comunismo como la explicación más importante de la política global. Bajo semejantes condiciones, los estudiosos quizás habrían terminado por analizar los acontecimientos de 1932 como otro ejemplo histórico de conflicto étnico, no como la primera de una serie de conspiraciones comunistas, - en la actualidad estaríamos discutiendo la “etno-causalidad” en lugar de la “causalidad comunista” como el factor explicativo más importante.

Por supuesto, los acontecimientos en el planeta se desarrollaron en otras direcciones. La Guerra Fría se dio y el choque entre capitalismo y comunismo desplazó a lo étnico como la variable explicativa preferida. Pero la intención de presentar estos ejemplos contra-fácticos tiene que ver con el argumento principal de este libro, vale decir, que las exigencias del presente influyen en la interpretación del pasado. Un caso ilustrativo de la relación entre las circunstancias políticas y el estudio del pasado puede apreciarse en la historiografía de Estados Unidos después de 1945. En las décadas de 1940 y 1950, Estados Unidos surgió como una superpotencia de proyección global, dejando atrás de una vez por todas a sus primos europeos. Debido a que el ascenso de Estados Unidos coincidió con la Guerra Fría, ese país vinculó su status de superpotencia con la defensa del capitalismo y la democracia al igual que la supresión del socialismo y la contención de la Revolución Rusa. Los estudios históricos reflejaron estas realidades con lo que se ha dado en llamar “historia de consenso” o el “excepcionalismo americano”. Los historiadores que se identifican con estas perspectivas plantearon una historia de Estados Unidos anclada en ideales

liberales, tales como la libertad, la democracia y el crecimiento económico basado en el mercado. Denominaron “excepcional” a esta historia con miras a distanciar a Estados Unidos de la Europa del Viejo Mundo, que supuestamente padecía de las secuelas del feudalismo y de los conflictos de la edad moderna temprana. Como parte del Nuevo Mundo, los fundadores de Estados Unidos supuestamente esquivaron estos legados e inventaron una nueva nación progresista destinada a convertirse en un líder mundial.⁴

La historia del consenso y el excepcionalismo americano fueron criticados en las décadas de 1960 y 1970 desde el denominado “nuevo historicismo”, que priorizaba la historia social por encima de la historia política, y subrayaba el papel de grupos sociales que habían sido ignorados en los estudios anteriores, tales como los obreros, las mujeres, los afro-americanos y otras minorías. Los partidarios del nuevo historicismo hurgaron en el lado oscuro de la historia de Estados Unidos, sus jerarquías y rasgos represivos, y propusieron una alternativa a la historia de consenso. No es de extrañar que el nuevo historicismo surgiera al mismo tiempo que las luchas emprendidas por el movimiento de los derechos civiles y las protestas contra la guerra de Vietnam. En la medida que estos movimientos incorporaban a nuevos actores al escenario político, aumentaron las demandas para una historia más completa, una que evitara el “consenso” triunfalista y aséptico de las décadas de 1940 y 1950. Ellen Fitzpatrick, una estudiosa de estas tendencias académicas, llega a la conclusión de que existe un vínculo directo entre el entorno político y la producción histórica: “Las corrientes políticas, las modas sociales, los conflictos culturales y las sacudidas intelectuales – la misma historia de Estados Unidos en el siglo XX – han sido factores determinantes de la memoria y la tradición histórica. Los historiadores no son ni más ni menos inmunes a estas fuerzas que cualquier otro grupo de americanos.”⁵ Un aspecto de los argumentos de Fitzpatrick que tiene mucho que ver con nuestro estudio sobre El Salvador es el que la “historia del consenso” no surgió de manera consciente o de una coordinación intencional de sus promotores. En otras palabras, no se dedicaron a replantear la historia de Estados Unidos simplemente con miras a ciertos objetivos políticos del momento y descartando la búsqueda de la “verdad” histórica. Más bien, la historia del consenso surgió porque los

historiadores quienes la escribieron creían que estaban descubriendo una realidad del pasado estadounidense que había sido ignorada por estudiosos anteriores. Un compromiso similar guió a los partidarios del nuevo historicismo.

La manera en que la causalidad comunista se impuso como interpretación de 1932 proporciona otro ejemplo de la relación entre las exigencias políticas y la interpretación histórica. Antes del comienzo de la Guerra Fría, se le asignaba igual peso al comunismo y la etnicidad como explicaciones de los acontecimientos de 1932. Sin embargo, una vez iniciada la Guerra Fría, y especialmente después de la Revolución Cubana de 1959, la causalidad comunista desplazó a la etnicidad y ocupó el lugar preeminente en los estudios. Pero hoy en día, con el fin de la Guerra Fría y de la guerra civil en El Salvador, el comunismo ya no parece tan relevante y los estudiosos de 1932 están replanteando la etnicidad como una variable causal. Sin que sea coincidencia, las comunidades indígenas de El Salvador están bregando para que se les otorgue un mayor reconocimiento político y una parte de sus esfuerzos incluye la redefinición de 1932 como un momento decisivo en su historia de luchas. En resumidas cuentas, el entorno político y las corrientes académicas a menudo interactúan entre sí.

Durante su apogeo, la causalidad comunista se impuso a tal extremo como explicación de 1932 que puede caracterizarse como una “meta-narrativa”, un argumento tan aceptado y repetido consistentemente que termina suprimiendo todas las demás interpretaciones. En la teoría de las ciencias sociales, una meta-narrativa es un argumento que define los términos de la discusión y no al revés, que determina el tenor de las investigaciones en vez de someterse a ellas.⁶ En el caso de 1932 en El Salvador, la meta-narrativa de la causalidad comunista indujo a los investigadores a estudiar los orígenes comunistas del levantamiento en vez de preguntarse si el levantamiento, efectivamente, había sido comunista.

Pero aún en tiempos de dominio de una meta-narrativa, los argumentos disidentes no desaparecen del todo. Sobreviven como “contra-narrativas”, o lo que el historiador Jan Assman denominaría una contra-

memoria: “una memoria que destaca algunos elementos que son olvidados – o propensos a ser olvidados – en la memoria oficial”.⁷ En el caso de 1932, las contra-narrativas le restaron importancia al comunismo y buscaron otras explicaciones del origen del levantamiento, tales como identidad regional, religión, clase social, género y, especialmente, etnicidad, todos con poca o ninguna vinculación con Rusia, el marxismo-leninismo o el Partido Comunista de El Salvador. Las contra-narrativas de 1932 no se encuentran fácilmente en las fuentes, y a veces se requiere una lectura cuidadosa para descubrirlas. De hecho, a veces se encuentran en las mismas fuentes que abogan por la causalidad comunista, como en el libro *Revolución comunista* del periodista anti-comunista guatemalteco Jorge Schlesinger. Este libro fue publicado en Guatemala en 1946 y su principal tesis es que el levantamiento de 1932 fue comunista. Pero una lectura minuciosa revela frecuentes referencias a la etnicidad y descripciones de los rebeldes como indígenas. En otras palabras, la contra-narrativa del conflicto étnico sobrevivió en medio de la apología general de causalidad comunista que presenta Schlesinger. Cualquiera que lee su obra terminará identificado, consciente o inconscientemente, con la importancia de la etnicidad como trasfondo de los acontecimientos. Solamente desde la retrospectiva podemos discernir estas tendencias y ver cómo cada planteamiento se suma a los demás para formar un patrón colectivo, a menudo sin una intención consciente de los autores en cuestión. Nuestro argumento es que el auge de la causalidad comunista hasta alcanzar el estatus de meta-narrativa tiene menos que ver con la evidencia histórica que con las condiciones políticas en El Salvador que la convirtieron en una explicación aceptable para la mayoría de las personas.

La memoria histórica

El principal objetivo de este libro es darle respuesta a dos preguntas eminentemente sencillas: ¿Cómo se han recordado los acontecimientos de 1932 en El Salvador y qué factores determinaron esos recuerdos? Sostenemos que los conflictos ideológicos y políticos durante las décadas posteriores a 1932 dieron pie para que la causalidad comunista se convirtiera en la memoria dominante de 1932, aun cuando un análisis cuidadoso de las fuentes proporciona abundantes razones para cuestionar el papel del co-

munismo. También sostenemos que las memorias alternativas, tales como la etnicidad, sobrevivieron y crearon un entorno interpretativo dinámico en el cual la causalidad comunista fue cuestionada, al menos ocasionalmente. Para darle sustento a estos puntos, examinamos un conjunto de fuentes que se refieren a los acontecimientos de 1932, incluyendo libros, entrevistas orales y periódicos, entre otros. Nos fijamos detenidamente en el libro testimonial Miguel Mármol, en parte debido a su importancia como interpretación de 1932, pero también porque tuvimos a la vista una nueva fuente de especial riqueza. Gracias a la generosidad de la familia Dalton, se nos ha permitido el acceso por primera vez al archivo personal de Roque Dalton, que incluye sus notas manuscritas de las entrevistas que sostuvo con Mármol en Praga en 1966. Al comparar sus notas con la versión impresa de Miguel Mármol, pudimos demostrar que la narración de 1932 que aparece en la versión impresa es diferente de la que se asentó durante la entrevista original. La narrativa de Mármol en el libro, aparentemente en primera persona, en realidad refleja el aporte de varias personas, particularmente de Dalton. Ampliamos nuestro estudio desde Miguel Mármol hacia una gama de otras fuentes, lo que nos permite plantear que la complejidad de Miguel Mármol contiene los diversos elementos que contribuyeron a darle forma a las variadas maneras de organizar las narrativas de las memorias de 1932 en el siglo XX en El Salvador.⁸

A estas alturas, un lector astuto quizás querrá formular la siguiente pregunta: “En vez de estudiar la memoria de 1932, ¿por qué no estudian los acontecimientos de 1932 con miras a descubrir la verdad y poner todo en orden?” En este libro, utilizamos un abordaje que Jan Assman denomina “mnemo-historia”, es decir, aquella “que no se interesa en el pasado como tal, sino, solamente en el pasado tal como es recordado”.⁹ Cuando en algunas secciones de este libro se ofrecen versiones más tradicionales del relato histórico, es para demostrar por qué la memoria de 1932 adquirió importancia y forma en un contexto presente. También demostramos que las memorias de 1932 influenciaron el curso de la historia salvadoreña.

La idea de que la memoria es un producto social que moldea la identidad personal, pero que también es conformada por los contextos

políticos y sociales, tiene una larga y venerable trayectoria. Desde fines del siglo XIX y comienzos del XX, cuando el historiador Ernest Renan (1823-1892) subrayó la importancia del olvido como paso previo a la creación de un sentimiento de identidad nacional, y cuando el sociólogo Maurice Halbwachs (1877-1945) argumentó que la memoria siempre es un producto social, los estudiosos de diversas disciplinas han reconocido que las acciones de recordar y olvidar son experiencias complejas y altamente sociales.¹⁰ El recuerdo de un acontecimiento y los llamados hechos de un acontecimiento están íntimamente entrelazados y dependen entre si mutuamente. Paul Ricouer (1913-2005) reconoció la dificultad de diferenciar entre acontecimientos reales y recuerdos cuando escribió: “no tenemos nada mejor que la memoria para dar a entender que algo ha ocurrido, que algo ha pasado antes de que afirmamos que lo recordamos.”¹¹ Para Ricouer, nuestro conocimiento del pasado existe en forma de memorias. En vez de que el pasado esté conformado por hechos objetivos, y que las memorias son reflejos precisos o imprecisos de los mismos, Ricouer argumenta que los “hechos” adquieren existencia cuando los convertimos en memoria. La memoria actúa como mediadora con la consciencia. Así, con independencia de que hayamos participado en un acontecimiento, lo hayamos observado o lo estudiemos años después, nuestro conocimiento del acontecimiento existe como una memoria en nuestras mentes. Cuando la memoria actúa como intermediaria en el procesamiento y el almacenamiento del pasado, lo hace utilizando palabras y marcos referenciales que le proporciona el contexto social. Por lo tanto, el estudio de los “hechos” no puede divorciarse del proceso mediante el cual creamos y almacenamos las memorias, tal como quedó ilustrado con el ejemplo anterior sobre el auge y la mengua de la historia de “consenso” en Estados Unidos.

La aseveración siguiente de un diputado de la Asamblea Legislativa de El Salvador en marzo de 2004 ilustra nuestro planteamiento. Un grupo de estudiantes universitarios de Estados Unidos viajó a El Salvador en plan de estudio y se reunió con el diputado como parte de sus actividades. El diputado es miembro destacado del partido Alianza Republica Nacionalista (ARENA), un partido político conservador fundado en 1981 que ganó las cuatro elecciones presidenciales desde 1989. El diputado analizó con los

estudiantes la historia de ARENA y su programa político, haciendo referencias reiteradas al levantamiento de 1932. Cuando un estudiante le preguntó cuánta gente habían matado los rebeldes en 1932, el diputado respondió “veinte mil.” El estudiante pensó que el diputado no había entendido la pregunta y le aclaró que estaba indagando sobre el número de personas que habían muerto a manos de los rebeldes, no cuántos había matado el ejército durante la Matanza. El diputado respondió que, efectivamente, había entendido la pregunta, y agregó que “los rebeldes mataron a 20,000 durante el levantamiento y el ejército respondió dando muerte a un número similar durante la masacre.”¹²

Podemos suponer que el diputado no estaba mintiendo o tratando de engañar a sus interlocutores, sino que expresaba una versión del pasado que le parecía apropiada. Se le puede acusar de ignorancia, de no haber consultado algunos libros a su alcance con información precisa que le habrían dado a entender que los rebeldes mataron a menos de 100 personas en vez de 20,000. Pero esta explicación es insuficiente. El diputado quizás se persuadió que estaba bien informado sobre el tema, con base a lo que escuchó mientras crecía y lo que leía de vez en cuando en los periódicos. Puede que haya escuchado versiones encontradas sobre los acontecimientos pero, de alguna manera, la que se grabó en su mente como la más precisa fue la que compartió con los estudiantes. La pregunta entonces adquiere la siguiente formulación: ¿por qué rechazó determinadas versiones sobre 1932 como falsas y aceptó otras como verdaderas? Como hombre joven que no conoció en persona los acontecimientos de 1932, su comprensión se fundamentó en la memoria histórica de los diversos grupos sociales a los cuales pertenecía, cada uno de los cuales tenía un interés creado en recordar lo de 1932 de una manera determinada. Si bien no es fácil saber cuáles de estos grupos sociales tuvieron mayor influencia en darle forma a su memoria histórica, es probable que su filiación política (ARENA), su etnicidad (no indígena) y su clase social (adinerada) hayan pesado. El punto que interesa en este ejemplo no tiene que ver tanto con la veracidad de los conocimientos del diputado sino con el proceso mediante el cual tomó forma su memoria sobre 1932. El reto está en determinar cuáles grupos o variables socio-políticas se expresaban a través de él cuando contestó “veinte mil.”

La respuesta del diputado de ARENA es más comprensible cuando entendemos que la memoria es un bien social. Aunque nos gusta pensar que nuestras memorias nos pertenecen como individuos, en realidad pertenecen a todos los grupos diversos con los cuales nos afiliamos, aun cuando la afiliación puede ser muy tenue. Ya sea que el grupo esté conformado por nuestra familia, círculo de amistades, comunidad, región, nación, partido político, colectivo de trabajo, iglesia, club de lectura, raza, clase, género o grupo generacional, afecta nuestra identidad personal y, por ende, la manera en que recordamos el pasado. Los grupos se interesan en la forma en que sus miembros recuerdan las cosas y, por lo tanto, promueven la uniformidad en torno a un ideal colectivo. Esta presión que conduce hacia la conformidad puede ser el resultado de un esfuerzo coordinado, quizás impulsado por la dirigencia del grupo. Más a menudo las presiones son descoordinadas, fortuitas y descentralizadas, pero igualmente determinantes en la conformación de nuestra identidad y nuestra manera de recordar el pasado. En resumidas cuentas, la memoria es personal y colectiva a la vez.

Otro ejemplo del pasado salvadoreño demuestra cómo la memoria de un grupo puede cambiar de acuerdo a condiciones sociales y políticas desconocidas por sus integrantes individuales. El departamento de Morazán, en el oriente salvadoreño, vivió algunos de los combates más cruentos durante la guerra civil de la década de 1980 y su población sufrió muchas atrocidades a manos del ejército. El caso más documentado fue la masacre de El Mozote en diciembre de 1981, cuando el tristemente célebre Batallón Atlacatl asesinó a centenares de campesinos indefensos. Mientras realizaba estudios de campo en la región años después, el antropólogo Leigh Binford descubrió que sus informantes le atribuían al batallón Atlacatl otras masacres también. Pero Binford se dio cuenta que los acontecimientos que le describían habían ocurrido antes de que el batallón se hubiera creado, y por lo tanto, no pudo haber tenido responsabilidad alguna. Los campesinos no le estaban mintiendo a Binford sino que le estaban contando sobre la guerra civil según la recordaban. Sus memorias se habían desplazado sin que se dieran cuenta de acuerdo a sus condiciones políticas y sociales.¹³

Pero de la misma manera en que los recuerdos pueden ceder ante las presiones que impulsan el cambio, también pueden resistirlas. Los recuerdos tienen una función similar a las narrativas en tanto ordenan los acontecimientos pasados y los vinculan con determinadas audiencias. De alguna manera, un recuerdo es un cuento en forma lingüística. Las teorías recientes de la narrativa y el lenguaje sugieren que los recuerdos, al igual que el lenguaje, no son sistemas totalmente abiertos o totalmente cerrados.¹⁴ Mas bien se ubican en un punto intermedio entre los deseos intencionales de las personas de cambiar la narrativa y las versiones anteriores de la misma que se interponen como baluarte ante cualquier intento de alteración.

Si se aplican las teorías lingüísticas de Ferdinand de Saussure (1857-1913) y las teorías literarias de Mikhail Bakhtín (1895-1975) al estudio de la memoria, lo que surge es un concepto de memoria que en individual y colectiva a la vez, y maleable y flexible.¹⁵ De acuerdo a Saussure, pertenecemos a comunidades lingüísticas y por medio de una interacción constante con sus miembros llegamos a acuerdos colectivos sobre el significado de las palabras que utilizamos. Bakhtin planteó un argumento similar en relación a las comunidades interpretativas y utilizó el término “dialógico” para referirse a la relación de mutuas concesiones entre los miembros de un grupo que les permite llegar a acuerdos de consenso sobre el significado de las palabras. Por extensión, podemos plantear que pertenecemos a muchas “comunidades de memoria” diferentes que tienen intereses creados en cómo sus miembros individuales recuerdan el pasado. Por lo tanto, nos encontramos involucrados en una relación dialógica con los miembros de nuestros grupos de memoria sobre la forma de nuestros recuerdos cuando los convertimos en expresiones narrativas. Si, por ejemplo, el diputado de ARENA hubiera dicho que los rebeldes en 1932 mataron a solamente cincuenta personas y causaron poco daño, habría traicionado las normas establecidas de la comunidad de memoria de ARENA, que se nutre de un anticomunismo firme y de la creencia de que el comunismo destruye la sociedad y el ejército la protege. En otras palabras, el diputado pensó sobre 1932 dentro de parámetros establecidos por el contexto en que se mueve y que limitan sus opciones interpretativas.

Nuestras memorias pueden ceder ante las presiones del cambio, o pueden resistir ante esas presiones, pero en ambos casos las memorias son un espacio negociado entre lo que realmente ocurrió y cómo nosotros describimos lo que pasó en un determinado contexto social. Para referirnos a lo que Paul Ricoeur planteó, nuestros recuerdos son todo lo que nos queda de un acontecimiento, de tal manera que la “verdad” objetiva y fundamental de un acontecimiento se disipa rápidamente, dejándonos solamente con nuestros recuerdos en forma de expresión lingüística y narrativa. A menudo, por lo tanto, las discusiones de lo que pasó en el pasado resultan ser competencias lingüísticas y narrativas que se desenvuelven en el plano donde los recuerdos se articulan y comparten con otras personas.

Como podemos ver, uno tiene que hacerse preguntas difíciles cuando se indaga sobre cómo funciona la memoria y cómo es afectada por el paso del tiempo y por el contexto social. Más allá de las teorías lingüísticas, literarias y sociales mencionadas anteriormente, los estudios recientes de psicólogos y especialistas del cerebro se preguntan cómo recuerda la gente determinados acontecimientos. Utilizan el método experimental, análisis estadístico y resonancias magnéticas del cerebro o, en otras palabras, lo que comúnmente se conoce como “ciencia dura”, pero sus estudios refuerzan y complementan muchos de los planteamientos de Renan, Halbwachs, Saussure, Bakhtin y Ricoeur.

Daniel Schacter, el jefe del departamento de psicología de la Universidad de Harvard, ha estudiado cientos de artículos que contienen la literatura científica más importante sobre la memoria y presentó sus resultados en *The seven sins of memory: How the mind forgets and remembers* [“Los siete pecados de la memoria: Cómo la mente olvida y recuerda”]¹⁶ Uno de los “pecados” identificados por Schachter se denomina “prejuicio”. Tal como lo explica el autor, la investigación psicológica demuestra que “las personas cuyas opiniones sobre temas políticos han cambiado con el tiempo a menudo recuerdan incorrectamente sus actitudes pasadas como que fueran muy similares a las actuales. De hecho, los recuerdos de opiniones políticas pasadas a veces se asemejan más a las opiniones actuales que a lo que la gente efectivamente creía en el pasado”.¹⁷

Otro problema asociado con la memoria que detectó Schachter es de particular interés para nuestro tema de estudio. Es el problema de la sugestión. Una de las instancias en que se presenta este problema es cuando una segunda persona solicita información, tal como ocurre en una entrevista, un interrogatorio policial o cuando se pregunta en una encuesta. Los individuos tienen una tendencia a incorporar a su memoria alguna información proveniente de otras fuentes, ya sea sugerida abiertamente (como ocurre a veces en los interrogatorios policiales) o indirectamente (como pueden ser otras versiones del mismo acontecimiento o alguna opinión especulativa de tinte político que adelanta una persona interesada). Las preguntas cargadas y el uso de ciertas frases pueden insinuar una determinada respuesta porque la mayoría de las personas evitan la polémica y prefieren estar de acuerdo con sus interlocutores. La información y las fotografías en los periódicos y las imágenes de la televisión también pueden influir en los recuerdos que las personas tienen sobre un acontecimiento. Esto es especialmente problemático cuando los acontecimientos en cuestión han sido ampliamente discutidos o difundidos por los medios. Tal es el caso del impacto y la persistencia de 1932 en los intercambios públicos y privados.

Después de leer esta sección, debe quedar claro que el análisis de la memoria no es menuda tarea, aun cuando se presenta como un recuerdo de primera mano, a modo de una conversación personal o un escrito. De hecho, cualquier forma de expresión puede constituirse en un campo de impugnación de memorias, incluyendo la arquitectura, las estatuas, las pinturas, la música, el drama, los testimonios orales y el cine, entre muchos otros. El público en general puede creer que los académicos actúan fuera del ámbito de estos debates, como profesionales que son, inmunes a las presiones sociales y facultados para demostrar la exactitud o imprecisión de cualquier memoria histórica. Pero los académicos no gozan de esta cualidad; ellos también pertenecen a grupos con memorias compartidas y sus procesos analíticos están sometidos a las mismas presiones sociales que los demás.

La memoria histórica adquiere importancia política porque puede utilizarse para legitimar determinadas políticas y acciones. Cada grupo tiene ciertas memorias que funcionan como piedra de toque para su identidad.

Para los salvadoreños, tanto de la izquierda como la derecha, esa memoria es la de 1932. Para los franceses podría ser la revolución de 1789; para el pueblo de Estados Unidos la gesta de independencia, el movimiento de los derechos civiles o el 11 de septiembre; para los rusos, el gulag; para los surafricanos el apartheid; y para los judíos el holocausto. Los recuerdos de un mismo acontecimiento no tienen por que ser uniformes; de hecho, muy rara vez lo son. Cuando las memorias claves se introducen en la arena pública, puede que terminen definiendo la línea del enfrentamiento. Los grupos pueden defender sus recuerdos, o su particular interpretación del pasado, con miras a conservar sus sentimientos de identidad colectiva. A veces dan batalla mediante testimonios orales, la palabra escrita, monumentos públicos o imágenes, tales como fotografías o películas. En otras, tristemente, se enfrentan con fusiles u otras armas, para matar a sus adversarios o sacrificarse en defensa de la memoria colectiva de su grupo. Las personas no se sacrifican fácilmente en aras de memorias que entienden han sido fabricadas con fines políticos; lo hacen, más bien, en aras de ideas que creen que son veraces. La mayoría de las personas no quieren pelear y morir por mentiras. Quieren defender la verdad y buscan la verdad activamente. Pero, de nuevo, surge la pregunta: ¿qué los impulsa a aceptar determinada versión como la verdadera?

El vínculo entre la acción política y la memoria histórica es evidente en los contextos más diversos. Las guerras en Yugoslavia en la década de 1990 proporcionan un ejemplo excelente de la activación de la memoria para el enfrentamiento político.¹⁸ Los historiadores se refieren al infame discurso de Slobodan Milosevic en 1987, en conmemoración de la victoria otomana sobre los serbios en la batalla de Kosovo de 1389, como un momento decisivo en la disolución de Yugoslavia. El dirigente yugoslavo utilizó el recuerdo de un acontecimiento que ocurrió 500 años antes para encender los sentimientos nacionalistas de los serbios y así encarrilar al país a su auto-destrucción. Al final de cuentas, Yugoslavia quedó fragmentada a manos de grupos enardecidos por recuerdos. En palabras de Ilana R. Bet-El:

Estos eran recuerdos de actos de agresión cometidos por los otros: Los croatas a los serbios y los musulmanes; los musulmanes a los croatas y los

serbios; los serbios a los croatas y los musulmanes y los albaneses de Kosovo; los albaneses de Kosovo a los serbios. Pecado sobre pecado, los recuerdos nacionales se convirtieron en memorias reales y personales, que terminaron encerrando a cada etnia en sí misma, convirtiendo a todas las demás en repugnantes, injustas y terribles. Las palabras sacadas del pasado se convirtieron en armas de guerra.¹⁹

El hecho de que “las palabras sacadas del pasado,” las narraciones alternativas acerca de acontecimientos que ocurrieron hace mucho tiempo, puedan convertirse en “armas de guerra” es la razón por la cual el estudio de la memoria histórica es tan importante como el conocimiento de “lo que realmente ocurrió.”

La organización del libro

Hemos dividido el libro en seis capítulos. El primer capítulo contiene una narración extensa sobre el levantamiento de 1932 y la posterior matanza con base en las fuentes incompletas disponibles. Como parte de esta descripción, ofrecemos una explicación del fundamento de esta masacre sin precedentes. En el capítulo 2, incluimos unos antecedentes históricos que permiten colocar en su contexto tanto los acontecimientos de 1932 como los diversos “presentes” que definieron cómo se les recordó a través del tiempo. El capítulo 3 se centra en la vida y obra de Roque Dalton. Proporcionamos información biográfica sobre Dalton y damos un vistazo a su producción escrita, especialmente aquella sobre historia salvadoreña que influyó más directamente en su interpretación de 1932. En el capítulo 4, nos adentramos en una comparación de las notas manuscritas de Dalton con la versión publicada. Dalton grabó sus entrevistas con Mármol en aproximadamente setenta páginas de notas manuscritas en un cuaderno; durante los siguientes seis años convirtió sus apuntes en una narrativa de quinientas páginas. La comparación entre las notas y la versión impresa revela las decisiones de edición que Dalton tomó, y nos permite investigar los fundamentos políticos e ideológicos que las sustentan. Nos centramos en la transformación de un testimonio en primera persona – impregnado de elementos culturales propios de una tradición oral – a una cronología fluida y lineal.

Los capítulos 5 y 6 examinan las historias interpretativas de 1932 que la derecha y la izquierda política de El Salvador manejan en su interior. El capítulo 5 está dedicado a la izquierda mediante el análisis de una gama de documentación del Partido Comunista y otras fuentes de la izquierda que evidencian la existencia de intensos debates internos sobre la manera de conceptualizar el levantamiento de 1932. Muestra que la lucha entre facciones de la izquierda sobre asuntos vinculados con la ideología de la insurrección jugó un papel decisivo en la interpretación del levantamiento por parte de estudiosos de la izquierda, incluyendo a Roque Dalton. Además de documentos del Partido Comunista de comienzos de la década de 1930, el capítulo presenta un documento previamente desconocido escrito por Miguel Mármol en 1948 en el cual vincula las diferencias partidarias internas con las explicaciones opuestas sobre 1932. El capítulo 6 analiza a la derecha política y muestra cómo los voceros de la derecha combinaron los temores de una violencia étnica y sexual con el fantasma del comunismo para desprestigiar a los rebeldes de 1932 y debilitar cualquier apoyo posterior a una insurrección izquierdista. Esto tuvo el efecto de mantener vivo el tema de la etnicidad como variable explicativa de 1932, aún cuando la derecha se agrupaba en torno al anticomunismo. El último capítulo destaca nuestros argumentos principales sobre identidad, memoria y política con algunas referencias breves a los capítulos precedentes. También proporciona ejemplos desde El Salvador en tiempos recientes para demostrar que las memorias de 1932 todavía guardan relación con la política de hoy en día.

Al final del libro hay una sección documental que consiste mayormente de fuentes primarias que nunca han sido publicadas previamente. Estos documentos tienen el propósito de respaldar nuestros planteamientos y deben considerarse como una parte íntegra del libro. Es nuestra esperanza que también serán de utilidad a los docentes universitarios imaginativos para que desarrollen materiales que permitan discusiones interesantes en el aula.

¹ Assmann, *Moses the Egyptian: The memory of Egypt in western monotheism*, p. 14.

² Dalton, *Miguel Mármol* (San José, Costa Rica: EDUCA 1972). El libro se publicó en versión inglesa en 1987. Kathleen Ross y Richard Schaaf, traductores, *Miguel Marmol* (Willimantic, Connecticut: Curbstone Press, 1987).

³ *Diario Latino*, 23 de enero de 1932, y *New York Times*, 24 de enero de 1932, p. 1.

⁴ Fitzpatrick, *History's memory: Writing America's past, 1880-1980*.

⁵ Fitzpatrick, *History's memory*, p. 7.

⁶ La sociólogo Margaret Sommers ofrece un análisis bien logrado del significado de "meta-narrativa": "What's political or cultural about political culture and the public sphere? Toward a historical sociology of concept formation," *Sociological theory* 13:2 (July 1995), pp. 113-44; y "Narrating and naturalizing civil society and citizenship theory: The place of political Culture and the public sphere," *Sociological theory* 13:3 (November, 1995), pp. 229-74.

⁷ Assmann, *Moses the Egyptian*, p. 12.

⁸ Muchas obras han influenciado nuestra comprensión de la memoria y la narrativa histórica, entre ellas: Carolyn Hamilton, *Terrific majesty: The powers of Shaka Zulu and the limits of historical invention*; y Jay M. Smith, "No more language games: Words, beliefs and the political culture of early modern France," *American historical review* 102:5 (December 1997), pp. 1413-40. Otras obras se citan en esta introducción; una lista más extensa puede verse en los pies de página de nuestra conclusión.

⁹ Assmann, *Moses the Egyptian*, p. 9.

¹⁰ Las obras claves de Halbwachs se encuentran en Halbwachs, *on collective memory*, Lewis A. Coser, traductor (Chicago: University Of Chicago Press, 1992). La primera edición de la obra de Halbwachs se publicó en 1925 bajo el título de *Les cadres sociaux de la mémoire*.

¹¹ Ricoeur, *Memory, history, forgetting*, p. 21.

¹² Entrevista con diputado de ARENA, cuyo nombre se mantiene en reserva a petición, edificio de la Asamblea Legislativa, San Salvador, El Salvador, 9 de mayo de 2004.

¹³ Leigh Binford, *The El Mozote massacre*, p. 105; Véase también *El Mozote: Vidas y memorias*. El ejemplo también se encuentra citado en Elisabeth Jean Wood, *Insurgent collective action in El Salvador*, p. 34.

¹⁴ "El lenguaje no es un sistema totalmente abierto en el cual las personas pueden crear cualquier discurso que se les antoje, pero tampoco es un sistema cerrado que niega posibilidades a las personas para que digan lo que quieran." D. S. Parker, *The idea of the middle class: White collar workers and peruvian society, 1900-1950*, p. 12.

¹⁵ La obra más importante de Saussure se publicó póstumamente en 1916 con el título de *Cours de linguistique générale* (Paris: Payot). Se tradujo al español en 1945 como *Curso de lingüística general* (Buenos Aires: Editorial Losada) y en inglés como *Course in general linguistics* en 1959 Pergamon Press de la Universidad de Oxford y McGraw Hill de la ciudad de Nueva York. Mikhail Bakhtin, *The dialogic imagination: Four essays*.

¹⁶ Daniel Schacter, *The seven sins of memory: How the mind forgets and remembers*.

¹⁷ Schacter, *The seven sins of memory*, p. 139.

¹⁸ Véase Ilana R. Bet-El, "Unimagined Communities: The power of memory and the conflict in the former Yugoslavia," en Jan-Werner Müller. *Memory and power in post-War Europe*, y Jerzy Jedlicki, "Historical memory as a source of conflict in eastern Europe," *Communist and post-communist studies* 32 (1999).

¹⁹ Bet-El, "Unimagined communities," p. 206.





CAPÍTULO 1

El levantamiento y la matanza de 1932

El pasado no es sencillamente “recibido” por el presente. El presente se encuentra bajo la sombra del “fantasma” del pasado y el pasado es moldeado, inventado, reinventado y reconstruido por el presente.

– Jan Assmann, Moses the Egyptian

A fines de enero y comienzos de febrero de 1932, El Salvador vivió un período de violencia y terror que dejó una huella imborrable en su historia y en la psiquis de sus habitantes. Miles de indígenas pobres y campesinos ladinos del occidente del país atacaron más de una docena de pueblos, destruyeron propiedades y mataron a decenas de personas. En respuesta, el ejército salvadoreño emprendió una campaña desenfundada que dejó a miles – y quizás decenas de miles – de muertos en su camino. El objetivo de este capítulo es describir los acontecimientos de 1932 y analizar las discusiones en torno a dos temas apremiantes: La identidad de los rebeldes y las razones de la masacre. Echamos mano de información previamente no disponible, incluyendo el archivo del Partido Comunista de El Salvador que se encuentra almacenado en un archivo (inaccesible hasta hace poco) en Moscú, Rusia, para plantear que las interpretaciones de los acontecimientos siempre han sido diversas y complejas. Específicamente, la evidencia nueva demuestra que muchos de los participantes de aquel momento no eran de la opinión de que el comunismo haya sido la variable explicativa más importante. El hecho de que la causalidad comunista se hiciera presente como la meta-narrativa en décadas posteriores demuestra la importancia de desenmarañar el proceso mediante el cual tomaron forma las memorias históricas colectivas de 1932.

El entorno

El levantamiento de 1932 ocurrió en las zonas rurales del occidente de El Salvador (ver mapa, página 46, del capítulo 2), una región con características propias pero que también compartía aspectos en común con el resto del país. El Salvador era entonces una nación predominantemente agrícola con una población abrumadoramente rural y pobre, de tal manera que en cualquier parte del país la gente vivía por lo general en el campo en las afueras de pequeños poblados. El occidente de El Salvador no era excepción a esta norma. En 1932, El Salvador tenía 285 pueblos, casi todos ellos lugares pequeños y aislados que desempeñaban la función de centros administrativos y comerciales para las dispersas poblaciones rurales. Los residentes más acaudalados de una región solían vivir en los pueblos, en casas bonitas situadas en torno a la plaza central o cerca de ella. Los campesinos más pobres vivían en chozas sencillas pero funcionales de una sola habitación, construidas con una armazón de palos y paredes de bahareque con techo de palmas o paja; estas chozas se ubicaban en caseríos a inmediaciones de algún pueblo o dispersas en propiedades en los campos próximos.¹

En 1932, la mayoría de pueblos en El Salvador no tenían calles pavimentadas ni agua por cañería, y el acceso a la electricidad era limitado, pero casi todos estaban conectados a las cabeceras departamentales por telégrafo. Las zonas rurales no tenían sino un mínimo de desarrollo de infraestructura y la única forma de traer o llevar bienes era sobre las espaldas de personas o los lomos de bestias. Algunas de las haciendas más grandes, especialmente aquellas en que los dueños residían usualmente, tenían casas más grandes, jardines impecables y calles de acceso en mejores condiciones.

Todas las áreas rurales estaban divididas en distritos administrativos denominados "cantones," bajo la jurisdicción de un pueblo cercano. Por lo general, cada pueblo tenía entre diez y veinte cantones, pero un cantón no era más que una división geográfica con fines administrativos. Los cantones no tenían edificaciones públicas ni centros urbanos y no proporcionaban servicios de ningún tipo; eran, en síntesis, puro campo. Aunque los campesinos que vivían allí eran contabilizados formalmente como habitan-

tes de los pueblos vecinos, la mayoría de ellos se identificaban con su cantón como lugar de residencia, reflejo a su vez de que buena parte de su existencia cotidiana giraba en torno a la mano de obra que demandaba la producción rural. Los campesinos que residían en los cantones viajaban ocasionalmente al pueblo para comprar y vender algunos productos, asistir al culto religioso, y realizar trámites en las oficinas del gobierno como, por ejemplo, votar o inscribir un nacimiento o un fallecimiento en la familia. Pero pasaban la mayor parte del tiempo en el campo cultivando la tierra. Trabajaban como obreros en las haciendas vecinas o se ganaban la vida a duras penas cultivando sus parcelas denominadas “milpas”. Un aventurero inglés que cabalgó a través de El Salvador en 1933 con rumbo por tierra a Chile, describió la apariencia del típico campesino salvadoreño en los siguientes términos:

Los hombres nativos se visten con pantalones blancos poco tallados y una camisa o blusa del mismo color; por lo general, esta ropa les cuelga en harapos y está muy sucia. Usan sombreros de ala ancha y copa alta y rara vez salen sin un machete en mano o colgando de su cintura, como espadas, en una vaina de cuero.²

Los campesinos salvadoreños a menudo vivían cerca o dentro de familias extensas, y buena parte de su vida giraba en torno a una comunidad inmediata de amigos y familiares que cumplían la función de una red de apoyo, una estrategia de supervivencia necesaria en un país que carecía de servicios públicos.

El Salvador era conocido como uno de los países con la mayor densidad poblacional del Hemisferio Occidental, lo que significaba que hasta sus áreas rurales se encontraban muy impactadas por la presencia humana. En 1932, el país tenía aproximadamente 1.5 millones de personas que vivían sobre una superficie de poco más de 20,000 kilómetros cuadrados. La alta densidad poblacional de El Salvador se explica en parte por el hecho de que el país había sido desde mucho tiempo atrás uno de los principales productores agrícolas en Centroamérica. Sus gentes habían estado cultivando sus suelos durante siglos, y lo hicieron con especial intensidad hacia fines del siglo diecinueve y comienzos del veinte en la medida que aumentaba la demanda de café. Hacia 1932 no había muchos lugares en El Salva-

dor que eran ajenos al contacto humano, y las zonas rurales consistían de una mezcla compleja de haciendas, parcelas cultivadas, veredas y fincas. Un viajero estadounidense que anduvo por carro en El Salvador a comienzos de la década de 1930, bromeó de que “si uno enciende un cigarrillo en un pueblo, habrá llegado al siguiente antes de que se acabe”.³

A pesar de sus similitudes con el resto del país, el occidente de El Salvador se distinguía por dos características: Una presencia indígena y el cultivo de café. Todavía en 1800, los indígenas constituían al menos la mitad de la población total de El Salvador, pero para comienzos del siglo veinte su número había disminuido a un 20 por ciento o menos. La mengua de la identidad indígena fue un proceso largo y complejo que no examinaremos en detalle aquí; basta decir que las presiones que sufrió la cultura indígena fueron un problema común a todo el Hemisferio Occidental durante los siglos diecinueve y veinte. Las generaciones jóvenes de los pueblos indígenas abandonaron los rasgos culturales de sus mayores y se hicieron más “mestizos”, o según la expresión centroamericana, “ladinos”. En la medida que disminuía el porcentaje de personas que se consideraban indígenas en El Salvador, las áreas geográficas de mayor población indígena se fueron reduciendo y diferenciando. El occidente de El Salvador, y particularmente las tierras altas, fue uno de esos lugares. Casi todas las regiones que se alzaron en armas en 1932 tenían mayoría de población indígena y algunas de ellas, como el pueblo de Nahuizalco, eran indígenas en más de un 90 por ciento.

La mayor parte de los indígenas de El Salvador eran campesinos pobres y no se distinguían mucho de sus congéneres ladinos. Independientemente de su origen étnico, todos los campesinos enfrentaban los mismos retos de pobreza, analfabetismo y ausencia de acceso a recursos, especialmente tierra. Para un observador sin formación, una comunidad campesina de indígenas tendría el mismo aspecto que una comunidad campesina de ladinos. Puede ser que los indígenas no hablaran el castellano como su lengua materna, y algunos de ellos, especialmente las mujeres, puede que se hayan vestido con ropa de colores vistosos que, con frecuencia, constituía una señal de identidad indígena.

Los indígenas de comienzos del siglo veinte en El Salvador compartían un sentimiento de identidad con otros indígenas en determinada co-

munidad, mas su relación con la sociedad ladina era problemática. Casi todas las comunidades indígenas eran administradas, desde tiempos ancestrales, por organizaciones religiosas con funciones de gobierno denominadas “cofradías”, las cuales jugaban un papel importante en la vida de sus miembros en tanto los unían en torno a sentimientos compartidos de unidad y propósito. Algunas de las más grandes e influyentes comunidades indígenas en El Salvador estaban ubicadas en las zonas altas del occidente, en torno a pueblos como Nahuizalco e Izalco. En términos históricos, una comunidad indígena y su cofradía se mantenían vinculadas por su custodia sobre una extensión considerable de tierras comunales que sus miembros cultivaban para sobrevivir y cumplir con diversas obligaciones en común de carácter religioso y político. Pero hacia 1932, las tierras comunales del país habían sido convertidas en propiedades privadas como resultado de leyes promulgadas a comienzos de la década de 1880, las cuales debilitaron la cohesión entre indígenas. No obstante, en 1932 las comunidades indígenas y sus correspondientes cofradías seguían muy activas como parte del tejido sociopolítico del occidente salvadoreño.

Además de lugar de domicilio de un gran número de indígenas, las tierras altas del occidente salvadoreño se destacaban por ser un centro importantísimo de producción de café. Las tierras altas del occidente se extienden aproximadamente 40 kilómetros a lo ancho y 50 kilómetros a lo largo, partiendo de la frontera con Guatemala hasta llegar a las faldas del volcán de Santa Ana, justo atrás del pueblo de Izalco. La región incluye muchas montañas y cerros de origen volcánico; aun cuando las mayores alturas no sobrepasan los 2,400 metros, las muchas laderas entre 900 y 1,800 metros ofrecen algunas de las mejores tierras para el cultivo del café en el mundo. Durante la segunda mitad del siglo diecinueve, la demanda de café aumentó rápidamente como resultado del crecimiento poblacional y la revolución industrial en Europa y Norte América. Los empresarios y terratenientes en El Salvador respondieron sembrando café en todos los suelos aptos habidos y por haber.

Antes de fines del siglo diecinueve, las tierras altas del occidente no producían un cultivo de exportación, de tal manera que la presión por producir para el mercado mundial todavía no se había dado. El principal producto de exportación de El Salvador, el añil, se cultivaba en fincas ubi-

cadras en las llanuras de tierra caliente en el centro y oriente del país. No obstante, el occidente seguía siendo una región importante de El Salvador. Funció como punto de tránsito hacia Guatemala, había sido el escenario de muchas campañas militares durante la primera mitad del siglo diecinueve, y su abundante poblaci3n era un valioso recurso electoral y militar. Posteriormente, el campesinado occidental, y las comunidades indógenas en particular, tuvieron una prolongada y activa participaci3n en la polítca nacional y regional. Sin embargo, el alza en los precios del café durante la segunda mitad del siglo diecinueve convirti3 al occidente de El Salvador en el principal generador de ingresos del país y provoc3 toda una gama de nuevas presiones de cambio. Muchas tierras comunales indógenas habían terminado en manos de caficultores ladinos particulares, y los campesinos indógenas y ladinos se enfrentaron a una crecientemente dispareja distribuci3n de los recursos y el poder. En vísperas de la insurrecci3n de 1932, el café representaba hasta un 90 por ciento del valor de todas las exportaciones y los cambios que habían ocurrido en los campos del occidente durante las cinco décadas anteriores fueron tremendos.

La rebeli3n de 1932, fue el resultado de las presiones que la producci3n comercial del café impuso en las tierras altas del occidente y sus poblaciones campesinas. Los temas de tierras, la mano de obra, el poder polítco local, las fluctuaciones del mercado, el racismo y el militarismo se conjugaron en una situaci3n sumamente volátil que eventualmente desemboc3 en una revuelta violenta. Los rebeldes eran campesinos pobres, indógenas en su mayoría, y atacaron los sÍmbolos del poder local, tales como oficinas del gobierno, negocios, casas de habitaci3n, destacamentos militares y las elites ladinas locales. La rebeli3n se organiz3 en los cantones rurales de aproximadamente unas doce municipalidades en toda las tierras altas del occidente. Los blancos de los ataques fueron los pueblos donde las elites locales y los polítcos vivían y realizaban sus negocios. Las principales áreas de actividad rebelde pueden dividirse en seis zonas geográficas de poniente a oriente: Tacuba, Ahuachapán, Juayúa/Salcoatitán/Nahuizalco, Sonsonate/Sonzacate, Izalco y Col3n (ver mapa en la página 46, del capítulo 2). Cada una de estas zonas se caracterizó por una fuerza rebelde propia, de tal manera que podemos asegurar que hubo al menos seis, y quizás más, cen-

tros de movilización insurgente. Todavía se debate intensamente acerca del nivel de coordinación entre los distintos grupos rebeldes y su subordinación a una estructura centralizada de mando. Pero un indicio de que existió al menos alguna coordinación es que los diversos grupos rebeldes lanzaron sus ataques simultáneamente.

Los acontecimientos

La rebelión comenzó en la noche y la madrugada del 22 y 23 de enero. El patrón de ataque típico reunió a muchas decenas y quizás centenares de rebeldes armados principalmente de machetes y palos, además de algunas armas de fuego rudimentarias, que se dirigieron a la plaza central de un pueblo. En primer lugar, atacaron la oficina del telégrafo con miras a cortar la comunicación con los cuarteles fuertemente defendidos en las cabeceras departamentales de Sonsonate, Ahuachapán y Santa Ana. El método usual de ataque a las oficinas del telégrafo consistió en derribar las puertas a machetazos y entrar antes de que el telegrafista pudiera enviar un aviso. En los primeros momentos también fueron atacados los destacamentos militares y policiales y las oficinas municipales. Con la excepción de Sonsonate y Ahuachapán, el número de soldados destacados en cada uno de los pueblos atacados no superaba una decena. A pesar de que los rebeldes estaban pobremente armados, tenían a su favor una superioridad numérica y el factor sorpresa. Esto les permitió ocupar más de media decena de pueblos, incluyendo Tacuba, Salcoatitán, Juayúa, Nahuizalco, Sonzacate, Izalco y Colón. Con excepción de Salcoatitán, que tenía menos de dos mil habitantes, los pueblos ocupados por los rebeldes eran centros regionales importantes y muy poblados. Los veinte mil habitantes de Izalco eran casi tan numerosos como los de la cabecera departamental de Sonsonate, Nahuizalco tenía quince mil residentes, Juayúa ocho mil, Tacuba siete mil quinientos, y Colón cinco mil quinientos. Ahuachapán, con poco menos de treinta mil habitantes, fue la ciudad más grande atacada por los rebeldes. En comparación, la ciudad capital de San Salvador tenía cien mil habitantes.

Una vez controlado un pueblo, los rebeldes se volcaron hacia las casas particulares y los negocios. Le dieron fuego a algunas estructuras, pero, básicamente, se dedicaron a introducirse en los edificios y robar. Los

rebeldes atacaron a ciertos individuos identificados con abusos del poder local, incluyendo a Miguel Call, el alcalde de Izalco, Emilio Redaelli, un comerciante de café en Juayúa, y el general Rafael Rivas, el comandante militar en Tacuba. Por lo general, los rebeldes no atacaron indiscriminadamente a civiles. Durante toda la revuelta, los rebeldes mataron a menos de cien personas, incluyendo a soldados durante los enfrentamientos militares. Sin embargo, los rebeldes obligaron a las esposas y las hijas de las elites locales a moler maíz y prepararles tortillas, una labor humillante reservada para los sirvientes. Varios rumores afirmaban que los rebeldes pensaban violar colectivamente a las mujeres de la elite en varias municipalidades, pero ese señalamiento parece más producto de la histeria de la elite que una intención en firme de los rebeldes. Como ha observado un estudioso, resulta demasiada coincidencia de que todas las violaciones habrían de ocurrir el mismo día que llegaron los militares.⁴

Los primeros pueblos en ser atacados fueron Izalco, Juayúa y Salcoatitán poco después de la medianoche del 23 de enero, a las 12:30 a.m., y es difícil estimar el número de rebeldes en cada ataque debido a las grandes discrepancias en los informes, pero, es probable que hayan sido centenares al comienzo de la insurrección y hasta quizás miles en sus momentos más álgidos. Se supone que los rebeldes en estos sitios fueron dirigidos por dos de los más renombrados líderes, Chico Sánchez en Juayúa y Feliciano Ama en Izalco. Ama era un indígena a quien se le identificaba comúnmente como cacique de la comunidad indígena de Izalco. A Sánchez también se le consideraba como dirigente indígena, o al menos como una persona con vínculos fuertes con la población indígena de las cercanías de Juayúa. Otro líder en Izalco era supuestamente Eusebio Chávez, un carpintero ladino y cristiano evangélico. En Juayúa, otro jefe era Rosalío (Felipe) Nerio, a quien se identifica a veces como cacique indígena de la comarca.

Son escasos los informes de testigos oculares del levantamiento pero uno de los pocos que nos ha llegado es de Juayúa. Lo proporcionó un misionero bautista de Estados Unidos llamado Roy McNaught, quien escribió una descripción breve de su experiencia para una revista estadounidense que se publicó menos de dos meses después de los acontecimientos. McNaught dijo que fue despertado poco después de la medianoche el 23 de enero por unos ruidos fuertes. Por su ventana observó a aproximada-

mente ochenta hombres atacando las oficinas del telégrafo. Dijo que los rebeldes atacaron después la estación de policía y que mataron a un agente e hirieron a otro. El siguiente objetivo de los rebeldes fue Emilio Redaelli, a quien McNaught describió como “el hombre más rico del pueblo”. Dijo que los rebeldes le dieron fuego a la casa de Redaelli y a uno de sus negocios, le dispararon a muerte e hirieron a su esposa e hijo. McNaught escribió que a medida que las llamas envolvían la casa, “escuchamos los gritos de la pobre mujer desde nuestro patio, y nos imaginamos la escena horrible que se desarrollaba a unas pocas cuadras de distancia”. Dijo que la casa de Redaelli fue la única que se quemó pero muchas otras casas y negocios fueron saqueados durante toda la noche.⁵

Otro recuento detallado de la experiencia de Juayúa proviene de la pluma del periodista salvadoreño, Joaquín Méndez, quien recorrió toda la región occidental a menos de un mes de la rebelión y redactó un informe largo de sus impresiones. Su gira fue autorizada por el gobierno, por lo que su escrito es favorable a sus patrocinadores; no obstante, sus descripciones son útiles. Proporciona versiones escritas de muchas entrevistas con residentes de diversas localidades. Su descripción del asalto inicial a Juayúa se asemeja mucho al de McNaught. También proporciona un listado de los daños a negocios y viviendas ocasionados por los rebeldes. De acuerdo a la lista, la familia Redaelli sufrió los daños mayores por 85,000 colones (el cambio con el dólar era de 2.00 por uno). Otras pérdidas significativas incluyeron la casa de familia de Mercedes Cáceres por 40,000 colones y las casas de Lorenzo Ríos y Julia Salaverría por 50,000 colones. En total, Méndez proporciona una lista de treinta propiedades y una pérdida total de más de 300,000 colones.⁶

El pueblo cercano de Salcoatitán fue atacado a casi el mismo tiempo que Juayúa. En vista de que Salcoatitán y Juayúa están a apenas tres kilómetros de distancia y que fueron atacados simultáneamente, es probable que un solo grupo rebelde se dividió en dos frentes. El ataque a Salcoatitán se asemejó mucho al de Juayúa. El comandante militar de la localidad proporcionó una descripción del ataque y de los daños en un informe a pocas semanas del levantamiento; es uno de los pocos informes de este tipo que ha pasado al acervo histórico. El comandante escribió lo siguiente:

Después de invadir la ciudad, ellos [los rebeldes] abrieron fuego al edificio municipal, destruyéndolo por completo, y luego procedieron a romper las puertas de los hogares del Sr. Antonio Salavarría, Sr. Tiburcio Morán, Señorita Rosenda Rodríguez, don Benjamín Inocente Orantes, don Moisés Canales, don Francisco Pérez Alvarado y de un bar local. En la casa de José Dolores Salavarría, rompieron las ventanas de los balcones de arriba. En todas las casa anteriormente mencionadas, además de infligir serios daños, estructurales, los rebeldes destruyeron todo tipo de objetos de valor mobiliario.⁷

El patrón del ataque a Izalco fue similar al de Juayúa y Salcoatitán. Los informes disponibles son de segunda mano, pero dicen que los rebeldes atacaron el pueblo desde el occidente. Izalco estaba dividido en dos vecindarios, uno indígena (el de Dolores) y otro ladino (el de Asunción); ambos tenían su propia plaza e iglesia. La calle principal a Izalco entra al pueblo desde el sur y pasa primero por Dolores antes de llegar a Asunción, seis cuabras más adelante hacia el norte. Más allá de Asunción había plantaciones de café y las laderas bajas del volcán Izalco. Al igual que muchos municipios en toda la región, el pueblo de Izalco propiamente no era grande, a lo sumo unas diez cuabras en total. Si los informes disponibles son precisos, los rebeldes se aproximaron desde el lado poniente de Asunción, y una de las primeras víctimas fue el nuevo alcalde, Miguel Call. Aparentemente, él y un amigo, Rafael Castro Cármaco, un político local del pueblo de Chalchuapa, se encontraban en la calle como a tres cuabras al poniente de la plaza de Asunción. Los rebeldes deben haberse congregado en los cantones rurales colindantes al occidente de Asunción. Cuando se toparon con Call y Castro en la calle, los atacaron con machetes, matando inmediatamente a Call e hiriendo gravemente a Castro, quien murió posteriormente en un hospital en Sonsonate. Un residente de la localidad quien fue entrevistado por Joaquín Méndez un mes después de la rebelión estimó que los rebeldes sumaban como dos mil.⁸ Después de matar a Call, los rebeldes atacaron la oficina del telégrafo, la estación de policía y la alcaldía. Ya en poder de la ciudad, irrumpieron en varias casas y negocios y los saquearon. Cuando Méndez llegó a Izalco a fines de febrero, los daños

todavía eran visibles y tomó fotografías de puertas que habían sido derribadas a machetazos y de pertenencias que habían sido destruidas y tiradas por doquier.

Mientras que Juayúa y Salcoatitán no tuvieron tiempo de enviar avisos telegráficos a Sonsonate, el telegrafista de Izalco pudo mandar un mensaje antes de que los rebeldes destruyeran sus oficinas. En respuesta, el comandante del destacamento militar de Sonsonate, el coronel Ernesto Bará, organizó una fuerza expedicionaria para ir en auxilio de Izalco. Nombró al mayor Mariano Molina para que la encabezara. Poco antes del amanecer del 23 de enero, Molina congregó a su tropa en la plaza frente al destacamento después de enviar a grupos de exploración para requisar algunos vehículos. Uno de los grupos de exploración se dirigió hacia el norte a la municipalidad vecina de Sonzacate, donde se encontró con un contingente grande de rebeldes. Los rebeldes acababan de atacar Sonzacate y se dirigían al sur hacia Sonsonate y su destacamento. Los rebeldes dieron alcance al carro y obligaron a los soldados a retirarse a pie. Ellos y los rebeldes llegaron al destacamento casi simultáneamente y tomaron de sorpresa al mayor Molina y sus soldados en la plaza cuando los portones del destacamento todavía estaban completamente abiertos. A continuación, se dio una lucha feroz de cuerpo a cuerpo mientras los soldados se batían en retirada para refugiarse dentro del cuartel. Por lo visto, algunos rebeldes lograron penetrar en el cuartel pero fueron repelidos por los soldados, quienes lograron cerrar los portones. Ya a salvo tras los muros del cuartel, los soldados suprimieron a los atacantes con fuego de ametralladora. Sin posibilidad de enfrentarse al fuego de las ametralladoras, los rebeldes suspendieron el ataque y se retiraron a Sonzacate no sin antes atacar una estación de policía cercana y saquear varias propiedades en el vecindario. El número de bajas durante el ataque se ha estimado entre cincuenta a setenta rebeldes muertos, cinco soldados muertos y una media decena de soldados heridos.

Casi al mismo tiempo que los rebeldes entraban a Sonsonate, otra fuerza rebelde atacaba el cuartel de la cabecera departamental de Ahuachapán. Se repitió el cuadro: Los soldados bien armados, a salvo tras los muros de su sombrío cuartel de apariencia medieval, repelieron a los rebeldes, quienes no obstante lanzaron tres ataques decididos durante la

noche. Si bien es cierto que los ataques a Sonsonate y Ahuachapán fracasaron, fueron victorias tácticas y explican por qué la rebelión duró tanto tiempo. Los comandantes en los cuarteles dudaron en salir hasta estar seguros de que un ataque ya no era inminente. Este retraso neutralizó las ventajas de velocidad de desplazamiento y poder de fuego de los militares y proporcionó más tiempo a los rebeldes que se habían tomado los pueblos circundantes. Por ejemplo, los rebeldes que habían atacado Juayúa y Salcoatitán en la mañana del 23 de enero ocuparon el pueblo de Nahuizalco la siguiente tarde porque ninguna fuerza militar se les había interpuesto. De igual manera, los rebeldes de Tacuba dominaron el pueblo por casi tres días antes de que la tropa de Ahuachapán saliera de su cuartel y se desplazara a los sitios más remotos del departamento.

Los otros dos pueblos atacados a primeras horas del 23 de enero fueron Tacuba y Colón, en los extremos occidental y oriental de la rebelión. De hecho, Colón ni siquiera está ubicado en las tierras altas del occidente. Está situado a unos treinta kilómetros hacia el oriente, en las laderas del volcán de San Salvador sobre la principal carretera nacional, que en aquellos tiempos no era sino un camino de tierra que conducía a las dos ciudades principales del país, Santa Tecla y San Salvador, la capital. La experiencia de Colón difiere del resto de pueblos en vista de que los rebeldes no se quedaron en el pueblo después de habérselo tomado. Sin embargo, la ocupación del pueblo en sus primeros momentos se ajustó al patrón de los demás. Los rebeldes se impusieron a las fuerzas locales en poco tiempo. Dos sobrevivientes que proporcionaron su testimonio a periodistas y militares fueron el telegrafista, Félix Rivas, y la esposa del comandante militar de la localidad, el coronel Domingo Campos. Rivas relató que se despertó al oír que botaban su puerta a mazazos y machetazos. Tanto él como su esposa fueron seriamente heridos; a él le cortaron las manos y perdió un ojo. La esposa del coronel Campos afirmó que reconoció a los que atacaron a su esposo como un grupo de hombres que se habían estado reuniendo en casa de un campesino de la localidad en el cantón Las Moras. Los describió como los líderes de la insurrección.

Pero en vez de quedarse en Colón, los rebeldes se replegaron como dos horas después de haberlo atacado. Un ciudadano del pueblo describió el panorama que encontró cuando llegó a las 3 a.m. desde una finca cerca-

na: Casas destruidas y humeantes, gente herida y muerta, pero ningún rebelde. Los rebeldes, más bien, habían tomado el camino hacia Santa Tecla, la cabecera del departamento de La Libertad, con miras supuestamente a atacar la ciudad. Pero antes de que llegaran, una patrulla militar que venía bajando desde Santa Tecla se les enfrentó. Después de un breve tiroteo, los rebeldes fueron obligados a retirarse hacia Colón. Cuando llegaron al pueblo como a las 8 a.m., los ciudadanos de la localidad se habían reagrupado y repelieron a los rebeldes, quienes entonces se dispersaron aparentemente en los campos a la redonda.

La experiencia de Tacuba se asemejó al patrón del ataque que conocieron Izalco, Juayúa y Salcoatitán. Los rebeldes atacaron sorpresivamente a las autoridades locales, controlaron rápidamente el pueblo y se quedaron allí hasta que llegaron los soldados a desplazarlos. De acuerdo a los informes, el destacamento militar en Tacuba estaba compuesto de nueve guardias nacionales bajo el mando del mayor Carlos Juárez cuando se produjo el ataque. Aparentemente, seis de los guardias desertaron cuando se enteraron del ataque inminente. Los otros tres defendieron el puesto hasta que se les acabó la munición. Según informes, los rebeldes lanzaron piedras sobre el tejado del puesto desde un punto en alto hasta que el techo cedió y cayó sobre Juárez y los dos guardias. Después de tomarse el puesto, los rebeldes mataron a los tres soldados y decapitaron al mayor Juárez. Otro blanco principal fue la casa del general Rafael Rivas, el comandante militar de la localidad, descrito por una fuente como “un viejo veterano que se había retirado a Tacuba”. Después de que los rebeldes botaron la puerta de su casa, se defendió con una pistola y mató a cuatro de sus atacantes. Pero los rebeldes lo capturaron, lo llevaron afuera donde lo decapitaron y colocaron su cabeza sobre una pica para pasearla por el pueblo.⁹

El último sitio de importancia que atacaron los rebeldes fue el municipio de Nahuizalco en el departamento de Sonsonate. De acuerdo a una versión, a las 9:00 de la mañana del 23 de enero, un carro entró al pueblo lleno de dirigentes rebeldes procedentes de Juayúa y Salcoatitán, entre ellos Felipe Nerio, quienes anunciaron que el pueblo tenía hasta las 10:00 p.m. para unirse a los rebeldes; de lo contrario, se atendería a las consecuencias. Pero los rebeldes volvieron a las 3:00 de la tarde y como no encontraron el apoyo que buscaban, le dieron fuego a la alcaldía y algunos negocios y

atacaron a unos ciudadanos, dando muerte a dos e hiriendo al menos a otros dos. Un terrateniente de la localidad informó al periódico *La Prensa* que se topó con una turba grande de rebeldes que se aproximaba al pueblo desde las cercanías. Dijo que entre los rebeldes se encontraban algunos hombres y muchachos que trabajaban en sus fincas. Dijo que los rebeldes lo dejaron ir pero le advirtieron que sería uno de los primeros en morir cuando atacaran el pueblo. El terrateniente se mostró incrédulo ante los rebeldes, en vista de que les había pagado bien y regularmente, pero que aún así se habían sublevado.¹⁰ Uno de los principales objetivos de los rebeldes en Nahuizalco era el clan de los Brito, una familia de ladinos que se había instalado en la región a fines del siglo diecinueve y que había adquirido riquezas y poder político. Eran los dirigentes de la pequeña pero acaudalada población ladina en Nahuizalco y se habían enfrascado en un conflicto ininterrumpido durante muchos años con la comunidad indígena local para controlar el gobierno municipal.¹¹ Francisco Brito era el alcalde del pueblo al momento de la insurrección, y en un telegrama a Sonsonate de fecha 29 de enero, resumió la situación a la cual se enfrentaba el gobierno local en los momentos después de la revuelta.

La Alcaldía y la estación de policía de esta ciudad fueron totalmente quemados, el 23 de los corrientes, por los Comunistas: absolutamente nada quedó de estos; los sellos municipales y cualquier dinero que haya sido guardado en la Alcaldía, fue también quemado o robado.

Hoy, estamos llevando a cabo nuestra reunión en la oficina del gerente general de la Alcaldía .¹²

La insurrección fue aplastada en un lapso de aproximadamente veinticuatro horas entre las tardes del 24 y 25 de enero. El gobierno nacional en San Salvador envió vía ferrocarril una columna masiva de refuerzos que se reunió con tropas movilizadas desde el oriente del país. Pero el grueso de esta fuerza no llegó a Sonsonate hasta el 25 de enero, y para entonces los destacamentos de Sonsonate y Ahuachapán ya habían sofocado el levantamiento. Los soldados de Sonsonate fueron los primeros en enfrentarse a los rebeldes. Una vez que se cercioró de que no era inminente otro ataque, el comandante del destacamento militar en Sonsonate envió a una patrulla

bajo el mando del coronel Tito Calvo hacia Izalco en la mañana del 24 de enero. La patrulla se encontró con un grupo grande de rebeldes que estaba acampando en Sonzacate, a lo que siguió una feroz batalla con bajas en ambos bandos, incluyendo el teniente Francisco Platero, quien estaba al mando de la unidad de ametralladoras. Al verse superados en números por los rebeldes, los soldados se retiraron al cuartel y el comandante preparó una respuesta mayor y mejor coordinada. La segunda fuerza expedicionaria salió esa tarde bajo el mando del coronel Marcelino Galdámez. Esta vez se encontraron con que Sonzacate estaba vacío. Varios fuegos todavía ardían en el pueblo pero los rebeldes aparentemente se habían dispersado en los entornos rurales.

La columna de Galdámez siguió su camino hacia Izalco. Los informes de lo que aconteció allí son contradictorios. Un informe da la impresión que a la tropa de Sonsonate se le unió un contingente que venía de San Salvador o Santa Tecla. Otro informe dice que en vez de entrar en Izalco, los soldados se situaron en posición defensiva al comienzo de la cuesta que conduce al pueblo desde el sur y esperaron el ataque de los rebeldes. Los rebeldes entonces salieron, supuestamente, desde el barrio de Dolores y se lanzaron sobre la tropa para caer abatidos en grandes números por el fuego de las ametralladoras. Haya ocurrido o no el ataque rebelde, lo cierto es que los soldados de Sonsonate rápidamente derrotaron a los rebeldes de Izalco y retomaron el control del pueblo. Uno de los personajes más connotados que fue capturado durante el contraataque fue Feliciano Ama. Todavía persiste la discusión sobre Ama y si fue realmente un jefe de la insurrección y, de ser cierto, por qué. No obstante, poco después de su captura, los soldados se desentendieron mientras una turba del pueblo lo sacó de su celda en la cárcel y lo ahorcó desde un árbol de aceituno en la plaza principal del barrio de Asunción.

La tropa que había recuperado el control de Izalco abandonó el pueblo hacia fines de la tarde del 24 de enero y se encaminó hacia Nahuizalco, aproximadamente a 10 kilómetros cuesta arriba hacia el occidente. En el desvío hacia el pueblo, se encontró con una fuerza rebelde, la cual se puso en desbandada después de un enfrentamiento de unos treinta minutos. De nuevo, los informes son contradictorios en cuanto a lo que hicieron los soldados después. Un informe dice que siguieron camino a

Nahuizalco y tomaron control del pueblo esa misma noche como a las 8:30 p.m. Otros informes dicen que una vez concluido el enfrentamiento, ya había oscurecido y la tropa decidió acampar a la orilla del camino y esperar hasta la madrugada. Cualquiera que haya sido la versión exacta, hacia la mañana del 25 de enero Nahuizalco había vuelto a manos del gobierno. Los soldados entonces procedieron hacia Salcoatitán y Juayúa esa tarde, adonde llegaron como a las 3:00 p.m. Los rebeldes trataron infructuosamente de impedir su ingreso a Juayúa botando árboles en el camino y excavando trincheras, pero los soldados no se amilanaron. Hacia el atardecer habían recuperado el control de ambos pueblos después de un breve enfrentamiento con los rebeldes. Esa misma mañana del 25 de enero, una fuerza expedicionaria salió del cuartel de Ahuachapán y enfiló hacia Tacuba, que también volvió a manos del gobierno.

Al ponerse el sol el 25 de enero, la rebelión había sido sofocada y los pueblos ocupados por los rebeldes estaban de nuevo bajo control del gobierno. La velocidad con la cual fue suprimida la rebelión demuestra que los rebeldes nunca tuvieron la capacidad militar de enfrentarse al ejército salvadoreño en combate a campo abierto. El único revés que sufrió el ejército fue en Sonzacate cuando la primera patrulla de avanzada, al mando del coronel Tito Calvo, fue sorprendida por un grupo grande de rebeldes. Pero fuera de ese incidente, los rebeldes nunca pudieron frenar el avance de la tropa. La única ventaja de los rebeldes radicaba en sus números y el elemento de sorpresa. Siempre que el ejército tuviera tiempo de prepararse, su velocidad de desplazamiento y enorme superioridad de poder de fuego resultaba en victoria.

Esas mismas ventajas colocaron a la totalidad de la población campesina del occidente a la merced del ejército durante las siguientes dos semanas. La derrota inicial de la insurrección no fue sino un preludeo a una serie de acontecimientos horripilantes conocidos en el léxico popular simplemente como "el 32". Los principales refuerzos del gobierno llegaron a Sonsonate bajo el mando del general José Tomás Calderón el 25 de enero. Posteriormente, los militares sometieron a las zonas rurales del occidente a una brutal represalia. Unidades militares fuertemente armadas se desplazaron a gran velocidad por la densa población de la campiña, asesinando indiscriminadamente a campesinos. Una de las tácticas más utilizadas para

aligerar la matanza fue dar la orden para que la población masculina de los cantones vecinos se congregara en la plaza de un pueblo con el pretexto de entregarles salvoconductos; los soldados entonces los alineaban y los ametrallaban en masa.

Durante los próximos diez a quince días, unidades de soldados y paramilitares asesinaron a miles de personas en todo el occidente salvadoreño en castigo por la insurrección. Los archivos salvadoreños guardan un lamentable silencio en torno a estos acontecimientos (quizás porque los militares destruyeron o escondieron la documentación que pudiera implicarlos), pero uno de los pocos documentos que nos ha llegado con referencias explícitas a la matanza fue redactado por el comandante local de Salcoatitán. Según su informe, “Fueron ejecutados de orden Superior los que así lo merecieron”. Ese reconocimiento del comandante es una de las muy pocas declaraciones que contiene una referencia explícita que vincula la Matanza directamente a una orden superior. También dijo que la persecución de rebeldes sospechosos proseguía casi seis semanas después del levantamiento. “Es de lamentar,” dijo, “que todavía no se hayan podido localizar a los que huyeron no obstante los esfuerzos que se han hecho persiguiéndolos las comisiones en distintos lugares”.¹³

Un anciano residente de Salcoatitán, Salvador Pérez (nacido en 1914), nos concedió una entrevista en el año 2000 durante la cual dijo haber visto una masacre en la plaza central del pueblo. Afirmó que él y su familia vivían en una casa cerca de una de las esquinas de la plaza y que habían huido a los cafetales cercanos cuando atacaron los rebeldes. Volvieron a su casa después de que los militares retomaron el control del pueblo. Dijo que a los pocos días de su retorno, él y su familia observaron desde una ventana de su casa cómo los soldados reunieron a un número grande de campesinos en la plaza central. Agregó, “Los soldados alinearon a los hombres contra la pared de la iglesia y les dispararon.” Observó hasta que empezaron los disparos, momento en que su familia cerró la ventana. Pero escuchó los disparos y después se asomó y vio hombres muertos en la plaza y otros todavía vivos, que se retorcían y gemían.¹⁴



Fotografía de las Víctimas de la Matanza, tomada del libro *Revolución comunista*, de Alfredo Schlesinger's, que fue le proporcionada a por el gobierno salvadoreño que describe a las víctimas de la Matanza de 1932

En la medida que se repetían las masacres pueblo tras pueblo en todo el occidente, los cadáveres empezaron a apilarse a las orillas de los caminos y en montones dispersos. En lo posible, los soldados o los ciudadanos de la localidad los enterraban en fosas comunes, pero el número de muertos sobrepasó las capacidades de los pobladores y muchos cadáveres quedaron al descubierto durante días. Tal fue el número de cuerpos insepultos que hacia fines de la primera semana de febrero, el ministro de salud envió instrucciones a las autoridades locales para que procedieran a enterrar los cadáveres y les proporcionó las dimensiones precisas de las fosas que debían cavar.¹⁵ A decir verdad, nadie se preocupó por llevar la cuenta de los muertos, o si los militares lo hicieron, la documentación no se ha dado a conocer. Es por esta razón que la cifra estimada de los muertos varía tanto, entre diez mil y treinta mil. Es seguro que algunos de los fusilados participaron en la rebelión, pero la gran mayoría de las víctimas eran civiles inocentes que no participaron en los acontecimientos. Roy McNaught proporcionó algunos elementos en torno a los criterios poco claros que utiliza-

ron los militares para determinar si una persona merecía morir. Dijo que al otro lado de la calle de su casa vivía una familia pobre de ocho personas en una choza minúscula. Dijo que la familia no participó en la insurrección pero que durante el segundo día de la ocupación del pueblo por los rebeldes, participaron en los saqueos y guardaron algunos artículos mal habidos en su choza. Cuando llegaron los soldados, registraron la choza, encontraron los artículos y sacaron al padre y lo fusilaron. McNaught agregó: "Lo mismo le pasó a muchos otros".¹⁶

Un oficial de marina canadiense proporcionó detalles parecidos. Había desembarcado en el puerto de Acajutla en el departamento de Sonsonate el 23 de enero como parte de una medida del gobierno británico de garantizar la seguridad de sus ciudadanos durante la revuelta. El oficial viajó por tren desde Sonsonate a San Salvador el 24 de enero e informó: "Se observaron muchos cadáveres de indígenas a lo largo de la vía férrea, especialmente en las inmediaciones de Sonsonate". También dijo que los residentes intentaban demostrar su lealtad hacia el gobierno portando banderas blancas: "Casi todos los que andaban caminando llevaban una banderita blanca que agitaban constantemente para dar a entender que no eran rojos [rebeldes], muchas casas también tenían grandes banderas blancas colocadas en un lugar conspicuo". El oficial puso en duda la eficacia de esta estrategia porque "se observó un cadáver con la bandera blanca todavía insertada en su sombrero".¹⁷

Los fusilamientos en masa duraron aproximadamente dos semanas, y entonces, tan repentinamente como habían comenzado, se suspendieron. Los militares decidieron que la región había sido suficientemente pacificada, o que cualquiera haya sido el mensaje que querían transmitir ya había sido enviado. Así, la jefatura central del ejército ordenó el retorno de los refuerzos a las zonas central y oriental del país y dejó el mismo número de tropas en el occidente que había antes del levantamiento. Sin embargo, los militares complementaron sus fuerzas mediante la creación de un cuerpo de defensa civil denominada Guardia Cívica que se enfrentaría a posibles brotes de actividad rebelde. Las unidades de la Guardia Cívica tenían la obligación de vigilar día y noche en sus pueblos e informar de cualquier actividad sospechosa. Todos los varones sanos debían participar y los gastos de alimentación e uniformes serían absorbidos por la municipalidad a

partir de contribuciones de los residentes. Las unidades de la Guardia Cívica se mantuvieron activas en toda la región occidental durante el resto de 1932 y durante buena parte de 1933 en algunas localidades. Algunas unidades de la Guardia dieron la voz de alarma ante supuestas actividades rebeldes pero, de hecho, no ocurrieron más de éstas. Los insurgentes habían sido eliminados y el resto de la población sometido a la fuerza.

En vez del peligro de un resurgimiento de actividad rebelde, el principal problema que tuvo que enfrentar el gobierno nacional durante las semanas después del levantamiento fue la de ladinos furiosos que querían castigar a los campesinos y, especialmente, a los indígenas. Las unidades de la Guardia Cívica se vieron implicadas a menudo en estos abusos. El levantamiento tuvo aspectos muy personales, al igual que la respuesta ladina. Las municipalidades que fueron atacadas por los rebeldes tenían poblaciones grandes en comparación a otras partes del país, pero no dejaban de ser comunidades pequeñas e íntimas. Las elites y los campesinos residían a poca distancia entre si y a menudo se conocían mutuamente por sus relaciones laborales o comerciales. Una versión común del levantamiento desde la perspectiva de la elite consistía en que los rebeldes eran trabajadores locales que habían sido tratados de manera equitativa pero que aun así correspondieron con ingratitud al alzarse en armas. Un ejemplo de esta versión proviene del terrateniente de Nahuizalco (mencionado anteriormente) quien dijo que algunos de los rebeldes que lo amenazaron eran sus propios trabajadores. Una descripción similar corresponde a Ahuachapán, donde un agricultor local de nombre Juan Germán fue asesinado frente a su familia por Juan Ramos, “sirviente de la familia que había sido compañero en la juventud de don Juan, y había estado con su amo en Guatemala mientras este proseguía sus estudios”.¹⁸ Aun cuando estas historias en particular hayan sido excepcionales, las elites en todo el occidente del país reaccionaron como si fueran la norma. Se convencieron de que al desafiar su autoridad, los rebeldes habían rechazado las normas morales y políticas de la sociedad. Las elites devolvieron el golpe, aprovechándose del caos de la Matanza y convencidos de que tenían derecho a la venganza. Se afiliaron a unidades paramilitares y oprimieron a los campesinos residentes en las localidades. Por ejemplo, las autoridades ladinas en Izalco intentaron reprimir las prácticas religiosas de los indígenas una semana después del

levantamiento mediante la confiscación de todas las reliquias religiosas indígenas en el pueblo, las cuales serían colocadas bajo llave en la parroquia. Argumentaron que las celebraciones asociadas con dichas reliquias “se fraguaban actos que están reñidos con nuestras leyes”.¹⁹ Otros informes procedentes de Izalco daban cuenta de que las elites ladinas estaban golpeando y encarcelando a los indígenas de manera indiscriminada y que después les cobraban cantidades exorbitantes para dejarlos en libertad. Se acusó a los miembros de la Guardia Cívica de Izalco de participar en estos hechos.²⁰ Informes posteriores decían que los ladinos de Izalco estaban monopolizando las fuentes de agua de la región y que les negaban agua a los indígenas para regar sus siembras.²¹

Otro ejemplo de acciones de venganza por parte de las elites locales proviene de Nahuizalco. Dos semanas después del levantamiento, comenzaron a llegar informes a San Salvador de un sinnúmero de abusos perpetrados por los funcionarios ladinos locales contra los pobres de la región, tanto indígenas como ladinos. El gobierno, preocupado de que las autoridades de Nahuizalco podrían estar exacerbando las hostilidades en la región, envió a un agente al pueblo para que investigara si las acusaciones eran ciertas. El agente, el teniente Enrique Uribe, se presentó ante las autoridades de Nahuizalco como el nuevo sub-comandante pero no dio a entender que su verdadera misión consistía en una investigación secreta de sus actividades. Uribe descubrió que las versiones acerca de los abusos eran ciertas. En el informe que envió a San Salvador, dijo que las autoridades ladinas estaban aterrorizando a la población campesina. Después del repliegue del ejército al suspenderse la Matanza, las bandas paramilitares locales se organizaron y se dedicaron a recorrer la campiña en busca de supuestos comunistas. Los miembros de la Guardia Cívica aportaban la mayor parte de los efectivos de estas bandas, pero se les unieron otros ladinos y soldados. Le explicaron a Uribe que sus actividades constituían un “servicio patriótico”. Pero Uribe lo entendió de otra manera:

Las autoridades anteriores a mi...aplicaban la justicia de una manera mal interpretada, pues resultaba que la medicina que suministraban era aún más mortífera que la enfermedad de que adolecían los pacientes....Lejos de establecer la armonía y tranquilidad en el vecindario, [ellos están] sem-

brando el terror y el espanto, tanto en ladinos como en los indígenas y aún mas en estos últimos desacreditando así a las Autoridades Superiores, Supremo Gobierno y honorables personas de esta vecindad.²²

Por cierto, resulta muy irónico que un miembro del ejército salvadoreño, que acababa de perpetrar uno de los casos más extremos de terror colectivo en la historia moderna de Latinoamérica, acusara a las bandas paramilitares de Nahuizalco de subvertir el orden cívico al actuar de manera violenta y arbitraria contra los campesinos de la región. Pero tales eran las complejidades de El Salvador en 1932. El gobierno nacional decidió que las masacres debían terminar y no estaba dispuesto a permitir que las autoridades locales desacataran sus órdenes y actuaran por cuenta propia.

¿Quiénes eran los rebeldes?

Uno de las versiones más repetidas de los últimos setenta años acerca del levantamiento de 1932 es que los rebeldes fueron organizados y dirigidos por comunistas. Dijimos que una de las razones principales que explican la persistencia de esta "causalidad comunista" radica en que tanto la izquierda como la derecha en El Salvador la aceptaron como tal. Evidentemente, la definición del vocablo "comunista" tuvo significado distinto para diferentes personas. Por ejemplo, algunos estudiosos, por lo general, conservadores en extremo, equipararon causalidad comunista con extranjeros respaldados por bolcheviques en Rusia quienes le pusieron el ojo a El Salvador como un sitio propicio para la revolución. Los comunistas extranjeros supuestamente se infiltraron al país, hicieron proselitismo entre las masas, y las incitaron para que se levantaran, aun cuando las masas probablemente entendieron poco o nada de marxismo. Otros proponentes de la causalidad comunista, tanto de derecha como de izquierda, le restaron importancia al papel de los extranjeros y se centraron, más bien, en organizaciones locales, el Partido Comunista de El Salvador (PCS), su organización hermana el Socorro Rojo Internacional (SRI), y el principal sindicato obrero del país, la Federal Regional de Trabajadores Salvadoreños (FRTS).²³ De acuerdo a su interpretación, los miembros del PCS, SRI y FRTS se dirigieron a los campos del occidente, organizaron a las masas, y las dirigieron en

la insurrección. Las diferencias que se observan en este argumento tienen que ver con cuál organización o cuál grupo de personas dentro de cada organización encabezó la revuelta. Con independencia de las diversas versiones de la causalidad comunista, todos los que la aceptaban estaban de acuerdo con el papel central del comunismo en los acontecimientos.

El gran reto que enfrenta cualquiera que intenta determinar la veracidad de la causalidad comunista es la ausencia de documentación histórica de parte de los rebeldes. Algunos sobrevivientes de 1932 han compartido sus experiencias a través de los años, pero ninguno de ellos afirma haber sido rebelde y no se conoce relato de rebelde alguno. La mayoría de los rebeldes eran analfabetos, así que no dejaron testimonios escritos. Es más, casi todos fueron muertos probablemente durante la Matanza y no sobrevivieron para contar su versión de los hechos o transmitirlo a conocidos o familiares en forma de tradición oral. La consolidación del régimen autoritario militar después de 1932 también suprimió los testimonios rebeldes al imponer una cultura del miedo que inhibió a cualquier rebelde sobreviviente reconocer su participación.

La ausencia de testimonios de los rebeldes es una gran pérdida para El Salvador y un reto para los investigadores, pero afortunadamente existe alguna evidencia valiosa. Nueva documentación se ha encontrado en los archivos de El Salvador y en los informes sobre El Salvador en los archivos del Comintern en Moscú, Rusia. Todos los partidos comunistas locales afiliados al Comintern debían mantener correspondencia con Moscú o con una de sus oficinas regionales, como el Buró de Caribe en la ciudad de Nueva York. La documentación sobre El Salvador que se encuentra en Moscú contiene aproximadamente 350 páginas de cartas e informes con material del SRI así como del PCS.

Por cierto, existen razones de peso para aceptar la validez de la causalidad comunista. Hasta una lectura superficial de los periódicos salvadoreños y documentos oficiales de 1932 revela una generalizada referencia a los rebeldes como comunistas. Algunos ejemplos ya se mencionaron anteriormente y unos cuantos más bastarán como para ilustrar los patrones en cuestión. Por ejemplo, el comandante militar local de Salcoatitán se refirió a los rebeldes como “comunistas” en su informe de marzo de 1932 y afirmó que atacaron al pueblo “viviendo al Comunismo y al Socorro Rojo”.²⁴

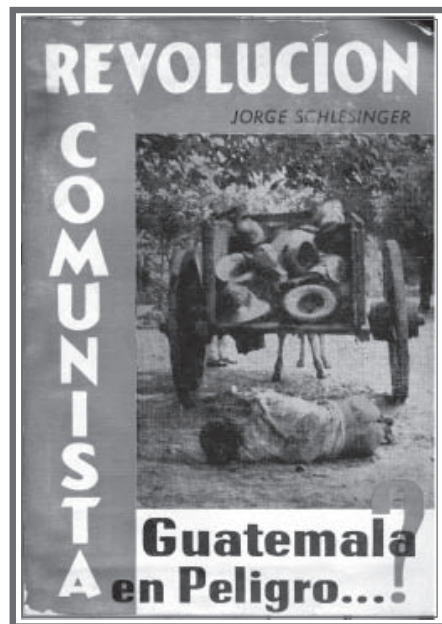
El alcalde de Armenia, otro pueblo del departamento de Sonsonate, dijo en un informe que “los recientes sucesos Comunistas han dejado un saldo trágico en el alma Nacional”.²⁵ Asimismo, los periódicos en El Salvador se referían constantemente a los rebeldes como “comunistas” y “rojos” en sus crónicas sobre los acontecimientos. Joaquín Méndez, el periodista que visitó la región occidental escribió un libro sobre el levantamiento en marzo de 1932, incluyó versiones de sus entrevistas con una gama de individuos quienes de manera reiterada se referían a los rebeldes como “comunistas”. Roy McNaught, el misionero bautista de Juayúa, también denominó a los rebeldes como “comunistas” y “rojos”. En resumidas cuentas, las fuentes contemporáneas se refieren indefectiblemente a los rebeldes como comunistas.

Otra razón de peso para aceptar la causalidad comunista como cierta es que el Partido Comunista de El Salvador, después de su formación en marzo de 1930, declaró que su principal objetivo proselitista serían los obreros de las fincas de café del occidente del país. El reto para el partido sería el de materializar sus objetivos declarados en una organización efectiva y convertirse en la vanguardia de las masas del occidente. Otro problema consistía en que la dirigencia del partido mostraba escepticismo acerca de la viabilidad de la revuelta armada en El Salvador en 1932. Pero muchos de sus cuadros, al igual que otros izquierdistas en el país, especialmente el SRI, creían que una insurrección a lo inmediato sería exitosa. Por ende, aunque algunos de los líderes del PCS se oponían a una revuelta armada, es posible que otros miembros del partido y del SRI organizaran a la población rural del occidente y que hayan lanzado el grito a las armas.

Una variedad de documentos encontrados en rebeldes muertos o capturados sugieren una presencia comunista en el levantamiento. El gobierno salvadoreño entregó muchos de estos documentos a periodistas y otros voceros gobiernistas para que se publicaran como parte de una campaña de desprestigio hacia los rebeldes. Una de las más conocidas fuentes que reprodujo semejantes documentos fue el libro de Jorge Schlesinger, *Revolución comunista*, publicado en Guatemala en 1946.

Schlesinger reprodujo decenas de documentos que le habían sido entregados por el gobierno de Hernández Martínez.²⁶ Los documentos incluyen planes de organización de la insurrección y manifiestos con instruc-

ciones que debieron distribuirse a los rebeldes en todo el occidente rural. Un manifiesto se titulaba “Instrucciones Generales Urgentes”, y entre sus órdenes se encontraba el llamado para comenzar la rebelión a la medianoche del 22 de enero, la hora en que, de hecho, la rebelión comenzó: “El 22 de enero de 1932, a las doce en punto de la noche, deberán estar movilizados y listos los contingentes de nuestras organizaciones revolucionarias, empeñando la acción inmediata para la toma de dichos cuarteles, los puestos de la Policía y de la Guardia Nacional”.²⁷



Portada del libro de Alfredo Schlesinger's
Revolución comunista

A pesar de la evidencia que sugiere que el comunismo fue un elemento medular en la insurrección, existe mucha evidencia que contradice la tesis de la causalidad comunista. Por ejemplo, el uso generalizado por parte de las autoridades locales y nacionales del término “comunista” para referirse a los rebeldes después de la insurrección puede colocarse en contexto. Casi nadie que utilizaba el vocablo tenía un conocimiento bien desarrollado del comunismo ni sabía explicar lo que significaba ser comunista en el campo del occidente salvadoreño en 1932. Más bien, usaban la palabra “comunista”, según la costumbre de aquellos días, cuando se referían a

alguien violento, inmoral, contrario a la ley, contrario al Estado-nación o carente de principios cristianos. El léxico internacional del primer gran miedo a los rojos de la década de 1920 le permitió a los habitantes de El Salvador emplear el término “comunista” como parte de un diálogo mutuamente reconocible acerca de la política y las insurrecciones, pero el uso del término no puede entenderse como evidencia de que los comunistas estaban involucrados en el levantamiento que los campesinos que se sublevaron habían adoptado el marxismo-leninismo. De manera particular, las elites locales en el occidente salvadoreño se habían enfrentado a una hostilidad étnica y clasista durante generaciones antes de que la preocupación por el comunismo se popularizara después de la Revolución Rusa de 1917. Comprendían muy bien su entorno social y disponían de una amplia gama de conceptos para describir a los trabajadores – potencialmente rebeldes e insurreccionales – que les rodeaban. Hacia fines de la década de 1920 y comienzos de 1930, intercambiaban libremente la palabra “comunista” con términos más antiguos como “indio”, “campesino” y “gente pobre”.

Otra razón que permite poner en duda la causalidad comunista es que la dirigencia del Partido Comunista no creía que El Salvador estaba listo para la revolución; por lo tanto, no se había preparado para una insurrección armada. El Comintern y sus oficinas en la ciudad de Nueva York compartían esa opinión y envió instrucciones a los comunistas en El Salvador para que se dedicaran a la organización de las masas en vez de la insurrección armada. Los documentos del partido que se encuentran en los archivos del Comintern revelan que durante los primeros dieciocho meses de su existencia el partido no discutió sobre una insurrección ni se preparó para ella. Más bien, centró sus esfuerzos en asuntos de tipo interno, especialmente el reclutamiento de nuevos miembros y su correspondiente orientación ideológica. Los archivos del Comintern también contienen documentos del SRI que dejan en claro que sus líderes no tenían una buena impresión de sus contrapartes del Partido Comunista, a quienes consideraban organizadores autocráticos e ineficaces, pero, igual, los del SRI tampoco estaban dedicados a la planificación de una insurrección armada.

Sin embargo, para sorpresa de ambos, la dirigencia del PCS y el SRI descubrieron hacia fines de 1931 que una insurrección de proporciones masivas en potencia se estaba gestando en las zonas rurales del occidente.

Enviaron una serie de cartas a sus superiores en Nueva York, solicitando consejo, armas, asesores internacionales y dinero. El tono de su correspondencia raya en la desesperación. "La situación es apremiante", escribió el PCS en octubre de 1931. "Estos camaradas están bajo la ilusión que únicamente con sus machetes estarán suficientemente preparados para sostener un movimiento de este tipo". La misma carta revela la resignación del partido ante su incapacidad de impedir que se desatara una insurrección. "Coincidimos de antemano con el deseo de combatir con nuestras teorías todas las tendencias izquierdistas que comenzaban a desarrollarse, pero ahora hemos llegado a una época en la cual no podemos desalentar a la ola revolucionaria que se está levantando en todas partes, determinada a obtener el poder con la vida o la muerte".²⁸ El SRI se sumó a la urgencia expresada por el PCS. "La situación es grave", escribió el secretario general del SRI en una carta a Nueva York fechada 29 de noviembre de 1931. Agregó, "sobretudo en Sonsonate, cntonuó, los camaradas sólo hablan de insurrección, no queremos perder, la oportunidad presentada por esta fuerza sostenida, esperando alinearnos a ellos".²⁹

No llegó ningún dinero ni ayuda, lo cual no debe causar sorpresa en vista de que Nueva York y Moscú apenas habían proporcionado apoyo simbólico a Centroamérica hasta ese momento y los funcionarios del Comintern deben de haberse conmocionado al enterarse de que una revuelta era inminente. Hasta las mismas solicitudes de ayuda del PCS y el SRI dan a entender un escaso control de la situación. Una de las cartas del secretario general del SRI en San Salvador reconoció que le era imposible proporcionar más información de la situación en el occidente debido "al completo divorcio entre la ciudad y el campo".³⁰ Informó a sus superiores que había enviado a un delegado al occidente para recabar información, pero que esa persona no había vuelto o enviado información alguna. La dirigencia del PCS se mostró igualmente desconectada de los acontecimientos en el occidente, tal como se aprecia en el testimonio de un alto cuadro ante un comité de investigación del Buró del Caribe hacia fines de 1932.

Si se analizan los seis meses anteriores a las solicitudes de asistencia del PCS y el SRI de fines de 1931, era de esperarse que las dos organizaciones tuvieran poco control sobre la insurrección en ciernes en el occidente. Ninguna había establecido vinculaciones orgánicas amplias o profundas

en el agro occidental. Un informe de la dirección del SRI en abril de 1931 reconoció que ni ellos ni el PCS habían organizado ligas campesinas o sindicatos rurales.³¹ Un informe posterior de un alto miembro de la dirigencia del PCS reconoció que hasta mayo de 1931 “La ausencia de una forma de organización clara fue la causa de que no hubiera militantes, o un espíritu revolucionario, en las provincias”.³² La inexistencia de una base orgánica en abril de 1931 había sido precedida por un período de inactividad en ambas organizaciones. Entre diciembre de 1930 y marzo de 1931 tanto el PCS como el SRI entraron en un proceso regresivo. Terminaron retrayéndose ante el acoso de una represión policial intensificada y empantanados por los debates ideológicos internos.³³

Sin embargo, alrededor de abril y mayo de 1931 ambas organizaciones replantearon sus objetivos de organización. Varios informes indican que se realizó una reunión clave el 15 de mayo de 1931 con asistencia de representantes del SRI, el PCS y el FRTS. La reunión produjo una “intensa actividad que comenzó a corregir los errores de la sección en su trabajo en el año anterior. Al mismo tiempo, para tratar de trabajar para el mejoramiento de la organización”.³⁴ Tanto el PCS como el SRI tuvieron un crecimiento impresionante durante el resto de 1931. La militancia del PCS aumentó a cerca de quinientos, y un documento proporciona un desglose de los afiliados justo antes de 1932: Doscientos ochenta miembros divididos en siete grupos en San Salvador; cincuenta y tres miembros y cuatro grupos en Santa Ana; dieciocho miembros en Sonsonate; setenta en Ahuachapán; y treinta en Santa Tecla. Es de notar que el partido todavía era preponderantemente urbano y San Salvador se mantenía como el centro de mayor afiliación. La fuente destacó la orientación urbana del partido al afirmar que las células partidistas fuera de San Salvador solamente existían “en las cabeceras de los departamentos, no en el campo”.³⁵

A pesar de sus logros impresionantes y su determinación de organizar a los obreros de las fincas de café del occidente, parece poco probable que el partido haya logrado establecer una organización fuerte en las zonas rurales del occidente. Varias razones pueden explicar este fracaso, y la etnicidad se destaca entre los más importantes. En vista de que la sociedad del occidente salvadoreño estaba muy condicionada por elementos racistas, parecería evidente que la etnicidad debió tomarse en cuenta con fines

de organización política pero al PCS se le pasó por alto. Más bien, interpretó la sociedad desde una perspectiva estrictamente clasista, lo cual se explica en parte por el hecho de que como marxistas, los miembros del Partido Comunista creían que las condiciones materiales era determinantes y que las variables ideológicas (tales como la etnicidad y la raza) eran secundarias. La mayoría de comunistas creía que al fijarse en asuntos de tipo étnico se desviaba la atención de problemas más fundamentales como, por ejemplo, la clase social. En uno de los documentos más ilustrativos en este sentido, un informe del PCS al Buró del Caribe plantea que en El Salvador, “no hay indios ni negros”.³⁶ Otro factor que le impidió al partido reconocer la importancia de lo étnico y adoptar un enfoque que lo tomara en cuenta fue su conformación urbana y ladina. Las bases del partido no solo estaban concentradas en las áreas urbanas – el 75 por ciento de sus miembros eran de San Salvador – sino que casi todos eran ladinos.³⁷ En términos prácticos, el partido carecía de nexos familiares y personales en las zonas rurales del occidente, y especialmente en las comunidades indígenas.

Más allá de la etnicidad, otro factor limitante que enfrentaba el partido era la compleja situación de la tenencia de la tierra en los campos del occidente y como dicha tenencia estaba reñida con las actitudes ideológicas del partido en torno a la propiedad. El agro del occidente incluía muchas fincas grandes que eran propiedad de pequeñas elites que se dedicaban al cultivo del café y empleaban a grandes números de trabajadores muy mal remunerados. La existencia de estas fincas cuadraba con la visión idealizada del partido de una clase terrateniente explotadora que se había impuesto a una masa de trabajadores sufridos y mal pagados – algo así como una versión tropical de inicios del siglo XX de la Inglaterra industrial del siglo XIX. Pero el campo del occidente salvadoreño manifestaba una compleja gama de condiciones laborales y de propiedad de la tierra que no correspondía con el marco de referencia idealizado que manejaba el partido. En todas partes se encontraban dispersas miles de pequeñas parcelas de propiedad individual, desde menos de media hectárea hasta cinco hectáreas. Sus dueños eran campesinos que habían adquirido la tierra por herencia o compraventa. Muchas de estas pequeñas parcelas se originaron con la privatización de las tierras comunales indígenas en las últimas dos décadas del siglo XIX.

Además de estos pequeños propietarios, la presencia de colonos o aparceros agregaba otro elemento a la complejidad del agro occidental. Los colonos no eran propietarios de su tierra como los campesinos, sino, que llegaban a acuerdos con los dueños de fincas. A cambio de cierto porcentaje de la cosecha o de un número de días de trabajo, los colonos tendrían derecho a cultivar una parcela en la finca. Por ende, los colonos no eran ni proletarios ni propietarios sino que un grupo intermedio.

A su favor, el PCS entendió claramente esta realidad compleja. Semejante conocimiento bien pudo haber sido de gran beneficio al diseñarse una estrategia eficaz para organizar a las masas. Al fin de cuentas, la pobreza era endémica en todo el agro occidental, sin importar que la persona fuera un pequeño propietario, un colono o un obrero agrícola. El partido esperaba convertir a esta mezcla de población rural pobre en una ola revolucionaria, pero su propia perspectiva ideológica entorpecía su capacidad. El partido identificaba a los propietarios privados, ya fueran grandes o pequeños, como el enemigo de clase. Uno de sus primeros planteamientos sobre la tierra acota sobre el propietario que explota la mano de obra “un pequeño-burgués, enemigo o no de la organización clasista de trabajadores, no podemos considerarlo de confianza. Es sencillamente un explotador de nuestra clase”. Además indica que, “los pequeños propietarios de tierra no podrán ser en ninguno de los casos dirigentes a miembros de los Comités Ejecutivos de los sindicatos”.³⁸ Bajo la creencia de que los obreros agrícolas eran demasiado pocos como para alcanzar la victoria, el partido en ocasiones intentó organizar a los colonos. Pero aquí, de nuevo, las complejas aspiraciones de los colonos estaban reñidas con el mensaje del partido. Aunque algunos colonos se identificaban como obreros, otros buscaban nada más ahorrar suficiente dinero para comprarse su propia parcela. En última instancia, el partido se encontró en un embrollo. Se convenció de que el occidente era el epicentro de la revolución, pero caracterizó a muchos de los pobres que vivían allí como enemigos de clase.

Finalmente, el enfrentamiento de facciones dentro del partido entorpeció sus objetivos proselitistas en el agro occidental. El Partido Comunista de El Salvador nació justo durante el período de maduración del llamado “Tercer Período” del Comintern, o la fase de “clase versus clase” (1928-1934). Bajo lineamientos de estricta pureza ideológica – inspirados

probablemente por la consolidación del poder en manos de Stalin en Rusia – el Comintern adoptó una estrategia que requería la eliminación de toda relación con reformistas o elementos poco radicales. Eso significó que todo sindicato obrero o partido comunista afiliado al Comintern tuvo que abandonar cualquier contacto con organizaciones no radicales así como asegurar la pureza ideológica de sus propios miembros. Las condiciones en El Salvador nunca llegaron a los extremos que se dieron en Rusia, con sus purgas, juicios amañados, cadenas perpetuas y sentencias de muerte. No obstante, el PCS se volcó hacia sus adentros en busca de impurezas ideológicas; dedicó mucho de su tiempo y energía a la creación de un rasero ideológico frente al cual se mediría el nivel de compromiso de los miembros del partido. Para una organización como el PCS, cuyos miembros habían surgido casi en su totalidad del otrora reformista FRTS, esto era potencialmente debilitador. Una “Comisión de Honor y Justicia” se creó dentro del FRTS para detectar cualquier tendencia reformista.³⁹ Dentro del PCS, la mayor parte de las reuniones semanales se dedicaban a asuntos ideológicos, a la investigación de miembros que caían bajo sospecha, o a las discusiones sobre la conveniencia de expulsar a aquellos de tendencia demasiado reformista. Tanto la dirigencia como los cuadros cayeron bajo sospecha. Uno de los expulsados de la célula en San Salvador fue Luís Díaz, el primer secretario general del partido en El Salvador. No fue sino hasta aproximadamente abril de 1931 que el partido determinó que su pureza ideológica estaba asegurada. En vista de lo que ahora sabemos – que nueve meses más tarde las zonas rurales del occidente estallarían en revuelta – el partido tuvo muy poco tiempo para alcanzar su objetivo de convertirse en la vanguardia revolucionaria de las masas.

La multiplicidad de retos que enfrentó el partido en su afán por organizar a las masas en el occidente obligan a plantear algunas preguntas importantes: ¿Acaso el crecimiento del partido hacia fines de 1931 permitió la creación de vínculos que fortalecieron su organización en las áreas rurales del occidente, especialmente en aquellas comunidades que se encontraron más involucradas en el levantamiento de enero de 1932? ¿Pudo el PCS o el SRI superar la brecha entre ciudad y campiña, ladinos e indígenas, y proletarios y pequeños propietarios? ¿Pudieron haberlo logrado en un lapso de ocho meses, después de mayo de 1931? Mucha de la eviden-

cia descubierta recientemente sugiere que la respuesta a estas preguntas es “no”. La nueva evidencia incluye una fuente particularmente valiosa, el testimonio de un alto miembro del PCS ante un tribunal de investigación en la ciudad de Nueva York durante la segunda mitad de 1932.

Con miras a determinar qué había transcurrido durante el levantamiento de enero, el Comintern giró instrucciones a uno de los sobrevivientes del Comité Central del PCS para que se presentara en Nueva York y en Moscú para rendir testimonio ante unos tribunales de investigación. Los expedientes de la investigación en Moscú no se encontraron, y no sabemos si de hecho se llevó a cabo, pero afortunadamente los expedientes de la investigación en Nueva York sí existen. El miembro del partido de El Salvador se identifica como “Camarada H”. Antes de su viaje tuvo que remitir un largo informe escrito y una vez en Nueva York debió presentarse ante el tribunal y responder a las preguntas.

Los expedientes del tribunal revelan que el PCS y el SRI estaban enterados de una intensificación de la actividad proselitista en el occidente de El Salvador durante la segunda mitad de 1931. Los efectos de la gran crisis económica empezaron a sentirse en El Salvador hacia mediados del año. Los precios del café estaban cayendo y, para compensar, los caficultores exigieron mayor producción sin que aumentaran los costos de la mano de obra. Los trabajadores en las fincas respondieron ante estas exigencias organizándose y eventualmente yéndose a la huelga. En palabras del Camarada H, “La miseria de las masas en este período aumentaba a diario debido a la crisis y en esos países donde la agricultura es la forma de economía dominante, sentimos la crisis de golpe y entonces es lógico que las masas exijan una solución a su situación a través de medios que consideren más adecuados.”⁴⁰

El Camarada H hizo referencia a la actividad de organización entre los trabajadores del café durante toda la segunda mitad de 1931. Sin embargo, no pudo proporcionar detalles sobre la naturaleza o la composición de estos sindicatos. Se refería reiteradamente a ellos como “sindicatos locales de trabajadores agrícolas” y dio a entender que los cuadros del partido estaban activos en ellos, pero de nuevo no pudo ofrecer mayores detalles. Sin embargo, sí proporcionó algunos pormenores de una media decena de huelgas que habían ocurrido en algunas de las fincas de café más grandes

entre noviembre y diciembre de 1931, incluyendo fincas de las familias Sol, Duke, Regalado y Dueñas, integrantes principales de las llamadas catorce familias, la pequeña camarilla de poderosas familias que controlaba la mayor parte de la riqueza en El Salvador. No pudo atestiguar que el partido haya tenido participación importante en alguna de estas huelgas.

H dijo que tanto el PCS como el SRI tenían interés en participar activamente en este mar de fondo de organización popular. Dijo que ambas organizaciones reconocieron que las condiciones económicas deprimidas de la segunda mitad de 1931 eran "muy favorables para la ampliación de nuestras organizaciones revolucionarias."⁴¹ Por cierto, el partido obtuvo algunos éxitos proselitistas notables, en su mayoría dentro y alrededor de San Salvador, y debido en parte a que el partido controlaba la dirigencia de la FRTS. Estas actividades incluyeron huelgas, como una de zapateros, y protestas políticas, entre ellas una marcha para protestar contra un plan que tenía el gobierno de contratar un préstamo de bancos estadounidenses en junio de 1931. Durante toda la segunda mitad de 1931, las filas de las organizaciones clandestinas crecieron por consiguiente.

Fue en relación al tema clave de los sindicatos rurales y del nivel de presencia de elementos radicales en su seno que los interrogadores del Buró del Caribe presionaron con más fuerza al Camarada H con sus preguntas. Como era de esperarse, sus respuestas reflejaron sus escasos conocimientos sobre la situación y, en consecuencia, de la ausencia de participación del partido en los sindicatos rurales. Después de que reconoció que las células del partido operaban nada más en las cabeceras departamentales, se le preguntó a H si "el partido tenía destacados a algunos de sus miembros en las haciendas y plantaciones." A esto respondió que "No estaba seguro en cuanto al número pero que el Partido sí tenía núcleos en las fincas." Cuando se le insistió, dijo:

Por una lado, teníamos a las masas muy ansiosas de liberarse y por otro lado, a un partido comunista, débil, pero, que tenía influencia sobre ellas, a un partido comunista llevado por el impulso de las masas y contagiado por ellas en lugar de entrenarlas por un partido además sin entrenamiento adecuado en la lucha constante para obtener demandas inmediatas, teniendo como último recurso más que la determinación de liderar la lucha que terminó con los resultados que todos sabemos".⁴²

Respuestas como estas convencieron al tribunal investigador que el partido no tuvo responsabilidad por la ola insurreccional en el occidente de El Salvador ni ejerció control sobre la misma. Por lo tanto, el tribunal concluyó que al tomar la decisión de unirse a la rebelión, el partido había cometido un error estratégico. El “Camarada R”, o “Ricardo”, presentó el resumen del análisis del tribunal. Se centró en la incapacidad del partido de acortar la brecha entre sus bases urbanas y las masas del campo en el occidente. Sin embargo, ni el mismo Ricardo mencionó el tema de la etnicidad. En ningún momento en toda la investigación se hizo referencia al tema de los indígenas.

Si la nueva evidencia sugiere que el PCS no proporcionó el principal ímpetu para la organización del levantamiento de 1932, esto no significa que el partido haya estado completamente divorciado de los acontecimientos. Existen algunas indicaciones de que el PCS tuvo algún grado de presencia organizacional en las comunidades que se sublevaron. La evidencia es superficial pero sugerente. En sus declaraciones, H dio a conocer que en los primeros días de enero, cuando los dirigentes del partido en San Salvador decidieron unirse a la rebelión, dependieron de los llamados “comandantes rojos” para que les proporcionaran información y para que entregaran las directivas del Comité Central a los rebeldes. Ninguno de estos intercambios transcurrió velozmente. En el mejor de los casos, los “comandantes rojos” y sus mensajeros pudieron movilizarse por tren, el cual demoraba muchas horas en llegar a la región occidental. Pero cuando los trenes no podían usarse o arreciaba la vigilancia policial (tal como ocurrió en enero de 1932), los mensajes tenían que llevarse a pie. Las identidades de los “comandantes rojos” nunca se dieron a conocer pero puede suponerse que eran miembros del PCS con contactos en las comunidades rurales o habitantes de la localidad que se identificaban con el partido. El partido utilizó estos canales en su intento por coordinar los diversos núcleos regionales de insurrección. Una directriz que el partido envió a través de estos canales ordenaba que los rebeldes erigieran Soviets en los pueblos ocupados en vez de mantener el gobierno municipal. El partido también utilizó estos canales en un intento desesperado por posponer la rebelión después de que Farabundo Martí fue capturado el 18 de enero. Pero esta iniciativa fracasó y el levantamiento procedió tal como estaba previsto el 22 de enero.⁴³

Cuando se le presionó para que proporcionara evidencia de la participación de la dirigencia partidista en la rebelión, H no pudo sino mencionar a los “comandantes rojos”. Como era de esperarse, los investigadores del tribunal emitieron un juicio severo, resumido por el Camarada R:

Una vez que decidió en definitiva organizar la lucha armada, ¿emitió el CC... instrucciones a los comités campesinos de dirección para que formaran grupos de lucha abierta? No. ¿Qué medios utilizaron? Utilizaron canales secretos, los llamados Comandantes Rojos, bajo el supuesto de que esta es la forma de organizar y movilizar a las masas para la lucha por el poder. Pues, no resultó ser el medio apropiado.⁴⁴

Si bien es cierto que la crítica del Camarada R puede reducirse a un acatamiento estricto de los cánones leninistas de la organización, sugiere, no obstante, las limitaciones del PCS en el occidente. El partido parece haber desempeñado algún papel de coordinación a través de sus contactos, por superficiales que hayan sido, para unificar unos movimientos locales dispersos. Pero fuera de eso, mucha de la evidencia indica que el ímpetu original de la revuelta se originó dentro de las mismas comunidades del occidente y que se fundamentó en una interpretación propia e independiente de las condiciones sociales de su localidad. También debemos suponer que una parte importante de la planificación se enmarcó dentro de las afiliaciones y canales de comunicación locales.

Otra evidencia que apunta a una participación limitada del partido en el levantamiento puede encontrarse en las actividades que desarrolló durante las dos semanas críticas anteriores al estallido de la revuelta. Durante la primera semana de enero, los dirigentes del partido llegaron a la conclusión de que la rebelión era inminente y que, por lo tanto, debían decidir si la apoyarían. El simple hecho de que el partido no tomó partido sobre la insurrección sino hasta enero de 1932 ofrece amplias pruebas de que no se encontraba en la vanguardia de la ofensiva insurreccional. La decisión no fue fácil. El rechazo a la rebelión significaría mantenerse al margen y observar a las masas entregarse solas a la lucha de clases. Unírseles supondría lanzarse de lleno en una empresa inútil. Sin saber con certeza cuán brutal sería el contraataque del ejército, los dirigentes del partido

sabían que muchas vidas y el futuro inmediato del partido estaban en juego. Como era de esperarse, los dirigentes del partido sostuvieron opiniones diversas y discutieron intensamente. Aquellos que se pronunciaban por apoyar la rebelión se impusieron finalmente y el partido votó el 10 de enero a favor de unirse a la rebelión. En sus declaraciones ante el tribunal, H no reveló cómo había votado pero, en retrospectiva, expresó su pesar por la situación poco envidiable del partido pues, según afirmó, ya entonces sabía que la decisión del partido poco importaba porque la rebelión habría de estallar con o sin ella. “El impulso de las masas era de lucha, y ésta [fue la situación] desde el comienzo, de tal manera que, en cualquier caso, este [levantamiento] solamente podía terminar como efectivamente terminó”.⁴⁵

Una vez que los dirigentes del partido tomaron la decisión de sumarse a la rebelión, pusieron a disposición cuantos recursos, contactos y capacidades tenían. Nombraron a Farabundo Martí para que se encargara de las operaciones militares y fijaron el 20 de enero como la fecha de inicio. No se sabe si el Comité Central escogió esta fecha por decisión propia o si se plegó a una decisión tomada previamente por los cabecillas rebeldes en el occidente. Sea cual haya sido, el partido movilizó su red de “comandantes rojos” con la esperanza de centralizar la planificación y las comunicaciones. No tenemos información sobre cuáles comunidades rebeldes hayan obedecido las órdenes de los “comandantes rojos”. Algunos cuadros del partido debieron fabricar bombas y conseguir armas; otros redactaron directrices para cuando los rebeldes ocupaban un pueblo, tales como el manifiesto titulado “Instrucciones generales urgentes” mencionado anteriormente. La existencia de estos documentos no comprueba que los comunistas hayan liderado la insurrección, tal como argumentó el gobierno salvadoreño y varios periodistas que los dieron a conocer. Más bien, reflejan a un Partido Comunista que buscaba desesperadamente insertarse como líder de la insurrección después de verse obligado a unírsele a última hora.

Uno de los aportes del partido que se conocen fue un par de conspiraciones en los cuarteles en San Salvador alrededor del 17 y 18 de enero. En ambos casos, estaba previsto que soldados leales al partido encañonarían a sus superiores y pusieran al cuartel bajo control del partido. Este plan se fundamentó en el éxito reciente, por limitado que haya sido, que tuvo el partido de lograr el apoyo de unos pocos soldados, en su mayoría jóvenes

reclutas de las zonas rurales. Estas acciones en San Salvador fueron fracasos rotundos. El partido no pudo mantener comunicación eficaz con sus simpatizantes dentro de los cuarteles, razón por la cual, su señal fue contestada por ráfagas de ametralladora desde los cuarteles que seguían seguros bajo el control del gobierno.

En medio de estas actividades, el partido sufrió un golpe devastador cuando Martí fue capturado el 18 de enero junto con un par de compañeros activistas. Junto a ellos, la policía encontró varias bombas caseras y los planes insurreccionales del partido. El Camarada H le dijo al tribunal del Buró del Caribe que el Comité Central le había ordenado a Martí que abandonara la casa donde estaba escondido porque había sido delatada a las autoridades. Pero Martí desobedeció la orden y fue capturado posteriormente en una redada en la que participaron cuando menos setenta y cinco agentes. Una vez que el Comité Central se enteró de la captura de Martí, intentó desesperadamente postergar el levantamiento. Pero ya era demasiado tarde para comunicarse con los grupos rebeldes en el occidente, aun bajo el supuesto de que hubieran acatado la decisión del partido. En consecuencia, a partir de las últimas horas del 22 de enero y durante los tres días siguientes, grupos rebeldes armados atacaron aproximadamente una decena de municipalidades en el occidente.

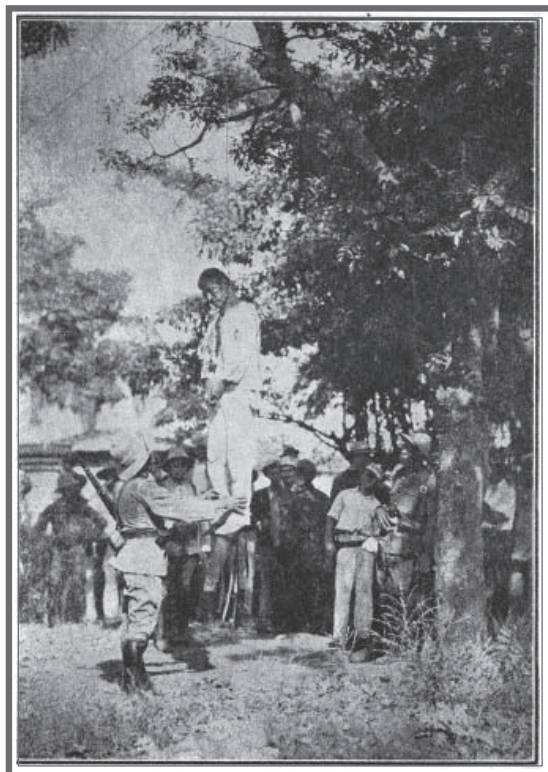
No existe información creíble acerca del número de miembros del partido que participaron en los ataques. Solamente dos de las municipalidades que fueron atacadas por los rebeldes – Ahuachapán y Sonsonate – tenían células del PCS. Pero no se sabe si los miembros de estas células participaron en los ataques. El municipio apartado de Tacuba no tenía una célula como tal, pero de todos los lugares donde hubo actividad rebelde importante, parece haber sido el lugar con más presencia radical, quizás porque la familia Cuenca era de Tacuba y varios de sus miembros eran miembros del partido. Dos o más miembros de la familia aparentemente estaban presentes en Tacuba al momento de la revuelta, lo que podría explicar el por qué Tacuba fue el único pueblo ocupado que supuestamente estableció un Soviet antes de que los militares lo retomaran. Pero en los otros centros principales de actividad rebelde, no había células comunistas ni presencia comunista conocida, aunque sí es posible que miembros del partido se hayan congregado en esas regiones en anticipación a la revuelta.

Aun cuando se descubra nueva evidencia de que el PCS jugó un papel tangencial en la revuelta, ¿qué sabemos del SRI? ¿Acaso actuó en ausencia del PCS para elevar el nivel de conciencia de las masas del occidente, primero organizándolas a semejanza de una ola insurreccional para después liderarlas en la rebelión? No existe evidencia que sugiera que el SRI o Martí se hayan dedicado a una labor proselitista en el occidente rural independientemente del PCS. El SRI y el PCS no eran organizaciones separadas; más bien, se coordinaban y cada una estaba enterada de lo que hacía la otra. Durante sus declaraciones ante el Buró del Caribe, el Camarada H proporcionó información sobre las actividades de ambos el SRI y el PCS. Describió a Martí como un colaborador cercano del partido, a pesar del prolongado desacuerdo con la dirigencia del partido sobre la necesidad de postergar la insurrección por varios años. Durante los últimos momentos críticos antes del estallido de la revuelta, Martí se encontraba colaborando directamente con el PCS. Según toda la información disponible, no aportó nada que haya sido fundamentalmente diferente al resto de dirigentes, tales como una comunicación directa a los rebeldes o un mayor nivel de dirección sobre lo que acontecía en el campo.

En vez de buscar la variable causal de la insurrección de 1932 en el comunismo, buena parte de la evidencia recientemente disponible sugiere que bien puede contemplarse la organización autónoma entre las masas del occidente – y en particular las comunidades indígenas – para determinar el origen de la concepción y organización de la insurrección. Las comunidades campesinas en todo el occidente salvadoreño, tanto ladinas como indígenas, tenían una larga historia de participación política. Con frecuencia formaban alianzas con organizaciones políticas a nivel regional y nacional con miras a defender sus intereses locales. Un ejemplo interesante de esta participación en el año de 1931 fue el de Feliciano Ama, el cacique indígena de Izalco quien supuestamente se erigió como jefe rebelde y quien fuera posteriormente linchado después de su captura durante la Matanza.

Durante la campaña presidencial en enero de 1931, Ama decidió aliarse con el candidato Alberto Gómez Zárate. Irónicamente, Gómez Zárate era presuntamente el candidato más conservador y el que más se identificaba con las elites. Pero a tono con una tradición antigua de redes de clientelismo, Ama le prometió los votos del pueblo de Izalco a Gómez Zárate

a cambio del apoyo del gobierno para ciertos asuntos locales de interés indígena. Para la mala suerte de Ama, Gómez Zárate perdió, a pesar de los altos índices de apoyo del pueblo de Izalco. Este voto es aún más sorprendente en vista de que el candidato victorioso, Arturo Araujo, era un populista favorable a la causa de los obreros oriundo de Armenia, apenas unos kilómetros por carretera de Izalco. Se supone que después de la derrota de Gómez Zárate, Ama empezó a buscar alianza con otra organización política de proyección nacional, el Partido Comunista. Si esa alianza efectivamente se dio, dejaría en claro la poca importancia que las comunidades como la de Ama le asignaban a la ideología de un aliado eventual. Más bien buscaban a cualquier candidato u organización que parecía dispuesto a ayudarles en sus luchas de carácter local.



Linchamiento de Feliciano Ama
en Izalco in 1932,
mostrado en el libro de
Alfredo Schlesinger's,
Revolución comunista

Las investigaciones realizadas sobre el municipio de Nahuizalco indican que los conflictos entre indígenas y ladinos sobre el control del go-

bierno municipal se habían intensificado notablemente en la víspera de la insurrección de 1932.⁴⁶ Los ladinos, encabezados principalmente por la familia Brito, se habían visto involucrados en una larga lucha electoral con la población indígena de la localidad. Los conflictos parecen haber arreciado a mediados de la década de 1880, justo cuando el café se convertía en un cultivo rentable y aumentó el número de familias ladinas ricas en la región. Hacia 1932, las poblaciones ladinas e indígenas habían estado enfrascadas en un conflicto político por más de cincuenta años. En ningún momento hubo tanta tensión, al parecer, como a fines de 1931 y comienzos de 1932, justo antes del estallido de la insurrección. Después de una elección municipal a comienzos de enero de 1932, la comunidad indígena le insistió al gobierno nacional que los ladinos se habían robado la elección. Los voceros indígenas enviaron reiteradas solicitudes a Sonsonate y San Salvador solicitando al gobierno que intercediera a su favor, pero no recibieron respuesta favorable. Finalmente, el 21 de enero enviaron un telegrama al gobernador de Sonsonate en el cual dieron a entender que la ausencia de acciones inmediatas acarrearía consecuencias graves: “Ciertamente por un olvido involuntario se invirtió fechas en ese memorial, pero ello no es óbice para que el recurso se deniegue en cuanto que aún verbalmente puede tramitarse un curso de esta naturaleza cuanto que es un asunto de orden político social”.⁴⁷ No se recibió ninguna respuesta y a la medianoche del día siguiente Nahuizalco fue tomado por rebeldes armados. Evidentemente, no sabemos si las personas involucradas en el conflicto político fueron las mismas que tomaron armas y atacaron el pueblo. No obstante, la evidencia es muy sugerente en el sentido de que los conflictos políticos y étnicos de larga data se intensificaron justo antes de la insurrección. Una pieza de evidencia de Izalco apunta a una situación similar que se venía gestando allí en los años anteriores. En diciembre de 1929, Feliciano Ama solicitó al gobierno nacional que anulara una elección local porque los candidatos ladinos ganadores habían cometido irregularidades. El gobierno rechazó la solicitud de Ama.⁴⁸

La evidencia de este tipo de Nahuizalco e Izalco apunta a que el levantamiento debe entenderse como un asunto que se originó en las organizaciones locales de la comunidad, ya sea indígenas o ladinas. Estas organizaciones pueden haberse aliado o no con el Partido Comunista en San Salvador

en los meses o semanas anteriores al estallido de la revuelta. Parece cada vez más probable que la rebelión fue un asunto local en el cual el PCS y el SRI intentaron asumir un papel de liderazgo.

Unas investigaciones recientes de un equipo de historiadores estadounidenses, Jeff Gould y Aldo Lauria, se basan en fuentes nuevas para explicar la evolución de las interpretaciones.⁴⁹ A partir de entrevistas con ancianos del occidente del país realizadas hacia fines de la década de 1990 y comienzos de la de 2000, le otorgan al SRI, más no al PCS, un papel central en el levantamiento, pero sus explicaciones de la causalidad comunista proceden de un enfoque diferente. A pesar de que todavía están trabajando en la versión final del estudio, sus escritos preliminares sugieren que las filiales locales del SRI eran instancias adaptables cuya orientación posiblemente no fue determinada por dirigentes de inclinación marxista en San Salvador, tales como Farabundo Martí. Más bien, describen al SRI como algo que las poblaciones locales en el occidente de El Salvador podían adaptar a sus propias necesidades e intereses. En otras palabras, el argumento de Gould y Lauria ofrece, en potencia, una explicación de cómo el SRI y el PCS tuvieron una presencia aparente en el occidente sin ejercer el liderazgo que les asigna la tradicional interpretación de la causalidad comunista. Semejante argumento podría explicar por qué algunos testigos oculares afirmaron que los rebeldes gritaban consignas a favor del comunismo y del SRI durante la insurrección.⁵⁰ Dicho argumento también explicaría por qué los documentos del archivo del Comintern hacen mención de filiales del SRI en Nahuizalco, Izalco y Juayúa.⁵¹

¿Por qué el ejército cometió la Matanza?

Los estudios recientes demuestran que los levantamientos campesinos fueron acontecimientos frecuentes en El Salvador durante todo el siglo XIX y comienzos del XX.⁵² Los campesinos tenían una larga historia de recurrir a la violencia cuando percibían que todas las otras opciones para lograr sus objetivos se les habían cerrado. Como resultado, las autoridades también tenían una larga historia de supresión de insurrecciones y el manejo de sus secuelas. Por lo general, las elites gobernantes reaccionaban ante las insurrecciones con violencia decisiva pero restringida. Capturaban

a los líderes principales y los ejecutaban o encarcelaban como escarmiento. Pero nunca antes, aún en la historia violenta y fuertemente militarizada de El Salvador, se había visto un castigo de tal magnitud como en 1932. La Matanza se perfila como el peor episodio de represión estatal en la historia moderna de Latinoamérica, no se diga de El Salvador, y ha constituido una herida sangrante en la psique del país desde entonces. Roque Dalton logró captar los efectos persistentes de 1932 cuando escribió que todos los salvadoreños “nacimos medio muertos en 1932”.⁵³ ¿Por qué respondió con semejante severidad el gobierno salvadoreño ante el levantamiento de 1932?

Como era de esperarse, la respuesta a esta pregunta se ha visto obstaculizada por una falta de evidencia, especialmente en lo que se refiere a documentos militares internos. Pero con base al material disponible, los estudiosos han propuesto varias explicaciones. Una de estas es que la Matanza fue una tentativa de etnocidio, la eliminación de todo un grupo (los indígenas) de la población.⁵⁴ Los estudiosos que proponen este argumento hacen ver la rápida declinación de la cultura indígena durante el siglo XX en El Salvador y sostienen que la Matanza fue el momento decisivo en ese proceso. Argumentan que el ejército salvadoreño utilizó características étnicas, tales como vestido y lenguaje, para identificar a las personas que serían reprimidas durante y después de la Matanza, lo que obligó a la población indígena a ocultar su identidad étnica y adoptar los patrones culturales del ladino, tales como el idioma español.

Otros estudiosos cuestionan la veracidad del argumento del etnocidio. En vista de que los indígenas quizás constituían una parte importante de los grupos rebeldes, es muy probable que las tropas que andaban merodeando por los campos durante la Matanza se hayan ensañado contra los indígenas. Sin embargo, algunos estudiosos piensan que es poco probable que la represión haya sido parte de un intento de etnocidio más amplio, ya sea durante o después de la Matanza.

Sus investigaciones demuestran que una vez que el gobierno puso fin a las ejecuciones masivas a comienzos de febrero, no perpetró ni toleró más represión abierta de la población indígena en El Salvador. De hecho, el gobierno reprendió a las elites ladinas en todo el occidente cuando abusaban de su poder para vengarse de las comunidades indígenas y aceptó las

peticiones de estas comunidades para que el gobierno las reconociera y ayudara como había sido la costumbre durante las décadas anteriores.

Si el ejército defendía a los indígenas, no lo hacía debido a una predilección por la diversidad étnica o por identificarse con la cultura indígena – aunque al mismo presidente, general Hernández Martínez,⁵⁵ se le atribuía ascendencia indígena. Más bien, el gobierno defendía a los indígenas por las mismas razones que defendía a todos los campesinos y población trabajadora después de 1932, como parte de un populismo de corte fascista que definía a los trabajadores como una parte orgánica, si bien inferior, de la nación. Como parte de su populismo fascista, el régimen de Martínez inició una campaña de reforma social denominada Mejoramiento Social que buscaba aliviar el sufrimiento de la población obrera. A pesar de que Mejoramiento Social fue un esfuerzo modesto e ineficaz, lo cierto es que un etnocidio habría contradicho en lo fundamental los esfuerzos del gobierno por presentarse como un aliado de los trabajadores, tanto indígenas como ladinos, después de 1932.

Otros han explicado la Matanza como puro sadismo por parte de los jefes militares, a su ferviente anticomunismo, o a las peculiares prácticas religiosas del general Martínez. Entre sus múltiples creencias esotéricas, Martínez supuestamente creía en una versión de la reencarnación mediante la cual los humanos volverían a este mundo después de muertos. Esta creencia supuestamente le asignaba poca importancia a la muerte humana porque al matar a un animal jamás volvería mientras que el humano gozaba de vidas recurrentes. Debido a estas creencias, los opositores del presidente le endilgaron el mote de “el brujo”. Por cierto, existen muchas razones para creer que el sadismo, un anticomunismo excesivamente ferviente o cualquier otra característica propia de una mente desequilibrada permitió los asesinatos en masa en 1932. Pero muchos estudiosos dicen que semejantes explicaciones son inadecuadas si se aceptan sin más. Creen, más bien, que la magnitud de la Matanza fue producto de una serie de presiones particularmente intensas a las cuales estuvieron sometidos el gobierno nacional y las elites locales en el occidente hacia fines de 1931 y comienzos de 1932. Argumentan que los rebeldes jamás pudieron anticipar que el gobierno reaccionaría como lo hizo, pero si quisieron evitar semejante represión masiva del gobierno tendrían que haberse rebelado en otro momento de la historia salvadoreña.

De acuerdo a estos estudiosos, los últimos meses de 1931 y las primeras semanas de enero de 1932 fueron tiempos difíciles en extremo para El Salvador. Los precios del café se desplomaban, la economía era un desastre, y el panorama venidero se pintaba sombrío. Los bancos estaban ejecutando hipotecas sobre las propiedades rurales y muchos terratenientes temían por su propio futuro. El gobierno no tenía como incrementar sus ingresos, en parte porque la mayoría de los derechos aduanales se destinaba a pagar los intereses del préstamo que se había negociado con un banco estadounidense en 1922. La situación política era igualmente delicada. El gobierno de Martínez se había instaurado a comienzos de diciembre de 1931 mediante un golpe de Estado que derrocó al primer presidente salvadoreño electo democráticamente. Los que habían luchado por muchos años para reformar el sistema político jerárquico de El Salvador veían con desprecio a Martínez por haber destruido el progreso logrado. Es más, Martínez tuvo que enfrentarse a la ira de Estados Unidos, que invocó los tratados de Washington de 1923 que estipulaban que se le negaría el reconocimiento diplomático a cualquier gobierno de facto. La posición de Estados Unidos no obedecía a un compromiso inherente con la democracia en la región sino que, más bien, a su preocupación en general, por el mantenimiento del orden y la estabilidad. Estados Unidos creía que los golpes de Estado amenazaban sus intereses económicos y estratégicos, especialmente aquellos que tuvieran que ver con el Canal de Panamá. Con miras a presionar a Martínez para que renunciara, Washington despachó a El Salvador a un representante especial, el señor Jefferson Caffrey, en diciembre de 1931. En esos momentos, el país experimentaba una acelerada intensificación de movilización obrera, especialmente en los campos del occidente. Los choques resultantes entre obreros organizados y unidades militares se habían tornado violentos y mortíferos.

Durante el levantamiento de 1932, el gobierno de Martínez tuvo que enfrentar una amenaza inesperada más allá de la que representaban las masas rebeldes: La llegada de personal militar extranjero y la posibilidad real de una invasión militar estadounidense. Cuando estalló la rebelión, los funcionarios diplomáticos estadounidenses y británicos en San Salvador notificaron a sus gobiernos que la situación estaba fuera de control y que el ejército salvadoreño estaba infiltrado por comunistas.⁵⁶ En respuesta, lle-

garon cinco navíos de guerra a las costas de El Salvador, dos de bandera británico-canadiense y tres estadounidenses. Los dos barcos canadienses arribaron el 23 de enero y los primeros dos barcos estadounidenses el 25 de enero, seguidos por un tercero pocos días después. Los gobiernos de ambos países, representados por sus diplomáticos en San Salvador o por sus oficiales navales recién llegados, ofrecieron apoyar al gobierno de El Salvador mediante el desembarco de tropas. Uno de los oficiales canadienses viajó a San Salvador el 24 de enero para conversar directamente con Martínez. Mientras se encontraba en camino, sostuvo una conversación telefónica con el cónsul británico en San Salvador quien le describió los temores de la población británica residente y le dijo que el gobierno salvadoreño estaba perdiendo el control de la situación. El cónsul solicitó que la tropa desembarcara, y en respuesta, el comandante naval ordenó que un destacamento de infantería de marina desembarcara en Acajutla. Pero la tropa tuvo que volver de inmediato a su barco porque el gobierno salvadoreño emitió una orden que decía que "bajo ningún pretexto debe permitirse el desembarco de un cuerpo armado extranjero."⁵⁷ Durante su reunión con el comandante en la tarde del día 24, el presidente Martínez rechazó las ofertas de ayuda en términos vehementes, como lo haría reiteradamente en los días venideros. Insistió que el ejército salvadoreño tenía todo bajo control y durante los próximos días el gobierno se empeñó en demostrar la veracidad de lo dicho por el presidente, además de enviar a grandes contingentes de tropa para proteger los negocios y las propiedades de los extranjeros. Unos pocos días después, los capitanes de los dos navíos canadienses fueron invitados a instancias del presidente a almorzar en Sonsonate con oficiales salvadoreños. Los salvadoreños les mostraron algunos prisioneros a sus colegas canadienses y les invitaron a presenciar su fusilamiento.⁵⁸ Los canadienses se disculparon pero entendieron que el gesto era parte de la campaña del gobierno para demostrar que el levantamiento había sido sofocado.

Cuando los estadounidenses llegaron el 25 de enero, la rebelión había sido controlada en gran medida, pero con base a los primeros informes provenientes de fuentes británicas y estadounidenses en El Salvador, los militares de Estados Unidos habían elaborado planes para una operación militar de envergadura en El Salvador. El 23 de enero, el Alto Mando

de la marina había girado órdenes a sus fuerzas en la región para que “estuvieran preparadas en cualquier momento después del amanecer de mañana domingo para enviar la mayor fuerza de aviones disponibles al Salvador para que transportaran en dicha misión a cuanta infantería sea factible”.⁵⁹ A su arribo a El Salvador, el capitán de uno de los barcos estadounidenses informó que “Existe evidencia contundente de que la revuelta fue apoyada por Moscú”.⁶⁰

Ahora, en retrospectiva, sabemos que Estados Unidos no quería verse envuelto militarmente en El Salvador en 1932. Ya estaba recibiendo críticas internacionales por su ocupación en curso de Nicaragua, y mucha de su correspondencia diplomática durante la insurrección refleja una gran preocupación por la percepción que tendrían los gobiernos en Latinoamérica acerca del arribo de navíos de guerra a las costas de El Salvador. Pero los funcionarios salvadoreños no estaban enterados de la poca disposición de Estados Unidos hacia la acción militar. Lo único que tenían a mano para tomar decisiones eran los ejemplos recientes de incursiones militares estadounidenses en la región, entre las cuales destacaba la ocupación de Nicaragua y la guerra de guerrillas contra Sandino. Semejantes incursiones proporcionaron a los funcionarios salvadoreños suficiente evidencia de que Estados Unidos estaba dispuesto a utilizar la fuerza militar en la región con miras a proteger sus intereses. Los temores de los funcionarios salvadoreños se incrementaron ante el hecho de que Estados Unidos ya se había negado a otorgarle el reconocimiento diplomático al régimen de Martínez. Desde la perspectiva de Martínez y otros funcionarios, una ocupación militar estadounidense de El Salvador habría sido devastadora. Perderían sus puestos en el gobierno y la soberanía del país se vería seriamente comprometida. Sus comunicaciones a los diplomáticos y agentes extranjeros indican que intentaban evitar que el levantamiento se convirtiera en pretexto para que Estados Unidos o Gran Bretaña realizaran incursiones militares.

Los estudiosos que han detectado estas múltiples presiones que recaían en el gobierno salvadoreño argumentan que la Matanza alcanzó tales extremos porque los que la perpetraron – el gobierno salvadoreño y las elites locales en la región occidental – temían por su seguridad política y financiera, por no decir sus vidas. El Salvador a fines de 1931 y comienzos de 1932 era un lugar inestable y los que ostentaban el poder creían que

una respuesta débil al levantamiento podría costarles caro. Cualesquiera hayan sido los motivos que condujeron a los asesinatos en masa, como podrían haber sido la etnicidad y el racismo, un sadismo a secas o un temor al imperialismo, el gobierno nacional se encontraba en una situación de debilidad cuando estalló el levantamiento, y respondió ante la amenaza como un animal herido.

Con independencia de las razones que tuvo el gobierno para perpetrar la Matanza, es evidente que la fuerza descomunal que desató contra la población campesina contribuyó a consolidar a Martínez en el poder. Sus opositores políticos preferían su dominio autoritario a una insurrección campesina, y sus adversarios en el extranjero al menos tendrían la seguridad de que haría cuanto fuera necesario para mantener el orden. Hasta el Secretario de Estado de Estados Unidos se lamentó en su diario cuando la insurrección estaba en su momento álgido que su país no podía reconocer a Martínez: “El hombre que es el presidente y quien es el único pilar que detiene el éxito de lo que parece ser una desagradable revolución proletaria... no lo podemos reconocer a causa de la norma de 1923”.⁶¹

Conclusión

Los motivos que subyacen la rebelión y la Matanza de 1932 siguen siendo muy complejos e intensamente debatidos. Los estudiosos han presentado varias explicaciones de por qué ocurrió el levantamiento y por qué el gobierno respondió con violencia tan tremenda. En años recientes, los debates se han intensificado ante el descubrimiento de alijos de nueva evidencia. Que estos debates existan, y en particular que se intensifiquen, respalda lo que muchos han sostenido por largos años: Que el año de 1932 fue un momento decisivo en la historia de El Salvador. Durante las décadas posteriores a los acontecimientos, tanto los salvadoreños como los extranjeros han luchado arduamente para encontrarle sentido a lo que ocurrió.

¹ T. Smith, “Notes on population”, p. 373; Tord Wallström, *Wayfarer*, pp. 60-1.

² Tschiffely, *Southern cross*, p. 304.

³ Beals, *Banana gold*, p. 87.

⁴ T. Anderson, *El Salvador, 1932*, pp. 211.

⁵ MacNaught, "Horrors of communism."

⁶ Méndez, *Los sucesos comunistas*, pp. 98-99.

⁷ M. Figueroa, comandante local de Salcoatitán, al Comandante Departamental, Sonsonate, 14 de marzo de 1932, AGN, MG, SS, Caja 4.

⁸ Méndez, *Los sucesos comunistas*, p. 27.

⁹ T. Anderson, *El Salvador, 1932*, pp. 227; Méndez, *Los sucesos comunistas*, p. 129.

¹⁰ T. Anderson, *El Salvador, 1932*, pp. 212-214.

¹¹ Méndez, *Los sucesos comunistas*, pp. 33-51; T. Anderson, *El Salvador, 1932*; Ching, "In search of the party," pp. 81-91; Véase también la traducción de ese trabajo en capítulo uno de Ching, *Las masas, la matanza y el martinato*.

¹² Telegrama de Francisco Brito, alcalde de Nahuizalco, a Sonsonate, 29 de enero de 1932, AGN, MG, SS, Caja 1.

¹³ M. Figueroa, comandante local de Salcoatitán, a Comandante Departamental, Sonsonate, 14 de marzo de 1932, AGN, MG, SS, Caja 4.

¹⁴ Entrevista con Salvador Pérez (nacido en 1914), Salcoatitán, 23 de Julio de 2000.

¹⁵ Circular del Ministerio de Salud a los alcaldes del departamento de Sonsonate, 9 de febrero de 1932, AGN, MG, SS, Caja 3.

¹⁶ MacNaught, "Horrors of communism."

¹⁷ Zamosc, "Landing that never was," p. 143.

¹⁸ T. Anderson, *El Salvador, 1932*, p. 226.

¹⁹ Juan Rivera, alcalde accidental (en sustitución de Miguel Call) al gobernador departamental de Sonsonate, 4 de febrero de 1932, AGN, MG, SS, Caja 4.

²⁰ Según noticia del *Diario del Salvador*, 13 de septiembre de 1932, en colección de recortes de periódicos en AGN, MG, SI, Capítulo 1, Caja 17.

²¹ De la Comunidad Indígena de Asunción Izalco al General Maximiliano Hernández Martínez, 26 de febrero de 1933, AGN, MG, SS, Caja 2.

²² Enrique Uribe, Nahuizalco, al Comandante Departamental, Sonsonate, 4 de marzo de 1932, AGN, MG, SS Caja 3.

²³ Socorro Rojo Internacional (SRI) era una especie de Cruz Roja comunista. Proporcionaba asistencia a trabajadores y a sus familias cuando habían sufrido lo que ellos llamaban el "terror blanco", represión de parte de la policía, los militares, o los capitalistas que se oponían a sus esfuerzos para lograr una distribución del ingreso más equitativa. Al igual que el Partido Comunista, el SRI tenía oficinas centrales en Nueva York y Moscú. Las sedes locales como la de El Salvador recibían un apoyo financiero nominal de esas fuentes internacionales, pero dependían casi totalmente de donaciones y de la venta de membresías (carnets).

²⁴ M. Figueroa, comandante local de Salcoatitán, al Comandante Departamental, Sonsonate, 14 de marzo de 1932, AGN, MG, SS, Caja 4.

²⁵ Alcalde de Armenia al Gobernador del departamento de Sonsonate, 3 de febrero de 1932, AGN, MG, SS, Caja 4. [El documento tiene fecha de 3 de enero pero ese es un error tipográfico del mecanógrafo.]

²⁶ El documento de las "Instrucciones generales" se publicó por primera en Sáenz, *Rompiendo Cadenas*. Se conoció mucho más cuando apareció en Schlesinger, *Revolución Comunista*. Los documentos también se entregaron a diplomáticos estadounidenses y aparecieron en USNA, WNRC, G-2 Military Reports, Box 763, folder 3000-3020, Political, "Memorandum: The story of communism in El Salvador," escrito en 1943, p. 13.

²⁷ Sáenz, *Rompiendo Cadenas*, p. 231.

²⁸ Secretario del Comité Central del PCS al Buró del Caribe, 8 de octubre de 1931, Russian State Archive of Social and Political History [Archivo del Estado Ruso para la Historia Social y Política] (RGASPI), Moscú, Rusia, conocido anteriormente como Russian Centre for the Preservation and Study of Documents of Most Recent History [Centro Ruso para la Conservación y el Estudio de Documentos de la Historia más Reciente] (RTsKhIDNI), Fond 495 Opis 119 Inventario (o folder) 7, página 12 – abreviado a continuación como 495:119:7, p. 12.

- ²⁹ Ismael Hernández, secretario general del SRI, San Salvador, al Secretariado del Caribe SRI, Nueva York, 29 de noviembre de 1931, RGASPI, 539:3:1060, p. 9, y 22 de noviembre de 1931, 539:3:1060, p. 30. Ibid.
- ³¹ Gregorio Ramírez, Santa Ana, 22 de abril de 1931, al compañero A. Herclet, Paris, Francia, RGASPI, 534:7:455, p. 18.
- ³² RGASPI, 495:119: 4, p. 23.
- ³³ Sobre el PCS puede verse el informe de Anaya en Guatemala al Buró del Caribe, 9 de abril de 1931, RGASPI, 500:1:5, pp. 18-21. Véase también el informe de Luís Guerrero al sub-comité de la CSLA (Confederación Sindical de Latino América), Nueva York, 7 de abril de 1931, RGASPI, 495:119:11, pp. 14-19. Un dirigente del SRI hizo referencia en julio de 1932 al punto más bajo de afiliación al SRI en marzo de 1931: Informe de la sección de El Salvador, rendido por el camarada Hernández de la junta del Secretariado del Caribe del SRI, 12 de julio de 1932; RGASPI, 495:119:12, pp. 25 y 30.
- ³⁴ RGASPI, 495:119:12, p. 25; Véase también 495:119:4, p. 14.
- ³⁵ RGASPI, 495:119: 4, p. 48.
- ³⁶ RGASPI, 495:119:7, p. 1.
- ³⁷ RGASPI, 495:119:4, pp. 5 y 55.
- ³⁸ Informe del VI Congreso, mayo de 1930, RGASPI, 495:119:10, p. 91; ver también p. 119; 495:119:10, pp. 12, y 135-6.
- ³⁹ RGASPI, 495:119:10, pp. 10 y 14.
- ⁴⁰ RGASPI, 495:119:4, p. 2.
- ⁴¹ RGASPI, 495:119:4, p. 15.
- ⁴² RGASPI, 495:119:4, p.2.
- ⁴³ RGASPI, 495:119: 1, p. 20.
- ⁴⁴ RGASPI, 495:119:1, p. 21.
- ⁴⁵ RGASPI, 495:119:4, p. 67.
- ⁴⁶ Ching, "In search of the party," pp. 81-91; Véase también la traducción de ese trabajo en capítulo uno de Ching, *Las masas, la matanza y el martinato*.
- ⁴⁷ Solicitud de anulación de las elecciones municipales de enero de 1932, Nahuizalco, AGN, CN, Caja 9.
- ⁴⁸ Solicitud de anulación de las elecciones municipales de diciembre de 1929, Izalco, AGN, CN, Caja 7.
- ⁴⁹ Ver, por ejemplo, Gould y Lauria, "They call us thieves", pp. 191-237; y Gould, "Revolutionary nationalism", pp. 138-71. Véase también Gould y Lauria 1932: *Rebelión en la oscuridad*.
- ⁵⁰ Mendez, *Los sucesos comunistas*; T. Anderson; *El Salvador, 1932*; M. Figueroa, comandante local de Salcoatitán, a Comandante Departamental, Sonsonate, 14 de marzo de 1932, AGN, MG, SS, Caja 4.
- ⁵¹ "La situación actual del Salvador," circa junio de 1930, RGASPI, 495:119:11, p. 12. Informe de Anaya, Guatemala, al Buró del Caribe, 12 de octubre de 1930, RGASPI, 495:119:12, p. 13.
- ⁵² Lauria, *Una república agraria*. Lauria proporciona una lista más completa de insurrecciones rurales en su tesis doctoral "Agrarian republic".
- ⁵³ Del poema "Todos," publicado originalmente en *Las historias prohibidas del Pulgarcito*.
- ⁵⁴ Un análisis sobre los diversos planteamientos sobre un etnocidio en 1932 se encuentra en Tilley, *Seeing indians*.
- ⁵⁵ El general Maximiliano Hernández Martínez utilizaba su apellido materno solamente, Martínez, y la mayor parte de estudiosos así lo identifican. En este estudio, nos referimos a él como Martínez y rara vez como Hernández Martínez.
- ⁵⁶ La correspondencia diplomática británica puede verse en una variedad de informes que intercambiaron el cónsul en El Salvador, Rodgers, y la "Foreign Office" (cancillería) que se encuentran en Public Record Office, entre los cuales se incluye A379/9/8, A400/9/8, A 500/9/8, A525/9/8 y A537/9/8. La correspondencia diplomática de Estados Unidos se encuentra en USNA, RG 59, Caja 5509. La correspondencia estadounidense también se refiere con frecuencia a los análisis de Rodgers y las respuestas respectivas del gobierno británico.
- ⁵⁷ Zamosc, "Landing that Never Was," p. 138. La cita ha sido traducida del informe en inglés del comandante canadiense.

⁵⁸ El acceso más expedito a los informes británico-canadienses se encuentra en Zamosc, “Landing that Never Was”. Los informes originales se encuentran en British Public Record Office en Hose, Chief of Naval Staff [Jefe del Estado Mayor Naval], Ottawa, Commander in Chief, American and West Indies Station [Comandante en Jefe, Base de las América y de las Indias Occidentales], Bermuda, reenviado al Foreign Office, 20 de abril de 1932, A 4077/9/8, FO 371 15814.

⁵⁹ Lammers, Navy Department [Departamento de la Marina] a los capitanes de los navíos U.S.S. Philip y Wickes, 23 de enero de 1932, USNA, RG59, 816.00 Revolutions/108.

⁶⁰ Telegrama confidencial del capitán del U.S.S. Wickes, 25 de enero de 1932, USNA, RG59, 816.00 Revolutions/99.

⁶¹ Del diario de Henry Stimson, secretario de Estado de Estados Unidos, 25 de enero de 1932. Yale University Manuscripts Collections. Citado en Astilla, “Martínez era”.

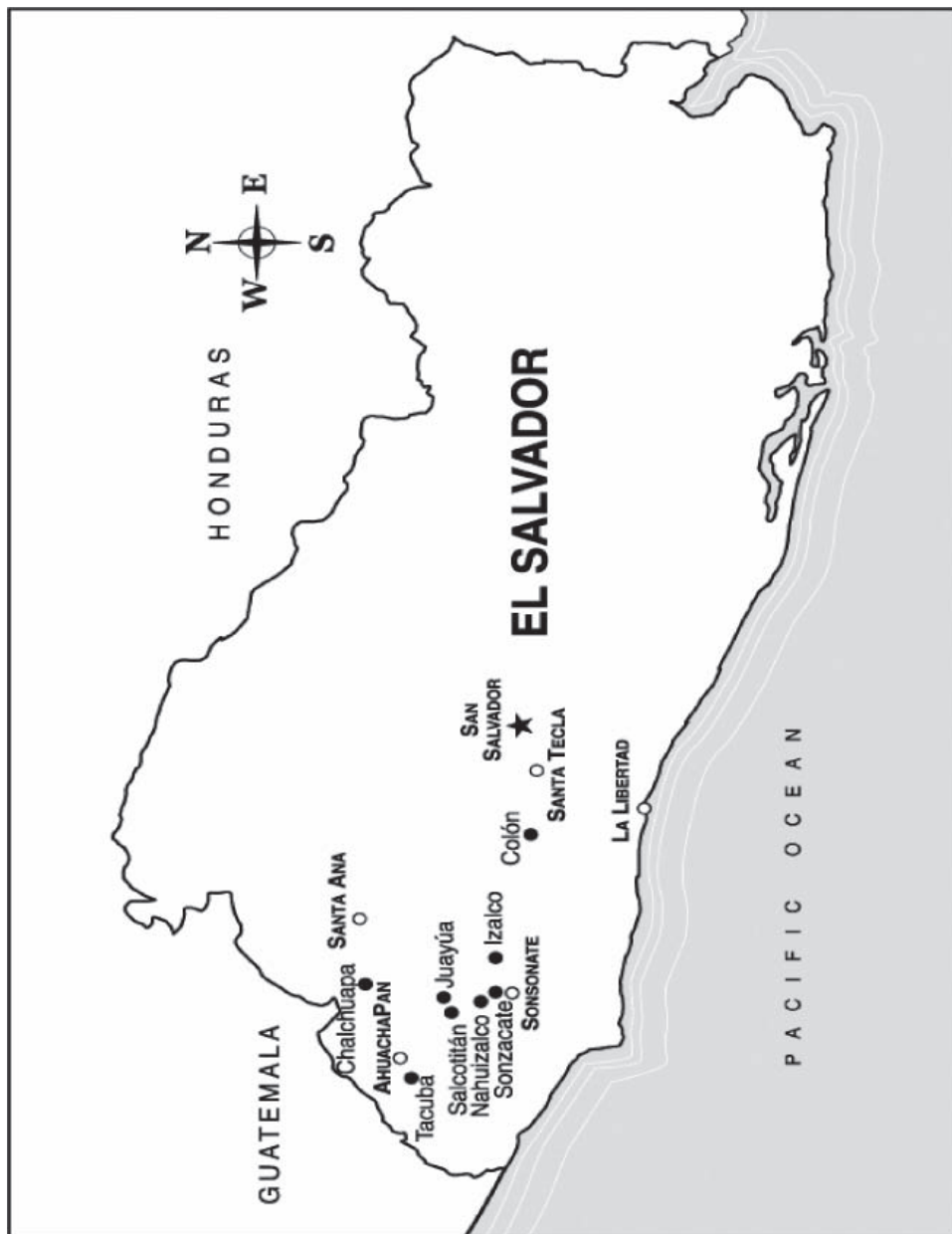


CAPÍTULO 2

Los antecedentes históricos

El pasado nunca está muerto; ni siquiera es pasado.
William Faulkner, Requiem for a Nun

La profunda resonancia que tiene 1932 con la identidad contemporánea salvadoreña puede explicarse no solo por la magnitud de los acontecimientos; sino también, por el hecho de que resumen los elementos principales de la historia salvadoreña de los últimos cinco siglos. Cualquier intento por comprender exhaustivamente el levantamiento y la Matanza debe tomar en cuenta que El Salvador ha tenido una historia conflictiva caracterizada por un desequilibrio social y una relación siempre compleja con la economía mundial. Algunos de los elementos fundamentales de esa historia incluyen la transformación violenta de la existencia indígena durante la Conquista, la institucionalización de una jerarquía de corte racista durante la era colonial, el descalabro del gobierno central después de la independencia a comienzos del siglo XIX, la confusión producto de la privatización de las tierras comunales en la década de 1880, y las fluctuaciones económicas resultantes de la incorporación de El Salvador a la economía global como productor de materias primas de origen agrícola. En diversos momentos durante las siete décadas después de 1932, El Salvador pareció encontrar alternativas al subdesarrollo económico y el autoritarismo político. Tristemente, estas oportunidades se perdieron y las crisis sociales se multiplicaron mientras el país se hundía en una guerra civil prolongada en la década de 1980. Si el tiempo que transcurrió entre los siglos XVI y XIX sentó las bases para los acontecimientos de 1932, entonces el trágico levantamiento y la Matanza de ese año fueron el prólogo de los fracasos venideros.



Mapa de El Salvador señalando los sitios principales del levantamiento de 1932

Antes de 1932

Uno de los elementos centrales del relato de 1932 es el papel de los indígenas en el levantamiento. Para comprender las condiciones que enfrentaban a comienzos de la década de 1930, es necesario echar un vistazo a su historia a partir de la colonización española de la región norte de Centroamérica. La Conquista comenzó en 1523 con la llegada de Pedro de Alvarado, un lugarteniente de Hernán Cortés, el conquistador de México. La coexistencia de indígenas y españoles en el territorio que eventualmente sería El Salvador comenzó cuando Alvarado cruzó el Río Paz, la actual línea divisoria entre Guatemala y El Salvador. También comenzó la agitada y a veces, conflictivamente violenta relación entre indígenas y no indígenas. Los españoles consolidaron su dominio sobre la parte norte del istmo centroamericano con bastante rapidez y juntaron las tierras que serían eventualmente la moderna Centroamérica en una sola unidad administrativa que se extendía desde Guatemala hasta Costa Rica bajo el control de autoridades españolas en la capital de Guatemala. Mediante la Conquista, los españoles subyugaron a las poblaciones indígenas de El Salvador, mayoritariamente pipiles, parientes de los aztecas de México, y lencas, un grupo de origen suramericano. Las etapas iniciales del dominio colonial fueron brutales. En vista de que la región era rica en población pero pobre en oro o plata, las masas de indígenas fueron reunidas, se les marcó con hierros candentes, y vendidos como esclavos a terratenientes en el Caribe y Suramérica. Aquellos que quedaron fueron cristianizados y obligados a trabajar para los terratenientes y a pagar impuestos a las autoridades coloniales. La llegada de los españoles también trajo consigo nuevas enfermedades ante las cuales los indígenas no tenían defensas naturales. Hubo una tremenda contracción de la población. En algunas zonas se estima que entre un 80 y 90 por ciento de la población indígena murió debido a las enfermedades y las brutales exigencias laborales.¹

Los conquistadores españoles habían partido de España en busca de fama y fortuna, pero Centroamérica los desafió. La población indígena en descenso y la ausencia de metales preciosos dificultó la organización de una economía bonancible en la región. Con miras a concretar sus ambiciones, los españoles dieron inicio a lo que podría llamarse la primera “globalización”

de El Salvador al vincular su economía a los mercados de ultramar, con lo cual se dio inicio a un largo proceso de apertura de El Salvador a fuerzas foráneas y sus inevitables fluctuaciones. En el siglo XVI, los colonizadores españoles probaron suerte con las exportaciones de bálsamo, una resina del árbol del mismo nombre que se cotizaba por sus propiedades curativas, y de cacao, la materia prima para la fabricación del chocolate. Como ocurre a menudo con las globalizaciones, las oportunidades que ofrecían los mercados globales generaban diversos retos, tales como la inestabilidad económica y el preocupante impacto que podrían tener las alteraciones en los mercados en los puntos lejanos del globo sobre las vidas de la población local. El mercado del cacao, por ejemplo, se vino abajo en el siglo XVII debido a la competencia de la producción de Venezuela y Ecuador. Los terratenientes en la región que se convertirían en la moderna república de El Salvador tuvieron que ingeniarse para encontrar otro producto que pudiera venderse. Le pusieron el ojo al añil, un artículo que se constituyó en el principal vínculo con la economía mundial hasta fines del siglo XIX. El añil es un tinte azul que se extrae de una planta que los pueblos mayas habían utilizado para pintarse las caras en las ceremonias religiosas así como para teñir telas. Los fabricantes de textiles europeos lo utilizaron también como tinte.²

La elaboración del tinte era insalubre porque requería la fermentación de las hojas del añil, lo cual producía emanaciones nocivas y atraía enormes nubes de moscas. Como protector de los indígenas, la corona española prohibió su trabajo en esta insalubre actividad. Los productores de añil ignoraron rutinariamente esta disposición y a los indígenas se les siguió obligando a que recogieran y procesaran las hojas del añil. No obstante, la prohibición de la corona estimuló la importación de esclavos africanos, un componente que contribuyó a la diversidad étnica de la población salvadoreña de fines del período colonial.

Durante toda la era colonial, la condición étnica definía la posición de las personas en la economía y la sociedad. Las personas eran clasificadas en términos étnicos desde el momento de su nacimiento, y sus vidas eran determinadas en gran medida por su condición étnica. Pagaban impuestos de acuerdo a su etnicidad, y todas sus actividades, desde el servicio militar y el matrimonio pasando por la organización del trabajo, eran determina-

das por la etnicidad. En términos generales (aunque hubo excepciones notables), la condición de español, nacido en Europa o en El Salvador, ubicaba a la persona en los niveles económicos y sociales más altos. Los que eran de sangre mezclada se ubicaban en una posición inferior a los españoles, pero, por encima de los africanos e indígenas. En tanto que la sociedad prehispánica indígena era jerárquica y caracterizada por desigualdades sociales complejas, el período colonial intensificó las relaciones de explotación en la medida que institucionalizó las diferencias raciales. Las autoridades españolas desarrollaron una ideología racial rígida y detallada y la colocaron en el centro de las estructuras de poder colonial, aunque como ocurre en cualquier sociedad, hubo excepciones a estas reglas, como en el caso de los dirigentes indígenas que fungían como intermediarios entre los administradores coloniales o las autoridades religiosas.³

La religión fue un instrumento del poder bajo la colonia. Una de las formas en que los españoles legitimaron la conquista fue asegurando la salvación de las almas de los conquistados mediante su conversión al cristianismo. Sin negar las buenas intenciones de muchos sacerdotes y funcionarios quienes buscaban proteger a los indígenas, es evidente que la iglesia católica fue un aliado clave de la dominación colonial. A los indígenas se les obligó a que abandonaran sus viejos dioses y los reemplazaran con una lealtad al cristianismo. Sin embargo, las conversiones no fueron inmediatas ni completas, al igual que muchos otros aspectos de aculturación colonial. Las culturas y formas de organización social de los indígenas siguieron vivas y activas. Los indígenas se apropiaron de algunos elementos de la cultura que trajeron los españoles y adaptaron otros, pero también se resistieron a aceptarla y con frecuencia se rebelaron frente a ella. Una de las instituciones que surgió durante este proceso fue la cofradía, una hermandad religiosa dedicada al culto de un determinado santo. Las cofradías funcionaban a menudo con poca supervisión de la iglesia, lo que les permitió convertirse en centros de identidad comunal indígena. Los líderes de las cofradías eran líderes comunales, imbuidos de responsabilidades religiosas, sociales, políticas y económicas. Tal como ocurrió en todos los aspectos de la vida colonial, la etnicidad definía a las cofradías. No eran exclusivamente indígenas, pues también podían ser españolas o mestizas, pero muy rara vez eran mixtas.⁴

La tenencia de la tierra se ajustó a las normas jerárquicas y los patrones étnicos de la sociedad colonial. Los terratenientes españoles eran propietarios de grandes haciendas dedicadas tanto a la producción para la exportación como a la agricultura de subsistencia. Paralelamente a estas grandes propiedades, se encontraban los pueblos indígenas, también poseedores de grandes extensiones de tierra. Pero los indígenas no poseían sus tierras en calidad privada. Más bien, la tierra pertenecía a la comunidad en su conjunto y era administrada colectivamente a través de las instituciones políticas de la comunidad, por lo general, la cofradía. La existencia de propiedades comunales constituyó una curiosa herencia del colonialismo español que reflejaba una fusión de prácticas culturales. Por una parte, conservó ciertas prácticas indígenas precolombinas, pero también se acercó a las costumbres de los moros, quienes ocuparon la Península Ibérica entre el siglo VIII y fines del XV. Los españoles llegaron a creer que todas las personas en su reino deberían poseer suficientes recursos para asegurar su propia subsistencia. Los españoles creían que esta norma debía aplicarse no solamente a ellos mismos sino que, además, a las poblaciones que conquistarán. La moralidad y la ideología pueden haber fundamentado esta práctica aparentemente beneficiosa pero también tenía bondades prácticas y económicas en vista de que si los súbditos fallecían por inanición se perdían buenos trabajadores o contribuyentes. En consecuencia, cada pueblo, ya fuera indígena, mestizo o español, tendría derecho a una extensión de tierra comunal que le otorgaba la corona española. Las tierras indígenas eran conocidas como "comunidades" mientras que las tierras comunales de los españoles o mestizos se conocían como "ejidos". Estas tierras comunales podían ser labradas por los miembros de la comunidad o la municipalidad, o podrían alquilarse para generar ingresos adicionales pero no podían venderse o hipotecarse. Para muchos pueblos, en particular los indígenas, las tierras comunales se convirtieron en un bien precioso, tanto símbolo de identidad de grupo como recurso que aseguraba la supervivencia. Parece paradójico que el colonialismo español entregara recursos a los pueblos que trataba de controlar que les permitirían, precisamente, ofrecer resistencia ante la imposición foránea. Pero así eran las complejidades del imperio americano de España. Aparte de las tierras comunales y las haciendas en manos privadas, un tercer tipo de tenencia de la tierra durante la época

colonial fue la que correspondió al monarca, las denominadas “tierras realengas”, que a veces se dejaban en barbecho y en otras se cultivaban.⁵

La descentralización administrativa fue otra característica de la vida colonial que le otorgó una cuota de poder a los indígenas y a las comunidades locales. En teoría, el imperio español era una estructura altamente centralizada en la cual todo poder y privilegio se originaba en la monarquía. Pero en realidad, el poder se encontraba mucho más disperso y la autoridad central manifestaba severas limitaciones. Por ejemplo, las áreas periféricas del imperio español en América se mantuvieron aisladas en la práctica y fuera de los límites de los funcionarios del rey. Aun las zonas en el centro del imperio disfrutaban de bastante autonomía local en aquellos asuntos sobre los cuales las autoridades centrales se mostraron incapaces de ejercer control o sencillamente no quisieron hacerlo. En la víspera de la independencia, muchas partes del imperio español, incluyendo El Salvador, habían desarrollado ideas propias de identidad y poder regional.⁶

La diversidad de la producción económica también fomentó las idiosincrasias regionales. Los metales preciosos fueron los bienes más cotizados por España en su imperio americano. Pero, se producían también muchos otros bienes de alto valor monetario. Uno de ellos fue el añil, y El Salvador fue uno de los mayores productores. El mercado añilero experimentó sus altibajos pero, hacia fines del siglo XVIII, la industria textil europea estaba en pleno florecimiento y las políticas españolas fomentaban las exportaciones. Los terratenientes y comerciantes acaudalados en Centroamérica acrecentaron su riqueza mediante la venta del añil, pero, la prosperidad también generó tensiones. Aquellos nacidos en las colonias de ascendencia española – los llamados criollos – resentían a los funcionarios y mercaderes nacidos en España – denominados peninsulares – quienes controlaban el comercio y la burocracia. Semejantes tensiones en torno a las jerarquías eran comunes en la mayoría de sociedades coloniales hacia fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. Pero una contracción económica y diversos ataques al sistema político español exacerbaron los resentimientos y atizaron un nacionalismo incipiente. Las guerras napoleónicas en Europa trastornaron el comercio durante años y, para colmo, Napoleón invadió España en 1807, depuso a la familia real española y entregó el trono a su hermano José. Todo un sistema de legitimidad política que había durado

por siglos se vino abajo en cuestión de pocos meses. Los movimientos independentistas no tardaron en surgir por todas partes de la América española, pero no todos con el mismo éxito. La América Central, al igual que México, se inclinaba hacia el conservatismo y se mantuvo leal a los principios del colonialismo español, a pesar de numerosas conspiraciones fraguadas por los liberales independentistas. Napoleón fue derrotado eventualmente en 1815 y el rey español volvió al trono pero el sistema ya había sido dañado irreparablemente. En 1820, la corona española recibió otro golpe cuando una revuelta militar obligó al rey Fernando VII a reconocer una constitución liberal y a convertirse en un monarca constitucional quien se vería obligado a acatar las leyes promulgadas por una legislatura electa. La monarquía española dejaba de ser el factor de estabilidad que la caracterizó por tanto tiempo.⁷

Los salvadoreños desempeñaron un papel desproporcionado en los movimientos independentistas en Centroamérica. Se veían a si mismos como los principales productores agrícolas de la región sometidos injustamente a las autoridades coloniales cuan parásitos en Guatemala. Pero estos movimientos se vieron frustrados constantemente por elementos conservadores que mucho perderían si se producía la ruptura con España y se terminaba el antiguo sistema de comercio y privilegios. Los acontecimientos de 1820 resultaron inaceptables para los comerciantes guatemaltecos y sus contrapartes en México. Deseosos de conservar su estatus y sus privilegios, las elites de México se separaron de España, seguidos poco después por los centroamericanos. Aunque Centroamérica se independizó como una sola unidad política, las cinco subdivisiones internas que habían sido creadas por las autoridades españolas con fines administrativos se percibían como distintas entre si. Al principio experimentaron con un sistema federal pero la ruptura con España había sido precedida por un período largo de inestabilidad política que terminó debilitando a la mayoría de instituciones. A partir de la independencia, el sistema de gobierno central se desplomó y las autoridades locales comenzaron a reclamar mayores cuotas de poder. La corta existencia de la federación fue una de pleitos interminables interrumpidos por períodos de guerra civil. En 1839 se vino abajo, y El Salvador surgió como uno de los cinco países independientes en Centroamérica.⁸

La nueva república heredó las desigualdades del pasado, las diferencias étnicas y el complejo sistema de tenencia de la tierra en el cual las comunidades indígenas eran dueñas de cantidades apreciables de tierras comunales. Esa herencia, junto al debilitamiento de las instituciones del gobierno, generó un sistema político atomizado. Las autoridades centrales en San Salvador eran pocas en número y con pocas facultades para cobrar impuestos o imponer políticas a los poderes locales enquistados en las municipalidades. La inestabilidad política era constante; entre 1841 y 1861, la presidencia pasó de mano en mano cuarenta y dos veces. La naturaleza descentralizada del poder significó que los enfrentamientos a nivel local eran los más importantes, ya fuera sobre asuntos de tierras, aguas, caminos o el gobierno municipal. En vista de las divisiones étnicas heredadas del período colonial, en algunas regiones, especialmente en el occidente, las luchas se perfilaban en términos étnicos: Ladinos versus indígenas, quienes representaban quizás hasta un 50 por ciento de la población al momento de la independencia. A causa de la debilidad de la autoridad central, resulta irónico que las comunidades indígenas tuvieron más margen de maniobra y más oportunidades para hacer valer sus derechos durante las décadas posteriores a la independencia que en cualquier otro momento de la historia de El Salvador. Pero esta autonomía no duraría mucho. En la medida que las elites no-indígenas volvieron a recuperar su poder, se sentaron muchas de las bases que dieron lugar al levantamiento y la masacre de 1932.

Diversos cambios que se dieron fuera de El Salvador a fines del siglo XIX le proporcionaron al gobierno central los recursos para realzar su poder. Las posibilidades para ampliar las exportaciones mejoraron notablemente después de mediados del siglo con la incorporación de California a Estados Unidos y el auge de la economía industrial en Europa. La poderosa nación norteamericana ahora se entendía desde el Atlántico hasta el Pacífico y necesitaba trasladar productos y población de una costa a otra. Los fabricantes europeos y estadounidenses requerían materias primas para alimentar sus empresas, y el crecimiento poblacional que se dio simultáneamente se tradujo en millones de personas que estaban en capacidad de consumir productos que solamente se elaboraban en Latinoamérica. Las rutas marítimas que atravesaban o circundaban el continente americano se convirtieron en un componente de creciente importancia de esta bonanza

económica. Los barcos transportaban carga por el estrecho de Magallanes o la entregaban en Panamá para su traslado por recuas de mulas, o después de 1855 por ferrocarril, a los barcos que esperaban en el otro océano. Algunos visionarios proyectaron un canal a través de Panamá o Nicaragua, un sueño que se hizo realidad a comienzos del siglo XX. El resultado final fue que la costa del Pacífico del continente americano, que durante siglos había permanecido en un letargo profundo, se activó a consecuencia de centenares, y después miles, de barcos de vela y vapor en un constante ir y venir frente a sus costas. Esta transformación fue sumamente importante para El Salvador, cuyos únicos puertos dan al Pacífico.

La introducción de servicios de cabotaje regulares y la reducción de los costos del flete incentivaron la exportación de productos tradicionales de El Salvador y permitieron agregar uno nuevo: El café. En la medida que las exportaciones de café y añil aumentaban, la recaudación de derechos aduaneros, controlados por el gobierno central, proporcionaron los recursos para organizar una burocracia, fortalecer al ejército y hacer efectivas las políticas del gobierno. Es así que la expansión de las exportaciones y la consolidación del gobierno central iban de la mano. El Estado adquirió una misión muy clara: El fortalecimiento de la economía de exportación mediante la construcción de caminos a los puertos, el establecimiento de bancos que otorgaran crédito a los caficultores, y la promulgación de leyes que aseguraran los derechos a la propiedad privada. Cualquier situación que impidiera el cultivo de productos de exportación se tenía por regresivo y sujeto a cambio. En vista de que el café se producía en arbustos que requerían muchos años para producir su primera cosecha, se aceptó que las garantías a la propiedad privada eran esenciales para el crecimiento económico. Las comunidades indígenas, que habían disfrutado de un nivel de autonomía durante la era de gobiernos centrales débiles, ahora eran percibidas como un obstáculo. Sus tierras comunales, particularmente aquellas ubicadas en terrenos aptos para el cultivo del café, como las que había en el occidente de El Salvador, se convirtieron en fuente de conflicto permanente. Una buena parte de las elites gobernantes creían que las tierras comunales eran un impedimento al desarrollo nacional. Promulgaron leyes en 1881 y 1882 que declaraban ilegal la propiedad comunal, mediante las cuales obligaron a las municipalidades y las comunidades indígenas a parcelar sus

tierras comunales y distribuirlas en forma de lotes más pequeños de propiedad privada.⁹

Las leyes de privatización de tierras evidenciaron que el poder se estaba trasladando a favor del gobierno central y de los grandes propietarios por encima de las autoridades locales y los pequeños agricultores. Esta transformación no se dio de un día para otro. La privatización de las tierras fue un proceso lento y engorroso, propenso a la corrupción y plagado de conflictos. La tierra siempre había sido motivo de conflictos pero ahora que se transfería a manos privadas aumentó su potencial para ocasionar desacuerdos. Surgieron divergencias entre comunidades indígenas y dentro de ellas, así como entre ladinos e indígenas. No obstante, el proceso se desarrolló sin mayores contratiempos. La legislación privatizadora estipuló que las personas que labraban la tierra en ese momento tendrían la primera opción a recibirla como parcelas privadas. La mayoría de aquellos que habían estado cultivando las tierras comunales recibieron título de propiedad sobre la tierra, ahora como parcelas individuales. Siempre y cuando los decretos de privatización no impidieran el acceso a la tierra de los muchos miles de pequeños agricultores en todo el país, el proceso privatizador pudo desenvolverse sin provocar protestas masivas. De hecho, muchas de las pequeñas propiedades distribuidas en todo el agro salvadoreño durante la primera mitad del siglo XX surgieron hacia fines del siglo XIX. La verdad es que las nuevas parcelas de propiedad privada no eran muy grandes, por lo general no mayores de las cinco hectáreas que necesitaba una familia para subsistir, pero el campesinado recibió tierras, dando origen así a un numeroso sector de pequeños agricultores que todavía puede observarse en algunas partes de El Salvador.

En vista de que la privatización convirtió a la tierra en un bien que podía comprarse y venderse, las parcelas a menudo cambiaron de manos muchas veces. Con el paso del tiempo, el tamaño de las parcelas originales ya no era suficiente como para sostener a las siguientes generaciones, razón por la cual, las familias más pobres con frecuencia terminaban vendiendo sus parcelas. El resultado fue la concentración de la tierra en manos de una elite agraria y el crecimiento de un proletariado rural. Como era de esperarse, esta diferenciación de clase adquirió características étnicas, en tanto que los indígenas representaban un porcentaje desproporcionado de los pobres sin tierra mientras que los ladinos se convirtieron en la elite propietaria.¹⁰

Diversas fracciones de los grandes terratenientes se alternaron en el control del gobierno hasta la gran crisis de la década de 1930. Una familia, la “dinastía de los Meléndez-Quiñónez”, ocupó la presidencia desde 1914 hasta 1927, años asociados con la inestabilidad económica asociada con la Primera Guerra Mundial y la posterior bonanza del café. La interrupción del comercio con Europa durante la guerra tuvo un impacto en la economía salvadoreña porque los principales socios comerciales del país se encontraban al otro lado del Atlántico. El fin de la guerra provocó una bonanza económica a causa del alza de los precios del café; el valor de las exportaciones de café se duplicó hacia 1922 y los caficultores se enriquecieron como nunca antes. Durante este período, Estados Unidos reemplazó a Europa como el principal socio comercial de El Salvador. La inclinación hacia la concentración de la tenencia de la tierra que comenzó con la privatización se aceleró notablemente a causa de “la danza de los millones”, como se le denominó a este período de bonanza impulsada por el auge de las exportaciones. Otro fenómeno importante durante estos años fue el crecimiento de las ciudades, debido en parte a la creciente necesidad de una burocracia que apuntalara al Estado nacional y la economía en expansión. Los artesanos, los obreros y los empleados en las ciudades, especialmente en la capital, manifestaron un gran interés en organizarse y participar en la política a través de sindicatos obreros, cooperativas y sociedades mutualistas.

La familia Meléndez-Quiñónez se mantuvo en el poder mediante la manipulación de las elecciones y la utilización de redes de clientelismo a nivel local para consolidar sus bases de apoyo político en todo el país, pero se cuidaron de respetar el espíritu de la ley. Cuando ya no encontraron dentro de su familia a quien postular para la presidencia, y por respeto a la prohibición constitucional de reelección presidencial, escogieron para que les sucediera a un colaborador de confianza, Pío Romero Bosque (1927-1931). No se les cruzó por la mente que pudiera tener una genuina vocación democrática. Al efectuarse elecciones para diputados y concejos municipales, Romero Bosque permitió la participación sin restricciones de todos los partidos, lo cual despertó el interés popular por la política. Al acercarse el final de su período presidencial, tuvo la idea novedosa de no respaldar a ningún candidato. En ese momento, el principal tema que enfrentaba el país era el impacto de la crisis económica. Al igual que en otras ocasiones,

los acontecimientos en tierras lejanas impactaban en El Salvador, país que para entonces dependía como nunca antes de sus exportaciones. La crisis mundial que se originó en el crac de la bolsa de valores de 1929 trajo consigo el derrumbe de los precios del café, que para entonces representaba más del 90 por ciento de las exportaciones totales del país. Los precios cayeron tanto que algunos caficultores habrían sufrido pérdidas de haber cosechado el grano, así que dejaron que se pudriera en rama y despacharon a sus trabajadores. Los caficultores que obtuvieron una pequeña ganancia tuvieron que reducir los jornales o exigir mayor producción a sus trabajadores pagándoles el mismo sueldo de antes. De cualquier forma, los trabajadores tuvieron que aguantar el peso de la crisis. Pero los trabajadores que conseguían empleo fueron los afortunados, porque el desempleo rural era altísimo. Los caficultores que habían contratado préstamos con los bancos para ampliar su producción durante los años de bonanza no pudieron amortizarlos y los bancos cuya liquidez se erosionaba los presionaban para que pagaran. Las ejecuciones bancarias y las bancarrotas caracterizaron el clima de los negocios y el desempleo urbano no tardó en agravarse. La principal fuente de ingresos del gobierno, los derechos aduanales, se vinieron abajo; en consecuencia, hubo pocos fondos para pagarle a los empleados públicos, quienes dejaron de percibir sus salarios o perdieron sus empleos.¹¹

El resultante descontento social, el hambre, la desesperación, las huelgas, la propaganda comunista, las amenazas a la propiedad y el aparente derrumbe de la ley y el orden, fueron el trasfondo de las elecciones de 1931. Como era de esperarse, el ganador de las elecciones fue aquel que prometió tomar medidas drásticas para aliviar la situación, especialmente, la que se estaba dando en las zonas rurales. Su nombre era Arturo Araujo, un terrateniente que había sido influenciado por el Partido Laborista cuando estudiaba en Inglaterra. Durante la campaña electoral se rumoraba que él o sus colaboradores se habían comprometido a distribuir tierra a los que no la tenían con miras a recibir el apoyo de la población rural. Pero una vez en el poder, perdió el apoyo del pueblo cuando no pudo cumplir con sus promesas de campaña. Su gobierno resultó desorganizado pero, con independencia de sus debilidades administrativas, los escasos recursos en manos del gobierno hicieron imposible cualquier tipo de reforma social. Hasta

los soldados tenían atrasados los sueldos. Araujo perdió el apoyo del ejército y del poco que tenía entre la clase empresarial cuando obligó a los bancos a otorgarle préstamos al gobierno. En diciembre, sus seguidores se habían esfumado y, de manera casi inevitable, un golpe de Estado militar lo derrocó. El vicepresidente de Araujo, el general Maximiliano Hernández Martínez, se hizo del gobierno a comienzos de diciembre de 1931. Aparte de la crisis presupuestaria y la situación política inestable, el nuevo presidente enfrentó dos retos inmediatos: La negativa de Estados Unidos de reconocer la legalidad de su gobierno y el levantamiento campesino de fines de enero de 1932.

El levantamiento de 1932 fue la culminación de un incremento acelerado de las discordias sociales y políticas en todo el occidente de El Salvador hacia fines de 1931 y comienzos de 1932. En la medida que se hacía sentir el impacto pleno de la crisis económica, los trabajadores se movilizaban ante los intentos de los caficultores de bajar sus costos mediante una reducción de los jornales, la eliminación de plazas o las exigencias de mayor producción a los trabajadores restantes. Muchas de las fincas más grandes conocieron algún tipo de conflicto laboral, a menudo en forma de huelgas en las que participaron decenas, y a veces centenares, de trabajadores. Algunos conflictos se resolvieron pacíficamente, a menudo después de que los terratenientes ofrecieron concesiones, pero muchos terminaron en hechos de sangre cuando la policía y guardias nacionales reprimieron a los huelguistas.

La insurrección también fue precedida por elecciones locales muy reñidas. Las elecciones municipales se realizaban en diciembre, pero debido al golpe de Estado muchas elecciones en todo el país, particularmente en la región occidental, se pospusieron hasta principios de enero. El gobierno militar permitió que las elecciones se desarrollaran de acuerdo a las normas democráticas instauradas por el presidente Pío Romero Bosque, por lo que, hubo amplia participación de todas las corrientes políticas. De hecho, el Partido Comunista apoyó a candidatos en varias municipalidades, incluyendo Ahuachapán y San Salvador. Los candidatos del partido se inscribieron en las listas de otros partidos porque el Partido Comunista todavía era clandestino, pero recibieron importante apoyo popular, en parte porque los dirigentes del partido insistieron en que no se enfrascaran en discusio-

nes ideológicas y que se centraran, más bien, en los sufrimientos más inmediatos de la gente. El candidato del partido en San Salvador terminó en tercer lugar, a solamente unos pocos puntos porcentuales del ganador. A pesar de la presencia de nuevos candidatos con simpatías hacia el Partido Comunista, la mayor parte de las elecciones que se dieron a comienzos de enero de 1932 giraron en torno a asuntos locales de larga data. Las elecciones en Nahuizalco, por ejemplo, enfrentaron a indígenas contra ladinos y resultaron en que los indígenas exigieran al gobierno una investigación sobre supuestas anomalías. Cuando la respuesta del gobierno fue el silencio, el pueblo fue invadido por rebeldes armados.¹²

Después de 1932

El régimen de Martínez reaccionó ante el levantamiento con brutalidad sin precedentes y asesinatos a granel. En cuanto al asunto del reconocimiento diplomático de Estados Unidos, Martínez simplemente se esperó. Eventualmente, Estados Unidos decidió que la estabilidad del régimen era más importante que su violación de los Tratados de Washington de 1923 cuando usurpó el poder por la fuerza de un golpe de Estado, de tal manera que Estados Unidos extendió su reconocimiento en 1934. El general sobrevivió los retos tremendos a su régimen durante los primeros meses y se mantuvo en el poder hasta 1944. Durante su gestión, el ejército comenzó a manifestar las primeras señas de un autoritarismo institucionalizado en la medida que el gobierno nacional impuso su autoridad sobre las fuerzas políticas locales y el ejército empezó a creer que era el único calificado para gobernar. Los jefes militares sabían que los retos que enfrentaba la nación eran considerables y se convencieron de que solamente el ejército tenía suficiente fuerza para defender al Estado y el "honor" de la nación que le permitiría superar la politiquería estéril asociada con la democracia. Los grandes propietarios rurales y sus socios aceptaron el cambalache al ceder el control directo del gobierno a los militares a cambio de protección. El ejército se mantendría en el poder en El Salvador hasta 1979.¹³

El daño causado por la crisis económica y el levantamiento había sido tremendo. Ni la política ni el sistema económico habrían de funcionar de manera igual a futuro. Cualquier avance hacia la democracia que se

había logrado bajo Pío Romero Bosque se desvaneció rápidamente. La inseguridad y la agitación social restaron apoyo a los planteamientos de igualdad política y libertad cívica. Desde una óptica económica, las ideologías liberales asociadas a la bonanza económica de fines del siglo XIX perdieron terreno frente a la crisis económica y el auge del fascismo en Europa. Martínez se aprovechó de esta circunstancia para instaurar una dictadura férrea marcada por dos prolongados estados de sitio que le permitieron suprimir a la oposición y restringir la participación política. Un ejército fortalecido y los cuerpos paramilitares de reciente creación le permitieron a los militares jugar un rol político sin precedentes. Se estima que uno de cada cinco hombres en el campo estaba enrolado en las patrullas rurales controladas por el ejército. Una red eficiente de espías vigilaba en las zonas urbanas. La censura de prensa era implacable y total. El único partido político autorizado era el Partido Pro-Patria de Martínez. En el momento culminante de su poder, Martínez hasta decidía los nombramientos a nivel municipal.¹⁴

El gobierno también comenzó a intervenir en la economía como nunca antes. Consecuente con sus tendencias fascistas, el gobierno proyectó la imagen de un defensor populista del pueblo trabajador a través de su programa denominado Mejoramiento Social. La intervención del Estado contempló la defensa de los grandes terratenientes y del sector exportador. El gobierno suspendió las ejecuciones hipotecarias de las propiedades agrícolas para aliviar la situación de los caficultores; estableció nuevas sociedades entre el Estado y la empresa privada, y fundó el Banco Central de Reserva para quitarle el derecho de los bancos privados de emisión de papel moneda. La Compañía Salvadoreña del Café permitió la intervención estatal en la comercialización del café, y el Banco Hipotecario, una entidad pública, competía con la banca privada en el otorgamiento de créditos inmobiliarios. Tanto en la esfera política como en el manejo de la economía, el modelo a imitar dejó de ser Estados Unidos, el cual fue reemplazado por la Italia de Mussolini y la Alemania de Hitler. Se contrataron oficiales alemanes para dirigir la escuela militar y se hicieron esfuerzos por fortalecer los vínculos económicos con Alemania.¹⁵

Al estallar la Segunda Guerra Mundial, el contexto internacional había cambiado radicalmente. La crisis económica ya estaba superada, y Estados Unidos buscó el apoyo de todas las repúblicas latinoamericanas. El De-

partamento de Estado de Estados Unidos ejerció presión sobre los dirigentes latinoamericanos para que rompieran sus relaciones con los países del Eje y apoyaran a los Aliados. Ni siquiera Martínez se atrevió a oponerse a Estados Unidos en un momento tan decisivo, y El Salvador se plegó a la causa de los Aliados. Los oficiales alemanes en la escuela militar fueron reemplazados por personal estadounidense y las propiedades de alemanes en el país fueron expropiadas. Al encontrarse firmemente dentro del bloque dominado por Estados Unidos, las palabras de Franklin Delano Roosevelt adquirieron mayor resonancia. El problema para los gobernantes militares de El Salvador es que Roosevelt hablaba de democracia y de las Cuatro Libertades. Las contradicciones evidentes entre la retórica del presidente de Estados Unidos y las realidades del gobierno militar autoritario en El Salvador resultaron insostenibles para el régimen de Martínez. Por otra parte, las excentricidades del general, que habían sido ignoradas durante la crisis de la década de 1930, se tornaron problemáticas, especialmente, cuando incidían en las políticas de Estado. Por ejemplo, durante una epidemia, el general se opuso a las medidas sanitarias convencionales y ordenó, más bien, que las luces del alumbrado público se cubrieran con celofán azul bajo la creencia de que la luz azul frenaría la propagación de la enfermedad. Roque Dalton ofrece otro ejemplo del extraño comportamiento del general cuando cuenta como su padre, Winnal Dalton, ofreció comprar zapatos para los escolares como una ayuda de la comunidad estadounidense radicada en el país. El general rechazó el ofrecimiento porque dijo que los niños se beneficiaban de las vibraciones que transmitía la tierra a través de sus pies descalzos.¹⁶

A fin de permanecer en la presidencia, Martínez utilizó cualquier cantidad de artimañas. Al comienzo logró que la Asamblea Nacional le permitiera completar el período presidencial que le correspondía a Araujo. Cuando le tocó postularse para la presidencia en 1935, ya había logrado un dominio completo sobre el sistema electoral. Al finalizar su “primer” período como presidente en 1939, él y sus seguidores reformaron la constitución para permitir su reelección y establecieron un mecanismo mediante el cual el poder legislativo escogería a los presidentes (en vez del voto popular). Intentó repetir la misma estratagema para el siguiente período presidencial (1944-1950) pero los tiempos habían cambiado y la población salvadoreña era menos obediente. En un entorno de victorias aliadas, la de-

mocracia se convirtió en la palabra de moda en las Américas. Las acciones del general al acercarse las elecciones de 1944 habían generado descontento entre demasiados sectores de la población, aún entre grupos de profesionales y las clases altas. En una maniobra desesperada que buscaba contrarrestar la oposición a su reelección en 1944, Martínez asumió una postura populista apelando a la clase obrera, decretando controles de precios e impulsando medidas de regulación del comercio y de los gremios profesionales. Sin embargo, los trabajadores no se dieron por enterados mientras que la clase alta se distanció aún más. La oficialidad joven, algunos de ellos entrenados por oficiales de Estados Unidos, se cansó del estilo de gobierno anacrónico del general Martínez. Como resultado, la reelección de 1944 provocó una rebelión entre la oficialidad el 2 de abril. La revuelta fue sofocada y el gobierno procedió a fusilar a muchos oficiales, quienes se convirtieron en mártires de la causa de la modernización del gobierno militar. Cuando empezaron las primeras manifestaciones callejeras, el ejército abrió fuego y mató a más de cien civiles. Los estudiantes universitarios organizaron un movimiento de protesta al cual se sumaron rápidamente trabajadores urbanos y profesionales. Después de una huelga general que paralizó al país, Martínez renunció y su ministro de guerra asumió la presidencia en mayo de 1944. A este episodio se le denominó “la huelga de brazos caídos”.¹⁷

Durante cinco meses después de la caída de Martínez, pareció que la democracia había triunfado. Cuando el gobierno provisional convocó a elecciones, los que habían luchado contra la dictadura identificaron a su héroe en la persona del médico carismático, Arturo Romero, un candidato presidencial que hablaba de reformas y democracia. Pero el viejo orden no había sido desmantelado: Los jefes del ejército eran los mismos generales viejos, los terratenientes todavía tenían miedo de los cambios, y el poder legislativo lo integraban los mismos que habían reelecto a Martínez. Estos grupos vieron en Romero a un reformador peligroso que podría abrirle las puertas al comunismo, si acaso, como insinuaban, él mismo no era comunista. Un antiguo director de la policía de la dictadura, el coronel Osmín Aguirre, puso fin a la apertura democrática al derrocar al gobierno provisional y desterrar a Romero. Procedió entonces a manipular el proceso electoral para garantizar la victoria del candidato más conservador, el general Castaneda Castro.

Era evidente que el principal legado de Martínez fue un ejército institucionalizado y politizado, presto y dispuesto a utilizar las palancas del poder para defender el estatus quo contra cualquier amenaza, real o imaginaria. Martínez se había ido, pero el autoritarismo militar sobrevivió y se atrincheró. Un buen ejemplo lo ofreció el mismo presidente Castaneda Castro quien, después de cuatro años de gobierno mediocre, intentó reformar la constitución para su reelección. La táctica le falló al igual que a su predecesor, pero por razones diferentes. Mientras que a Martínez lo derrocó un movimiento democrático naciente que fracasó en última instancia, Castaneda Castro había violado la norma no explícita del emergente sistema autoritario militar: A los presidentes militares no se les permitiría perpetuarse en el poder. Más bien, el poder sería ejercido por la fuerza armada como institución.¹⁸

En tanto que los militares no permitieron que se cuestionara su ejercicio institucionalizado del poder, cada gobierno militar mostró diferencias en su estilo de gestión y su orientación ideológica. Algunos hasta recalcaron la necesidad de modernizar al país, incluyendo la adopción de reformas sociales. Por ejemplo, Castaneda Castro fue derrocado en 1948 por un golpe de estado que llevó al poder a un Consejo de Gobierno Revolucionario, un gobierno militar de orientación populista. Los oficiales jóvenes y los civiles idealistas que integraron el Consejo se veían a sí mismos como renovadores de una clase dirigente. Querían modernizar la economía, la infraestructura y la sociedad de El Salvador mediante una diversificación económica, una renovación del sistema educativo y diversas reformas sociales. El Consejo hasta supervisó la redacción de una nueva constitución en 1950 que otorgó el voto a las mujeres, contempló leyes de seguridad social y autorizó al Estado para que interviniera en la economía en aras del bien común.

La nueva constitución también fortaleció el derecho del gobierno de reprimir a la oposición y mantener vigilados a grupos o individuos que se consideraban peligrosos para el Estado. Este tipo de ataque implacable a los opositores de cualquier filiación se convirtió en la norma de las estrategias legislativas y ejecutivas hasta los Acuerdos de Paz de 1992. Los funcionarios del gobierno siempre interpretaban la ley para proceder con sus actividades anticomunistas sin restricción alguna. El anticomunismo del ejér-

cito salvadoreño y de las clases altas no requirió estímulo de parte de Estados Unidos, que se encontraba en plena cacería de brujas del macartismo hacia fines de la década de 1940 y comienzo de 1950. En El Salvador, las raíces del anticomunismo tenían que ver más con los recuerdos de 1932 que con los temores estadounidenses en relación a la propagación del comunismo en el mundo. De hecho, la asistencia militar estadounidense a El Salvador fue mínima hasta la Revolución Cubana de 1959.¹⁹

Después de la promulgación de la Constitución de 1950, llegó el momento de una nueva elección presidencial. Como era de esperarse, el hombre fuerte del Consejo de Gobierno, el coronel Oscar Osorio, resultó electo. Por fortuna para él, su elección se vio acompañada por una bonanza cafetalera, lo que le permitió mostrar la cara reformista del conjunto de medidas represivas/reformistas que él y sus colegas militares habían creado como la columna vertebral del gobierno militar. Sin necesidad de incrementar la tasa impositiva, el gobierno se dio a la tarea de invertir en educación, construyó viviendas para la clase media y la población rural, estableció un programa de seguridad social, construyó una represa hidroeléctrica grande, y encabezó el movimiento para crear el Mercado Común Centroamericano, un proyecto que buscaba reducir los aranceles dentro de la región para favorecer el intercambio comercial y estimular la industrialización. Sin embargo, estas iniciativas modernizadoras tenían su lado oscuro. El estado de sitio se decretó dos veces y una ley draconiana – de “defensa de la democracia y el orden constitucional” – limitó las libertades cívicas y políticas. Se permitió que los partidos de oposición se organizaran pero no se les permitió ganar elecciones.

El escogido para suceder a Osorio, el coronel José María Lemus, se mostró dispuesto a seguir con las medidas modernizadoras, pero los precios del café se derrumbaron en 1957, a menos de un año de haberse iniciado el nuevo período presidencial. Al disponer de menos recursos para financiar los nuevos programas, el gobierno tuvo que hacerle frente a mayores niveles de descontento social y Lemus optó por reprimir. Hacia 1960, su gobierno había utilizado la fuerza para disolver manifestaciones de estudiantes universitarios y se había vuelto más represivo. Un golpe de Estado liderado por oficiales leales al ex presidente Osorio, que invocó el recuerdo de los oficiales que se rebelaron contra Martínez, derrocó a Lemus en 1960.

Los golpistas tenían la esperanza de revivir el espíritu reformador pero había transcurrido apenas un año desde la Revolución Cubana y los sectores más conservadores del sistema político se asustaron ante el discurso liberalizador de la junta. Después de solamente tres meses, un contragolpe conservador reimpuso el autoritarismo en el gobierno, y así se mantendría durante muchos años.²⁰

Los cambios en la situación geopolítica internacional a comienzos de la década de 1960 tuvieron importantes implicaciones para el estilo de gobierno vertical que los militares habían utilizado en El Salvador. El éxito de Fidel Castro en Cuba cambió la correlación de fuerzas en el hemisferio occidental e introdujo la Guerra Fría a Latinoamérica en formas nuevas sin precedentes.²¹ Estados Unidos temía el ejemplo cubano, y con razón, especialmente después del fracaso de la invasión de Bahía de Cochinos y la crisis de los misiles un año más tarde en 1961. Bien puede afirmarse que Estados Unidos respondió a la nueva situación con su propia versión de la dicotomía de reforma y control utilizada en El Salvador al ofrecer asistencia económica y social a aquellos considerados realmente “democráticos” – es decir anticomunistas – mientras que a la vez apoyaba las actividades militares de corte coercitivo para combatir el supuesto avance del marxismo de inspiración soviética. La pieza clave de esta estrategia fue la Alianza para el Progreso que anunció el presidente John F. Kennedy. La idea tras este programa consistía en proporcionar recursos y apoyo para agilizar la evolución social y así frenar la revolución violenta. Además de dinero para educación y otros programas sociales, la Alianza también incorporó un elemento militar de entrenamiento en contrainsurgencia e inteligencia. El presidente Julio Rivera, el coronel que ganó la elección convocada por la junta conservadora que se había hecho del poder en enero de 1961, comprendió que Estados Unidos estaba listo para canalizar enormes cantidades de dinero a los regímenes amigos en toda Latinoamérica. Movido por una combinación de intereses personales e ideales políticos, Rivera se convirtió en un presidente modelo de la Alianza para el Progreso. Desde la perspectiva de Estados Unidos, Rivera era el aliado ideal, una persona que combinaba una visión modernizante dirigida desde las alturas del poder con un anticomunismo sin tregua. En la medida que llegaba la asistencia externa y la economía salvadoreña se recuperaba, a Rivera se le permitió impulsar reformas otra

vez. Su gobierno apoyó el Mercado Común Centroamericano, la industrialización, el crecimiento de la agroexportación, y la planificación económica y social, todos ellos programas que tenían el visto bueno de la Alianza. Los terratenientes toleraron de mala gana las reformas a modo de que sus intereses no fueran directamente amenazados. Los dos presidentes siguientes, el coronel Fidel Sánchez Hernández (1967-1972) y el coronel Arturo Armando Molina (1972-1977), le dieron continuidad a las políticas instauradas por Rivera.²²

Después de 1969, el sistema comenzó a agrietarse. Uno de los proyectos insignia de la Alianza para el Progreso, una ambiciosa reforma educativa diseñada para debilitar a la oposición, fracasó. La pieza central de la reforma contemplaba el uso de la televisión en las aulas para subsanar las deficiencias en la formación de los maestros. Los partidarios de esta innovación tanto en El Salvador como en Estados Unidos, entendieron que el uso de la televisión era un ejemplo ideal del uso de tecnología moderna para resolver un problema social a un costo reducido. Pero los maestros no pensaron igual. Sumados a los pocos beneficios sociales y pobres salarios que recibían, los maestros se vieron a punto de transformarse en asistentes pedagógicos de una caja electrónica. Desde su punto de vista, un proyecto que destinaba millones de dólares para tecnología educativa mientras que los maestros apenas lograban sobrevivir era un ejemplo de un gobierno de prioridades equivocadas. Una serie de huelgas magisteriales de grandes proporciones en 1968 y 1971 se convirtieron en punto de reunión para una oposición más generalizada contra el gobierno. También radicalizaron al sindicato de maestros, que terminaría jugando un papel destacado en la insurgencia izquierdista de las décadas de 1970 y 1980. Otro proyecto importante que contó con el apoyo de la Alianza, el Mercado Común Centroamericano, también tuvo consecuencias no previstas. La idea que dio sustento al Mercado Común fue la liberalización del comercio entre los países centroamericanos, pero el comercio libre puede generar resultados inesperados. El Salvador se encontraba mejor preparado para sacar ventaja de las nuevas condiciones y logró mayores beneficios que la vecina Honduras. Es más, la expansión de la agricultura de exportación en El Salvador durante la década de 1960 había concentrado la propiedad de la tierra aún más y expulsado a decenas de miles de campesinos hacia los territorios menos

poblados de Honduras. Este influjo irritó al gobierno hondureño, un gobierno militar nacionalista que se oponía a la creciente influencia salvadoreña en la economía de Honduras. El resultado fue una guerra breve en 1969 denominada “La guerra del fútbol” porque estalló a los pocos días de un reñido partido de fútbol entre los dos países. A pesar de que las hostilidades militares duraron apenas cien horas, la guerra frenó en seco al Mercado Común y ocasionó la expulsión de centenares de miles de campesinos a El Salvador, lo que agudizó la ya severa problemática social del agro.²³

En respuesta a estos y otros factores, algunos izquierdistas en El Salvador comenzaron a proponer acciones más radicales. El Partido Comunista había sido la única organización de izquierda radical en el país desde su fundación en 1930. Había sobrevivido a pesar de una intensa represión ejercida por la policía y las unidades militares durante todos esos años, si bien en la clandestinidad total, alcanzando éxitos de reclutamiento entre obreros organizados y círculos de intelectuales. Pero después de la Revolución Cubana, aparecieron divisiones dentro de las filas del partido, entre aquellos que pregonaban una estrategia más agresiva y los “tradicionalistas” que creían que el país no estaba listo para una acción armada. Los más radicales acusaron a los tradicionalistas de ineficaces y equivocados en su interpretación de la realidad salvadoreña. Como ejemplo, señalaron la postura del partido durante la guerra con Honduras, cuando la dirigencia cedió ante el nacionalismo y se plegó en apoyo al gobierno militar cuando éste decidió ir a la guerra. La dirigencia del partido se negó a abandonar su estrategia de formar alianzas electorales con otros partidos políticos y de buscar apoyo entre los sindicatos obreros. Los radicales hacían ver la creciente intransigencia de la derecha para insistir en que una respuesta armada era inevitable. Varios grupos de radicales empezaron a distanciarse del partido después de 1969 en preparación para una guerra de guerrillas.²⁴

Una de las razones principales que esgrimieron los radicales para justificar la necesidad de la acción armada fue el rápido crecimiento de las organizaciones paramilitares de derecha en las zonas rurales. La primera de éstas fue la Organización Democrática Nacionalista (ORDEN), fundada por el entonces jefe de la Guardia Nacional, el general José Alberto “Chele” Medrano, a mediados de la década de 1960. Los grupos de ORDEN estaban integrados principalmente por miembros de las patrullas cantonales

(las reservas rurales del ejército) y contaban con el respaldo del gobierno y un adiestramiento proporcionado por unidades de la Guardia Nacional. Los miembros de ORDEN debían proteger las zonas rurales de una insurgencia comunista. En una entrevista, Medrano explicó cómo se identificaba al enemigo: “Al comunista se le descubre por la forma en cómo habla... Generalmente, habla en contra del imperialismo yanqui, habla en contra la oligarquía, y contra el ejército. Podemos identificarlos fácilmente”.²⁵ Guiados por estos criterios, a los campesinos de ORDEN – individuos con escasa formación – se les asignó la tarea de identificar a los comunistas. Muchas personas acusadas de comunistas simplemente desaparecieron, o sus cuerpos eran encontrados en barrancos o flotando río abajo. Algunos de los que desaparecieron pueden haber estado vinculados con grupos de izquierda, pero la enorme mayoría de las víctimas no era sino gente pobre que intentaba mejorar las condiciones de vida de sus comunidades y sus familias, y por eso se les identificó como enemigos del Estado, del capitalismo y del cristianismo.

ORDEN era una organización brutal que convirtió al terrorismo en política de Estado, pero otras organizaciones paramilitares convirtieron al terror en algo todavía más tremendo. Denominados comúnmente como “escuadrones de la muerte”, estos grupos operaban en la clandestinidad y a menudo sin una coordinación central, a veces con el apoyo de sectores dentro del gobierno, y en otras, apoyo de ciudadanos acaudalados. Los escuadrones de la muerte aterrorizaban a la población mediante la tortura y el asesinato de cualquier persona que expresara su apoyo a la oposición armada o siquiera a un reformismo moderado. La intención era de infundir miedo en la población con miras a suprimir todas las formas de movilización popular. Los paramilitares y sus patrocinadores dentro de la elite y el ejército hacían ver que el secuestro y asesinato por las organizaciones guerrilleras de miembros jóvenes de las familias más acaudaladas requería una represión violenta de la oposición. Uno de los escuadrones más conocidos tomaría el nombre del general Martínez. Si bien es cierto que sus años de mayor actividad sería a fines de la década de 1970 y comienzos de 1980, ya habían comenzado a operar a fines de la década de 1969 y comienzos de 1970.²⁶

Al aproximarse la elección presidencial de 1972, el clima político en El Salvador ya estaba bastante caldeado. Como parte de las modestas refor-

mas políticas impulsadas en la década de 1960 se permitió la creación de partidos políticos de línea moderada. Uno de ellos, el Partido Demócrata Cristiano, ya se había hecho de la alcaldía de San Salvador. Sintiéndose apuntalados por su éxito electoral y liderados por un candidato carismático en la persona de José Napoleón Duarte, los democristianos se enfrentaron al gobierno militar en las elecciones de 1972. Según todas las versiones, Duarte ganó la elección pero el ejército no estaba dispuesto a entregar el poder. Recurrió al fraude descarado, reprimió a los simpatizantes del Partido Demócrata Cristiano y hasta llegó a capturar y torturar a Duarte. El gobierno declaró vencedor al candidato oficial, el coronel Arturo Armando Molina. La represión frustró las aspiraciones de los democristianos pero la legitimidad del partido de gobierno también quedó en entredicho.

Durante la década de 1970, los movimientos sociales opuestos a la dictadura y a la intransigencia de las elites comenzaron a crecer y a diversificarse. Aparte del fortalecimiento de la Democracia Cristiana y su ideología centrista, los grupos guerrilleros que se habían desprendido del Partido Comunista se tornaron más activos y comenzaron a hostigar no solamente a las fuerzas armadas sino también a las organizaciones paramilitares en todo el territorio. En las zonas rurales, los pobres comenzaron a organizarse en sindicatos y comunidades eclesiales de base. Muchos se adhirieron a la teología de la liberación e interpretaron los evangelios a la luz de la creación del reino de los cielos en la tierra a través de la justicia social en vez de padecer sufrimientos en esta vida en espera de la salvación después de la muerte, tal como había predicado la iglesia institucionalizada. Las nuevas lecturas de los evangelios atrajeron a numerosos sacerdotes jóvenes y seglares católicos, quienes se desplazaron a las zonas rurales con la esperanza de aliviar la miseria en que vivían los campesinos. Como era de esperarse, se convirtieron en blancos de los escuadrones de la muerte, quienes se regían por lemas como “sea patriota, mate un cura”.²⁷

El auge de los movimientos de oposición y el deterioro de la situación social y política revivió el viejo debate dentro de la derecha entre reformistas y duros. Los reformistas creían que debía producirse un cambio económico para generar nuevas oportunidades para mayores cantidades de personas y para evitar un mayor deterioro social. Los duros insistían que cualquier tipo de reforma era equivalente a comunismo. Al comienzo, el

presidente Molina, apoyado fuertemente por Estados Unidos, se alió con los reformistas y propuso una modesta reforma agraria en 1976 con la esperanza de reducir la presión social. El proyecto de reforma agraria contemplaba la venta obligada al gobierno de parte de las tierras de los grandes terratenientes; el gobierno, a su vez, repartiría pequeñas parcelas a los campesinos sin tierra. Molina describió su proyecto como una “póliza de seguro” contra la agitación social y juró por el honor de la fuerza armada que el plan sería ejecutado en su totalidad. Las esperanzas de los pobres en el campo crecieron ante la perspectiva de que recibirían tierras. Los terratenientes, alarmados, organizaron una campaña feroz en contra de la legislación propuesta. Los escuadrones de la muerte hasta comenzaron a atentar contra funcionarios del gobierno que trabajaban en el Ministerio de Agricultura a quienes se les había encomendado la supervisión de la reforma. La oposición triunfó, la reforma agraria fracasó, y se agudizó la frustración acumulada de los pobres en el campo. La derrota de la reforma también radicalizó a intelectuales reformistas de clase media, enardecidos todavía por el fraude electoral. Durante las elecciones presidenciales de 1977, el ejército tuvo que echar mano de niveles aún mayores de fraude y violencia para ganarle a la oposición. Una explosión social era inminente.²⁸

Otros acontecimientos en el resto de Centroamérica agudizaron las tensiones políticas en El Salvador. El éxito de la revolución en Nicaragua en julio de 1979 inspiró a la izquierda e infundió miedo en la derecha. La oficialidad del ejército en El Salvador observó, espantada, cómo los oficiales y soldados nicaragüenses salían al exilio sin más que la ropa que llevaban puesta. La Guardia Nacional nicaragüense fue reemplazada por un nuevo ejército “popular” encabezado por los antiguos rebeldes. La derecha extrema en El Salvador se convenció aún más de que una actitud de mano dura era la correcta. Pero una facción reformista dentro del ejército salvadoreño pensó que un masivo intento reformista de última hora podría evitar que el país cayera en el abismo. En octubre de 1979, los oficiales reformistas llevaron a cabo un golpe de Estado con el apoyo de civiles progresistas. El golpe fue un intento final de impulsar las reformas necesarias y anular así las demandas de cambios revolucionarios. Pero de nuevo una resistencia empedernida de elementos conservadores dentro del ejército puso fin al intento.²⁹

Las desapariciones y los asesinatos políticos seguían sin mengua. Las esperanzas de una salida moderada se desvanecieron después del asesinato de monseñor Oscar Arnulfo Romero (1917-1980), el arzobispo de San Salvador, cuyas fuertes denuncias a violaciones de los derechos humanos habían enardecido a la derecha. En noviembre, Ronald Reagan fue electo presidente de Estados Unidos después de una campaña electoral en la cual recalcó el anticomunismo y la crítica a su oponente, el entonces presidente Jimmy Carter, por haber dejado que Nicaragua “cayera” en manos de los comunistas. La elección estadounidense envalentonó a los conservadores salvadoreños y convenció al movimiento revolucionario de que debía hacerse del poder antes de que Reagan fuera juramentado.

La guerra civil comenzó en 1981 cuando la insurgencia guerrillera, una coalición recientemente formada a partir de diversas facciones guerrilleras bajo el nombre de Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), lanzó su “ofensiva final”. La ofensiva fracasó pero las líneas del conflicto quedaron trazadas, la guerrilla se había unido y al gobierno se le enfrentaba una insurgencia que no pudo controlar. Durante los primeros tres años del conflicto, los guerrilleros llegaron a controlar aproximadamente una cuarta parte del territorio salvadoreño. En estas denominadas “zonas liberadas”, la presencia del gobierno era puramente nominal. La guerrilla estableció gobiernos populares dentro de las zonas que controlaba, y administraba escuelas, hospitales y tribunales. El número de combatientes armados de la guerrilla nunca superó los cinco mil pero tenía el respaldo de una extensa red de colaboradores civiles, lo que le permitió poner en jaque al ejército salvadoreño, cuya tropa creció hasta sobrepasar los cien mil soldados. El armamento superior y el control de los cielos le permitieron al ejército penetrar profundamente a su antojo en territorio guerrillero pero no pudo mantener una presencia permanente sino que invariablemente se retiraba a la seguridad de sus propias zonas de control. Como ocurre a menudo en este tipo de conflicto, la gente que más sufrió fueron los civiles no armados que se encontraban entre los dos fuegos, especialmente, porque el ejército salvadoreño atacaba a la población rural con miras a eliminar las bases de apoyo de la guerrilla. El ejército cometió masacres entre la población civil en lugares de triste recuerdo como el Río Sumpul y El Mozote.³⁰

Estados Unidos definió el conflicto en El Salvador como un frente nuevo de la guerra fría. Los formuladores de política de Washington siempre le habían asignado mucha importancia a la estabilidad de la región, y preferían que los gobiernos fueran de línea moderada. Pero cuando el centro político se derrumbó, Estados Unidos apoyó decididamente a los militares duros por razones de contención del avance comunista. Rara vez se escuchó a un político de renombre en Estados Unidos que describiera la insurgencia en El Salvador como producto de la pobreza y la movilización de las masas en vez del comunismo internacional. Hasta los políticos más moderados, los que se oponían al apoyo que el gobierno Reagan proporcionaba a dictaduras militares, seguían aceptando los postulados básicos del anticomunismo y creían en la necesidad de frenar el avance del comunismo en cualquier parte del mundo. Durante los siguientes once años del conflicto, Estados Unidos terminaría gastando más de cuatro mil millones de dólares para apoyar a regímenes pro-estadounidenses en El Salvador que estaban comprometidos con la derrota de la guerrilla. En cierto momento, la ayuda estadounidense representaba una proporción mayor del presupuesto del gobierno salvadoreño que sus propios ingresos fiscales regulares. Muchas organizaciones cívicas en Estados Unidos se opusieron a la política de su gobierno en El Salvador. Organizaron protestas y de diversas formas trataron de asistir a la sufrida población civil en El Salvador. Durante este período, muchos se enteraron de la obra de Roque Dalton, incluyendo su libro *Miguel Mármol* después que salió una edición en inglés en 1987.³¹

Hacia 1989 la guerra civil había cobrado la vida de más de cincuenta mil víctimas, la economía estaba por el suelo, y no se perfilaba el fin de la violencia. El ejército salvadoreño y el gobierno de Estados Unidos no tenían interés en alcanzar una solución negociada al conflicto, a pesar de que ninguno de los bandos parecía estar en condiciones de alcanzar una victoria militar. Dos acontecimientos en 1989 cambiaron la dinámica de la guerra: Primero, el bloque socialista colapsó; y segundo, una ofensiva guerrillera centrada en la ciudad capital demostró el poderío del FMLN y puso en tela de juicio la versión del ejército de que la guerrilla se estaba agotando. Durante la ofensiva, los militares fueron condenados por la opinión pública internacional cuando asesinaron a seis sacerdotes jesuitas quienes habían insistido durante todo el conflicto en la necesidad de comprender sus cau-

sas profundas y quienes abogaron por una solución negociada a la guerra civil. Hasta Estados Unidos comenzó a reevaluar su postura. La disolución de la amenaza soviética permitió que un nuevo gobierno republicano en Estados Unidos encabezado por George H.W. Bush (1988-1992) reconsiderara la necesidad de seguir tan involucrado en Centroamérica. Los funcionarios de la embajada estadounidense en San Salvador comenzaron a referirse a una paz negociada. En El Salvador, el ejército tuvo que convenirse de que una victoria militar escapaba a sus reales posibilidades, mientras que la clase empresarial se estaba cansando de los costos económicos de una guerra civil. En resumidas cuentas, una solución negociada se tornó posible. A partir de iniciativas tomadas por otros presidentes centroamericanos y con la ayuda de Naciones Unidas, el gobierno salvadoreño y los dirigentes del FMLN negociaron el fin de la guerra y firmaron un acuerdo de paz en la ciudad de México en enero de 1992. El FMLN se convirtió en un partido político y el ejército fue reorganizado. La actividad política en El Salvador entró en una nueva etapa de elecciones libres y debate político abierto, pero la década anterior de violencia dejó un legado de trauma y desconfianza y las desigualdades económicas seguían caracterizando a la sociedad salvadoreña.³²

Es interesante que el comunismo se ha mantenido como un componente significativo del debate político nacional desde el fin de la guerra. ARENA sigue acusando a sus opositores del FMLN de ser comunistas y lacayos de Fidel Castro, aún cuando la mayoría de sus integrantes eran moderados desde un comienzo o han asumido posturas ideológicas de centro más recientemente. Es cierto que una facción de duros sigue teniendo protagonismo dentro del FMLN, tal como se pudo observar en 2004 con la candidatura presidencial de Shafik Handal (1930-2006), antiguo secretario general del Partido Comunista y comandante guerrillero durante la guerra. La importancia que le siguen atribuyendo los salvadoreños al comunismo puede explicarse, en parte, por el hecho de que ARENA y el FMLN fueron contrincantes durante la guerra, de tal manera que, sus respectivos miembros llevan consigo los recuerdos institucionales – y a veces profundamente personales – del conflicto. Pero la importancia persistente del comunismo se explica por el legado de 1932, que sigue incidiendo en la política salvadoreña de maneras muy particulares y poderosas. En tanto se expande la

ola de la globalización del siglo XXI, los formuladores de política en El Salvador se enfrentan a una serie de retos nuevos cuando intentan alcanzar la ansiada meta de sacar a la mayoría de la población salvadoreña de la pobreza e incorporarlos plenamente a una participación política. En semejante entorno, las memorias de 1932 seguirán teniendo mucha relevancia, aún cuando las referencias al comunismo se atenúen en el debate político.

Conclusión

Los acontecimientos de 1932 fueron una expresión trágica en extremo del conflicto ancestral originado en las desigualdades, la exclusión política y la incapacidad de organizar una economía en El Salvador capaz de asegurar el bienestar a todos sus ciudadanos. Estos asuntos tienen profundas raíces históricas y han estado presentes durante toda la agitada historia de El Salvador. Después de 1932, estos conflictos fundamentales fueron reconfigurados por el Estado en términos de una lucha contra el comunismo. Años antes de que la Guerra Fría comenzara en serio en el resto del mundo, la clase gobernante salvadoreña había adquirido una aversión visceral a cualquier amenaza a su supremacía, ya fuera de sus subordinados raciales o de los comunistas. Después de 1932, el espectro de una insurrección popular se confundió con un anticomunismo emergente para darle sustento a un régimen autoritario producto de una alianza entre el ejército y las elites económicas.

¹ Pueden verse los escritos sobre la conquista y la esclavitud colonial de MacLeod, *Spanish Central America*; Sherman, *Forced native labor*; Adams, “The conquest tradition of Meso-America”, pp. 114-136; Browning, *El Salvador: La tierra y el hombre*; y Ministerio de Educación, *Historia de El Salvador*, vol. 1.

² La economía colonial es analizada por Fernández, *Pintando el mundo de azul*; Wortman, *Government and society*; y Martínez-Peñate, *El Salvador: Historia general*.

³ Los temas de la etnicidad y la construcción de identidades raciales durante la era colonial son abordados por Gómez y Herrera, *Mestizaje, poder y sociedad*.

⁴ Los temas de la religión y las cofradías durante la colonia pueden estudiarse en MacLeod, *Spanish Central America*; Browning, *El Salvador: La tierra y el hombre*; y Ministerio de Educación, *Historia de El Salvador*, vol. 1.

⁵ La tenencia de la tierra durante la era colonial es analizada por MacLeod, *Spanish Central America*; Browning, *El Salvador*; y Ministerio de Educación, *Historia de El Salvador*, vol. 1.

⁶ La descentralización administrativa y burocrática durante la época colonial es analizada por Wortman, *Government and society*.

⁷ Una panorámica de la era napoleónica en lo que concierne a España y el imperio español se encuentra en Lynch, *Revolutions in spanish America* y Adleman, *Sovereignty and revolution in the iberian Atlantic*.

⁸ La independencia de El Salvador y el período de la Federación son analizados por Lynch, *Revolutions in spanish America*, pp. 333-40; M. Rodríguez, *The Cádiz experiment in Central America*; Turcios, *Los primeros patriotas*; y Ministerio de Educación, *Historia de El Salvador*, vol. I, capítulo 11.

⁹ La economía del siglo XIX y la tenencia de la tierra pueden estudiarse en Lindo-Fuentes, *La economía de El Salvador en el siglo XIX*; Lauria, *Una república agraria*; Gudmunson y Lindo-Fuentes, *Central America 1821-1871*; y Ministerio de Educación, *Historia de El Salvador*, vol. II.

¹⁰ Los decretos de privatización y su impacto sobre la tierra y las relaciones de trabajo en el occidente de El Salvador son abordados en Lauria, *Una república agraria*.

¹¹ Sobre la política de fines del siglo XIX y comienzos del XX pueden consultarse P. Alvarenga, *Cultura y ética de la violencia*; Patricia Alvarenga, “Los indígenas y el Estado”, pp. 363-394; Ching, “From clientelism to militarism”; y Holden, *Armies without nations*.

¹² El período inmediatamente anterior a la insurrección de 1932 es analizado por Anderson, *El Salvador, 1932*; y Greib, “The U.S. and the rise of Maximiliano Hernández Martínez”, pp. 151-172.

¹³ Los regímenes militares en El Salvador han sido estudiados por Williams y Walter, *Militarization and demilitarization*; Stanley, *The protection racket state*; Castro Morán, *Función política del ejército salvadoreño*; Ministerio de Educación, *Historia de El Salvador*, vol. II; Guevara, “Military justice and social control in El Salvador”; y Cáceres, Jorge, “Discourses of reformism”.

¹⁴ Sobre la política durante los años de Hernández-Martínez pueden consultarse Luna, “Análisis de una dictadura fascista latinoamericana”; Castellanos, *El Salvador 1930-1960*; Ching, “Patronage and politics”, pp. 50-70; Ching y Tilley, “Indians, the military and the rebellion of 1932 in El Salvador”, Véase también la traducción de ese trabajo en el capítulo dos de Ching, *Las masas, la matanza y el martinato*; Elam, “Appeal to arms”; Astilla, “The Martínez era”; y Williams y Walter, *Militarization and demilitarization*. El tema de la etnicidad durante la era de Martínez, especialmente, en lo que se refiere a los registros de nacimientos, puede verse en Tilley, *Seeing indians*.

¹⁵ Las políticas económicas durante el gobierno de Hernández Martínez pueden conocerse en Luna, “Análisis de una dictadura”; y Bulmer-Thomas, *The political economy of Central America*.

¹⁶ Para conocer sobre las excentricidades de Hernández-Martínez, puede verse la entrevista que le hizo el periodista canadiense William Krehm pocos días antes de su derrocamiento, en Krehm, *Democracias y tiranías en el Caribe*; también puede consultarse a Astilla, “The Martínez era”.

¹⁷ El derrocamiento de Martínez es analizado por Parkman, *Insurrección no violenta en El Salvador. La década de 1940 en Latinoamérica y el impacto de la Segunda Guerra Mundial*, especialmente, en lo que se refiere a la democracia, puede estudiarse en Rock, *Latin America in the 1940's*; y Bethell y Roxborough, *Latin America*.

¹⁸ La política durante los años de 1944 a 1948 es analizada por Cáceres, “Discourses of reformism”; y Ministerio de Educación, *Historia de El Salvador*, vol. II.

¹⁹ La “revolución” de 1948 y la constitución de 1950 son analizadas por Turcios, *Autoritarismo y modernización*; Cáceres, “Discourses of reformism”; y Gallardo, *Las constituciones de El Salvador*.

²⁰ En relación a los gobiernos de Osorio y Lemus, véase a Turcios, *Autoritarismo y modernización*; Cáceres, “Discourses of reformism”; y Griffith y Gates, “A state's gendered response to political instability”, pp. 248-292; y Guevara, “Military justice and social control”.

²¹ El impacto de la Revolución Cubana en la diplomacia y la política en todo el Hemisferio Occidental es tratado por Wright, *Latin America in the era of the cuban revolution*.

²² Una panorámica de la década de 1960 puede encontrarse en Valle, *Siembra de vientos*; Véase también, Ramírez, “El discurso anticomunista”.

²³ La “guerra del fútbol” es estudiada por Anderson, *La guerra de los desposeídos*; Durham, *Escasez y sobrevivencia*; y Jiménez Pérez, *La guerra no fue de fútbol*.

²⁴ La lucha entre facciones hacia fines de la década de 1960 y comienzos de 1970 es analizada por Valle, Siembra de vientos; Cienfuegos, Crónica entre los espejos; Prisk, The comandante speaks; y Hamecker, Con la mirada en alto.

²⁵ Nairn, “Behind the death squads”.

²⁶ ORDEN y algunos de los primeros escuadrones de la muerte en la década de 1960, tales como “la mano blanca”, son analizados por Valle, Siembra de vientos. Otras descripciones y análisis de los escuadrones se encuentran en Armstrong y Shenk, El Salvador: El rostro de la revolución; Americas Watch Committee, Analysis of the Department of State; Amnesty International, El Salvador: ‘Death squads’; y Dickey, “Behind the death squads”.

²⁷ Una buena descripción de las etapas iniciales de la teología de la liberación entre el pueblo y la respuesta de los paramilitares se encuentra en Alas, Iglesia, tierra y lucha campesina.


²⁸ La política de la década de 1970, incluyendo las dos elecciones presidenciales de 1972 y 1977, el desarrollo de la movilización de masas y las juntas de 1979-1981, puede estudiarse en Dunkerley, The long war; Duarte, Duarte: My story; Webre, Jose Napoleon Duarte; y Menjívar, Tiempos de locura. El tema de la teología de la liberación es tratado por Berryman, The religious roots of rebellion; Whitfield, Paying the price; y Dennis, Golden; Wright, Oscar Romero; y Ramírez, “El discurso anticomunista”.

²⁹ El fin del régimen de los Somoza y la Revolución Sandinista en Nicaragua puede conocerse en Kagan, Twilight Struggle; y Walker, Revolution and counterrevolution.

³⁰ Un análisis de la guerra civil en El Salvador se encuentra en Lauria y Binford, Landscapes of struggle, sección 2; Byrne, El Salvador’s Civil War; Montgomery, Revolution in El Salvador; Wood, Insurgent collective action; Dunkerley, The long war; Armstrong y Shenk, El Salvador; y Lungo Uclés y Keene, “El Salvador in the eighties”. La masacre de El Mozote es estudiada por Danner, Luciérnigas en El Mozote; y Binford, El Mozote: Vidas y memorias.

³¹ La política de Estados Unidos hacia El Salvador durante los años de la guerra es analizada por Diskin, The impact of U.S. policy; Leonard, Central America and the United States; y Bonner, Weakness and deceit. El tema de los movimientos sociales en Estados Unidos que se opusieron a la política de Washington es analizado por Gelbspan, Break-ins, death threats and the FBI; y North American Congress on Latin America, Central America.

³² Un análisis de la firma de los Acuerdos de Paz y la transformación del ejército se encuentra en Walter, Las fuerzas armadas y el acuerdo de paz. La muerte de los jesuitas es estudiada por Whitfield, Pagando el precio. Los costos humanos de la guerra son descritos en United Nations, De la locura a la esperanza; y America’s Watch, El Salvador’s decade of terror. Un análisis de algunos de los retos que enfrenta El Salvador en la post-guerra se encuentra en Popkin, Peace without justice; Lauria y Binford, Landscapes of struggle; y Tilley, Seeing indians.



CAPÍTULO 3

La vida y la obra de Roque Dalton anterior a Miguel Mármol obra de Roque Dalton anterior a Miguel Mármol

La memoria no es un término genérico de análisis sino que un objeto que termina siendo apropiado y politizado. O, lo que viene a ser lo mismo, nacionalizado, galenizado, estetizado, generizado, comprado y vendido.

– Matt Matsuda, *The Memory of the Modern*

Los acontecimientos de 1932 dejaron una marca indeleble en el resto del siglo XX de El Salvador. Los acontecimientos en si fueron importantes, pero también, lo fueron sus recuerdos y la manera en que diferentes recuerdos incidieron en las opiniones de las diversas personas. Se podría afirmar que ningún otro autor salvadoreño ha tenido más impacto en la memoria de 1932 que Roque Dalton, principalmente a través del escrito testimonial *Miguel Mármol*. Tal como ocurrió con muchos otros episodios de la vida de Dalton, un encuentro personal sin mayores pretensiones con un viejo comunista en un café en Praga se convirtió en un elemento central de la historia salvadoreña. Es necesario comprender la vida de Dalton para apreciar como su trayectoria personal se plasmó en la historia de su nación. El interés de Dalton por la historia no fue por una razón meramente académica. A su manera de ver, el estudio de la historia era un acto político, una precondition para darle forma al futuro. Quizás esta identificación personal con la historia es lo que le otorgó tanta resonancia a los escritos de Dalton.

Roque Dalton era todavía un hombre joven, de apenas treinta y un años, cuando conoció a Miguel Mármol en Praga en 1960. Pero para entonces ya había logrado muchas cosas y su vida apenas puede describirse

como insulsa. Ya era un connotado escritor que se movía cómodamente en círculos internacionales, un izquierdista comprometido con un largo historial de activismo político en El Salvador, y un historiador que había conjugado sus intereses políticos e intelectuales al redactar una versión alternativa de la historia salvadoreña que destacaba los acontecimientos de 1932. En otras palabras, cuando Dalton se dedicó a convertir sus notas manuscritas de las entrevistas con Mármol en la fluida narración testimonial que tenemos a mano hoy en día, sus perspectivas sobre la política, la historia y el arte ya estaban bien arraigadas.

Dalton fue un hombre brillante y complejo que vivió durante tiempos intensos. Quería comprender al mundo y mejorarlo, y dedicó su pensamiento y eventualmente su propia vida a la búsqueda de estos objetivos. Un estudio de las generaciones literarias e historiográficas que influyeron en los enfoques de Dalton sobre la historia de El Salvador y que le dieron forma a su visión sobre su futuro puede contribuir a una comprensión más profunda de su vida y obra hasta el momento de su encuentro con Mármol. Un análisis en esos términos de los inicios de su vida adulta también ofrece el contexto necesario para comprender la versión impresa de *Miguel Mármol*, especialmente cuando se compara con las notas manuscritas originales de Dalton en lo que se refiere a los hechos en cuestión.

Un repaso de la vida y la muerte de Roque Dalton

Roque Dalton nació fuera de matrimonio en 1935.¹ Su padre, Winnal Dalton, fue un exitoso hombre de negocios de ascendencia irlandesa originario de Texas que se trasladó a El Salvador a comienzos del siglo XX y se casó bien con una mujer de la elite. En tanto se le conocía por su tamaño pequeño y su considerable riqueza, la elite salvadoreña eventualmente adquirió el motete de “las catorce familias” en referencia a su condición de la oligarquía dominante del país. Las investigaciones más recientes indican que el número de familias que integraban este grupo era más cercano a doscientos, pero la referencia a catorce familias refleja la esencia de su existencia – una comunidad pequeña y aislada que protegía a sus integrantes y su riqueza mediante la endogamia y su afinidad a una visión conservadora del mundo.²



Roque Dalton tal y como aparece
en la foto del diploma de bachillerato,
1952

A pesar de que las familias de la elite promovían una estricta moral católica, algunos de sus miembros se vieron envueltos en aventuras amorosas, a menudo con personas de clase media o baja. En el segundo semestre de 1934, Winnal Dalton tuvo una relación amorosa con María García Medrano, una enfermera que lo cuidó después de que fuera herido en una reyerta con un banquero prominente. Roque nació nueve meses después.

De acuerdo a la costumbre en una sociedad católica muy conservadora, la ley establecía que los niños nacidos fuera de matrimonio fueran inscritos como ilegítimos en el registro civil. Roque tuvo una relación difícil y distante con su padre durante toda su vida. Vivió con su madre y utilizó su apellido materno durante su juventud. Pero Winnal no se olvidó de Roque del todo y le otorgó algún apoyo financiero y se preocupó de que asistiera a buenos colegios.

Con el apoyo de su padre, Roque se inscribió en el colegio de elite de los jesuitas, el Externado de San José. Las familias de la elite que optaban por no enviar a sus hijos a estudiar al exterior los matriculaban en el

Externado, que en aquellos tiempos era sólo para varones. Era una institución pequeña, cuyas promociones rara vez excedían los cincuenta estudiantes. En tanto estudió en el Externado, la vida de Roque se asemejó a la de otro famoso revolucionario latinoamericano, Fidel Castro, también un hijo ilegítimo que estudió en un colegio de elite regentado por jesuitas en Cuba. El estigma de la ilegitimidad acompañó a Roque en el colegio y lo separó del resto de sus compañeros. Si bien es cierto que todos los estudiantes del Externado vestían el mismo uniforme y recibían la misma formación, la sociedad de la elite salvadoreña se esmeraba en instruir a sus miembros, incluso a sus niños, en el arte sutil – a veces no muy sutil – de la diferenciación social. Como hijo de una mujer pobre y soltera, Roque se sintió alienado frente a aquellos que lo rodeaban. Escribió sobre sus recuerdos incómodos del Externado en un ensayo del año 1963 cuando se encontraba en Cuba en uno de sus tantos exilios: “Los largos años en el colegio jesuita, el desarrollo de mi primera juventud en el seno de la chata burguesía salvadoreña, el apegamiento a formas de vida irresponsables, alejadas con santo horror del sacrificio o de los problemas esenciales de la época, han dejado en mí sus marcas, sus cicatrices que aún ahora duelen.”³ Sin embargo, Roque estaba dotado de una inteligencia aguda y de una natural facilidad de redacción que le proporcionaron un escape. Sus maestros en el Externado – especialmente uno de sus profesores de literatura, el apacible jesuita Alfonso María Landarech – detectaron su talento. Landarech incentivó al joven Roque, a quien describió más tarde como “el mejor poeta lírico del país”.⁴

Dalton se graduó del Externado en 1952, todavía ingenuo en lo político y conservador en lo religioso. Sin embargo, una beca de los jesuitas y el apoyo financiero de su padre le permitieron emprender un viaje que lo transformaría y lo colocaría en la senda del radicalismo político. En 1953, viajó a Santiago de Chile para estudiar leyes. Allí absorbió la poesía chilena, especialmente la de poetas políticamente activos como Pablo Neruda. En cierto momento, asistió al Congreso Latinoamericano de Cultura, donde tuvo la oportunidad de conocer a Neruda, así como al muralista mexicano Diego Rivera. Estos encuentros fortuitos con artistas de fama mundial contribuyeron mucho a conformar la visión política y artística de Dalton. Rivera supuestamente le dijo a Dalton, “él me preguntó, con aque-

lla cosa exuberante que tenía, que cuántos años tenía yo. Yo le dije que dieciocho, entonces me preguntó si había leído marxismo, entonces yo le dije que no, entonces me dijo que tenía dieciocho años de ser un imbécil, y entonces me echó”, lo cual persuadió a Dalton a leer de inmediato algunas obras de Carlos Marx.⁵ Semejantes influencias llevaron a Dalton a transformar el catolicismo de su juventud en radicalismo ideológico y a conjugar su arte con la política. Dalton aclararía después que se interesó en el comunismo gracias a la poesía. En una de sus primeras poesías, escrita poco después de su retorno de Chile, rindió homenaje a la olvidada rebelión indígena que encabezó Anastasio Aquino en 1833 en El Salvador. La métrica del verso se ajusta estrictamente al estilo nerudiano:

Tu pie descalzo ante la dura tierra: barro en el barro.
Tu rostro unánime ante el pueblo: sangre en la sangre.
Tu voz viril ante el pueblo: grito en el grito.⁶

La referencia que hace la poesía a las luchas de campesinos y pueblos nativos llamó la atención de los lectores del periódico en que apareció originalmente, *El Independiente*. El poema resultó característico del resto de la vida artística de Dalton, en la cual el arte y la política, elementos inseparables, se reforzaron mutuamente.

Dalton volvió a El Salvador desde Chile en 1954 para continuar con sus estudios en leyes en la Universidad de El Salvador, la única universidad pública del país. Allí se involucró en asociaciones literarias y políticas, como el Círculo Literario Universitario, que fundó junto con otro joven poeta guatemalteco, Otto René Castillo, cuya muerte posterior en una cárcel guatemalteca proporcionaría a Dalton el modelo del artista comprometido políticamente. Dalton también escribió en periódicos estudiantiles, como *Opinión Estudiantil* y *La Jodarria*. Hacia fines de la década de 1950, Dalton ya era persona conocida en tanto sus escritos aparecían en la prensa local. Era parte de un grupo de artistas jóvenes que militaba en la política y que rechazaba el estilo literario “regionalista” que estaba en boga entonces. Dalton y sus colegas creían que el regionalismo era simplista y que presentaba una visión idealizada del campo y sus habitantes empobrecidos para consumo de las elites urbanas. Creían que el arte debía rechazar las imáge-

nes asépticas y comprometerse políticamente al exponer las duras realidades de la sociedad salvadoreña.

En 1957 Dalton viajó a la Unión Soviética en representación de estudiantes salvadoreños para asistir a dos eventos patrocinados por el movimiento comunista, el Cuarto Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes por la Paz y la Amistad. Cuando volvió a El Salvador, se inscribió en el Partido Comunista Salvadoreño. Durante el resto de su vida, insistiría en que su arte y su militancia política eran interdependientes. En el ensayo escrito en Cuba en 1963, Dalton resumió la relación entre su arte y la política: “He dicho que soy un poeta que en lo referente a la militancia política, actúo dentro de las filas del Partido Comunista”.⁷ Pero Dalton también conservó un sentido de la ironía y el humor que marcó su estilo artístico. Se describió a sí mismo como “marxista y me como las uñas”.⁸ Más tarde, en un muy conocido poema, comparó su militancia política inicial en el partido con las creencias religiosas de su niñez: “La militancia en el Partido Comunista como la participación en un nuevo tipo de Cuerpo Místico, jalonado de acciones *In Majorem Dei Gloriam*”.⁹

Si la imagen popular de un militante comunista que vive bajo un régimen autoritario represivo es el de la persona serena de inclinaciones ascéticas, la figura de Dalton no encajaría. Si bien es cierto que su compromiso con los ideales de la revolución era incuestionable, a Dalton le deleitaban las reuniones sociales, las tertulias y el buen trago. Durante sus viajes internacionales, llegó a conocer a muchos de los más connotados artistas e intelectuales latinoamericanos y se movía con soltura en sus círculos. Por encima de todo, siguió siendo un artista que apreciaba lo sublime y que se atrevía a destacar la importancia de principios tan idealizados como la belleza. En su ensayo cubano de 1963, enunció planteamientos atrevidos sobre la belleza y la expresión artística que más adelante lo pondrían en aprietos. Afirmó que “la esencia misma de la poesía [es] la belleza [...] la belleza es cuestión de la esencia misma de la poesía” e insistió que sus compatriotas, y especialmente sus compañeros de la izquierda, no debían perder de vista la belleza sutil que les rodeaba: “El poeta —y por lo tanto el poeta comunista— deberá expresar toda la vida: la lucha del proletariado, la belleza de las catedrales que nos dejó la Colonia española, la maravilla del acto sexual, los cuentos temblorosos que llenaron nuestra niñez, las profe-

cías sobre el futuro feraz que nos anuncian los grandes símbolos del día [...] El poeta, el creador artístico, debe contribuir en el más alto grado a la formación cultural de todos los miembros del Partido”.¹⁰ Estas no eran las preocupaciones normales de muchos de sus coetáneos radicales, para quienes el mundo se comprendía a través de un estricto determinismo económico marxista. Pero Dalton insistía que era obligación del poeta comunista “Asegurarse que el Secretario Administrativo del Comité Central del Partido comunista, ame por ejemplo, a San Juan de la Cruz, a Henri Michaux o a San John Perse”.¹¹ Bajo ciertas condiciones, como la vida clandestina de un combatiente guerrillero cazado por los cuerpos de seguridad del Estado, semejantes puntos de vista eran riesgosos. Es poco probable que hayan sido recibidos con agrado por los dirigentes del partido quienes luchaban desesperadamente por mantenerse con vida y que creían en una estricta disciplina. Pero así era Dalton – un poeta y un revolucionario.

El activismo político de Dalton lo llevó a la cárcel en repetidas ocasiones. En diciembre de 1959, fue capturado bajo sospecha de haber organizado unas protestas estudiantiles en contra del gobierno. En esos tiempos el gobierno del coronel José María Lemus endurecía sus posturas frente a los estudiantes de la Universidad de El Salvador, a quienes consideraba agitadores y principales instigadores del malestar social. Después de su excarcelación a comienzos de 1960, Dalton echó mano de sus conocimientos de las leyes para luchar contra la injusticia. Organizó a estudiantes de derecho para que defendieran a presos comunes que seguían presos sin haber sido sentenciados. Fungió como fiscal particular en contra de dos comandantes de policía acusados de torturas y asesinatos. El activismo persistente de Dalton no le cayó en gracia a régimen de Lemus, que se sintió acosado por la oposición. En septiembre de 1960, el ejército ocupó la universidad después de dispararle a una manifestación de estudiantes el día de la independencia, el 15 de septiembre. Dalton fue capturado en octubre, cuando se encontraba escondido con su esposa, sus guardaespaldas y un libro del poeta cubano Nicolás Guillén, que el ejército calificó de propaganda comunista. Un golpe de Estado encabezado por elementos reformistas que derrocó a Lemus poco después conllevó la puesta en libertad de muchos presos políticos, incluyendo a Dalton. Pero un contragolpe conservador en enero de 1961 encabezado por el denominado Directorio Cívico

Militar produjo nuevas represalias contra los activistas políticos. Dalton decidió que ya no había nada que hacer y se fue al exilio en México con su familia.

Mientras permaneció en México, Dalton publicó su primera colección de poemas, *La venta en el rostro* (1962). Un año más tarde viajó a Cuba, donde la revolución de Fidel Castro cumplía apenas cuatro años. Allí publicó cuatro libros de literatura, *El mar* (1962), *El turno del ofendido* (1962), *César Vallejo* (1963), y *Los testimonios* (1964), y dos libros de historia, *El Salvador* (1963) y *El Salvador: Monografía* (1965).



Roque Dalton en los brazos de simpatizantes luego de ser liberado de prisión en El Salvador, alrededor de 1960

Su poesía le ganó un reconocimiento como uno de los más importantes poetas revolucionarios de Latinoamérica, lo que le permitió trabajar en Casa de las Américas, una de las más importantes editoriales de Latinoamérica. El tiempo que Dalton pasó en México y Cuba revelaría uno de los rasgos de su persona que lo acompañaría el resto de su vida: Una producción artística prodigiosa mientras se encontraba entregado al activismo político en medio del exilio y la dislocación. En retrospectiva, tanto la cantidad como la calidad de la obra de Dalton bajo circunstancias tan

complicadas son notables. Años después, Dalton reflexionó sobre los retos del escritor en medio del exilio y la persecución política: “Desde hace algunos años siempre me propuse escribir de prisa, como si supiera que me van a matar al día siguiente....Es terriblemente ridículo ser un escritor salvadoreño, y tal vez lo sea sólo por la haraganería y el egoísmo nacional”.¹²

En 1963, Dalton volvió a El Salvador, una decisión errada con un desenlace casi catastrófico. Ya era un comunista reconocido buscado por el gobierno militar de turno. Vivió en la clandestinidad por un tiempo pero cayó eventualmente en manos del gobierno y fue encarcelado de nuevo. Es posible que haya seguido preso por años, y hasta pudo haber sido ejecutado a no ser por su fuga.



Encabezado del periódico salvadoreño *El Diario de Hoy* del 30 de octubre de 1964, anunciando la fuga de prisión de Dalton

La manera en que se escapó todavía no es clara. La inmortalizó en el último capítulo de su novela autobiográfica, *Pobrecito poeta que era yo...*,

cuando afirmó que un potente terremoto sacudió San Salvador y dañó las paredes de la cárcel, lo que le permitió escapar. Pero su fuga parece haber ocurrido antes de lo afirmado en la novela, tal como se aprecia en el titular de periódico de fines de 1964 que dio cuenta del hecho. Es más, no existe información sobre un terremoto que haya golpeado la región (Cojutepeque) donde se encontraba preso. Es probable que haya echado mano de licencia artística con la versión que aparece en *Pobrecito*; no obstante, los detalles de su fuga siguen en el misterio.

Después de su fuga, Dalton sabiamente se exilió de nuevo, esta vez en Praga, Checoslovaquia, donde trabajó para una revista de izquierda, *Revista Internacional*, de 1966 y 1967. Este fue un período difícil de su vida, caracterizado por carencias de dinero, discordias maritales, una brutal y misteriosa paliza en Praga a manos de unos matones, y alienación de la gente y la tierra de su patria. Fue en Praga, en la noche antes de su trigésimo primer cumpleaños, que se encontró por casualidad con Miguel Mármol en un restaurante. Dalton describió el encuentro como un escape “de lo europeo” y un retorno al país de su juventud donde recuperaría el “cielo-infierno de donde nacieron mis ideales revolucionarios (espacio-tiempo histórico, intelectual y sentimental —¿por qué no?— cuya realidad de impactarme había estado durmiendo un pesado sueño invernal durante el último año)”.¹³ Dalton y Mármol se reunieron repetidamente durante las siguientes dos semanas, tiempo que aprovechó Dalton para recopilar la historia de vida del anciano comunista en una serie de notas manuscritas. Después de despedirse, Dalton se dio cuenta de que la historia de Mármol tenía potencial literario y político, pero todavía no estaba seguro de cómo presentarla, si como una novela histórica, una biografía, un testimonio, u otra cosa.

Después de su retorno a La Habana en 1967, Dalton combinó la producción literaria con el activismo político. Su poesía y su narrativa lo hicieron famoso, como lo demuestra el premio en la rama de poesía que le otorgó Casa de las Américas en 1969 por *Taberna y otros lugares* (1969), que había escrito en Praga. Posteriormente, Dalton se dedicó a escribir intensamente. Mientras completaba *Miguel Mármol* en forma de testimonio en primera persona (publicado en 1972), también escribió un libro collage, *Un libro levemente odioso*, su popular *Historias prohibidas del Pulgarcito*, y su novela autobiográfica *Pobrecito poeta que era yo...*

Este período de intensa producción literaria también lo fue de profunda reflexión política para Dalton. Ante la línea oficial del Partido Comunista de El Salvador que planteaba que El Salvador no estaba listo para una revolución, Dalton se radicalizó y comenzó a contemplar la posibilidad de lanzar una insurrección guerrillera de inmediato para derrocar al régimen militar represivo que había gobernado al país por más de cuatro décadas. En este sentido, Dalton pensó que imitaba el modelo de la Revolución Cubana y, especialmente, de su héroe Che Guevara, quien había partido a Bolivia en 1967 y que murió en su intento de propagar la revolución en todo el continente suramericano. Dalton se separó del Partido Comunista de El Salvador en 1974 y se unió a las filas de un nuevo grupo guerrillero, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), que se había escindido del Partido Comunista en 1972 a causa de varias cuestiones ideológicas, pero especialmente, acerca de la forma y el momento oportuno para lanzar la insurrección. Los líderes del ERP se identificaron con la creencia de Mao Zedong de que “el poder nace del fusil” y se propusieron llevar adelante la lucha armada. Como parte de su preparación para volver a El Salvador y unirse a la causa, Dalton visitó al mismo cirujano plástico que había cambiado la faz del Che Guevara antes de su partida a Bolivia. Con su nueva cara y un espíritu combativo, Dalton ingresó a El Salvador el día de Navidad de 1974 y comenzó así la última etapa de su corta vida.

Dalton no se destacó como combatiente. Las exigencias del entrenamiento militar superaban su condición física y no le prestó mucha atención a la estricta disciplina que se esperaba de un rebelde clandestino. No obstante, se mantuvo comprometido políticamente y era querido por la mayoría de sus camaradas, exceptuando a ciertos dirigentes del ERP. Una combinación de disputas ideológicas dentro del ERP, de acusaciones de indisciplina contra Dalton y hasta insinuaciones de que era un agente de la CIA, culminaron en un juicio en que la dirigencia del ERP acusó a Dalton de traición y lo condenó a muerte en mayo de 1975, apenas unos días antes de cumplir cuarenta años. Poco antes de su regreso a El Salvador, Dalton escribió un poema extraño titulado “Lógica reví” en el que anticipa lo que habría de pasarle. El poema defiende el derecho de una camarada izquierdista de estar en desacuerdo con sus superiores sin que se le acusara de traición. Dalton identificó dos casos de lógica revisionista: “Una crítica al

Partido Comunista Salvadoreño/sólo la puede hacer un agente de la CIA” y “una autocrítica equivale al suicidio”.¹⁴ Cuán irónico que Dalton haya sido asesinado por el grupo al cual se unió a causa de sus críticas al Partido Comunista.

La muerte de Dalton se convirtió en una causa célebre entre los intelectuales latinoamericanos. Algunos se mostraron escandalizados ante el hecho de un prestigioso poeta de izquierda asesinado por sus congéneres revolucionarios. Otros destacaron el asunto para atacar a los grupos políticos de izquierda como organizaciones peligrosas de pistoleros que actuaban a manera de Saturnos modernos que devoraban a su prole. Hasta la fecha, la muerte de Dalton está envuelta en el misterio y sus restos nunca han sido encontrados. Una de las crónicas más confiables sobre los últimos días de Dalton es la de Fermán Cienfuegos, en ese entonces segundo al mando del ERP quien defendió a Dalton durante el juicio interno que se le siguió.¹⁵ Afirma que le fue imposible imponerse a la irracionalidad y la paranoia de los otros tres líderes, especialmente del comandante más importante en ese momento, Alejandro Rivas Mira.¹⁶ Sintiéndose frustrados y convencidos de que sus camaradas habían perdido todo sentido de perspectiva, Cienfuegos y un puñado de otros integrantes del ERP se escindieron y crearon otro grupo guerrillero, la Resistencia Nacional (RN), el 1 de mayo de 1975. Cienfuegos ha dicho que le rogó a Dalton que lo acompañara, que él y sus compañeros lo liberarían de su cautiverio, pero Dalton rehusó, insistiendo que sus camaradas en el ERP lo declararían inocente. Unos días después, Dalton estaba muerto. Las circunstancias de su muerte han creado un aura de tragedia en torno a su figura. La admiración por sus escritos ha aumentado sin cesar, y muchos consideran que es una de las figuras literarias más importantes de Latinoamérica. De todos sus escritos, el producto de esa legendaria entrevista con Miguel Mármol en Praga en 1966 sigue siendo una de las más leídas e influyentes. Ha dado forma a la conciencia colectiva sobre 1932 de varias generaciones de salvadoreños.

Dalton y la Generación Comprometida

La creencia de Dalton de que el arte y la política eran mutuamente dependientes tuvo mucho que ver con su pertenencia a un grupo de artis-

tas jóvenes involucrados en la política que llegaron a conocerse eventualmente como la Generación Comprometida. La mayor parte de los miembros del grupo nacieron entre 1930 y 1933, es decir, en tiempos de la Matanza, y compartieron la experiencia de crecer en un período agitado de la historia salvadoreña.¹⁷ En su novela autobiográfica *Pobrecito poeta que era yo...*, Dalton pone en boca de uno de los personajes principales un comentario sobre la conciencia difícil que se desarrolla al vivir en un país con un acontecimiento histórico como la Matanza: “Un país es otro país después que le matan 30 mil hombres en un par de semanas”.¹⁸ Otro integrante de la generación dijo que el grupo compartía una “actitud de protesta y rebeldía”. producto de la vida en “roto y vapuleado por motines y cuartelazos”, rodeado por “humillación, demagogia, corrupción política y administrativa, y un desgano, asco, indiferencia frente a las cosas del intelecto”.¹⁹

Los acontecimientos políticos en El Salvador y otras partes en la segunda mitad de la década de 1940 dieron forma a la conciencia de la generación de quinceañeros a la que perteneció Dalton. En la medida que la amenaza de las potencias del Eje se alejaba y las democracias triunfaban sobre los regímenes autoritarios en toda Latinoamérica, los años en torno a 1945 parecían plétóricos de buenas nuevas.²⁰ En El Salvador, el régimen de Martínez, que llevó a cabo la Matanza en 1932, se derrumbó en 1944 producto de la oposición de una amplia coalición de población urbana. En la vecina Guatemala, la larga dictadura de Ubico cayó casi al unísono en lo que llegó a denominarse “la Revolución de Octubre”. La caída de Ubico y la elección de Juan José Arévalo (1944-50), seguida por la de Jacobo Arbenz (1950-54), inspiró a la juventud comprometida políticamente en toda Latinoamérica, incluyendo a nadie menos que el Che Guevara, quien residió en Guatemala a comienzos de la década de 1950 antes de partir hacia México para unirse a Fidel Castro y su grupo de revolucionarios cubanos. Dalton también se inspiró en la experiencia guatemalteca, tal como se aprecia en un artículo que escribió más tarde sobre su gran amigo guatemalteco, Otto René Castillo: “El derrocamiento de la dictadura de Ubico y el inicio de la etapa democrática (gobiernos de Arévalo y Arbenz) cayeron como una ola sobre la niñez del futuro poeta y héroe revolucionario, y llenaron de estímulos político-sociales su vida circundante, sus años de la

primera educación, su adolescencia”.²¹ Dalton bien podría haberse estado refiriendo a si mismo y a sus colegas de la Generación Comprometida en El Salvador porque la Revolución de Octubre representó un momento de gran esperanza para la democracia en toda Centroamérica.

En El Salvador, los resultados políticos de 1944 fueron más ambivalentes que en la vecina Guatemala. En un inicio, la caída de Martínez pareció propicia para la instauración de un sistema político más abierto, pero los viejos poderes se resistían a desaparecer. Un golpe de Estado en octubre de 1944 hizo añicos las esperanzas de los reformadores democráticos que intentaban organizar unas elecciones libres. El golpe fue liderado por el antiguo jefe de la policía del gobierno de Martínez, el coronel Osmín Aguirre y Salinas, quien se erigió como presidente por un año (1944-45). Su gobierno reprimió brutalmente un contragolpe democrático y mató a muchos hombres poco mayores que Dalton en un enfrentamiento en el occidente de El Salvador. Unas elecciones amañadas poco después colocaron a otro militar en la silla presidencial, el general Salvador Castaneda Castro (1945-48). A su vez, Castaneda fue derrocado en otro golpe de Estado en 1948 cuando intentó reelegirse. En resumidas cuentas, los cuatro años posteriores a la caída de Martínez estuvieron plagados de peligros y sobresaltos.

El régimen que se instaló en 1948 se autodenominó “revolucionario” por considerarse un tipo de gobierno militar diferente, uno que defendería los intereses del pueblo llano y que modernizaría al país. A tal fin, redactó una nueva constitución en 1950 que contempló algunas medidas reformistas, incluyendo el voto para la mujer y la intervención del Estado en la actividad económica en defensa del bien común. La realidad se quedó muy corta en comparación a la retórica del régimen revolucionario. En vez de romper con el pasado, los jóvenes oficiales y civiles que llegaron al gobierno después de 1948 remozaron la norma imperante en El Salvador – una alianza informal entre el ejército y la elite que suprimía la participación popular. Fue en este entorno políticamente cargado que los integrantes de la Generación Comprometida egresaron del bachillerato e ingresaron a la Universidad de El Salvador. Tirso Canales, uno de los miembros de la generación, recuerda las memorables “luchas de las masas de trabajadores y de universitarios que efectuaban, en grandes y constantes manifestaciones

callejeras ante la Asamblea Legislativa Constituyente en 1950, exigiendo la promulgación de una Constitución avanzada que recogiera las reivindicaciones sentidas por el pueblo”.²²

Al momento que Roque Dalton y sus contemporáneos completaron su educación secundaria, su generación había vivido bajo una dictadura, un movimiento social que la derrocó, dos golpes de Estado, dos elecciones, y dos constituciones, al mismo tiempo que observaron el auge de la democracia en la vecina Guatemala. Tal como Dalton describió a Otto René Castillo, sus años formativos fueron llenados de “estímulos político-sociales” que influyeron poderosamente en su perspectiva sobre el mundo. Desarrollaron un sentido de lo posible, pensaron acerca de los problemas de su país, y buscaron ansiosamente las maneras en que podría cambiar para mejorar. Como estudiantes de secundaria, vieron cómo difundir sus ideas y fundaron una variedad de publicaciones literarias con nombres como “Alma Joven”, “Antorcha Literaria”, y “Perfiles”. Se consideraban a sí mismos como una generación particular con un mensaje nuevo, y el nombre Generación Comprometida, que recibieron años más tarde, reflejaba su creencia de que los intelectuales políticamente activos podrían determinar el futuro de un país.

Waldo Chávez Velasco, uno de los miembros fundadores de la generación, ha escrito sobre sus comienzos. De acuerdo a su versión, un grupo de diez o doce jóvenes, entre los quince y diez y siete años de edad, se juntaron en 1949 y se identificaron “como aspirantes a poetas y a escritores”. En esa ocasión, Chávez conoció a Irma Lanzas, estudiante de la Escuela Normal España, la escuela de formación de maestras. Chávez afirma que esta reunión condujo a la organización del primer grupo que se constituyó en la base de la Generación Comprometida. Según Chávez, el grupo tenía ideales políticos tremendos, pero también estaba imbuido de una exuberancia juvenil. En sus palabras:

Solicité una audiencia a la Señora Directora de la Escuela Normal España, a quien propuse fundar un Cenáculo de Iniciación Literaria, integrado por estudiantes que teníamos interés en las letras....La Directora aceptó con entusiasmo, con la condición de que las reuniones se efectuaran en el local educativo, porque, según me explicó, las alumnas no podían salir de la Escuela. La honorable dama no tuvo ni siquiera la más pequeña sospecha de que todo mi interés era ver, siquiera una vez por semana, a Irma”.²³

Chávez y Lanzas terminaron casándose.

Roque llegó tarde al grupo; era de los más jóvenes y había estado en Chile estudiando leyes. Cuando volvió a El Salvador en 1954, los cambios que experimentó en Chile su conciencia política lo llevaron a acercarse al grupo de escritores jóvenes rebeldes. El grupo original se complementaba, por no decir traslapaba, con el Círculo Literario Universitario que había fundado Dalton con otros en 1956.²⁴ El Círculo se convirtió en el principal cuerpo organizado del grupo dentro de la Universidad de El Salvador. Sus integrantes comenzaron de inmediato a publicar sus escritos, principalmente en las páginas literarias del periódico vespertino, *Diario Latino*.

En 1956, Ítalo López Vallecillos, uno de los que había estado presente en la reunión de 1949 y que pertenecía también al Círculo Literario Universitario, comenzó a publicar *Hoja*, una revista literaria. El primer número incluyó dos escritos de Roque Dalton, un poema y un editorial titulado “La Generación Comprometida”. En ese editorial se utilizó por primera vez la frase Generación Comprometida. Se ha dicho que fue López Vallecillos quien acuñó el apelativo y no Dalton, pero en todo caso, su aparición en público le otorgó personería a lo que muchos ya percibían como un movimiento literario emergente. En el editorial, Dalton definió el significado de un artista comprometido políticamente:

Para nosotros la literatura es esencialmente una función social. De allí que nuestro esfuerzo se cifre en contribuir a la mejora de la sociedad en que vivimos, a establecer un orden por medio del cual el hombre cambie de condición social, a la vez que modifique la idea que tiene de sí mismo.

Comprendemos que nuestra misión más elevada, en estos momentos de crisis, es aportar fe y entusiasmo a las fuerzas de la inteligencia. La “Generación Comprometida” sabe que la obra de arte tiene necesariamente que servir, que ser útil a la sociedad, al hombre de hoy.²⁵

Diversos acontecimientos políticos durante la segunda mitad de la década de 1950 inspiraron el llamado de Dalton al activismo político. En junio de 1954, la CIA apoyó un golpe de Estado que derrocó al presidente Jacobo Arbenz y puso fin repentinamente al joven experimento guatemal-

teco con la democracia. Las acusaciones de comunismo que utilizaron la CIA y sus confabulados en Guatemala en contra de Arbenz tuvieron eco en el entorno de guerra fría de esos tiempos, pero aun así muchos de los que criticaron al golpe afirmaron que Arbenz era a lo sumo un reformador moderado que buscaba modernizar el capitalismo en Guatemala en vez de crear un estado socialista. Las investigaciones más recientes le dan la razón a los que criticaron al golpe.²⁶ No obstante, el presidente salvadoreño, Oscar Osorio, apoyó el golpe, evidenciando todavía más la paradójica mezcla de populismo y represión de la “Revolución” de 1948.

La victoria de la Revolución Cubana en 1959, seguida poco después por la fracasada invasión de Bahía de Cochinos que Estados Unidos apoyó en 1961, fueron fuente de inspiración para el activismo político y el compromiso intelectual en El Salvador. Los que apoyaban el cambio revolucionario se inspiraron en Cuba y ansiaban que algo similar ocurriese en El Salvador. Sus adversarios anticomunistas se tornaron aún más temerosos y asumieron una postura aún más defensiva. El hecho de que los últimos años de la década de 1950 fueron de precios relativamente altos del café en El Salvador agudizó la confrontación. La prosperidad económica amplificó las desigualdades endémicas de la sociedad salvadoreña. Muchos jóvenes con inclinaciones literarias reaccionaron ante estos acontecimientos con un característico sentido de misión y una sed por el cambio. Difundieron los mensajes revolucionarios en sus escritos a la gente en las fábricas, en las construcciones y en los sindicatos pobres.²⁷

Los acontecimientos dramáticos de fines de la década de 1950 y comienzos de 1960, polarizaron a la sociedad salvadoreña y comenzaron a perfilar las líneas del enfrentamiento que desembocaría en la guerra civil de la década de 1980. Los historiadores de la literatura han utilizado la frase “Generación Comprometida” como una forma de englobar a los miembros del grupo que supuestamente compartían una postura revolucionaria de izquierda. Esta percepción se complica por el hecho de que los más izquierdistas del grupo, Roque Dalton y Manlio Argueta, entre otros, eran personas muy conocidas, lo que opacó a los miembros de pensamiento más de derecha. El mismo Tirso Canales, quien describe por lo general a la Generación Comprometida como un paradigma de activismo de izquierda, reconoció que existió una gama de posiciones políticas entre sus inte-

grantes.²⁸ Los miembros de la Generación Comprometida compartían la creencia de que los artistas e intelectuales podían cambiar su sociedad, pero reaccionaron ante los acontecimientos sociopolíticos de fines de la década de 1950 y comienzos de 1960 de manera fragmentada, al igual que el resto de la sociedad salvadoreña. En un extremo del espectro, estaban miembros como Dalton, que se comprometió con el cambio revolucionario y vivió en la clandestinidad en El Salvador o en el exilio, y hasta cambió su apariencia física para unirse a una guerra de guerrillas. Otros miembros vivieron en relativa calma en El Salvador, publicando suplementos literarios, actuando en el teatro o trabajando como periodistas. Otros emigraron y se distanciaron del todo de la crisis política en la que se hundía El Salvador. Uno de los integrantes llegó a ser rector de la Universidad de El Salvador, ganó el Premio Nacional de Cultura dos veces, y en la actualidad, es miembro de la Corte Suprema de Justicia. En el extremo más conservador se encontraba Waldo Chávez Velasco, quien aceptó una beca del gobierno para estudiar en Europa en la década de 1950 y convertirse eventualmente en ministro de información de uno de los gobiernos militares. Su esposa, Irma Lanzas, una de las participantes en la reunión en la Escuela Normal en 1949, dirigió el controvertido programa de Televisión Educativa a fines de la década de 1960 que recibió el respaldo de la Alianza para el Progreso.²⁹

La mayor parte de las crónicas sobre la Generación Comprometida insisten en que sus integrantes rechazaron la obra de autores salvadoreños anteriores y que se inspiraron en los escritores y artistas de izquierda de otros países latinoamericanos, como el chileno Pablo Neruda. Dalton respaldó dicha impresión cuando se refirió a la influencia en sus escritos de “Nazim Hikmet, Miguel Hernández, César Vallejo... [y] Pablo Neruda”.³⁰ Un salvadoreño que según dicen tuvo influencia en la Generación Comprometida fue Pedro Geoffroy Rivas (1908-1979), quien había vivido en el exilio durante años y cuya poesía con frecuencia se refería a temas radicales. Uno de sus poemas, por ejemplo, fue dedicado a Farabundo Martí, el dirigente izquierdista fusilado en 1932.³¹ De hecho, todos los integrantes de la Generación Comprometida se inspiraron en el pasado literario de El Salvador, especialmente aquellos que se inclinaron hacia la derecha política como parte de su orientación nacionalista.

La diversidad ideológica de la Generación Comprometida deja en claro que la simple pertenencia al grupo difícilmente explica el corpus de la obra de un autor. Roque Dalton fue miembro, y si bien es cierto que contribuyó a formar la identidad del grupo, también la trascendió. Cuando se encontraba escribiendo *Miguel Mármol*, su idea de un intelectual comprometido era de aquel que estaba a favor de la insurrección armada. Dalton enunció esta opinión en su aporte a *El intelectual y la sociedad*, un libro basado en una discusión que hubo en La Habana en 1969 cuando Dalton estaba trabajando el manuscrito de *Miguel Mármol*.³² Se preguntó:

¿Debo darle más importancia al trabajo de terminar mi importantísima novela o debo aceptar esta tarea peligrosa que me plantea el Partido, la guerrilla, el frente, y en ejecución de lo cual puedo perder, no mi precioso tiempo de dos meses sino todo el tiempo que se supone que me quedaba? ¿Debo hacer sonetos o dedicarme a estudiar las rebeliones campesinas?, ¿mi preoxida novela será un prontuario de mis prácticas sexuales — reales o imaginarias— o una trabajada sátira que demuestre gozosamente los mecanismos de la penetración imperialista en mi país?³³

Dalton respondió a estas interrogantes dedicándose a ser un artista y una revolucionario simultáneamente. Como revolucionario, mantuvo siempre su veta literaria; como artista, nunca abandonó su compromiso con la actividad política radical.

La historiografía salvadoreña en la época de Dalton

Roque Dalton creía que el conocimiento histórico permitía explicar cómo se había conformado la realidad presente y que, por lo tanto, cualquier activista político que era ignorante de la historia se encontraría en desventaja. Como escritor y activista, Dalton creía en el poder de las palabras, y reconoció que el contar una historia es un acto inherentemente político. Se dio cuenta de que ciertas versiones de la historia promueven una defensa del status quo mientras que otras versiones propician el cambio. En consecuencia, Dalton con frecuencia escogió asuntos históricos como temas de sus poesías. Como comunista comprometido, las ideas que manejaba Dalton sobre la historia se inclinaban hacia un determinismo econó-

mico marxista pero su identificación con el comunismo no le impidió apreciar la importancia de la contingencia histórica y la idea de que los pueblos tienen el poder para construir su mundo con base a sus particulares conceptualizaciones de su entorno.

En torno a 1960, Dalton comenzó el proyecto de elaborar una versión alternativa – y a su juicio más fiel – del pasado salvadoreño. La creencia de Dalton sobre la necesidad de una nueva historia se derivó de una lectura de las historias disponibles, las cuales encontró deficientes. Pero, como no tuvo acceso a fuentes documentales ni pudo realizar investigaciones por su cuenta, Dalton siguió dependiendo de la información que contenían los viejos libros. Por lo tanto, en la medida que le daba forma a una nueva historia de El Salvador, Dalton se vio obligado a depender de la historiografía existente aún cuando su objetivo declarado era corregirla.

Un análisis somero de los libros listados por la *Bibliografía histórica de El Salvador* para los años de 1951-1965 revela la gama limitada de estudios que estaban a disposición de Dalton.³⁴ Cerca de un 40 por ciento de los títulos habían sido publicados por la editorial del Estado, la Dirección de Publicaciones, lo que significaba que también tuvieron mayor difusión. La mitad de las publicaciones de la editorial del gobierno estaban dedicadas al estudio de los actores políticos del período de la independencia (1811-1839). El resto consistía mayormente de biografías de antiguos presidentes y ensayos sobre diversos temas patrióticos, tales como los símbolos de la nación. Algunas de las publicaciones fueron el producto de investigaciones asociadas con los concursos patrocinados por el Ministerio de Educación, parecidos a los que promovían los adalides de la Ilustración en Centroamérica hacia fines del siglo XVIII. Por ejemplo, como parte de las celebraciones del sesquicentenario del primer grito de independencia en 1811, el gobierno ofreció un premio al mejor ensayo sobre José Matías Delgado, uno de los más destacados integrantes del movimiento independentista. Los trabajos de los dos ganadores fueron publicados por la editorial del gobierno. Las únicas excepciones a esta historiografía tradicional auspiciada por el gobierno fueron, un libro sobre el líder rebelde indígena Anastasio Aquino y dos libros sobre el movimiento independentista que adoptaron nuevos enfoques; uno estudiaba el papel de las masas desde una perspectiva conservadora, mientras que el otro, analizaba el rol de los indígenas.

Una tercera parte de los libros de historia impresos por la Dirección de Publicaciones durante este período fueron de un solo autor, Jorge Lardé y Larín, quien pasó buena parte de su vida enseñando historia en la Escuela Militar. Casi toda su obra está dedicada a las hazañas de figuras heroicas o episodios de las gestas de la independencia y a proporcionar información histórica sobre las diversas regiones geográficas de El Salvador. Sus escritos apuntalaron los valores patrióticos tradicionales y la mitología convencional sobre el papel del Estado. Logró estos objetivos al sacar de contexto a los acontecimientos, limitar el uso de las fuentes, y seleccionar cuidadosamente a sus personajes históricos.

El patrón que estableció la Dirección de Publicaciones fue imitado por el Ministerio de Educación en su revista académica, *Cultura*. La mayoría de sus autores también lo eran de la Dirección, y sus escritos se referían a temas similares. Una omisión evidente en las listas de publicaciones de la Dirección y el Ministerio de Educación fue el año de 1932.

La única alternativa real a la historia producida por el gobierno era la Universidad de El Salvador. Si bien es cierto que era costeada por el Estado, la universidad gozaba de autonomía legal y se constituyó en el espacio natural para la expresión de voces disidentes. Entre 1963 y 1967, un nuevo rector, el doctor Fabio Castillo Figueroa, revitalizó la vida intelectual en el recinto universitario mediante el apoyo a sectores progresistas y prestando especial atención a los recursos bibliográficos y la editorial universitaria. El número de estudios históricos publicados por la universidad durante el período fue pequeño, alrededor de una décima parte de lo que publicó el gobierno. Pero las novedades que salieron de las prensas universitarias ofrecían perspectivas estimulantes en tanto abarcaban una variedad mayor de temas e introducían nuevas formas de interpretación. Entre las obras publicadas en aquellos tiempos se encuentran hitos como la interpretación sociológica de la independencia de Alejandro Dagoberto Marroquín y las actas del Seminario de Historia Contemporánea de Centroamérica, un evento que tuvo lugar en la universidad en 1963, en el cual, un grupo de científicos sociales se reunieron para discutir diversos temas históricos. Es notable que los acontecimientos de 1932 fueran incorporados a las discusiones y en la publicación de las actas del evento.

A la par de los nuevos libros publicados por la universidad, también, fueron publicados artículos en revistas universitarias, tales como la *Revista Salvadoreña de Ciencias Sociales* y *La Universidad*. En su conjunto, el material histórico producido por la Universidad de El Salvador a mediados de la década de 1960 dio inicio una tendencia revisionista de la historiografía salvadoreña a la cual se uniría Dalton. Los nuevos libros de la Universidad de El Salvador abarcaban muchos de los mismos temas que las historias tradicionales, pero, se diferencian de los primeros, en el sentido que los nuevos libros presentaban un conjunto diferente de héroes o al utilizar nuevos enfoques de historia social. Roque Dalton utilizaría grandemente los títulos publicados por la universidad cuando formuló su propia versión del pasado salvadoreño.

A pesar de este paréntesis de replanteamientos históricos en la Universidad de El Salvador a mediados de la década de 1960, los análisis de los acontecimientos de 1932 siguieron siendo escasos. Cuando Dalton finalmente se dedicó a escribir historia, uno de sus principales aportes sería el destacar la importancia de 1932, tal como se aprecia en su obra *Miguel Mármol*. Pero, como ya se dijo, no tuvo acceso a nueva documentación, por lo que, tuvo que depender de los estudios existentes. Cuando Dalton comenzó a escribir historia a comienzos de la década de 1960, apenas existían una media docena de trabajos sobre 1932. La mayoría había sido publicado fuera de El Salvador, y casi ninguno era un análisis serio escrito por un historiador profesional; entre la obra en cuestión se encontraban tres novelas y dos crónicas periodísticas. Con independencia de sus limitaciones, estas obras sobre 1932 tuvieron el mérito de mantener viva – y en los espacios públicos – la memoria de aquel año. Es más, sentaron las bases para la creación de la meta-narrativa de la causalidad comunista, a la cual *Miguel Mármol* contribuiría tanto. Por estas razones, es necesario examinar brevemente las obras en cuestión.

Las historias sobre 1932 en los tiempos de Dalton

La primera versión en forma de libro sobre 1932 ha sido una de las fuentes más influyentes. Casi todos los análisis posteriores se han nutrido abundantemente de esta obra, incluyendo el de Dalton, quien tenía copias

manuscritas de sus páginas entre el material que utilizó en la redacción de *Miguel Mármol*. El libro en cuestión se titula *Los sucesos comunistas en El Salvador*, escrito por Joaquín Méndez y publicado en San Salvador en marzo de 1932. Méndez fue un periodista que visitó la región occidental hacia fines de febrero y comienzos de marzo, pocos días después de que concluyera el grueso de la represión estatal. Durante su gira, Méndez observó las humeantes ruinas que dejó la violencia y visitó casi todos los municipios que participaron en la insurrección. Tomó abundantes fotografías y entrevistó a una gama extensa de testigos oculares y participantes, incluyendo a personas todavía encarceladas. Incluyó muchas transcripciones de estas entrevistas. Como su visita se hizo bajo los auspicios del gobierno y el ejército, la narrativa de Méndez es favorable a sus patrocinadores. No obstante, su libro sigue siendo el recuento más detallado de la insurrección. Logró hilvanar la secuencia de eventos, incluyendo los tiempos y el carácter de los ataques, la destrucción que ocasionaron, los nombres de las personas asesinadas y heridas, y las características de la contraofensiva de los militares.

Tal como lo sugiere el título del libro, Méndez supuso que la rebelión era fundamentalmente comunista. En todo el escrito se refirió a los rebeldes como comunistas y utilizó los términos “rebelde” y “comunista” de manera intercambiable. Incluyó frecuentes referencias a los rebeldes “lanzando vivas al comunismo” y los municipios ocupados como bajo “la bandera roja”.³⁵ Casi todos los informantes que Méndez decidió incluir describieron a los rebeldes como comunistas. Para citar un solo ejemplo, una mujer en Nahuizalco que vivió la insurrección le dijo, “Los comunistas iban a incendiar la iglesia...Esto es inexplicable, puesto que precisamente cuando entraron, y sin que se supiera quién lo hacía, se oyó que repicaban las campanas. Hay quiénes creen que el sacristán estaba de acuerdo con los comunistas, pero de esto nada puede decirse”.³⁶ Méndez también reprodujo algunos documentos que supuestamente les fueron quitados a los rebeldes que revelaron sus afinidades comunistas. Un documento de este tipo fue un volante del “Ejecutivo Rojo de Juayúa” dirigido a todas las “Organizaciones Revolucionarias Clasistas” alentándolos a que siguieran a sus “comandantes rojo” locales.³⁷

Méndez no se preocupó por definir el vocablo “comunismo”. Por lo que se entiende, consideró que el término se explicaba por sí mismo porque no aclaró que significaba ser comunista en el occidente rural de El Salvador a comienzos de la década de 1930. No intentó explicar cómo se había originado el comunismo en El Salvador ni por qué los campesinos de la región occidental supuestamente lo abrazaron. Tampoco preguntó si los rebeldes eran miembros debidamente inscritos en el Partido Comunista y, de lo contrario, quiénes eran y por qué se rebelaron. A lo sumo, Méndez intentó dar una explicación cuando identificó a algunos dirigentes locales y los vinculó al Partido Comunista o a sindicatos obreros a través de documentos que le proporcionó el ejército. De esa forma, con el libro *Los sucesos comunistas en El Salvador* se establecieron los perfiles típicos de los argumentos de la causalidad comunista – una suposición sobre el papel central del comunismo sin definir, lo que se entendía por comunismo sin analizar los motivos de los rebeldes.

No obstante, la crónica detallada de Méndez ofrece algún margen de interpretación. De manera particular, su estudio permitió que la contranarrativa de la etnicidad sobreviviera como un tema subyacente. Un ejemplo lo proporciona la transcripción de una entrevista que Méndez tuvo con dos presos a quienes se acusaba de rebeldes. Los identificó como “indígenas” y les preguntó si eran comunistas. Ambos le respondieron que no tenían afiliación con el comunismo y argumentaron que fueron capturados porque hablaban el castellano con dificultad. Méndez no emitió juicio sobre lo que le dijeron los presos; más bien, utilizó la entrevista para respaldar su creencia de que rebelión y comunismo eran sinónimos. Era de la opinión de que los presos tenían que ser comunistas y, por lo tanto, rebeldes, o que, por el contrario, habían sido acusados injustamente de ser comunistas y que, por ende, eran inocentes. De lo que no se dio cuenta es que de ser indígenas los prisioneros, le hubieran complicado su razonamiento acerca de la naturaleza comunista de la insurrección. Un lector perspicaz se daría cuenta que la entrevista revelaba que los indígenas participaron en la insurrección y que, por lo tanto, su participación podría haberse debido a cuestiones étnicas en vez del comunismo, o que el ejército utilizó la etnicidad como fundamento para las represalias durante la Matanza.³⁸

Méndez entrevistó más que nada a ladinos acaudalados y poderosos en cada localidad, quienes naturalmente describieron la rebelión como un acontecimiento comunista y, en consecuencia, respaldaron las afirmaciones de Méndez sobre el comunismo. Pero ellos también hicieron referencia al tema de la etnicidad en términos que complicaron la narrativa. Uno de los entrevistados, por ejemplo, se refirió a los rebeldes como “indígenas comunistas”, mientras que otros utilizaban el vocablo “indio” indistintamente con comunista, rebelde o campesino. Algunas veces la palabra “indio” no se refería necesariamente a una persona de ascendencia indígena sino que era, más bien, un término despectivo que las elites locales utilizaban para referirse a la gente pobre en general. No debe extrañar que los informantes ladinos acaudalados que hablaron con Méndez hayan utilizado el vocablo. Pero como personas cuyas vidas y sustento dependían de un conocimiento de su entorno social, los miembros de la elite podían trascender los estereotipos y reconocer la existencia de la etnicidad en el occidente de El Salvador.

Por ejemplo, uno de los informantes de Méndez en Juayúa fue Gabino Mata, un terrateniente y antiguo funcionario municipal, quien describió a uno de los líderes rebeldes de la localidad como “un indio, dueño de buenos terrenos; poseía un capital regular, del cual hacía ostentación para darse aires de superioridad entre sus conterráneos, de quienes se hacía respetar como un amo....Teniendo tan buena posición económica, siendo tan temido y envidiado por sus vecinos, resulta inexplicable que se haya hecho comunista Timoteo se hizo comunista”.³⁹ El que Mata se haya referido a Lue como indio no fue ofensiva ni casual sino que, más bien, un reconocimiento de la pertenencia de Lue a la comunidad indígena de la localidad. Aun cuando Mata define la participación de Lue en la insurrección como un acto de comunismo, no obstante reconoce la importancia de la etnicidad.

La narrativa de Méndez se convirtió en una fuente invaluable de información sobre 1932 para los estudiosos posteriores, ello debido a la carencia de fuentes primarias durante mucho tiempo. En tanto definió la insurrección como comunista sin obviar referencias frecuentes a la etnicidad, *Los sucesos* sentó el precedente de la causalidad comunista y una narrativa opuesta de tinte étnico, ambos coexistentes en la misma fuente. La presencia de esa dualidad creó un complejo nudo al cual los estudiosos como Dalton tendrían que enfrentarse años más tarde.

Pasaron cuarenta y cuatro años antes de que otro libro sobre 1932 fuera publicado en El Salvador. Esta larga sequía literaria evidenció de manera contundente el silencio público en torno a los acontecimientos de 1932. En el ínterin, las editoriales extranjeras fueron las únicas que canalizaron los debates sobre las interpretaciones de 1932. Este desplazamiento a las editoriales extranjeras conllevó dos desventajas: Por un lado, limitó el acceso de la población salvadoreña a la obra impresa, y por otro, dispersó la discusión en términos geográficos. Un ejemplo de esto fue *Repertorio Americano*, una revista literaria publicada en Costa Rica entre 1919 y 1958. A pesar de centrar su atención en temas costarricenses, sus directores también se interesaron por el acontecer latinoamericano. Alrededor de una decena de escritos por salvadoreños sobre 1932 aparecieron en las páginas de *Repertorio*. Desafortunadamente, estos escritos se conocieron poco y apenas tuvieron un impacto en los estudios que salieron posteriormente.

Sin embargo, unas editoriales en Cuba y Guatemala sacaron dos libros influyentes sobre 1932. El primero de estos, escrito por Rodolfo Buezo y publicado en Cuba en 1944, se tituló *Sangre de hermanos*. La historia personal de Buezo se conoce poco pero el contenido testimonial de su libro revela que provenía de una familia relativamente acaudalada en El Salvador, que estudió en la Universidad de El Salvador donde desarrolló una conciencia política radical, y que se afilió al Partido Comunista Salvadoreño. Afirma que participó en la publicación del semanario del partido, *Estrella Roja*, y que conocía lo suficiente sobre la insurrección de 1932 como para narrarla, aunque reconoce que no era sino un miembro de una célula y no un dirigente. Buezo sobrevivió la masacre y aparentemente se radicó unos años en Cuba.

Sangre de hermanos es una apología del comunismo, el PCS, el SRI y, muy particularmente, de Farabundo Martí cuando explica la insurrección de 1932. Buezo se refiere a los dirigentes del partido como “delegados de la ‘Internacional Comunista’ y los directores de la insurrección”.⁴⁰ Pero a diferencia de Méndez, quien no intentó explicar cómo los pobres del área rural en el occidente salvadoreño se hicieron comunistas, Buezo presentó un marco interpretativo muy claro. Reconoció que los miembros del PCS provenían de las zonas urbanas, pero insiste que lograron unir a los trabajadores rurales y urbanos en torno a una causa común porque se acer-

caron en persona a las masas trabajadoras del campo, organizándolas en sindicatos y entonces animándolas para que se unieran al PCS y el SRI en la insurrección armada. Buezo lo resume en los siguientes términos: “Las masas de obreros y campesinos se habían unido bajo la bandera roja”.⁴¹ Dijo que esta unidad estaba simbolizada por “la hoz y el machete”, la versión local de la hoz y el martillo, el icono comunista que simboliza la unidad de los trabajadores industriales y agrícolas. En particular, Buezo describe a Martí como un héroe popular y activista entre las bases que se movía “de hacienda en hacienda, de aldea en aldea, de poblado en poblado hasta que logró formar verdaderos núcleos de trabajadores”.⁴² Buezo identificó la difícil “desigualdad y miseria reinante” como la razón que explicaba el fuerte y amplio apoyo que tenía el comunismo entre el campesinado.⁴³ También dijo; “En un país donde no se sufriera hambre, donde no hubieran agresiones brutales, donde la vida se respetara y el patrono no fuera el clásico señor de vidas y haciendas, el comunismo no podría echar raíz jamás”.⁴⁴

Buezo no proporcionó detalles del levantamiento en sí, pero dijo llanamente que su fracaso podía adjudicarse al caos que imperó en la dirección central del partido después de la captura de Martí. La ruptura posterior en las líneas de comunicación entre la ciudad y el campo resultó en que las órdenes llegaban a los rebeldes de manera inconsistente. Si Martí no hubiera sido apresado, según Buezo, “la acción habría sido más unánime y acaso el triunfo nos hubiera salvado”.⁴⁵

Buezo compensó la ausencia de detalles abundantes sobre la insurrección con una deificación de la figura de Martí durante su encarcelamiento y ejecución. Buezo proporciona citas atribuidas a Martí y descripciones detalladas de su tiempo en prisión, las cuales consiguió, según afirma, de los mismos carceleros pero que más probablemente fueron producto de su imaginación. El objetivo evidente de Buezo fue la de confirmar a Martí como un héroe inolvidable de las masas y de un dirigente de la insurrección. Dos compatriotas de Martí, Alfonso Luna y Mario Zapata, fueron fusilados junto a él y Buezo aprovechó sus muertes para convertir a Martí en una figura a semejanza de Cristo.

Ante aquella figura femenina, Luna y Zapata miran a Martí que sonrío, lleno de una serenidad que parece evangélica: ¡Maestro—gritan a un mis-

mo tiempo—morimos orgullosos de caer a su lado!...Y yo—responde el valiente luchador—de tener discípulos tan heroicos y serenos como ustedes; todos debemos morir orgullosos de nuestra sagrada misión, de nuestras luchas por libertar a un pueblo esclavo... “¡Viva el Socorro Rojo Internacional!” “¡Viva el ideal y la Internacional Comunista!”⁴⁶

Esta descripción anticipa la imaginería de la teología de la liberación de las décadas de 1960 y 1970 y las palabras que utiliza Buezo para completar su descripción de la escena no deja lugar a dudas. Al hacer referencia en el tema de la resurrección, dijo que las almas de los tres héroes martirizados “siguen viviendo en el corazón de los salvadoreños oprimidos”.⁴⁷

Buezo era un izquierdista y un fiel seguidor de Farabundo Martí, y su obra atribuye la organización y dirección de la insurrección de 1932 a los comunistas salvadoreños. En ese sentido, *Sangre de hermanos* permite ver cómo la meta-narrativa de la causalidad comunista surgió de una combinación de planteamientos de izquierdistas como Buezo y derechistas como Méndez. Sin embargo, Buezo dejó un legado discursivo bastante complicado para sus congéneres comunistas. Supuso que el PCS y Martí tomaron la decisión correcta de rebelarse. Dicha suposición sería aceptada y rechazada por los izquierdistas en años posteriores, cuando Roque Dalton se introdujo en la polémica y cuando los debates en el seno del partido propiciaron una reevaluación de 1932. Es más, Buezo ignoró en gran medida el tema de la etnicidad, como sería el caso de la mayoría de estudiosos de la izquierda, pero menos común entre sus homólogos de la derecha, como la obra de Jorge Schlesinger que se analiza a continuación.

Esta obra sobre 1932 fue escrita ciertamente desde una perspectiva de derecha extrema y destaca lo étnico. Se trata del libro *Revolución comunista: ¿Guatemala en peligro?* de Jorge Schlesinger, un periodista anticomunista cuyo objetivo al escribir el libro fue mostrar a los guatemaltecos, a partir del ejemplo salvadoreño, lo que podría pasar si permitían que el comunismo se extendiera sin restricciones. Schlesinger basó su estudio en documentos que le facilitó el gobierno salvadoreño. Reprodujo muchos de ellos en un extenso apéndice, junto con unas fotografías macabras de la Matanza.⁴⁸

Con base a esta información desde El Salvador, Schlesinger presenta la insurrección como un asunto enteramente comunista. Describe el rol del Partido Comunista Salvadoreño como determinante, y agrega un dato interesante cuando dice que fue financiado y apoyado por el Socorro Rojo Internacional. Schlesinger ubicó el centro de la “agitación comunista” en San Salvador y las cabeceras departamentales. En otras palabras, al igual que Buezo, tenía en mente la distancia potencial entre los trabajadores rurales, a quienes calificó de “ignorantes”, y los activistas urbanos del Partido Comunista. Schlesinger cerró esta brecha de la misma manera que Buezo, cuando dice que las iniciativas propagandísticas y organizadoras del Partido inspiraron a las masas rurales a levantarse.

Sin embargo, el anticomunismo muy particular de Schlesinger tuvo una consecuencia inesperada en tanto propició la existencia de una contra-narrativa de orientación étnica. Schlesinger manifestó un racismo patente frente a los indígenas, al grado que resaltó la identidad étnica de los rebeldes bajo el supuesto de que su condición racial explicaría adecuadamente su adopción del comunismo. Al destacar el carácter indígena de los rebeldes, Schlesinger también buscaba asustar a la elite guatemalteca en vista de que la brecha racial en su país era todavía más pronunciada que en El Salvador.

Más allá de la etnicidad, Schlesinger identificó la injusticia y la explotación en las zonas rurales como causantes de la rebelión. Semejante opinión puede parecer disonante con su anticomunismo, pero le permitió a Schlesinger adelantar una solución de derechas todavía más radical. Propuso la instauración de un régimen corporativista de carácter fascista que armonizaría “las relaciones entre el capital y el trabajo, e impedir[ía] la lucha de clases”, una consabida fórmula de la retórica pseudo-fascista.⁴⁹ A pesar de los matices fascistas, la atención que Schlesinger prestó a la miseria de las masas rurales y su insistencia de que el comportamiento de los terratenientes debía moderarse, permitió que se ampliara la explicación del levantamiento y contribuyó al desarrollo de la contra-narrativa. Si se lee con detenimiento, la versión de Schlesinger bien podría sustentar una perspectiva política muy diferente a la suya. De hecho, Dalton afirma que Mármol le dio un ejemplar del libro de Schlesinger con comentarios en los márgenes, y Dalton echó mano de *Revolución comunista* para escribir *Miguel Már-*

mol, llegando hasta transcribir extensos pasajes del mismo. Sin embargo, Dalton aceptó la tesis de causalidad comunista propuesta por Schlesinger e ignoró casi todas sus referencias a la etnicidad.

A partir de las versiones de Méndez, Buezo y Schlesinger, las referencias a 1932 se trasladaron al mundo de la literatura novelada, específicamente tres obras que se publicaron entre 1944 y 1966. La más influyente fue la última – la obra de Claribel Alegría y Darwin Flakoll titulada *Cenizas de Izalco*, que se publicó inicialmente en España en 1966 y diez años más tarde en El Salvador. Pero el libro de Alegría y Flakoll fue antecedido por dos obras publicadas en Nicaragua y México. La primera fue *El oso ruso: Historia novelada del primer levantamiento comunista en América* del escritor nicaragüense Gustavo Alemán Bolaños, publicado en Nicaragua en 1944. La segunda fue *Ola roja* del salvadoreño Francisco Machón Vilanova, publicada cuatro años más tarde en México.⁵⁰ De las tres, solamente la obra de Alegría y Flakoll destacó en el ámbito literario. Es más, ninguna de las tres parece haber tenido un impacto en Roque Dalton. Para nuestros fines, su mención nos permite destacar cómo los abordajes argumentativos de las obras de Méndez, Buezo y Schlesinger fueron replicados en las versiones noveladas.

La ubicación ideológica de los tres autores manifiesta es muy variada. Alegría y Flakoll entienden los acontecimientos de 1932 desde una perspectiva de izquierda al identificarse con las masas perseguidas durante la Matanza. Tanto Alemán como Machón eran anticomunistas fervorosos quienes describieron el levantamiento de 1932 como una conspiración comunista y hasta llegaron a atribuírsela principalmente a comunistas rusos y extranjeros de otros países. Pero las tres novelas reflejan importantes similitudes. Cada una presenta una versión de la dicotomía de la metanarrativa/contra-narrativa al colocar el tema del comunismo en un lugar prominente pero sin dejar de lado referencias recurrentes a los indígenas. Es más, las tramas de las tres novelas giran en torno a romances y emplean las relaciones románticas como metáforas del drama sociopolítico salvadoreño. Los novelistas latinoamericanos de fines del siglo XIX y comienzos del XX utilizaban el romance con frecuencia para referirse a temas sociopolíticos.⁵¹ No obstante, a diferencia del uso del romance para festejar la reconciliación nacional, los romances de estas tres novelas sobre 1932

terminan en el fracaso, lo que proyecta un panorama pesimista en torno a la capacidad del país para reconciliar sus brechas sociales. Resulta particularmente interesante que los autores hayan compartido un sentimiento de pesimismo, a pesar de que no compartían sus posiciones políticas. Los autores de derecha, como Alemán y Machón, creían que El Salvador se encontraba bajo una amenaza permanente de subversión comunista, mientras que autores de inclinación izquierdista como Alegría eran de la opinión que las elites y el ejército estaban aferrados al poder sin ninguna intención de aflojarlo. De cualquier manera, el país estaba condenado. A la luz de la polarización creciente que vivió El Salvador durante las décadas de 1960 y 1970 y su descenso a la guerra civil de la década de 1980, las novelas de Alemán, Machón y Alegría denotan presciencia notable y anticipan los debates ideológicos que los intelectuales jóvenes como Roque Dalton tendrían que enfrentar entre fines de la década de 1950 y comienzos de 1970.

La década de 1960 constituyó un tiempo decisivo en la creciente polarización política que vivió El Salvador. En ambos la derecha y la izquierda, los cuadros más radicales comenzaron a diferenciarse de sus cohortes más moderadas. Estos militantes de línea dura se convencieron que sus enemigos se fortalecían y que la única solución era la intensificación de la violencia. Los anticomunistas de derecha querían multiplicar las campañas contrainsurgentes y echar mano del terror y los escuadrones de la muerte para sofocar la supuesta subversión comunista. Los militantes de izquierda creían que el Estado autoritario nunca se reformaría pacíficamente e insistían en que la violencia era la única forma de derrotarlo. Eventualmente, en la década de 1970, los más radicales llegarían a liderar sus respectivos movimientos y conducirían a El Salvador por el sendero hacia la guerra civil. Pero en la década de 1960, los radicales todavía se encontraban en minoría, y los debates entre ellos y sus coetáneos más moderados eran una característica constante de la vida política.

Durante buena parte del siglo XX, pero, especialmente en la década de 1960, diversas facciones políticas en ambas la izquierda como la derecha, se convencieron de que sus respectivas posturas ideológicas eran ciertas a partir de la historia de 1932. En otras palabras, creyeron que sabían la verdadera historia de 1932, de tal manera que la utilizaron como evidencia en respaldo a sus respectivas posiciones políticas. Los ideólogos

de derecha e izquierda debatían sobre 1932, a veces entre ellos mismos, en otras con los adversarios. En algunas ocasiones, estos conflictos se daban en conversaciones, discursos y escritos, pero también podían terminar en violencia y muerte. Pero en todos los casos resultaban evidentes las implicaciones políticas del debate histórico.

Los debates dentro de la izquierda que surgían en la Universidad de El Salvador en la década de 1960 tuvieron una gran influencia en la concepción de la historia de Roque Dalton. Muchos de los que integraban la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de El Salvador (UES), eran miembros o simpatizantes del Partido Comunista y se identificaron con el renacimiento intelectual en la UES que encabezó el rector Fabio Castillo (1963-67) como una oportunidad para entablar un diálogo abierto, ya sea en conferencias públicas, debates dentro del recinto universitario o la publicación de investigaciones. Un ejemplo de esta apertura fue el Seminario de Historia Contemporánea de Centroamérica que se realizó en la universidad en 1963.

Uno de los asuntos más polémicos dentro de la izquierda a comienzos de la década de 1960 fue la estrategia insurreccional y si el Partido Comunista debía impulsar de inmediato el conflicto armado o mantener la línea tradicional de que el país todavía no estaba listo para la revolución. El debate provocó la escisión de grupos del PCS hacia fines de la década de 1960 y comienzos de 1970, incluyendo los líderes del ERP en 1971 y posteriormente el mismo Roque Dalton en 1974. En medio de semejantes conflictos, la discusión sobre los acontecimientos insurreccionales pasados resultó particularmente importante. Como era de esperarse, los acontecimientos de 1932 asumieron un lugar central.

Aquellos que se mantuvieron leales a la línea tradicional del PCS se aproximaron al levantamiento de 1932 desde una diversidad de perspectivas, pero siempre con el mismo objetivo de demostrar que no era un modelo que debía imitarse en la era contemporánea. Argumentaron que el partido se equivocó cuando organizó la insurrección, o calificaron el levantamiento como un movimiento espontáneo de campesinos pobres provocado por la implacable represión militar ante el cual el partido tenía poca o ninguna responsabilidad. Algunos hasta alegaron que el ejército provocó adrede el levantamiento a fin de tener una excusa para llevar a cabo la

Matanza y consolidar su dominio del poder.⁵² Uno de los participantes en este diálogo fue Jorge Arias Gómez (1923-2002), un profesor de historia de la UES, miembro del Partido Comunista, activista estudiantil en la década de 1940, y mentor intelectual de muchos jóvenes intelectuales de línea radical, incluyendo a Roque Dalton.⁵³ Arias presentó su interpretación de 1932 en una diversidad de escritos y conferencias, aunque su obra más conocida es la biografía de Farabundo Martí publicada en Costa Rica en 1972. En ese escrito, Arias le atribuye a Martí y al partido la organización de las masas rurales entre 1930 y 1932, pero no llega a afirmar que el Partido Comunista dirigió la insurrección. Más bien, Arias afirma que la insurrección tuvo un carácter “espontáneo” y que la dirigencia del partido no ejercía un control sobre el campo occidental y que se unió a la rebelión a última hora con el único propósito de no perder el contacto con las masas.⁵⁴

Arias ya había externado esta interpretación sobre 1932, en el Seminario de Historia Contemporánea en la UES en 1963, donde se le unió David Luna, otro profesor de izquierda en la UES. Al igual que Arias, Luna sostenía que 1932 proporcionaba una lección importantísima que los jóvenes militantes del Partido Comunista debían tomar en cuenta: Una revolución prematura termina en un desastre. Luna difiere de Arias en que involucra a dirigentes del partido en la organización del levantamiento. Pero insiste en que embarcarse en la insurrección en 1932 había sido una decisión equivocada y calificó a los dirigentes del partido que respaldaron la iniciativa como aventureros infantiles y sectarios.⁵⁵

Los escritos de Luna evidencian lo complicado de los marcos argumentativos en torno al estudio de 1932. Estos debates a comienzos de la década de 1960 constituyeron una parte importante de la evolución de los marcos interpretativos sobre 1932. Por ejemplo, los comunistas tradicionales y “anti-insurreccionales”, como Arias, buscaban distanciar al Partido Comunista del levantamiento de 1932, pero también querían darles una lección a sus camaradas en el partido. Esto los llevó a cambiar de opinión y atribuirle al partido el levantamiento como una forma de aleccionar a los militantes jóvenes sobre la temeridad de los levantamientos prematuros. Las diferencias entre los planteamientos de Arias y Luna en el seminario de la UES en 1963 evidencia estos enfoques disímiles. Pero en otros escri-

tos, Luna presenta otra interpretación: Distancia al partido de la insurrección y destaca su naturaleza espontánea. En un artículo, hasta elabora un argumento de tipo contra-narrativo al destacar aspectos étnicos, algo que la mayoría de escritores de izquierda en aquellos tiempos ignoraban completamente. El artículo en cuestión, que apareció en el periódico *Tribuna Libre* en 1963, afirma que: “Eran campesinos proletarizados y despojados de sus tierras por los voraces latifundistas cafetaleros. La Ley de Extinción de Tierras y Comunidades Indígenas 1882 y otras disposiciones más (en cuenta la Ley Agraria) fueron el testaferrero legal de esta usurpación que tarde o temprano se contestaría con las armas en la mano....[E]n nuestro país, el pueblo era, por primera vez, actor en la historia y no seguía a ningún otra clase”.⁵⁶ En resumidas cuentas, el entorno político que estimuló el reencuentro con 1932 generó versiones contrapuestas, aún en escritos distintos de un mismo autor.

Los radicales afines a la línea insurreccional del Partido Comunista se opusieron a Arias, Luna y los demás de la línea tradicional con su propia versión de 1932. Caracterizaron al levantamiento como comunista y, por lo tanto, celebraron la decisión del partido de cumplir con su papel de vanguardia de las masas sufridas cuando intentó cumplir con su misión histórica al atacar a un gobierno capitalista. Bajo esta óptica, la decisión del partido en 1932 sentaba un precedente para revueltas a futuro. Los radicales ignoraron casi por completo el tema de la etnicidad y, por ende, plantearon una argumentación muy sesgada hacia la causalidad comunista. Pero ellos también tuvieron que resolver el problema del fracaso de la insurrección, lo cual hicieron al distanciar al partido de una manera muy singular: Dijeron que el partido había estado en lo correcto cuando decidió rebelarse, pero que el fracaso de la insurrección se debió a errores tácticos de poca monta o al sadismo impredecible de los militares. Roque Dalton destacaría como uno de los principales promotores de la vía pro-insurreccional, y sus análisis históricos en *Miguel Mármol* y otros escritos reflejan esa posición. Pero al igual que sus compañeros de línea radical, la adopción de una ideología pro-insurreccional en Dalton fue un proceso dilatado, y ya había escrito sobre historia salvadoreña antes de declararse a favor de la insurrección. En aquellos escritos iniciales, la postura de Dalton sobre 1932 concuerda con la de su mentor, Jorge Arias, y los otros tradicionalistas dentro

del Partido Comunista, quienes entendieron que 1932 fue una debacle y un modelo que no debía imitarse. El archivo de Dalton contiene referencias al seminario de 1963 en la UES y a los escritos de Arias y Luna.

Los escritos históricos de Dalton previos a Miguel Mármol

Puede que Roque Dalton no haya sido un militante comprometido con la insurrección antes de que escribiera *Miguel Mármol*, pero no dejó de ser un comunista y activista político comprometido con la causa. Por lo tanto, sus enfoques hacia la historia durante los años anteriores a *Miguel Mármol* reflejan su creencia en la necesidad de una alternativa frente a las narraciones tradicionales, una versión políticamente consciente del pasado que tomaría en cuenta a personas que habían sido ignoradas previamente. Antes de *Miguel Mármol*, Dalton escribió dos obras de historia: *El Salvador* y *El Salvador: Monografía*.⁵⁷ Ambas se publicaron en Cuba, en 1963 y 1965 respectivamente, cuando Dalton se encontraba ya sea exiliado en Cuba o en la cárcel en El Salvador, pero antes de su viaje a Praga. El primero de los dos, *El Salvador*, tiene apenas cuarenta y nueve páginas y una bibliografía de solo nueve fuentes, cuatro de las cuales correspondían a documentos vinculados directamente con los Partidos Comunistas de El Salvador y Cuba.⁵⁸ El formato del libro se asemeja a un almanaque y se publicó en la serie "Nuestros Países" para estudiantes de secundaria y público en general. En él, se encuentra un esquema de la historia de El Salvador que Dalton enriquecería posteriormente en *Monografía* y *Miguel Mármol*. La *Monografía* tiene cuatro veces la extensión de *El Salvador* y mucho más detalle, así como una bibliografía más extensa. También fue escrito en un lenguaje llano libre de jerga y publicado como parte de una serie, la "Enciclopedia Popular", orientada a un público lector amplio. Otros temas de la serie incluyeron el Renacimiento, marxismo y moralidad, y las ideas en el mundo antiguo.

La euforia asociada con la Revolución Cubana proporcionó el contexto para ambos libros. En 1956, Dalton escribió que los intelectuales debían "contribuir a la mejora de la sociedad en que vivimos, a establecer un orden por medio del cual el hombre cambie de condición social, a la vez que modifique la idea que tiene de sí mismo".⁵⁹ Para Dalton, la experiencia

de Cuba demostraba que esos objetivos podrían alcanzarse, y en la *Mono-grafía* se refirió a la Revolución Cubana como “el acontecimiento histórico más importante del siglo en América Latina.”⁶⁰

Las cuarenta y nueve páginas de *El Salvador* constan de dos secciones. La primera, está dedicada a la era contemporánea y la segunda, ofrece una panorámica histórica. Dalton invirtió este orden en *Monografía* y se remitió a una cronología lineal más tradicional que comenzó en los tiempos precolombinos y se desplazó hacia el presente. A pesar de sus diferencias de organización, los dos libros abarcan esencialmente los mismos temas. En vista de sus similitudes y el poco tiempo transcurrido entre la publicación de uno y otro, es evidente que constituyen un proyecto único en distintos momentos de su desarrollo.

La sección histórica de *El Salvador* guarda un orden cronológico pero introduce una característica que se mantendrá en todos los escritos académicos de Dalton: Los frecuentes saltos al presente para dar a conocer alguna opinión política. Semejante tendencia era de esperarse de un escritor como Dalton, quien no estudió para ser historiador y quien se dedicó a escribir historia con miras a alcanzar ciertos objetivos políticos. Uno de los ejemplos más destacados de estos saltos temporales tiene que ver con la etnicidad y la población indígena de El Salvador. En la sección de *El Salvador* dedicada a la población indígena anterior a la conquista, Dalton se mueve repentinamente al presente y plantea que “económicamente, los escasos indios que superviven en El Salvador no representan un sector especial dentro del misérrimo campesinado mestizo”. Más adelante escribe, que El Salvador no tiene “un problema indígena”.⁶¹ En otras palabras, Dalton subsume la etnicidad a la clase social como variable determinante en la historia de El Salvador. Repitió este argumento en *Monografía*, después de tener la oportunidad de leer y mostrar su desacuerdo con la descripción antropológica de los indígenas salvadoreños escrita por Richard Adams.

Económicamente, los escasos indios que superviven en El Salvador no representan un sector especial dentro del misérrimo campesinado mestizo. Sólo por razones didácticas la antropología social podría encontrar y ha encontrado diferenciaciones en este terreno. Los indios de El Salvador se encuentran sometidos como el resto de la población rural y suburbana a la más inicua explotación y a idénticas condiciones subhumanas de vida.

No existe, pues, en El Salvador un problema indígena específico, un sector indígena con reivindicaciones especiales en cuanto tal.⁶²

Esta eliminación de la etnicidad de la historia moderna de El Salvador era parte de un amplio y complejo paradigma conocido como “mestizaje”. Al aceptar la validez del mestizaje, Dalton no tuvo opción más que ignorar la contra-narrativa de la etnicidad e identificarse plenamente con la versión de la causalidad comunista cuando analizó la insurrección de 1932.

Dentro de la misma línea de su creencia de que la clase social más que la etnicidad era el motor de la historia de El Salvador, Dalton destacó otra variable que a su juicio había sido ignorada por demasiado tiempo: La acción política de las masas. Tanto en *El Salvador* como en *Monografía*, se describe la historia como un conflicto interminable entre las masas populares y la oligarquía local, y más tarde, las potencias imperialistas de Gran Bretaña y Estados Unidos. Dalton consideró que la lucha de masas definía cada una de las fases de la historia salvadoreña, comenzando con la conquista y terminando con los acontecimientos más recientes de la década de 1960. Por ejemplo, en su descripción de la conquista, Dalton escribió en *El Salvador* que la historia “es el resultado de la acción de las grandes masas populares y ha sido impulsada por la lucha entre estas masas y las minorías dominantes, lucha librada, en definitiva, para resolver quién imprimirá rumbo a esa historia, en manos de quién estará la capacidad para hacer esa historia”.⁶³

Dalton utilizó el mismo enfoque en su interpretación de la independencia a comienzos del siglo XIX. Dalton describió los dos primeros movimientos independentistas en San Salvador en 1811 y 1814 como levantamientos populares de grandes proporciones. En vez de destacar a los integrantes del panteón tradicional de héroes de la patria de aquellos movimientos, tales como José Matías Delgado, Dalton exaltó la valentía de un artesano poco conocido, Pedro Pablo Castillo, quien supuestamente le imprimió un liderazgo “auténtico” y popular a la lucha. Aun cuando Dalton insistió que el liderazgo de Castillo fue subvertido por los líderes tradicionales de la independencia, describió a las masas como la fuerza determinante de la independencia bajo el argumento de que cuando la independencia finalmente se dio en 1821, fue porque los “movimientos populares”, habían obligado a las elites tradicionales a declararla.

Dalton narró la independencia mediante el uso abundante de citas textuales de *La Verdad*, el periódico del Partido Comunista Salvadoreño. Su uso de esta técnica del collage literario se asemeja a un documental televisivo en el cual numerosos personajes presentan brevemente sus puntos de vista desde su particular especialidad como parte de una narrativa general. De esta manera, Dalton llegó a depender de un estilo de “autoría por apropiación” que se mantendría en sus escritos académicos y que utilizaría en *Miguel Mármol*.

Inevitablemente, Dalton subrayó la importancia de la insurrección de Anastasio Aquino de 1833 en la historia de El Salvador. Aquino se había apoderado de la imaginación de Dalton años atrás, cuando todavía estudiante le dedicó uno de sus primeros poemas al indígena rebelde. En ambos *El Salvador* y *Monografía*, Aquino tiene una presencia destacada. Pero Dalton encajó el episodio de Aquino dentro de su visión de la lucha de clases y el accionar de las masas. Aun cuando reconoció que Aquino era un indígena cuya insurrección tenía matices étnicos muy pronunciados, Dalton insistió que la lección que habría de extraerse de la insurrección de 1833 era que la lucha de clases impulsaba la evolución histórica. Como de costumbre, Dalton salta hacia tiempos posteriores, en este caso a los acontecimientos de 1932, para remarcar el fundamento clasista del movimiento de Aquino: “El levantamiento de Aquino estaba imbuido de un claro sentido clasista. Sus proclamas evidenciaban los propósitos de destruir el poder opresivo de los blancos y restituir todo lo que se había robado al indio: Tierra, medio de producción, libertad...Aquino es una figura central en la historia revolucionaria de El Salvador y es el antecedente lógico de las acciones campesinas de cien años más tarde, en 1932, cuando de nuevo resonarían en los campos salvadoreños los gritos reivindicados de ‘tierra y libertad.’”⁶⁴

Cuando la narrativa de Dalton llega al final del siglo XIX, se hacen presentes los imperialismos británico y estadounidense como piezas claves de la historia salvadoreña. Dalton afirmaba que las historias previas habían ignorado esa parte del pasado; era un cuadro de dependencia económica que permanecía inalterado hasta el presente.⁶⁵ Dalton le dedicó un capítulo entero al imperialismo en *Monografía* junto con abundantes citas de *Prensa Latina*, la agencia de prensa oficial de la Revolución Cubana. Dalton

describió a la elite salvadoreña como títeres de los imperialistas extranjeros y caracterizó a El Salvador como una “dependencia semi-colonial” en la cual Estados Unidos tenía “un dominio absoluto de la política nacional e internacional de El Salvador”.⁶⁶

Cuando centró su atención en 1932, Dalton volvió a destacar el papel del imperialismo. Describió al régimen del general Maximiliano Hernández Martínez (1931-44) como la consolidación del imperialismo de Estados Unidos, e insistió en que antes de la revuelta de 1932 el movimiento obrero estaba adquiriendo forma y que los sectores populares estaban surgiendo como protagonistas de la historia de El Salvador. Pero el ascenso de las masas fue brutalmente aplastado durante la Matanza, “ordenada por el imperialismo norteamericano y la oligarquía criolla y ejecutada por las fuerzas represivas del gobierno de Maximiliano Hernández Martínez.”⁶⁷ Según Dalton, los acontecimientos de 1932 marcan claramente “la unificación de la oligarquía, el dominio mucho mayor del imperialismo norteamericano en El Salvador y la inauguración de la dictadura del ejército como forma de Gobierno”.⁶⁸ Dalton estaba entretejiendo todos los hilos de sus preocupaciones históricas en una sola tela.

La versión sobre 1932 que ofrece Dalton se asemeja mucho a la línea tradicional del PCS tal como se aprecia en los escritos de su mentor Jorge Arias, David Luna y otros comunistas moderados contrarios a la línea insurreccional. Debe recordarse que una de las características de su abordaje a 1932 fue de distanciar al PCS del levantamiento y acusar al ejército de provocar a las masas a la violencia a causa de la represión implacable que sufrían. Dalton incluye una versión similar en *Monografía*. La rebelión comenzó con “algunos peones hambrientos [que] asaltaron unas tiendas en busca de comida.” A continuación, “estos hechos, aislados, fueron aprovechados para iniciar la masacre fríamente calculada... El campesinado comenzó a defenderse ante aquella fuerza superior y logró algunos éxitos, entre ellos, apoderarse brevemente de dos o tres ciudades pequeñas del occidente del país, como Tacuba y Juayúa, en donde se fundaron soviets locales que fueron posteriormente destruidos a sangre y fuego”.⁶⁹

De acuerdo a Dalton, el Partido Comunista Salvadoreño se encontraba en una situación difícil en 1932. Sabía que el levantamiento fue el resultado de una provocación premeditada, pero también sabía que care-

cía del control necesario sobre las masas. Por lo tanto, tuvo que tomar la decisión de morir con las masas o rechazarlas en aras de su propia supervivencia. Dalton los ensalza por escoger el primero de los caminos: “De tal manera que, entre la espada y la pared, los comunistas escogieron el camino heroico de la espada, el camino de morir junto a su pueblo, a la cabeza de su pueblo.”⁷⁰ De acuerdo a esta versión de los acontecimientos, el Partido Comunista no había organizado las acciones; éstas se dieron de manera independiente. Los actores principales fueron el ejército y las masas, mientras que el partido solamente se sumó a la tragedia como producto de su decisión de última hora. Pero al menos el partido se distanció de otros grupos menos meritorios que se habían arrogado el rol de redentores populistas, como el Partido Laborista que ganó las elecciones presidenciales de 1931, y los seguidores del filósofo salvadoreño Alberto Masferrer. Dalton llegó a la conclusión de que con la Matanza “el fin de la oligarquía y del imperialismo fue cumplido con creces. Las organizaciones populares fueron decapitadas.”⁷¹

El levantamiento de 1932 se convirtió en la piedra de toque de la interpretación que Dalton desarrolló del resto de la historia salvadoreña. El levantamiento enfrentó a las masas populares a la minúscula elite salvadoreña y sus aliados imperialistas, estableciendo así el precedente para una nueva ronda de luchas revolucionarias. Dalton describió las cuatro décadas posteriores a 1932 como de creciente movilización de las masas. Presentó mucho del material del período después de 1932 en forma de collage de abundantes citas de documentos generados por el Frente Unido de Acción Revolucionaria (FUAR), una organización de fachada fundada por el Partido Comunista Salvadoreño en 1962. Dalton insistió que el status quo en El Salvador habría de cambiar y que las masas seguirían el ejemplo de sus ancestros en El Salvador y de sus hermanos de lucha en Cuba al atacar el sistema de dominación imperialista y explotación por parte de la elite.

Conclusión

Cuando se sentó a escribir *El Salvador* y *El Salvador: Monografía* durante su exilio en Cuba, Dalton había meditado sobre temas históricos durante muchos años. Había llegado a convencerse de que El Salvador necesitaba

una nueva y más precisa versión de su pasado, una que rectificara las exclusiones de las historias tradicionales y que tomara en cuenta una serie de temas que él consideraba esenciales. Entre éstos se encontraban el rol de las masas y la supremacía de las clases sociales por encima de la etnicidad como fuerza motora de la historia. Aun cuando tenía muy pocas fuentes a su disposición en Cuba, Dalton asumió la difícil tarea de escribir una historia alternativa de su país.

Cuando Dalton se sentó a entrevistar a Miguel Mármol en Praga en 1966, apenas un año después de la publicación de *Monografía*, reconoció en las palabras de Mármol una fuente rica de evidencia histórica de gran potencial político. Pero Dalton ya se había formado una interpretación muy acabada de la historia salvadoreña, que influyó en las preguntas que le hizo a Mármol, orientó su interpretación de las palabras de Mármol, y afectó la manera en que organizó sus notas de las entrevistas para darle forma a una memoria coherente. Muchos de los enfoques en *El Salvador* y *El Salvador: Monografía* volvieron a aparecer en *Miguel Mármol*. Pero en lo que se refiere a un tema clave, la insurrección y la Matanza de 1932, las opiniones de Dalton comenzaban a cambiar. Cuando Dalton entrevistó a Mármol, estaba en proceso de adoptar una perspectiva nueva sobre las insurrecciones. Mientras que antes se adhirió a la línea tradicional del Partido Comunista de diferir la insurrección hasta que las condiciones fueran las apropiadas, cuando escribía sobre la vida de Mármol se tornó más radical y su interpretación del pasado estaba cambiando. Por lo tanto, el testimonio en *Miguel Mármol* resulta ser una compleja mezcla de las palabras de Mármol y el marco interpretativo en evolución de Dalton.

¹ Además de Miguel Mármol, parte de la poesía de Dalton ha sido traducida y publicada en inglés: Dalton, *small hours of the night*; Dalton, *Clandestine poems*; Dalton, *Poems*. Su poesía traducida figura en numerosas antologías. Recientemente se publicó una biografía de Dalton por Luis Alvarenga, *El ciervo perseguido*. Otra buena fuente con información biográfica de Dalton es la de Carlos Cañas Dinarte, *Diccionario de autoras y autores de El Salvador*. Un análisis literario de la obra de Dalton se encuentra en Lara-Martínez y Seager, *Otros Roques*; véase también Lara-Martínez, *La tormenta*.

² Colindres, *Fundamentos económicos*.

³ Dalton, Poetry and militancy, p. 11. Publicado originalmente como “Poesía y militancia en América Latina”. Dalton también incluyó una colección de anécdotas singulares sobre su experiencia en el Externado de San José en su novela autobiográfica, publicada póstumamente en 1976, *Pobrecito poeta que era yo...*

⁴ Los recuerdos cariñosos de Dalton hacia el padre Landarech se aprecian en uno de sus poemas: “Acepto que mi poesía no es ya la misma de antes, la que gustaba tanto/al Padre Landarech. El bueno de Tapón, insistía en convencer/a todo el mundo, de que su querida oveja negra era el poeta lírico más importante/de la historia de la literatura nacional [...] recuerdo [...] que le envié por correo el primer poema de amor que hice en Cuba”. Los Hongos IX (1966-1972). Véase Lara-Martínez, En la humedad del secreto, p. 528. L. Alvarenga, El ciervo perseguido, pp. 31-32. Alvarenga dice que Álvaro Menen Desleal afirma que Dalton mantuvo correspondencia con Landarech desde Cuba.

⁵ “La vida escogida”, en García Verzi, Recopilación de textos, p. 38.

⁶ Sábados de Diario Latino, 28 de julio de 1956, p. 3. Dalton borró este poema del manuscrito de “Poesía completa I (1961-1965)” y la versión revisada de La ventana en el rostro, probablemente porque se evidenciaba la influencia de Neruda.

⁷ Dalton, Poesía y militancia, p. 15.

⁸ “Poems in love to Lisa. II”, en Dalton, La ventana en el rostro, p.104.

⁹ En Cultura 89 (enero-abril de 2005), p. 31.

¹⁰ Dalton, Poesía y militancia en América Latina, pp. 16 y 17.

¹¹ Ibid., p. 17.

¹² “Desde hace algunos años siempre me propuse escribir de prisa, como si supiera que me van a matar al día siguiente... Es terriblemente ridículo ser un escritor salvadoreño, y tal vez lo sea sólo por la haragane-ría y el egoísmo nacional”. Recopilación de textos sobre Roque Dalton, p. 47.

¹³ Dalton, Miguel Mármol, p. 27. Contrasta su encuentro con Miguel Mármol con la reunión que sostuvo un año antes con Regis Debray cuando se desembarazó de todo lo “europeo y tranquilizador”. Al hablar con Mármol, Dalton sintió que estaba volviendo a captar el tiempo y el espacio “histórico, intelectual y sentimental” de su juventud. (Dalton, Miguel Mármol, p. 34). La reunión con Debray se describe en Dalton, “La noche que conocí a Regis”, pp. 124-126.

¹⁴ Dalton, Poems, p. 67. El poema “Lógica reví” apareció originalmente en *Poemas clandestinos*.

¹⁵ Cienfuegos, Crónica, pp. 100-120. Otra excelente fuente sobre la muerte de Dalton es una serie de artículos publicados en el semanario digital El Faro (www.elfaro.net) por Miguel Huevo Mixco. También puede consultarse un excelente resumen que aparece en un largo “blog” de Catrina Monti de El Salvador, <http://www.weblog.com.ar/000017.html>.

¹⁶ Uno de los nombres mencionados con más frecuencia es el de Joaquín Villalobos, quien llegó a ser un renombrado comandante del ERP durante la guerra civil de la década de 1980. Él rechaza la acusación y señala que al momento de la muerte de Dalton el jefe del ERP era Alejandro Rivas Mira. Villalobos, *recensión de libro*, p. 586. La familia de Roque Dalton no ha exculpado a Villalobos, especialmente Juan José Dalton, quien ha criticado a Villalobos públicamente por su falta de franqueza en relación al asesinato. Un ejemplo de la crítica que ha externado Juan José Dalton puede verse en: <http://encontrarte.aporrea.org/teoria/perfiles/26/>

¹⁷ Para mayor información sobre los integrantes de la Generación Comprometida, véase Hernández Aguirre, “La nueva poesía”.

¹⁸ Dalton, *Pobrecito poeta que era yo...*, citado en L. Alvarenga, El ciervo perseguido, p. 10.

¹⁹ Hernández Aguirre, “La nueva poesía”, p. 79.

²⁰ La política salvadoreña durante estos años es analizada por Elam, “Appeal to arms”; y Parkman, Insurrección no violenta en El Salvador. El contexto latinoamericano durante la década de 1940 es analizado por Rock, Latin America in the 1940’s; y Bethell y Roxborough, Latin America.

²¹ Dalton, “Otto René Castillo”, p. 9.

²² Canales “La Generación Comprometida”, p. 60.

²³ Waldo Chávez Velasco, “Discurso del Dr. Waldo Chávez Velasco en su ingreso como Miembro de Número a la Honorable Academia Salvadoreña de la Lengua correspondiente de la Real Academia de la Lengua Española”.

²⁴ De acuerdo a Roberto Armijo, el grupo estaba integrado por él mismo, Roque Dalton, Otto René Castillo, Manlio Argueta, José Roberto Cea, Alfonso Quijada, José Rodríguez Ruiz, Miguel Angel Parada, Ítalo López Vallecillos, René Arteaga, Manuel Barba Salinas, Orlando Fresedo, Luis Angel Salinas, Elmer Trujillo, Tirso Canales, Danilo Velado, René Araujo Solís, y Abel Salazar Rodezno. Armijo “Recordando a Juan Felipe Toruño”, *Diario CoLatino* III, 4 de mayo de 1996, citado por Toruño en “Juan Felipe Toruño”.

²⁵ En Hernández Aguirre “La nueva poesía”, p. 87.

²⁶ Véase Handy, *Revolution in the countryside*; y Cullather, *Secret history*.

²⁷ Canales, “La Generación Comprometida”, p. 56.

²⁸ *Ibid.*, p. 50.

²⁹ Véase “Discurso del Dr. Waldo Chávez Velasco”.

³⁰ Dalton, “Otto René Castillo”, p. 11.

³¹ El poema se tituló “Palomas mensajeras para el negro Martí”. Citado por Hernández Aguirre, p. 82.

³² Dalton et al., *El intelectual y la sociedad*.

³³ *Ibid.*, p. 23.

³⁴ Vásquez, *Bibliografía histórica*.

³⁵ Méndez, *Los sucesos comunistas*, pp. 14 y 27.

³⁶ *Ibid.*, p. 47.

³⁷ *Ibid.*, p. 71.

³⁸ *Ibid.*, pp. 39-40.

³⁹ *Ibid.*, p. 61.

⁴⁰ Buezo, *Sangre de hermanos*, p. 68.

⁴¹ *Ibid.*, p. 52.

⁴² *Ibid.*, p. 40.

⁴³ *Ibid.*

⁴⁴ *Ibid.*, p. 43.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 67.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 82.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 83.

⁴⁸ Una biografía del periodista conservador guatemalteco, Clemente Marroquín Rojas, contiene información de cómo Marroquín Rojas y Alfredo Schlesinger (hermano de Jorge) recibieron los documentos del general Martínez. Véase Díaz Lozano, *Aquí viene un hombre*, capítulos XIV y XV. Agradecemos a Héctor Pérez Brignoli por señalarnos esta fuente.

⁴⁹ Schlesinger, *Revolución Comunista*, p. 5.

⁵⁰ Alegria, *Cenizas de Izalco*; Alemán Bolaños, *El oso ruso*; Machón Vilanova, *Ola roja*.

⁵¹ Un estudio muy citado sobre este aspecto de la literatura latinoamericana es el de D. Sommer, *Foundational Fictions*.

⁵² Por ejemplo, un escrito que describe el levantamiento de 1932 como una conspiración del gobierno es el de Cuenca, *El Salvador*, p. 105. “La insurrección, hábilmente provocada por el gobierno, que se negó a reconocer el triunfo de los trabajadores en unas elecciones municipales, estalló en varios departamentos el 22 de enero de 1932”. Otro ejemplo se encuentra en P. Alvarenga, *Cultura y ética*.

⁵³ Vázquez Olivares, ““País mío no existes.”” Véase también el libro de Arias publicado poco antes de su muerte en memoria de Roque Dalton, *En memoria de Roque Dalton*.

⁵⁴ Jorge Arias, *Farabundo Martí*, capítulos 13 y 14. La referencia a la “espontaneidad” se encuentra en la p. 132.

⁵⁵ Luna, “Un heroico y trágico suceso de nuestra historia”, p. 64.

⁵⁶ Luna, “La insurrección de 1932”, 13 de diciembre 1963, p. 12, y 23 de diciembre, 1963, p. 6.

⁵⁷ Dalton, *El Salvador*; y Dalton, *El Salvador: Monografía*.

⁵⁸ Las fuentes vinculadas a los partidos comunistas de El Salvador o de Cuba incluyen: Documentos estadísticos del FUAR, diversos artículos de *La Verdad*, el periódico del PCS, una publicación de Jorge Arias Gómez, y otro artículo de *Prensa Latina*, la agencia oficial de noticias de la Revolución Cubana. El

resto de las fuentes son historias tradicionales de El Salvador.

⁵⁹ En Hernández Aguirre “La nueva poesía”, p. 87.

⁶⁰ Dalton, Monografía, p. 146.

⁶¹ Dalton, El Salvador, p. 29.

⁶² Dalton, Monografía, pp. 17-18.

⁶³ Dalton, El Salvador, p. 30.

⁶⁴ Dalton, Monografía, pp. 64-66.

⁶⁵ Ibid., p. 95.

⁶⁶ Dalton, El Salvador, p. 45.

⁶⁷ Dalton, Monografía, p. 112.

⁶⁸ Dalton, El Salvador, p. 46.

⁶⁹ Dalton, Monografía, p. 105.

⁷⁰ Ibid., p. 115.

⁷¹ Ibid., pp. 117.



CAPÍTULO 4

Dalton, Mármol y los cuadernos

Los recuerdos no se organizan cronológicamente, son como el humo, tan cambiantes y efímeros, que si no se escriben desaparecen en el olvido... la memoria va y viene, como una interminable cinta de Moebius.

Isabel Allende, Mi país inventado ...

No es exageración decir que la historia de vida de Miguel Mármol, tal como se describe en el libro *Miguel Mármol*, es el aporte individual más importante a la memoria colectiva de los acontecimientos de 1932 en El Salvador. Muchos elementos explican la profunda influencia de *Miguel Mármol*, entre estos el momento de su publicación, cuando la revolución social estaba a la vuelta de la esquina en El Salvador, y el hecho de que tanto la derecha como la izquierda política estaban de acuerdo en términos generales con su marco de causalidad comunista. El drama realista de la narración, al igual que su estilo sumamente coloquial y su vinculación con la cultura nacional, contribuyeron a que la obra fuera ampliamente aceptada por el público. Por estas y muchas razones más, *Miguel Mármol* se ha convertido no solamente en un canon de la literatura dentro de El Salvador sino que en un obra de importancia internacional.

El objetivo de este capítulo es el de presentar nuevo material que incida en la interpretación de *Miguel Mármol*. Este material consiste en el archivo personal de Roque Dalton, al cual tuvimos acceso gracias a la anuencia de la familia Dalton, que el escritor utilizó en la preparación del texto final. Incluye, entre otras cosas, las notas manuscritas originales que Dalton elaboró durante sus entrevistas con Mármol en Praga en 1966. También contiene cartas escritas por Mármol, transcripciones de libros, y documentos relativos al Partido Comunista Salvadoreño. Con base a un estudio de estos materiales, sostenemos que la interpretación usual de *Miguel Mármol* como un testimonio autobiográfico y franco debe ser enmendado. Más

bien, *Miguel Mármol* debe entenderse como una historia interpretativa que tomó forma como producto de un proceso que identificamos como “reconfiguración narrativa”, mediante el cual Roque Dalton convirtió unas cuantas decenas de notas manuscritas en un libro de más de quinientas páginas que escribió durante un período de cinco años entre 1966 y 1971. En otras palabras, el aporte de Dalton en la conformación de *Miguel Mármol* fue considerable. Dalton enmendó la historia de la vida de Mármol siguiendo los patrones que había introducido en sus escritos históricos anteriores, específicamente *El Salvador* y *El Salvador: Monografía*. En tanto *Miguel Mármol* se convirtió en una narrativa ejemplar de 1932 y consolidó la interpretación de la causalidad comunista, sus contenidos reflejan una gama más amplia de influencias que las palabras de un hombre de sesenta y un años recordando su juventud. No analizamos *Miguel Mármol* con miras a determinar su exactitud histórica; más bien, esperamos demostrar que su interpretación de los acontecimientos históricos, al igual que cualquier otra representación, estuvo determinada por las influencias constitutivas de muchos y diferentes conjuntos de recuerdos.

***Miguel Mármol* y la literatura testimonial**

A *Miguel Mármol* se le describe por lo general, como un ejemplo de literatura testimonial, un género que apareció en el escenario literario en las décadas de 1970 y 1980, en buena medida como reflejo de la cada vez más aguda crisis sociopolítica de Latinoamérica. Otras regiones del mundo que pasaban por similares situaciones de inestabilidad contribuyeron al género testimonial, pero Latinoamérica fue su lugar de origen. Un escrito testimonial consiste, básicamente, de las palabras de una persona cuyos derechos han sido conculcados y que son recogidas por un intelectual ajeno a su realidad, usualmente un periodista o un académico, que echa mano de sus contactos internacionales para difundir el escrito en versión impresa. Uno de los ejemplos más conocidos de literatura testimonial es *Me llamo Rigoberta Menchú*, el relato de una joven mujer indígena de Guatemala que creció en medio de un conflicto civil genocida en las décadas de 1960 y 1970. Dicha obra se publicó primero en España, Cuba y Francia en 1983 y fue publicada en inglés el año entrante. Otros escritos testimoniales incluyen la historia de

una mujer campesina de Honduras, *Don't be afraid, Gringo* (1989) y el relato de un obrero de las minas de estaño de Bolivia, *Let me speak!* (1978).¹ Los escritos testimoniales se presentan en primera persona, y el estilo de la narración a menudo refleja el entorno cultural específico del narrador, quien no ha recibido mayor educación formal y se expresa como si fuera una conversación. Usualmente, la persona que graba el testimonio no figura en su contenido; puede que aparezca en la portada del libro o como el autor de un prólogo breve, pero el grueso de cualquier obra testimonial es la historia de la vida de la persona entrevistada en cuestión. La que recibe el testimonio se presenta ante el público lector como un espectador neutral, apenas un medio para la expresión veraz de la que narra. Un académico que ha incursionado en la literatura testimonial, Thomas Tirado, ofrece una descripción típica de esta neutralidad en la historia de Celsa, una mujer campesina de México: "Si bien es cierto que seleccioné el material y organicé sus conversaciones en torno a determinados contenidos episódicos, que se presentan como capítulos en este libro, como biógrafo de Celsa fui más un medio para su historia que un cuentista".²

La literatura testimonial es muy politizada, a veces porque narra la historia de activistas que sufren persecución política, pero más frecuentemente porque describe la vida de personas usualmente excluidas de los foros públicos y de la literatura autobiográfica y las memorias personales. El simple hecho de que se narren las vidas de estas personas conlleva un fuerte significado político. Aunque el número de testimonios en versión impresa es relativamente pequeño, sus contenidos pueden entenderse como representativas de las vidas de millones de otras personas que sufren en silencio su pobreza y opresión. Rigoberta Menchú reivindica esto en su propio testimonio cuando le recuerda repetidamente a sus lectores que cuando comparte su propia experiencia estaba realmente contando la vida de todos los indígenas de Guatemala.³ Por cierto, la publicación y difusión de su historia jugaron un papel nada despreciable en que recibiera el Premio Nóbel de la Paz en 1992 al crear conciencia en torno a la situación apremiante de genocidio de la población indígena de Guatemala. Desde su publicación original en 1983, el testimonio de Menchú ha sido traducido a diversos idiomas con más de un millón de ejemplares impresos a nivel mundial.

Miguel Mármol es un ejemplo de literatura testimonial. Está narrado en primera persona y cuenta la historia de un individuo pobre sin educación formal, que se convirtió en activista político y que sufrió represión y privaciones durante el resto de su vida, a partir de un roce con la muerte frente a un pelotón de fusilamiento en 1932. Es más, la creación del texto de la obra involucró a una “fuente”, Mármol, quien le cuenta su vida a un “extraño” con formación académica, en este caso un compañero comunista salvadoreño, Dalton, un poeta y novelista con varios libros publicados y una reputación internacional como intelectual. A partir de su publicación en 1972, *Miguel Mármol* se convirtió en uno de los primeros ejemplos de literatura testimonial, que contribuyó a darle forma al género. Una muestra de su importancia es el hecho de que el autor uruguayo, Eduardo Galeano, convirtió a Mármol en el principal personaje de su connotada novela *Memoria del fuego*, publicada en 1984.⁴ Galeano describió la vida de Mármol como símbolo de la historia de Latinoamérica durante los ochenta años previos.

Los testimonios fueron ampliamente aceptados por los académicos.⁵ Los científicos sociales los emplearon como un tipo de fuente primaria, a manera de entrevistas publicadas o declaraciones juradas de la persona que estuvo directamente involucrada en los acontecimientos. Específicamente, aceptaron los testimonios porque colocaron a un nuevo tipo de testigo en el estrado, a los pobres sin derechos cuyas opiniones parecían más “reales” y “sinceras”. Un libro publicado recientemente que trata sobre la literatura testimonial resume este sentimiento en su título: *The Real Thing* (La cosa verdadera).⁶ Los acontecimientos de 1932 ofrecen abundante evidencia del impacto de los testimonios en las investigaciones de las ciencias sociales; casi todos los estudios sobre 1932 publicados después de 1972 echan mano de *Miguel Mármol* para sustentar sus planteamientos.

Los estudiosos de la literatura también se acercaron a los escritos testimoniales porque éstos se insertan dentro de una tradición en la literatura latinoamericana que se inició a comienzos del siglo XX, la cual dio voz a las personas que no la tienen. A partir de esos tiempos, la mayoría de géneros literarios de vanguardia en Latinoamérica se caracterizaron por dar a conocer las historias de gentes que padecían exclusión social, política o económica. Sin que haya sido coincidencia, el surgimiento de esta tradición se dio paralelamente a la aparición de nuevos sujetos políticos recientemente

te movilizados, tales como obreros, mujeres y grupos étnicos. Este acontecer político, denominado a veces como “nuevo nacionalismo”, se caracterizó por la aparición de líderes populistas quienes redefinieron la nación en términos de un rechazo del elitismo y racismo tradicionales propios del liberalismo decimonónico y propugnaron por la instauración de regímenes políticos menos excluyentes. Como muestra de cómo la literatura testimonial representó una continuación de esta tradición, justo cuando aparecía en escena en las décadas de 1960 y 1970, su género predecesor, el realismo mágico, se encontraba en pleno auge de reconocimiento internacional, en buena medida por su representación de grupos sociales previamente excluidos. Los autores del realismo mágico, como el colombiano Gabriel García Márquez y el mexicano Carlos Fuentes, ganaron premios Nóbel y vendieron millones de libros en todo el mundo, un éxito que se debió no solamente a sus audaces y complejas formas narrativas sino porque también incorporaron como protagonistas a prostitutas, indígenas, africanos y obreros.

Pero los académicos no interpretaron por igual a la literatura testimonial. Mientras que unos aceptaron el género y se convencieron de que cumplía su objetivo de luchar contra la exclusión, otros señalaron ciertas complejidades. Los críticos literarios comenzaron a cuestionar la supuesta neutralidad de los intelectuales que recibían el testimonio y le daban forma para su publicación. Se preguntaban si estos intelectuales eran simples medios para el testimonio, o si inevitablemente reformaban el contenido durante la entrevista y la posterior edición. Es más, los críticos señalaron que las casas editoriales necesariamente debían tomar en cuenta los volúmenes de venta de las obras testimoniales, lo que creaba un conflicto de interés potencial mediante el cual las fuerzas del mercado podrían incidir en el proceso de edición. A fin de cuentas, casi todos los lectores de literatura testimonial se encontraban en Norteamérica y Europa, no en las sociedades o culturas de donde provenían los protagonistas del testimonio. Una estudiosa de la literatura testimonial resumió de manera sucinta la naturaleza problemática de los testimonios orientados a un público lector internacional: “El editor [el intelectual ajeno] debe... organizar la transcripción de acuerdo a criterios de verosimilitud que resulten aceptables al lector, cuya concepción de lo que es o no creíble puede ser completamente diferente al del narrador [el protagonista del testimonio]”.⁷

La controversia reciente en torno a la obra testimonial de Rigoberta Menchú ofrece un ejemplo patente de estas complejidades. El antropólogo estadounidense David Stoll sostiene en un estudio reciente que algunos de los hechos que Menchú describe en su testimonio no ocurrieron. Por otra parte, Stoll investigó el proceso mediante el cual se elaboró el testimonio de Menchú. Estableció que un connotado y ampliamente respetado historiador guatemalteco, Arturo Taracena, jugó un papel clave para trasladar a Rigoberta a Francia y ponerla en contacto con la antropóloga venezolana, Elizabeth Burgos-Debray, quien “recogió” la historia de Menchú. Taracena estaba identificado con la izquierda política durante la guerra civil de Guatemala y reconoció recientemente que había jugado un papel decisivo en la revisión del testimonio de Menchú antes de someterlo a publicación. Semejantes revelaciones han llevado a algunos estudiosos como Stoll a preguntarse si cuestiones políticas no se entrometieron en la “verdad” de la historia de Menchú. También ha habido cierta polémica acerca de las regalías considerables generadas por las ventas del testimonio. Menchú y Taracena afirman que Burgos-Debray se quedó con las regalías en vez de donarlas a las organizaciones dedicadas a la causa de la población indígena de Guatemala, tal como se había acordado en un principio.⁸

Las complejidades en torno al testimonio de Menchú han dado sustento a los argumentos de los críticos literarios quienes señalan la naturaleza potencialmente artificial de los momentos en que se “escriben” los testimonios, aquellas sesiones en que los protagonistas relatan sus historias al entrevistador supuestamente ajeno a las mismas. Estos críticos afirman que el intercambio entre protagonista y entrevistador es inherentemente artificial y que las condiciones bajo las cuales se realiza son potencialmente determinantes. Al fin de cuentas, se preguntan, ¿cómo se han puesto de acuerdo las partes para reunirse, y cómo han definido, el uno al otro, el objetivo de la reunión? Además, ¿bajo qué condiciones se cuenta la historia y qué determina cuáles preguntas se harán?

Los antropólogos se han hecho estas mismas preguntas difíciles en años recientes cuando se han dedicado a reevaluar los méritos de la investigación etnográfica. Los que en un tiempo se consideraron estudios científicos y objetivos de otras culturas han sido sometidas a nuevas teorías antropológicas que han desacreditado su objetividad. Estas teorías plantean que la mera presencia de un etnógrafo en una cultura extraña tenía el potencial de afectar su equilibrio “natural” y sesgar los resultados obteni-

dos. Por otra parte, los objetivos de la etnografía y la disposición del etnógrafo pueden afectar la manera en que los informantes comparten la información y cómo se recoge el material. Un ejemplo interesante es el de Rigoberta Menchú cuando le dijo a Burgos-Debray que estaba guardando en secreto algunas partes de su historia: “Pero, sin embargo, todavía sigo ocultando mi identidad como indígena. Sigo ocultando lo que yo considero que nadie sabe, ni siquiera un antropólogo, ni un intelectual, por más que tenga muchos libros, no saben distinguir todos nuestros secretos”.⁹

Los análisis críticos de la literatura testimonial proporcionan un fundamento valioso para una reevaluación de *Miguel Mármol*. Cuando Dalton y Mármol se sentaron juntos en Praga en 1966, no existió un objetivo previo para su reunión. Se encontraron de casualidad, y una vez que acordaron realizar una serie de entrevistas, no tuvieron en mente la elaboración de un testimonio en primera persona. En una carta escrita a Dalton inmediatamente después de la entrevista, Mármol minimizó la importancia de su historia de vida y sugirió expresamente que, aparte de lo que Dalton hiciera con sus notas, éstas no deberían servir sino de inspiración para que se hiciera más investigación sobre la historia salvadoreña.

La abundancia de detalles que son una recopilación de hechos vividos, creo que no son para insertarlos en un documento que se supone sea un tanto serio y preciso. No más deben servir —a juicio mío— para la investigación amplia y minuciosa; analítica y crítica.¹⁰

La literatura testimonial todavía estaba en pañales en 1966, y Mármol tenía poco o ningún conocimiento de su existencia en ese momento. Evidenció ignorancia del género veinte años después de las entrevistas con Dalton cuando fue entrevistado por un académico estadounidense.

G [Gugelberger, entrevistador]: ¿Tiene usted conocimiento del género, de la literatura testimonial, y de autores como Rigoberta Menchú de Guatemala?
M [Mármol]: En realidad no. He oído de ella pero nunca la he leído. Me han preguntado acerca de Roque y me han contado de otros autores.¹¹

Dalton, por el contrario, conocía del concepto testimonial. En el prólogo de la versión final de *Miguel Mármol*, dijo que se había familiarizado con “las más notables obras de ‘literatura factográfica’”.¹² Se había ins-

Resulta interesante observar cómo Dalton distingue entre las notas que tomó mientras escuchaba a Mármol, a las cuales se refiere como “el testimonio de Mármol” y “materia prima fáctica” y la forma final que tomó el libro, una “novela-verdad”. Esta distinción supone que Dalton reconoció que estaba transformando las palabras de Mármol de su forma “fáctica” a una narrativa terminada de calidad publicable. Por cierto, Dalton afirmó más tarde que, “Después de estudiar esas posibilidades me decidí por una vía ambiciosa, presentar el material tal y como fue recogido por mi en la entrevista” [falta de acentos reproduce el original].¹⁵ En última instancia, Dalton estaba convencido de que el manuscrito en su versión última reflejaba la verdad de la vida de Mármol, pero aún él parecía lidiar con las contradicciones entre sus notas manuscritas y el producto final.

En los pasajes anteriores Dalton también se refiere a las cualidades particulares de sus notas. Comenta que fueron tomadas a mano y que consistían de abreviaciones, letra pequeña y aglomerada y varios términos diseñados para auxiliar su memoria cuando se disponía a revisar el material. Destaca esto para rechazar la idea de que su método de recopilar datos entorpecería su habilidad para lograr la objetividad en su “novela-verdad”. Pero al hacerlo, también revela que estaba consciente del reto que suponía convertir su materia prima en una narrativa coherente e interesante.

Por cierto, las notas originales de Dalton revelan que tenía un estilo muy particular de grabar los testimonios. Las notas de sus entrevistas suman setenta y dos. Consisten de cincuenta y cuatro páginas numeradas, con las impares numeradas en la esquina superior derecha, además de dieciocho páginas sin numeración a las cuales hemos asignado números romanos (i-xviii). Del total de setenta y dos páginas, siete están en blanco y seis casi no contienen información, lo cual deja un total de sesenta y una páginas enteras de texto generadas durante las sesiones de entrevistas. Dalton describió el carácter de estas entrevistas en su prólogo al libro: “La entrevista propiamente dicha se prolongó durante tres semanas, a través de sesiones diarias de trabajo que oscilaban entre seis y ocho horas de duración... La entrevista fue recogida por mi directamente, escribiéndola a mano en un gran cuaderno.¹⁶ Resulta curioso que en sus notas Dalton afirmó que las entrevistas duraron solamente “más de una semana.”¹⁷ En el texto de sus notas y en los márgenes de las páginas, Dalton utilizó varios recordatorios, especialmente “ojo”; también insertó flechas, recuadros y otras herramientas para organizar las ideas o agrupar las palabras. Más allá

de la pregunta obvia y evidente de cómo Dalton convirtió sesenta y una páginas de notas manuscritas en un libro de más de quinientas páginas, vale la pena observar que su materia prima es bastante enrevesada. Sus notas se asemejan más a las que toma un antropólogo en el terreno de los hechos o a un borrador de una novela que a una versión taquigráfica de un testimonio. En este sentido, Dalton se convierte más en un etnógrafo que en un anotador neutral.

Además de las sesenta y una páginas de notas, Dalton tuvo a mano aproximadamente sesenta páginas de material adicional que utilizó para redactar el manuscrito final de *Miguel Mármol* (Una lista de este material puede encontrarse en la sección de fuentes citadas al final de este estudio). Entre este material se encuentran algunos documentos originales de Mármol, incluyendo cuatro poemas inéditos, una media decena de cartas a Dalton de una extensión de una a cinco páginas cada una, y un manuscrito de veinte páginas en el cual Mármol describe el tiempo que vivió en Guatemala en la década de 1940 – una etapa de su vida que no figura en *Miguel Mármol*. Finalmente, el paquete de documentos que conservó la familia Dalton contiene una variedad de documentos cortos que se originaron en el PCS o en organismos comunistas internacionales.

Si bien es cierto que Dalton y Mármol no tenían una agenda precisa en mente cuando acordaron reunirse para conversar en 1966, Dalton estaba muy claro de las implicancias políticas de la historia de Mármol. Creía que al publicarse estaría creando conciencia sobre acontecimientos históricos claves que habían permanecido ocultos del público en El Salvador. Además, estaba convencido de que el contenido de la historia de Mármol respaldaba sus propias creencias políticas, vale decir, un comunismo cada vez más militante. A fin de cuentas, Mármol era un sobreviviente de una represión militar extrema, un hombre sin educación formal que había dedicado su vida al marxismo. Desde la perspectiva de Dalton, el comunismo de Mármol y su condición de miembro del partido le otorgaban la autoridad moral para representar el pasado trágico de El Salvador y le daban a su vida un significado especial. Dalton explica esto en sus notas:

Y desde el punto de vista del interés político, creo que la autoridad moral del informante —miembro del Comité Central del Partido Comunista de El Salvador— [tachón], los juicios espontáneamente contruidos por él

para explicar los fenómenos que va presentando, son suficientes para obligar al lector —especialista o no en los problemas de la Revolución— [tachón] [a] construir sus propias conclusiones, que, al final de cuentas, son problemas de puntos de vista...a llegar a conclusiones responsables sobre el drama salvadoreño.¹⁸

género de la novela o novela-novela del cual "Los hijos de Sanchez de Pavia" es una obra maestra. Al fin y al cabo nadie ha establecido que la grabadora eléctrica sea lo determinante en ese género. Y desde el punto de vista del interés político, cree que la autoridad moral del enfermero y miembro del Comité Central del Partido Comunista de El Salvador - Miguel Mármol - al presentar los hechos, los juicios supletoriamente con otros por el fin de explicar los fenómenos que va presentando, son suficientes para obligar al lector a construir sus propias conclusiones, que al final de cuentas, son problemas de puntos de vista. a llegar a conclusiones responsables sobre el drama salvadoreño.

4-2 Página del cuaderno original de Dalton

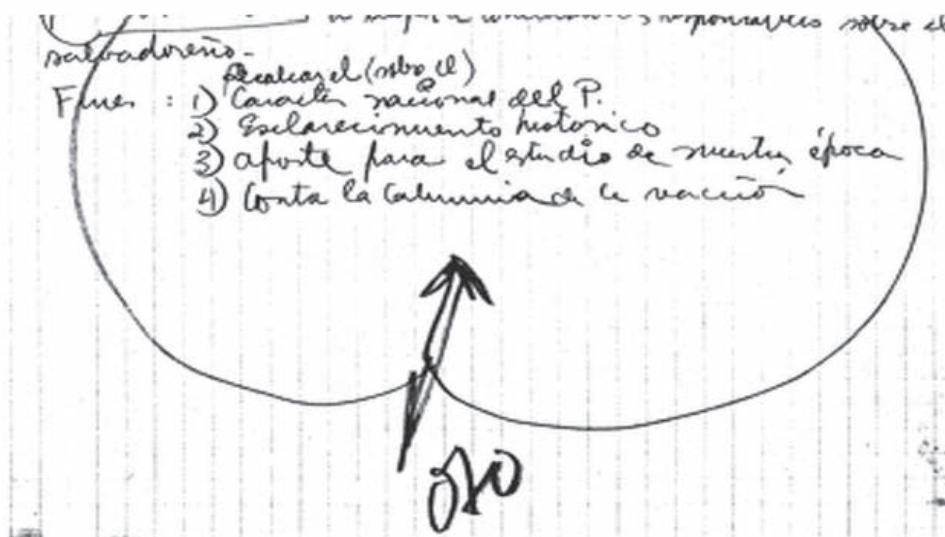
En la versión publicada, Dalton aclaró la identidad de Mármol como un comunista para justificar la relevancia de la historia de su vida. Planteó el asunto en términos muy sencillos: "Miguel Mármol es una personalidad legendaria entre los comunistas salvadoreños, un comunista muy conocido entre los marxistas y revolucionarios de Guatemala y un revolucionario casi desconocido por los revolucionarios latinoamericanos de hoy [...] encarnación prototípica del dirigente obrero y campesino comunista latinoamericano".¹⁹ Si Mármol no hubiera sido comunista, y su historia no se hubiera prestado a la promoción del comunismo y el estudio de 1932, a Dalton no le habría interesado. Como artista y salvadoreño, puede que haya considerado la historia de vida de un obrero pobre de San Salvador como un ejemplo interesante de folclor, pero sus méritos como ejercicio literario y declaración política habrían sido menos atractivos o convincentes.

Dalton dejó en claro en sus notas que uno de los principales objetivos de las entrevistas con Mármol sería el de aclarar la situación contemporánea del Partido Comunista Salvadoreño. En sus notas, Dalton establece éste como el primero de cuatro objetivos que pretendía alcanzar como subproducto eventual de las entrevistas.

recaltar el (sobre el)

- Fines: 1) Carácter nacional del P.
2) Esclarecimiento histórico
3) Aporte para el estudio de nuestra época
4) Contra la calumnia de la nación.

(OJO)²⁰



4-3 Página del cuaderno original de Dalton

Dalton destacó estos objetivos al colocarlos dentro de un círculo con una flecha que lo atraviesa por el centro y a la par la palabra “ojo” escrita en mayúsculas. En otras palabras, al igual que en sus escritos históricos anteriores, *El Salvador* y *El Salvador: Monografía*, Dalton era de la opinión que el contenido del material histórico revelado por la vida de Mármol sería relevante para los asuntos contemporáneos y, de manera especial, para sus compañeros comunistas. En vista de que los acontecimientos de 1932 se convirtieron en la piedra angular de *Miguel Mármol*, Dalton estaba reconociendo, sin necesidad de mayores explicaciones, que se proponía que el testimonio de Mármol trasladara a los comunistas contemporáneos las lecciones que podrían entresacarse del levantamiento de 1932.

Lo que convierte a Dalton como interlocutor de la vida de Mármol en algo especialmente interesante es que en 1966 él y Mármol estaban encaminados a convertirse en adversarios ideológicos. Fue en Praga que Dalton

comenzó a endurecer su oposición a la opinión de larga data del PCS de que la insurrección debía retrasarse hasta que las condiciones sociales en El Salvador maduraran completamente. Cuando el mentor y compañero de partido de Dalton en la Universidad de El Salvador, Jorge Arias Gómez, visitó a Dalton en Praga, se dio cuenta del desencanto ideológico en su joven protegido.²¹ Mármol, por el contrario, era un alto dirigente y leal miembro del partido durante toda su vida. Para cuando terminó de escribir *Miguel Mármol*, su descontento hacia el partido se había profundizado y estaba buscando alternativas en nuevas organizaciones más radicales, como el ERP. Puede ser que Dalton se haya identificado con la vida de Mármol como una oportunidad literaria y política, pero él y Mármol discrepaban acerca del futuro del partido en El Salvador. Es lógico suponer también que hayan discrepado acerca de su pasado, al igual que otras facciones dentro del partido en aquellos tiempos. No sabemos si Mármol y Dalton se dieron cuenta de sus diferencias ideológicas durante las entrevistas que sostuvieron. Es difícil imaginarse que un par de camaradas tenaces cuyas vidas giraban tanto en torno a la ideología no se hayan percatado de sus diferencias después de tantas horas de discusiones. Al margen de que se hayan dado cuenta o no, el hecho real de sus posiciones ideológicas encontradas se refleja en la enorme complejidad de *Miguel Mármol*, lo cual sugiere la posibilidad de que el desacuerdo ideológico entre los dos se haya expresado en sus conversaciones y en el contenido final del libro. En teoría, al menos, Mármol y Dalton se habrían inclinado, acaso con sutileza e inconscientemente si no expresa y abiertamente, a narrar e interpretar el pasado de manera diferente.

Miguel Mármol y 1932

El asunto de las diferencias ideológicas adquiere particular importancia en el contexto de la versión de 1932 que se encuentra en *Miguel Mármol*. Ambos Mármol y Dalton se inclinaron por destacar la centralidad de 1932 en la vida de Mármol y la historia de El Salvador, en tanto se perfilaba como una oportunidad para revelar los crímenes de la elite. Pero de nuevo, en teoría, Mármol y Dalton se habrían inclinado por interpretar el 32 de manera diferente; Mármol lo entendería como prueba del acierto de la línea del partido al retrasar la insurrección, mientras que Dalton lo

vería como una justificación para intensificar la lucha. La posibilidad de que existiera desacuerdo entre Mármol y Dalton plantea la pregunta de cuán preciso fue el registro por parte de Dalton de las palabras de Mármol y si los dos camaradas expresaron desacuerdos durante sus conversaciones acerca de las lecciones de 1932. Por supuesto, es imposible saber si semejantes desacuerdos ocurrieron porque solamente poseemos las notas de Dalton. En su introducción a la versión final Dalton justifica su método de notas manuscritas cuando afirma que, al final del proceso, Mármol revisó sus notas e hizo algunos cambios en presencia de Dalton.²² Sin embargo, los cuadernos no muestran que Mármol haya agregado o quitado algo. Si suponemos que las notas de Dalton contienen en términos generales una versión fiel de las palabras vertidas por Mármol, entonces una comparación con la versión final publicada podrá revelar si la narrativa de Mármol fue sometida por Dalton a un proceso de edición selectiva.

Los acontecimientos de 1932 constituyen el punto focal de toda la narrativa de *Miguel Mármol*. El subtítulo del libro, *Los sucesos de 1932 en El Salvador*, define el año de 1932 como el contexto primario para comprender la vida de Mármol. Las referencias a 1932 se encuentran dispersas en todo el texto, pero las principales descripciones del levantamiento aparecen en dos secciones; la primera consiste de aproximadamente diez páginas en el capítulo 6 (de un total de once capítulos) y proporciona una descripción detallada de los días inmediatamente anteriores al estallido de la revuelta. La segunda consiste de aproximadamente treinta y cinco páginas hacia el final del capítulo 7 y defiende la decisión del partido de rebelarse.²³ En términos de la narración, los acontecimientos de 1932 constituyen el clímax de la historia, al cual se agrega el resto de la vida de Mármol después de 1932 a manera de resolución o conclusión. Por cierto, los acontecimientos de 1932 son de tal magnitud, y la forma en que Mármol burló al pelotón de fusilamiento es de un dramatismo tan natural, que la razón para elaborar una narrativa en torno a su vida cae por su propio peso. Pero es de notar que los acontecimientos de 1932 constituyen solamente una pequeña parte de la historia de vida de Mármol, y de hecho Mármol no tenía muchos conocimientos a título personal de la región occidental cuando ocurrió la revuelta. Había estado allí pocas veces en los meses anteriores a enero de 1932, y durante el levantamiento propiamente se encontraba en

San Salvador, donde fue detenido primero y fusilado después. Por ende, la historia de Mármol contiene limitaciones importantes si se trata de revelar lo que transcurrió durante la insurrección.

No obstante, la versión impresa de *Miguel Mármol* contiene múltiples afirmaciones, atribuidas a Mármol, que insisten en que la historia de 1932 contiene lecciones claves para los miembros contemporáneos del partido y para las discusiones internas del partido. En una de ellas, Mármol dice: “Y una cosa es cierta: Que el comunista que no tenga claro el problema del 32, su significado y sus experiencias, no podrá ser un buen comunista, un buen revolucionario salvadoreño”. Unas páginas antes, Mármol supuestamente dijo: “Mientras los sucesos del 32 no estén claros en la cabeza de los trabajadores salvadoreños, la vanguardia revolucionaria tendrá para su trabajo un obstáculo ideológico muy serio”.²⁴ Sin embargo, dichos comentarios no se encuentran en los cuadernos de Dalton, que guardan silencio por lo general sobre este tema. Lo más que se aproximan los cuadernos a vincular la interpretación del pasado que hace Mármol con los debates contemporáneos es un comentario en que se pregunta si la vida de Mármol nos proporciona “materia prima fáctica para construir un ensayo político encargado de dar nuestras respuestas a muchas de las preguntas que plantea el estudio de la historia revolucionaria salvadoreña de este siglo”.²⁵ En resumidas cuentas, existen discrepancias importantes entre los cuadernos y la versión final de *Miguel Mármol* en cuanto al papel que debía jugar la interpretación de 1932 que ofrece Mármol en la conformación del quehacer contemporáneo del partido. Esta discrepancia sugiere que Dalton le otorgaba más importancia a los acontecimientos de 1932 que el mismo Mármol y que, además, Dalton quería orientar la historia de 1932 en apoyo a su creciente oposición a la línea tradicional del partido sobre el tema de la insurrección. En otras palabras, los puntos de vista de Dalton pueden haberle proporcionado el incentivo, consciente o inconscientemente, de formular la historia de vida de Mármol como un argumento a favor de la insurrección.

El texto final contiene una clara defensa de la causalidad comunista. En palabras de Mármol: “En 1932 hicimos una insurrección comunista”.²⁶ La voz de Mármol entonces sostiene que el PCS fue la variable decisiva que determinó la naturaleza y el momento de la revuelta y también afirma que el PCS logró su objetivo de convertirse en la vanguardia de las masas, “den-

tro de las condiciones del país en aquel entonces, [el Partido] podría ponerse a la cabeza de las masas y plantear la revolución.”²⁷ Además de sus alegatos explícitos que describen al PCS como el protagonista clave en 1932, *Miguel Mármol* postula la causalidad comunista mediante lo que podría describirse como una “inercia en la narrativa”; es decir, por el simple hecho de que Mármol narra los hechos desde la perspectiva del Comité Central en San Salvador, le atribuye una importancia decisiva a las decisiones del Comité en el desarrollo de los acontecimientos. En tanto la historia de la vida de Mármol, la narrativa se centra en el activismo obrero y el Partido Comunista. Naturalmente, el libro cuenta la historia de la insurrección desde la única perspectiva que Mármol conocía, el funcionamiento interno del Comité Central. Esta perspectiva traslada al lector la impresión de que las decisiones que tomaba el Comité Central determinaron la naturaleza y el curso de la insurrección. Cuando recuenta los inicios de la insurrección, la voz de Mármol dice: “El llamado insurreccional del Comité Central había llegado a diversos lugares de occidente y las masas organizadas, disciplinadamente, habían comenzado a si mismo a entrar en acción.”²⁸

Miguel Mármol proporciona respaldo adicional a la tesis de la causalidad comunista cuando la voz de Mármol da cuenta de la derrota de la insurrección. En un planteamiento casi idéntico al de Buezo en *Sangre de hermanos* (1944), *Miguel Mármol* dice que el derrumbe de la organización del Comité Central del partido fue el factor decisivo en la derrota. La verdad es que la voz de Mármol acusa al partido de tomar algunas decisiones equivocadas pero describe el ataque del gobierno al partido, y en particular, la captura de Martí el 18 de enero, como las acciones determinantes. La captura de Martí develó la rebelión y le dio tiempo al gobierno para prepararse, con lo cual el partido perdía su única ventaja, el elemento de sorpresa. La voz de Mármol dice que la captura de Martí desarticuló las líneas de comunicación del PCS, al grado que durante los días decisivos antes de la revuelta los dirigentes principales perdieron contacto entre si y con las masas en el occidente. En consecuencia, el ejército campesino del partido entró en combate sin liderazgo. La implicación de esta línea de argumentación es inconfundible; el partido había organizado la rebelión y establecido su liderazgo sobre las masas del occidente, pero falló al no cumplir su rol necesario en los momentos críticos finales.

A esta línea de razonamiento la voz de Mármol agrega algo semejante a una teoría de conspiración según la cual el gobierno sabía de la revuelta y permitió que procediera con miras a desenmascarar a los rebeldes y a sus dirigentes comunistas, permitiendo así que el ejército eliminara a sus adversarios de un solo golpe decisivo. De acuerdo a la voz de Mármol, esta teoría de conspiración proporciona la única explicación de por qué las regiones que no estaban bajo el control del PCS se hayan unido a la rebelión – porque el gobierno los incitó a entrar en acción por medio de violencia premeditada. De nuevo, *Miguel Mármol* apuntala la creencia de que fuera de cualquier circunstancia inusual, el PCS proveyó la inspiración intelectual y la dirección organizadora de la revuelta.

Una nueva configuración de la narrativa

La creación de *Miguel Mármol* ocurrió en tres etapas: Mármol transmitió su historia oralmente a Dalton; Dalton escribió a mano las palabras de Mármol en sesenta y una páginas de cuaderno; y entonces convirtió sus notas en un manuscrito acabado durante un período comprendido entre 1966 y 1971. No tenemos forma de saber qué fue lo que Mármol le dijo en realidad a Dalton durante esas entrevistas en 1966. Solamente tenemos lo que Dalton anotó en sus cuadernos y después lo que se conoció en la versión final del texto. Una comparación entre estos dos cuerpos de evidencia revela mucho acerca de la manera compleja en que *Miguel Mármol* adquirió forma. Las diferencias observadas entre los cuadernos y el manuscrito final revelan que *Miguel Mármol* representa un proceso de lo que llamamos “re-configuración de la narrativa”, mediante la cual Roque Dalton reorganizó la historia de Mármol, o al menos lo que Dalton anotó como palabras de Mármol.

Ha habido discusiones acerca de la opinión de Mármol sobre la versión publicada de su historia, es decir, si el libro refleja fielmente lo que recuerda haberle dicho a Dalton. La evidencia sobre este asunto, desafortunadamente, no es sino anecdótica. Una periodista y antigua guerrillera en El Salvador afirma que Mármol le dijo que había leído el libro y que lo encontró tan inexacto que quiso escribir un correctivo durante su exilio en Cuba.²⁹ Ileana Rodríguez, una estudiosa de la literatura testimonial que trabaja en Estados Unidos, escribió que Mármol expresó su desilusión porque Dalton no incluyó

aspectos de su vida personal en la versión final, pero no proporciona evidencia a tal efecto.³⁰ Jorge Arias Gómez, por el contrario, en su memoria de 1998 sobre su relación con Roque Dalton, cuestionó específicamente a los críticos que afirmaron que *Miguel Mármol* era “una invención o, por lo menos, recreación imaginaria de Roque”. Arias dijo que Mármol “tuvo en sus manos el libro, todavía con la tinta fresca, y en ningún momento contradijo ni una tan sola de sus líneas. Mi amistad con Miguel, me permitió conocer sobre este punto, y él, personalmente, me reafirmó que el libro contenía lo que había dicho en la larga entrevista”.³¹ La afirmación de Arias es convincente, pero no sabemos nada del contexto en que se dio la supuesta conversación con Mármol, y ya habían pasado casi veinticinco años desde la conversación y el momento en que Arias escribió sobre ella. En resumidas cuentas, la existencia de estos alegatos contradictorios y la ausencia de más evidencia definitiva significan que la opinión de Mármol en torno a *Miguel Mármol* sigue sin conocerse.

La re-configuración que Dalton efectuó del texto puede descomponerse en tres categorías: (1) los cambios en la narrativa para que se ajustaran a una cronología lineal; (2) el agregado o la eliminación de elementos narrativos; y (3) el uso de citas “escondidas”, es decir, la inserción de bloques de texto procedentes de otras fuentes sin que se cite cuidadosamente su origen, dando así la impresión de que son palabras de Mármol o, cuando menos, parte del texto corrido. En su conjunto, estas intervenciones crean una narrativa coherente con una trama que no siempre coincide con el contenido de las notas originales de las entrevistas.

La cronología lineal

Las notas de Dalton del testimonio que le proporcionó Mármol no se ajustan a una cronología lineal, lo que demuestra que Mármol le contó su historia a Dalton sin preocuparse mucho – o nada – del orden temporal en que ocurrieron los acontecimientos. Un ejemplo concreto se encuentra en las páginas 35 y 36 de los cuadernos, que contienen aproximadamente cincuenta líneas enigmáticas que se refieren a cuatro episodios de la vida de Mármol de los años 1927, 1932, 1934 y 1944. Pero Mármol no le relató los episodios a Dalton en orden cronológico: Se los relató en este orden,

1932, 1944, 1934 y 1927.

Anécdotas del 32

ánimas benditas} [tachón] Cujuapa, Ilopango
sáfame las pitas}

San Joaquín – El que sobraba en el grupo de fusilados
El patrón lo salvó –
Los amates, Santa Tecla –

La vaca y los toros al pie del abismo: el trisagio! –
| Año 1944 |

La oración en la cueva del tigre |
1) 400 hombres esperando volar un puente |
2) latizón de chuchos – miedo |
[enmarcado en rojo en el original]

“El Patillo Brujo” (ojo: apodo como pescador)
Anécdota de la roca, caída al lago.

Chigüichón – Cementerio de Guatemala
Apartate! Se le fueron los frenos al carro.

“El Fantasma rojo del Barrio de la Esperanza
aparecía por los puentes
Pero ahí se reunía: en el puente.

(1934 Temporal terrible la hija era “dama de Sagrera”
7 junio – lluvia Cónsul de España

La casa en que estaba refugiado era fuerte. Estaba en el altillo (máquina de escribir)

Sus hijos vivían en un mesón débil. Por la lluvia el se decidió a ir a dejarlos a su casa. “No cherito, Ud. No debe salir yo los llevo”. Y el temporal se llevó la casa. Ellas llegaron desnudas luego a refugiarse a la humilde pieza del mesón.

No les dispararon en la ley marcial. Dña. María: los Guardias que a nadie respetaban

Dueño de la casa de citas y chaparro

El niño Tarzan

Escuelas especiales para huérfanos

Luego se transformó en la rural de Izalco

Quiñónez: alcaldes del campo.

El sindicalismo se creo no x Quiñónez sino porque no era riesgoso oro plata asuntos culturales. Quiñónez fue el Osorio de esta época Jesús Martín era el alcalde de S Martín cuando Quiñónez³².

Anécdotas del 32. (35)

ánimas benditas } Sofame las pitas } ~~San Juan~~, Cajuapa, Hopango

San Joaquín - El que sobraba en el grupo de pua ludo
El patito lo salvó -
los amate, Santa te da -

La roca y los tioro al pie del abismo: el ti sagio!
Año 1948

La oración en la cueva del tigre

- 1) 400 hombres esperando oír un puente
- 2) Salición de chuehos - miedo -

"El Patillo Buzo" (ojo: apodo como pascado)

anécdita de la roca, caída al lago -

Chi guichón - Comentario de Guatemala
apunta te! se le fueron los frenos al carro.

"El Fantasma rojo del Branio de la Esperanza"

Apareció por los puentes
Pasó ahí se reunía: en el puente -

1934 Temporal Terrible la laja era "dama de
7 junio. Fluvia = "Propera"
Consul de España

La casa en que estaba refugiado era parte de Estiba en
el altillo (maquina de kachin)
Sus hijos vivían en un matorral debil. Por la lluvia
el se decidió a "dejarlos a su casa": no churito, lid. no del
nabigo lo llevo. By el temporal se llevo la casa. Ellos
lloraron. desmudar luego a refugiarse a la hamil de piza
del meson.
No les dispararon en la ley Marcial. Día María: los guardias
que a nadie respetaban

Dueño de lana de ceta, y chaparro
 El niño Tarzan
 Escuelas especiales para huérfanos
 luego se transformó en la rural de Izalco
 Uniónes: al caído del campo.
 Es sindicalismo no se creó no x Uniónes sino porque hacen negocio
 con plata amontonada. Uniónes fue el origen de esta obra
 Quis hacer con el alcalde de San Martín cuando Uniónes
 En cada pueblo la directora de policía era dama de U (Uniónes)

4-4b Página del cuaderno original de Dalton

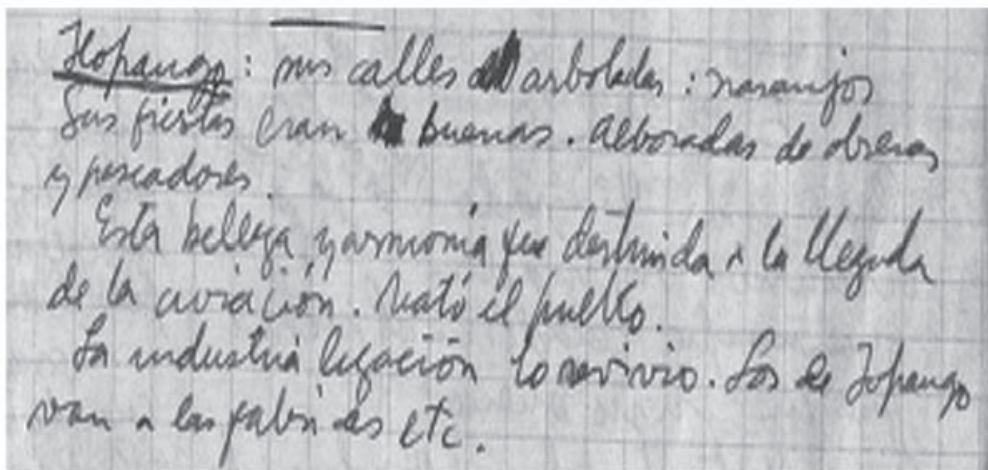
Este ejemplo es típico del resto de los cuadernos, y especialmente de las primeras dieciocho páginas, que se presentan ante el lector como una sola confusión temporal. Mármol le contó su historia a Dalton por pedazos inconexos, moviéndose libremente entre varias etapas de su vida sin preocuparse, al parecer, por los grandes saltos que daba hacia atrás y adelante en el tiempo. Dalton descartó la fluidez cronológica de Mármol y optó, más bien, por una cronología estrictamente lineal para la versión final de *Miguel Mármol* al arrancar con la infancia de Mármol y proceder sin desviaciones hasta sus treinta y cinco años.

Es difícil afirmar con certeza por qué Dalton reorganizó la historia de vida de Mármol en forma cronológica, ya que no dejó registro alguno sobre su forma de pensar en relación a este asunto. Pero existen varias posibilidades, incluyendo el que Dalton simplemente haya preferido narrar el pasado en forma cronológica. Tanto en sus escritos académicos como literarios anteriores a *Miguel Mármol*, Dalton se adhiere, generalmente, a cronologías lineales. Las obras de Dalton *El Salvador* y *El Salvador: Monografía* están organizadas cronológicamente, aun cuando con frecuencia da saltos hacia el presente para explotar la historia en función de algún asunto político contemporáneo. El modelo que Dalton utilizó, según sus palabras, para enmarcar la historia de Mármol como narrativa testimonial, *Los hijos*

de Sánchez de Oscar Lewis, también emplea una cronología lineal. Otra razón que explica posiblemente el que Dalton haya abandonado el enfoque no lineal de Mármol tiene que ver con su formación en el marxismo y su identificación con el concepto modernista del tiempo en Marx. Sin importar las razones que tuvo Dalton, el hecho es que hizo caso omiso del peculiar estilo narrativo de Mármol y reorganizó su historia de vida de acuerdo a sus propias preferencias.

El agregado y la eliminación de elementos narrativos

El hallazgo de las notas originales de Dalton nos permite darnos cuenta, por primera vez, cuán frágil resultaron como armazón para la versión final de *Miguel Mármol*. El simple descubrimiento del hecho de que las notas suman solamente sesenta y una páginas da a entender la considerable influencia que ejerció Dalton sobre el contenido del testimonio de Mármol. En pocas palabras, cuando sesenta y una páginas de notas manuscritas se convierten en más de quinientas páginas de texto impreso, grandes cantidades de información tienen que haberse añadido. La sección en el libro sobre la infancia de Mármol proporciona un ejemplo claro. Las notas de Dalton sobre este tema consisten de cuatro párrafos cortos de texto distribuidos en cuatro páginas.



4-5a Página del cuaderno original de Dalton

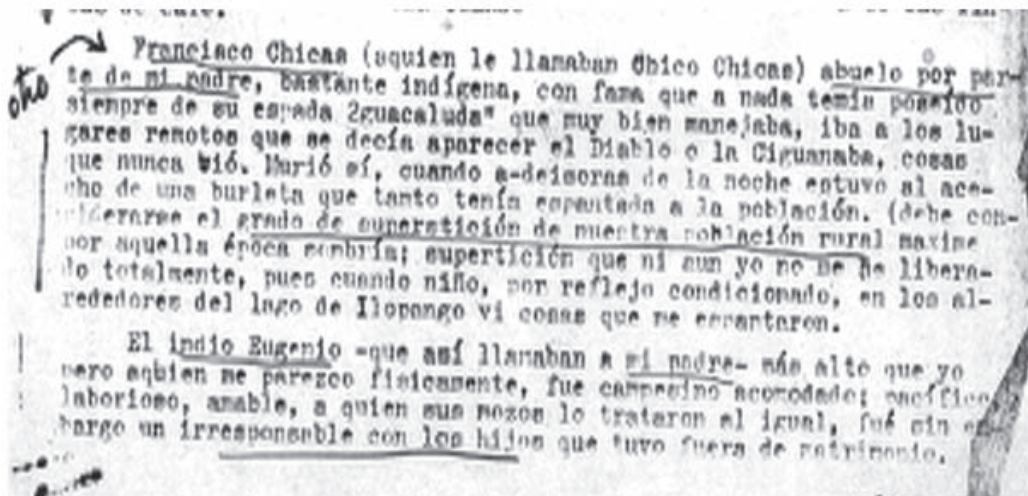
El lo nombró mayordomo del
 pueblo. Y dijo con trazo
 que era un hijo. (8 años)
 Las hijas de él, lo apedrearon.
 Pero él fue victorioso
 Papi mujeriego. Tuvo muchos hijos
 → Él era alcalde por los golpes
 "Este muchacho te va a hacer
 pair a una de esas malditas"
 ambos se humillaron
 yo no fui al juzgado
 Era maldición si más tal.
 Por una su hermana:
 Acaba a casa con ella
 sin saber que se le ocultaba
 su madre.
 Pero con un sobrina de él
 tuvo familia.
 Luego las hermanas lo quisieron
 Pero luego por comunistas lo
 desconocieron.

Ilopango: sus calles [tachadura] arboladas: naranjos
Sus fiestas eran [tachadura] buenas. Alboradas de obreros y pescadores.
Esta belleza y armonía fue destruida x la llegada de la aviación. Mató el pueblo.
La industrialización lo revivió. Los de Ilopango van a las fábricas etc.
Yo no sabía quien era mi padre –
A mí y al pueblo nos decía que era el cap. Carranza.
Ella era amiga de Doña Crescencia –

El lo nombró mayordomo del pueblo. Y dijo con tragos que era su hijo (8 años)
Las hijas de él lo apedrearon
Pero el fue victorioso
Papá mujeriego. Tuvo muchos hijos
El era alcalde por lo golpes

“Este muchacho te va a hacer parir a una de esas malditas”
ambos se humillaron
Ya no fue al juzgado
Esa maldición si más cae.
Por una su hermana:
Se iba a casar con ella
sin saber eso se lo esclareció
su madre.
Pero con una sobrina de él
tuvo familia.
Luego las hermanas lo quisieron
Pero luego por comunista lo desconocieron.³³

Estas pocas líneas, junto con una carta de cinco páginas que Már-mol le escribió a Dalton en 1966, se convirtieron en casi veintiocho páginas de texto impreso.³⁴ El siguiente párrafo de una sección del libro que trata específicamente sobre Már-mol buscando la identidad de su padre, revela cómo Dalton transformó un puñado de palabras inconexas en un pasaje coherente de 340 palabras, imbuido hasta con una personalidad narrativa altamente particular.



4-6 Página del cuaderno original de Dalton

Yo quería saber quién era mi padre y trataba de que mi madre me lo dijera. Pero mi madre consideraba que aquello era un secreto entre ella y él y que ni yo, que era el fruto del secreto, debía saberlo. Cuando pasaba algún señor bien vestido y de aspecto agradable, yo corría a llamarla para enseñárselo y le decía: "Mamá, ¿qué no por casualidad será ese señor mi papá?" Ella se reía y yo me quedaba triste porque aquel señor me había gustado para papá. Finalmente mi madre, tocada por mi chicolía, me dijo una vez que mi padre era el capitán Carranza que vivía en San Salvador. Inmediatamente yo comencé a decirlo a la gente para que todo el mundo se enterara de que yo también tenía papá. Un nombre era ya algo para mí y yo estaba alegre como si tuviera un juguete o algo así. Pero no era verdad que mi papá fuera el capitán Carranza, era solamente un nombre inventado por mi mamá para detenerme la jodedera. Mi papá era el por entonces alcalde de Ilopango, Eugenio Chicas, el indio Eugenio, como le decían. Campesino acomodado, era hijo de un famoso Francisco Chicas, Chico Chicas, tenido como invencible con su espada guacaluda y que se dedicaba a recorrer los caminos nocturnos para encontrarse y entrar en combate con el diablo o con algún mal espíritu. Chico Chicas había muerto del corazón en un camino cercano al pueblo, a deshoras de la noche, cuando se encontraba emboscado al acecho de una burlata que tenía aterrorizada a la población. Mi padre no había heredado la combatividad de mi abuelo y era pacífico, laborioso y afable. Eso sí: un irresponsable absoluto con los hijos que tuvo fuera de matrimonio. Que fuimos muchos. Mi pobre mamá se veía obligada a ocultar aquella paternidad porque mi padre estaba casado y ella misma era muy amiga de su esposa, doña

Crescencia. Yo vine a averiguar que Eugenio Chicas era mi padre en el año en que mataron al Presidente Araujo o sea en 1913, si no me equivoque, cuando andaba yo por los ocho años de edad.³⁵

La fuente de este pasaje consta de menos de setenta palabras de los dos primeros párrafos del cuaderno transcritos anteriormente, además de las siguientes ocho líneas sobre el padre y el abuelo de Mármol que se encuentran en una de las cartas que le escribió a Dalton.

Francisco Chicas (a quien le llamaban Chico Chicas) abuelo por parte de mi padre, bastante indígena, con fama que a nada temía poseído siempre de su espada “guacaluda” que muy bien manejaba, iba los lugares remotos que se decía aparecer el Diablo o la Ciguanaba, cosas que nunca vió.

El indio Eugenio – que así llamaban a mi padre – más alto que yo pero a quien me parezco físicamente, fue campesino acomodado; pacífico, laborioso, amable, a quien sus mozos lo trataron al igual, fue sin embargo un irresponsable con los hijos que tuvo fuera de matrimonio.³⁶

Aunque algunas secciones de las notas de Dalton son más extensas, este ejemplo de la niñez de Mármol ofrece un ejemplo típico de la magnitud de los cambios que ocurrieron cuando se transformaron las notas en el texto final.

En vista de la centralidad del levantamiento de 1932 en todo el proyecto de *Miguel Mármol*, los niveles de re-configuración narrativa que revela son de importancia medular. De las dos secciones principales que tratan sobre el levantamiento en *Miguel Mármol*, el primero – que se encuentra en el capítulo 6 – es de aproximadamente tres mil palabras de extensión. La fuente de esa sección es de aproximadamente tres páginas de los cuadernos de unas mil doscientas palabras. Ambos escritos proporcionan una descripción bastante detallada del funcionamiento del Comité Central del Partido Comunista en San Salvador a comienzos de enero de 1932 mientras sus integrantes debatían sobre la respuesta apropiada del partido ante el incremento del nivel de radicalización de las masas pobres en el occidente del país. Después de comparar ambos escritos, puede concluirse que Dalton respetó sus notas manuscritas de las entrevistas con bastante fidelidad.

Sin embargo, la segunda sección principal que trata sobre el levantamiento hacia el final del capítulo 7 revela grandes discrepancias entre los cuadernos y el texto final. Es en estas páginas donde la voz de Mármol defiende reiteradamente la decisión del partido de rebelarse en 1932 y ataca a los críticos, tanto contemporáneos como históricos, quienes argumentan que el partido se equivocó cuando tomó las armas. La sección abre con palabras dirigidas al lector acerca de la importancia del debate para comprender la situación contemporánea. La voz de Mármol dice: “Solamente he querido adelantar una serie de datos generalmente desconocidos por los salvadoreños, que podrán ser examinados por nuestros camaradas más jóvenes y rendir buen provecho para el análisis [...] se trata de una tarea de organización revolucionaria, de Partido, que los comunistas salvadoreños no hemos cumplido todavía”.³⁷ Los cuadernos no contienen evidencia alguna de que Mármol haya dicho lo anterior durante las entrevistas. Las últimas tres páginas del capítulo 7 analizan el plan militar del PCS y ofrecen una explicación de por qué la insurrección fracasó. Se afirma que los errores tácticos en la ejecución del plan causaron su fracaso, lo cual dejó a las masas rebeldes en el agro occidental aisladas y sin dirección en el momento crítico.³⁸ En otras palabras, no se critica la premisa ideológica tras la insurrección sino que se acusa sin más a los dirigentes del partido de no llevar a cabo su propio plan militar. Esta afirmación hace referencia al meollo del debate ideológico que se estaba dando en las filas del PCS durante la década de 1960. Aquellos que se mantuvieron dentro de la línea del partido de atrasar la insurrección y que creían que el PCS cargaba con la responsabilidad de haberla organizado, como el profesor David Luna de la UES, calificaron la decisión de rebelarse como un error ideológico fundamental. Aquellos partidarios de una línea más radical, como Dalton, sostuvieron que la decisión de rebelarse en 1932 fue ideológicamente sensata y explicaron su fracaso más bien como el resultado de errores tácticos de poca monta. Las tres últimas páginas del capítulo 7 respaldan la tesis de los radicales. No guardan correspondencia con ningún material en los cuadernos o con cualquier otro documento en el archivo de Dalton; es más, contradicen lo que creía Mármol en 1932.

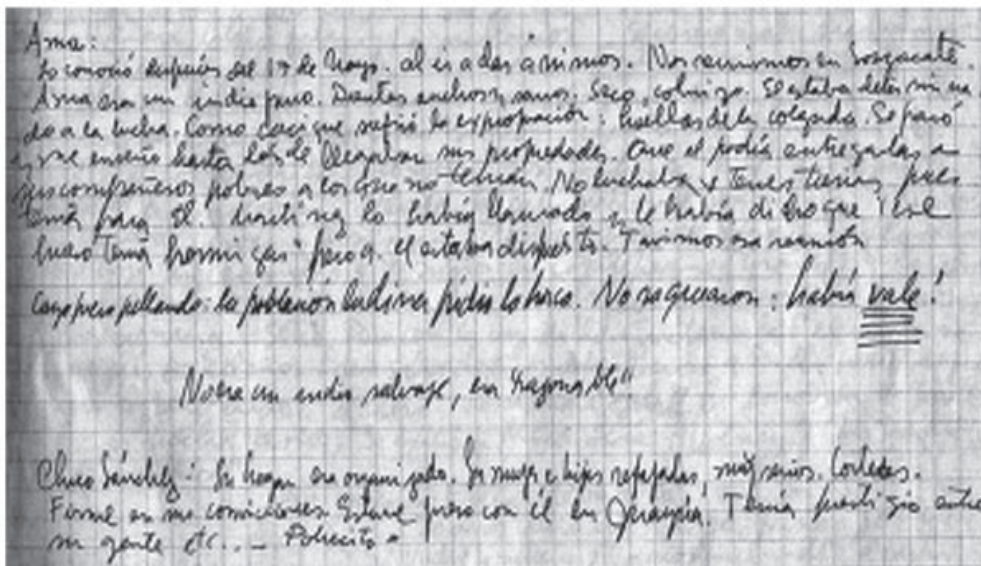
En varios momentos en las últimas treinta y cinco páginas del capítulo 7 del libro, el texto refuta a diversas personas que han criticado la

decisión del partido de rebelarse en 1932. Una de esas es el doctor David Luna. En su ponencia en el Seminario de Historia Contemporánea de 1963, criticó severamente al PCS por embarcarse en una insurrección armada. *Miguel Mármol* critica de manera particular al doctor Luna:

Las condiciones que establecieron *la existencia de una verdadera situación revolucionaria* y que reclamaban el planteamiento de la acción por parte del Partido ante las masas (que es un asunto que no se suele examinar entre nosotros actualmente y que es omitido o disminuido entre otros por el Dr. David Luna en sus análisis, asunto sin lugar a dudas fundamental) eran las siguientes:³⁹

A continuación se esboza en el libro un argumento de diez puntos en contra del doctor Luna. Los cuadernos no hacen referencia alguna al doctor Luna ni contienen material que pueda relacionarse con la crítica de diez puntos que se le hace. Más bien, las fuentes de la crítica son dos documentos manuscritos en el archivo de Dalton. Uno se titula, muy apropiadamente, “anti-Luna”. Es difícil determinar quien lo escribió. La letra definitivamente no es de Mármol y muy probablemente sea de Dalton. El propósito del documento es refutar la ponencia que presentó el doctor Luna en 1963. Grandes trozos del documento figuran, casi palabra por palabra, en la voz de Mármol en la versión final de *Miguel Mármol*. El otro documento, que hemos titulado “OJO” por la primera palabra que contiene, es un análisis de diez puntos de las condiciones en El Salvador que condujeron al levantamiento de 1932. Parece estar redactado en letra de Mármol. El documento “OJO” no presenta un argumento de peso de que el PCS fue responsable por el levantamiento. De hecho, califica el levantamiento como una “Revolución Democrática Burguesa” y nueve de sus diez puntos no tienen nada que ver con el comunismo o el partido; más bien, hacen referencia a varias condiciones sociales y económicas que estaban causando un descontento generalizado en todo el país. Solamente el punto número diez se refiere al Partido Comunista y de manera vaga, sin identificarlo claramente como el ente responsable. No obstante, Dalton entremezcló libremente los contenidos del documento “OJO” con los planteamientos en “anti-Luna” para elaborar una defensa de la decisión de rebelarse. Es más, la sección de *Miguel Mármol* que está basada en estos dos documentos

afirma sin ambages que el PCS era la vanguardia revolucionaria: “El Partido Comunista Salvadoreño tenía, ya a los dos años de su nacimiento, las características de un núcleo de vanguardia que, dentro de las condiciones del país en aquel entonces, podría ponerse a la cabeza de las masas y plantear la revolución”.⁴⁰ Ni “OJO” ni “anti-Luna” contienen este planteamiento.

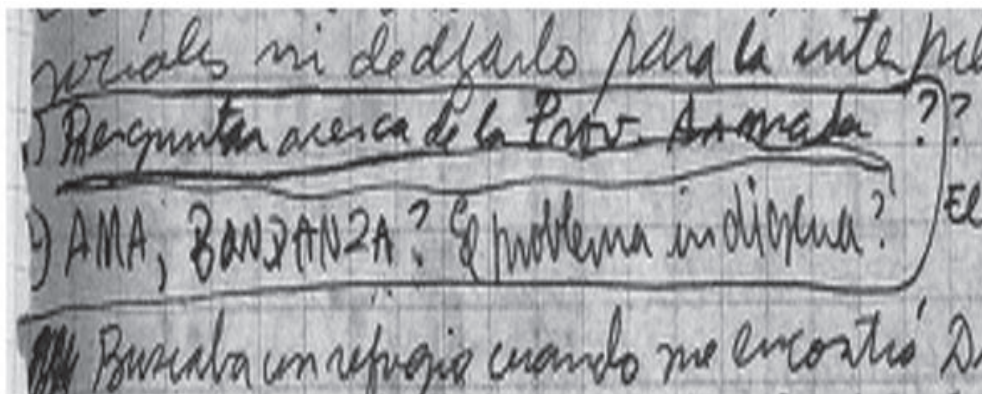


4-7 Página del cuaderno original de Dalton

Otra crítica a aquellos que se opusieron a la decisión del partido de rebelarse es redactada como si Mármol estuviera hablando con Dalton:

Ahora bien, para dar un panorama completo, los pro y los contra, quiero decir que quienes en el interior del Partido se oponían rotundamente a la insurrección, daban, para fundar su criterio, las siguientes razones.⁴¹

A estas palabras se le agrega un argumento de cuatro partes en contra de la decisión a rebelarse. La fuente es otro documento manuscrito en el archivo de Dalton identificado como “anti tesis”, esta vez claramente del puño de Dalton. Dalton trasladó su contenido a la boca de Mármol y procedió entonces, a través de la voz de Mármol, a demostrar las debilidades de los argumentos en contra de la decisión de rebelarse.



4-8 A page of Dalton's original notebook (cuaderno)

En varias ocasiones en la segunda mitad del capítulo 7 de *Miguel Mármol*, la voz de Mármol defiende explícitamente la decisión de rebelarse en 1932. En uno de los casos, Mármol dice, "Nuestros errores fueron en parte una vacilación en la aplicación de una línea que en lo fundamental era correcta".⁴² Esta afirmación y otras por el estilo no tienen respaldo en el material de los cuadernos o en cualquier otro documento que pueda atribuirse a Mármol.

Lo que resulta especialmente interesante acerca de las palabras que Dalton pone en boca de Mármol es que unos pocos años antes aquel compartía la misma interpretación sobre 1932 con Mármol, o al menos la línea tradicional del partido. En *El Salvador* y *El Salvador: Monografía*, la interpretación que Dalton ofrece de 1932 concuerda con la de David Luna, su mentor, Jorge Arias Gómez, y la dirigencia del PCS en general. Pero cuando Dalton se dedicó a escribir la última versión de *Miguel Mármol*, su interpretación de 1932 había cambiado como producto de su nueva interpretación del asunto de la insurrección, de un defensor de la insurrección postergada a la de un activista radical que apoyaba la lucha guerrillera de inmediato.

Además de diversos temas que se le agregaron al texto, *Miguel Mármol* también fue reconfigurado mediante la sustracción de ideas. Dalton optó por no incluir varios elementos en el manuscrito final que sí estaban incluidos en los cuadernos. El tema de la etnicidad es uno de los ejemplos

más evidentes. Es notable que *Miguel Mármol* no incluye sino una referencia pasajera a los indígenas y a las dimensiones étnicas del levantamiento de 1932. Pero las notas de Dalton indican que Mármol hizo referencia con más frecuencia a la etnicidad y que estaba dispuesto a reconocer un fundamento étnico de la rebelión. Fue durante su descripción de dos caciques indígenas supuestamente líderes de los rebeldes, Feliciano Ama de Izalco y Chico Sánchez de Juayúa, que Mármol hizo referencia al carácter indígena de la insurrección. Las siguientes líneas, extraídas de cuatro páginas diferentes de los cuadernos, suman la totalidad de la referencias de Mármol a la etnicidad.

Ama:

Lo conoció después del 17 de mayo. Al ir a dar ánimos. Nos reunimos en Sonzacate. Ama era un indio puro. Dientes anchos y sanos. Seco, cobrizo. El estaba determinado a la lucha. Como cacique sufrió la expropiación: huellas de la colgada. Se paró y me enseñó hasta dónde llegaban sus propiedades. Que él podía entregarlas a sus compañeros pobres a los que no tenían. No luchaba x tener tierras pues tenía para él. [El presidente] Martínez lo había llamado y le había dicho que “ese hueso tenía hormigas” pero q el [Ama] estaba dispuesto. Tuvimos esa reunión.

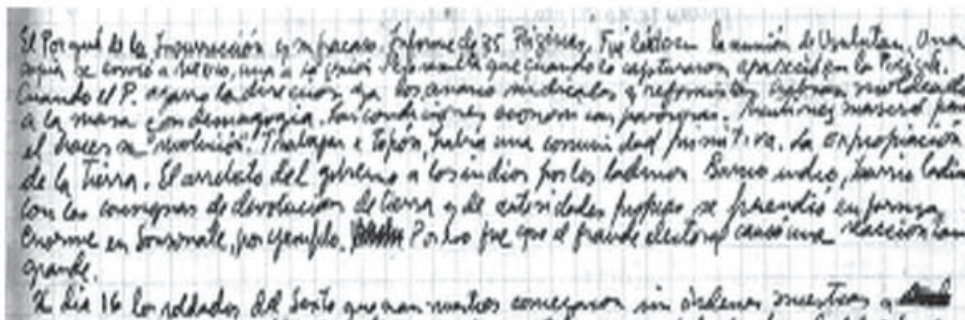
[Ama] cayó preso peleando: la población ladina pidió la horca. No saquearon: había vale!

No era un indio salvaje, era “razonable”.

Chico Sánchez: Su hogar era organizado. Su mujer e hijas refajadas, muy serios. Corteses. Firme en sus convicciones. Estuve preso con él en Juayúa. Tenía prestigio entre su gente etc... Pobrecito.

AMA, BONDANZA? El problema indígena?

El por qué de la insurrección y su fracaso. Informe de 35 páginas. Fue leído en la reunión de Usulután. Una copia se envió a México, una a la Unión [Soviética]. Pero resulta que cuando lo capturaron apareció en la Policía. Cuando el P. [Partido] agarró la dirección ya los anarco sindicales y reformistas habían moldeado a la masa con demagogia. Las condiciones económicas pavorosas. Martínez masacró para el hacer su “revolución”.



4-9 Página del cuaderno original de Dalton

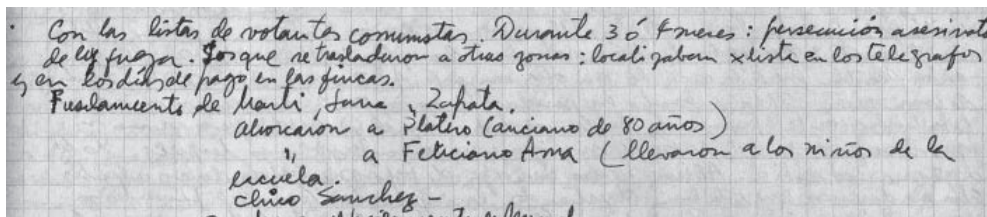
Trabajar x topón, había una comunidad primitiva. La expropiación de la tierra. El arrebató del gobierno [local] a los indios por los ladinos. Barrio indio, barrio ladino con las consignas de devolución de tierra y de autoridades propias se prendió en forma enorme en Sonsonate, por ejemplo. Por eso fue que el fraude electoral causó una reacción tan grande.

Ahorcaron a Platero (anciano de 80 años)

Ahorcaron a Feliciano Ama (llevaron a los niños de escuela

Chico Sanchez -

Nombres en el fusilamiento de Mármol - 43



4-10 Página del cuaderno original de Dalton

Estas líneas desperdigadas demuestran que Mármol al menos reconoció la posibilidad de que el levantamiento haya tenido un componente étnico, aunque algunas de sus referencias reflejan los prejuicios en contra de los indígenas, como en el caso de Ama, quien a pesar de ser indio era "razonable". Pero en *Miguel Mármol* estas referencias se han matizado o eliminado del todo. Por ejemplo, *Miguel Mármol* explica los motivos de Ama para rebelarse en términos de clase y no de etnicidad, diciendo que

“no había entrado en la lucha en calidad de indio, sino en calidad de explotado.”⁴⁴ En esta sola oración, el fundamento potencialmente étnico de la insurrección se transforma en lucha de clases. Un ejemplo similar se encuentra en el análisis de los motivos generales de la rebelión. Lo que Dalton anotó en sus cuadernos como la lucha por la “devolución de tierra”, el “arrebato del gobierno [local] a los indios por los ladinos”, y la posterior lucha de los indígenas por tener “autoridades propias” se convierten en el texto final en “el primer soviét en las Américas”.⁴⁵ De nuevo, las cuestiones de un inconfundible contenido étnico fueron replanteadas para que calzaran con una versión de lucha de clases y causalidad comunista. Los cuadernos solamente mencionan el tema de los soviét una vez, “el soviét de Juayúa”, mientras que *Miguel Mármol* se refiere al tema en seis líneas de texto.⁴⁶

Al eliminar las referencias de Mármol a la etnicidad, *Miguel Mármol* sigue el patrón que Dalton fijó en *El Salvador* y *El Salvador: Monografía*. En esas obras, Dalton descarta la importancia de la etnicidad en la política en El Salvador durante la década de 1960. En *Miguel Mármol* hizo lo mismo en relación a 1932. Las razones por las cuales Dalton eliminó la etnicidad de la narrativa histórica y política son potencialmente complejas y múltiples, pero creemos que pueden reducirse a dos factores interrelacionados: El comunismo y el mestizaje.

Por supuesto, tanto Dalton como Mármol eran comunistas quienes comulgaban con los principios del marxismo-leninismo y el materialismo dialéctico. Pero poseedor de un concepto menos doctrinario y formal del marxismo, Mármol sería más proclive a tomar en cuenta la influencia de las múltiples identidades sociales de El Salvador, incluyendo la etnicidad. Dalton, por el contrario, como intelectual con educación formal cuyas nociones de la teoría comunista eran más rígidas, se adhirió a una interpretación marxista más clásica, aquella que sostiene que todas las relaciones sociales se basan en las clases sociales. Por lo tanto, cuando Dalton analizó la insurrección en la región occidental en 1932, estaba predispuesto a ignorar la posibilidad de que la etnicidad haya sido un factor causal y percibió, más bien, una lucha de clases impulsada por variables puramente económicas.

El mestizaje es el otro factor que explica la eliminación por parte de Dalton de la etnicidad. El mestizaje se refiere al complejo sociocultural

mediante el cual la identidad de una nación se vincula a su población mestiza o mulata e ignora a otros grupos étnicos, principalmente indígenas o africanos. Este énfasis en la nación como ente étnicamente mezclado fue un proceso a escala continental que se desarrolló a comienzos del siglo XX, cuando una serie de llamados movimientos políticos neo-nacionalistas comenzaron a promover un sentido más amplio de identidad nacional. Uno de los más conocidos llamados al mestizaje se originó con el intelectual mexicano y ministro de educación, José Vasconcelos; su libro de 1925, *La raza cósmica*, afirmaba que el futuro más brillante para los seres humanos sería la eliminación de las diferencias raciales por medio del cruce de todas las razas para crear una gran “raza cósmica”, la del mestizo.

Los neo-nacionalistas como Vasconcelos promovieron la inclusión de grupos previamente marginados y defendieron los derechos de aquellos excluidos previamente. Si bien sus motivaciones eran igualitarias, el nacionalismo mestizo tuvo el resultado en la práctica de eliminar a los indígenas y los africanos (es decir, las “poblaciones no mezcladas”) de la historia nacional. En su obra sobre Nicaragua, *The Myth of Mestizaje*, el historiador estadounidense Jeff Gould ha explicado las complejas razones económicas y políticas para excluir a los indígenas de la historia de ese país a comienzos del siglo XX.⁴⁷ En Nicaragua y otros países que han experimentado la influencia del mestizaje, los indígenas jóvenes comenzaron a actuar y pensar, además de cambiar su aspecto, para asemejarse al “mestizo” nacional y rechazar la formación cultural que habría de identificarlos como indígenas. En el caso de El Salvador, Virginia Tilley ha demostrado que hacia las décadas de 1930 y 1940 se estaba marginando a la población indígena del debate público al extremo que los indígenas eventualmente pasaron desapercibidos para la mayoría de salvadoreños.⁴⁸

Los intelectuales marxistas – para quienes las clases sociales, en vez de la raza o la etnicidad, eran la fuerza motriz de la política – no cuestionaron la ideología del mestizaje. Para cuando Dalton escuchaba el testimonio de Mármol en 1966, estas presiones combinadas habían difundido el mestizaje en El Salvador al grado que la mayoría de la población lo aceptaba como un hecho incuestionable. No era inusual escuchar entonces a los salvadoreños referirse a su nación como “el país más mestizo de Latinoamérica”.

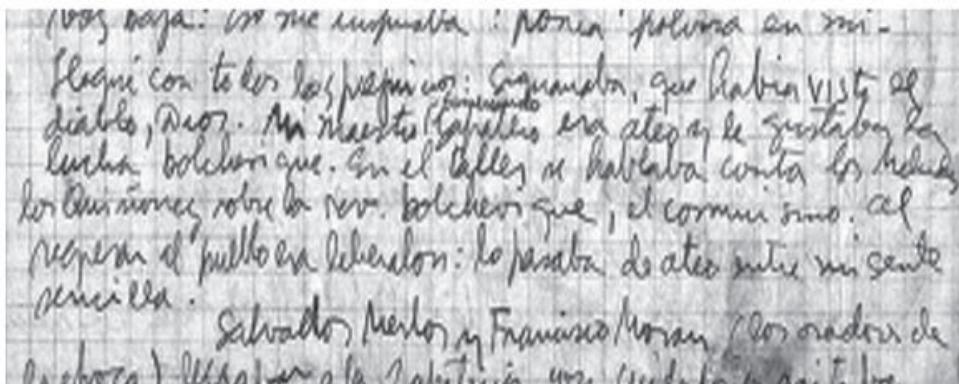
Un ejemplo similar de la reformulación que Dalton hizo del testimonio de Mármol para ajustarlo a un radicalismo más doctrinario puede apreciarse en sus referencias a la religión. Los cuadernos revelan que Mármol se refirió unas pocas veces a sus creencias religiosas y el desarrollo de su conciencia política, aspectos relatados a Dalton en su traslado a la ciudad capital cuando era un hombre joven. Mármol dijo que la ciudad capital representó un gran cambio en relación al pequeño pueblo donde había sido criado, a pesar de que Ilopango quedaba cerca del extremo oriental de San Salvador. Se describió a sí mismo en esos tiempos como un muchacho ingenuo del campo a quien se le revelaron las cosas nuevas de la ciudad, incluyendo el ateísmo y el activismo político. Mármol le contó a Dalton que cuando llegó por primera vez a la capital era una persona religiosa y creía en las supersticiones populares como “la siguanaba”, un espíritu femenino que seducía a los hombres y los dejaba mentalmente impedidos. En los cuadernos, Dalton anotó la creencia de Mármol en la siguanaba en los siguientes términos:

Llegué con todos los prejuicios [al taller de Felipe Angulo en San Salvador]: siguanaba, que había visto el diablo, Dios. Mi maestro Gumersindo zapatero era ateo y le gustaba la lucha bolchevique. En el taller se hablaba contra [el gobierno de] los Meléndez los Quiñónez sobre la rev. bolchevique, el comunismo. Al regresar al pueblo era liberalon: lo pasaba de ateo entre mi gente sencilla.⁴⁹

En esta descripción, Mármol esboza su vida de joven desde la perspectiva de sus creencias políticas posteriores en las que la religión es un “prejuicio” y los creyentes son “gente sencilla”. Pero cuando Dalton redactó estas pocas líneas para el manuscrito final, las amplió y proporcionó una explicación más doctrinaria sobre la religión.

En mis primeros días de trabajo en La Americana, yo juraba que había visto al diablo, que me había asustado la Sihuanaba y no sólo creía ciegamente en Dios, sino con el orgullo de todo ignorante me negaba a aceptar que hubiera un solo hombre que dejara de creer en él. Sin embargo, en el taller me encontré con que mi maestro inmediato, Gumersindo Ramírez, era un ateo total, basado en razones poderosas por lo sencillas y evidentes. Con lo de la Sihuanaba, por ejemplo, yo había sido formado tan absolutamente por el medio, que creía sinceramente haberla visto.

Aunque la verdad es que años después yo tendría a este respecto una experiencia muy rara de la que hablaré cuando sea necesario.



4-11 Página del cuaderno original de Dalton

Al volver a mi pueblo desde el taller, mis nuevas conversaciones con los viejos amigos causaban cierta alarma y yo me hacía pasar por un descreído, por una persona completamente liberada de la superstición. La verdad era que había comenzado a convertirme en un liberal hondamente desconcertado y por supuesto aún poblado de toda clase de prejuicios. Pero ya advertía que problemas como los de la existencia de Dios, del diablo o de la mismísima Sihuanaba, no eran los fundamentales, ni mucho menos.⁵⁰

Bajo la redacción de Dalton, las opiniones de Mármol sobre la religión se tornan más modernistas y rígidas y adquieren un vocabulario crítico que es típico del marxismo. Las creencias religiosas se asocian con la ceguera y la ignorancia, y el ateísmo se describe en términos del poder que le otorgan su claridad y evidencia. Dalton también aprovechó la oportunidad del despertar político de Mármol para introducir una crítica marxista acostumbrada del liberalismo de estar “profundamente confundida” mientras que el comunismo se basa en variables “fundamentales”. De nuevo, la re-configuración que hace Dalton de la narrativa de Mármol se adhiere a los patrones que se observan en sus escritos históricos previos, *El Salvador* y *El Salvador: Monografía*. En esas obras, Dalton enfila de manera particular contra la Iglesia Católica por su responsabilidad frente a la situación social deplorable de El Salvador.⁵¹

Resulta irónico ver cómo Dalton a veces toma pasajes que había menospreciado por razones políticas y los introduce en el texto para realzar el impacto dramático. La siguanaba ofrece un ejemplo de esto. Cuando Mármol describe su huida al oriente del país para evitar la captura por la policía después de la Matanza, Dalton inserta una aparición de la siguanaba que no aparece en sus notas. Las notas son las siguientes:

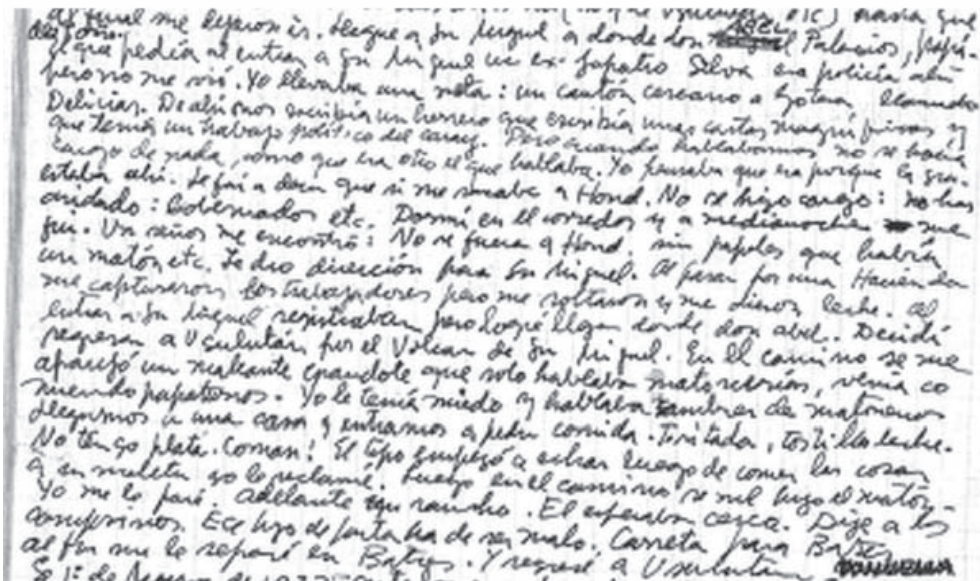
Llegué a Sn Miguel a donde don ABEL Palacios, papá de Toño. El que pedía al entrar a Sn Miguel era ex-zapatero Silva era policía ahí pero no me vio. Yo llevaba una meta: un cantón cercano a Gotera llamado Delicias. De allí nos escribía un herrero que escribía unas cartas magníficas y que tenía un trabajo político del carajo. Pero cuando hablábamos no se hacía cargo de nada, como que era otro el que hablaba. Yo pensaba que era porque la sra. estaba ahí. Le fui a decir que si me sacaba a Hond. No se hizo cargo: no hay cuidado: Gobernador etc. Dormí en el corredor y a medianoche me fui. Un señor me encontró: no se fuera a Hond. sin papeles que había un matón etc. Le dio dirección para Sn Miguel. Al pasar por una hacienda me capturaron los trabajadores pero me soltaron y me dieron leche. Al entrar a Sn Miguel registraban pero logré llegar donde don Abel. Decidí regresar a Usulután por el Volcan de Sn Miguel. En el camino se me aparejó un maleante grandote que solo hablaba matonerías, venía comiendo papaturros. Yo le tenía miedo y hablaba también de matonerías. Llegamos a una casa y entramos a pedir comida. Fritada, tortillas leche. No tengo plata. Coman! El tipo empezó a echar luego de comer las cosas a su maleta yo le reclamé. Luego en el camino se me hizo el matón. Yo me le paré. Adelante un rancho. El esperaba cerca. Dije a los campesinos. Ece hijo de puta ha de ser malo. Carreta para Batres al fin me le separé en Batres. Y regresé a Usulután.⁵²

Mármol no hizo referencia aparente a la siguanaba en esta parte de su testimonio, pero en la versión final que se publicó aparece dicho personaje y repite el milagro cristiano de la multiplicación de los peces. La oración “Le dio dirección para Sn Miguel” a mitad del pasaje en cuestión es donde Dalton insertó las siguientes palabras:

En eso apareció allí una muchacha bastante bonita, que nos preguntó el camino para ir a un lugar llamado Santa Cruz o algo por el estilo. Los pescadores salieron del agua y se quedaron viendo a la muchacha, que con su carita triste en medio de la noche avanzaba y en aquellos parajes llenos de polvo, era la imagen patente del desamparo. Ellos le indicaron el

camino y le dijeron que tuviera cuidado, que no era nada bueno para una muchacha como ella andar sola por esos lugares a altas horas de la noche. Ella solamente dio las gracias y siguió su camino, desapareciendo de nuestra vista tras de un cerco de piedra que se perfilaba sobre un desnivel del terreno. Casi inmediatamente se oyó una carcajada de loca y un como alarido que nos paró el pelo a todos. Los pescadores dijeron: "Ave María purísima. Era la Siguanaba". Pero uno de ellos cortó el momento de terror, gritando: "Miren la atarraya, se llenó de pescado". Efectivamente la atarraya se movía y los pescadores se metieron al río para jalarla. La sacaron llena de pescado y camarón [...] regalo de la Siguanaba".⁵³

La razón de esta aparente contradicción es que Dalton trató de mejorar el valor literario del texto y proporcionar puntos de referencia que sus lectores salvadoreños reconocerían y disfrutarían, aun cuando algunos de ellos hayan sido contrarios a las posiciones políticas de Mármol y Dalton. En el capítulo 7 de la versión impresa, por ejemplo, Mármol describe sus ocurrencias en Zacatecoluca cuando huía de la Matanza. A mitad de su narrativa dice supuestamente: "No sé por qué en El Salvador los grandes problemas políticos siempre suceden a la par de los terremotos, inundaciones y otras catástrofes".⁵⁴ Pero en los cuadernos no aparece ninguna referencia a esta idea, lo que sugiere que Dalton lo insertó como un artificio literario.



al final me desahogé. Llegué a un lugar a donde don ~~Palacio~~ Palacio, ~~pero~~ pero no me vió. Yo llevaba una nota: un centón coreano a ~~botan~~ botan, ~~el~~ el mundo Delicias. De ahí me recibí un hombre que escribía unas cartas, ~~me~~ me vió y que tenía un trabajo político del cargo. Pero cuando ~~hablábamos~~ no se había cargo de nada, como que era otro el que hablaba. Yo pensaba que era porque ~~la~~ la ~~estaba~~ estaba ahí. Se fue a decir que si me iba a Honduras. No se hizo cargo: no hay cuidado: ~~botanador~~ etc. Dormí en el corredor y a medianoche me fue. Un día me encontró: No se fuera a Honduras, sin papales que habrían un matón, etc. Se dio dirección para San Miguel. Al pasar por una Hacienda me capturaron los ~~matones~~ matones para me capturar y me dieron leche. Al salir a San Miguel ~~repuntaban~~ pero luego llegó donde don Abel. Decidí pagar a ~~U~~ U ~~culatar~~ culatar por el Volcan de San Miguel. En el camino se me apareció un ~~matón~~ matón grande que solo hablaba ~~matones~~ matones, ~~venía~~ venía como un papalote. Yo le tenía miedo y ~~hablaba~~ hablaba de ~~matones~~ matones de algunos a una casa y entramos a pedir comida. ~~Tiritada~~ tiritada, ~~torre~~ torre, ~~la~~ la leche. No tengo plata. Comen: El tipo empezó a echar ~~leche~~ leche de comer las cosas a su medida y lo reclamé. Luego en el camino se me hizo el ~~matón~~ matón. Yo me lo paré. Adiante ~~qu~~ qu ~~ranchito~~ rancho. El ~~espantón~~ espantón ~~cayó~~ cayó. Dije a los ~~compramos~~ compramos. Era ~~hijo~~ hijo de ~~puta~~ puta ~~de~~ de ~~mal~~ mal. Carreta para ~~Batavia~~ Batavia. Al fin me lo reparé en Batavia. ~~Y~~ Y ~~regresé~~ regresé a ~~U~~ U ~~Voluntaria~~ Voluntaria. ~~Es~~ Es ~~1: de~~ de ~~Revolución~~ Revolución ~~de~~ de ~~1932~~ 1932.

El tema de la homosexualidad y un comentario aparentemente homofóbico ofrecen otro ejemplo de argumentación por parte de Dalton. Durante su visita a Rusia en 1930, Mármol supuestamente fue llevado al ballet por sus anfitriones rusos, donde observó a bailarines varones por primera vez. La versión impresa describe a Mármol sintiéndose ofendido por ellos y los acusa de ser afeminados.

El ballet nunca me ha entusiasmado y los balletistas soviéticos, con todo y ser soviéticos, no me convencen. Para mí que ser bailarín de ballet necesita amujeramiento y cuando salen ahí brincando con las nalguitas templadas, me dan ganas de gritar una chabacanada.⁵⁵

Pero los cuadernos no hacen mención alguna a este asunto. El lugar en que este asunto debió mencionarse en los cuadernos es cuando Mármol hace referencia al subsidio de dieciséis rublos que recibía.

Fuimos a la Opera. Nunca falte a una reunión, otros camaradas salían con las chicas soviéticas. Me causó aprecio: los anarquistas argentinos me cargaron en hombros. Hubo observados: anarquistas, etc. Nos daban 16 rublos cada 4 días.⁵⁶

Esta cita no sólo revela que Mármol fue a la opera en vez del ballet sino que no hace referencia alguna al tema de hombres afeminados o partes de la anatomía humana. Esta parte del texto impreso se originó totalmente con Dalton, que se asemeja a otros ejemplos de comentarios homofóbicos dispersos en sus escritos literarios. Un ejemplo de este tipo se encuentra en el extenso poema "Viejuemierda" que Dalton escribió en 1974. Es una crítica al filósofo salvadoreño de las décadas de 1920 y 1930, Alberto Masferrer, a quien Dalton consideraba un vendido a la burguesía. Como parte de su crítica, Dalton coloca a Masferrer en el mismo bando anti-obrero del gobierno salvadoreño y su Ministerio de Relaciones Exteriores, que Dalton describe en términos extrañamente homofóbicos:

... y los cultos homosexuales de Relaciones Exteriores,
lanzan al fondo del alma de nuestra juventud
para ahogar su rebeldía...⁵⁷

Otras instancias en que Dalton agregó palabras a la voz de Mármol se dan en la forma de descripciones de situaciones que hubieran requerido la presencia física de Mármol para que las pudiera haber observado cuando, de hecho, no pudo haber estado presente. Un ejemplo evidente es el inquietante episodio de las ejecuciones de prisioneros a manos del gobernador del departamento de San Miguel, el general Ochoa. La versión final de *Miguel Mármol* cita al general directamente.

El general Ochoa, gobernador que fue de San Miguel, obligaba a los capturados a caminar de rodillas hasta donde estaba él sentado en una silla, en el patio del cuartel, y les decía: “Vení olé la pistola”. Los reos le suplicaban por Dios y por sus hijos, le lloraban y le imploraban, pues antes de entrar al patio habían oído los disparos intermitentes. Pero el bárbaro general insistía y convencía: “Si no olés la pistola es que sos comunista y tenés miedo. El que nada debe, nada teme”. El campesino olía el cañón y ahí mismo el general le pegaba el balazo en la cara. “Que pase el otro” — decía luego.⁵⁸

La historia de Ochoa se basa en una sola oración en los cuadernos:

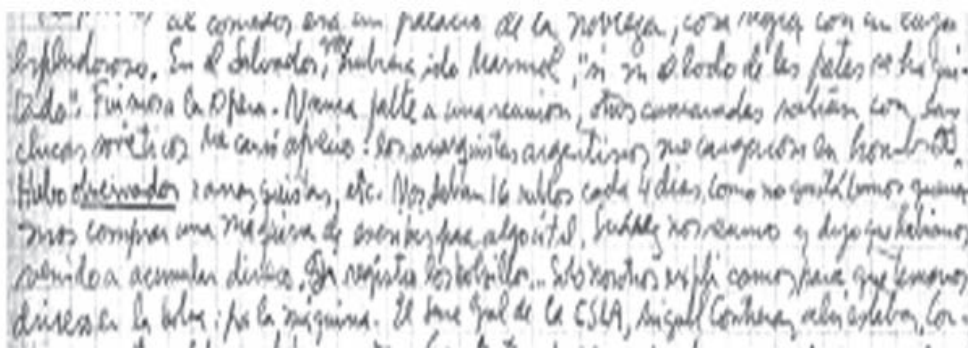
5) El General Ochoa (gobernador de Sn Miguel). veni olé la pistola. No, general. Olela te digo no te voy a hacer nada.⁵⁹

En este ejemplo, Dalton convirtió una sola oración en un párrafo entero, agregándole adornos literarios al texto, además de describir los acontecimientos en San Miguel como si Mármol hubiera estado presente en el cuartel escuchando hablar a Ochoa. Pero Mármol no estaba presente. Lo más seguro es que la historia de las ejecuciones de Ochoa haya sido pasada de boca en boca a través del tiempo. Es posible que Mármol la haya escuchado en 1932 o en algún momento posterior y que se la contó a Dalton como un hecho irrefutable. Otros ejemplos de re-configuración narrativa de este tipo se encuentran esparcidos en *Miguel Mármol*.⁶⁰

Citas escondidas

Además de la cronología lineal y la añadidura y eliminación de texto, la tercera forma de re-configuración narrativa empleada por Dalton para crear la versión final de *Miguel Mármol* es la de citas escondidas. Esto se

refiere a la inserción de texto de otras fuentes sin que se citen o de tal manera que el material queda entretelado naturalmente en la narrativa de Mármol. De nuevo, Dalton utiliza en estos casos el patrón que había sentado en sus escritos históricos previos, *El Salvador* y *El Salvador: Monografía*. Por lo general, Dalton limitó el uso de esta técnica a temas que consideraba de gran importancia y que Mármol no estaba en capacidad de ampliar lo suficiente. Un ejemplo es la inserción de las tristemente célebres “Instrucciones generales urgentes” en el capítulo 7 de *Miguel Mármol*. Este fue un volante que el PCS supuestamente elaboró y distribuyó en los días finales antes de la insurrección para impartir órdenes a los rebeldes durante la insurrección. Contiene una orden para proceder sin misericordia en contra de la burguesía.



4-13 Página del cuaderno original de Dalton

4º) La acción revolucionaria contra la burguesía deberá ser lo más contundente que sea posible a efecto de que, en pocas horas de terror inmisericorde, quede reducida a la más absoluta impotencia, empleando contra ellos los medios oportunos, es decir: fusilación inmediata o muerte en cualquier otra forma, sin detenerse en nada.⁶¹

Los cuadernos no hacen referencia alguna a este documento, pero aparece palabra por palabra en la versión final que se publicó, antecedido por un párrafo corto en la voz de Mármol donde se afirma que el documento era una falsificación elaborado con el propósito de deslegitimar al partido. El párrafo termina con una oración de transición muy fluida que

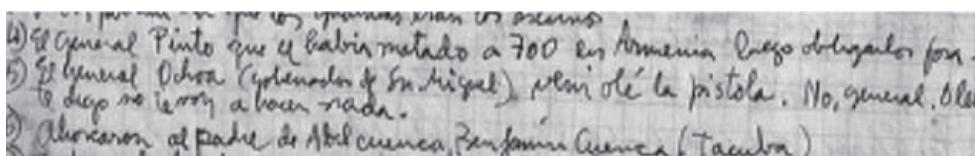
da la impresión de que Mármol estaba en posesión del documento en Praga y que se lo entregó a Dalton durante la entrevista: “El documento es el siguiente, con todos sus puntos y comas”.⁶² De hecho, las “Instrucciones generales” se dieron a conocer por primera vez en 1946 en el libro de Jorge Schlesinger *Revolución comunista*. Como anticomunista que era, Schlesinger utilizó el documento para criticar al partido y para generar oposición al levantamiento. Recordemos que casi todos los documentos que utilizó Schlesinger fueron suministrados por los militares salvadoreños, quienes supuestamente se los decomisaron a los comunistas durante la Matanza. Es probable que Dalton haya sentido la necesidad de contrarrestar a Schlesinger al afirmar que las “Instrucciones generales” eran una fabricación del ejército. Es posible que Mármol haya estado de acuerdo con Dalton en este asunto, pero no lo sabemos. Por otra parte, es posible que Mármol haya sabido que, en realidad, el documento titulado “Instrucciones generales” no era una fabricación, como ahora sabemos con base a los documentos del PCS recientemente descubiertos en los archivos del Comintern en Rusia.⁶³ Todo lo que sabemos es que las notas de Dalton revelan que Mármol mencionó a Schlesinger durante la entrevista, y que Dalton asegura que Mármol le entregó una copia de *Revolución comunista* con sus propias notas manuscritas en los márgenes. Pero no existe indicio de que Mármol haya expresado una opinión sobre el documento de las “Instrucciones generales” o que lo haya tenido en sus manos en Praga y que se los estaba leyendo a Dalton.

Además de reproducir materiales originales como las “Instrucciones generales”, Dalton insertó material de fuentes impresas. Una de ellas fue la historia militar de El Salvador escrita por Bustamante Maceo, el mismo libro que Dalton había citado en *El Salvador: Monografía*. La primera edición del libro de Maceo de 1935 no hace mención de 1932, pero la segunda edición publicada en 1951 contiene un análisis del levantamiento. Dalton incluye dos páginas completas de texto de esa segunda edición en *Miguel Mármol*. De nuevo, las notas no ofrecen indicación alguna de que Mármol se haya referido a Bustamante o que haya dado a entender que conocía esa fuente. Pero en *Miguel Mármol* Dalton pone en boca de Mármol las siguientes palabras: “Hay, por ejemplo, un documento oficial muy importante, entre muchos otros que obran en nuestro poder, que aparece en la

Historia militar de El Salvador, del coronel Gregorio Bustamante Maceo ... Dice lo siguiente el coronel Bustamante Maceo, refiriéndose a los sucesos del 32".⁶⁴ A esta oración le sigue una larga cita textual del libro como si Mármol le estuviera leyendo pasajes a Dalton en Praga en 1966.

Conclusión

Cuando Roque Dalton y Miguel Mármol se reunieron para realizar una serie de entrevistas en Praga en 1966, no tenían en mente un plan para materializar el fruto de sus conversaciones. Simplemente reconocieron que la historia de Mármol era importante y potencialmente útil para promover el activismo de izquierda, al cual ambos estaban comprometidos. El resultado final de esa reunión fortuita fue *Miguel Mármol*, un testimonial narrado en la voz de Mármol en primera persona. Se convirtió en una obra de gran importancia: Contribuyó a introducir el género de la literatura testimonial; trasladó los horrores de 1932 a la conciencia pública como ninguna otra obra antes o después de su publicación; y apuntaló la interpretación de la causalidad comunista del levantamiento de 1932. *Miguel Mármol* es un texto mucho más complicado que las simples remembranzas de un hombre de sesenta y un años que cuenta su vida en presencia de una persona que transcribe sus palabras para después publicarlas en forma de libro.



4-14 Página del cuaderno original de Dalton

De hecho, *Miguel Mármol* es más un collage que refleja la presencia de una gama amplia de fuentes e influencias. Entre éstas, Dalton fue el factor decisivo. Sometió las palabras de Mármol – o al menos las que transcribió como tales – a un proceso de re-configuración narrativa. El proceso a veces alteró su significado en tanto se agregaban o quitaban palabras y se les utilizaba para adornar una trama imbuida con significación

política. Este cambio del sentido de las palabras fue particularmente evidente con relación a la interpretación del levantamiento de 1932. En teoría, Dalton y Mármol no estaban de acuerdo en cuanto a las lecciones que habrían de derivarse de ese trascendental acontecimiento y, ya sea de manera consciente o inconsciente, a propósito o accidentalmente, parece que Dalton enmarcó la narrativa de Mármol en respaldo a su propio radicalismo militante y en oposición a la postura de Mármol más afín a la línea tradicional del partido.

No queremos que se malinterpreten nuestros argumentos. No estamos diciendo que Dalton mintió, o que reinterpretó adrede lo que Mármol quiso decir, aun cuando es una posibilidad. Los contrarios a Dalton provenientes de una derecha recalcitrante seguramente insistirán (tal como lo hicieron en persona durante una presentación que hicimos de nuestros hallazgos preliminares en El Salvador en 2005) que Dalton era un mentiroso que cambió conscientemente la historia de Mármol para que cuadrara con sus propias visiones políticas. Unos argumentos similares se presentaron para debilitar el apoyo a los derechos de los pueblos indígenas en Guatemala durante el debate que se suscitó en torno a la obra testimonial de Rigoberta Menchú cuando David Stoll cuestionó su versión de los hechos. Nuestro interés no radica en subvertir o apoyar las posiciones políticas de Dalton; de hecho, demostraremos cómo los conservadores también modificaron sus interpretaciones de 1932 según sus propios debates ideológicos internos. Las re-configuraciones narrativas son parte intrínseca de la construcción social de la memoria histórica, especialmente cuando se trata de temas altamente politizados.

Todo lo que sabemos sobre Dalton apunta a que era un intelectual serio, con profundas convicciones políticas y que consideraba el estudio de la historia como de gran importancia. Se encontró con material de significado histórico y lo trasladó a su público lector en una forma que él consideraba convincente. Dalton se formó como abogado y en las notas que se dirigía a sí mismo describió su intención de convertir la historia de Mármol en una “novela-verdad”, un término que utilizaba para denominar un testimonio antes de que existiera el género de la literatura testimonial. En retrospectiva, parecería que Dalton escuchó de Mármol lo que quería oír. En este sentido, no fue diferente de cualquier otro interlocutor de la histo-

ria; su marco interpretativo reflejaba las influencias constitutivas de varios conjuntos de memorias. Es igualmente probable que los recuerdos de Mármol sobre 1932 hayan sido sometidos a un proceso similar de edición en el transcurso de las décadas y que lo que le contó a Dalton en 1966 fue un subproducto de ese proceso en constante evolución. Pero nunca lo sabremos con seguridad porque no poseemos versiones anteriores de sus pensamientos sobre 1932. Lo único que tenemos son las notas que Dalton tomó en 1966 en Praga. Cuando esas notas se comparan a la versión final de *Miguel Mármol*, podemos observar el proceso de transformación de Dalton de una manera tangible. En tanto cambiaba la postura ideológica de Dalton sobre El Salvador, así también cambió su apreciación del verdadero significado de 1932. El caso de Dalton no fue único.

¹ Rigoberta Menchú y Elizabeth Burgos, *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia* (México, DF: Siglo Veintiuno Editores, 2000); Barrios de Chungara y Viezzer, *Let me speak*; Alvarado y Benjamin, *Don't be afraid Gringo*.

² Tirado, *Celsa's world*, p. 25.

³ Menchú, *Me llamo Rigoberta Menchú*.

⁴ Galeano, *Memoria del fuego*.

⁵ Un resumen de la aceptación de la literatura testimonial por parte de los académicos puede leerse en Denegri, "Testimonio and its discontents", pp. 228-38.

⁶ Guleberger, *The real thing*.

⁷ Denegri, "Testimonio and its discontents", p. 231.

⁸ Arias, *The Rigoberta Menchú controversy*; Stoll, *Rigoberta Menchú*; Canby, "The truth about Rigoberta Menchú". Véase también el sitio Web que trata sobre la controversia Stoll/Menchú que ha sido organizada por el Dr. Allan Webb de Western Michigan University:

<<http://www.wmich.edu/teachenglish/subpages/literature/rigobertamenchu.htm>>.

⁹ Menchú, *Me llamo Rigoberta Menchú*, p. 271.

¹⁰ Carta de Miguel Mármol a Roque Dalton, Praga, 1 de junio de 1966, archivo de la familia Dalton.

¹¹ Guleberger, *The real thing*, p. 81.

¹² Roque Dalton, *Miguel Mármol*, p. 30.

¹³ Lewis, *Los hijos de Sánchez*.

¹⁴ De los cuadernos de Roque Dalton compilados durante sus entrevistas con Miguel Mármol en Praga, 1966. Citado a continuación como "Cuaderno", p. xiii.

¹⁵ Cuaderno, p. xiii.

¹⁶ Dalton, *Miguel Mármol*, p. 28.

¹⁷ Cuaderno, p. xiii.

¹⁸ Ibid.

¹⁹ Dalton, *Miguel Mármol*, edición 1972, pp. 13 y 14.

²⁰ Cuaderno, p. xiii. Estos asuntos figuran en el manuscrito final de la introducción que escribió Dalton en La Habana en 1971; véase Dalton, *Miguel Mármol*, pp. 31-32.

²¹ Jorge Arias Gómez discutió con Dalton sobre el descontento que éste sentía hacia la línea tradicional del PCS durante la reunión que sostuvieron en Praga en 1966. Ver Arias Gómez, *En memoria*, p. 20.

²² Dalton, *Miguel Mármol*, p. 29. En esa misma página de la introducción, Dalton afirma que después de Praga “hemos [él y Mármol] caído en la mutua incomunicación” debido a la situación política y la necesidad de que los dirigentes del partido se mantuvieran en la clandestinidad.

²³ Específicamente, las dos secciones a las que se hace referencia están en las pp. 242-252 y 291-327 de Dalton, *Miguel Mármol*.

²⁴ Dalton, *Miguel Mármol*. Las dos citas se encuentran en las pp. 323 y 318. Unos comentarios similares pueden leerse en las pp. 327 y 328.

²⁵ Cuaderno, p. xiii.

²⁶ Dalton, *Miguel Mármol*, p. 192.

²⁷ *Ibid.*, p. 294.

²⁸ *Ibid.*, p. 253.

²⁹ Entrevista con Giovanni Galeas, San Salvador, 14 de marzo de 2005.

³⁰ I. Rodríguez, “Organizaciones populares”, pp. 85-96.

³¹ Arias Gómez, *En memoria*, p. 29.

³² Cuaderno, pp. 35-6.

³³ Cuaderno, pp. 1-4.

³⁴ Dalton, *Miguel Mármol*, pp. 35-63.

³⁵ Dalton, *Miguel Mármol*, pp. 43 y 44.

³⁶ Carta de Miguel Mármol a Roque Dalton, México, 23 de junio de 1966. Archivo de la familia Dalton.

³⁷ Dalton, *Miguel Mármol*, pp. 327.

³⁸ *Ibid.*, pp. 326-328.

³⁹ La itálica se encuentra en la versión original. *Miguel Mármol*, pp. 291-292.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 294.

⁴¹ *Ibid.*, p. 299.

⁴² *Ibid.*, p. 296.

⁴³ Estas referencias diversas han sido tomadas del Cuaderno, pp. v, 29, 41 y 42.

⁴⁴ Dalton, *Miguel Mármol*, p. 313.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 308.

⁴⁶ Cuaderno, p. 43.

⁴⁷ Gould, *El mito de la “Nicaragua Mestiza”*.

⁴⁸ Tilley, *Seeing Indians*. De hecho, Rodolfo Barón Castro termina su obra, *La población de El Salvador* (publicada en 1942), haciendo referencia a la unidad de la población salvadoreña, mestiza en su mayoría, en los siguientes términos: “[En los salvadoreños] veríais lo español, lo indígena y lo mestizo, que no es otra cosa que lo salvadoreño. No hay, pues, en este pueblo fisura alguna por donde pueda escapar, con razón, voz discordante.” Barón Castro, *La población de El Salvador*, p. 487. Barón Castro no hace mención alguna de 1932.

⁴⁹ Cuaderno, p. 5.

⁵⁰ Dalton, *Miguel Mármol*, pp. 70-71.

⁵¹ Por razones de espacio, no analizamos este asunto en el último capítulo. Pero en ambos *El Salvador y Monografía*, Dalton exhibe un anticlericalismo recurrente y critica a la Iglesia Católica por ser una de las principales causas del sistema social jerárquico e injusto de El Salvador. En un pasaje de *El Salvador*, Dalton afirma que “La religión dominante en El Salvador es la católica. Ha sido usada para mantener, principalmente a las grandes masas campesinas, alejadas de la ideología revolucionaria y resignadas con las terribles condiciones de explotación a que se ven sometidas. Sin embargo en los últimos años la Iglesia Católica se ha desprestigiado mucho ante el pueblo, desenmascarándose en sucesivas ocasiones por su complicidad en la actuaciones anti-populares del imperialismo y sus gobiernos tiránicos”. (p. 22)

⁵² Cuaderno, p. 40

⁵³ Dalton, *Miguel Mármol*, p. 344.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 281.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 185.

⁵⁶ Cuaderno, p. 19.

⁵⁷ Dalton, *Las historias prohibidas del Pulgarcito*, p. 109.

⁵⁸ Dalton, *Miguel Mármol*, p. 311.

⁵⁹ Cuaderno, p. 43.

⁶⁰ Véase los ejemplos siguientes de *Miguel Mármol* edición 1972: “Mántenme, no importa, ya salvamos a quien queríamos salvar”. (p. 300); “Todos estos hechos los conoció medio mundo en El Salvador”, (p. 344); y “durante años y años la gente del campo se quedó encontrándose a cada rato con la desagradable sorpresa de ver surgir de la tierra una mano de esqueleto, un pie, una calavera”. (p. 347).

⁶¹ Dalton, *Miguel Mármol*, p. 303.

⁶² *Ibid.* El documento se reproduce en las pp. 303-306. También pueden consultarse: J. Méndez, *Los sucesos comunistas*, pp. 81-87; Schlesinger, *Revolución comunista*, pp. 173-176; y Dalton, 1966-1971: 223-225, que se refiere al mecanografiado original de *Miguel Mármol* en manos de la familia.

⁶³ RGASPI, 495:119:4, 47.

⁶⁴ Dalton 1966-1972, pp. 232-233, dicho en nota No. 61 es el mecanografiado de *Miguel Mármol* en manos de la familia; Dalton, *Las historias prohibidas del Pulgarcito*. Bustamante Maceo, *Historia militar de El Salvador*, pp. 105-107. La cita de Bustamante Maceo también aparece en Dalton *Historias prohibidas del Pulgarcito* (1974). Esta cita exacta la repite “Hechos, cosas y hombres de 1932. III. Un testimonio oficial” como collage autónomo que el poeta coloca a su arbitrio (*Las historias prohibidas del Pulgarcito* pp. 116-118)]. Esta flexibilidad de la cita demuestra su independencia con respecto a las palabras de Mármol.





CAPÍTULO 5

La política de la izquierda y los recuerdos de 1932

Los años pasan y son tantas las veces que he contado la historia que ya no sé si la recuerdo de veras o si sólo recuerdo las palabras con que la cuento.

*– Jorge Luis Borges, “La noche de los dones”
El libro de arena*

Cuando Dalton completaba la redacción de *Miguel Mármol*, los debates políticos dentro de la izquierda radical en El Salvador se estaban intensificando en torno al tema de la insurrección armada. El Partido Comunista estaba dividido sobre la cuestión de si las condiciones materiales en El Salvador exigían que el partido se inclinara por tomar la ofensiva de una insurrección armada o seguir por un camino más bien defensivo de organización sindical y coaliciones electorales. Las considerables habilidades retóricas de Dalton y sus abundantes escritos lo convirtieron en parte integral del debate, aun cuando pasaba la mayor parte del tiempo en el exilio. Las actividades de Dalton se enmarcaron dentro del contexto de la política en la izquierda y las memorias colectivas de 1932.

La izquierda revolucionaria salvadoreña era una agrupación heterogénea, cuyos integrantes incluían desde moderados a radicales, desde activistas armados a aquellos que propugnaban por elecciones democráticas, desde los que admiraban a la URSS y a Stalin hasta aquellos que detestaban a Stalin y se inspiraban en tradiciones intelectuales alternativas. Pero cuando los tiempos se volvían difíciles y las confrontaciones políticas se agudizaban, los izquierdistas intentaban cerrar filas y presentar un frente unido. Durante estos momentos de unidad, la izquierda procuraba hacerse de una narrativa común que explicara sus orígenes y justificara sus decisiones estratégicas. Pero esos tiempos de unidad, y por ende de narrativas

unificadoras, fueron excepcionales. La guerra civil (1981-1992) fue uno de esos momentos, durante el cual la izquierda en El Salvador trabajó afanosamente, aunque a menudo sin éxito, para minimizar su histórica lucha de facciones. El ejército guerrillero que se enfrentó a las fuerzas armadas salvadoreñas y su aliado, los Estados Unidos, durante la guerra, el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), estaba conformado por cinco grupos distintos que se coaligaron hasta octubre de 1980, apenas tres meses antes de lanzar un ataque a gran escala contra el gobierno (la primera “ofensiva final”) en enero de 1981. Desde muchos puntos de vista, la formación del FMLN constituyó una reunión porque volvió a juntar a varias facciones que se habían desgajado durante la década de 1970, principalmente debido a desavenencias sobre la naturaleza y el momento propicio de la insurrección armada. Después de la firma de los Acuerdos de Paz en 1992, el problema del enfrentamiento entre facciones siguió afectando al FMLN. Un ala de los más veteranos – los “ortodoxos” – se vio enfrentada constantemente a un grupo más joven de “renovadores”.¹ La escogencia de Shafik Handal, el líder del grupo ortodoxo, como candidato presidencial en las elecciones de 2004 profundizó la división. Resulta irónico cuando se recuerda que como secretario general del Partido Comunista hacia fines de la década de 1960 y la década de 1970, Shafik Handal se había opuesto a las facciones de izquierda más radicales al insistir que el país no se encontraba listo para un levantamiento armado.

El meollo de las disputas en la izquierda salvadoreña tenía que ver con las interpretaciones de las condiciones materiales de El Salvador y si éstas requerían que la izquierda tomara la ofensiva. La izquierda se había dividido en torno a la decisión de unirse al levantamiento en enero de 1932, y durante las siguientes seis décadas persistieron las discusiones sobre el momento oportuno para lanzar una insurrección armada. En medio de estos debates, el tema de 1932 reaparecía constantemente en la medida que los analistas organizaban sus memorias históricas del levantamiento y la Matanza para sustentar sus respectivas posiciones. Las disputas políticas e ideológicas entre las facciones revolucionarias de la izquierda incidieron en las memorias de 1932, y esas memorias, a su vez, perfilaron el debate para aquellos interlocutores individuales, como Roque Dalton.²

Los perfiles del debate

“¿Existió o no una situación verdaderamente revolucionaria en El Salvador en 1931-32?”³ Roque Dalton se hizo esta pregunta a comienzos de la década de 1970 con miras a determinar las lecciones que se podrían extraer del levantamiento de 1932. Tal como se aprecia en la pregunta, la definición de lo que constituye una situación revolucionaria fue una preocupación constante de los grupos marxistas en El Salvador. Es de suponerse que uno de los objetivos principales de *Miguel Mármol* fue el de describir las condiciones en El Salvador a comienzos de la década de 1930 a efectos de analizar las decisiones que tomó el Partido Comunista en enero de 1932. Los comunistas creían que la descripción de las condiciones materiales de una sociedad – ya sea en un contexto contemporáneo o histórico – requería un análisis extenso de sus condiciones socioeconómicas. Los puntos de partida naturales eran los escritos de Marx y Lenin.

La filosofía de la historia de Marx, caracterizada por la secuencia ordenada de etapas, permitió a los revolucionarios vislumbrar el camino que conduciría a la utopía comunista. En vista de que para avanzar a las etapas del socialismo y el comunismo, una sociedad debía pasar por las etapas previas caracterizadas por la lucha de clases – la esclavitud, el feudalismo y el capitalismo – era imprescindible determinar adónde se encontraba una sociedad en ese continuo descrito por Marx. El reto para los marxistas contemplaba un entendimiento correcto de las leyes de la historia de Marx y, posteriormente, su correcta aplicación al caso de estudio específico. Sin embargo, como el marxismo era un modelo euro-céntrico fundamentalmente, no encajaba bien del todo con las realidades observadas en lugares como El Salvador. En consecuencia, los comunistas en El Salvador tuvieron dificultades para definir a su país y decidir el momento oportuno para lanzar una revolución armada. ¿El Salvador era feudal, semi-capitalista o capitalista? ¿Necesitaba pasar primero por una revolución burguesa como Francia en 1789, o estaba lista ya para una revolución socialista como la de Rusia en 1917? La posición oficial del partido – es decir, la “línea del partido” durante buena parte de su existencia (entre su fundación en 1930 y su disolución en 1995) – fue que las condiciones materiales en El Salvador no eran las adecuadas para una revolución armada. Esta posición fue apoyada

por la Unión Soviética, primero a través de la Tercera Internacional Comunista (1919-1943) y posteriormente por las oficinas diplomáticas soviéticas. Los que se identificaban con la línea del partido, tanto dentro como fuera de El Salvador, decían que el país no había avanzado lo suficiente hacia la etapa del capitalismo como para justificar la revolución social, o que si era cierto que había avanzado lo suficiente, las masas todavía no habían alcanzado un nivel suficiente de organización para posibilitar la insurrección armada. El único momento cuando esta posición cambió oficialmente fue a comienzos de la guerra civil en 1980 cuando el partido declaró que las condiciones materiales daban pie a la revolución. En otras dos ocasiones, en 1932 y a comienzos de la década de 1960, unas facciones radicales dentro del partido lograron suficiente apoyo para comprometer a una parte del partido con una postura más proclive a la lucha armada. Pero esos movimientos fueron efímeros. Siguiendo el ejemplo de Lenin, los comunistas salvadoreños defendieron sus diversas interpretaciones de su país con llamados a “las condiciones objetivas”, “las tendencias objetivas del proceso histórico”, y “las leyes de la historia”.⁴ Pero estas interpretaciones se caracterizaron por dejar amplios espacios para la subjetividad.

En la medida que los planteamientos científicos de los marxistas se convirtieron en debates similares a las disputas entre teólogos sobre el significado supuestamente verdadero de los textos religiosos, los argumentos que pudieron resolverse mediante la persuasión derivaron en disputas enconadas, luchas faccionarias y hasta enfrentamientos violentos. ¿Cuál autoridad debería acatar un comunista? ¿La interpretación de uno mismo de los textos de Marx o Lenin? ¿A los dirigentes del partido, que a veces no se ponían de acuerdo? ¿El camino chino esbozado por Mao? ¿El ejemplo práctico del Che Guevara en Cuba y Bolivia? La situación se complicaba por la impaciencia de algunos que pensaban que las injusticias en El Salvador eran intolerables y que requerían una respuesta inmediata.

En 1965, un comunista salvadoreño defendió la línea tradicional del partido al identificar siete categorías que representaban las condiciones objetivas en el país: La agricultura; la industria; el crecimiento del proletariado; la oligarquía; la penetración imperialista; la integración económica; y la crisis económica.⁵ Después de proporcionar abundante información estadística bajo cada categoría, misma que referencia a los escritos de Marx

y Lenin, concluyó que la estrategia tradicional del partido era la correcta: La insurrección debía postergarse hasta que las condiciones materiales en El Salvador fueran las propicias para la revolución.⁶

Casi al mismo tiempo, otro comunista salvadoreño, Roque Dalton, ofrecía un planteamiento distinto. En un artículo que escribió junto con otro para la *Revista Internacional* en 1967, Dalton citó extensamente a Lenin y proporcionó otro conjunto de evidencias para dar a entender que Latinoamérica se acercaba rápidamente a una situación revolucionaria, y que, por lo tanto, los revolucionarios debían prepararse para pasar a la ofensiva:

La circunstancia de que en Latinoamérica la situación revolucionaria no se ha desenvuelto en series de revoluciones nacionales no se debe sólo a las condiciones objetivas—y en este sentido su duración no es algo predeterminado. Factores del orden subjetivo también desempeñan un papel importante. ‘No todas las situaciones revolucionarias dan lugar a una revolución’, escribió Lenin, ‘la revolución surge de una situación en la que los cambios objetivos mencionados anteriormente van acompañados por... la habilidad de la clase revolucionaria de llevar a cabo acciones revolucionarias de masas lo suficientemente enérgicas para quebrantar (o dislocar) al gobierno, el cual nunca, ni siquiera en un período de crisis ‘cae’, si no se le derriba’. ‘Una revolución puede estar madura’, anotó Lenin sobre el mismo tema, ‘y sin embargo las fuerzas de los revolucionarios pueden resultar insuficientes para llevarla a cabo, en cuyo caso la sociedad decae, y este proceso de decadencia algunas veces se alarga décadas.’⁷

Muchos – si acaso no la mayoría – de los conflictos dentro de los grupos revolucionarios marxistas giraban en torno al análisis y la determinación del momento propicio para lanzar una revolución. Para la izquierda salvadoreña, el estudio de 1932 se convirtió en un punto de partida inevitable para el debate.

Las disputas entre facciones antes, durante e inmediatamente después de los acontecimientos de 1932

El Partido Comunista de El Salvador nació en medio de una disputa entre facciones. Sus fundadores eran parte de un grupo de activistas jóvenes del principal sindicato obrero de El Salvador, la FRTS, quienes se convencieron de que el sindicato no se había radicalizado lo suficiente en cuanto

a su orientación ideológica. La FRTS se fundó en 1924 y a fines de la década de 1920 tenía aproximadamente treinta sindicatos afiliados. Con sus cuatro mil miembros, era de lejos la organización sindical más grande e importante del país. Su principal semillero de afiliados eran las pequeñas fábricas y talleres artesanales, la mayoría ubicados en la ciudad capital de San Salvador y las principales cabeceras departamentales. Tal como se reflejaba en su dirigencia, la FRTS era reformista, vale decir, que creía que las estructuras socioeconómicas de El Salvador debían cambiar para mejorar la condición de los obreros, pero no creía que el capitalismo era intrínsecamente defectuoso o que el socialismo era necesario o inevitable.

Cuando se realizó el Quinto Congreso Anual de la FRTS en mayo de 1929, un grupo de asociados radicales integraron un subcomité dentro de la Federación denominado el Congreso de Obreros y Campesinos. El acta fundacional del congreso, que anunciaba su oposición a la línea reformista oficial de la FRTS, planteaba la oposición del nuevo grupo a toda expresión de “política burguesa” y su compromiso con la revolución social. El congreso, que habría de convertirse en el germen del Partido Comunista de El Salvador, intentó suprimir la existencia de facciones desde un principio. Cualquier manifestación de inconformidad con los postulados marxista-leninistas de la organización era motivo de sanción. Antes de finalizar el año, numerosos miembros habían sido acusados de desviaciones ideológicas y muchos fueron expulsados, incluyendo al menos dos de los integrantes del primer consejo ejecutivo.

El congreso entabló comunicación con el Comintern en Moscú, que respondió mediante el envío de tres de sus agentes a El Salvador para apoyar a los radicales en sus labores de organización. Los tres agentes eran latinoamericanos y uno de ellos, un mexicano llamado Jorge Fernández Anaya, jugaría un papel importante en la organización del Partido Comunista Salvadoreño.⁸

Bajo la dirección de Anaya, los miembros del Congreso de Obreros y Campesinos centraron sus esfuerzos para tomarse la dirección de la FRTS. Como producto de una campaña diligente y una labor de organización eficaz, Anaya y los radicales asumieron el control del consejo ejecutivo del sindicato durante el VI Congreso en febrero de 1930. Uno de los nuevos miembros del consejo fue Miguel Mármol y otro fue Ismael Hernández, quien, al

igual que Mármol, habría de ocupar altos cargos en el Partido Comunista. Casi de inmediato, el nuevo liderazgo comenzó a expulsar a aquellos miembros que se oponían al giro hacia la izquierda. Entre los expulsados se encontraba Luís Felipe Recinos, uno de los fundadores del sindicato.

Alentados por su triunfo dentro de la FRTS, Anaya y los radicales procedieron a formar el Partido Comunista en marzo de 1930. Durante sus primeros meses de existencia, el partido trabajó afanosamente para crear células y reclutar miembros. Estableció células en San Salvador, Santa Tecla, Sonsonate, Ahuachapán y Santa Ana. Su Comité Central se reunía en San Salvador y dentro de pocos meses su membresía ya superaba los cien individuos. La mayoría de los afiliados provenían de las filas de la FRTS.

El hecho de que el movimiento radical surgiera directamente de una organización sindical reformista dejó una huella debilitadora en el Partido Comunista y convirtió a los asuntos ideológicos en tema prioritario para sus líderes. La preocupación por la pureza ideológica se vio reforzada por las directrices que llegaban desde Moscú. Entre 1928 y 1934, durante su llamado "Tercer Período", el Comintern ordenó a todos los partidos comunistas del mundo que rompieran sus vínculos con organizaciones no radicales y que purificaran sus filas mediante la expulsión de aquellos miembros cuyas posturas ideológicas resultaban sospechosas. Durante su primer año de existencia, el PCS gastó cantidades desproporcionadas de tiempo, energía y recursos en asuntos ideológicos internos, o como lo denominó uno de sus miembros, en una "campaña de purificación".⁹ La campaña duró hasta marzo o abril de 1931, y contempló el monitoreo, la sanción, la formación y hasta la expulsión de sus miembros. Aún después de que los dirigentes del partido decidieron hacia fines de año que las orientaciones ideológicas de sus miembros eran lo suficientemente correctas como para suspender la campaña, se mantuvieron muy preocupados por las posibles influencias de elementos no radicales y sus desviaciones ideológicas.

Una variante del conflicto sobre el reformismo dentro del PCS surgió como disputa ideológica con su organización hermana, el Socorro Rojo Internacional (SRI), y su dirigente Farabundo Martí. El SRI era otra organización obrera internacionalista de línea radical con sede en Moscú. La filial salvadoreña parece haberse fundado poco después que el PCS en 1930. El SRI operaba a la par de – y a veces en alianza con – el PCS, pero tenía una

organización burocrática propia y una misión ligeramente distinta. Mientras que el PCS se veía a sí mismo como la columna vertebral de la organización de la revolución, el SRI presentaba una cara más moderada y pública. Su misión era como un tipo de Cruz Roja comunista, dedicado a proporcionar ayuda a aquellos obreros que habían perdido su empleo o a quienes se les había recortado el salario pero, especialmente, a los que habían sufrido represión policial. Martí asumió la dirección del SRI en El Salvador a solicitud de sus superiores internacionalistas en Nueva York, de la misma manera que a fines de la década de 1920 cuando se trasladó a Nicaragua como secretario de Augusto C. Sandino durante la campaña guerrillera en contra de la ocupación estadounidense. Al igual que el PCS, el SRI creció sostenidamente durante los primeros meses de su existencia, debido en buena medida a la gran popularidad de Martí. Los informes de los dirigentes de ambos el PCS y SRI revelan que hacia fines de 1930, el SRI tenía doce locales y tres mil personas que se habían comprometido a adquirir sus carnés de membresía. Pero el crecimiento de la organización fue frenado por la represión del gobierno. El mismo informe afirma que el SRI pasó por una fase crítica entre diciembre de 1930 y marzo de 1931, cuando la mayoría de sus filiales dejaron de funcionar debido a la “intensa ola de terror contra las organizaciones revolucionarias” desatada por el gobierno.¹⁰ El informe también dice que el SRI pasó por un largo período de purificación ideológica similar a la del PCS.¹¹

Si bien es cierto que el PCS y el SRI eran aliados que bregaban por alcanzar un objetivo revolucionario común, manifestaban importantes diferencias a manera de una brecha entre facciones. Buena parte de la discusión giraba en torno al tema de la revolución y si las condiciones objetivas de El Salvador eran tales que obligasen a las organizaciones radicales a prepararse para la insurrección armada. Anaya y los otros dirigentes del PCS afirmaban vehementemente que El Salvador no estaba listo para la revolución. Sentaron una política de “insurrección postergada”, lo que significaba que si bien la insurrección armada era inevitable, la fecha de su realización permanecía oculta en algún momento del futuro.¹² Recibieron el apoyo en este sentido del Buró del Caribe en Nueva York y de las oficinas centrales del Comintern en Moscú.

Martí y otros miembros del SRI se mostraron en desacuerdo, pues creían que las condiciones en El Salvador estaban listas para la revolución y que las organizaciones radicales debían prepararse para tomar la ofensiva. Los puntos de vista contrarios de Martí provocaron repetidas críticas por parte de Anaya, a veces en correspondencia que enviaba directamente a Martí, en otras mediante informes a sus superiores. Por ejemplo, a fines de 1930 Anaya le escribió una carta a Martí en la cual lo acusa de ignorar las líneas de mando establecidas y de identificarse con una variedad de posturas ideológicas falaces, especialmente aquellas relacionadas con el momento oportuno para la insurrección. En su carta, Anaya cita repetidamente a Marx y Lenin para demostrar los errores en que ha caído Martí. En otros informes posteriores, Anaya acusa a Martí de “oportunista”. Hasta los últimos años de su vida, Anaya mantuvo sus críticas hacia Martí. En una entrevista que se publicó en la década de 1980 en México, el anciano Anaya recordaba sus tiempos en El Salvador y dijo, “el problema con Farabundo Martí era su impulsividad. A veces pienso que ese fue uno de los problemas graves que hubo allí”.¹³

Desafortunadamente, las fuentes históricas no contienen las respuestas personales de Martí a las acusaciones que se le hacían, pero los informes de otros dirigentes del SRI revelan que dichas críticas no pasaban desapercibidas. En un informe a sus superiores en Nueva York, Gregorio Ramírez, otro dirigente del SRI, expresa su desprecio hacia el PCS: “Aquí varios comunistas con solo recibir una credencial de la I.C. [Comintern] se sienten Dictadores su palabra es ley y nada mas”. [sic.] Seguidamente, destacó los logros de organización del SRI entre las masas obreras, para después acusar a “comunistas mal preparados” de destruir esos avances. Al explicar sus críticas, Ramírez centró su atención en las diferencias ideológicas entre el PCS y el SRI. Dijo que el SRI entendía que el objetivo del trabajo de organización era la creación de un partido “bolchevique”, lo que solamente se podría lograr en la práctica mediante la organización de las masas en sindicatos específicos. En resumidas cuentas, Ramírez acusaba al PCS de pasividad y de no asumir una postura más activa de organización de las masas obreras para la revolución.¹⁴

El hecho aparente de que Farabundo Martí y la dirigencia del SRI hayan llamado a la insurrección a diferencia del PCS no significa que organizaron o lideraron el levantamiento de 1932. Los debates entre el SRI y el

PCS reflejaban las diferencias a nivel de dirigencias sobre teoría, estrategia y tácticas. Ni Martí ni cualquiera de los otros líderes del SRI estaba mejor parado que sus contrapartes en el PCS para dirigir a las masas del occidente en la insurrección armada de enero de 1932. De hecho, el SRI y el PCS trabajaron juntos estrechamente durante la insurrección y Martí estuvo presente en San Salvador con el Comité Central del PCS durante las últimas dos semanas previas al estallido de la revuelta. Según todas las versiones, Martí no contribuyó de manera especial a la planificación de la insurrección, ni en la forma de contactos preestablecidos entre las masas del occidente ni con una infraestructura de organización que podría haber servido de plantilla para las operaciones militares.

Si el enfrentamiento entre el PCS y el SRI no tuvo que ver propiamente con la capacidad de organizar la insurrección de 1932, no obstante manifestaba todos los elementos de una disputa entre facciones dentro de la izquierda. Cada bando se acusaba mutuamente de malinterpretar los escritos de Marx y Lenin, de evaluar equivocadamente las realidades objetivas de El Salvador y de aferrarse a una estrategia defectuosa. El enfrentamiento también evidencia el impacto persistente de la campaña contra los elementos reformistas que ambas organizaciones conocieron durante su primer año de existencia. El PCS y Anaya utilizaron el mismo lenguaje para criticar al SRI y a Martí con el cual antes atacaron a los reformistas, tales como “oportunismo burgués” y “aventurerismo”.

La decisión de unirse o no a la insurrección en enero de 1932 ocasionó otra disputa en el seno de la izquierda con consecuencias potencialmente de largo plazo. Cuando los dirigentes del PCS y el SRI se enteraron hacia fines de 1931 que una insurrección de proporciones potencialmente masivas se estaba gestando entre el campesinado del occidente, no se pusieron de acuerdo sobre cómo responder. Algunos dirigentes vieron la insurrección con buenos ojos y se pronunciaron por apoyarla bajo la creencia de que su misma existencia confirmaba que El Salvador estaba listo para la revolución. Otros dirigentes creyeron que el levantamiento estaba condenado al fracaso, pero insistieron que el PCS y el SRI no tenían opción sino de plegarse al mismo porque de lo contrario se entendería que abandonaron a las masas para que se enfrentaran solas al enemigo de clase. Y hubo otros que dijeron que unirse a la revuelta era un acto suicida porque no se ajustaba a los principios

marxista-leninistas y porque el país no estaba listo. Los que apoyaban la revuelta hicieron valer su posición en una votación efectuada el 10 de enero. En consecuencia, el PCS y el SRI aportaron lo que estaba a su alcance para el esfuerzo insurreccional, pero las desavenencias no se superaron.

El “Camarada H”, un sobreviviente del Comité Central del PCS que prestó declaraciones ante el Buró del Caribe a fines de 1932, se refirió a los desacuerdos constantes entre los dirigentes del partido antes y después de la decisión del 10 de enero.¹⁵ Miguel Mármol también hizo referencia a este asunto en sus conversaciones con Roque Dalton en 1966. De acuerdo a las notas que tomó Dalton, Mármol afirmó que varios dirigentes se negaron a acatar la decisión y decidieron esconderse en vez de participar en el levantamiento. Mármol utilizó el término “intelectuales” para referirse a estas personas refractarias.¹⁶ El término “intelectual” conllevaba un significado despectivo en el vocabulario de los radicales. Reaparecería constantemente como término que las facciones utilizarían para señalarse y desacreditarse mutuamente. Los miembros del partido supuestamente de origen proletario endilgaban el membrete de “intelectuales” a sus contrarios ideológicos o a los que pertenecían a la “clase profesional” con miras a minar su credibilidad y, por extensión, la validez de sus argumentos. Así, los desacuerdos en torno a la insurrección de 1932 perfilaron los reiterados debates en el seno de la izquierda durante las siguientes siete décadas.

El testimonio del Camarada H ante el comité investigador del Buró del Caribe a fines de 1932 definió aún más las líneas del debate. Según el informe del Camarada H y sus extensas declaraciones, el comité investigador determinó que al momento de producirse la insurrección, El Salvador no estaba listo para la revolución. En palabras del “Camarada R”, uno de los miembros del comité:

El CC [Comité Central] ha intentado lograr un entendimiento claro de los factores objetivos para después preguntarse: “¿la situación objetiva, tal como se dio entonces, estaba madura para la revolución, para la lucha armada para alcanzar el poder?” Estoy seguro que si el CC se hubiera hecho esta pregunta y se hubiera puesto a analizar todos los diversos factores que tienen que analizarse con miras a determinar si la situación objetiva en El Salvador estaba o no madura para la revolución, su respuesta hubiera sido “no, todavía no está madura.”¹⁷

Entre los muchos factores que fueron incorporados a las conclusiones del Camarada R y del comité fue el hecho de que el Camarada H no pudo ofrecer evidencia alguna de que el Partido Comunista o el SRI habían logrado avances importantes en la organización del campesinado en el occidente. Aun cuando se le preguntó específicamente para que comentara sobre ese asunto, H no proporcionó evidencia sobre la existencia de sindicatos de obreros rurales o de ligas campesinas bajo la influencia del partido. Más bien, las declaraciones de H describen a un partido que buscaba insertarse desesperadamente en algún rol de dirección solamente después de que la insurrección era inminente, lo cual sugiere que el principal ímpetu de la revuelta se originó entre el mismo campesinado del occidente.

Al concluir que las condiciones en El Salvador no eran propicias para la revolución, el comité investigador decidió que el partido se había equivocado al unirse a la rebelión. En palabras del Camarada R, la decisión comprobó que el partido era “pequeño burgués” y “golpista”. También dijo que el partido no había utilizado “un enfoque leninista y unos métodos leninistas de organización y liderazgo de las luchas revolucionarias de masas”.¹⁸ Estas son casi las mismas palabras que el PCS utilizó para atacar a los reformistas durante su campaña de purificación y también para criticar a Martí y al SRI por sus opiniones ideológicas contrarias. Ahora, en un giro irónico, el Buró del Caribe dirigía las mismas críticas al PCS por no haber establecido un liderazgo eficaz sobre las masas rurales con miras a convencerles de que no se rebelaran.

Los recuerdos de 1932 tras el desastre

La represión de 1932 devastó las labores de organización sindical y política de los grupos radicales. Si bien es cierto que los campesinos del occidente fueron los blancos principales de la contrainsurgencia, el ejército también persiguió a los miembros del Partido Comunista y de los sindicatos obreros. Muchos miembros de la FRTS, el PCS y el SRI fueron asesinados. El número preciso no se conoce, pero un estimado ponderado colocaría el número en muchas decenas, por no decir centenares. Los informes dispersos de los sobrevivientes son escalofriantes. Por ejemplo, Carlos Castillo, secretario general de la FRTS, logró escapar hacia Honduras y envió una carta a Nueva York en mayo de 1932 en la cual describe la devastación:

Respecto a los últimos acontecimientos de El Salvador, por ahora solo les diré que lo que la burguesía ha hecho, es la matanza más horrorosa que se registra en la historia de América. En el término de quince días el Generalote que actualmente manda, asesinó a 10,000 Campesinos y Obreros, y en su totalidad, es decir, desde el 21 de enero al 21 de febrero los muertos ascendían al número de 15,800. Los medios y las formas que empleaban para matarlos fueron los más terribles y horrorosos, no perdonaron a los padres, mujeres e hijos de los compañeros que más o menos eran conocidos como militantes revolucionarios; fue tanto el odio y la sed de matar a todo el que era obrero, que después que los mataban hacían montones de doscientos y cuatrocientos incluyendo los que estaban levemente heridos y les echaban petróleo inmisericordiamente y les daban fuego.

Castillo describió su huída a Honduras, cuando fue capturado dos veces. Una vez logró escapar; la otra lo soltaron por equivocación. Esperó tres meses en Honduras, solo, con miedo de caer preso de nuevo, e ignorante de lo que estaba sucediendo en El Salvador. Finalmente, decidió volver a El Salvador en mayo, con la esperanza de que el Buró del Caribe ya tuviera noticias de otros sobrevivientes. Escribió "El peligro que corro es eminentemente grave...Díganme si han recibido alguna información de algún militante desde El Salvador".¹⁹

Después del levantamiento, El Salvador se convirtió en un verdadero estado policíaco. Después de haber demostrado que estaba dispuesto a imponer el terror en gran escala, el gobierno se enfrentó a poca oposición mientras seguía reprimiendo a los opositores. Aunque el ejército había suspendido sus ejecuciones masivas hacia comienzos de febrero, seguía arresando a cualquiera sospechoso de actividad política. En apoyo a su propio ejército, policía y servicios de inteligencia, el régimen de Martínez utilizó una vasta red de informantes denominados "orejas" que prácticamente le cerraron las puertas a cualquier trabajo de organización. Hasta personajes muy conocidos de la política fueron sometidos a vigilancia día y noche y algunos hasta tuvieron que exiliarse, como fue el caso del anciano ex-presidente y adalid de la democracia, Pío Romero Bosque, quien murió en Costa Rica en 1934.²⁰

Los sobrevivientes de la FRTS, el PCS y el SRI pasaron a la clandestinidad. La historia de Miguel Mármol proporciona un ejemplo. De acuerdo a la versión publicada en *Miguel Mármol*, que corresponde en gran medida

con las notas manuscritas de los cuadernos de Dalton, Mármol fue capturado en San Salvador poco después del estallido de la revuelta. Fue encarcelado brevemente antes de ser llevado a las afueras del oriente de San Salvador donde fue fusilado junto con una docena de otros prisioneros. Los soldados lo dejaron por muerto pero Mármol sobrevivió a pesar de haber recibido cuatro balazos. Sangrando y desorientado, se dirigió a su casa. Se curó de sus heridas durante dos meses para después dirigirse al oriente de El Salvador. Evitó ser capturado durante dos años porque se mudó de un escondite a otro, pero finalmente un informante de la policía le puso el dedo en 1934. Pasó preso los siguientes dos años, donde se topó con una gama de prisioneros, incluyendo oficiales del ejército a quienes el presidente Martínez sospechaba de confabular contra su gobierno.²¹

Aun cuando se formaron como activistas políticos en la clandestinidad, los meses y años después de 1932 fueron debilitadores para los miembros sobrevivientes de las organizaciones de izquierda. El SRI se disolvió en la práctica para nunca más reaparecer en el país, y el PCS sufrió una contracción enorme de sus afiliados y organización. Las células del partido emergieron de nuevo, pero aisladas las unas de las otras y marcadas por los conflictos entre facciones. Diversas células planteaban perspectivas ideológicas distintas que a menudo reflejaban disputas del pasado.



Miguel Mármol en algún lugar y día desconocidos,
alrededor de 1960 o 1970

Varias células decían ser el núcleo del partido a nivel nacional y consideraban a otras células como rivales. La correspondencia con el Buró del Caribe y Moscú se redujo al mínimo y las cartas que llegaban a su destino a menudo provenían de células que solicitaban que se les reconociera su calidad de líder sobre las demás. Una de las pocas cartas que llegó a Nueva York provino de un grupo de camaradas en Santa Ana en 1936 quienes describieron la situación caótica en los siguientes términos:

Poco tiempo después de la masacre, aparecieron pequeños grupos de obreros y campesinos en pueblos y caseríos del centro y occidente de la República, todos autónomos, desligados y desorientados ideológicamente, desconfiando unos de los otros, viéndose con recelo y combatiéndose entre si. Por ejemplo, aquí, existen como cuatro o cinco grupos con tendencias comunistas, que tienen sus consignas y sus tareas propias y a los cuales hemos luchado por unir, pero ellos se han negado a la fusión, y todos vivimos alejados y en una pasividad terrible.²²

La recuperación del partido después de 1932 fue larga, lenta y dolorosa. El Salvador permaneció bajo el control de una dictadura militar de derechas hasta 1979, la cual se inició con el régimen de trece años del general Hernández Martínez (1931-1944). El advenimiento de la guerra fría después de la Segunda Guerra Mundial exacerbó la histeria anticomunista, y el comunismo siguió proscrito en El Salvador. Aun los partidos ligeramente reformistas se vieron en dificultades para levantar cabeza en un contexto de consolidación permanente del autoritarismo militar. En medio de semejantes circunstancias, el Partido Comunista no tuvo alternativa sino mantenerse como una organización modesta y clandestina que buscaba incidir en los acontecimientos cuando le fuera posible con la esperanza de evitar una represión militar de marca mayor. El partido comenzó a retomar su forma centralizada hacia fines de la década de 1930 y comienzos de la de 1940, y de acuerdo a algunos informes participó en las protestas masivas que llevaron al derrocamiento del general Martínez en 1944. El partido también logró algunos avances dentro del movimiento sindical hacia fines de la década de 1940 y comienzos de la de 1950.²³ Por cierto, al reconocer sus limitaciones y evitar un crecimiento desmedido, el partido logró sobrevivir relativamente intacto durante lo que quedaba de

la década de 1930 y las dos décadas siguientes. Creció lentamente, se mantuvo como un símbolo patético de oposición y ejerció alguna influencia en algunos círculos sindicales, políticos e intelectuales. Hacia fines de la década de 1950, la Universidad de El Salvador se había convertido en un lugar donde los miembros del partido o sus simpatizantes se expresaban públicamente, lo cual explica por que el régimen del presidente Lemus atacó a estudiantes y ocupó la universidad en septiembre de 1960 en medio de una represión a sus opositores.

Parece que hubo poco enfrentamiento entre facciones durante los años de la reconstrucción del PCS. Según la evidencia disponible, la mayoría de miembros del partido entre 1932 y 1959 estuvieron de acuerdo que las condiciones objetivas no eran las adecuadas para la revolución y que habría sido un error y una traición a la doctrina marxista-leninista lanzar una insurrección. Es más, casi todos los miembros del partido estaban convencidos de que el partido no contaba con suficientes personas, recursos o capacidad de organización para hacerle frente al ejército salvadoreño. La Unión Soviética y otras oficinas del comunismo internacional se mostraron de acuerdo con esta posición y alentaron a los comunistas salvadoreños a centrar sus esfuerzos en la sindicalización obrera en vez de la insurrección y hasta vieron con buenos ojos la formación de coaliciones electorales con partidos políticos moderados con la esperanza de debilitar el monopolio del poder que ejercían los militares desde el gobierno.

Durante los años de la reconstrucción, los recuerdos de 1932 no dejaron de ser dolorosos y complejos, y hubo razones de sobra para olvidarse de ellos. No resultó tarea fácil convertir a una insurrección fracasada y a miles de civiles masacrados por el ejército en una crónica para animar a las personas. Roque Dalton era de la idea de que los dirigentes del partido preferían ignorar lo del 32 debido a su complejo legado, y en consecuencia, los miembros del partido tuvieron un conocimiento limitado de 1932 antes de que se publicara *Miguel Mármol*.²⁴ Pero existían presiones contrarias que propiciaban la remembranza de 1932. Al fin de cuentas, todo comunista creía que El Salvador pasaría inevitablemente a la etapa del socialismo mediante una revolución violenta encabezada por el Partido Comunista y, a pesar de su fracaso en 1932, el levantamiento había sido, en cualquier caso, un asalto valiente a las elites y el ejército.

Desafortunadamente, existen muy pocos documentos que permiten conocer cómo los comunistas recordaron los acontecimientos de 1932 durante sus años de reconstrucción entre 1932 y 1959. Afortunadamente, hemos ubicado tres documentos: El informe escrito por los camaradas de Santa Ana en 1936; la crónica de Rodolfo Buezo, *Sangre de hermanos*, publicada en Cuba en 1944; y un documento escrito por Miguel Mármol en 1948 mientras estaba en el exilio en Guatemala. En vista de que la estrategia del partido fue de oposición constante a la insurrección armada durante los años de reconstrucción, podríamos suponer que los tres documentos sostendrían que el partido en 1932 no tuvo participación en el levantamiento o que había cometido un error garrafal al propiciar la insurrección. Pero los tres documentos proporcionan una perspectiva diferente que ensalzan al partido por su habilidad y valor. Es probable que hayan existido otras interpretaciones de 1932 en aquellos tiempos, pero no tenemos noticias de ello. No obstante, estos tres documentos dan a conocer el carácter enrevesado de la memoria de 1932 en tanto demuestran cómo las influencias contemporáneas particulares influenciaron la interpretación histórica.

Al analizar los documentos en orden cronológico, comenzamos con el informe de 1936 de los camaradas de Santa Ana.²⁵ El objetivo de su informe era el de analizar las condiciones del momento y las actividades de su célula, pero sus autores insistieron que para “analizar el estado actual del movimiento social en El Salvador, necesario es hacer antes una reseña histórica del mismo”. Comenzaron con la llegada de Anaya a El Salvador en 1929 y le dedicaron amplio espacio a los acontecimientos de 1932.

Los autores del informe elaboraron una nueva narrativa sobre 1932 que se diferencia notablemente de la declaración que rindió el Camarada H ante el Buró del Caribe hacia fines de 1932. Los autores critican de manera implacable a Anaya y al Comité Central del Partido Comunista y los culpan por el fracaso estrepitoso del levantamiento. Una de las acusaciones principales del informe en contra de los dirigentes del partido es que permitieron que activistas pequeño burgueses de orientación no radical participaran en la toma de decisiones, más que todo en los días críticos inmediatamente antes del levantamiento. El informe identificó a Luís Felipe Recinos, el dirigente del FRTS quien había sido expulsado en 1929 debido a sus posiciones reformistas, como uno de estos entrometidos. De acuerdo

al informe, “la responsabilidad de esta horrorosa masacre de 1932 se debió, en parte a Luis Felipe Recinos y a la táctica izquierdista de Fernández Anaya”. El informe acusó a Anaya de auspiciar “tácticas izquierdistas”, con lo cual daba a entender que se mostraba excesivamente entusiasta acerca de la insurrección armada y que estaba dispuesto a sortear las disposiciones de las jerarquías administrativas en Nueva York y Moscú.

En contraposición a Anaya y la dirigencia del PCS, los camaradas de Santa Ana ensalzaron a Farabundo Martí. Según el informe, Martí le dio un giro más radical a la FRTS en 1930 y lo describió como “entre los intelectual marxistas que conocíamos, fue el C. Martí el único capaz, por su sinceridad”. El único defecto de Martí, de acuerdo al informe, fue que “le faltó analizar la conciencia de clase que prevalecía entre los compañeros que formaban el C.C. del P.C. y de la FRTS—compañeros de capacidad inferior”. Según entendieron los autores del informe, el problema con la rebelión no fue la idea misma de insurreccionarse, o la determinación de los combatientes, sino que los dirigentes del partido: “La causa principal de la masacre fueron los errores tácticos del C.C. [Comité Central]”. Lo que se daba a entender era claro: si los camaradas como Martí y los otros “verdaderos y leales soldados rojos” habrían estado al mando, la rebelión podría haber tenido otro desenlace.

Es de suponer que los camaradas de Santa Ana eran antiguos integrantes del SRI quienes intentaban rescatar la posición ideológica de su fenecida organización al reinterpretarla como historia del Partido Comunista. También parece evidente que la motivación subyacente para redactar el informe perseguía desacreditar a otras facciones que se atribuían la dirección del partido. Semejante objetivo suponía lanzar acusaciones totalmente falsas acerca de Anaya (por ejemplo, que era un “izquierdista” que se codeaba con reformistas como Luis Felipe Recinos) y atribuirle a Martí el trabajo de organización que Anaya había realizado para el partido en su etapa formativa. También es posible que los autores del informe de 1936 hayan sido unos mentirosos descarados que adrede manipularon el pasado con miras a lograr sus objetivos ideológicos. Pero también es posible que hayan creído en la veracidad de cada palabra que escribieron en su informe. Al fin de cuentas, si fueron miembros del SRI en 1932 habrían interpretado el levantamiento de una manera muy particular, que se asemejaría

mucho a su descripción en 1936. En los cuatro años que habían transcurrido desde el levantamiento, tuvieron poco contacto con otros grupos izquierdistas y desarrollaron su memoria de 1932 en aislamiento. Bien puede ser que lo que escribieron en 1936 reflejó sus opiniones sinceras y su creencia profunda de que conservaban la versión exacta del pasado del partido y que, por lo tanto, eran los herederos legítimos de las posturas de la dirigencia del partido. Con independencia de que hayan estado mintiendo, el informe de los camaradas de Santa Ana demuestra que diversos grupos de sobrevivientes ofrecieron versiones diferentes de 1932, con lo cual legaron una narrativa complicada para las futuras generaciones.

Menos de una década después de que los camaradas de Santa Ana enviaron su informe a Nueva York, otro activista de izquierda que sobrevivió la masacre de 1932, Rodolfo Buezo, publicó su versión de los hechos en *Sangre de hermanos* en 1944. Debemos recalcar que Buezo se identificó como un antiguo miembro del Partido Comunista de San Salvador y que, por lo tanto, podríamos anticipar que su libro proporcionaría una versión alternativa al de los camaradas de Santa Ana, una que rehabilitara a Anaya, criticara a Martí, y cuestionara la decisión de rebelarse en 1932. Por el contrario, Buezo ofrece una interpretación tajante de causalidad comunista que ensalza a Martí como dirigente del partido. A diferencia del informe de 1936, ignoró las divisiones internas y alabó por igual al Partido Comunista y al SRI por haber organizado a las masas rurales e instigado el levantamiento.

En 1948 el mismo Miguel Mármol ofreció su propia versión de los hechos. Mármol se había refugiado en Guatemala bajo el régimen de Juan José Arévalo (1944-50), y estaba trabajando con la Confederación de Trabajadores de Guatemala (CTG), el sindicato obrero más importante de Guatemala. Pero la principal preocupación de Mármol seguía siendo El Salvador, y en 1948 redactó una descripción detallada de la sindicalización obrera en El Salvador titulado "Breves apuntes históricos del movimiento sindical de El Salvador". Este documento fue capturado en 1954 durante el golpe de estado que apoyó Estados Unidos contra el sucesor de Arévalo, Jacobo Arbenz, y fue enviado a Washington, donde ahora se encuentra en los archivos nacionales de aquel país.²⁶

Mármol explicó su motivo para escribir el documento de 1948 en términos de un conflicto generacional por la dirección del PCS. Mármol se

refirió específicamente al surgimiento de una nueva cohorte de miembros del partido proveniente de círculos “intelectuales y profesionales” que buscaban desplazar a los antiguos militantes de origen obrero como él. Mármol no identificó la naturaleza precisa de la desavenencia entre los dos grupos pero dijo que la nueva cohorte estaba tratando de reinterpretar la historia del partido como si hubiera sido un fracaso, ejemplificado en los sucesos de 1932, y de echarles la culpa a los antiguos militantes por las debacles pasadas.

El documento de 1948 fue la respuesta de Mármol a estas acusaciones. En él, defendió las acciones pasadas del partido y se refirió a las críticas hacia los dirigentes mayores como “teorías falsas o mal interpretadas”. Alabó los logros de los radicales de antaño, incluyendo su habilidad para organizar a las masas del occidente en los años anteriores a la rebelión de 1932. La descripción que hace Mármol de la insurrección no dejó de ser vaga, y no le atribuyó al partido el haberla dirigido. Sin hacer referencia a los debates internos, ignoró a Anaya, ensalzó la figura de Farabundo Martí, y se refirió a las confabulaciones del gobierno de Martínez como la principal razón del fracaso de la rebelión. En otras palabras, la versión de los acontecimientos que presentó Mármol se asemeja a la de Rodolfo Buezo en 1944. Años después, Mármol se convirtió en un apologista de la estrategia del partido de demorar la insurrección, lo cual, no concordaba necesariamente con los planteamientos que hizo en 1948. Pero Mármol se encontró en la situación de tener que defender la gestión histórica del partido y de sus viejos camaradas ante el embate de un grupo advenedizo de jóvenes “intelectuales” que criticaban a los mayores de la dirigencia del partido. Por ende, Mármol propuso una interpretación de 1932 que tenía más visos de la línea pro-insurreccional que de la línea oficial de “insurrección postergada”.

Durante dos décadas después de la horrorosa masacre de 1932, los aturdidos sobrevivientes del Partido Comunista entendieron los acontecimientos desde una perspectiva que no cuestionaba la certeza de las acciones del partido y buscaba a los culpables del desenlace desastroso en otros, principalmente en la brutalidad del ejército y la oligarquía. Casi del todo ausente de esta explicación estaba la pregunta acerca de la existencia de una situación verdaderamente revolucionaria en 1932. Sin que haya sido coincidencia, el partido no se hacía esta pregunta sobre su situación en

aquel momento y, por lo tanto, no se preocupó por plantearla en relación a 1932. Pero después de 1959, las condiciones del momento cambiaron y algunos miembros del partido comenzaron a creer que una situación revolucionaria estaba gestándose en El Salvador. En ese momento, su versión de los hechos de 1932 comenzó a hacer referencia a condiciones revolucionarias similares.

Debates dentro del partido en las décadas de 1960 y 1970, y la aceptación de la tesis de la insurrección postergada

A pesar de las aparentes divisiones generacionales dentro del partido en torno al tema del liderazgo hacia fines de la década de 1940, no existe evidencia que sugiera que los miembros del partido estuvieran fuertemente en desacuerdo sobre la estrategia de la insurrección postergada. Sin embargo, la unidad ideológica del partido estaba a punto de ponerse a prueba. La victoria de Fidel Castro en la Revolución Cubana de 1959 emocionó a los militantes ansiosos de seguir el ejemplo cubano. De repente, las interpretaciones de 1932 se tornaron altamente politizadas en tanto las discusiones sobre la conveniencia de propiciar una estrategia más agresiva después de 1959 se entremezclaron con los análisis de las acciones del partido allá por 1932.

De acuerdo a varias fuentes, las divisiones que se perfilaban dentro del partido sobre los temas de un mayor protagonismo y la insurrección armada obedecían a diferencias generacionales, en tanto, los camaradas más jóvenes eran proclives a pasar a la ofensiva mientras que los mayores creían que El Salvador todavía no estaba listo para la revuelta armada. Una de las fuentes fue el homenaje de Dalton a Otto René Castillo, su amigo guatemalteco quien se unió a una columna guerrillera en Guatemala y quien fuera capturado para después morir en prisión en 1967. En su homenaje a Castillo, Dalton lo describió como un modelo a imitar por la propia juventud insurreccional de su partido, lo cual no debe extrañar porque Dalton escribió su homenaje a Castillo en 1969, justo cuando estaba en vías de hacer suya la opción por la vía armada. Otra fuente es el repaso histórico que preparó el Comité Central del PCS en conmemoración de su cuarenta y cinco aniversario en 1975. En ese escrito, los autores critican a

su juventud radical al calificarla de intelectuales “pequeño burgueses” a quienes les faltaba una comprensión correcta de tanto el marxismo-leninismo como de las realidades materiales de El Salvador.²⁷ Los defensores de la estrategia del partido de la insurrección postergada se definieron a sí mismos como los miembros más antiguos del partido cuyos orígenes sociales se ubicaban en el campesinado y la clase obrera.

Los últimos años de la década de 1950 y los primeros de la década de 1960 fueron una época de mucha inspiración para los izquierdistas de todas las generaciones en El Salvador. Habían sido testigos en años recientes de muchos acontecimientos dramáticos en todo el globo, incluyendo la destrucción de la democracia a manos de la CIA en la vecina Guatemala, la derrota de los franceses en Vietnam en 1954, la presencia creciente de Estados Unidos en el sudeste asiático, la victoria de la Revolución Cubana y la posterior crisis de los misiles en Cuba, los comienzos de la descolonización en Asia y África, y los triunfos espaciales de la Unión Soviética frente a sus rivales de Occidente. En el propio país, los militares seguían en el poder y el populismo de la “revolución” de 1948 se tornaba vacío. Muchos miembros del partido empezaron a creer que la Revolución Cubana marcaba el comienzo de una nueva era de activismo político en Latinoamérica. El número de miembros radicales en el partido creció rápidamente, y querían unirse a Cuba y propinarle otro golpe al imperialismo estadounidense al unirse a las filas de los países socialistas del mundo. No les preocupaba el hecho de que la mayoría de ellos eran jóvenes intelectuales de origen urbano que carecían de formación militar, armas, dinero o contactos con organizaciones en las zonas rurales. Argumentaban que Castro había comenzado con menos de una docena de hombres en una remota región montañosa del este de Cuba y que había entrado, victorioso, a La Habana menos de dos años más tarde.

Poco después de la victoria de Castro en Cuba, el PCS comenzó a adoptar una postura más activa. El partido organizó primero una organización de fachada, el Frente Nacional de Orientación Cívica (FNOC), que le permitió a los miembros del partido involucrarse en las movilizaciones de masas. El FNOC participó en el movimiento que condujo al derrocamiento del régimen de Lemus el 26 de octubre de 1960. También en 1960, organizó su primer ala militar desde el levantamiento de 1932, los Grupos de

Acción Revolucionaria (GAR). El siguiente año, el partido creó una segunda ala militar, el Frente Unido de Acción Revolucionaria (FUAR), al cual se incorporaron los miembros de los GAR. La creación del FUAR sugiere que el partido comenzaba a creer que la combinación de la Revolución Cubana en el exterior y la creciente represión de los militares dentro del país significaba que una situación potencialmente revolucionaria estaba surgiendo.²⁸ Un dirigente del partido afirmó más tarde que las afiliaciones al partido se duplicaron en un espacio de seis meses en 1962.²⁹ No obstante, el impulso revolucionario no cuajó y el FUAR había desaparecido hacia fines de 1963.

El hecho de que los GAR y el FUAR se hayan creado revela la influencia creciente del ala radical dentro del partido y el hecho de algunos de los dirigentes hayan pensado que era plausible la acción armada. Sin embargo, la desaparición de los GAR y el FUAR evidencia que los tradicionalistas opuestos a la insurrección armada seguían controlando el partido. Los tradicionalistas defendían la línea de la insurrección demorada y utilizaron la memoria de 1932 como un elemento clave en apoyo a sus planteamientos.

El Seminario de Historia Contemporánea de Centroamérica en la Universidad de El Salvador en 1963 se constituyó en un momento público en que los tradicionalistas aprovecharon para criticar a los radicales más jóvenes. Dos de los expositores que integraban la mesa sobre los acontecimientos de 1932, Jorge Arias Gómez y David Luna, defendieron la línea tradicional del partido. Ambos Arias y Luna destacaron que las condiciones materiales en El Salvador en 1932 no eran las propicias para una revolución, aunque cada uno presentó argumentaciones diferentes. Arias dijo que el partido no disponía de la capacidad para organizar semejante movimiento masivo, con lo cual cuestionaba la creencia de los radicales de que el levantamiento de 1932 representaba un precedente para la acción armada en aquel momento. Luna amplió el argumento de Arias al insistir que aun cuando el partido no haya sido capaz de organizar y dirigir la insurrección, tomó la decisión aciaga de participar. Describió esa decisión como un error de juicio grave porque las condiciones no estaban dadas para una revuelta, de tal manera que, el levantamiento solamente pudo haber terminado - como de hecho ocurrió -, en fracaso y masacre. Luna dijo que la derrota de 1932 demostró lo que sucede cuando las rebeliones ocurren prematuramente, y aprovechó para lanzar una dura crítica a los jóvenes

radicales: “tienen que estudiar más y hablar menos”.³⁰ Concluyó su intervención citando una entrevista personal con Jorge Fernández Anaya, el partidario original de la línea de la insurrección postergada como una fuente principal de información.³¹

Si bien es cierto que Arias era miembro del partido y Luna un simpatizante, ninguno de los dos calificó su presentación al seminario en 1963 como la posición oficial del partido. Más bien, se presentaron como profesores de la universidad comprometidos con el estudio de temas históricos. En palabras de Luna, “Yo realizo este estudio como un observador imparcial y he tratado de despojarme de todo subjetivismo, sencillamente me he puesto en una montaña y desde ahí he visto la llanura. Esto es muy difícil, pues siempre no llega alguna influencia del corazón. Mi simpatía está con la causa revolucionaria, pero esto es aparte de la labor del historiador”.³² Sin embargo, los tradicionalistas dentro del partido consolidaron sus posiciones frente a los más radicales con argumentos idénticos a los de Arias y Luna.

El surgimiento de Salvador Cayetano Carpio hasta ocupar el máximo cargo de secretario general en 1964, significó la reimplantación de la línea tradicionalista. Resulta irónico recordar que Carpio había promovido la formación de las alas militares a comienzos de la década de 1960, pero su ingreso al partido había sido a través del movimiento obrero y creía en la necesidad de una amplia organización de las masas antes de iniciar una acción armada.³³ Es más, había viajado a la Unión Soviética poco después de 1960 y volvió de ese país más convencido que nunca de su oposición al “ultraizquierdismo” y la insurrección prematura.³⁴ Aún más irónico es el hecho de que cinco años después de haber asumido el cargo de secretario general en 1964, Carpio encabezaría la primera deserción del partido sobre el tema de la estrategia insurreccional, dejando a Shafik Handal como jefe del partido y defensor de la línea tradicional. Pero cuando Carpio se convirtió en el líder del partido en 1964, representaba la línea tradicionalista y fue en el Quinto Congreso del partido en 1964 que él y los otros tradicionalistas reestablecieron la insurrección postergada como la línea oficial del partido.³⁵ Las actas del congreso fueron resumidas en *Revista Internacional*, la publicación donde trabajaba Dalton en Praga en 1966 cuando se reunió con Miguel Mármol.³⁶ Aunque las actas del Quinto Congreso

no hicieron mención específica del levantamiento de 1932, cualquiera con conocimientos de historia salvadoreña entendería a sus autores cuando escribieron: “La experiencia nos ha demostrado, en El Salvador, que las acciones prematuras o aventureras pueden causar daño al desarrollo del movimiento revolucionario, y por ello consideramos el aventurismo y la impaciencia pequeñoburguesa como un peligro para el desarrollo consecuente del movimiento revolucionario en nuestro país. En esta etapa nuestro Partido lucha tesonera y diariamente por crear la acumulación de fuerzas necesarias al triunfo de la revolución”.³⁷

Otro artículo que apareció en *Revista Internacional* en 1965 ofreció una defensa más puntual de la posición del partido en el Quinto Congreso. El artículo fue escrito para conmemorar el treinta y cinco aniversario del partido y su autor fue un alto dirigente del partido que utilizó el pseudónimo de Alberto Gualán, un comunista que había muerto en la Matanza de 1932. El autor supuestamente fue Cayetano Carpio o Shafik Handal.³⁸ El artículo ensalzó al partido por su valentía durante los treinta y cinco años de existencia y especialmente por resistir la represión constante de los regímenes militares. Pero el autor recalcó que la historia del partido se había visto marcada por la lucha de facciones y diversas deficiencias ideológicas.

La extrema pequeñez a que se vio reducido por la matanza, el constante acoso por parte del enemigo, la insuficiente experiencia revolucionaria y la enorme deficiencia teórica condujeron al Partido por un período de fraccionamiento. Florecieron el “obrerismo” y el “intelectualismo” como corrientes ideológicas que minaban su unidad y nutrían el fraccionalismo.³⁹

El autor después pasó rápidamente de 1932 al presente e insistió que la decisión de prepararse para la insurrección armada a comienzos de la década de 1960 constituyó un momento cuando una teoría débil condujo a una política equivocada. El autor reconoció que las condiciones en el país estaban cambiando y que el activismo político en gran escala estaba aumentando. Pero insistió que era un error esos cambios en el sentido de que El Salvador estaba pasando a una fase revolucionaria. “Todo esto condujo en 1961-1962”, el relató, “a una especie de fiebre izquierdista en la táctica del Partido”.⁴⁰ A continuación dijo:

Especialmente perjudicial fue el manejo izquierdista de la línea de prepararse para la insurrección popular, que se había trazado. Se hablaba y se amenazaba con la insurrección en la plaza pública y en la propaganda escrita. Esto creaba entre las masas la idea de que las batallas decisivas por el Poder estaban a plazo inmediato. La verdad objetiva era otra. Las acciones decisivas no estaban aún maduras. La presencia de la situación revolucionaria no encierra por sí sola la posibilidad real de la toma del Poder. Para ello hace falta, además, que exista un Partido de vanguardia, maduro orgánicamente, capaz de enfrentar con éxito la compleja tarea de la dirección del proletariado y el pueblo en general.⁴¹

Desde la perspectiva del autor, los dirigentes del partido tuvieron el buen juicio cuando se efectuó el Quinto Congreso de abandonar el “izquierdismo romántico” y retomar el camino del “leninismo científico”.⁴² El partido abandonó la insurrección armada y centró sus energías en la organización de las masas y la unificación de los obreros urbanos y rurales en una causa común.⁴³

Diez años más tarde, en 1975, el partido celebró su cumpleaños número cuarenta y cinco y, de nuevo, sus dirigentes redactaron un extenso repaso histórico que respaldaba su posición ideológica de ese entonces. Durante los diez años transcurridos, la identificación del partido con la tesis de la insurrección postergada no había cambiado; si acaso, se habría endurecido ante los desafíos que les lanzaban las facciones más radicales. Al igual que a los inicios de la década de 1960, los tradicionalistas dentro del partido se enfrentaron a las disensiones internas promovidas por los radicales quienes creían que El Salvador estaba listo para la acción armada. Pero mientras que las discusiones de comienzos de la década de 1960 no dividieron al partido, los desacuerdos que afloraron entre 1965 y 1975 se tornaron agrios y condujeron a reacomodos significativos dentro de sus estructuras. A partir de 1969, las facciones comenzaron a desgajarse del PCS, principalmente por el tema de la insurrección y la negativa del partido de encaminarse hacia una ofensiva armada. El resquebrajamiento comenzó, ni más ni menos, que con el destacado secretario general del partido entre 1964 a 1969, Salvador Cayetano Carpio, quien se separó del partido en 1969 para fundar las Fuerzas Populares de Liberación Farabundo Martí (FPL), en abril de 1970. Durante los cinco años siguientes, diversos grupos de radicales se separaron sucesivamente del partido, dejando una estela de

confusión en la organización del partido combinado con animosidades de tipo personal. Eventualmente, cinco organizaciones radicales diferentes compitieron entre si en busca de apoyo, cuadros, dinero, armas y reconocimiento internacional.

Cuando el partido cumplió sus cuarenta y cinco años en 1975, su dirigencia se había vuelto menos tolerante de los planteamientos favorables a la insurrección, ya sea históricos o contemporáneos. Mientras que en 1965 habían hecho algunas referencias a 1932, su repaso en 1975 identificó momentos de radicalismo del pasado con miras a criticarlos duramente. Dijeron que el Partido de 1932 había encabezado el levantamiento, pero “no tenía la adecuada preparación ni experiencia política suficiente, y además sus miembros fueron víctimas de un “izquierdismo infantil”.⁴⁴ No obstante, y a pesar de que creían que sus antepasados se habían equivocado en 1932, insistieron que no había que perder de vista su valor: “Ahora, 43 años después del levantamiento de 1932, cuando el Partido tiene una mejor visión de los errores, deficiencias y debilidades cometidas entonces, no podemos, sin embargo, dejar de rendir tributo ferviente a aquellos camaradas y revolucionarios verdaderos que intentaron, por vez primera, conquistar el poder para los obreros, y campesinos, e iniciar la construcción de una nueva sociedad”.⁴⁵ En lo que se refiere al período 1961-63, los dirigentes del partido en 1975 se mostraron menos indulgentes hacia los radicales, quizás porque muchos de ellos fueron los mismos que se separaron del partido después de 1969.⁴⁶

Después de lanzar sus críticas contra los radicales, los dirigentes del partido reafirmaron en 1975 su vocación de posponer la insurrección y defendieron sus tácticas, tales como la formación de alianzas electorales con partidos políticos moderados. Un ejemplo de semejantes tácticas fue el apoyo que el partido brindó a la Unión Nacional Opositora (UNO) para las elecciones presidenciales de 1972. El partido oficial de los militares ganó esa elección recurriendo a un fraude descarado y una amplia represión, incluyendo la tortura y el exilio del candidato de la oposición, José Napoleón Duarte. A pesar de semejante represión, el partido siguió identificado con tácticas no militares, que fundamentaron mediante el uso de una terminología cuidadosamente seleccionada para describir las condiciones objetivas de El Salvador. Dijeron que el país se caracterizaba por un “capitalismo

deformado y dependiente”, con lo cual dieron a entender que no se encontraba en la etapa superior del capitalismo que ofrecería el entorno adecuado para lanzar una revolución armada.⁴⁷

Roque Dalton y la reacción radical

Los radicales dentro del partido lamentaron los resultados del Quinto Congreso del partido y la creciente intransigencia de sus dirigentes frente al planteamiento de la acción armada. Eventualmente, la frustración de los radicales llegó a tales extremos que comenzaron a separarse para formar columnas guerrilleras. El primero en irse fue el Frente Popular de Liberación (FPL), seguido de cerca por el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) en 1972. Otras divisiones dentro de estas organizaciones llevaron a la formación de la Resistencia Nacional (RN) y el Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos (PRTC), ambos en 1975.

En sus argumentos en respaldo a la tesis insurreccional hacia fines de la década de 1960 y comienzos de 1970, los radicales incorporaron el análisis de acontecimientos históricos, especialmente, el levantamiento de 1932 y el auge de las tendencias insurreccionales entre 1961 y 1963. Roque Dalton se puso del lado de la posición radical. Roque, por supuesto, ya había escrito acerca de los acontecimientos de 1932 antes de distanciarse de la línea oficial del partido. Redactó estudios académicos acerca de 1932 en *El Salvador* (1963) y *El Salvador: Monografía* (1965). Es más, en su poesía y prosa se refirió varias veces a 1932 y sus figuras emblemáticas, como Farabundo Martí. Y, claro, escribió *Miguel Mármol*. Sus análisis sobre 1932 antes de *Miguel Mármol* se asemejaron a las interpretaciones de su mentor Jorge Arias y otros tradicionalistas del partido. Pero, sus interpretaciones sobre 1932 comenzarían a cambiar muy pronto.

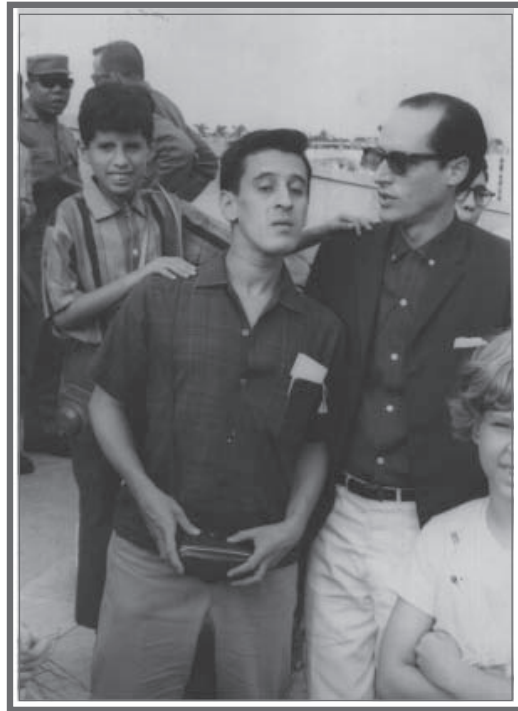
En 1966, Dalton se encontraba en Praga, donde se intensificó su inconformidad con la oposición del partido a las corrientes insurreccionales. Fue en ese año que Dalton entrevistó a Mármol. En los cinco años siguientes, su compromiso con la opción revolucionaria se fue concretando en la medida que redactaba *Miguel Mármol*. Fue este cambio en su postura ideológica que determinó el contexto para la interpretación que Dalton haría de la historia de Mármol. Dalton, el radical, entrevistó a Mármol, el leal

miembro vitalicio del partido, sobre un acontecimiento histórico que se suponía era marginal a los debates políticos del momento, pero que, de hecho, se había convertido en un punto medular de una intensa disputa dentro del partido sobre las estrategias insurreccionales. Los planteamientos que aparecen en *Miguel Mármol* sobre la causalidad comunista y la defensa de la decisión del partido de rebelarse en 1932 guardan más relación con el radicalismo de Dalton en ese momento que con el testimonio oral que proporcionó Mármol. La voz de Mármol en *Miguel Mármol* desvía la crítica a la revuelta cuando dice: “No creo que se nos deba atribuir aventurismo pequeño-burgués por haberlo hecho”.⁴⁸ Los cuadernos de Dalton no proporcionan evidencia alguna de que Mármol haya dicho eso. Es más, la terminología empleada en ese planteamiento se asemeja mucho a la forma en que los radicales del partido hacia fines de la década de 1960 defendían su creciente radicalismo frente a los tradicionalistas del partido.

Una de las fuentes más reveladoras en defensa del radicalismo en el partido hacia fines de la década de 1960 y comienzos de 1970, es también una de las menos conocidas. Es un escrito a máquina inédito de aproximadamente cien páginas sobre la historia del Partido Comunista de El Salvador que Roque Dalton escribió en Cuba en 1972. El manuscrito es parte del archivo personal de Dalton al cual tuvimos acceso gracias a su familia. Es posible que Dalton haya tenido la intención de publicar el escrito o distribuirlo entre sus camaradas, pero su muerte prematura lo impidió. En tanto un escrito desconocido de Dalton, su valor como documento histórico es inconmensurable. Pero para nuestros propósitos inmediatos, ofrece una defensa categórica de la militancia armada a partir de un análisis histórico detallado. El análisis de Dalton guarda un parecido notable con el repaso histórico escrito por el Comité Central del partido al cumplir sus cuarenta y cinco años en 1975. Ambos documentos utilizaron muchos de los mismos ejemplos y sustentaron sus interpretaciones de la “realidad” salvadoreña con abundantes citas de Marx y Lenin. Pero Dalton sencillamente interpretó la realidad de manera diferente a los líderes del partido, y aun de manera diferente a como lo había hecho en sus propios escritos alrededor de una década antes. Mientras que los dirigentes del partido llegaron a la conclusión de que El Salvador no estaba listo para una revuelta armada, Dalton argumentó que ya era el momento de pasar a la ofensiva.

Dalton inicia su historia con una apreciación de El Salvador en 1931 y 1932 e insistió que las condiciones eran apropiadas para una revolución. En esos tiempos, dijo, “se planteó y se desarrolló en El Salvador una situación revolucionaria típica de acuerdo con la descripción leninista”.⁴⁹ Dalton afirmó que el partido había logrado construir una organización con ramificaciones extensas y profundas entre las masas del occidente, y que el partido “era la vanguardia organizada político-reivindicativa e indiscutida del movimiento de los trabajadores salvadoreños....Este partido fue capaz de conducir a las masas dentro de las causas corrientes de la lucha de clases”.⁵⁰ Dalton no se guardó las críticas al partido por haber diseñado un plan defectuoso y por haber tratado de hacer demasiado en poco tiempo. Pero esas críticas se hicieron en un contexto argumentativo en el sentido de que la falla principal del partido fue el de no haber aprovechado una situación verdaderamente revolucionaria.

El análisis de 1932 está presente en toda la historia del partido que escribió Dalton, de tal manera que es difícil determinar cuándo éste termina y cuándo comienzan los análisis de los períodos sucesivos. Pero, a la usanza en sus escritos históricos previos, Dalton saltó rápidamente de 1932 a la era contemporánea, con lo cual, deja en claro que estaba convencido de que el estudio de 1932 proporcionaba ejemplos aleccionadores para las discusiones contemporáneas. Dalton afirmó que durante todas las décadas de 1930, 1940 y 1950, el partido sufrió de un malestar en su organización y que estaba plagado de valores ideológicos “pequeño burgueses” que entorpecían su capacidad para organizar a las masas. Denominó a esta condición un “viejo mal” y hasta se mostró de acuerdo con los dirigentes del partido que en 1965 sostuvieron que el partido se había equivocado cuando se propuso pasar a la ofensiva entre 1961 y 1963 porque el “viejo mal” todavía estaba presente en ese momento.⁵¹



Roque Dalton durante su exilio
en Cuba con el Poeta
Roberto Fernández Retamar,
alrededor de 1960.

Pero cuando Dalton examinó los últimos años de la década de 1960 y los primeros de la de 1970, su acuerdo con los dirigentes del partido se esfumó. Dijo que ya era tiempo que el PCS se convirtiera en un “partido de combate”.⁵² Dalton basó su argumentación en los escritos de Lenin, al insistir que una situación revolucionaria existía en El Salvador y que al no tomar la ofensiva los dirigentes del Partido Comunista estaban dejando de cumplir su misión histórica. Se refirió a las facciones que se habían separado del partido, incluyendo el antiguo secretario general, que “renunció a su cargo y salió del Partido acusándolo de posiciones conservadoras, llevándose consigo a un buen porcentaje de la ya exigua militancia”.⁵³ Dalton concluyó su historia con una cita de la obra de Lissagaray (1838-1901), un participante en la Comuna de París de 1871, quien escribió sobre su sangrienta derrota a manos del estado francés. Dalton citó parte del prefacio de la obra de Lissagaray en los siguientes términos: “Los hijos tienen derecho a conocerle porque de las derrotas paternas; el partido socialista, las

campañas de su bandera en todos los países: El que cuenta al pueblo falsas leyendas revolucionarias, el que lo divierte con historias agradables, es tan criminal como el geógrafo que levanta mapas falsos para los navegantes”.⁵⁴

Guerra civil y unificación

Durante el resto de la década de 1970, la dirigencia del PCS se mantuvo en desacuerdo con sus rivales más radicales quienes insistían que las condiciones en El Salvador estaban maduras para la revolución. Todavía en 1978, el secretario general del partido, Shafik Handal, citó a Lenin para explicar la estrategia del partido de participar en coaliciones electorales con partidos políticos de línea moderada: “Lenín escribió: ‘Uno debe saber cómo combinar la lucha por la democracia y la lucha por la revolución socialista, subordinando la primera a la segunda. En esto yace la dificultad, en esto estriba la esencia’”.⁵⁵

Bajo el liderazgo de Handal, el partido siguió definiendo su misión principal en términos de la de organización de las masas, y sostuvo que la política electoral y las coaliciones eran las tácticas apropiadas. En consecuencia, el partido le dio seguimiento a su participación en la coalición de la UNO para las elecciones de 1972 uniéndose otra vez a la UNO para la próxima contienda electoral en 1977. De nuevo, los militares ganaron la votación echando mano de un fraude en gran escala y una represión aún mayor que la de 1972. No obstante, los dirigentes del partido creían que la política de elecciones podría tener éxito, con lo cual, se ganaron el epíteto de “electoreros” y “revisionistas” de parte de sus adversarios radicales. Los radicales señalaron a las dos elecciones presidenciales como pruebas de que las soluciones pacíficas estaban agotadas.⁵⁶ Handal reconoció más tarde que resultó difícil mantener el rumbo, “de seguir el sabio consejo de Lenin”, en un entorno de represión salvaje y una creencia que se difundía entre las masas de que los radicales tenían la razón.⁵⁷ Durante el entierro de uno de los miembros del Comité Central del partido, quien se desempeñaba también como diputado en la Asamblea Legislativa, Rafael Aguiñada Carranza, Handal proclamó que el partido seguía creyendo, como creía Rafael Aguiñada, que «en el centro de esta amplia unidad democrática debe estar la unidad del movimiento obrero, su alianza con los campesinos

y con los sectores más activos y organizados de las capas medias». ⁵⁸ Aún en octubre de 1979, el partido apoyó a una junta militar reformista que depuso al general Romero y prometió reformas sociales y económicas.

Pero la junta reformista de 1979 no pudo controlar a los paramilitares ni al ejército, y el conflicto social se intensificó. Creció el apoyo popular para los radicales de izquierda y las condiciones internacionales, especialmente, el triunfo de los sandinistas en Nicaragua en julio de 1979, parecían apuntar hacia la viabilidad del conflicto armado. Hasta el PCS empezó a prepararse en 1979 para realizar acciones armadas. En su Séptimo Congreso en marzo de 1979, el partido diseñó un plan militar, y durante el resto del año los combatientes del partido participaron en una serie de pequeñas acciones armadas, en su mayoría en las afueras de San Salvador, con miras a conseguir armamento. Hacia fines de 1979, incrementaron la magnitud de sus operaciones cuando destruyeron un puesto de la Guardia Nacional y mataron a diez guardias en el pueblo de Santo Domingo en el departamento de San Vicente.

A fines de 1979 y comienzos de 1980, las facciones de la izquierda discutieron la posibilidad de unificarse de nuevo. El primer paso importante hacia la creación de lo que sería el ejército guerrillero unido del FMLN se dio el 10 de enero de 1980, cuando la mayoría de las facciones, incluyendo el Partido Comunista, formó la Coordinadora Revolucionaria de Masas (CRM).⁵⁹ Anunciaron su formación en una conferencia de prensa en el auditorio de la facultad de derecho de la Universidad de El Salvador. Dijeron que se preparaban para una confrontación frontal y que eran más fuertes unidos que divididos. Dos meses después de la formación de la CRM, el Partido Comunista oficialmente fundó su propia ala militar, las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL), reflejo de la creencia dentro del partido de que el conflicto se tornaba inevitable. Ese mismo día, el arzobispo de San Salvador, Oscar Arnulfo Romero, murió asesinado a manos de un escuadrón de la muerte paramilitar mientras oficiaba una misa en San Salvador, con lo cual la conflictividad social alcanzó niveles insospechados. Finalmente, en octubre de 1980, las cinco facciones de la izquierda se unieron para combatir al crearse el FMLN y declararon haberse constituido en un solo ejército guerrillero bajo dirección colectiva. Poco después, Shafik Handal rectificó una política de medio siglo del Partido Comunista cuando dijo que “en

El Salvador existe una situación revolucionaria”.⁶⁰

Dentro del auge de la movilización armada, 1932 se convirtió en un símbolo clave. Poco después de la formación de la CRM, los movimientos populares organizaron una marcha masiva el 22 de enero de 1980, el aniversario cuarenta y ocho del levantamiento de 1932. Fue descrita posteriormente como “una de las más grandes demostraciones populares en la historia moderna del país”.⁶¹ Cuando los manifestantes llegaron al centro de San Salvador, unas unidades militares abrieron fuego. La comisión de derechos humanos de El Salvador estimó que murieron sesenta y siete personas y fueron heridas unas doscientas cincuenta.⁶²

En la medida que el PCS comenzó a creer que El Salvador estaba listo para la revolución, así también comenzó a cambiar su interpretación de 1932. La insurrección de 1932 ya no era percibida como un fracaso y una lección sino que, más bien, como un modelo de determinación revolucionaria. Después de 1979, los dirigentes del PCS se mostraron aún menos críticos del protagonismo del partido durante el levantamiento que el mismo Dalton. Por ejemplo, en un artículo de 1980 en el que explicaba la decisión del partido de unirse al FMLN y tomar las armas, Handal dijo sencillamente que el Partido Comunista “estaba encabezando la insurrección de enero de 1932”. No hizo ninguna de las consabidas aclaraciones de que los camaradas habían sido imprudentes o que se habían equivocado. Diez años más tarde, en 1990, Handal ofreció otro ejemplo en su acostumbrado repaso histórico en ocasión del sesenta aniversario de la fundación del partido; Handal se refirió al levantamiento de 1932 sin externar crítica alguna y se refirió a los camaradas que la dirigieron como la personificación de “el carácter revolucionario de nuestro Partido”.⁶³

Conclusión

No es sorprendente que un fuerte movimiento de izquierda haya surgido en El Salvador, un país gobernado por élites económicas y un ejército dispuesto a utilizar el terror en gran escala para defender los privilegios y la riqueza. Algunos de los que se hicieron izquierdistas en El Salvador eran obreros y campesinos pobres, a menudo con un mínimo de educación, que pueden haber leído o no a Marx y Lenin o comprendido sus escritos,

pero que entendieron que el socialismo o el comunismo les ofrecía la posibilidad de un mejor futuro y la supresión del miedo. El mismo Miguel Mármol, un miembro vitalicio del Partido Comunista, reconoció durante sus entrevistas con Dalton que había leído a Marx pero que no estaba en capacidad de entenderlo del todo".⁶⁴ Otros comunistas eran miembros de la clase media y alta quienes no se unieron a la izquierda por hambre, sino que, por la creencia de que el marxismo en sus diversas variaciones proporcionaba una guía hacia la creación de una sociedad más justa. Y otros izquierdistas no eran marxistas o marxista-leninistas pero creían, igualmente, que las estructuras del poder y la economía en El Salvador eran injustas y urgidas de cambios profundos. Para aquellos que empleaban un marco teórico marxista – podría decirse que la mayoría de intelectuales salvadoreños de izquierda en aquellos tiempos – el estudio de las condiciones socioeconómicas y la historia del país fueron precondiciones para el activismo político. Los acontecimientos de 1932 surgieron rápidamente como uno de los principales temas de sus investigaciones históricas.

Los debates ideológicos del momento impactaban inevitablemente en las interpretaciones que se hacían de la historia. Los historiadores de la izquierda creían que lo hacían desde enfoques objetivos pero, en realidad, pertenecían a grupos cuya memoria estaba conformada subjetivamente y que tenían intereses creados para contarla de maneras determinadas. Para algunos de estos grupos, 1932 proporcionó un modelo a seguir; para otros resultó ser una lección de lo que había que evitar. La interpretación cambió de grupo en grupo y de década en década. A veces los cambios observados se daban en los escritos de individuos, como en el caso de Dalton entre comienzos de la década de 1960 y la de 1970, y con Shafik Handal entre 1975 y 1980. Otras veces los cambios ocurrían más bien a nivel institucional, como en el caso de la dirigencia intelectual del Partido Comunista y sus cambiantes enfoques desde el Camarada H en 1932, a los camaradas de Santa Ana de 1936, a Miguel Mármol en 1948, a Jorge Arias y David Luna a comienzos de la década de 1960, a Shafik Handal en 1980 cuando el partido se unió al FMLN. Ninguna de estas interpretaciones cambiantes fueron acompañadas por el descubrimiento de cantidades importantes de nuevos documentos o evidencia histórica. Lo único que cambió fue la ubicación política del momento de los autores y de los grupos a los cuales

pertenecían. Cada grupo que compartía una memoria particular buscaba legitimar su ubicación política del momento mediante interpretaciones del pasado que tuvieran una sanción social. Por ende, la memoria se tornó inherentemente política y la política se basó en la memoria histórica.

¹ Cuenca, “La fisura en el FMLN”, pp. 19-21. *Primera Plana* 1:4.

² Debemos recalcar que nuestro análisis en el presente capítulo se limita a aquellos grupos que se ubican bajo la categoría de “facciones revolucionarias de izquierda”, es decir, aquellos grupos que se adherían a las concepciones marxista-leninistas de la evolución histórica que les exigía iniciar una insurrección armada cuando las condiciones materiales en su país así lo determinaban. Hubo otros movimientos y líneas de pensamiento de izquierda moderada que no aceptaban que la insurrección armada o el paso a la etapa del comunismo fueran inevitables. Algunos hasta lograron avances políticos notables, como el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR), fundado en 1966 por un grupo de intelectuales y profesionales reformistas. Otro ejemplo podría ser el de Fabio Castillo Figueroa, candidato presidencial en 1967 quien no pertenecía al Partido Comunista en aquel momento, pero que después se integró a “el grupo” que dio vida al ERP, una facción radical que se separó del PCS en 1972. Cuando el surgimiento de facciones y fisuras en la izquierda se hizo endémico a comienzos de la década de 1970, muchos individuos cambiaban sus posiciones ideológicas y hasta sus afiliaciones institucionales, lo cual complica cualquier intento de categorizarlos. Pero reiteramos, este capítulo se centra en las facciones de la izquierda que se mantuvieron dentro de una orientación marxista-leninista, que creían que El Salvador, al igual que el resto del mundo, alcanzaría eventualmente la etapa del comunismo, y que casi inevitablemente el paso del capitalismo al socialismo requeriría una revolución armada. Fueron estos diversos grupos, incluyendo al Partido Comunista y las varias facciones que se le desgajaron durante la primera mitad de la década de 1970, los que eran proclives a invertir la mayor cantidad de esfuerzos para analizar y recordar la insurrección de 1932. Querían determinar si el levantamiento de 1932 fue un fracaso loable basado en una apreciación objetiva de la realidad o si era una iniciativa defectuosa desde un comienzo. (Los autores desean agradecer a Jaime Barba de la Universidad de El Salvador por compartir sus apreciaciones sobre este tema en una carta enviada a Erik Ching el 26 de junio de 2006).

³ Esta pregunta se encuentra en la historia del Partido Comunista de El Salvador que Dalton escribió en 1972. (ver abajo).

⁴ Dalton y Miranda, “Present phase”, pp. 56, 53 y 57. Aunque existe una versión en castellano de este artículo en *Revista Internacional*, ninguna biblioteca de Estados Unidos tiene copia del número correspondiente. La cita es una traducción de la versión en inglés del artículo que aparece en el *World Marxist Review*.

⁵ Sánchez, “Los cambios sociales y la política del Partido Comunista de El Salvador”.

⁶ Ver, por ejemplo, Comité Central del Partido Comunista de El Salvador, *45 años de sacrificada lucha revolucionaria*, p. 1.

⁷ Dalton and Miranda, “Present phase”, p. 57. Ver nota número 4 de este capítulo.

⁸ Anaya utilizaba su apellido materno. Los documentos referentes al congreso se encuentran en RGASPI, 534:7:455. El congreso también se menciona extensamente en el primer documento importante generado por el PCS en mayo de 1930 495:119:10. Las expulsiones están descritas en 534:7:455, pp. 8-14. Un análisis más detallado de las expulsiones se encuentra en Ching, “In search of the party”, p. 212; Véase también la traducción de ese trabajo en el Capítulo de Ching, *Las masas, la matanza y el martinato*.

⁹ RGASPI, 495:119:4, 16.

¹⁰ “Informe de la sección de El Salvador, rendido por el camarada Hernández de la junta del secretariado del Caribe del SRI”, 12 de julio de 1932, RGASPI, 495:119:12, p. 25.

¹¹ “Informe de la sección de El Salvador”. Véase también RGASPI, 495:119:12, p. 16 que contiene un informe anterior de Anaya dando cuenta del número de locales del SRI en 1930.

¹² Los autores utilizaron la frase en inglés “delayed insurrection” para referirse a esta posición del partido, que se ha traducido al español como “insurrección postergada.” [Nota del traductor.]

¹³ Figueroa Ibarra, “El ‘bolchevique mexicano’”, p. 220; véase también el testimonio del propio Anaya en Anaya, “La fundación del Partido Comunista”, p. 237. La crítica de Anaya hacia Martí también se encuentra en un informe de Anaya a Alberto Moreau, Secretario General del “Colonial Department of the Communist Party USA”, RGASPI, 495:119:12, p. 8.

¹⁴ Gregorio Ramírez, Santa Ana, 22 de abril de 1931, al compañero A. Hercllet, París, Francia, RGASPI, 534:7:455, p. 18.

¹⁵ RGASPI, 495:119:4, p. 59.

¹⁶ Véase Dalton, *Miguel Mármol*, p. 248, y Cuaderno p. 37.

¹⁷ RGASPI, 495:119:1, p. 18.

¹⁸ RGASPI, 495:119:1, p. 3.

¹⁹ Carta de Carlos Castillo fechada 16 de mayo de 1932 in RGASPI, 539:3:1060, p. 13.

²⁰ Ching, “From clientelism to militarism”, pp. 380-85.

²¹ Dalton, *Miguel Mármol*, pp. 358-360.

²² Informe rendido por los camaradas de El Salvador, septiembre de 1936, RGASPI, 534:7:455, p. 26.

²³ Véase, por ejemplo, los dos informes del partido cuando celebró sus treinta y cuarenta y cinco aniversarios, Sánchez, “Social developments”; y Comité Central del Partido Comunista de El Salvador, *45 años de sacrificada lucha revolucionaria*. Otra fuente del treinta y cinco aniversario del partido es un escrito a máquina en el archivo de Roque Dalton bajo el nombre de Alberto Gualán, “Años de lucha heroica: El 35 aniversario del Partido Comunista de El Salvador”. En su historia del Partido Comunista escrita en 1972 (ver abajo) – y que también se encuentra en su archivo – Dalton afirma que Gualán era el “máximo dirigente actual del PCS”, y que el artículo se publicó en *Revista Internacional* en 1965 (ver pp. 254 y 283 de su archivo). El escrito de Gualán se encuentra en las páginas 173-198 del archivo de Dalton. Alberto Gualán es un seudónimo; el Gualán original fue un miembro del partido a comienzos de la década de 1930 que murió durante la Matanza.

²⁴ Archivo de Dalton, pp. 265-66. Esto se encuentra en la historia del Partido Comunista de El Salvador que Dalton escribió en 1972. (ver abajo).

²⁵ Informe rendido por los camaradas de El Salvador, septiembre de 1936, RGASPI, 534:7:455, pp. 23-28.

²⁶ Breves apuntes históricos del movimiento sindical de El Salvador, Library of Congress (LC) [la Biblioteca del Congreso], Manuscript Collection, Guatemala Documents Collection (GDC), 1944-1954, Reel 8019, Personal Papers of Victor M. Gutiérrez. La participación de Mármol en la CGT se basa en otro documento de la misma colección de la Biblioteca del Congreso fechado 21 de octubre de 1944 (el cual es un error tipográfico; debería leerse 1946), en el cual Mármol aparece incluido como delegado de la CGT a una conferencia obrera a celebrarse en México. Agradecemos a Héctor Pérez-Brignoli por señalarnos este documento.

²⁷ Dalton, “Otto Rene Castillo”, pp. 11, 18 y 22; y Comité Central del Partido Comunista de El Salvador, *45 años de sacrificada lucha revolucionaria*, pp. 20, 22 y 23.

²⁸ Gualán, “Años de lucha histórica”, p. 179. El autor también menciona que entre 1960 y 1963 se incrementó dramáticamente la represión militar en contra de las masas. En las páginas 188-90, describe la creencia cada vez mayor dentro del partido acerca de la existencia de una situación potencialmente revolucionaria. Véase también Comité Central del Partido Comunista de El Salvador, *45 años de sacrificada lucha revolucionaria*, pp. 14 y 15, que proporcionan comentarios adicionales de un secretario general del partido en torno a la creencia de que una situación revolucionaria estaba emergiendo entre 1961 y 1963. Sobre la formación de los GAR y el FUAR, véase también a Rafael Menjívar Ochoa, *Tiempos de locura*, pp. 27-29.

²⁹ Gualán, “Años de lucha heroica”, p. 188.

- ³⁰ Luna, “Un heroico y trágico suceso de nuestra historia”, p. 140.
- ³¹ Ibid., la cita ha sido extraída de la versión mecanografiada del archivo de Dalton, p. 172.
- ³² Ibid., p. 168.
- ³³ Véase Harnecker, *Con la mirada en alto*. Véase también <http://www.ucm.es/info/cecal/encuentr/areas/politica/2p/martin>
- ³⁴ Véase Menjívar, *Tiempos de locura*, pp. 27-8. Menjívar se basa en una entrevista de 2005 que le hizo a Domingo Santacruz, miembro de la Comisión Política del Partido Comunista en la década de 1960, para elaborar su análisis del FUAR, Carpio y los debates ideológicos dentro del partido en esos tiempos.
- ³⁵ Vale la pena hacer notar que Rafael Menjívar minimiza los cambios aparentemente paradójicos de los enfoques de Carpio hacia la insurrección armada en la década de 1960 al afirmar que Carpio se adhirió consistentemente a la ideología de la “guerra popular prolongada” y que esta cambiante identificación con la lucha armada fue consistente con este principio. Menjívar también señala que otra ala militar surgió en 1969. Véase Menjívar, *Tiempos de locura*, p. 28.
- ³⁶ Las actas del Quinto Congreso del partido están discutidas en Sánchez, “Los cambios sociales”
- ³⁷ Sánchez, “Los cambios sociales”, p. 18.
- ³⁸ Roque Dalton identificó a Gualán en sus notas personales como un seudónimo de un dirigente del partido, p. 254 del archivo de Dalton.
- ³⁹ Gualán, “Años de lucha heroica”, p. 174.
- ⁴⁰ Ibid., p. 189.
- ⁴¹ Ibid., p. 189.
- ⁴² Ibid., p. 191.
- ⁴³ Ibid., p. 195.
- ⁴⁴ Comité Central del Partido Comunista de El Salvador, *45 años de sacrificada lucha revolucionaria*, pp. 4 y 20.
- ⁴⁵ Ibid., p. 4.
- ⁴⁶ Ibid., p. 23.
- ⁴⁷ Ibid., p. 15. Véase también el artículo de Shafik Handal “Class struggles in Latin America”, p. 56.
- ⁴⁸ Dalton, *Miguel Mármol*, p. 296.
- ⁴⁹ Archivo de Dalton, p. 267.
- ⁵⁰ Ibid., p. 269.
- ⁵¹ Ibid., p. 256.
- ⁵² Ibid., p. 292.
- ⁵³ Ibid., p. 258.
- ⁵⁴ Ibid., p. 297. La obra que cita Dalton es Lissagaray, *History of Paris Commune*, publicada originalmente en Bruselas en 1876.
- ⁵⁵ Handal, “Inseverable interconnection”, p. 19. Por los motivos que se explican en la nota número 4 de este capítulo la cita es una traducción de la versión en inglés del artículo que aparece en el *World marxist review*.
- ⁵⁶ Del aniversario sesenta, p. 31.
- ⁵⁷ Handal, “We have no alternative to armed struggle”, p. 14. Por los motivos que se explican en la nota número 4 de este capítulo la cita es una traducción de la versión en inglés del artículo que aparece en el *World marxist review*.
- ⁵⁸ Handal, “Que la sangre de Rafael Aguinada Carranza no se haya derramando en vano”, p. 37.
- ⁵⁹ El ERP fue el único que no se adhirió a la unidad guerrillera en ese momento.
- ⁶⁰ Handal, “We have no alternative to armed struggle”, p. 13. Por los motivos que se explican en la nota número 4 de este capítulo la cita es una traducción de la versión en inglés del artículo que aparece en el *World marxist review*.
- ⁶¹ Zamora, *La izquierda partidaria salvadoreña*, p. 44.
- ⁶² Armstrong y Schenk, *El Salvador*, pp. 135-136, citando al *Miami Herald*, 25 de enero de 1980.
- ⁶³ Handal, “PCS: 60 años”, p. 11.
- ⁶⁴ Cuaderno, p. 20.



CAPÍTULO 6

La política de la derecha y las memorias de 1932

No sé quién pintó las imágenes de mi vida impresas en mi memoria. Pero quienquiera que sea, es un artista. No coge su pincel simplemente para reproducir todo lo que sucede, sino que conserva cosas o las descarta según le parece. Convierte lo grande en pequeño y lo pequeño en grande; no tiene reparos en relegar cosas a un segundo plano y al revés. Para abreviar, su tarea es pintar imágenes, no escribir historia.

Rabindranath Tagore
Mis Recuerdos

Cuando se compara con la izquierda, la derecha salvadoreña manifestó mayor unidad ideológica y política a través de los años. Varios grupos de derecha puede que hayan luchado entre si por repartirse las prebendas del poder, pero por lo general, estuvieron de acuerdo sobre ciertos asuntos medulares, tales como: El control político ejercido por una elite y el anticomunismo. Cuando se enfrentaban a una amenaza desde la izquierda, ya sea real o percibida, apartaban sus diferencias y se unían en torno a esos puntos de acuerdo básicos. Esta unidad redujo la necesidad de utilizar referencias históricas para subvertir las posiciones ideológicas del otro. Otra característica importante de la derecha fue su dominio ininterrumpido del poder del estado después de 1932. En vista de que la muerte de miles de inocentes durante la Matanza no era algo de que vanagloriarse, la derecha se mostró más bien proclive a guardar silencio sobre 1932, porque le resultaba difícil conciliar una línea política de modernización con una historia de asesinatos en masa. Los acontecimientos de 1932 rara vez se estudiaban en las escuelas y, antes de las elecciones presidenciales de 1967, apenas se mencionaban en los debates o discursos políticos. Si los grupos de derecha no discutían sobre 1932, se les presentaban menos oportunidades para enfrentarse acerca de su significado y su memoria.

A pesar de esta tendencia hacia el silencio, la derecha también tenía razones de sobra para narrar lo de 1932. Algunos de la derecha se sentían

orgullosos de los acontecimientos y creían que el gobierno tuvo que asumir una posición fuerte para defender a la patria ante la amenaza de su destrucción. Hasta los derechistas que se vieron en aprietos para justificar la Matanza no se mostraron reacios a utilizar lo de 1932 para fortalecer sus objetivos políticos e ideológicos. Es más, la derecha también se fraccionó como producto de disputas internas, a pesar de su tendencia a mantener la unidad. Los grupos rivales recordaban el pasado desde ópticas diferentes. La causa más importante de los desacuerdos en la derecha giraba en torno al uso de la represión o la reforma como la principal estrategia de gobierno. Los apologistas de la represión creían que cualquier reto a sus ideas o su autoridad debía suprimirse, con violencia si fuera necesario. Por el contrario, los reformadores creían que la respuesta ante los retos debía ser la moderación, o hasta la conciliación, porque si no el problema solamente se agravaría. Como es de esperarse, estas tendencias contrapuestas generaron interpretaciones disímiles sobre 1932. Los de línea dura por un lado, aplaudían la mano dura de Martínez, mientras que los reformistas se inclinaban por criticarla.

Resulta interesante que una explicación de causalidad comunista de 1932 demoró más en constituirse en meta-narrativa entre los grupos de derecha – aun entre los de línea más dura – que entre los de izquierda. La derecha tenía en su haber muchas narrativas alternativas para explicar cualquier cantidad de levantamientos. Tiempo atrás de 1932, antes de que ningún salvadoreño hubiera escuchado el nombre de Karl Marx, los salvadoreños acaudalados habían tenido que hacerle frente a levantamientos masivos y a las desigualdades existentes en su sociedad. Habían elaborado explicaciones derivadas de una serie de ideas discriminatorios en torno a raza, clase social, nación y religión que daban cuenta de las masas rebeldes y las desigualdades económicas. Hacia 1932, la derecha tenía a mano estas narrativas más antiguas para explicar la rebelión y justificar la respuesta severa del Estado. Si bien es cierto que la sociedad conservadora creía que el comunismo era una amenaza seria en la década de 1930, a la derecha le resultó fácil conjugar el comunismo con sus explicaciones más antiguas. No fue sino hasta después de la Revolución Cubana en 1959 y la creciente polarización social en El Salvador en las décadas de 1960 y 1970 que la derecha comenzó a aglutinarse en torno a la explicación de la causalidad

comunista hasta convertir al levantamiento de 1932 en un momento crucial en la historia de la nación. Pero las antiguas narrativas no desaparecieron, y una consecuencia imprevista de su persistencia fue la presencia continua de explicaciones de 1932 basadas en contra-narrativas, especialmente, aquellas que subrayaban la importancia de la etnicidad.

En las páginas siguientes analizaremos tres categorías de versiones de derecha de 1932: Las oficiales, las semi-oficiales y las no oficiales. Las versiones oficiales se originaron directamente desde las personas en puesto de autoridad, ya sea en el ejército o en el gobierno. Las versiones semi-oficiales provinieron de personas que habían estado en el gobierno o que, al menos, se encontraban cercanos a él. Nos inclinamos a incluir a los periódicos en este segundo grupo porque aunque sus dueños eran particulares, los gobiernos militares ejercían la censura, además de que, con frecuencia, los dueños de los periódicos eran ellos mismos miembros de la elite económica. Las versiones no oficiales reflejaban la perspectiva de particulares que no estaban en el gobierno o de organizaciones que expresaban puntos de vista conservadores.

En torno a enero de 1932

El levantamiento de enero de 1932 fue antecedido por varias semanas de disturbios en las zonas rurales del occidente del país. Circulaban rumores de una rebelión inminente y los voceros de la derecha se dieron a la tarea de preparar a la sociedad ante la posibilidad de un ataque violento. Crearon un ambiente de miedo cuando describían los acontecimientos a manera de asustar a sus audiencias. El término “comunismo” comenzó a figurar por doquier en sus escritos. A comienzos de enero, los periódicos en San Salvador incluían reportajes todos los días sobre el incremento de los enfrentamientos entre “comunistas” y las autoridades.¹



Encabezado de el periódico salvadoreño *El Día*, del 21 de enero de 1932, describiendo el levantamiento como “Comunista”

Una vez iniciada la revuelta, las referencias al comunismo siguieron en torrente en los medios conservadores. Los primeros informes publicados sobre el levantamiento en los diarios describieron la rebelión como comunista. Un ejemplo representativo fue el de *La Prensa*, que utilizó frases como “el movimiento comunista”, “grupos rojos”, el “peligro rojo” y “la hidra de cien cabezas del comunismo”. Otro periódico, *El Día*, publicó titulares que decían “Los horribles crímenes de las hordas comunistas” e “Iban a incendiar totalmente las ciudades las hordas comunistas”.² Si acaso hubo alguna definición de comunismo que respaldara dichas afirmaciones, fue floja en extremo. Más bien, sus autores utilizaron el vocablo comunismo como una herramienta conveniente para inculcar el temor al desorden y el enfrentamiento de las masas a la autoridad de las elites. Los periódicos se dirigían a sus lectores principales, las clases medias urbanas, cuando expresaban horror frente a la brutalidad de la gente del campo que se había alzado en armas. Un grupo de policías en Sonsonate fue asesinado supuestamente por “comunistas [que] les sacaron los ojos, colocándoles cabos de puros en los huecos sangrientos”.³ *El Día* publicó un reportaje que decía que “En Tacuba...la cabeza del cadáver de Rivas, no ha sido encontrado aún, pues los facciosos, de instintos neronianos, la echaron a los cerdos que pululan por las calles”.⁴

Pero, la utilización del término comunista revela algunas ideas confusas acerca del significado de comunismo. Muchos miembros de los sec-

tores conservadores estaban conscientes de que las dificultades se debían a las injusticias en que vivían los trabajadores en los talleres y las haciendas, y describían las amenazas a su sociedad en términos más materiales e internos que ideológicos y patrocinados desde el exterior. Por ejemplo, en la víspera de la rebelión, el arzobispo conservador de San Salvador redactó una carta abierta a capitalistas y terratenientes advirtiéndoles que el peligro comunista solamente podría evitarse si ellos se propusieran darles un trato más justo a sus trabajadores:

Ya que no solo tiene obligaciones el trabajador, sino que también hay que reconocerle sus derechos toda vez que ello es de justicia. Y precisamente porque esos derechos han sido conculcados, con menoscabo de la justicia y la caridad que debe regular las relaciones de patronos y trabajadores, es que ahora se siente, con deplorables consecuencias, ese antagonismo social que tanto altera la tranquilidad pública y que amenaza los intereses y las vidas de los capitalistas.⁵

Es más, la derecha entremezclaba sus referencias al comunismo con sus relatos de antaño, especialmente, aquellas basadas en el concepto de raza. Una vez iniciada la rebelión, las notas en los periódicos utilizaron términos como “indios borrachos” en sus descripciones explícitas del supuesto salvajismo de los rebeldes. Semejantes notas coincidían con las consabidas opiniones de los ladinos acerca de los indígenas, a quienes se les consideraba nada menos que bestias impulsivas y desconfiadas. Un destacado cafetalero de la región occidental describió la rebelión en términos profundamente racistas a comienzos de febrero de 1932:

Y estos mismos a quienes he favorecido toda mi vida, que he vivido aquí, son los mismísimos que venían a hacerme picadillo el domingo por la tarde después del asalto en Nahuizalco la noche del 23. Todos han confesado su crimen. Libre de uno o dos que hacían propaganda comunista nunca vi yo una reunión y verlos perfectamente organizados, enfurecidos contra nosotros el día del asalto, ya es cosa que uno considera que existe en la sangre de esta gente en forma latente y que con poco, poquísimo enciende como muchos tienen que verlo todavía para creerlo.⁶

Otro ejemplo que combinaba la raza con el comunismo fue un editorial que explicaba el levantamiento en términos de una falta de enseñan-

za religiosa. El autor argumentó que los conquistadores españoles habían obsequiado el cristianismo a los nativos, pero que algo se había descompuesto hacia 1932:

¿Qué se han hecho esas sanas doctrinas, tan desconocidas en esta lucha tremenda en que nos hemos visto envueltos? ¿Quién borró del espíritu amable y sufrido del obrero y del campesino la idea de un Dios reparador y justiciero?⁷

Al vincular los rebeldes a la conquista, el autor los identificó como indígenas. Argumentó que la falta de instrucción religiosa entre ellos creó un vacío moral e ideológico que los comunistas pudieron explotar.

Los reportajes iniciales sobre la rebelión reflejaban el sello distintivo de las tácticas racistas y xenofóbicas mediante las cuales a los rebeldes se les convirtió en unos “otros” amorfos. Los reportajes privaban a los rebeldes de su individualidad y los representaban como una masa indistinguible capaz de cometer cualquier cantidad de atrocidades contra propietarios honorables. Cada acto destructivo perpetrado por los rebeldes era reportado con lujo de detalle y las víctimas de los rebeldes se convertían en mártires, especialmente si pertenecían a las elites locales. Por el contrario, la masacre brutal ejecutada por el gobierno después del levantamiento fue encubierta y descrita en términos generales y antisépticos. Las notas utilizaban a menudo frases impersonales o voces pasivas. Así se expresó un periódico: “Se incinera gran cantidad de cadáveres de comunistas en todos los lugares en donde fueron reprimidos los levantamientos”.⁸ El 15 de febrero, *La Prensa* anunció sin mayor expresividad: “Gracias a la energía del Gobierno del General Martínez ha sido restablecida totalmente la paz”. Otro periódico describió las matanzas como “el reestablecimiento de la paz” y se limitó a trasladar una nota sobre las preocupaciones en torno a la salud pública: “Para evitar las epidemias la Dirección General de Sanidad ha ordenado la incineración de los cadáveres de los comunistas muertos en los diferentes encuentros habidos en la República”.⁹

Sin embargo, hubo periódicos que publicaron descripciones de los acontecimientos algo más complejas, a pesar de que el país seguía bajo estado de sitio y la prensa tenía libertad de expresión restringida. La existencia de estas descripciones alternativas sugiere que no había consenso

en los círculos conservadores al momento del levantamiento. Por ejemplo, el 28 de enero, mientras todavía seguían los asesinatos en masa en el occidente, el periódico *El Día* publicó una nota titulada “¿Existe un Partido Comunista?” que puso en duda si puede “llamarse partido a una agrupación que desde hace como cinco años viene desarrollando sus actividades ya que hasta la fecha no ha presentado un programación de acción ideológica”. El autor afirmó que “No puede ni debe llamarse partido a una agrupación que desde hace como cinco años viene desarrollando sus actividades, y que hasta la fecha no ha presentado un programa de acción ideológica....en las recientes elecciones municipales en que se concedió beligerancia a la agrupación referida pues ni los mismos oradores comunistas en sus prédicas estuvieron de acuerdo entre sí”.¹⁰ De hecho, el partido no tenía sino dos años de haberse fundado, lo cual validaba aún más el punto de vista del editorialista. Otro periódico influyente, el *Diario Latino*, ofreció una perspectiva similar. Puso en duda el peso de la influencia comunista en el país y sugirió que el comunismo había sido un factor de poca monta como causante de la rebelión. La causa más evidente fue “la desorientación de las masas, el azuzamiento de los líderes o de sujetos de tipo caudillista, la falta de trabajo y el implacable y feroz egoísmo de quienes intentan improvisar una posición o una fortuna de la nada”.¹¹

Semejantes explicaciones divergentes del levantamiento también se dieron en las fuentes oficiales. Un comunicado del ejército del 27 de enero le echó la culpa de la rebelión a las “hordas comunistas” y las acusó de “asesinato, incendio, el asalto y saqueo a hogares indefensos, el atropello al honor de la mujer, la destrucción y el robo, el ataque inmisericorde contra toda autoridad militar o civil, y cuanto pueda causar el aniquilamiento de la organización que nuestras leyes actuales dan a la República, son los medios de que se han servido esos hombres sin Dios ni conciencia para saciar sus desencadenados instintos”.¹² Pero pocos días después, el presidente Martínez presentó una descripción diferente en su discurso en la sesión de apertura de la Asamblea Nacional el 4 de febrero, a menos de dos semanas del estallido de la insurrección.¹³ Usó la palabra “comunista” reiteradamente en su discurso para referirse a la insurrección y a los rebeldes. Pero se apresuró a diferenciar a las masas de campesinos empobrecidos de los denominados conspiradores comunistas. Condenó a los comu-

nistas “terroristas” por haberse aprovechado de la sencillez y la humildad de los trabajadores pobres del campo al ofrecerles soluciones “radicales” e insostenibles a sus vidas de miseria. Dijo que el gobierno había hecho todo a su alcance para impedir el “plan terrorista” pero que desafortunadamente la situación ya estaba muy avanzada cuando asumió el poder. En vista de “la destrucción, el incendio, el asesinato de personas honorables o humildes, de autoridades militares y civiles; el ataque furioso a los cuarteles; el saqueo de establecimientos comerciales y demás tropelías semejantes” que llevaron a cabo “las hordas desenfrenadas”, el gobierno no tuvo opción alguna sino reaccionar con firmeza. Martínez dijo que había sido “doloroso” tener que “usar severas medidas de represión militar bajo la jurisdicción de los Consejos de Guerra; pero los cuales se hicieron indispensables para la protección de la sociedad, la propiedad y la familia, en vista del encarnizamiento y contumacia de los delincuentes”. Curiosamente, Martínez ignoró el tema de la etnicidad.

Al separar a campesinos y comunistas y al ignorar el aspecto étnico, Martínez encajó las acciones de los militares durante la Matanza dentro de un programa populista de gobierno. Describió a su gobierno como defensor del estado de derecho y protector de todos los salvadoreños, ricos y pobres, así como indígenas y ladinos. Martínez identificó reiteradamente la causa de la rebelión como el resultado de la crisis en “las relaciones el capital y el trabajo”, un ejemplo típico de retórica fascista. Benito Mussolini en Italia y otros fundadores del fascismo describieron al Estado autoritario como la única entidad con fuerza suficiente para obligar a capitalistas y obreros a colaborar entre sí con miras al progreso nacional y evitar, además, una peligrosa lucha de clases. Al apegarse a ese modelo, Martínez dijo que un Estado fuerte e intervencionista en El Salvador “armonizaría” las relaciones entre clases antagonistas y resolvería el problema de la insurrección comunista. En su discurso, Martínez dijo que el gobierno respondería al levantamiento mediante la creación de un programa de reformas que beneficiaría a la clase trabajadora pobre, y así pondría paro a la labor proselitista de los comunistas y las posibilidades de que buscaran soluciones violentas. Aunque Martínez no detalló los planes de reforma en su discurso, a los pocos meses dio a conocer *Mejoramiento Social*, un programa diseñado con miras a proporcionar servicios sociales a los pobres. A pesar

de su tamaño modesto, el gobierno lo presentó como un gran paso hacia la reducción de las tensiones sociales. Hasta el Partido Comunista reconoció en sus comunicaciones internas al Buró del Caribe que el discurso populista había sido bien recibido entre las masas.

El discurso de Martínez fue uno de los principales aportes a las interpretaciones sobre 1932 desde la derecha y demuestra cuan complejo resultó el debate intra-derechas sobre el mismo. Martínez dejó de lado el tema de la etnicidad, fijó límites a quién se le podría considerar comunista, e hizo un llamado para que se pusieran en marcha reformas sociales, todo lo cual estaba reñido con otros argumentos desde la derecha, tanto en aquel momento como después. Pero, el hecho de que el gobierno haya respondido al levantamiento en primera instancia con asesinatos en masa significó que sus credenciales como represor de línea dura eran incuestionables. Al referirse a los campesinos como “ignorantes” y “humildes”, Martínez reiteró versiones conservadoras de larga data acerca de los indígenas y los pobres, y al tildar a los conspiradores como “comunistas”, sentó las bases de la aceptación por parte de la derecha de la explicación de la causalidad comunista de 1932.

El nacionalismo fue otro componente del discurso de Martínez que contribuiría a los debates entre las derechas sobre el significado y la memoria de 1932. Martínez se proyectó como un nacionalista acendrado, pero es extraño que en su discurso ante la Asamblea no haya calificado la rebelión como de inspiración foránea, ni si refirió a los rebeldes como agentes de Moscú. Al dejar de lado este tema, puede que haya perdido una oportunidad ideal para proyectar sus credenciales nacionalistas. Sin embargo, Martínez enfrentaba otro adversario más inmediato a su postura nacionalista: Los Estados Unidos. Después del golpe de Estado que lo llevó al poder, Martínez desestimó las demandas de Estados Unidos de que renunciara al poder. Durante la insurrección, rechazó de manera resuelta los ofrecimientos estadounidenses de ayuda militar, cuando afirmó que el ejército salvadoreño había controlado la situación. En su discurso, Martínez reiteró su postura de línea dura ante Estados Unidos, y dijo que su gobierno era legítimo y que no accedería a la presión estadounidense. Caracterizó a su gobierno como un defensor contra el desorden y se describió a si mismo como un salvadoreño orgulloso que desafiaba la arrogancia de los estado-

unidenses que pretendían decirle que le convenía a su país. Unas pocas semanas después del discurso de Martínez, un grupo de ciudadanos encabezados por algunos de los más grandes terratenientes y dirigentes empresariales firmaron una carta apoyando al presidente y pidiéndole que se abstuviera de solicitar el reconocimiento diplomático de Estados Unidos.¹⁴ Al igual a lo que ocurriría medio siglo después, las elites estaban utilizando el nacionalismo frente a Estados Unidos para defender su derecho de imponer su voluntad sobre el resto de la población salvadoreña sin la presencia de observadores internacionales. Pero en 1932, la guerra fría todavía no había comenzado y la derecha no estimaba necesariamente que el comunismo haya sido su más inmediata amenaza en comparación a indígenas insurrectos o una invasión estadounidense.

Más o menos al mismo tiempo que Martínez presentaba su discurso ante la Asamblea y las elites redactaban la carta para apoyarle, apareció otro aporte importante a las interpretaciones de la derecha sobre 1932. Nos referimos a *Los sucesos comunistas en El Salvador* de Joaquín Méndez. A primera vista, esta obra parecería ser una crónica de los acontecimientos suscitados, escrita por un periodista independiente pero, de hecho, a *Los sucesos* solamente le faltaría un pie de la Imprenta Nacional para convertirse en la versión oficial. Su publicación fue posible gracias al apoyo directo de funcionarios del gobierno quienes le otorgaron permiso a Méndez para que visitara la región y que entrevistara a cuantas personas quisiera.

En *Los sucesos* no se planteó una sola causa de la rebelión sino que desarrolló una dicotomía de causalidad comunista y una “contra-narrativa” étnica. Destacó la centralidad del comunismo, pero también hizo referencias constantes a la raza, lo cual evidencia la diversidad de interpretaciones sobre 1932 desde la derecha. Los informantes de Méndez abarcaron desde terratenientes profundamente racistas y anticomunistas de línea dura hasta reformistas quienes consideraban que las causas de la rebelión estaban asociadas a la desigualdad social y hasta expresaron un viso de vergüenza por la Matanza.¹⁵

Los testigos oculares que Méndez entrevistó expresaron un temor muy difundido de perder su control de la sociedad. Uno de los testigos, el jefe de una unidad de guardias cívicos, describió una banda “en número como de unos quinientos, lanzando gritos, blandiendo los corvos ay ame-

nazando a los vecinos. Vivaban al socorro rojo y al comunismo, diciendo que ya el país era de ellos".¹⁶ Según la versión que le trasladaban sus testigos, las descripciones que presentó Méndez de los rebeldes abarcaban desde comunistas bien organizados hasta turbas de indígenas sedientos de sangre, de acuerdo al testigo o aún de diferentes porciones del mismo testimonio. Un testigo lo resumió en los siguientes términos, "el elemento indígena es muy fanatizable. El fanatismo comunista, a pesar de sus fines perversos y evidentemente peligrosos, logró inocularse en la masa indígena como un virus diabólico".¹⁷ Muchos de los testigos que hablaron con Méndez justificaron la reacción severa de la Matanza al asociarla con ancestrales estereotipos de indígenas como criaturas ignorantes y fanáticas, a la vez sumisos y salvajes, y siempre deseosos de poseer a las mujeres ladinas. De hecho, los testigos de Méndez a menudo utilizaban la imagen de mujeres ladinas amenazadas por bandas de indígenas lascivos para inflamar los ánimos. Mencionamos anteriormente, que uno de los rumores más propalados en círculos conservadores fue que los rebeldes habían escogido el 25 de enero para violar a todas las mujeres de la elite. Resultó útil que la fecha de este plan fue la misma en que los militares retomaron el control de todos los pueblos ocupados por los rebeldes. Por ende, el cuento tuvo el efecto de identificar a los militares como los salvadores de las mujeres ladinas. Uno de los informantes entrevistados por Méndez habló de una fecha determinada "para escoger entre las mejores señoritas de la localidad". "Esta niña", un oficial del ejército le dijo a Méndez mientras señalaba a la hija de un terrateniente, "iba a ser la esposa de Chico Sánchez".¹⁸ Los informes más creíbles dan cuenta de que los abusos contra mujeres de la elite se limitaron a obligarles a preparar tortillas para las tropas rebeldes. Pero en cualquier caso, los que creyeron los cuentos de las violaciones en masa aprobaron el castigo ejemplar para los rebeldes, con lo cual, justificaron la Matanza después que ocurrió.

Pero, de la misma manera en que el discurso de Martínez de febrero de 1932 reflejó la posibilidad de manejar diversas explicaciones de la insurrección en los círculos de la derecha, algunos de los informantes del gobierno y la elite que hablaron con Méndez describieron la rebelión en términos más moderados. Sin cuestionar necesariamente el desprecio descarado hacia los indígenas que manifestaban la mayoría de elites locales, su-

girieron que la causa del levantamiento había sido del deterioro de las condiciones sociales y económicas en el campo. Si bien este enfoque no les impedía razonar que la ignorancia de las masas les hacía vulnerables al comunismo, les permitió equipar la crisis social con la necesidad de impulsar reformas. Uno de los informantes de Méndez utilizó una metáfora agrícola en apoyo a la idea de reformas, cuando dijo que el comunismo era como una semilla que caía en suelo fértil; para acabar con el problema era necesario esterilizar la tierra mediante la educación de las masas. El gobernador del departamento de Santa Ana hasta argumentó que era necesario mejorar la situación de los trabajadores. Y un otro diputado a la Asamblea Nacional planteó que era necesario legislar “en el sentido de proteger al campesino y al obrero, contra las injusticias de quienes se encuentran en mejor posición a abusan a ella”.¹⁹

En conclusión, durante los tiempos inmediatamente antes y después de los acontecimientos de 1932, las fuentes oficiales y semioficiales explicaron el levantamiento y la masacre desde una variedad de perspectivas. En vez de una sola y unificada narrativa de un ejército heroico aplastando a una insurgencia comunista organizada – versión que fue aceptada ampliamente en los años siguientes – sus descripciones contemplaron una diversidad de temas, incluyendo el anticomunismo, el racismo, el nacionalismo, la crisis diplomática con Estados Unidos, la crisis económica, la ausencia de instrucción religiosa, y los abusos de los terratenientes en cada localidad. En la medida que las interpretaciones posteriores se homogenizaban en consonancia con las perspectivas políticas e ideológicas reinantes, esta diversidad inicial de explicaciones hizo posible que las explicaciones alternativas sobrevivieran como contra-narrativas. Sin embargo, un subproducto permanente de las primeras descripciones desde la derecha sobre 1932 fue un clima de temor y un amplio repertorio de imágenes terroríficas que todas las interpretaciones de derecha utilizarían en el futuro para fundamentar sus versiones de 1932.

El reformismo militar 1948-1972

La atención que recibió 1932 de parte de los círculos conservadores llegó a su fin de repente. Con cada año que pasaba, la discusión pública

sobre los acontecimientos se fue haciendo más infrecuente y nunca se levantaron monumentos conmemorativos, ya sea para celebrar o denigrar el terror. Más bien, 1932 pasó a los espacios silenciosos de las memorias personales y de los cuentos compartidos entre familiares y amistades. Bajo el general Martínez, las críticas abiertas al régimen eran peligrosas pero, curiosamente, tampoco se leyeron o escucharon elogios por las medidas que tomó después del levantamiento. Los aduladores de palacio, los buscadores de empleo y los periodistas obsequiosos entendieron que no era conveniente contar la historia de 1932, aun con palabras que habrían retratado al general Martínez como un heroico salvador de la patria. Un redactor de periódico cercano a los círculos oficiales durante los primeros momentos de la dictadura atribuía el silencio a la vergüenza y a un complejo de culpabilidad producto de las dimensiones de la tragedia.²⁰ Pero 1932 no se había olvidado para nada, y bajo las condiciones propicias se invocaba su memoria como fuerza para movilizar al pueblo. Uno de esos momentos ocurrió cuando cayó el régimen de Martínez en 1944.

El presidente Martínez fue derrocado por una coalición mayormente urbana de clase media después que intentó reformar la constitución para que se pudiera reelegir por tercera vez. Los tiempos habían cambiado y la anuencia de la gente a tolerar una dictadura se debilitaba en la medida que los ejércitos aliados avanzaban en Asia y Europa. La desaparición de Martínez coincidió con un movimiento similar en pro de la democracia en Guatemala, donde cayó la dictadura de Ubico y el reformador exilado, el Dr. Juan José Arévalo, fue electo en su lugar. El fin casi simultáneo de las dos dictaduras creó esperanzas entre los que apoyaban la democracia de que habría un nuevo alineamiento político en la región entera. Las posibilidades de un cambio reavivaron las memorias de 1932 en todos los círculos políticos.

Los opositores a la dictadura de Martínez señalaban a la Matanza como un ejemplo de lo que ocurre cuando el poder se ejerce sin contrapesos. Un artículo en dos entregas publicado en la revista costarricense de literatura y política, *Repertorio Americano*, expresó este sentimiento. La primera parte apareció en marzo de 1944, cuando Martínez todavía ocupaba la presidencia, lo que sugiere que el autor o los directores de la revista estaban intentando estimular a la oposición a la dictadura moribunda. Los

dos artículos ofrecían una explicación alternativa a 1932, muy diferente a *Los sucesos comunistas* de Méndez. El artículo en *Repertorio* también se basó en entrevistas, pero pintaba a los rebeldes en términos compasivos.²¹ El autor, que utilizó un seudónimo, apoyaba al Partido Comunista y posiblemente haya sido miembro del mismo; su versión explica con lujo de detalle las motivaciones de los rebeldes y humaniza a las víctimas del gobierno. Al referirse a las ejecuciones en masa que hubo en la plaza central del Nahuizalco, se expresa en las siguientes palabras:

El comandante de Nahuizalco dispuso que la indiada reunida en la plaza amenazaba sublevarse. Conste que ningún indio portaba ni un alfiler. Ordenó, pues, que funcionaran las ametralladoras y mataran sin compasión mujeres, hombres y niños. Se confundieron las sangres de todas las edades, saltaron los miembros separados de los cuerpos, rodaron cabezas. Se vieron las caras conservando todavía el gesto de horror o de pena, o de esperanza y hasta la sonrisa de la fe que le ofrecía penitencia al santo patrón. La matanza fue bajo el sol de febrero, sol bravo de las diez de la mañana. Muchos vieron la matanza. Vieron el hacinamiento de cadáveres, la grama seca, enrojecida por la sangre, y lo más horripilante: agonizantes a quienes no podía nadie ofrecerles ni un trago de agua. La piedad era ahí delito penado con la muerte.²²

Al igual que sus antecesores, la crónica en *Repertorio Americano* emplea los vocablos indígena y comunista indistintamente. En este escrito, sin embargo, se les describe con compasión como las víctimas sufridas de un crimen, mientras que los ejecutores de la masacre eran criminales anónimos.

Si el fin de las dictaduras en El Salvador y Guatemala propició diversas expresiones izquierdistas de apoyo hacia los rebeldes de 1932, también inspiró a los conservadores quienes consideraban que la reforma social y la democracia no eran, ni más ni menos, que comunismo. Podría decirse que ningún escrito sobre 1932 ha sido más explícito en este sentido que *Revolución comunista: ¿Guatemala en peligro?* de Jorge Schlesinger, publicado en Guatemala en 1946.²³ Schlesinger utilizó los acontecimientos de 1932 en El Salvador como una advertencia a la elite guatemalteca, la cual ya se encontraba indignada por las tibias reformas sociales del nuevo gobierno de Arévalo.²⁴ Era un público listo para que se le volviera a contar lo de 1932. El autor destacó la dimensión étnica; era lógico que lo hiciera en

vista de que Guatemala estaba marcada por unas divisiones étnicas muy pronunciadas. Schlesinger planteó que los comunistas en El Salvador se habían aprovechado de las aperturas políticas bajo los presidentes Pío Romero Bosque (1927-31) y Arturo Araujo (marzo a diciembre de 1931) para organizar a las masas ignorantes, en particular, a los indígenas del occidente de El Salvador, a quienes describió como proclives por naturaleza a adoptar doctrinas destructivas como el comunismo. La lección que presentaba Schlesinger era clara: Los gobiernos reformistas no eran capaces de suprimir las “tendencias anarquistas.”²⁵

Schlesinger incluyó treinta páginas de fotografías que supuestamente mostraban a las víctimas de los rebeldes y que llevaban pies de foto que sugerían que los rebeldes se habían dedicado a matar a granel. También se mostraron fotos de las masacres cometidas por el ejército, pero las escenas fueron descritas en términos más bien neutrales o aun positivos. Al repetir la versión que describió Méndez del supuesto plan de violaciones en masa en Juayúa, Schlesinger exageró el cuento con imágenes de los “rojos” induciendo a las masas a cometer los excesos. La intención del libro y las fotografías de Schlesinger fue dejar a sus lectores con miedo a lo que pasa cuando a los comunistas y a los indígenas no se les pone en su lugar.

Durante los cuatro años posteriores a la caída de la dictadura de Martínez, la situación política permaneció sin mayores cambios. El auge fugaz del Dr. Arturo Romero como candidato presidencial a mediados de 1944 ofreció un rayo de esperanza para los que se identificaban con la democracia pero el contragolpe dirigido por el que fue jefe de la policía bajo Martínez, Osmín Aguirre y Salinas, a finales de ese año aseguró que el militarismo conservador seguiría en el poder. Pero el golpe de Estado de diciembre de 1948 llevó al poder al llamado régimen militar “revolucionario” que se preocupó por mantener vivo el discurso de la reforma social. También, creó una apertura dentro de la cual la memoria de 1932 podría invocarse en apoyo a los nuevos gobernantes y sus políticas en vista de que las críticas a Martínez contribuían a destacar las diferencias entre él y el nuevo régimen.

El vigésimo aniversario de la Matanza en 1952 proporcionó la oportunidad a los críticos de la dictadura de Martínez para que expusieran sus opiniones. Para entonces, los dirigentes de la “revolución” habían consolidado su identidad como una variación nueva y más moderada de gobierno

militar. La dictadura de Martínez era un recuerdo amargo y la convulsión regional asociada con la campaña anticomunista de Estados Unidos contra el presidente Arbenz en la vecina Guatemala todavía no había ocurrido.²⁶ Dentro de este contexto relativamente populista en El Salvador, el editoralista del periódico *La Tribuna* de línea moderada conmemoró el aniversario con un conjunto de editoriales notables que caracterizó los acontecimientos de 1932 como producto de una crisis económica. Y lo que es todavía más extraordinario, hizo ver la indiferencia de las clases acaudaladas que vivían en opulencia, incluyendo viajes a París, la Costa Azul y Montecarlo.²⁷ Al identificar la indiferencia de la elite como una causa principal de la rebelión, el editoralista se identificó con la situación apremiante de los indígenas y sus agravios históricos:

Entre nosotros, el brote comunista no era la raíz, sino la fluoración de un malestar que había sido sembrado mucho antes. Al igual que el movimiento del Indio Aquino, en el siglo pasado, no fue otra cosa que la protesta airada en contra de los resabios de la Colonia que aun pesaban sobre los indios, en una nación que se consideraba democrática y republicana, y que había borrado de sus leyes la palabra ESCLAVITUD.²⁸

El objetivo del editorial era el de contrastar la situación reinante en 1932 con las condiciones económicas en 1952 con miras a apoyar el espíritu de cambio que encarnaba el nuevo régimen. El editoralista estaba convirtiendo a la Matanza en una advertencia a favor de la reforma social.

Un par de ejemplos adicionales permiten apreciar que el editoralista de *La Tribuna* no estaba solo, y que hasta diversas personas cercanas a los militares compartían sus opiniones. El primero de ellos es la *Historia militar de El Salvador* de Gregorio Bustamante Maceo. La primera edición del libro se publicó en 1935 en El Salvador y no mencionó los acontecimientos de 1932. Sin embargo, la segunda edición, producida por la imprenta del gobierno en 1951, terminó con una narrativa de 1932 en la cual Maceo caracterizó al levantamiento como un movimiento de campesinos en contra del régimen de Martínez, el cual había echado al suelo sus esperanzas de obtener las tierras que les había prometido el presidente Araujo. Dentro de la inestabilidad que siguió “aprovecharon los ilusos partidarios del comunismo para lanzar a los pueblos a una aventura atrevida y peligrosa”.

Bustamante entonces describe las masacres cometidas por los militares en términos francos. Menciona ejecuciones sumarias, la ausencia de debido proceso, los miles de inocentes que murieron y las camionadas de cadáveres que salían de las estaciones de policía sin que “ni los nombres de esos mártires tomaron los bárbaros ejecutores”.²⁹

El segundo ejemplo es una obra de Osmín Aguirre Cardona, hijo del jefe de policía de Martínez, Osmín Aguirre y Salinas, quien dirigió el golpe militar conservador de fines de 1944. Aguirre Cardona estudió leyes en Chile y en 1954 publicó su tesis de grado que versó sobre la historia constitucional de El Salvador. Dedicó el escrito a sus padres, pero no tuvo reparos en describir al antiguo jefe de su padre como un dictador brutal. Su obra también ofreció una descripción bastante comprensiva de los rebeldes pero en términos que apoyaban la retórica reformista de los “revolucionarios” militares. Aguirre dijo que los rebeldes trataron de “conquistar por la fuerza el bienestar que el Estado le había negado siempre”.³⁰ El significado de la afirmación es claro: Si el Estado provee, entonces la opción revolucionaria desaparecerá.

Un texto de historia que se utilizaba en la mayoría de los colegios de elite durante los años del régimen revolucionario de 1948 (incluido el Externado de San José, el colegio jesuita donde estudió Roque Dalton) describió a Martínez como un dictador despiadado.³¹ El autor del texto explicó a sus lectores que el régimen de Martínez era una “dictadura de tipo nazi” y que su gobierno “se consolidó cuando ordenó fusilar a 20,000 indios campesinos que habían llevado a cabo una insurrección que fue tildada de ‘comunista’”.³²

Una razón por la cual se permitió una crítica tan directa de Martínez después de 1948 es el populismo del nuevo régimen militar. Pero es concebible que los dirigentes del nuevo régimen hayan percibido en Martínez a un posible modelo populista. Podrían haber defendido su programa de Bienestar Social, por limitado que haya sido, como una inspiración para sus propias reformas. Pero el recuerdo de Martínez resultaba muy complicado, aun entre algunos de línea fuertemente conservadora. La derecha puede que no se haya preocupado mucho por las vidas de miles de campesinos en los campos del occidente pero no estaban tan dispuestos a ignorar la represión que ordenó Martínez en 1944 contra centenares de manifestan-

tes de la clase media. Aun más preocupante para ellos fue la decisión de Martínez de fusilar a oficiales del ejército después del fallido golpe militar de marzo de 1944. Un ejemplo claro de crítica a Martínez desde la derecha fue escrita por Jorge Lardé y Larín, un profesor que trabajó muchos años en la Escuela Militar y el historiador con más libros a su nombre en ese tiempo. Casi todas las obras de Lardé y Larín fueron publicadas por la imprenta del gobierno, y en uno de sus estudios hasta hace referencia al ruido de las descargas de las ametralladoras contra los campesinos en 1932 como “bálsamo de consuelo” para los terratenientes honestos cuyas familias habían sido víctimas del pillaje y el terror. No obstante, Lardé y Larín describió a Martínez como un dictador cuyo régimen cayó gracias al sacrificio de la “sangre de héroes y de mártires en abril y mayo de 1944”.³³ De acuerdo a Lardé y Larín, Martínez no fue ningún héroe, pero sus pecados no fueron los de la Matanza.

Otra razón que explica la aparición de descripciones muy críticas de Martínez durante los años de reformismo militar después de 1948 es que aún no se había logrado un consenso en los círculos de derecha sobre la importancia de 1932 como un hito en la historia nacional. Los conservadores tendían a destacar otros acontecimientos cuando narraban la historia del país, como la independencia de España y el auge de la economía cafetalera. Un sentimiento de vergüenza persistente en torno a la brutalidad de la Matanza puede haber contribuido a que hayan pasado por alto lo de 1932. Un ejemplo del escaso consenso puede apreciarse en la obra de Alberto de Mestas, un diplomático español conservador quien representó al gobierno de Franco en El Salvador. Hacia fines de la década de 1940 se propuso escribir un libro que ofrecería al lector una panorámica general de El Salvador con base en una investigación amplia, incluyendo entrevistas con sus amistades salvadoreñas, es decir, aquellos salvadoreños que se habrían de codear con un diplomático español conservador. Sus apreciaciones también se vieron influenciadas por su condición de empleado de un régimen férreamente anticomunista en España. La sección que escribió sobre 1932 reconoce que el levantamiento tuvo una dimensión étnica considerable pero en última instancia describió la Matanza como un intento de frenar el avance del comunismo. En sus palabras, “Las fuerzas gubernamentales triunfaron y se frustraron los planes comunistas sobre El Salvador que,

de haberse realizado, hubieran producido gravísima situación en toda la América hispana”.³⁴ En la narrativa de Mestas, los hechos de 1932 figuran como un incidente de poca monta entre muchos acontecimientos del pasado de El Salvador. No consideró que 1932 haya sido un momento decisivo o fundacional del Estado salvadoreño.³⁵

Durante la década de 1950, las fuentes oficiales continuaron guardando silencio sobre 1932, haciendo referencia a los hechos en lenguaje velado y eufemismos, lo cual sugiere que la vergüenza asociada con la Matanza no se había disipado todavía. La memoria de 1932 todavía producía escozor y los voceros oficiales no veían como introducirlo en sus descripciones de El Salvador como un país que se modernizaba y avanzaba con energía hidroeléctrica, aeropuertos y canales de televisión y gobernado por un régimen sensible a las necesidades de su pueblo. Un libro de propaganda semi-oficial publicado en 1952 como alabanza al presidente Osorio ofrece un ejemplo claro de cómo se describían los acontecimientos de 1932 de manera tangencial:

La demagogia había fomentado el malestar, pero el mal ya era muy hondo y muy viejo. La trágica, la terrible crisis tenía que producirse, y las masas campesinas, ingenuas, ignorantes y fanatizadas se lanzaron a la “conquista” de lo inconquistable, aun cuando hubiesen logrado aquí sus objetivos. Las consecuencias no se hicieron esperar, y aun el país recuerda estremecido el estéril e inmenso sacrificio.³⁶

El objetivo general del texto era el de demostrar como la reforma y la modernización son objetivos deseables que tienen que llevarse a cabo desde arriba por unos gobernantes ilustrados.

Después de la Revolución Cubana en 1959, las referencias en círculos de derecha a los acontecimientos de 1932 se hicieron más frecuentes y homogéneos. La victoria de Castro resultó en la satanización del comunismo por parte de los conservadores y la búsqueda de maneras de aglutinar a la población en torno a su agenda anticomunista. Un ejemplo notable de esto ocurrió durante la campaña política de las elecciones presidenciales de 1967, que coincidieron con el 35 aniversario de 1932. Las elecciones se realizaron en marzo y durante las semanas anteriores el partido de gobierno insistió que el país se encontraba al borde de una revuelta comunista.

Sin que pareciera coincidencia, el periódico conservador *El Diario de Hoy* dedicó una página entera cada día entre mediados de enero y mediados de febrero a presentar un relato sensacionalista y sangriento sobre 1932. Las primeras entregas fueron escritas por Gustavo Pineda, quien basó sus escritos en sus propios recuerdos personales y la obra de Jorge Schlesinger. Las entregas posteriores reimprimieron los reportajes originales de los periódicos sobre los hechos y varios relatos personales.³⁷ Por si algunos de sus lectores no entendieran el sentido de los reportajes, los editores de *El Diario de Hoy* se encargaron de explicarlo:

El Diario de Hoy considera más que oportuno y beneficioso dar a luz las importantes colaboraciones del escritor Pineda que llevan al lector, paso a paso, a ver cómo, desde el inicio de una propaganda que puede considerarse sin trascendencia, se llega hasta el desenlace de una terrible y dolorosa tragedia, capaz de sumir en el peor abismo a un país como el nuestro.³⁸

El periódico manejaba una agenda muy precisa: La de oponerse a cualquier reforma social prometida al calor de la campaña electoral que podría conducir a trastornos mayores. Sus referencias a las “revoluciones pacíficas” fue una crítica directa a aquellos miembros del partido de los militares entonces en el gobierno que apoyaban la Alianza para el Progreso del presidente Kennedy y quienes estaban inspirados por su célebre frase: “Quienes impiden la evolución pacífica harán inevitable la revolución violenta.” *El Diario de Hoy* estaba utilizando lo de 1932 como una advertencia al insistir de que cualquier alteración del status quo podría conducir al desastre.

Además de las dosis diarias de 1932 que recetaba *El Diario de Hoy*, el público salvadoreño fue sometido a planteamientos similares de parte de los editorialistas, la iglesia católica y la propaganda de la campaña política. Los editorialistas advertían que los comunistas querían convertir a toda Centroamérica en otra Cuba, y las páginas de opinión incluían títulos como “Constitución sí; comunismo no” y “Escrito de 1932 tiene la misma actualidad este día”.³⁹ El obispo de San Vicente, una diócesis en la región central de El Salvador, excomulgó de antemano a cualquiera que votara por un partido político que tuviera una supuesta influencia comunista.⁴⁰



Fragmento de noticia sobre "Tragedia Comunista de 1932", que apareció en el periódico conservador salvadoreño *El Diario de Hoy*, como antesala a la elección presidencial de 1967.

Para colocar esta campaña de miedo en su justa dimensión, un informe de la CIA de 1968 que evaluó los riesgos de seguridad en la región en preparación para una visita que haría el presidente Johnson, describió al Partido Comunista de El Salvador como "pequeño, ilegal, intimidado y por lo general ineficaz".⁴¹

En comparación a la elección de 1967, la siguiente campaña presidencial en 1972 arrancó con una actitud más bien cautelosa hacia 1932. Los periódicos no mencionaron el 40 aniversario del levantamiento y ni siquiera la columna "Hoy en la historia" que aparecía en la sección editorial de *El Diario de Hoy* hizo mención de los acontecimientos. Esto no quiere decir que el anticomunismo característico de la elite salvadoreña se haya debilitado. A comienzos de la década de 1970, los redactores conservadores habían estado advirtiendo a la población casi a diario sobre los horrores del Chile de Allende y la Cuba comunista. Un ejemplo típico de su orientación fue un encabezado a comienzos de enero que decía "Navidad sin Dios en Cuba".⁴² Las referencias a 1932 a comienzos del año fueron tangenciales en su mayoría.⁴³ La razón que explica la poca importancia que se le dio al aniversario de la Matanza es que los periódicos conservadores estaban preparando su artillería pesada para la última etapa de la campaña presiden-

cial. Exactamente nueve días antes de los comicios, *El Diario de Hoy* comenzó a publicar una serie de artículos a página entera. La serie comenzó el 11 de febrero bajo el encabezado "Hace cuarenta años los comunistas llamaron a las armas... y asesinaron a miles de inocentes." Inmediatamente debajo del encabezado y en negrita, el periódico dio a entender que una afirmación hecha por Napoleón Duarte, el candidato de la oposición, era un llamado a las armas similar: "Hoy Duarte dice: 'Llego la hora de los machetes'... ¿Vivirá la Patria un nuevo 1932?"⁴⁴ Al contestar su propia pregunta, el periódico comparó la afirmación de Duarte con las "Instrucciones generales" difundidas por el Partido Comunista en 1932. Cuatro días más tarde, la segunda parte, titulada "...Yo viví en el 32...", incorporó testimonios personales de testigos de los crímenes cometidos por los rebeldes durante el levantamiento. El artículo dio a conocer lo que podría pasarle a los salvadoreños respetuosos de la ley cuando el campesinado se levanta con sus machetes en mano: "Mi hermano, Samuel Recinos fue castrado y muerto a machetazos". El reportaje más candente se dejó para la última entrega publicada cuatro días antes de las elecciones. Comenzó con unas afirmaciones de un testigo de 1932 en el sentido de que Duarte y sus seguidores "son los mismos que oí en el 32 y por ellos mataron a mi hermano Samuel". Entonces, el testigo siguió describiendo una supuesta violación colectiva de trescientas muchachas blancas y ladinas, algunas de apenas cuatro años de edad. El testimonio incluye referencias a los rebeldes como "perros salvajes" y "la carcajada infame del violador rojo". El momento culminante de los hechos fue cuando "Sánchez, el líder comunista de aquella horda, violó al niño hasta darle muerte con su cuma en el último estertor del inocente".

Las interpretaciones diversas de 1932 que se dieron entre mediados de la década de 1940 y los comienzos de la de 1970 dan a entender que no existió una versión única de los hechos generada por la elite o sancionada por el Estado. Varios autores de la derecha caracterizaron la represión como un acto ya sea bárbaro o justificado, y las causas de la rebelión se las atribuyeron al comunismo, la pobreza o la etnicidad. Sus soluciones para semejantes problemas abarcaban desde la reforma a la represión. Ni todos los conservadores ensalzaron a Martínez ni tampoco todos lo condenaron. La nueva facción dentro del ejército que salió victoriosa después del derrocamiento de Martínez se mostró más inclinada a referirse a los eventos de 1944 y no a

la masacre de miles de campesinos en 1932 como un momento decisivo en la historia de la nación.⁴⁵ El movimiento de clase media de 1944 pareció más heroico y digno de citarse, y más consistente con la imagen modernizante del nuevo régimen, especialmente la del gobierno “revolucionario” de 1948.⁴⁶ Podría argumentarse que la masacre de 1932 había eliminado cualquier amenaza creíble de insurrección popular, lo cual, permitió que los militares toleraran puntos de vista disidentes, siempre y cuando se mantuvieran dentro de ciertos límites.⁴⁷ No obstante, las imágenes del levantamiento se sacaban a la luz, como artillería pesada, en cualquier momento en que la elite gobernante percibía una amenaza seria a su control del poder.

El lector escéptico, quizás aquel que vivió bajo los regímenes militares en El Salvador, puede que desestime la apertura política que se dio durante el período 1948-1972 como simple adorno del autoritarismo. Sin embargo, lo cierto es que se permitió una oposición política moderada. La represión por parte del Estado siguió, a veces con saña, pero fue intermitente y selectiva, dirigida hacia los focos más radicales de oposición al régimen.⁴⁸ La narrativa de masacres a granel en 1932 resultó menos útil en este contexto y los regímenes después de 1948 se mostraron más bien proclives a destacar sus diferencias con la era de Martínez. El presidente Osorio (1950-56) ensalzaba el golpe de Estado de 1948, todos los años con grandes celebraciones públicas y hasta mandó a levantar un gran monumento inspirado en imágenes del arte mural de la Revolución Mexicana. La nueva imagen del Estado no era la de una guardia pretoriana a las órdenes de los terratenientes sino, más bien, la de un grupo modernizante de militares de clase media que habían derrotado a un dictador austero y atrasado de raíces indígenas quien había caído en el influjo de religiones orientales y quien había obstaculizado el progreso de la nación.

Sin embargo, cuando el Estado sintió la necesidad de revivir el espectro del comunismo, las referencias a 1932 siempre estaban a la orden como advertencia. Los círculos de derecha no oficiales sentaron la pauta de cómo se podía echar mano de 1932 para cabildear en contra de reformas por moderadas que hayan sido. A comienzos de la década de 1970, la mayor parte de la población no había estado viva en 1932, y la “amenaza comunista” había cambiado de significado después de la Revolución Cubana. Estas nuevas circunstancias animarían a los analistas de derecha a cerrar filas en torno a una interpretación más uniforme de 1932.

El endurecimiento de las perspectivas de la elite, la década de 1970

Las condiciones políticas cambiantes en las décadas de 1960 y 1970 propiciaron el ímpetu para que los conservadores se aglutinaran en torno a una versión de 1932 que ignoraba la etnicidad y destacaba al comunismo. La situación política y social se tornaba más conflictiva. El nivel de conciencia entre las masas iba en incremento, la izquierda se organizaba y figuraba más y la situación internacional después de la victoria de Castro en 1959 se perfilaba amenazante. A comienzos de la década de 1970, la sensación de seguridad entre la elite salvadoreña comenzó a erosionarse debido a la organización de los primeros grupos guerrilleros después de 1970, el intento fallido del gobierno de ejecutar una reforma agraria en 1976 y los cada vez más frecuentes secuestros y asesinatos de jóvenes empresarios acaudalados. Las elites comenzaron a caracterizar cada amenaza y fuente de oposición, ya sea real o imaginaria, como parte de una conspiración comunista total y cuidadosamente organizada. En un comunicado oficial, la Asociación Nacional de la Empresa Privada (ANEP) identificó a varias organizaciones de estudiantes y otras asociaciones como partes de una conspiración que se disponía a matar a “agentes de seguridad pública, asaltos a bancos, secuestros con propósitos de extorsión y lucro, cobardes asesinatos a mansalva”. Los autores del comunicado dijeron que semejantes acciones evidenciaban las actividades de “frentes comunistas en los niveles internacional, nacional y local”. El comunicado concluyó con un llamado al gobierno: “¡Basta ya de temores y contemplaciones!”⁴⁹. Dentro de la misma línea, un grupo aún más conservador de terratenientes, el Frente Agrario de la Región Oriental (FARO), publicó un documento en un periódico en el cual afirmaba que no había diferencia entre la teología de la liberación y el marxismo, o entre las organizaciones campesinas cristianas, los jesuitas de la UCA (la universidad jesuita en San Salvador) y las organizaciones guerrilleras.⁵⁰

Como parte de su campaña de propaganda contra la izquierda, los voceros de la derecha describieron a la oposición como salvaje e inhumana. Después de una confrontación entre fuerzas del gobierno y un sindicato campesino de orientación cristiana en marzo de 1978, la Secretaría de Comunicaciones de la presidencia le trasladó a los periódicos una noticia

en la cual se decía falsamente que los integrantes del sindicato primero “asesinan y en seguida obligan a los familiares de los ultimados a que muerdan los cadáveres”. La nota describió a los miembros del sindicato como “bestiales subversivos”, “bandidos” y “turbas de hombres y mujeres”.⁵¹ Unos días más tarde, la oficina del arzobispado, de línea progresista e indignada por el carácter obsceno del reportaje, publicó los resultados de su propia investigación, en la cual se demostró que el conflicto había sido provocado por grupos afines al gobierno.⁵²

La Asociación de Beneficiadores de Café (ABECAFE) llevó su análisis del momento político a su conclusión lógica al referirse veladamente a la necesidad de una respuesta similar a la del general Martínez en 1932. En un comunicado, ABECAFE argumentó, “Creemos que ya es tiempo de comprender que la seguridad interna es condición prioritaria a cualquier presión que pueda eventualmente tomarse contra el destino de nuestra patria. Así lo comprendió hace muchos años un gobernante que puso la seguridad, la paz y el orden interno de la República como condición primaria e indispensable para el desarrollo y la prosperidad de nuestro país”.⁵³ Un connotado columnista no tuvo compunción alguna para decir lo que pensaba. Sidney Mazzini dijo sin tapujos en 1977 que la situación en el país era peor que en 1932 y que El Salvador se enfrentaba a un conflicto aún mayor si no se actuaba con prontitud. Después de comparar a El Salvador con Chile bajo Allende y la guerra civil en Líbano, pidió al gobierno que dejara de lado cualquier escrúpulo e ignorara las presiones externas con relación a los derechos humanos. Su mensaje llevaba implícita la idea de que las autoridades necesitaban repetir las acciones de 1932. Mazzini era de la opinión de que el imperialismo soviético acechaba a la vuelta de la esquina y que El Salvador estaba a punto de convertirse en un satélite soviético como Cuba o Angola.⁵⁴ Si esta apología a favor de un asesinato en masa sugiere que el señor Mazzini pertenecía a un grupo marginal de la derecha radical, lejos estaba de serlo. Como columnista y abogado respetado, fue nombrado representante permanente de El Salvador ante la Organización de Estados Americano por el presidente Romero poco después de que escribiera su artículo incendiario.⁵⁵

Una línea de argumentación común en los escritos de derecha hacia fines de la década de 1970 fue un resentimiento marcado hacia Estados Unidos por traer a colación el tema de las violaciones a los derechos huma-

nos. Un reconocido columnista conservador calificó al presidente Carter en 1977 como “cómplice número 1 de la subversión mundial.”⁵⁶ Las elites consideraban que la presión ejercida por el Departamento de Estado y varias organizaciones de los derechos humanos representaban una violación de la soberanía salvadoreña, al igual que las elites en 1932 plantearon que Martínez debía ignorar las exigencias de Estados Unidos para que renunciara. De hecho, la imagen del presidente Martínez se estaba rehabilitando hacia fines de la década de 1970. Se le recordaba cada vez más como un guerrero en contra del comunismo y como un ejemplo notable de un militar honesto que defendió el status quo. En noviembre de 1977, la Fraternidad Militar de El Salvador organizó un homenaje público a Martínez en el Club de Oficiales. Aun hoy, Martínez aparece en la página Web de las Fuerzas Armadas salvadoreñas como uno de los héroes militares más importantes de la nación.⁵⁷

En este ambiente polarizado, tanto los activistas de derecha como los de izquierda se dieron a la tarea de recordarle a la población sobre 1932. En julio de 1977, las FPL, una de las organizaciones guerrilleras, asesinaron a Osmín Aguirre y Salinas, el oficial del ejército que había sido el jefe de policía de Martínez cuando se dio la Matanza. Sin referirse a 1932, *El Diario de Hoy* aprovechó la oportunidad de la nota necrológica para reescribir la historia y enviar un mensaje acerca de la crisis política. El periódico ensalzó a Aguirre y Salinas como un hombre que había salvado al país en 1944 de un despotismo totalitario inspirado por el marxismo-leninismo. El periódico se refería al golpe de Estado encabezado por Aguirre y Salinas para impedir la elección del Dr. Arturo Romero, un político reformista moderado quien representaba el espíritu prodemocrático del movimiento que derrocó a Martínez. La nota contenía un mensaje apenas velado: Los políticos moderados que promueven las reformas con miras a evitar la revolución terminan entregando el país al comunismo.⁵⁸

En las décadas de 1950 y 1960, diversas versiones desde la derecha y el estado sobre 1932 coexistieron en libros de texto, publicaciones oficiales y periódicos. Pero para la década de 1970, después de que la situación política había empeorado y se anticipaba una confrontación de grandes proporciones, las versiones conservadores sobre 1932 se aglutinaron en torno a una narrativa única de causalidad comunista. En la medida que el Estado se sentía amenazado, cualquier expresión de oposición se definió

como una conspiración comunista y la solución al problema se planteó como una reacción militar similar a la de 1932.

Durante la guerra

En 1979 El Salvador se tambaleaba, y los acontecimientos en el resto de Centroamérica exacerbaban la crisis. El triunfo de la Revolución Sandinista en Nicaragua en julio de 1979 inspiró a los movimientos guerrilleros en El Salvador y sonaron las alarmas en el gobierno, las elites y Estados Unidos. El golpe de Estado de octubre de 1979, organizado por militares reformistas con el apoyo de civiles progresistas, representó un último intento de frenar la caída libre hacia la guerra mediante la introducción de cambios al sistema económico y un freno a las violaciones a los derechos humanos. Pero la persistencia de los desaparecimientos y los asesinatos políticos dejaron en evidencia que el ejército y los grupos paramilitares estaban fuera del control de la junta de gobierno reformista. Después del asesinato del arzobispo Romero y la victoria de Ronald Reagan en las elecciones de 1980, los grupos guerrilleros se organizaron para lanzar un ataque frontal, y el ejército respondió en iguales términos.

Hacia enero de 1981, cuando comenzó la guerra civil en serio, la perspectiva que manejaba la derecha sobre 1932 se había despojado de cualquier ambigüedad. 1932 se convirtió en un cliché, presto a ser utilizado en cualquier debate nacional o internacional. Uno de los más destacados escuadrones de la muerte se auto-denominó la Brigada Maximiliano Hernández Martínez, en honor al presidente que supervisó la Matanza. Por el lado de la izquierda, los grupos dispares de rebeldes se unieron bajo el nombre de Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, en memoria de Farabundo Martí, el dirigente comunista fusilado durante la Matanza. El secretario general del recientemente formado partido de derecha, la Alianza Republicana Nacionalista (ARENA) fue Mario Redaelli, hijo de Emilio Redaelli, el ciudadano notable de Juayúa muerto por los rebeldes en 1932.⁵⁹ Estas referencias a 1932 daban la impresión de que los mismos enemigos se estaban enfrentando de nuevo pero de acuerdo a un guión nuevo y distorsionado que eliminaba todas las complejidades que habían caracterizado las narrativas anteriores.

Los pocos escritos sobre los acontecimientos de 1932 que aparecieron durante la guerra destacaron su papel central en la historia salvadoreña. Un libro de Mariano Castro Morán, un coronel que había sido miembro de una de las junta después que el nuevo gobierno asumió el poder en enero de 1961, proporciona un buen ejemplo.⁶⁰ Castro Morán le dedicó un capítulo entero de su estudio histórico del ejército a los acontecimientos de 1932. El capítulo se basa en fuentes secundarias conocidas (aunque *Miguel Mármol* no se encuentra en la bibliografía), e incluye doce fotografías. La manera en que Castro Morán estructuró su narrativa refuerza a su argumento. La primera sección presenta un perfil de siete dirigentes comunistas, que el autor justifica en tanto “sus labores constituyen el principio de la tragedia, que culminó con los sucesos sangrientos de fines de enero de 1932”.⁶¹ El capítulo termina con una segunda sección que describe el levantamiento y la Matanza, redactado en un estilo tradicional propio de los historiadores de la guerra. Castro Morán relata los eventos como una serie de enfrentamientos entre las fuerzas del gobierno y los rebeldes comunistas. Al redactarse así, la narrativa presenta un cuadro tétrico de un Estado bajo ataque por la subversión comunista en forma de asesinatos, saqueos y violaciones. Está ausente cualquier referencia a indígenas borrachos o mención alguna de etnicidad. Castro Morán justificó la represión como una consecuencia lógica de los crímenes cometidos por los rebeldes y las bajas sufridas por el ejército.⁶² Cuando se publicó el libro en 1983, los enfrentamientos entre las tropas del gobierno y las fuerzas guerrilleras ocurrían diariamente, los escuadrones de la muerte se dedicaban a matar a intelectuales y dirigentes sindicales, diversos pueblos fueron destruidos por el ejército, estallaban bombas con frecuencia en la capital, y la infraestructura económica del país estaba siendo sabotada por los rebeldes. El lector promedio del libro de Castro Morán podría haber pensado que estaba de más vincular lo de 1932 con los acontecimientos contemporáneos, pero el autor quería asegurarse que su objetivo quedara claro: “Los asesinatos perpetrados en ciudadanos pacíficos e inermes, la violaciones y saqueos que se registraron, la destrucción vandálica de bienes muebles e inmuebles, figurarán en la historia salvadoreña como una muestra de lo que hubiera sucedido en toda la república de haber triunfado el movimiento subversivo comunista”.⁶³

En Estados Unidos, el debate político sobre la guerra en El Salvador se intensificó. La administración Reagan proporcionaba ayuda sin interrupciones al ejército salvadoreño y describió a El Salvador como un frente decisivo (*line in the sand*) contra el comunismo internacional. Los críticos acusaron a la administración de simplificar en extremo la naturaleza del conflicto y de ignorar las violaciones de los derechos humanos. Jeane Kirkpatrick, la embajadora de Reagan ante las Naciones Unidas, contribuyó a formular la política de la administración mediante referencias a 1932. Uno de sus muchos escritos influyentes fue un ensayo publicado por el American Enterprise Institute, un centro de estudios en Washington, D.C., dedicado a promover el pensamiento conservador. En su escrito, Kirkpatrick utilizó los acontecimientos de 1932 para ilustrar la necesidad de una mano dura para frenar la subversión comunista. El ensayo describe la cultura política de El Salvador en términos del machismo y un sentido de “competencia, valor, honor, sagacidad, firmeza, una capacidad para asumir riesgos y actuar de manera temeraria, y una cierta despreocupación ‘varonil’ por la seguridad.”⁶⁴ En semejante contexto, Kirkpatrick describió al general Hernández Martínez como un héroe “enérgico” en una confrontación al estilo de Hobbes, el campeón varonil capaz de proveer el orden “necesario para la provisión de bienes públicos.” Kirkpatrick hace referencia a los planteamientos de la asociación de beneficiadores y exportadores de café que consideraban que “la seguridad, la paz y el orden interno de la República son las condiciones primarias para el desarrollo y la prosperidad de nuestro país.” “Para muchos salvadoreños,” dijo Kirkpatrick refiriéndose a la Matanza, “la violencia de esta represión parece menos importante que el reestablecimiento de la paz y los trece años de paz civil que le siguieron.”⁶⁵ Kirkpatrick entonces describió a “los escuadrones de la muerte tradicionalistas” que se denominaban “las Brigadas Hernández Martínez...en su intento de colocarse dentro de la tradición política de El Salvador y comunicar sus intenciones.” De nuevo, una versión simplificada en extremo de la Matanza daba la pauta para una línea de acción política a futuro. Contribuyó a configurar una posición conservadora que descartaba la posibilidad de entablar negociaciones. En ambos Estados Unidos y El Salvador, una nueva versión conservadora de la Matanza se convirtió en una metáfora del conflicto en curso.

Narrativas de la posguerra

Terminada la guerra en 1992, varios miembros destacados de la elite educada salvadoreña se sintieron en libertad para escribir sus impresiones sobre 1932 en términos que en otros tiempos habrían sido peligrosos. Uno de los ejemplos más convincentes es una memoria escrita por Reynaldo Galindo Pohl, quien nació y había sido criado en el occidente de El Salvador y que se convirtió en el miembro más joven de la junta reformista en 1948 que derrocó al general Castaneda Castro. Tuvo una carrera profesional distinguida que incluyó un período corto como ministro de cultura y como embajador ante las Naciones Unidas por muchos años. Sus memorias, tituladas *Recuerdos de Sonsonate: Crónica de 1932*, proporcionan una descripción extensa del levantamiento y la Matanza. Explicó la Matanza como una expresión de histeria colectiva y no como respuesta a una amenaza real al Estado. Dijo que el dirigente indígena Feliciano Ama no tuvo participación en el levantamiento y que, por lo tanto, su ejecución fue un linchamiento a manos de una turba producto de tensiones étnicas. La narrativa de Galindo Pohl sugiere que las supuestas crueldades que se adjudicaron a los rebeldes, tal como se describen en las obras de Méndez y Schlesinger, fueron una creación de las elites que intentaban justificar sus acciones durante las masacres.⁶⁶

Otras perspectivas conservadoras más tradicionales también se elaboraron después de la guerra, como fue el caso de la competencia entre los dos periódicos principales para producir un libro de historia. En 1994, los dos diarios, ambos conservadores, lanzaron iniciativas paralelas para producir libros ilustrados de historia de El Salvador. Uno de ellos, *Centuria*, surgió de *El Diario de Hoy*, defensor sempiterno de la derecha extrema. La sección dedicada a la dictadura de Martínez se estructuró como un collage con descripciones del levantamiento tales como “la conspiración comunista” y los “miles de campesinos” azuzados por “dirigentes comunistas armados con machetes y algunos cientos de fusiles Mauser, dejados por Araujo en sus manos para organizar la defensa de su régimen tambaleante.” La descripción que presenta *Centuria* del levantamiento plantea el rol de los indígenas de una manera similar al racismo flagrante de Jorge Schlesinger en *Revolución comunista*. *Centuria* dice que el asesinato de Emilio Redaelli se hizo “con

lujo de barbarie tras la violación masiva de su esposa y el incendio de su hogar en Juayúa, tomada por las huestes indianas de Francisco Sánchez". *Centuria* entonces se refirió a la Matanza como un proceso de "limpieza" y describió las masacres sin comentario: "Mientras, las fosas comunes se llenan en los campos de los occidentales departamentos aquejados por la 'ola roja', los comunistas registrados en los libros de votaciones son capturados en San Salvador y llevados a las márgenes del río Acelhuate, donde pelotones de seis soldados fusilaban a grupos de entre seis y cincuenta personas".⁶⁷

Parece inconcebible que en un entorno de posguerra uno de los principales periódicos pudiera producir una obra de semejante crudeza despiadada. Pero la narrativa de 1932 como advertencia no estaba perdiendo su relevancia política. Una de las últimas secciones de *Centuria* hace referencia a que Miguel Mármol había sido uno de los sobrevivientes de los fusilamientos de 1932 y que se convirtió en el primer miembro oficial del FMLN cuando éste se convirtió en partido político después de 1992. El vínculo entre el pasado y el presente no pudo haber sido más explícito. Durante los diez años siguientes, el tema del comunismo y la memoria de 1932 permanecieron como componente medular de los círculos políticos de la derecha. El conservador partido ARENA arrancó cada una de sus campañas electorales en Izalco, centro de los acontecimientos de 1932. Durante la campaña presidencial de 2004, ARENA basó sus ataques contra el candidato del FMLN, Shafik Handal, en la idea de que era un comunista fanático de vieja línea quien ataría el futuro del país a la Cuba socialista. Como era de suponerse, *El Diario de Hoy* encabezó el ataque contra Handal. En 2004, el sitio Web de la embajada de El Salvador en Washington, D.C., expresó directamente: "En el año de 1932 sofoca el primer levantamiento Marxista-Leninista, este movimiento era apoyado y financiado por la Unión Soviética".⁶⁸ En enero de 2005, Izalco fue testigo de dos conmemoraciones distintas del 73 aniversario de la Matanza. Una fue organizada por el FMLN y se orientó a recordar los acontecimientos de manera consistente con su interpretación tradicional de unas masas pobres que luchaban por alcanzar una vida mejor para ellas mismas. La otra conmemoración estuvo a cargo de un grupo de activistas indígenas que buscaban llamar la atención a la situación apremiante de tiempos atrás de los pueblos indígenas al presentar los acontecimientos de 1932 desde una perspectiva étnica. En

particular, calificó a la Matanza como un intento de etnocidio, es decir, la eliminación de toda una etnia. En resumidas cuentas, los acontecimientos de 1932 siguieron siendo un símbolo tan vibrante como nunca.

Un último ejemplo de las narrativas de posguerra da a entender que un debate en el seno de la derecha entre nacionalismo y neoliberalismo tiene el potencial de incidir en la memoria histórica. Aunque se organizó inicialmente sobre un fundamento de nacionalismo férreo, el partido gobernante ARENA se ha convertido en un defensor a ultranza del neoliberalismo y del mantenimiento de vínculos estrechos con Estados Unidos, especialmente durante los años de gobierno de la administración Bush (2001-2009). Pero podría decirse que el nacionalismo tradicional de ARENA está reñido con semejante apertura a la economía internacional. La forma en que este debate se desenvuelve en el ámbito de la memoria histórica puede apreciarse en un testimonio escrito en 2005 por David Ernesto Panamá Sandoval, un miembro fundador de ARENA y amigo cercano del fundador y arquetipo del partido, Roberto D'Aubuisson. Panamá también es descendiente de una familia de caficultores del occidente de El Salvador. Se describe a sí mismo en su libro como un "guerrero de la libertad", con lo cual se refiere al anticomunismo de ARENA y al suyo propio.

Panamá da inicio a su libro, como es de esperarse, con una descripción de 1932 como "el primer levantamiento comunista en América". Pero Panamá también reitera la narrativa del "indígena engañado", con lo cual reinserta el tema de la etnicidad y la contra-narrativa étnica en la explicación de la insurrección:

El abogado extremista Farabundo Martí se aprovechó de la inconformidad de los indígenas que se veían despojados de sus tierras, agobiados por la mala situación económica (bajos precios del añil y café), y el 22 de enero de 1932 lanzó contra humildes propietarios de tierra en diferentes municipios del occidente y centro del país. El 23 de enero, el supremo gobierno dio de alta a todos los que deseaban combatir el comunismo....Los hechos resultaron en un cruento baño de sangre.⁶⁹

La descripción que Panamá presenta de su grupo social, los caficultores de occidente, como "humildes propietarios" habría sido impensable en la década de 1960 cuando los caficultores estaban en la cima

de su poder. Aún más sorprendente es su referencia a la Matanza como un “cruento baño de sangre”. Cuando se refiere a las lecciones de la historia que según él pueden derivarse de 1932, la descripción de Panamá contiene aún más sorpresas:

Esta lección de la historia y sus causas internas se han ocultado, y los que ostentaban el poder económico en la época del '32, fueron los más beneficiados. Al final del conflicto, culparon de lo ocurrido sólo a la causa: el comunismo.

La evidencia histórica salvadoreña muestra, entre otras cosas, que muchos de los grandes capitales surgieron de ostentar la presidencia de la república, y otros capitales se consolidaron sirviendo a esos intereses. Desde esa época, ellos, el gran capital, se servían de la Fuerza Armada para asegurar el disfrute de sus privilegios, monopolios y oligopolios, y esa miopía o propósito llevaría a los salvadoreños, 38 años después, a una nueva cruel e inútil confrontación entre hermanos.⁷⁰

Esta versión de 1932 y la descripción de la guerra civil de la década de 1980 como “inútil” serían convencionales en caso de provenir de la pluma de un socialdemócrata o si fueran parte de un debate académico. Pero, por el contrario, surgen de un miembro fundador de ARENA y un anticomunista declarado. Estas descripciones aparentemente extrañas son reflejo de la incertidumbre en el seno del grupo social de Panamá sobre la aceptación precipitada por parte de ARENA de políticas neoliberales promovidas por Estados Unidos, tales como la reducción de los derechos de importación y exportación, la eliminación de los subsidios, y aún el abandono de la moneda nacional, el colón, por el dólar estadounidense. Los caficultores como Panameño y su familia han visto cómo los precios del café han venido decayendo constantemente, debido en buena medida a la creciente producción en países como Vietnam, que han sido subsidiados por el Banco Mundial. El café ya no representa la principal fuente de divisas de El Salvador. Más bien, son las remesas enviadas al país por los salvadoreños que viven y trabajan en el extranjero las que ostentan ese honor. Panamá entiende que este nuevo entorno globalizado ha alterado la correlación de fuerzas en el país. Los grupos conservadores tradicionales, cuya riqueza se basó en la agricultura de exportación, han sido marginados por los

financistas y los banqueros. Los caficultores se retratan a si mismos como víctimas de “el gran capital.” Están convencidos que lucharon fieramente contra fuerzas revolucionarias en la década de 1980 y que no han cosechado los frutos. Es por esta razón que Panamá se refiere a los caficultores como “humildes propietarios”, tanto en tiempos pasados como en la actualidad. En sus palabras, el conflicto en el presente es entre “humildes propietarios de tierra en diferentes municipios del occidente y centro del país” y “los grandes capitales.” De nuevo se narra lo de 1932 desde una perspectiva contemporánea, y esta vez los caficultores y los terratenientes no parecen en nada distintos de los campesinos que se levantaron en armas y fueron abatidos sin misericordia por las elites que ostentaban el poder y sus aliados militares.

Conclusión

Aunque a los conservadores les resultaba difícil a veces justificar una matanza en gran escala como un modelo de gobierno a seguir, creían, no obstante, que su visión del futuro de El Salvador había sido legitimada por ciertas verdades históricas. A veces les resultaba conveniente ignorar la masacre de 1932 en sus narrativas históricas, pero cuando sí la incorporaban, eran de la opinión que justificaba su ideología política. Aun cuando la derecha salvadoreña ha demostrado un alto grado de cohesión durante los últimos setenta años, diversos grupos dentro de la derecha, no obstante, han discrepado entre si sobre las lecciones de 1932. Algunos insistieron que los acontecimientos de 1932 justificaban una línea dura de represión, mientras que otros creyeron que comprobaban la necesidad de efectuar reformas. En cualquiera de los casos, los planteamientos de todos los interlocutores de 1932 ilustran el vínculo inexorable entre la política y la memoria. Los conservadores utilizaron sus recuerdos de 1932 para justificar sus programas políticos a la vez que acontecimientos políticos inesperados alteraban esos recuerdos sin que estuvieran conscientes de ello. Narra-ban las historias del pasado que a su entender eran ciertas pero, de nuevo, surge la pregunta: ¿por qué algunas personas aceptan una versión como cierta y rechazan otras como falsas? Y la respuesta es, de nuevo, que la política se basa en la memoria y la memoria está politizada inherentemente.

El levantamiento y la Matanza de 1932 fueron acontecimientos medulares que se convirtieron en un fundamento trágico del estado moderno en El Salvador. La historia de esos acontecimientos se tornó en una metáfora básica utilizada por los salvadoreños de todas las tendencias políticas para comprender su sociedad y justificar sus planes para su futuro. La Matanza se convirtió en el tropo de última instancia, un receptáculo voluminoso y altamente maleable, con exteriores móviles, a veces rígidos, otras veces flexibles, pero siempre imbuido de significado. Ya en 1932, un escritor reconoció que los acontecimientos habrían de servir como potente símbolo político para las generaciones futuras:

La leyenda maldita crecerá y para estos pueblos ignorantes habrá siempre la voz que en los instantes graves haga recaer en el comunismo todas las desgracias que los devoran. El suceso ocurrido en El Salvador es digno de la más honda reflexión precisamente porque hace de la palabra comunista un déspota de la superstición humana.⁷¹

¹ *La Prensa*, 13 de enero de 1932, p. 1.

² *El Día*, 5 de febrero de 1932, p. 1, y 11 de febrero de 1932, p. 1.

³ *La Prensa*, 29 de enero de 1932, p. 1.

⁴ *El Día*, 5 de febrero de 1932, p. 1.

⁵ “Monseñor Belloso y nuestro palpitante problema social”, *El Día*, 20 de enero de 1932, p. 4.

⁶ Gabino Mata hijo, “Comunismo o no Comunismo”, *El Día*, 4 de febrero de 1932, p. 4.

⁷ Aristipo, “Al margen de la situación”, *El Día*, 18 de febrero de 1932, p. 4.

⁸ *La Prensa*, 31 de enero de 1932, p. 1.

⁹ *El Día*, 27 de enero de 1932, p. 4.

¹⁰ “Existe un partido comunista”? *El Día*, 28 de enero de 1932. El editorialista sobreestimó la edad del partido; había sido fundado en marzo de 1930.

¹¹ G. González y Contreras, “Los orígenes del comunismo salvadoreño”, *Diario Latino*, 2 de febrero de 1932.

¹² “Manifiesto del ejército a la nación”, San Salvador, 27 de enero de 1932.

¹³ “Mensaje del Señor Presidente de la Republica, General Maximiliano Hernández Martínez leído ante la Asamblea Nacional, en el acto de la apertura de su período de sesiones ordinarias, el día 4 de febrero de 1932”.

¹⁴ *La Prensa*, 29 de marzo de 1932.

¹⁵ Méndez, *Los sucesos comunistas*.

¹⁶ *Ibid.*, p. 36.

¹⁷ *Ibid.*, p. 199.

¹⁸ *Ibid.*, p. 60.

¹⁹ *Ibid.*, p. 18, 136 y 146.

²⁰ “Cómo nació la dictadura”, *La Tribuna*, 25 de enero de 1952.

²¹ Izalco, “La Matanza de 1932 en El Salvador”. Juan de Izalco es obviamente un seudónimo. El artículo fue redactado en 1941 y enviado a la revista a la revista en 1943.

²² Juan de Izalco, “La Matanza de 1932 en El Salvador”, p. 86.

²³ Schlesinger, *Revolución comunista*.

²⁴ Una biografía del periodista conservador guatemalteco, Clemente Marroquín Rojas, contiene información sobre la manera en que Marroquín Rojas y Alfredo Schlesinger (hermanos de Jorge) obtuvieron los papeles del general Martínez. Véase Argentina Díaz Lozano, *Aquí viene un hombre*, capítulos XIV y XV.

²⁵ Schlesinger, *Revolución comunista*.

²⁶ Las versiones sobre la intervención de la CIA en Guatemala pueden encontrarse en Kinzer y Schlesinger, *Fruta amarga*; Immerman, *The CIA in Guatemala*; y Cullather, *Secret History*.

²⁷ “La Política de la indiferencia”, *Tribuna Libre*, 24 de enero de 1952.

²⁸ “Cómo nació la dictadura”, *Tribuna Libre*, 25 de enero de 1952.

²⁹ Bustamante Maceo, *Historia militar*, p. 106.

³⁰ Aguirre Cardona, *La historia constitucional*, p. 142.

³¹ Alas García, *Historia para el tercer curso*.

³² *Ibid.*, p. p. 210.

³³ Larde y Larín, *El Salvador*, p. 214.

³⁴ Alberto de Mestas, *El Salvador*, p. 494. (Su bibliografía incluye la obra de Schlesinger, *Revolución comunista*.)

³⁵ Otro ejemplo excelente de un cronista conservador que ignora la Matanza se encuentra en las memorias de Enrique Córdova, un personaje cercano a las altas esferas del poder desde la década de 1920 hasta la de 1950. Sus memorias hacen referencia con frecuencia a Martínez y al levantamiento pero ignoran la Matanza casi por completo. Córdova, *Miradas retrospectivas*. Sus memorias no se publicaron sino hasta veintisiete años después de su muerte en 1966.

³⁶ González Ruiz, *El Salvador de hoy*, p. 11.

³⁷ “La tragedia comunista de 1932”, *El Diario de Hoy*, 15 de enero al 12 de febrero de 1967.

³⁸ “La tragedia comunista de 1932”, *El Diario de Hoy*, 15 de enero de 1967.

³⁹ “Quieren otra Cuba en Centroamérica”, *El Diario de Hoy*, 3 de febrero de 1967. Véase también el ejemplar del 9 de febrero de 1967.

⁴⁰ “Obispo Ratifica su Excomunió al PAR”, *El Diario de Hoy*, 20 de enero de 1967.

⁴¹ United Status of America, Central Intelligence Agency, “The President’s trip to Central America: Security Conditions”, Special National Intelligence Estimate, 82/83-68, 3 de Julio de 1968, p. 4.

⁴² *El Diario de Hoy*, 3 de enero de 1972.

⁴³ Véase López Jiménez. “El espectro de 1932 se alza amenazante. Los ofrecimientos de repartos de tierras”, *El Diario de Hoy*, 7 de enero de 1972. Sidney Mazzini V. “La historia, ¿vuelve a repetirse?” *El Diario de Hoy*, 10 de febrero de 1972. Escobar, “La caída de Don Arturo y la verdad histórica”, (artículo en tres entregas), *El Diario de Hoy*, 21-24 de enero de 1972. (Un artículo en cuatro entregas publicado en *La Prensa Gráfica* y dedicado a los casos de influencia comunista en El Salvador no mencionó los acontecimientos de 1932 para nada. Véase *La Prensa Gráfica*, 14-18 de enero de 1972.)

⁴⁴ “Hace cuarenta años los comunistas llamaron a las armas...” *El Diario de Hoy*, 11, 15 y 16 de febrero de 1972.

⁴⁵ Véase “Recordando la huelga” en Castro Ramírez, *Camino de la esperanza*, p. 203.

⁴⁶ Véase, por ejemplo, Castro Ramírez, *Camino de la esperanza*.

⁴⁷ Véase, por ejemplo, Baloyra, *El Salvador in transition*, capítulo 2.

⁴⁸ Un ejemplo claro de la cara represiva del régimen revolucionario puede apreciarse en un documento producido por la oficina de la presidencia en marzo de 1951 en el cual se declara que el comunismo es una amenaza para el Estado. Oficina de la Presidencia, *Maquinaciones contra el Estado*.

⁴⁹ ANEP. “Planteamiento al Gobierno de la República: La trágica realidad que vive El Salvador”, *Diario Latino*, 16 de noviembre de 1977, pp. 16-17.

⁵⁰ FARO. “La Violencia Institucionalizada o el Evangelio Según San Marx”, *Diario Latino*, 22 de noviembre de 1977, p. 21.

- ⁵¹ *Diario Latino*, 27 de marzo de 1978, p. 3.
- ⁵² *Diario Latino*, 29 de marzo de 1978, p. 3
- ⁵³ *Diario Latino*, 24 de noviembre de 1977.
- ⁵⁴ *El Diario de Hoy*, Sidney Mazzini, “¿Un enfrentamiento es inevitable?” 17 de noviembre de 1977, p. 4.
- ⁵⁵ *El Diario de Hoy*, “Satisface a Dr. Mazzini Nombramiento en la OEA”, 2 de diciembre de 1977, p. 17.
- ⁵⁶ *El Diario de Hoy*, 4 de octubre de 1977.
- ⁵⁷ <http://www.fuerzaarmada.gob.sv/heroes-militares/Heroes%20todos.htm>, diciembre de 2004.
- ⁵⁸ “FPL atribúyese muerte de Aguirre y Salinas”, *El Diario de Hoy*, 14 de julio de 1977, p. 3.
- ⁵⁹ Buckley, *Violent neighbors*, p. 5.
- ⁶⁰ Castro Morán, *Función política del ejército*.
- ⁶¹ *Ibid.*, p. 110.
- ⁶² *Ibid.*, p. 149.
- ⁶³ *Ibid.*, p. 138.
- ⁶⁴ Kirkpatrick, “The Hobbes problem,” p. 506.
- ⁶⁵ Esta es una referencia a los trece años de la dictadura de Martínez. El general Martínez fue derrocado por un amplio movimiento urbano en 1944.
- ⁶⁶ Galindo Pohl, *Recuerdos de Sonsonate*.
- ⁶⁷ Kuny Mena and Cañas Dinarte, *Centuria*, pp. 35-37.
- ⁶⁸ <http://www.elsalvador.org/embajadas/eeuu/home.nsf/cultura>, bajo la sección de “historia.”
- ⁶⁹ Panama_ Sandoval, *Los guerreros de la libertad*, p. 17.
- ⁷⁰ *Ibid.*
- ⁷¹ del Camino, “Estampas. Pensemos en El Salvador”, p. 51.





CONCLUSIÓN

*No crecemos en términos absolutos, cronológicamente...
...constelaciones*

Anais Nin, The Diary of Anais Nin, 1944-47

Hace más de un siglo, Ernest Renan se dio cuenta de la importancia de la memoria histórica como constituyente de la identidad grupal. En un discurso ofrecido en la Sorbona de París en 1882 titulado “¿Qué es una nación?” el historiador francés dijo que “la esencia de la nación es que todos los individuos tengan muchas cosas en común, y también que hayan olvidado muchas cosas.”¹ Renan creía que los integrantes de una nación estaban unidos por un “alma o principio espiritual” compartido. Pero también entendió que la construcción de una nación requería invariablemente de actos de coerción y violencia, que contradecían los altos principios morales enunciados por los miembros de la nación. Por lo tanto, la creación de una identidad nacional requería de amnesia colectiva.

El olvido, hasta me atrevería a decir el error histórico, es un factor crucial en la creación de una nación, razón por la cual el progreso en los estudios históricos a menudo constituye un peligro [al principio] de la nacionalidad. Por cierto, la investigación histórica saca a la luz hechos de violencia que ocurrieron en los orígenes de toda formación política, aun en el caso de aquellos cuyas consecuencias han sido del todo beneficiosas. La unidad siempre se logra por medio de la brutalidad.²

Renan entendió la ironía de la dependencia mutua entre el recuerdo y el olvido, o cómo el recuerdo de algo a menudo requiere que otra cosa se olvide. Pocas veces puede reconciliarse la memoria de la misericordia con la memoria de la violencia represiva. Es más, Renan entendió que

en el caso de la identidad grupal, el recuerdo y el olvido son procesos colectivos. En otras palabras, como individuos olvidamos ciertas cosas porque el grupo al cual pertenecemos ha recordado selectivamente.

Tal como se aprecia en la reciente ola de estudios sobre la memoria histórica colectiva, los historiadores profesionales se han identificado con las implicancias de las ideas de Renan a un grado sin precedentes.³ Aunque se diferencian ampliamente por la variedad de temas y enfoques, estos estudios contienen un hilo argumentativo en común que los une: lo que la gente *piensa* que ocurrió en el pasado puede resultar tan importante como lo que *en realidad* ocurrió. Los historiadores están demostrando que las personas a menudo fundamentan sus acciones contemporáneas en conceptualizaciones de la historia que toman la forma de memorias. En la medida que se agranda la distancia que separa a una persona de cualquier acontecimiento en particular, a la memoria del mismo se le van añadiendo capa tras capa de explicaciones. Algunos estudiosos hasta han utilizado el término “post-memoria” para referirse a las ideas sobre la historia que sostienen las personas a quienes separan dos o más generaciones de los acontecimientos concretos.⁴ Los historiadores están comenzando a darse cuenta de que cuando estudiamos lo que las personas piensan sobre el pasado, a menudo lo que estamos estudiando son “memorias de memorias.”⁵ En consecuencia, han centrado su atención crecientemente en los mecanismos, los procesos y las instituciones a través de los cuales las personas – tanto individuos como grupos – adquieren sus memorias del pasado, y también cómo las personas ponen esas memorias al servicio de sus preocupaciones contemporáneas. En palabras de un historiador, “Las memorias son como fotos que atrapan los recuerdos en un momento determinado y cuando ese momento cambia, las memorias también lo hacen.”⁶

A menudo, pero no exclusivamente, los estudios de la memoria histórica se centran en traumas colectivos, tales como el Holocausto, la esclavización de africanos en las Américas, la colectivización estalinista en Rusia, la “guerra sucia” en Argentina, o la guerra de Vietnam.⁷ Tal como Renan entendió hace más de un siglo, entre más intenso el acontecimiento en términos emocionales y políticos, más probable que su significado sea refutado y, por lo tanto, se convierta en un pararrayos de polémicas contemporáneas. Este libro ha estudiado las memorias colectivas de un trau-

ma, el levantamiento y la posterior masacre en el occidente de El Salvador en enero y febrero de 1932. Por cierto, la Matanza de 1932 fue uno de los peores episodios de asesinatos en masa en la historia moderna de Latinoamérica, y eso que se ubica junto a las numerosas acciones represivas que se han registrado en la región a lo largo de los dos últimos siglos.

Sean trágicas o festivas, las memorias colectivas de determinados acontecimientos pueden adquirir tal nivel de centralidad en la identidad de un grupo que se convierten en algo parecido a un mito de creación, una narrativa de los orígenes, o incluso, un pecado original. En otras palabras, un tema histórico a veces puede entrelazarse a tal grado con los sentimientos de identidad de un grupo determinado que ninguno de sus miembros se atrevería a ignorarlo si aspira a conservar alguna legitimidad entre sus compatriotas. Podría decirse que la narrativa de 1932 tiene esa cualidad en El Salvador. A pesar de las fuertes presiones a que estuvieron sometidas las personas para que se olvidaran de los acontecimientos – o no los mencionaran – durante los primeros años de los regímenes militares, las referencias a 1932 se volvieron ubicuas. Los historiadores que estudian El Salvador ahora no pueden ignorar 1932 y en forma casi unánime lo definen como un momento clave en la historia nacional. Los políticos y las organizaciones políticas se ven obligados a definir sus posiciones en torno a 1932 e incorporarlos en la imaginaria que manejan ante el público. Durante los últimos setenta años, el levantamiento y la Matanza proporcionaron el léxico y las parábolas de las confrontaciones políticas, especialmente durante la guerra civil de 1981-92. Cada vez que introduce una referencia a 1932 en el debate público, se consolida la idea de que es el momento decisivo del pasado salvadoreño reciente.

No todos los grupos o naciones tienen una memoria tan esencial para sus miembros como lo es 1932 para los salvadoreños. En Nicaragua, quizás es la historia de Sandino y su insurgencia frente a la infantería de marina de Estados Unidos, o en la Cuba socialista es la vida del Che Guevara. Pero en el caso de El Salvador, el ser salvadoreño significa saber que algo tremendo ocurrió a finales de enero de 1932 en los campos del occidente. En vista de que la historia de 1932 ha estado tan asociada con el argumento de la causalidad comunista, en cualquier momento que se invocaba la memoria de 1932, el tema del comunismo surgió simultáneamente. A la

inversa, cuando se traía a cuenta el tema del comunismo, la memoria de 1932 proporcionaba un conjunto ya formado de imágenes y apasionamientos que enmarcarían la discusión. La historia es tan potente que a través del siglo XX las diversas narrativas de los acontecimientos de 1932 posibilitaron y hasta propiciaron la acción política, ya sea como advertencias o como guiones para la confrontación. Podría decirse que una de las razones por las cuales el comunismo se mantiene en una posición tan central del debate político en El Salvador contemporáneo, a pesar de que la guerra fría ya terminó y la mayor parte del resto del mundo ya dejó atrás la lucha entre el comunismo y el capitalismo, es porque la memoria de 1932 ha surgido a estilo de un mito de creación del siglo XX. La memoria autónoma y maleable de la Matanza no se ha extinguido.

Nuestro objetivo en este libro ha sido descubrir cómo 1932 fue recordado por las generaciones siguientes y como estas memorias se entrelazaron con las disputas políticas e ideológicas. Hemos analizado como diversos grupos en El Salvador elaboraron narrativas del pasado que les parecieron ciertas en un determinado momento. Nuestra intención no ha sido la de interpretar de nuevo los acontecimientos de 1932 pero demostrar por que diversos grupos de personas han preferido recordar algunos aspectos y olvidar otros, a pesar de que todos tuvieron acceso al mismo cúmulo de evidencias y fuentes.

Hemos demostrado que la derecha y la izquierda en El Salvador tendieron a acercarse en torno al argumento de la causalidad comunista, aun cuando hemos demostrado que a veces muchos de sus miembros encontraron razones de sobra para poner en duda la importancia del comunismo en el levantamiento y la masacre. El camino que siguieron izquierda y derecha para ponerse de acuerdo sobre la historia de 1932 no fue en absoluto lineal o predeterminado. En los momentos inmediatamente posteriores a los acontecimientos, las interpretaciones desde la derecha eran diversas. Las narrativas más antiguas basadas en raza y clase social competían con el anticomunismo para explicar el levantamiento y justificar la masacre. Es más, las diferencias entre los derechistas partidarios de la represión y sus rivales más orientados hacia la reforma generaron interpretaciones disímiles de 1932. Solamente después de 1959, cuando todos los derechistas comenzaron a compartir la creencia de que su nación estaba

siendo amenazada por el comunismo, es que se coaligaron en torno a una narrativa común de 1932, una en que los rebeldes eran comunistas y el régimen de Martínez (1931-44) había derrotado honorablemente una insurgencia comunista. Hasta ese momento, a muchos grupos de derecha les pareció conveniente olvidarse de Martínez, o al menos recordarle en términos negativos.

En cuanto a la izquierda, los acontecimientos de 1932 se convirtieron en una fuente permanente de disputa entre facciones, incluso hasta el comienzo de la guerra civil en 1981. Como punto central del conflicto dentro de la izquierda estaba la necesidad de determinar cuando El Salvador estaba listo – si fuera el caso – para la revolución social. De acuerdo a los modelos de Marx y Lenin, los comunistas creían que un amplio análisis histórico sería esencial para arribar a semejante determinación. En tanto la rebelión más importante de la que se tenía memoria, el levantamiento de 1932 se constituyó en el punto central de sus estudios. Aun antes del inicio del levantamiento de 1932, la izquierda estaba dividida sobre la cuestión de si El Salvador estaba listo para la revolución. Las divisiones seguían en pie cuando estalló la revuelta. Aquellos que se pronunciaron por adherirse a la rebelión ganaron una votación reñida frente a los que se opusieron, y aun después de que el partido decidió apoyar la revuelta, algunos miembros se negaron a participar porque estaban convencidos de que el partido no estaba en capacidad de ganar. Después del levantamiento, en tanto la izquierda luchaba para recuperarse de la devastación de la Matanza, surgieron memorias disímiles de los acontecimientos. Una versión procuró distanciar al partido de los acontecimientos, mientras que otra se inclinaba por atribuirle la dirección del levantamiento. Alrededor de 1959, las diferencias entre estos enfoques rivales sobre 1932 se tornaron particularmente profundas. Resulta irónica que en ese mismo momento los de la derecha estaban convergiendo en torno a una interpretación común de causalidad comunista. Bajo la inspiración de la Revolución Cubana, los militantes de la izquierda que estaban convencidos de que se acercaba el momento para empuñar las armas, recordaban entusiasmados el levantamiento de 1932 y lo consideraban una muestra fehaciente de que las condiciones revolucionarias existieron en un determinado momento y que el partido había obrado correctamente cuando dirigió a las masas en la revuelta armada. Aun

cuando los militares terminaron reprimiendo la rebelión sin piedad alguna, los radicales argumentaron que el fracaso se debió a una planificación deficiente y no a un análisis incorrecto. Los reformistas de izquierda interpretaron 1932 de manera diferente, ya sea bajo el argumento de que el partido no había estado involucrado, o que el partido había sido el responsable por la rebelión pero que se había comprometido sobre la base de un análisis erróneo que solamente podía haberle llevado al fracaso. En la medida que estas divisiones dentro de la izquierda se hacían más pronunciadas en la década de 1960, así también ocurrió con las diversas memorias de 1932. No fue sino hasta que la izquierda se volvió a unir en 1980, después de haberse fracturado a comienzos de la década de 1970, que logró crear un consenso sobre 1932 en torno al argumento de la causalidad comunista. La nueva izquierda unida explicó su conflicto con la derecha en la década de 1980 como una nueva puesta en escena de 1932, en la cual las masas pobres del campo siguieron a la vanguardia izquierdista en la batalla contra el enemigo de clase y el imperialismo internacional. Por conveniencia, el tema de la etnicidad fue tirado por la borda.

En medio de toda la presión generada por los debates, muchos enfoques alternativos sobre 1932 pudieron darse a conocer en las décadas subsecuentes. Las diversas versiones destacaron el papel del Partido Comunista, el Socorro Rojo Internacional, los conflictos étnicos ancestrales en el occidente de El Salvador, o reclamos más específicamente indígenas contra los ladinos por la pérdida de tierras o el acoso sexual a mujeres indígenas. Tal como sugieren estas narrativas – diversas y rivales – los acontecimientos importantes como los de 1932 tienen orígenes complejos. Pero el estudio de la complejidad amortigua la emotividad irracional y los argumentos matizados ablandan los contornos duros de la confrontación. Cualquier interpretación de 1932 que contemplara la posibilidad de múltiples causalidades no resultó útil a aquellos que necesitaban “lecciones históricas” sencillas para trasladar a sus masas de seguidores en forma de estribillos y mensajes emotivos. Los lemas exitosos, el griterío político vigorizante, los poderosos discursos en las manifestaciones, y las campañas electorales eficaces exigen simplicidad. El uso político que se la ha dado a la Matanza siempre ha estado reñido con la adopción de interpretaciones complejas.

Las interpretaciones académicas sobre 1932, a pesar de su supuesta imparcialidad y alejamiento del mundanal ruido, se mostraron igualmente vulnerables a las influencias de los tiempos en que fueron redactadas. Los escritos sobre 1932 han sido influenciados por la guerra fría, por las polémicas sobre los modos de producción y la lucha de clases dentro de la escuela marxista, por las concepciones sobre los movimientos agrarios y la tenencia de la tierra dentro de las escuelas sociológicas estadounidenses y, más recientemente, por los estudios étnicos y de género.

Si los escritos sobre la Matanza han sido influenciados por sus contextos históricos por más de tres cuartos de siglo, sería presuncioso pensar que este libro y sus autores son inmunes a sus tiempos. De la misma manera que la historia personal de Roque Dalton impactó en sus memorias de 1932, nuestras historias personales han afectado nuestras memorias. Nuestra motivación para escribir acerca de 1932 puede ubicarse, directa o indirectamente, en nuestras experiencias en torno al dolor agudo y la polarización de la política y la guerra en Centroamérica en la década de 1980. Cada uno de nosotros tuvo una relación conflictiva con sus tiempos y con la narrativa que se desarrolla en este libro. Héctor Lindo-Fuentes y Rafael Lara-Martínez fueron compañeros de estudio en el mismo colegio jesuita donde estudió Dalton, el Externado de San José. Los miembros de sus familias y sus amistades y conocidos fueron afectados por la polarización engendrada por la guerra; algunos de ellos se inclinaron por la izquierda, otros por la derecha, y otros intentaron mantenerse en el centro. Algunos salieron al exilio, otros fueron muertos o desaparecidos, y otros prosperaron a la sombra del partido ARENA. Sus profesores jesuitas en el Externado pasaron después a ejercer como docentes en la universidad jesuita – la UCA – y fueron brutalmente asesinados por el ejército en 1989. Muchas de las personas que figuran en este libro fueron amistades personales, y las memorias de 1932 a menudo salían a relucir en las conversaciones familiares. Erik Ching se crió en la región central de Estados Unidos, lejos de la trágica realidad de la guerra civil de El Salvador. Pero se interesó en Centroamérica a raíz de la intervención de Estados Unidos en la región y terminó orientando sus intereses políticos hacia las actividades académicas. Se especializó en la historiografía de 1932 y posteriormente, como parte de la investigación de su tesis doctoral, viajó a Moscú después de la caída del Muro de

Berlín para determinar si los archivos soviéticos contenían algo de importancia sobre El Salvador. Allí encontró la documentación del Partido Comunista Salvadoreño, que le convenció de la necesidad de reconsiderar las interpretaciones existentes sobre el levantamiento. Sus investigaciones posteriores en los archivos en El Salvador le convencieron igualmente de que había que volver a escudriñar la Matanza. De la misma manera en que nosotros tres tratamos de evaluarlos y tomar en cuenta lo que nos condujo a las interpretaciones que contiene este libro, en última instancia no podemos saberlo. Nosotros también pertenecemos a comunidades que comparten memorias; a nosotros también nos arrastran diversas corrientes narrativas; nosotros también vivimos con memorias de memorias; nosotros también tratamos de presentar nuestros argumentos y nuestra evidencia de la manera más rigurosa posible.

Tal como se manifiesta en esta auto-evaluación, el reto que presenta el estudio de la memoria histórica es el de identificar los factores que influyen en las memorias de una persona en un momento determinado. Pertenecemos simultáneamente a numerosos grupos que comparten memorias, cada uno de los cuales compite para incidir en nuestras ideas sobre el pasado. ¿Es que estamos más influenciados por nuestras familias, nuestros pares, nuestros partidos políticos, o algún otro grupo? Y si fuera posible aislar a uno o más de estos grupos y demostrar el impacto que tienen sobre nosotros en un momento determinado, esa influencia se trasladaría probablemente a otro grupo o factor poco después. Susana Kaiser, una historiadora que se especializa en las memorias colectivas, se enfrentó a este mismo reto cuando estudió las memorias de la “Guerra Sucia” en Argentina entre aquellos jóvenes de segunda generación que no conocieron los acontecimientos. Se preguntó: “¿Qué influye más en un quinceañero, la insistencia de su familia en lo terrible que fueron esos tiempo, o los llamados de sus pares para que sea apolítico y que deje de pensar en lo que pasó?”⁸

Veamos el caso de Roque Dalton como ejemplo. Sugerimos que su historia personal jugó un papel que lo condujo hacia la izquierda política y, por lo tanto, hacia determinados grupos de memoria compartida sobre 1932. ¿Pero no es igualmente posible que el rechazo que sintió desde las elites salvadoreñas por ser uno de sus hijos ilegítimos lo haya llevado hacia la extrema derecha, donde habría asumido un conservadurismo extremo

con la esperanza de convencer a las elites de su valía para que fuera aceptado? Nuestro estudio de Dalton y sus escritos han acrecentado nuestra fascinación por su persona. Fue un pionero de su generación en tanto desarrolló una perspectiva amplia de la historia salvadoreña y se dedicó apasionadamente a perfilar el futuro de su nación mediante la palabra y la acción. Fue un intelectual comprometido con la búsqueda de la verdad histórica y el deseo de aplicar ese conocimiento a una agenda política. Dalton estableció un precedente de investigación seria que ha tenido una influencia enorme en la historia salvadoreña. Su colaboración con Miguel Mármol es la principal manifestación de su influencia, y una comparación de sus notas originales de 1966 y el manuscrito final de 1972 nos ha permitido observar como su cambiante apreciación sobre el tema de la insurrección incidió en la forma que tomó el testimonio de Mármol. La sombra de Dalton acompaña a Miguel Mármol en todas las páginas del famoso testimonio, susurrando sugerencias, indicando el camino a seguir, a la vez abriendo y cerrando las puertas a otras pesquisas.

Los lectores escépticos pueden argumentar que los cambios en la memoria histórica son decisiones conscientes, tomadas a propósito, por parte de personas que buscan colocar el pasado al servicio inmediato de sus intereses políticos. En breve, los escépticos puede que insistan que las personas mienten acerca del pasado para alcanzar sus deseos conscientes en el presente. Nos dimos cuenta de que este tipo de argumentación era frecuente entre los salvadoreños cuando ofrecimos una serie de conferencias y seminarios en el país a mediados de 2005. Los salvadoreños, en particular, tienen muchas razones para acercarse a la memoria histórica desde esta perspectiva de intencionalidad. Vivieron una guerra civil en que la propaganda se constituyó en elemento central del conflicto. Observaron como los bandos contrarios manipularon adrede la verdad a fin de inclinar la opinión pública a su favor. Están en lo correcto cuando reconocen que las personas a menudo manipulan las narrativas del pasado con el objeto de respaldar una situación que les conviene en el presente. Pero los análisis que presentamos en este libro demuestran que las personas se inclinan por no mentir. Mas bien, se preocupan por conocer la “verdad” y hace esfuerzos sinceros por comprender la evidencia que tienen a mano de la mejor manera posible. La mayor parte de las personas no quieren matar a otros –

ni sacrificar sus propias vidas – en aras de mentiras o verdades fabricadas. Quieren comportarse con rectitud y basar sus vidas en un conjunto de conocimientos precisos. De tal manera que la preocupación principal no tiene que ver con que algunas personas mientan, sino por qué la mayor parte de las personas, integradas a grupos con memorias compartidas, aceptan ciertas versiones como ciertas y rechazan otras como falsas.

De nuevo, un lector escéptico podría señalar el rol determinante que juegan las elites, los dirigentes políticos y los intelectuales que controlan la creación y la difusión de narrativas en forma de libros, artículos, conferencias, editoriales, películas cinematográficas, fotografías, arte, literatura, y otras por el estilo. Pero, reiteramos, los análisis en este libro han demostrado claramente que si bien las narrativas de 1932 han sido afectadas por las dinámicas cambiantes de los grupos que comparten memorias y los individuos que los lideran, las narrativas no son definitivamente el producto exclusivo de las intenciones conscientes de un autor, por serios o engañosos que sean. Más bien, las memorias y sus versiones narrativas tienen características resistentes y autónomas. Como discursos, pueden darle forma a la manera en que autores, políticos e intelectuales abordan el ejercicio interpretativo, y terminan suplantando sus intenciones conscientes. Esta resistencia se demostró claramente cuando se analizó la supervivencia de la contra-narrativa de la etnicidad. La etnicidad estuvo presente desde las primeras interpretaciones de 1932, pero fue desplazada eventualmente por la meta-narrativa de la causalidad comunista. Pero nunca desapareció del todo, y volvió a emerger de maneras sorprendentes y en lugares inesperados – como en el análisis anticomunista desde la derecha de Schlesinger en 1946 y el enfoque izquierdista pero anti-insurreccional de David Luna en 1963.⁹

Si examinamos a Schlesinger, podemos apreciar claramente como las narrativas tienen autonomía. Schlesinger, un anticomunista consumado, pero también un racista a ultranza, destacó el papel de los indígenas en el levantamiento de 1932 bajo el supuesto de que su naturaleza esencialmente racial explicaba su propensión hacia las ideologías destructivas como el comunismo. Unas décadas más tarde, su prole ideológica de la derecha, en medio de la guerra fría y en un intento desesperado de justificar una dura campaña contrainsurgente, prefirió ignorar el tema de la etnicidad y

centrarse, más bien, en el comunismo. En resumidas cuentas, no tuvieron necesidad de incluir a los indígenas – como lo hizo Schlesinger – en su narrativa de 1932, aun cuando es posible que hayan compartido su racismo. Es más, el estudio de Schlesinger sería utilizado por grupos de indígenas en El Salvador en tiempos más recientes como una herramienta de sus exigencias por lograr mayor reconocimiento político. Simplemente rechazaron el racismo de Schlesinger e incorporaron el resto de sus argumentos para reinsertarse en la historia de la nación y describir la Matanza como un intento de etnocidio.¹⁰

Lo que intentamos demostrar es que las narrativas históricas son como una corriente, en la cual los interlocutores se internan o se salen, ya sea como individuos y como grupos. Mientras están en la corriente, aportan a su caudal a través de escritos y argumentaciones, pero la corriente también los arrastra hacia lugares adonde nunca tuvieron la intención de ir. Es imposible que conozcan la miríada de influencias que formaron parte de sus marcos interpretativos. Además, es imposible que sepan cómo sus argumentos puedan ser interpretados de manera diferente en condiciones futuras impredecibles a manos de lectores con perspectivas distintas. Ni siquiera están en condiciones de anticipar que sus propias interpretaciones pueden cambiar, como vimos en el caso de las interpretaciones sobre 1932 de Roque Dalton entre comienzos de la década de 1960 y comienzos de la de 1970. Las viejas narrativas no desaparecen de repente. Permanecen vivas en obras escritas y memorias personales, en forma de “historia latente”, en palabras del historiador Jan Assman.¹¹

En El Salvador del presente, la guerra fría y la guerra civil se están convirtiendo rápidamente en memorias, aun en “memorias de memorias”, para un creciente número de salvadoreños. En la medida que los políticos y los medios de comunicación en El Salvador trasladan su atención de la amenaza del comunismo a la amenaza de las pandillas, de las alabanzas a la agroexportación a la promoción del comercio libre, mientras la moneda local es sustituida por el dólar estadounidense y las remesas enviadas por salvadoreños en Los Ángeles y Washington, D.C., sustituyen al cultivo de los suelos como la principal fuente de riqueza, la memoria de 1932 está siendo sometida de nuevo a presiones transformadores.

Durante la segunda mitad de 2005, los autores de este libro presentaron avances de sus investigaciones a diversos públicos salvadoreños. Lo que habría sido un tema peligroso apenas una década antes, generó un amplio interés entre un público diverso que incluyó a estudiantes de la Universidad de El Salvador, miembros de la Academia de la Historia de El Salvador, y una audiencia de los programas de corte histórico en el canal de la televisión estatal. Los espacios dedicados a preguntas y respuestas resultaron animados, pero no polémicos. Ni los miembros del partido comunista ni los terratenientes tradicionalistas se sintieron insultados o amenazados por el tema. Diversas personas de variados orígenes sociales, algunos nacidos en familias indígenas en las áreas donde ocurrió la Matanza y otros parientes del general Martínez y de Miguel Mármol, se esforzaron por contactar a los autores y expresar su interés por el estudio. Unos meses después, el partido ARENA se hizo presente en Izalco para arrancar su campaña con miras a las elecciones legislativas y municipales en marzo de 2006, y una organización de derechos indígenas anunció que conmemoraría el setenta y cinco aniversario de la Matanza en Izalco en enero de 2007.¹² [Erik: the English version says "seventy-fourth anniversary" which is not right; 2007 minus 1932 is seventy-five.] Tal como revelan estos ejemplos, la memoria de 1932 sigue teniendo una vigencia tan importante como nunca, y los debates sobre los contenidos de esas memorias siguen igualmente reñidas. Pero el reconocimiento de la memoria como fenómeno social no se debe confundir con abdicar a la aplicación de estándares de honestidad intelectual y fundamento empírico. Al deliberar sobre el pasado corresponde a la comunidad de historiadores y al público en general discutir la calidad de las pruebas y la coherencia de los argumentos. La reflexión colectiva con estándares de rigor intelectual proporciona a la sociedad los elementos de juicio para dimensionar la importancia y las repercusiones de acontecimientos tan importantes como el levantamiento y la represión de 1932. Una de las limitaciones de El Salvador, que por fin se está superando, ha sido la debilidad de la comunidad académica interesada en la historia y la ausencia del tipo de debate que permite al público dilucidar cuáles afirmaciones sobre el pasado se fundamentan en estudios serios con pruebas sólidas y argumentos válidos, y cuáles son el producto de distorsiones ópticas debidas a una perspectiva específica, manipulación política, o agendas personales.

Ambos Renan y Santayana reconocen la importancia de la memoria histórica en la conformación de la identidad de un grupo, aunque uno destaca la importancia del olvido y el otro del recuerdo. Ni el recuerdo o el olvido explican del todo la forma en que se ha entendido 1932. El haberse olvidado de los acontecimientos habría sido inmoral; el recuerdo, por su parte, no era garantía alguna de que no se repitieran. Por el contrario, el cómo fueron recordados fue un ingrediente importante en la polarización que el país vivió en la década de 1980. Podemos estar seguros que con el paso del tiempo, las memorias de 1932 y las masacres de la reciente guerra civil serán reordenadas en una variedad de narrativas. La manera en que la sociedad salvadoreña reflexione sobre estos acontecimientos contribuirá a evitar enfrentamientos similares en el futuro o a garantizar su repetición.

¹ Renan, "What is a Nation?", pp. 8-22.

² *Ibid.*, p. 11.

³ Algunas obras que sentaron precedentes para los historiadores sobre los temas de la memoria, la narración y la tradición incluyen a: Hobsbawm y Ranger, *Invention of Tradition*; B. Anderson, *Comunidades imaginadas*; y Said, *Orientalism*. Entre los autores de la última oleada de estudios sobre la memoria histórica está Yuhl, *Golden Haze of Memory*. Véase especialmente el pie de página número 35 en la introducción de Yuhl donde se incluye una extensa lista de escritos referentes a la historia de Estados Unidos. Véase también a Kaiser, *Postmemories of Terror*. El pie de página número 39 de la introducción del libro de Kaiser contiene otra lista de escritos similares de una región geográfica distinta a la de Yuhl. También pueden verse Assman, *Moses the Egyptian*; Johnson, *Death, Dismemberment and Memory*; Hodgkin, *Contested Pasts*; Herzog, *Sex After Fascism*; Amadiume y 'Abd Allah Ahmad, *Politics of Memory*; Coombs, *History After Apartheid*; Ashplant, Dawson y Roper, *Commemorating War*.

⁴ Kaiser, *Postmemories of Terror*; Hirsch, "Projected Memory", p. 8.

⁵ Passerini, "Introduction," p. 2.

⁶ Kaiser, *Postmemories of Terror*, p. 22.

⁷ Algunos estudios generales sobre el trauma y la memoria histórica son: H. Hirsch, *Genocide and the Politics of Memory*; Bartov, Grossmann y Nolan, *Crimes of War*; y Edkins, *Trauma and the Memory of Politics*. Una pequeña muestra de la abundante bibliografía sobre el Holocausto y la memoria histórica incluye: Ely, *The Goldhagen Effect*; Hilberg, *The Politics of Memory*; Kramer, *The Politics of Memory*; y Rosenfeld, *Thinking About the Holocaust*. Sobre la Guerra de Vietnam, véase: Hixson, *Historical Memory and Representations of the Vietnam War*; y Sturken, *Tangled Memories*. Sobre la "guerra sucia" en Argentina puede consultarse a Kaiser, *Postmemories of Terror*. Sobre la Rusia de Stalin, véase: K. Smith, *Mythmaking in the New Russia*. Sobre la esclavitud en Estados Unidos y su legado, véase Yuhl, *The Golden Haze*; Osagie, *The Amistad Revolt*; y Fabre y O'Meally, *History and Memory in African American Culture*.

⁸ Kaiser, *Postmemories of Terror*, p. 198.

⁹ Schlesinger, *Revolución comunista*; y Luna, “Un heroico y trágico suceso de nuestra historia.”

¹⁰ La Fundación Ama (FAMA), una organización indígena de reciente creación, se preocupa especialmente por los temas históricos y, en particular, por una narrativa sobre 1932 desde una perspectiva más étnica. Un ejemplo claro de este enfoque puede apreciarse en la película cinematográfica de Daniel Flores Ascencio, *Ama: memoria del tiempo* (Huevos Indios Productions, 2003), que utiliza testimonios orales para replantear la historia del levantamiento y la matanza de 1932 en Izalco. Otra organización es la Asociación Nahuizalqueña para el Rescate de la Cultura Indígena (ANARSIS). Un extenso artículo sobre ANARSIS y su enfoque de la memoria de 1932 puede verse en *Diario CoLatino*, Suplemento Cultural *Tres Mil*, 29 de enero de 2005. Una versión en Internet puede consultarse en: www.diarialatino.com/tresmil/3000-785.pdf.

¹¹ Jan Assman atribuye sus ideas sobre la memoria histórica a Freud. Assmann, *Moses the Egyptian*, p. 152.

¹² Circular de correo electrónico enviado por Daniel Flores Ascencio a nombre de la Fundación AMA, 7 de febrero de 2006, en la cual se da a conocer la conmemoración de 1932 el 22 de enero de 2006, la creación de una institución a favor de los derechos indígenas, el “Concilio de Pueblos Indígenas de Occidente” (CPI), y la organización de un “Foro Internacional Sobre el Genocidio, El Salvador, 1932” del 19 al 22 de enero de 2007.

APÉNDICE

DOCUMENTO 3-1

ROQUE DALTON, "TESTIMONIO DE LA GENERACIÓN COMPROMETIDA,"
LA PRENSA GRÁFICA, 28 DE ABRIL DE 1957

EXTRACTO

El siguiente documento refleja la decisión que tomó Dalton temprano en su vida de poner su arte al servicio de una causa mayor. El escritor, quien no había cumplido siquiera los veintidós años, estaba a punto de ingresar al Partido Comunista cuando redactó esta nota para la sección cultural de uno de los matutinos más importantes de El Salvador, La Prensa Gráfica. Lo escribió como respuesta a la crítica y como una forma de explicar la postura intelectual del grupo literario al cual pertenecía.

[...] cabe recordar aquí, unas palabras del poeta español Eugenio de Nora, que ilustran muy bien nuestra posición: Se discute mucho ahora sobre la poesía social. Es ridículo, TODA POESÍA ES SOCIAL. La produce, o mejor dicho, la escribe, un hombre (que cuando es un gran poeta se apoya y alimenta en todo un pueblo) y va destinada a otros hombres (si el poeta es grande, a todo su pueblo y aún a toda la humanidad). La poesía es algo tan inevitablemente social como el trabajo o la Ley [...] El hombre sin distinción en cuanto a hombre, es decir la Humanidad, ese es el destino de la poesía".

Como lo hemos repetido en muchas ocasiones en artículos, conferencias, cátedra etc., basta para probar lo social de toda poesía el siguiente argumento: El hombre es un animal social ("Resulta que el hombre, cualquiera que sea la habilidad con que cultive su yo, sigue siendo en todas las ocasiones unidad social y no unidad cósmica, semejante a las plantas". – Máximo Gorki). Siendo la poesía un hecho del hombre dirigido al hombre

(En este sentido es comunicación, aunque luego se discuta si no es más exacto definir la poesía como una configuración) tiene que ser por necesidad lógica, eminentemente social. Y no es el caso de que esto sea lo que crean determinados sectores, no es el de que, concretamente, los nuevos poetas creamos que esto sea así: es que ASÍ ES, aunque no lo quieran o no lo puedan comprender todos los que elevan la voz, nunca claramente definida, en supuesta defensa de la subjetividad y el torremarfilismo egoísta y nirvánico.

Démosle un giro un tanto diferente al problema y al argumento, no en el afán de repetir hasta el cansancio la misma cosa, sino en el de hacernos entender con la mayor claridad posible.

El Arte es creación del hombre. No hacen Arte los animales ni los demás seres existentes en la clasificación de la vida. Pero el hombre, desde que ha quedado exactamente situado como ente social, como ya lo dijimos arriba, ha nacido a la "existencia en función de sus congéneres" o sea, a aquella manera de ser en la cual subordina su método y acción vitales a la convivencia, entendiendo que de la mutua y conexas subordinación de vidas, surge la única posibilidad de supervivencia integral.

De ello despréndese la base fundamental para considerar el Arte (y por ende la Poesía) como creación con fines, como existencia en función de algo, como aparición accesoria en el conjunto de lo que es.

En esta escala, el valor supremo es la existencia del hombre, que sólo tiene posibilidades de vivir en pleno, socialmente. A este fin el hombre subordina el mundo exterior, (cuando aprovecha la energía proveniente de una caída de agua, por ejemplo), su yo como individuo (acata un orden jurídico) y su creación (hace poesía).

Toda creación humana pues, tiene que existir en función del hombre y siendo el hombre para Aristóteles, para Marx, para Jesucristo y para nosotros todos, un ser social, el Arte (y la poesía) como creación eminentemente humana, tiene que existir en función social.

De ahí que, aún los que aseguran estar haciendo "arte puro" absolutamente limpio de todo aliento social, están haciendo en realidad, creación en función colectiva aunque en sentido negativo. Una poesía auténtica, decíamos, comunica al poeta con el hombre, con la Humanidad: canta sus luchas, sus alegrías, sus dolores; denuncia sus males, sus claros tropie-

zos. La poesía “pura”, torremarfilina, subjetiva y sin mácula, calla todo eso y por ello hace función social: social-mentira, social-traición, o, en el mejor de los casos, social-silencio simple y restrictivo.

La poesía como ente social es una comunicación. Sus extremos (producción-captación) son dos entes sociales: el poeta y el hombre que lee, el pueblo. La poesía debe de existir en la medida que pueda cumplir su función de comunicación, y esto le será posible únicamente mientras responda a las necesidades de esos extremos, poeta y pueblo, que están determinadas por el estado existencial de los mismos. ¿Cuál es el estado del hombre, en abstracto, concepto al que, al fin y al cabo, pueden quedar reducidos los dos extremos de la relación planteada? No hace falta cavilar mucho para saberlo: el hombre en el presente se halla totalmente cercado por el dolor. El noventa y nueve por ciento de la Humanidad ve que su dolor sirve como base a la alegría innoble del pequeño resto.

Pues bien, a nuestra manera de pensar, y esto no es una frase literaria más, sino la expresión de una actitud concreta, TODO lo que existe debe ponerse al servicio de la gran causa de desterrar definitivamente ese dolor del costado del hombre.

Y en ese afán, en primera fila militante, debe estar la Poesía.

DOCUMENTO 5-1

INFORME DE JORGE FERNÁNDEZ ANAYA SOBRE EL SALVADOR, SEPTIEMBRE DE 1930

Jorge Fernández Anaya, el agente mexicano del Comintern enviado a El Salvador en 1929 para apoyar a los grupos incipientes de radicales en su trabajo de organización, se convirtió en el líder de facto de la izquierda radical en El Salvador durante el año que permaneció en el país. Abandonó El Salvador para dirigirse a Guatemala en agosto o septiembre de 1930 debido a la persecución policial. Inmediatamente después de llegar a Guatemala, escribió una serie de informes extensos sobre las condiciones en El Salvador. Entre los destinatarios de sus escritos se encontraban los camaradas en El Salvador, los funcionarios del Comintern en el Buró del Caribe en la ciudad de Nueva York, y el Departamento de Colonias del Partido Comunista de Estados Unidos. En sus informes, Anaya dio a entender que el Partido Comunista de El Salvador se

enfrentaba a un momento crítico en su desarrollo, en buena medida debido al surgimiento de facciones enfrentadas por motivos ideológicos. Al escribir estos informes, Anaya no solamente esperaba aclarar las condiciones a sus superiores sino que también apoyar a aquellos camaradas en El Salvador que, según creía, ostentaban la perspectiva ideológica apropiada. El siguiente texto ha sido extraído de su carta al Partido Comunista de Estados Unidos, en el cual Anaya plantea que el PCS se enfrenta a retos ideológicos provenientes de los reformistas no radicales en la derecha y de militantes “oportunistas” en la izquierda. Entre éstos incluye a Farabundo Martí. Detalla sus intentos de explicarle a Martí y a otros militantes los errores en que estaban cayendo. En sus razonamientos, Anaya destaca la línea oficial del partido en torno a la insurrección en el sentido de que El Salvador todavía no estaba listo. [Nota del editor: El original se mecanografió en una máquina de escribir que no tenía tilde. Hemos dejado algunos de los errores de redacción y las tildes faltantes; en otros casos, como Martí, los hemos corregido.]²

Guatemala a 8 de septiembre de 1930
Compañero Alberto Moreau
Srio. General del Dto. Colonial
del P.C.E.E.U.U.

Querido Camarada:

Esta carta, escrita después de la que va adjunta, lleva por fin explicar a ese Secretariado dos cuestiones de gran trascendencia y a ellas paso inmediatamente. Como ustedes recordarán, desde El Salvador planteo con muchísimo tiempo de anticipación la necesidad de que al salir yo fuese a ese otro compañero preparado, activo y dispuesto a caminar de día y noche. Tres días después de mi salida de ese país y estando en este hemos recibido una carta donde se habla de un “compromiso” con el gobierno nacional fascista de Pío Romero Bosque. Dos días después he recibido una carta particular de otro compañero donde este me ponía al corriente de otra tendencia que surgía violentamente en los compañeros que dirigen nacionalmente el trabajo. Esta es la de ir a la insurrección.

La primera tendencia, es una tendencia miserable, traidora y por aparte te mando una carta que escribí al P.C. [Partido Comunista] y a la J.C.

[Juventud Comunista] del Salvador. Yo quisiera poder aplicar todo, todos los epítetos para esta clase de gente oportunista, traidora y aliada a la burguesía, conciente e inconcientemente. Les escribí concretamente sobre este punto lo siguiente: “Todos los compromisos que pretenden hacer o hacen hoy día, los que llamándose revolucionarios, buscan la misericordia, la compasión, pretendiendo detener el crecimiento del fascismo, son sirenas de la burguesía que pretenden adormecer las masas trabajadoras, con sus pactos y compromisos que solo benefician a la burguesía semi feudal fascista en el caso concreto del Salvador. Nosotros, no estamos dispuestos a llegar a compromisos con el capitalismo, nuestra línea es la lucha a muerte, la lucha irreconciliable de clases. Cualquiera que sea el compromiso, es algo odioso, miserable, que todos nosotros trabajadores concientes debemos repudiar. No compromisos, lucha de masas es lo que hoy día debe realizar el movimiento revolucionario.”

En una carta personal al camarada Martí de las cual les mando copia le digo lo siguiente: ... La lucha contra el oportunismo, contra el revisionismo, toma inevitablemente nuevos caracteres en el Salvador. Por ello la lucha contra todas las desviaciones de derecha e izquierda es la cuestión central, es la base fundamental para dar una verdadera efectividad revolucionaria a nuestro movimiento. [Nota del editor: Los textos siguientes que aparecen entre comillas son palabras de otras fuentes que Anaya inserta en esta carta.]

“Los acobardados, los inconcientes es seguro que hablen de nuevas tácticas, cosa absolutamente imposible. En carta al SRI he fijado a grandes rasgos las características que debe tener el movimiento revolucionario en ese país.

El hecho de haberse establecido un compromiso es algo sencillamente inicuo y humillante para la clase trabajadora, para el movimiento revolucionario internacional. Bien es cierto que ustedes me acusaran de no conocer ese compromiso (Martí estaba en esos días aquí conmigo), pero cualquiera que sea, no es sino algo vergonzoso que jamás por ningún precio, por ningún motivo deberíamos haber aceptado”.

“Ello solo se debe al miedo, a la inconciencia y a la incomprensión de lo que son y significan los movimientos de masas, y la absoluta incomprensión de que contra el fascismo solo hay una lucha, la organización

sobre la base de la producción y las demostraciones de masas. Parece imposible, increíble que después de haberlo dicho diez mil veces estemos en el mismo lugar, o posiblemente en peores condiciones.

“Hemos hablado de los órganos temporales de masas, hemos dicho su funcionamiento, y en la lucha contra el nacional fascismo todo lo hemos olvidado en la huida que nuestros valientes compañeros han ido a dar, a un ‘compromiso’. Absurdo más grande haze cometido. Los órganos temporales deberían de haberse iniciado en ese momento, enrolando en la defensa de la FRT [Federación Regional de Trabajadores Salvadoreños], del SRI [Socorro Rojo Internacional], del PC y de la JC a todas las masas trabajadoras, sumando a ella, las reivindicaciones fundamentales por las cuales luchamos. En cambio de haber abandonada las acciones de grandes masas, hemos visto una cosa: “UN COMPROMISO”. Clara y concretamente una traición.

Como tu veras tanto en la carta que le dirijo al c. Martí que en esos días se encontraba conmigo, como la que le dirijo al P.C. y a la J.C., dejo muy claramente planteado el carácter del compromiso.

Por una parte, la ultima noche, hablando con el secretario general de la J.C. y con el secretario general del P.C., les indicaba la necesidad de poner en acción a las masas en la defensa de nuestras organizaciones. Les indicaba la importancia, “aunque sobre esto hablamos mucho tiempo” de crear los comités de lucha en defensa de las organizaciones de trabajadores revolucionarios, Les indicaba la necesidad de desenmascarar el actual gobierno como agente del imperialismo yanqui, como lo prueban que en menos de un año se han introducido la Pan American Airways, la Tropical Radio, se han dado permisos para investigaciones “científicas” y de buscadores de tesoros en la bahía de Fonseca, la concesión de campos y parte de la laguna de Ilopango para aeropuerto de la Pan American Airways. Todo esto, como la compra de la mayoría de acciones al Banco Agrícola Comercial por el National City Bank, como los sucesos que se están registrando, que todo el mundo pide la renuncia del auditor general de la republica, porque este pide la colaboración, la ayuda de la casa inglesa Laiton, Bennett, Chiene & Tait, la próxima apertura de la sucursal, la represión salvaje, el encarcelamiento en masa de nuestros camaradas, les indicaba que eso no podía quedar así, que era necesario desenmascararlos. Con

ellos sumar nuestras reivindicaciones y estudiarlas a fin de poder movilizar totalmente nuestros compañeros.

Es decir los camaradas conocían perfectamente la línea que se debía seguir. La otra tendencia es la consecuencia ideológica de que ya he expresado, esa es la de querer hacer ya la insurrección.

Compañeros que son incapaces de aguantar la persecución de luchar contra el nacional fascismo diariamente, de continuar organizando a las masas, ante la idea, de que un compromiso es una al extremo. Yo debo de ser muy claro. Martí tiene esta tendencia. El no me lo dijo personalmente porque lo habría explicado y regañado muy fuertemente. Vázquez me lo contó. De ahí que a él le escribo una carta personal de la cual ya he hecho mención en algunos párrafos. No le digo abiertamente tu tienes la tendencia porque no es el momento oportuno, si en cambio señalo muy claramente el carácter de esta tendencia en una y en otra carta.

“La idea, llamémosle más claramente la tendencia izquierdista de la insurrección, se debe a la inconciencia reinante en algunos camaradas. Tal tendencia es negativa, no quiero decir que no tengamos muy pronto que llegar; pero, en el momento actual, ella cubre la cobardía, la inconciencia, el pánico que ha causado el inicio del nacional fascismo como aliado del imperialismo yanqui: Pio Romero Bosque; algo más aún, estos camaradas pretenden cubrir su oportunismo con frases de izquierda, ya que tales son.

No considerar la responsabilidad enorme que se tiene ante nuestra clase en estos momentos, es casi como traicionarla. La lucha cotidiana, la lucha diaria, es una de las condiciones preliminares a través de las cuales reeducaremos, perfeccionaremos nuestras filas dirigentes y militantes.

En la carta a Martí le decía:

“En cambio vemos una impaciencia por llegar a las luchas finales, considerar los compañeros algo pequeño en actos tan importantes, tan fundamentales en la vida de nuestra clase. Por ello recuerdo algunas enseñanzas de nuestros maestros Marx y Lenin. Para ellos, lo mismo que para nosotros, la insurrección lo mismo que la guerra es un arte.” Lenin el 8 de octubre de 1917 escribía en su histórico artículo “Consejos de un Ausente” lo siguiente: “La insurrección es una forma particular de lucha política que se halla sometida a reglas especiales que es necesario meditar profundamente.”¹²

“Las reglas que Marx ha dado al efecto son capitales en todas estas acciones. Y no hay excepción para ningún país, ellas son las siguientes: 1— No jugar nunca con la insurrección, y cuando se ha empezado se debe estar bien penetrado de la idea de que ha de ser hasta el fin.

2a. — Concentrar en el sitio y en el momento decisivo fuerzas muy superiores, a las del enemigo; de lo contrario, este último, mejor preparado y mejor organizado, aniquilará a los insurgentes. 3a. — Una vez la insurrección empezada, hay que obrar con el máximo de vigor y emprender, cueste lo que cueste, la OFENSIVA “La defensiva es la muerte de la insurrección” (Yo subrayo). 4a. — Esforzarse en coger al enemigo desprevenido, en aprovecharse del momento en que las fuerzas del mismo se hallen dispersas. 5a. — Obtener CADA DIA éxitos, aunque sean poco considerables (se puede decir incluso cada hora si se trata de una sola población), y conservar a toda costa la SUPERIORIDAD MORAL.

“Marx resumió sus palabras, en las palabras del maestro más grande de 1a táctica revolucionaria, Danton: “Audacia, Audacia, y Audacia”.

“Lenin expresó siempre la siguiente cuestión fundamental: La tarea del Partido Bolchevique consiste en atraer a millones de hombres a la política de nuestro Partido. Únicamente cuando millones de masas trabajadoras entran en movimiento, se puede hablar de política verdadera.” Por ello él consideró negativa la insurrección en abril—junio de 1917. En octubre él mismo dijo, esperar equivale a la muerte. Esto es necesario que lo tengan presente los camaradas impacientes”.

Más adelante le indicaba en mi carta personal a Martí lo siguiente que en mi concepto es una gran trascendencia para todo el movimiento:

“Además el éxito del Partido en el movimiento revolucionario depende de la medida en que nuestro PC y JC se muestre apto y capaz para arrastrar a la mayoría de nuestra clase y dirigirla como su guía, su jefe, cumpliendo sus funciones de vanguardia. Solo cuando el PC y la JC hayan terminado el viraje en redondo, iniciado desde febrero de este año, cuando haya ganado la masa nuestros principios, y estos sean su fin, su objetivo, entonces podremos decirnos verdaderamente la vanguardia capaz de cualquier acción revolucionaria.”

Posteriormente, en la misma carta les indicaba cuales eran mis conclusiones mis observaciones sobre este trascendental problema. Antes de

explicarlo debe de explicar dos razones fundamentales que observo se desarrollarán inevitablemente.

El salvadoreño (perdonen el nacionalismo), es un tipo atrabancado, impaciente, muy dado a hacer todo inmediatamente; pero muy poco dado a estudiar todo y mirar y pensar antes de obrar. Si uno les dice a los compañeros la menor cosa, inmediatamente están listos a cumplir, no importa que sea de día o de noche, ellos cumplen, se esfuerzan por hacerlo lo mejor posible. Diría son tipos dinámicos, que lo que necesitan es mayor consistencia revolucionaria (teórica y práctica). He observado que derrotas seguidas los desaniman, los decepcionan violentamente. Este es un lado a mi modo de ver las cosas muy peligroso, por lo cual he escrito dicha carta. Ello se debe a que no hay tradición revolucionaria y si la hay esta es solo de unos cuantos meses.

La revolución en El Salvador será inevitablemente sangrienta. Todo el odio concentrado, que se ira acumulando más y más, tendrá inevitablemente que dar además de todas las cosas un carácter sangriento. No se vaya a creer que estoy contra tal cosa. Considero que este carácter, es la base fundamental en la insurrección, algo más aún, considero que solo un odio a muerte contra el capitalismo, será capaz de liquidar algunos aspectos volubles de las masas trabajadoras.

Hoy día, nosotros no podemos considerar que existen las verdaderas condiciones revolucionarias, lo que existe es una fuerte agudización de la crisis que terminará en una verdadera situación revolucionaria.

DOCUMENTO 5-2

INFORME DEL CAMARADA H ANTE EL BURÓ DE INVESTIGACIÓN DEL CARIBE, FINES DE 1932

Esta primera selección es un informe escrito por el Camarada H, el sobreviviente del Comité Central del PCS que viajó a Nueva York hacia fines de 1932 para dar testimonio ante un comité investigador del Buró del Caribe sobre las acciones del partido durante el levantamiento de enero. El escrito comienza con un extracto del informe original que escribió H y concluye con la transcripción de un intercambio verbal entre el Camarada H y los miembros del

Comité. En el informe de H se incluye una descripción de la región occidental durante la Matanza que fue proporcionada por un camarada que se trasladó hacia allá para recabar información para el partido. El Camarada H reconoce en el PCS y sus camaradas el compromiso por la causa del comunismo en términos generales, pero los detalles específicos que proporciona sobre las actividades del partido en los días anteriores al levantamiento sugieren que ejercía poca influencia sobre los acontecimientos.¹²

Hacia fines de 1930, los trabajadores, quienes no encontraban orientación alguna en torno a sus demandas revolucionarias, se aliaron con aquellos grupos burgueses que les resolvían sus demandas de manera personal, como en el caso de la demanda para que se suspendieran las leyes tributarias. Al mismo tiempo, a las masas se les informó a través de la propaganda de los dirigentes afiliados a Araujo, de que concluida la campaña electoral la tierra sería distribuida entre ellos (los trabajadores).

Después del 21 de diciembre, después de la masacre de Santa Ana, el Camarada Martí fue deportado definitivamente de El Salvador. La ilegalidad en la que habían caído los dirigentes del movimiento revolucionario de El Salvador era un hecho consumado. La ausencia de liderazgo durante este período, la ausencia de líneas claras que orientaran a los trabajadores durante este período, tuvieron como consecuencia un retroceso del movimiento, que se extendió desde el 21 de diciembre [de 1930] hasta marzo de 1931. Durante este período los dirigentes estaban encarcelados. Esta fue la causa de que el movimiento se debilitara. Durante este período las condiciones de la crisis se agravaron. Las contradicciones dentro del campo capitalista se hicieron más evidentes y la lucha de clases adquirió un carácter más combativo.

La elección presidencial se llevó a cabo en 1931. Araujo recibió 100,000 votos; Zárata, 60,000; Córdova ____; Martínez, 2,000. El resultado de la elección deja en claro que la mayoría de los trabajadores, que hacia fines de 1930 eran controlados por las organizaciones revolucionarias, apoyaron a Araujo y contribuyeron a su elección.

El 27 de febrero de 1931, Martí volvió al país y desde entonces dedicó todo su tiempo al trabajo de reorganización de las fuerzas revolucionarias, es decir, a la reorganización de la FRT[S], el PC, el control de las

fuerzas independientes del ILD. Estas tres organizaciones, junto con la Liga de Juventud Comunista, conformaban las únicas organizaciones revolucionarias en el país. El 1 de marzo Araujo asumió la presidencia. Este día fue celebrado por los trabajadores en todo el país. Los trabajadores pensaron que sería el comienzo de la materialización de las promesas que se les hicieron, especialmente aquella promesa de la distribución de las tierras. El 15 de marzo se realizó en San Salvador la primera conferencia del FRT con la presencia de setenta y cuatro delegados, quienes no eran los representantes de las diversas organizaciones de los trabajadores en los departamentos del país sino que los representantes de los grupos que se mantuvieron leales a la táctica que adoptó el Partido de no intervenir en las elecciones. A pesar del escaso tiempo que transcurrió desde la elección de presidente, los trabajadores entendieron bastante bien que la promesa de distribución de tierras y otra propaganda difundida por los propagandistas de Araujo no era sino un medio para engañar a las masas para que votaran por Araujo. Esta fue una oportunidad para la reorganización de los sindicatos obreros, especialmente los sindicatos agrícolas, que reúnen a la mayoría de las clases obreras en el Occidente. Además, constituye una oportunidad de desenmascarar el monopolio de la tierra que dejó sin tierra a muchos trabajadores.

Antes de la conferencia de la FRT, el movimiento intentó concentrarse en las ciudades sin tomar en cuenta la industria básica del país, que era la producción agrícola. Sería necesario hacer labor proselitista en las haciendas, donde los trabajadores constituían la mayoría. El movimiento decidió entonces que se reorganizaría en torno a los trabajadores agrícolas.

Desde el 15 hasta el 20 de marzo se pudo proceder con la reorganización de la dirigencia del PC en El Salvador. También se realizaron intentos de orientar al Partido de acuerdo a las instrucciones que dio la dirigencia; para la transformación de los comités de los sindicatos obreros en entidades del PC y para el trabajo eficaz del comité del Partido. También se observó que la ausencia de una forma clara de organización fue responsable por la escasez de militantes, de un espíritu revolucionario en las provincias.

Durante este período crítico en el país resultó fácil que los obreros volvieran sobre el camino recorrido y se reincorporaran a los sindicatos obreros y al PC. Este movimiento fue posible debido al descontento de las

masas y el 20 de marzo el FRT organizó un Consejo Nacional del Desempleo que se dio a la tarea de convocar a manifestaciones en contra del desempleo y el cierre de puestos de trabajo. Estas manifestaciones se realizaron en San Salvador y otras ciudades. La manifestación en San Salvador fue la más importante. Esto demostró a las organizaciones principales que las masas volvían a ponerse a las órdenes de las organizaciones revolucionarias...

La línea de las organizaciones revolucionarias durante el período entre marzo y octubre-noviembre de 1931 fue la de trabajar entre las masas con miras a que cuando llegara el tiempo de la cosecha y exportación del café, que por lo general dura entre octubre y marzo, habría una oportunidad para llevar a cabo una lucha de masas eficaz durante el siguiente período. La realización de las elecciones municipales coincidió con las cosechas y las masas comenzaron a incorporarse a las organizaciones revolucionarias para luchar por sus demandas económicas. Esta disposición de las masas puede apreciarse claramente y se manifestó indudablemente en el gran entusiasmo con la cual recibieron las masas la decisión del PC de participar en las elecciones municipales...

Hacia finales del año [1931], es decir entre el 1 al 10, hicimos un balance de los resultados de la campaña de reclutamiento para el Partido y las organizaciones revolucionarias. En San Salvador, el Partido tenía 40 miembros en marzo, 68 en septiembre, y 280 hacia fines del año que se organizaron en siete núcleos por calle. Además, habíamos organizado grupos en el sindicato de motoristas, en el sindicato de la construcción y el sindicato de panaderos.

En Santa Ana teníamos 53 miembros organizados en cuatro núcleos por calle. En Sonsonate, al comienzo de la campaña teníamos 12 miembros, hacia la mitad de la campaña teníamos 15 y al final 18. En Ahuachapán teníamos 7 al comienzo y 70 al final. En Santa Tecla teníamos 30 miembros. Estos se encontraban en la cabeceras, no en el interior...

P[regunta]: ¿El Partido tenía miembros en las haciendas, las plantaciones?

R[respuesta]: No estoy seguro del número pero el Partido sí tenía núcleos en las plantaciones...

P: En la reunión del CC cuando se discutió el tema de las elecciones (si el Comité Central del Partido quería aplazar la insurrección) ustedes invitaron a un miembro del Partido que había llegado desde la Argentina. ¿Se le pidió consejo a este camarada?

R: No se le consultó porque no era un miembro del CC. Pero le hablé en la mañana y se mostró totalmente de acuerdo con mi propuesta. A partir de esta decisión, le pregunté a los camaradas que debía hacerse, y decidieron volver a reunirse al día siguiente, y que algunos camaradas recibirían instrucciones de trasladarse a las organizaciones vecinas en el pueblo de Soyapango y que nosotros esperaríamos el resultado de los acontecimientos en ese pueblo. No dijeron nada sobre lo que había de hacerse en El Salvador propiamente que, como ya expliqué, estaba bajo sitio y era imposible hacer cosa alguna.

El 21 no fue posible reunirnos porque la casa donde nos habríamos de encontrar ya había sido cateada. Los camaradas que eran propietarios de la casa se habían postulado para el cargo de alcalde de San Salvador. Él y su familia fueron encarcelados. Esa mañana se me informó que los camaradas Maraki Mármol, Morales habían sido detenidos. El resto había desaparecido. Permanecí en San Salvador hasta el 5 de febrero. El día 2, la Camarada M consiguió un salvoconducto del Ministerio del Interior y se trasladó a Ahuachapán. Volvió el 3 de febrero y me presentó el siguiente informe:

En la medianoche del 22 de enero, todos los pueblos del Occidente fueron tomados por nuestros camaradas, es decir, La Libertad, Ahuachapán, Santa Tecla, Sonsonate y Santa Ana. En Santa Ana, todos los pueblos fueron tomados por nuestras fuerzas con la excepción de Metapán. En Sonsonate, el arsenal principal fue ocupado durante tres horas por nuestras fuerzas. Los pueblos del departamento de Sonsonate por 7 horas. En la medianoche del 22 de enero, se decretó la ley marcial en todo el país. Trenes especiales con tropas se despacharon a Sonsonate. Estas tropas retomaron los pueblos y expulsaron a nuestros camaradas del arsenal. Debe mencionarse que en Sonsonate nuestros camaradas atacaron la ciudad con 5,000 hombres, en Ahuachapán fueron aproximadamente 5,000 camaradas los que atacaron la cabecera. El ataque a la capital por nuestras fuerzas no fue apoyado directamente por todas las organizaciones debido a que

todas tenían tareas específicas, una de ellas, por ejemplo, convocar a los Soviet, y otras tenían otras tareas.

El gobierno procedió a ocupar los pueblos en los alrededores de Santa Ana y Ahuachapán. Fuertes destacamentos se desplazaron hacia la región oriental. La Guardia Nacional también fue movilizada. Este avance se realizó una vez que el gobierno se aseguró el control de la capital, donde imperaba la ley marcial y se ordenó la captura de todos aquellos que transitaban por las calles después de las 5 p.m. Se llevaron a cabo capturas en masa. Al atardecer las cárceles se vaciaban, los presos se trasladan a las afueras, y se llevaban a cabo fusilamientos en masa. Los cuerpos quedaban tendidos en las calles.

Las tropas del gobierno ocuparon Ahuachapán y Sonsonate, y ocuparon pueblos que habían sido abandonados uno tras otro por nuestros camaradas después de oponer la más heroica de las resistencias. El 26 de enero, un informe especial elaborado por las fuerzas expedicionarias decía que en Sonsonate habían sido matados 800,000 [Nota del editor: probablemente 800 u 8,000] camaradas. Los pueblos enteros que habían sido abandonados por nuestros camaradas fueron reducidos a cenizas por las tropas del gobierno. Los camaradas se replegaron hacia Guatemala. El 29 de enero, las tropas del gobierno ocuparon nuestro último bastión, Tacuba. [Nota del editor: Esto ocurrió en realidad el 25 de enero.] Nuestras últimas fuerzas revolucionarias se encontraban en Tacuba, sin posibilidad de trasladarse a Guatemala porque los campos estaban ocupados por tropas al mando del General Odiga de Guatemala. Debemos admitir que muy pocos lograron pasar, solamente aquellos camaradas que conocían los caminos y que tuvieron suerte para pasar al otro lado. Pero no tenemos números datos concretos en cuanto al número. Como 200 fueron muertos. Nuestros camaradas fueron ahorcados de diez en diez, y sus cuerpos permanecieron colgados por algunos días. Los elementos sospechosos fueron detenidos. El gobierno decretó medidas de emergencia. La burguesía, que se armó desde un comienzo, se dedicó a llevar a cabo estos fusilamientos. No se escapó ningún pueblo. Ninguna finca, ninguna hacienda. Todos los elementos sospechosos fueron ejecutados, sin que se perdonara a mujeres y niños. El número de asesinados se estimó entre 19,000 y 21,000...

Cuando la camarada volvió a San Salvador me dijo que creía que yo había muerto en la región del Occidente; pero que las autoridades conocían mi paradero y que me andaban buscando en la capital. Por lo tanto, intenté conseguir un pasaporte en la Legación de Guatemala. Me dieron el pasaporte pero se estipuló que debía presentarme ante las autoridades de policía para solicitar una visa. Esto no lo quería hacer. Por medio de un amigo mío, pude conseguir un pase en la Guardia Nacional, extendido a su persona. Esto me permitió llegar hasta Zaculinta [¿Zocotcaluca?] y de allí tomar el tren hasta L'Ing [¿el ingenio?] ... Allí encontré a Costillo [¿Castillo?], a quien hacía en San Salvador. Le hice saber que debía irse y trasladarse hacia el oriente cerca de la frontera con Honduras...

P: ¿Sabe usted si esto ocurrió en realidad, o solamente supone usted que acataron las instrucciones?

R: Ese fue el informe que me presentó esta camarada que estuvo en Ahuachapán. Se puso en contacto con las personas en todos lugares donde estuvo y se le dijo que todo aconteció en realidad...

Estimo que la insurrección en El Salvador fue en realidad la culminación de una serie de acontecimientos de la lucha de clases, acontecimientos que pudieron apreciarse plenamente a raíz de la tremenda crisis desde marzo de 1931. Estos acontecimientos solamente pudieron llegar a su fin con los acontecimientos de enero. Si la insurrección hubiera sido pospuesta por el CC, por una razón u otra, el impulso de lucha de las masas era tal, desde el mismo comienzo, que, en todo caso, esto no podía terminar sino como ocurrió en efecto...

DOCUMENTO 5-3

RESPUESTA DEL CAMARADA R AL CAMARADA H, COMITÉ INVESTIGADOR DEL BURÓ DEL CARIBE, FINES DE 1932

Al informe inicial del Camarada H le sigue aquí la respuesta del Camarada R, el vocero principal del comité investigador nombrado por el Buró del Caribe. Critica duramente al PCS, acusándolo de haber cometido un error de juicio mayúsculo cuando decidió sumarse a la insurrección. También argumenta que la disposición del partido de contemplar la insurrección como una opción viable demuestra que demasiados miembros del partido de suscribieron a

una línea ideológica impropia "sectaria" o "golpista". Pero lo que resulta quizás todavía más revelador es que R acusa al partido de ineficacia y de haber tenido vínculos de organización muy limitados con las masas rebeldes. Por ende, el partido no fue capaz ni de impedir que las masas se embarcaran en una insurrección condenada al fracaso ni que pudieran dirigirla adecuadamente en caso de llegar a darse la insurrección.¹²

En cuanto al informe propiamente, en este momento quiero solamente presentar algunas observaciones preliminares... La primera y más importante, en mi opinión, es que la insurrección de enero en El Salvador fue un verdadero movimiento revolucionario de campesinos y trabajadores agrícolas. Que el levantamiento tiene significación histórica para el movimiento revolucionario a través de Latinoamérica y que constituye el inicio de una oleada creciente de luchas revolucionarias de las masas en toda Latinoamérica, que serán dirigidas por los Partidos Comunistas en esos países. Las luchas de enero en El Salvador, en mi opinión, no representan el final de un período anterior...

La situación actual en El Salvador surge en primera instancia de esta realidad. Una oleada revolucionaria poderosa de las masas y un Partido Comunista pequeño y débil, dominado fuertemente, de manera especial entre su dirigencia superior, por una ideología sectaria y golpista. Y me propongo demostrar mediante un examen más concreto de los acontecimientos en El Salvador que esta es la clave para comprender lo que pasó en El Salvador.

Creo que existe una opinión bastante difundida de que durante los meses transcurridos entre aproximadamente marzo de 1931 y el inicio de 1932, la oleada revolucionaria de las masas en El Salvador creció sin interrupción. Esto resultó muy evidente durante las últimas elecciones y el apoyo masivo que recibieron los comunistas en las elecciones municipales. También se aprecia en las numerosas y amplias luchas agrícolas y campesinas, especialmente en el Occidente, aunque también hubo varias luchas de las masas agrícolas en el Oriente con las cuales, desafortunadamente, nuestros camaradas no tuvieron contacto alguno. Finalmente, se ha evidenciado en el mismo levantamiento de enero, que habría incorporado a masas considerables en el Oriente de El Salvador si el Partido Comunista hubiera realizado

actividades revolucionarias en esa parte del país. Por ende, no puede haber duda de que desde inicios de 1931 en adelante, nos encontramos frente a una rápidamente creciente oleada revolucionaria de las masas debido, principalmente, a la crisis catastrófica, el terror blanco, la desilusión entre amplios sectores de trabajadores y campesinos ante el gobierno de Araujo; a las actividades del Partido Comunista y otras organizaciones revolucionarias. Las contradicciones agudas entre los grupos de burguesía terrateniente y dentro de los grupos burgueses terratenientes afines al Imperialismo también contribuyeron en términos generales a socavar la estabilidad del gobierno de Araujo. Lo cual obligó a las masas a seguir adelante mediante la lucha revolucionaria contra las condiciones existentes.

Esta es una cara del asunto. Examinemos entonces la fuerza y la organización del Partido Comunista, de los sindicatos revolucionarios, e la Liga de Jóvenes Comunistas, las ligas campesinas etc. En su momento más alto en 1931, la membresía del partido en El Salvador no llegaba sino a unas doscientas personas, según el mismo informante. El informante no nos habló de la membresía de los sindicatos revolucionarios. Lo único que nos dijo es que había un número considerable de sindicatos, incluyendo sindicatos entre los trabajadores agrícolas, pero frente a toda la información a nuestra disposición es posible afirmar con seguridad que estos sindicatos eran sindicatos débiles. No estaban realmente arraigados, con numerosos afiliados, en las grandes plantaciones del Occidente, en las fábricas, los ferrocarriles, etc. De las Ligas Campesinas, el informante no dijo una sola palabras sobre ligas campesinas. Evidentemente, no había ninguna, y debo dejar asentado aquí el hecho de que el informante nos habló como que no existiera campesino alguno en El Salvador, cuando de hecho los hay en grandes números; sin duda alguna, el grueso de la población agrícola en El Salvador está constituido por campesinos sin tierra. Y aun los mismos obreros agrícolas, en grandes cantidades, son semi-campesinos. Pero no había ligas campesinas. La Liga de Jóvenes Comunistas era indudablemente más débil que el Partido desde la perspectiva de membresía y organización. Y cuando uno pregunta cómo estaba organizado el mismo Partido, cómo funcionaban sus unidades, uno tiene que llegar a la conclusión, sobre la base del mismo informe, de que al momento de la insurrección el Partido estaba tomando sus primeros pasos – subrayo – sus prime-

ros pasos para organizarse sobre la base de núcleos [¿células?], sobre la base de una membresía estable dedicada a sus actividades entre las masas. Y éstos, en contraste con la creciente oleada revolucionaria de las masas, nos proporcionan la clave para comprender la debilidad principal de nuestro movimiento y demuestran lo que el undécimo pleno del Ecci ya había destacado – el peligro de que el Partido Comunista se quede a la zaga. Y eso nos lleva a otra cuestión. La cuestión del método correcto del trabajo revolucionario entre las masas, al cual el undécimo Pleno ha llamado especialmente la atención de todos los Partidos Comunistas y al cual me referiré más adelante.

Creo que debemos centrar nuestra atención en una evaluación de los métodos de trabajo entre las masas. ¿Cuál fue el enfoque de los Comunistas salvadoreños hacia las masas? ¿Cómo se imaginaron el trabajo para ganarse a las masas, ganarse la mayoría de la clase trabajadora, del campesinado, en aras de la revolución? ¿Y cómo procedieron para cumplir con esta tarea de ganarse a las masas y organizarlas para la revolución? A este asunto, el cual en mi opinión es el determinante que enfrentamos, no podemos incursionar hasta que recibamos el informe, es decir, podríamos analizar este asunto pero solamente de manera esporádica y no con suficiente detenimiento...

Podemos apreciar el hecho de que se hayan presentado tantas debilidades serias en las preparaciones militares al observar que el gobierno, en la víspera de la insurrección, estuvo en capacidad de ubicar y detener lo que denominaron el estado mayor. No estoy en capacidad, como ya dije, de discutir este asunto en términos más concretos excepto indicar lo que es más que obvio, que cuando el gobierno está en capacidad de atacar y capturar tan fácilmente al estado mayor en su puesto de mando, tiene que haber habido alguna falla fundamental en las preparaciones para las actividades militares. Le atribuyo gran importancia a las preparaciones militares. Otra cosa, el gobierno estuvo en capacidad de detener a prácticamente todos nuestros grupos dentro del ejército. El camarada informó que tenemos Comunistas o grupo revolucionarios en el regimiento de ametralladoras, en el regimiento de infantería, que habrían de jugar un papel decisivo en la revolución. Ahora resulta que el gobierno está en capacidad de detener no solamente al estado mayor sino que identificar a los grupos revolu-

cionarios dentro de los regimientos...

El tercer punto que quiero destacar en este contexto es el siguiente. ¿Cómo es que nuestras fueron concentradas exclusivamente en las fincas de las regiones cafetaleras? Estas fuerzas, dispuestas a tomar el control de los departamentos, no encontraron apoyo en las ciudades. Un ejército insurgente marchó hacia Sonsonate desde las regiones aledañas. ¿Pero qué pasó en Sonsonate propiamente? Este es un asunto político, la organización de los obreros urbanos, de la pequeña burguesía de la ciudad. Es un asunto político pero también un asunto militar. La concentración [de fuerzas] se encontraba en los pueblos, separada de las masas, sin posibilidad de que ambas fuerzas se juntaran.

Otro hecho destacado es que el CC, como tal, se encontraba acéfalo durante el levantamiento. Sin un CC para dirigir a las masas, el comité revolucionario militar estaba compuesto por tres personas; una fue arrestada, las otras dos no hicieron nada, por lo que el comité, como tal, no existía, Ningún liderazgo central, ningún liderazgo nacional, solamente una serie de insurrecciones locales....

También es imposible entresacar las lecciones que ofrece el mismo levantamiento. Es imposible porque no sabemos prácticamente nada de cómo se desarrolló el levantamiento en las diversas localidades, como se desarrolló la lucha.

DOCUMENTO 5-4

RESPUESTA DEL CAMARADA H, BURÓ DE INVESTIGACIÓN DEL CARIBE, FINES DE 1932

H se mostró más o menos de acuerdo con las premisas principales de las críticas formuladas por R. Es posible comprender la respuesta de H como reflejo de su temor frente al Comintern y su escasa voluntad de contrariar a sus voceros. Esta posibilidad se sugiere en aquellos momentos cuando H dice que no se percató en su momento de los errores o las desviaciones del partido. Pero esta respuesta no se diferencia significativamente del informe inicial que presentó H, en el cual dio a entender las limitaciones del partido para dirigir el levantamiento.¹²

Dije en mi informe que lo que hicimos en El Salvador era lo que pensábamos era correcto. Se ha comprobado que fue absolutamente incorrecto.

Cuando se participa en acontecimientos, y cuando se participa en todas sus preparaciones, la tendencia de los participantes puede expresarse en la ausencia de oportunidades para la auto-crítica, porque los errores son de naturaleza general. Debido a la falta de un examen, se considera correcto en un momento determinado. Y lo que aparece como correcto en un momento determinado requiere la experiencia y la crítica de un camarada, o camaradas, más preparados, para que analicen todos los errores y las desviaciones que ocurrieron. El caso nuestro en El Salvador es un caso así.

Procedimos desde el punto de vista de que la línea que trazamos era la correcta. Pensábamos que nuestra táctica era una táctica correcta, pero es evidente que los acontecimientos han demostrado que nos equivocamos. Pero no es suficiente extraer las experiencias de los acontecimientos. Fue necesario criticar, aclarar nuestro punto de vista, y todos los errores y equivocaciones que cometimos.

No podemos negar que la tendencia golpista, sectaria y oportunista de izquierda, la que señaló el Camarada R, fue sin lugar a dudas la que prevaleció en la mente de cada miembro del CC de El Salvador y de todos los miembros del Partido que participaron en la apreciación de la situación y en las decisiones y resoluciones que fueron adoptadas de acuerdo a la situación.

Por ende, hasta que arribe a Tegucigalpa y leí las apreciaciones sobre los acontecimientos en El Salvador me di cuenta de la existencia de esas tendencias en el PC, sin darme cuenta del real significado de las tendencias. Me percaté de inmediato lo que habíamos sufrido a causa de estas tendencias y desviaciones. Pero ni ahora estoy en una condición de saber en qué consistieron esas desviaciones. Creo que todos los camaradas que han leído la apreciación en [La Revista] El Comunista se encuentran en la misma situación en que me encuentro yo.

No obstante, considero que si nuestras tendencias en El Salvador eran las mismas que las de los partidos burgueses, al mismo tiempo que nuestro Partido padecía de las tendencias caudillistas, entonces el apelativo

que usamos es correcto al aplicarse a nuestro caso. Esas tendencias a las cuales se refirió el Camarada R son predominantes en todos los Partidos en el Caribe y no son el resultado de una falta de formación sobre orientación del Partido. Las tendencias caudillistas fueron inoculadas en nuestros Partidos Comunistas por las actividades equivocadas de los camaradas sobrantes de los partidos de la burguesía. Los camaradas están abandonando estas viejas tendencias, se están acercando al Partido Comunista pero no ingresan a él sin mancha sino que con todos estos residuos, que se manifiestan en la primera oportunidad....

En nuestro caso, todos los camaradas son culpables de estos errores. No hubo camarada alguno que pudo anticipar las repercusiones de los acontecimientos, ni de forma completa ni siquiera superficialmente, y de presentarlas de una manera que permitiría discutirlos.

Anticipamos cosas buenas, nos equivocamos, y los más decididos de nuestro movimiento pagaron con sus vidas, fieles (algo que nadie puede dudar) a la causa de la revolución. Pero es evidente que serían Comunistas si después de recibir semejante lección, en su propia carne, estarían en capacidad de proponer lecciones desde las profundidades en las que se encuentran ahora.

La miseria de las masas durante este período crecía a diario debido a la crisis, y en aquellos países donde la agricultura es la actividad económica dominante, sentimos la crisis de un solo golpe y en consecuencia es lógico que las masas exijan que se les resuelva su situación a través de los medios que consideren más correctos. Pero existe, indudablemente, el peligro de no tener a mano al Partido Comunista sin que éste haya alcanzado el ritmo y la capacidad de dirigir a las masas en el desarrollo de las diferentes etapas que se dan en el transcurso de sus luchas cotidianas. Si no tenemos a mano al Partido Comunista en esa situación, no se puede iniciar nada.

Nuestro caso en El Salvador es la de la cuestión típica que impera en los países caribeños. Por una parte, durante los meses de la cosecha – aún de aquellas cosechas que se dan en el transcurso del año – las masas sufren hambre y miseria y sienten su situación tan mal y de repente que intentan liberarse de una vez por todas de las cargas que les han impuesto los explotadores locales y el imperialismo. Por otra, habíamos logrado que las masas

estuvieran muy ansiosas por liberarse, pero con un Partido Comunista débil que, no obstante, tenía influencia entre las masas, un Partido Comunista que se dejó llevar por el impulso de las masas y contaminado por ellas en vez de orientarlas y sin que el mismo Partido se haya preparado en la lucha constante frente a los requerimientos inmediatos, y como último recurso, de ponerse a la cabeza de las masas en la lucha, con lo cual se terminó con los resultados que todos conocemos.

Es evidente que, conocidos los resultados, es más fácil analizar los factores objetivos y subjetivos existentes para entonces en El Salvador. Y es fácil decir, en tales circunstancias, que todo lo que se hizo se hizo mal....

Cuando nos referimos a la membresía del Partido Comunista en El Salvador, el Camarada R dijo que había solamente 250, aproximadamente, en todo el país. Había aproximadamente 520 miembros. Por supuesto, el estimado de la membresía del Partido Comunista es un asunto esencial, pero no creo que debamos darle tanta importancia como para establecer un número determinado de miembros del Partido Comunista frente a un número determinado de habitantes como medida que nos permita llevar a cabo la lucha. Por ejemplo, si por 100 habitantes necesitamos 100 miembros del Partido para llevar a cabo una lucha decisiva con resultados eficaces contra la burguesía y el Imperialismo y para llevar adelante la revolución agraria anti-imperialista, estaríamos convirtiendo la revolución en un asunto puramente matemático. Si el Partido Comunista de El Salvador estuvo en capacidad de movilizar de 45 a 50,000 trabajadores en las fincas de café con sus 520 miembros, es evidente que no tuvo que ver con el número de miembros del Partido sino, como él mismo lo afirma más adelante, con las formas de organización. Por una parte, si nos remitimos solamente a los números, es decir los factores subjetivos, sin tomar en cuenta el hecho de que pudo haber condiciones objetivas enormes, resulta más que obvio que los camaradas en los países caribeños deben intensificar su campaña de reclutamiento. Hasta que no aumenten el número de miembros estarán inhabilitados para actuar. Debemos dejar este asunto muy en claro con ellos y hacerles ver que cada uno de sus miembros que ingresa al Partido debe reclutarse como activista de las luchas diarias bajo la influencia del Partido.

DOCUMENTO 5-5**INFORME SOBRE EL SALVADOR PREPARADO POR CAMARADAS DE SANTA ANA, 1936**

El asunto de las divisiones internas en el partido debido a diferencias ideológicas, y especialmente sobre las interpretaciones históricas de 1932, se evidencia claramente en el siguiente extracto. Se ha tomado de un documento escrito en 1936 por una facción del PCS en Santa Ana. Se refiere específicamente a la existencia de diversas facciones del partido en todo el país en los tiempos posteriores a la Matanza. Pero también revela que estas facciones tuvieron sus orígenes en los años anteriores a 1932. Entonces proceden a explicar por qué y cómo los acontecimientos de 1932 se desarrollaron de la manera en que ocurrieron. Alaban a Martí, menosprecian al agente mexicano del Comintern, Francisco Anaya, y le dan un giro sutil a la descripción del levantamiento que se identifica con una postura pro-insurreccional.¹²

Para poder analizar el estado actual del movimiento social en El Salvador, necesario es hacer antes una reseña histórica del mismo. [...]

Aunque Fernández Anaya tenía la intención de organizar el P.C. salvadoreño con carácter legal, nosotros no vimos ese año sino la formación del SRI, en el cual quedó casi de hecho transformada la FRTS. Convertida así la base económica del movimiento en un órgano de defensa con funciones combativas, fue Martí el abanderado que dio todo impulso con su propaganda y sacrificios al movimiento, y el P.C. salvadoreño empezó a formarse con los elementos más caracterizados de la época y más experimentados en cuestión organizativa, y uno de sus objetivos fue, primero, tratar de sustraer a las masas de la influencia de los partidos electorales burgueses cosa que no consiguió como lo demuestra el triunfo avasallador del araujismo laborista en 1930. Las masas, engañadas por la demagogia laborista, comenzaron a desengañarse por las masacres de trabajadores llevadas a cabo en Zaragoza y Sonsonate (1931), y con esto, el P.C. y el S.R.I. se robustecieron, aprovechando el momento para evidenciar la felonía de los líderes laboristas y ganarse las simpatías proletarias. Fortalecido el movimiento por la deserción laborista, porción constituida por masa campesina entusiasmada por conquistar sus mejores inmediatas, se inició una serie de huelgas agrarias, de las cuales la mayoría triunfó. Movimiento acertado que tuvo su colapso con las masacres de Atiquizaya (diciembre 1931).

Considerando la burguesía, y por ende el Estado, las proporciones que tomaban las exigencias del P.C. y su grado de desarrollo, prometió libertad electoral, acción por la cual pudo comprobar la magnitud del movimiento al presentarse las candidaturas proletarias a las elecciones municipales (enero 1932) por resolución del P.C. Anulada la acción cívica del proletariado por la represión gubernamental, las masas, heroicas en sus derechos políticos y sociales, y en buena parte en sustancias de mejoramiento económico y partidarista con la caída tan prematura de su caudillo Araujo del Poder, fueron campo propicio para la difusión rápida de la propaganda comunista hacia la toma del poder político por el proletariado, que culminó en 22 de enero de 1932.

Como se deja ver por la relación de los hechos, el estado ideológico de los sindicatos en los departamentos era pobre y de carácter marcadamente colaboracionista; y no obstante estar ya afiliada la FRTS a la III Internacional, fuera de la Capital no se conocían las consignas revolucionarias fundamentales de I.C., lo que hizo que los sindicatos, en sus demandas, confundieran lastimosamente sus consignas económicas con las de la lucha política. No fue sino hasta la venida del guatemalteco Antonio Obando Sánchez, que organizó aquí la primera local del P.C. autónoma (sin otras instrucciones que la forma organizativa), que nosotros medio entendimos el fin político que se perseguía. Y debido a nuestra ignorancia, en aquella época no fuimos capaces de analizar la ideología política del C. Obando, sino hasta después comprendimos que el referido C. adolecía de vicios izquierdistas.

Ante ese principio tan desordenado de la situación social, por todas partes surgieron células comunistas, que carecían de disciplina revolucionaria y que desconocía casi completamente las tácticas y la teoría marxista-leninistas, y faltos de cohesión y llenos de prejuicios, dieron motivo a disensiones y rivalidades entre los líderes de las células departamentales. El centralismo que trató de ejercer el C.E. del P.C.S. entre los comités departamentales, en vez de evitarlo, dio pábulo a mordaces críticas, de carácter oportunista unas y de izquierdismo otras; y sucedió que, cuando un compañero sincero trató de corregir tanta anomalía, los dirigentes ofendidos y reconocidos por el C.C. se quejaban a él, y éste, fiel a su disciplina, dio por expulsado a aquel compañero, sin conocerlo, sin oírlo, y sin atender siquie-

ra el por qué de su crítica; así fueron expulsados y desconocidos, cientos de buenos camaradas, que poco tiempo después también caían victimados bajo la represión brutal del militarismo burgués.

Entre los intelectuales marxistas que conocimos, fue el C. Martí el único capaz, por su sinceridad, con quien se contaba de verás en la lucha y quien, a pesar de sus conocimientos tuvo sus yerros, como desarrollar una propaganda revolucionaria demasiado vasta, para un país imperialista, que no encajaba en un cuadro colonial como el nuestro, de libertad relativa y transitoria; y por otra parte le faltó analizar la conciencia de clase que prevalecía entre los compañeros que formaban el C.E. del P.C. y de la FRTS, compañeros de capacidad inferior a quienes se sometió disciplinariamente, sin antes imponer de una manera inteligente su posición de líder, pues los referidos consejos estaban todavía influenciados por las tácticas izquierdistas de Fernández Anaya.

El P.C.S., compuesto como decimos, por compañeros heroicos y abnegados, pero incapacitados intelectualmente, después de centralizar el poder de dirección, pero todavía influenciados por un extremismo peligroso que no les permitía ser políticos, cayeron en la trampa eleccionaria tendida por Martínez, y abandonado impolíticamente la serie de huelgas que estallaban diariamente en los latifundios y que ya habían tomado proporciones alarmantes, cambiaron el curso de la situación y se lanzaron a la contienda electoral por los municipios, sin orden, sin un plan definido de lucha, sin estudiar las condiciones sociales, políticas del momento, siguiendo simplemente un impulso de competir con los partidos opuestos de la burguesía y darles una demostración de fuerza. Numéricamente y por su disciplina, el proletariado que siguió a nuestras candidaturas dio una grandiosa demostración de simpatía a nuestro P.C., cosa que alarmó grandemente a la burguesía y que dio al gobierno militarista una ocasión de ganarse el apoyo servil de esta burguesía. Esta demostración brindó a los enemigos de clase la oportunidad de comprobar la capacidad numérica del movimiento y las regiones mejor organizadas, pudiendo así planear su exterminio, azuzando a las masas a la huelga revolucionaria primero, y después desatando el terror y la persecución contra los luchadores más caracterizados, clausurando a la vez los centros sindicales. Y como esta medida afectó a todos los partidos de oposición martinista y el descontento era general,

en un pleno del P.C. se planteó la posibilidad de aprovechar el descontento de las masas para intentar la toma del poder político por el proletariado. Este pleno careció de responsabilidad, toda vez que en el hubo cohesión entre elementos de la burguesía con varios líderes responsables del P.C., pues en el Consejo Revolucionario que se formó para dirigir la acción figuraron individuos pequeño-burgueses que jamás tuvieron contacto con las masas y que se dedicaron, en varios pueblos, en vez de alcanzar los objetivos revolucionarios, a incitar a la masa a cometer tropelías a fin de distraer la atención de los verdaderos y leales soldados rojos. Varios de estos mismos individuos denunciaron después a nuestros compañeros que habían logrado salvarse de la masacre, ante los consejos militares o bien los persiguieron personalmente investidos de autoridad, como Guardia Cívicos. En resumen: la responsabilidad de esta horrorosa masacre de 1932 se debió, en parte a Luis Felipe Recinos y a la táctica izquierdista de Fernández Anaya, y el parte al sometimiento disciplinario del C. Martí al C.E. del P.C.S.

Como se comprenderá por lo expuesto, la causa principal de la masacre fueron los errores tácticos del C.C.E., primero por enviar delegaciones a los departamentos integrados por elementos enfermos de liderismo, quienes ante la insistencia del C.C. que les exigía la formación rápida de cuadros, y sintiéndose amenazados en su posición de militantes si no cumplían la labor apremiada, recurrieron al engaño, informando a los Comités departamental y C.C. de haber organizado cuadros en los cantones, los que en realidad no pasaban de ser reuniones de simple información, a las cuales asistían más curiosos que verdaderos adeptos, de los que ellos sacaban listas y luego las enviaban como cuadros afiliados al P.C.; y con estas estadísticas falsas, el C.C. se creyó fortalecido. (Esta maniobra quedó demostrada principalmente en esta región). En cuanto a las regiones donde si existían cuadros organizados, la labor de estos delegados fue más oportunista, toda vez que explotaron la buena fe de los campesinos, viviendo largo tiempo a expensas a éstos, llegando varios de ellos al grado de intentar forzar a las hijas de los referidos camaradas. En esas regiones, para no ser criticados por sus bajas acciones, cambiaron a los Cs que formaban los comités por compañeros honrados, es cierto, pero que careciendo de preparación revolucionaria, no fueran capaces de delatarlos. Por esta razón, las organizaciones en el país estaban en manos de dirigentes irresponsables, que carecían de sólidos

da preparación política, y quienes a la vez no eran sino meros instrumentos sometidos a los mandatos del C.C. del P.C.S., y a la vez, quienes planearan la revolución sin antes haber organizado siquiera ningún consejo socialista departamental, soviets, ni consejos militares, que fueran los que tomaran la administración económica y militar en el momento necesario. Cuando los consejos militares fueron nombrados, principalmente en ésta (enero de 1932) varios compañeros que nombraron para ello, unos eran ya perseguidos mientras otros habían caído en poder de las autoridades, y a pesar de esas anomalías de gran importancia política, sobre esa base tan falsa que demostraba a todas luces que aquí no existía organización alguna, siempre se llegó a la acción deliberadamente, sucediéndose una carnicería espantosa que trajo como resultado el aplastamiento espiritual de la masa por el terror sembrado por la burguesía y la casta militar, dejándonos, como única ganancia, el deslindamiento de clases. Esto desde luego marcó un viraje a la acción que nosotros juzgamos propicio para la lucha ilegal.

Poco tiempo después de la masacre, aparecieron organizados pequeños grupos de obreros y campesinos en pueblos y caseríos del centro y occidente de la República, todos autónomos, desligados y desorientados ideológicamente, desconfiando unos de los otros, viéndose con recelo y combatiéndose entre sí. Por ejemplo, aquí existen como cuatro o cinco grupos con tendencias comunistas, que tienen sus consignas y sus tareas propias y a los cuales hemos luchado por unir, pero ellos se han negado a la fusión, y todos vivimos alejados y en una pasividad terrible. (De esta fusión doy detalles más adelante.) En la Capital, también líderes de la antigua escuela que sufrieron la brutalidad de la represión, se han organizado y rehecho la dirección política del P.C. (que de hecho no existe más que en la Capital), quienes creyendo sin duda cosechar éxitos, han puesto en práctica métodos propios de la legalidad, como carteles y manifiestos, probablemente con la buena intención de sabotear la política burguesa, pero con resultados negativos para nuestra causa, pues los compañeros militantes conocidos que ignoran la maniobra de la sección de la capital, son los que sufren los vejámenes de la reacción, a la vez que con esto se atemoriza y aleja de nosotros a los simpatizadores de la I.C. que pudieran ser organizados. Estos actos, nosotros los juzgamos como de exhibicionismo y oportunismo, contrarios a la causa por los resultados producidos en el espíritu de la masa que todavía está aco-

bardada por el terror, y lo que nos hace dudar de la sinceridad de los compañeros capitalinos es que como se han erigido en cabeza directriz del movimiento salvadoreño dependiente del Consejo Nacional del P.C.S. con residencia en Tegucigalpa, creemos que allá ignoran que esta sección está integrada por elementos entre los que hay algunos de conducta dudosa y si decimos esto es por las declaraciones hechas por compañeros caídos presos desde el año 33 a esta fecha, que dicen que la labor desarrollada por esta sección se reduce a formar grupos revolucionarios, que después, con toda facilidad, son cogidos por la policía, limitándose la sección salvadoreña a dar informe al C.N. del P.C. de Tegucigalpa sobre su labor, y justificar con esta treta el gasto del dinero que aquél envía. Esto desde luego, no lo hemos podido comprobar, se nos ha hecho imposible, pero se los comunicamos a ustedes como una información que exigimos sea comunicada al Buró del Caribe para que se siga una minuciosa investigación.

DOCUMENTO 5-6

MIGUEL MÁRMOL, BREVES NOTAS HISTÓRICAS SOBRE EL MOVIMIENTO OBRERO EN EL SALVADOR, 1948

Durante su permanencia en Guatemala en la década de 1940, después de huir de la persecución del gobierno militar en El Salvador, Mármol escribió el siguiente resumen histórico del movimiento obrero en El Salvador. Desde muchos puntos de vista, este documento breve pero sustantivo es un precursor de la narrativa de Mármol que Dalton registró en 1966. Uno de los principales elementos que emerge de este documento es el análisis franco que hace Mármol de las facciones dentro del movimiento comunista; argumenta, de manera particular, que algunos comunistas nuevos de corte "intelectual" están tratando de endosarle la culpa a los cuadros antiguos por los fracasos del partido. Inherente a esta acusación del fracaso se encuentra una interpretación histórica, que sugiere que la división entre facciones se manifiesta en unas interpretaciones enfrentadas del pasado. Mármol sale en defensa de sus "antiguos cuadros" al insistir que lograron muchos avances en el trabajo de organización hacia finales de la década de 1920 y comienzos de la de 1930. Pero sus referencias a los detalles del levantamiento de 1932 siguen siendo vagas.¹²

LABOR SINDICAL EN EL CAMPO

Como fruto de la experiencia y entusiasmo que en México obtuvieron nuestros delegados que asistieron a uno de los Congresos de la Confederación Regional Obrera Mexicana CROA., realizada en 1927, las actividades sindicales fueron llevadas a los campos, hacia las zonas cafetaleras más fuertes: centro y Occidente, como también entre los trabajadores urbanos de Santa Ana, Sonsonate, Ahuachapán y Santa Tecla. Y fue después que regresó del Uruguay la delegación que asistió al primer Congreso de la Confederación Sindical de América Latina (C.S.L.A.), celebrada en Montevideo el año 28, que se dio principio de manera interesada, a la labor sindical entre los trabajadores de las fábricas y demás empresas situadas en la Capital, desarrollando estas labores más intensamente entre los obreros agrícolas y campesinado de las zonas Central y Occidental del país. [...]

EL SOCORRO ROJO VUELVE A ACTUAR

Por la sesión del Socorro Rojo Farabundo Martí va de nuevo a la prisión, quien respondió otra vez con la huelga de hambre en la que activamente duró 27 días—27 días que también fueron de lucha dura para los trabajadores de San Salvador, Santa Ana, Sonsonate y trabajadores del campo. Esa vez fueron masacrados los campesinos sonsonatecos, en su mayoría indígenas de Izalco; esto el 17 de mayo del año 31 por la caballería de Santa Ana que operó a las órdenes del Comandante de Armas de Sonsonate, Coronel Juan Ortíz. Muchos fueron los muertos, entre ellos el compañero Crespín, destacado luchador campesino; los heridos por decenas y encarcelados por centenares. Es de recordar con indignación, que días antes de este asesinato fueron masacrados compañeros campesinos de Azuehillo, Zaragoza, quienes se encontraban reunidos pacíficamente y sin armas.

Esta vez Martí, con el apoyo de masas y con una opinión pública halagado claramente favorable, salió airoso y se prosiguió la lucha con más ardor y entusiasmo, como respuesta de la tenaz persecución desencadenada por Araujo, y a quien cada día le restaban fuerza y hegemonía en todo el país. [...]

CONSIDERACIONES

De no haber ocurrido los trágicos sucesos del año 32, así fatídicamente dispuesto por Hernández Martínez y su camarilla, para según él, acabar de una vez con el movimiento sindical, asesinando para ello a decenas de miles de trabajadores de la manera más horrorosa y cobarde, haciendo cavar por ellos mismos su propia fosa, sepultándolos como acrídidos, ametrallando a mansalva los caseríos de las fincas y de las aldeas, y tirando sin piedad en los hondonadas de las barrancas en busca de nuevas víctimas, sometiendo a tres meses de persecución a los trabajadores de las zonas central y occidental con una fobia y un lujo de crueldad nunca vistos, haciendo derroche de ley-fuga y, con especialidad, jugando a la bayoneta con los dirigentes obreros, y ahorcando a vista pública a las dirigentes indígenas: cabe agregar con énfasis, que en este espantosa carnicería masas [palabra ilegible] juveniles y aún en estado adolescente, pues las organizaciones estaban compuestas por un 40% de jóvenes impúberes y mujeres de todas las edades.

De no haber sufrido este despotismo, la F.R.T.S. hubiera podido cumplir con su misión histórica agrupando, cada día, a todos los trabajadores asalariados del país, y al campesinado hasta conquistar una vida mejor; pues los campesinos desesperados por su empobrecimiento creciente y la amenaza de ser en un 90%, expropiados de sus tierras que tenían hipotecadas con los finqueros, hubieran apretado a aquella titánica lucha de liberación, toda la soda revolucionaria que les embargaba. [...]

PERJUICIO DE LAS TEORÍAS FALSAS, O MAL INTERPRETADAS

El movimiento sindical de El Salvador, desde 1936 viene adoleciendo, sucesivamente, de falsas apreciaciones teóricas y científicas; esto ha sucedido cada vez que surgen nuevos activistas que podríamos decir por edades. Estos errores pues, se los atribuimos en gran parte en las fallas últimamente registradas en las acciones de mil novecientos cuarenta y seis. Movimiento que a decir verdad, careció de una verdadera dirección, pues no supieron cohesionar desde un principio a los sindicatos en lucha. No

existió la verdadera unidad en la lucha, de acción táctica, razón por que los ferrocarrileros actuaron más bien independientemente y cuando ya no había el empuje inicial. A más de otros errores de tipo político.

Es por esos marcados errores teóricos que se ha venido contemplando en El Salvador una desigualdad en la conciencia de los trabajadores. No es remoto que todavía haya quien crea en El Salvador, en que es justo que existan sindicatos como dijéramos cremas, sindicatos superiores, en cuyo rededor giren los sindicatos "inferiores".

Desde que penetraron las corrientes marxistas en El Salvador, entre elementos sin ninguna militancia entre las masas, se han venido haciendo discriminaciones y subestimaciones en el terreno sindical, arguyendo que los gremios son masas de artesanos los cual por esa razón no pueden sindicalizarse, dándole importancia solo a los trabajadores de fábrica y atención especial, desde su escritorio o pequeños círculos, a la organización de ferrocarrileros, electricistas; y a los trabajadores del café, azucareros y trabajadores del algodón, como que si alguna vez no se había hecho. [...]

Los elementos teorizantes venidos del campo intelectual y profesional, jamás han sido lo suficientemente consecuentes; quienes en vez de cargar con la responsabilidad de superar la capacidad práctica de los viejos militantes, han tratado de anularlos, achacándoles toda la culpabilidad en los fracasos anteriormente descritos. Nunca se han ocupado de hacer un estudio detenido y profundo para esclarecer a ciencia cierta lo que en verdad fue el Martinato y para estimular en lo que valen los esfuerzos gastados en el pasado y los éxitos perentoriamente ganados. Y también porque han venido ignorando las condiciones existentes de aquellos años de dura lucha internacional de posguerra 1914-18, que su tercera fase de grave crisis económica agudizada por la quiebra bursátil de los EE.UU. que fue de setenta y cinco mil millones de dólares que hizo tambalear profundamente la economía mundial, a este período, siguió el período de pre-guerra 1932-39. El tercer período de pos-guerra 1914-18 culminó con la Matanza del 32 en nuestro país, y el período de pre-guerra 193[?]-39, principió con el ascenso del nazismo en Alemania que asesinó la revolución de aquel país, con el asesinato de Sandino, la invasión de Etiopía por las fascistas Italianos, la invasión de la España Republicana por los fascistas ítalo-alemanes, y la guerra civil en China (la invasión Italiana en Abisinia).

Cierto es que han tratado de capacitar a nuevos elementos obreros y de la artesanía, pero que en vez de ligar a éstos con los viejos cuadros, ha resultado que ha habido malicia entre nuevos para los viejos y, de reflejo, de los viejos para los nuevos, pues ha sido aguda la disparidad de criterio y la mala versión. Han tratado de humillar a los viejos cuadros por su incapacidad achacada, pero han sido y sobre todo en su tiempo, incapaces de combatir con mejor energía los actos demagógicos de Martínez, que farsantiaba con el “reparto de tierras,” con la construcción de “casas baratas”, con su política vial, con los “plebiscitos”, con el Deporte, con el enganche de gran cantidad de trabajadores al Canal de Panamá.

Conviene pues, rectificar esas actitudes negativas y revisar detenidamente el desarrollo sindical desde su inicio, esto por una parte, por otra, estudiar la historia del desarrollo de nuestra sociedad, las condiciones económicas en que internacionalmente está situado el país y asimilar más y mejor la teoría sindical, desde el punto de vista completamente marxista. Luego difundir mejor estos conocimientos sin acepción de elementos, es decir entre todos los militantes, y entre los trabajadores de taller, de fábrica, de empresas eléctricas, ferrocarrileras y trabajadores agrícolas. Y observar con los demás compañeros una ética completamente revolucionaria que estimula a todos y a cada uno de los compañeros.

El trabajo anterior es apenas un esbozo que con el concurso de los demás militantes se robustecerá enseguida. Pues merece informe especial sobre el papel de la Universidad Popular, del Socorro Rojo y explicar las cuestiones electorales cuando ya se traten de informar desde el punto de vista político. Este trabajo es ambiguo todavía, puesto que hay que precisar fechas, detalles y nombres de magníficos luchadores que ofrendaron su vida, su juventud y su niñez en aras de la lucha.

DOCUMENTO 5-7

DAVID LUNA, *TRIBUNA LIBRE*, “LA INSURRECCIÓN DE 1932,” 1963

David Luna fue un académico de izquierdas en la Universidad de El Salvador que participó en el Seminario de Historia Centroamericana en la UES en 1963. En aquel seminario tanto él como su colega, Jorge Arias Gómez, analizaron los acontecimientos de 1932 desde la perspectiva tradicional del Partido Comunista

de la insurrección postergada. Jorge Arias afirmó que el partido no había liderado los acontecimientos de 1932. Más bien, identificó a las mismas masas del Occidente como responsables, mientras que Luna acusó a los comunistas de haber sido responsables por el levantamiento para criticarles severamente en seguida por la decisión de rebelarse. El siguiente extracto es parte de un escrito que el Dr. Luna preparó para el periódico Tribuna Libre en 1963, el mismo año del seminario de historia. Su planteamiento en este escrito es más consistente con la posición de Jorge Arias en tanto que desliga al partido del levantamiento y se lo atribuye a las masas del Occidente. Hasta hace referencia al tema de la etnicidad. Analiza la situación en El Salvador desde una óptica marxista para concluir que un levantamiento armado no era alternativa en 1932 porque el país todavía debía entrar a la fase del capitalismo maduro. Describe a Jorge Fernández Anaya como una figura importante en el Partido Comunista – una referencia poco usual en los analistas de izquierda que propugnaban por una guerra de guerrillas porque Anaya había sido el fundador de la estrategia del partido de la insurrección postergada. El siguiente extracto demuestra lo complicado de las interpretaciones de 1932 desde la izquierda en tanto que Luna pudo formular dos versiones distintas del levantamiento en ocasiones distintas pero en ambos casos dándole su apoyo a la estrategia del partido de la insurrección postergada. No obstante, en el siguiente documento Luna ofrece algunas de las críticas duras a los comunistas de 1932 que había hecho públicas durante el seminario de historia. Es este tipo de argumentación elaborado por Luna que Roque Dalton atacó duramente en ambos el testimonio de Miguel Mármol como en su historia del Partido Comunista de 1972, que figura en el siguiente documento.¹²

Lo que se conoce con el nombre de “obreros”, no eran del tipo del proletariado industrial europeo, que había servido de base para fundar los partidos socialistas y después comunistas. Eran artesanos, de composición pequeño-burguesa y más próximos a manifestaciones políticas de tipo anarquistas que socialistas.

Los jornaleros agrícolas reunían mejores condiciones, que a la postre resultaron explosivas:

1) Eran campesinos proletarizados y despojados de sus tierras por los voraces latifundistas y cafetaleros. La Ley de Extinción de Ejidos y Comunidades

Indígenas de 1882 y otras disposiciones más (en cuenta la Ley Agraria) fueron el testamento legal de esta usurpación que tarde o temprano se contestaría con armas en la mano.

Feliciano Ama, cacique indígena de Izalco, justificaba su adhesión al movimiento revolucionario diciendo que la familia Regalado le había usurpado las tierras que le habían dejado sus ascendientes (mostraba al efecto lesiones en los dedos que denotaban la violencia de que había sido objeto para la otorgación de las escrituras).

2) Los semi-campesinos y jornaleros de la Zona Occidental, eran en gran parte restos de la nacionalidad indígena oprimida secularmente. Además del conflicto económico-social que suponía su condición de obreros agrícolas, sentían odio racial ancestral hacia el blanco explotador. [...]

También es cosa sabida por todos los estudiosos de la historia, que nuestra independencia no generó la revolución capitalista como en los Estados Unidos. Cualquier paso para una revolución socialista debe tener el presupuesto antes mencionado. [...]

Un grupo de anti-imperialistas, con obreros y artesanos anarco-sindicalistas, fundaron, como ya explicamos, una organización [el Partido Comunista] que tenía en mira la destrucción de la estructura económica y social de la nación. Era, pues, un partido profundamente revolucionario, que estaba asistido y asesorado desde el exterior por las organizaciones políticas marxistas mexicanas. Jorge Fernández Anaya, comunista desde los catorce años, organizador de sindicatos de trabajadores agrícolas aztecas, fogueado en este tipo de luchas, fue destacado para que prestara su asesoría y colaboración al movimiento revolucionario salvadoreño. Este personaje, junto con un centenar de activistas, se dedicó en los primeros meses de 1930 a organizar sindicatos de trabajadores agrícolas en la zona centro-occidental del país. [...]

[Note del editor: En las siguientes líneas, Luna hace referencia a las políticas del gobierno de Martínez después del derrocamiento de Araujo a comienzos de diciembre de 1931.] El gobierno de Martínez inició una serie de provocaciones para enardecer aún más a la masa campesina, con el objeto de lanzarla a una lucha en que sabía que la dominaría sin contemplaciones. [...]

Respeto a la pregunta que hacen muchos acerca de si esta insurrección era una revolución proletaria socialista, tengo que contestar negativamente. Los insurrectos no dieron ningún decreto en que se nacionalizaba la tierra, presupuesto necesario e inmediato para una revolución de este tipo. Se limitaron a realizar operaciones bélicas que no tuvieron el éxito esperado. La insurrección buscaba solamente la toma del Poder por un partido que se creía respaldado por amplias capas de la población para realizar una revolución democrática burguesa. El hecho de que la participación fuese campesina en su mayor parte, no le quita este contenido, pues el mismo fenómeno se había producido en México veinte años atrás. La diferencia con la Revolución Mexicana es que las masas de México estaban dirigidas por la burguesía, mientras que en nuestro país, el pueblo era, por primera vez, actor en la historia y no seguía a ninguna otra clase.

Esto es lo único positivo que deja la insurrección de 32. El pueblo, en forma infantil y heroica, quiso hacer historia con sus propias manos y sus propios pies. Esta es una de las principales razones por las cuales se le masacró inmisericordiamente, pues no se liquidaba el enemigo presente sino al futuro.

Causas de la Insurrección:

- 1° Crisis económica de 1929 (Baja de los precios del café).
- 2° Crisis política originada por el derrumbe del poder civil en la República.
- 3° Falta de juego político de los partidos electorales de la burguesía.
- 4° Frustración política de las masas por la demagogia de los partidos de la burguesía.
- 5° Infantilismo en los grupos dirigentes de la revolución.
- 6° Sectarismo en la organización de las masas por el Partido de la revolución.
- 7° Aventurerismo de los grupos revolucionarios.
- 8° Irresponsabilidad de la dictadura de facto al provocar y acentuar el odio de las masas.

Conclusiones:

- 1° En El Salvador no hay que practicar la demagogia, pues este es una país

con bajo nivel político en las masas y, al mismo tiempo, con un ansia enorme de libertad y bienestar social y económico.

2° Las clases dominantes tienen que planificar una solución seria al problema social, aún soluble, y ahora, con tendencia a agudizarse por la intensa presión demográfica existente.

3° Debe existir un juego político suficientemente elástico en los partidos de la burguesía.

4° Hay que abandonar toda “persecución por las ideas” pues esto es completamente infantil y agrava el problema.

5° El Ejército tiene que recibir educación política consciente y seria de los problemas sociales que actualmente afectan al país.

6° Hay que abordar el problema agrario con una reforma integral y revolucionaria y eficiente.

7° Los sectores revolucionarios tienen que estudiar más y hablar menos. Es necesario que conozcan nuestra realidad social con responsabilidad y seriedad científica.

DOCUMENTO 5-8

ROQUE DALTON, MANUSCRITO INÉDITO DE 1972 SOBRE LA HISTORIA
DEL PARTIDO COMUNISTA DE EL SALVADOR
EXTRACTO

El siguiente texto proviene de una historia del Partido Comunista Salvadoreño que encontramos en la colección de documentos que nos facilitó la familia Dalton. Siguiendo el esquema frecuente entre los autores comunistas, Dalton proporciona un amplio panorama histórico para explicar sus puntos de vista sobre El Salvador y su posición estratégica. Dalton escribió este panorama histórico en momentos que ya estaba persuadido de la necesidad de la opción insurreccionaria y, por lo tanto, sentía una creciente alienación del liderazgo del partido comunista el cual insistía que la estrategia armada era un error. En este documento Dalton dedicó una cantidad de espacio excepcional a la insurrección de 1932. Él mantenía que en 1932 existía una situación revolucionaria y que el partido estaba en la capacidad de aprovechar la oportunidad de conducir a las masas a una acción armada. Pero Dalton argumentaba que

el partido no cumplió con su obligación debido a una variedad de fallas del liderazgo, argumento que suena singularmente análogo a la apreciación de Dalton de los líderes del partido en 1972. Dalton dice que en 1932 el partido dejó pasar la oportunidad de convertirse en un “partido de combate”, lo que caracterizó al partido en las cuatro décadas siguientes. Él creía que para 1972 se había llegado nuevamente a las condiciones revolucionarias y que la estrategia adecuada era lanzarse a la guerra de guerrillas. En resumen, el documento es un ejemplo clásico de cambio en la memoria histórica de un intérprete individual. Mientras que en sus escritos anteriores Dalton había estado de acuerdo con los líderes del partido con respecto a 1932, para 1972 su posición había cambiado al mismo tiempo que su interpretación/memoria de 1932. Es interesante que Dalton se refiere directamente al testimonio de Miguel Mármol como el documento que proporciona la evidencia para justificar su posición.¹²

En 1931-1932 se planteó y se desarrolló en El Salvador una situación revolucionaria típica de acuerdo con la descripción leninista. (La cita de Lenin al respecto es hasta prescindible, por lo famosa: “¿Cuáles son—se pregunta en “La bancarrota de II Internacional”—en términos generales, los signos distintivos de una situación revolucionaria? Seguramente no cometeremos un error si señalamos estos tres signos principales: 1) La imposibilidad para las clases dominantes para mantener inmutable su dominación de la clase dominante, que origina una grieta por la que irrumpen el descontento y la indignación de las clases oprimidas. Para que estalle la revolución no suele bastar con que “los de abajo no quieran”, sino que hace falta además que “los de arriba no puedan” seguir viviendo como hasta entonces. 2) Una agravación, superior a la habitual de la miseria y de los sufrimientos de las clases oprimidas. 3) Una intensificación considerable, por estas causas, de la actividad de las masas, que en tiempos de “paz” se dejan expoliar tranquilamente, pero que en épocas turbulentas son empujadas, tanto por toda la situación de crisis, como por los mismos “de arriba” a una acción histórica independiente.”) Pocas situaciones revolucionarias en nuestro país han cumplido tan exactamente con encarnar los signos distintivos de la atinada descripción de Lenin. La situación revolucionaria salvadoreña de entonces se vio agudizado aún más con hechos como la caída del gobierno de Araujo, el fraude electoral contra el Partido

Comunista (cierre de la última vía legal en el camino del poder para el pueblo) y el recrudecimiento de la represión y los crímenes del gobierno a nivel nacional.

En 1930-32 existía en El Salvador un partido marxista-leninista en desarrollo y no un germen grupusculario [sic] del mismo (partido en desarrollo con las características apuntadas arriba como un “panorama de logros”: era—dije—la vanguardia organizada político-reinvidicativa e indiscutida del movimiento de los trabajadores salvadoreños; tenía contactos suficientes, para los fines de no ir aisladamente a la insurrección, con las capas medias de la población y con el ejército (luego de haber resuelto a niveles importantes, por vez única en nuestra historia, la alianza obrero-campesina para la acción revolucionaria); y tenía una organización a nivel nacional-territorial. La calidad de vanguardia había sido ganada en la práctica política de masas de que habla Arismendi, y mantenía aunque a niveles elementales, la discusión política e ideológica permanente y la preparación teórica el nivel corriente para la época en el seno del movimiento comunista latinoamericano. Este partido fue capaz de conducir a las masas dentro de los cauces corrientes de la lucha de clases desarrollada en los marcos de la sociedad oligárquica-dependiente (que involucra inclusive diversas instancias parciales de violencia) llegando a poner al pueblo salvadoreño en condiciones de ganar legalmente posiciones básicas del aparato del Estado—que podrían a su vez haber abierto el camino al poder a través de un proceso democrático prolongado—por medio del triunfo en las elecciones municipales y parlamentarias. Sólo por medio del fraude y la fuerza viva, la olímpica suspensión de las elecciones y las mayores arbitrariedades y crímenes (que entran ya en la calidad e provocaciones puras y simples) pudo el gobierno de Martínez evitar el triunfo del pueblo encabezado por el Partido Comunista y el movimiento obrero en las elecciones de enero de 1932. Ello prueba que el PCS era un organismo político eficaz en lo referente a la movilización de masas en el sentido adecuado para instrumentar la lucha de clases dentro de los límites (aún las más extremos) de la legalidad (o normalidad) burguesa. (pp. 267-9) [...]

Cómo se planteó la insurrección armada nacional en El Salvador en 1932? Sin entrar a hacer consideraciones demasiado amplias al respecto y tal como corresponde del punto de vista introductorio y provisional frente

al problema que ya hemos dejado enunciado en estas líneas, diré que del relato de Miguel Mármol se desprenden los siguientes hechos (que han podido ser comprobados con el examen de la escasa bibliografía existente sobre el particular, con los documentos a mi alcance etc.): [...]

2) Se dieron OCHO DIAS para preparar todos los aspectos organizativos, político-militares, de la insurrección (programa, política de alianzas, organización militar de la insurrección o sea fundamentalmente organización de la fuerza armada revolucionaria, del ejército popular; acopio de armas, divulgación de la consigna insurreccional dentro del aparato del partido en todo el país para movilizarlo como vanguardia operativa; aspectos internacionales, etc.), en condiciones en que las más amplias masa del país estaban, es cierto, enardecidas por agudización de la crisis económica y por las acciones criminales del régimen, pero a las cuales no se les había planteado concretamente la salida insurreccional y habían sido convocadas hasta entonces a acciones no armadas, electorales, sindicales, huelguísticas, etc. La extrema cortedad del tiempo implicaba la imposibilidad de la creación y el desarrollo de un ejército revolucionario para quebrantar la fuerza armada de la burguesía, lo cual supone un proceso siempre complejo y no la simple repartición de armas entre ciudadanos llenos de coraje y de ilusiones.

3) Las vacilaciones, el desconocimiento de las más elementales normas de seguridad conspirativa, la falta de información y coordinación en el trabajo preparativo, marcaron desde el inicio la “puesta en práctica del trabajo organizativo para la insurrección”. El momento del inicio de la insurrección se propuso tres veces con días de intervalo entre cada fecha. Los detalles preparatorios y los propósitos de la insurrección, la estrategia general de la misma, pudo así ser conocida con suficiente anticipación por el enemigo, que la desmontó en lo fundamental y estuvo en capacidad de aplastar los brotes insurrecciones que se dieron, respondiendo a la consigna original de la dirección del Partido. [...]

5) Pero lo principal fue la no resolución del aspecto organizativo-militar para la insurrección, la no creación de las fuerzas armadas revolucionarias, la inexistencia en todo momento del proceso insurreccional de un ejército revolucionario popular. (pp. 273-6) [...]

Lo que sí puedo asegurar es que mi trabajo en la elaboración del testimonio de Mármol me evidenció, más que cualquier otro fenómeno, la

necesidad urgente de aprender creadoramente [sic] las lecciones del año 32. En aquella oportunidad las condiciones espirituales de la clase estaban dadas: su ánimo y su combatividad. Pero las condiciones espirituales no son todas las condiciones subjetivas de una clase. Por el contrario, la condición subjetiva fundamental de una clase para resolver revolucionariamente la situación revolucionaria es la organización. Pero a lo largo del trabajo presente he venido diciendo que precisamente en aquella época fue cuando los trabajadores salvadoreños tuvieron partido, movimiento sindical, etc. Lo que falló fue, paradójicamente, lo mejor que había. Lo que falló fue el Partido. Y falló porque con ser el PCS entre 1932 un partido marxista-leninista en desarrollo no pudo llegar a ser, por las condiciones que ya quedaron apuntadas, un partido de combate, una organización de combate, una organización político militar, indispensable para dirigir las tareas de un proceso revolucionario que transcurre por la vía armada a que se dirige hacia la insurrección nacional...Ese es el mello del fracaso del 32, y ese carencia sigue siendo la carencia fundamental del pueblo salvadoreño en su lucha revolucionaria. De ahí el silencio de décadas sobre estos problemas. (p.292) [...]

[E]scribí en mi libro "Revolución en la Revolución y la Crítica de derecha": "Nosotros creemos que necesitamos nuevos partidos comunistas, nuevas vanguardias marxistas leninistas. Estamos convencidos de que esos partidos sólo podrán surgir de la acción revolucionaria, del proceso de lucha armada antiimperialista ante cuya apertura definitiva se encuentra actualmente América Latina. Creemos que las guerrillas revolucionarias, actuando dentro de una correcta perspectiva estratégica, son, de hecho y por convicción, el partido nuevo en gestación. ¿Quiere o no quiere, pueden o no pueden, los actuales partidos comunistas, de las nuevas vanguardias revolucionaras? La vida la dirá". Sin mantener el tono generalizador como bandera actual...yo diría que en nuestro país, en los condiciones actuales de El Salvador dicha posición no es solamente válida, no es solamente una posición que cada día se carga más de contenidos concretos, sino que es una posición unitaria, una posición que involucra la necesidad de la unión de todos los revolucionarios salvadoreños contra el enemigo común. Esa posición ha estado presidiendo todo mi trabajo con respecto al testimonio de Miguel Mármol y en estas líneas. El testimonio de Mármol y

estas líneas están escritos como están, atendiendo antes que nada el establecimiento de la verdad revolucionaria útil. (296-297).

DOCUMENTO 6-1
"EL RELATO DE UN HACENDADO," 1932

El siguiente extracto es un artículo escrito por un hacendado poco después del levantamiento y publicado en Diario de Santa Ana, un periódico regional de Occidente. Refleja los temores y las actitudes racistas de los ladinos prósperos y la mentalidad subyacente de las masacres. El terror visceral y el deseo de venganza que se perfilan en este artículo ejemplifican el tipo de sentimientos que le dieron fuerza a la Matanza como una narrativa cautelar.¹²

Un honorable vecino de Juayúa, con quien tuve oportunidad de conversar, me ofreció un recorte de prensa, en el cual aparece el relato que uno de los hacendados de aquella zona, hizo acerca de las actividades de los comunistas en aquellos días. Dicho relato apareció publicado en Diario de Santa Ana, edición del lunes 1 de febrero de 1932.

Es el siguiente:

"Nunca imaginé, ni por un segundo siquiera, de lo que sería capaz el comunismo en nuestras masas populares, que aquí constituye un noventa y cinco por ciento de los moradores.

"Ustedes, ni nadie que viva en los pueblos, en las ciudades, y que se sienta custodiado por agentes del orden, pueden darse una pequeña idea, siquiera, de cómo nos hemos sentido nosotros aquí, en momentos supremos, al vernos solos, absolutamente solos, en manos y a merced de las masas, de aquello que no era más que una horda de salvajes enfurecidos, con instintos endemoniados, que gritaban mueras al ladino, mueras al patrono y blandían los corvos con sed de robo, sed de todo latrocinio imaginable.

DICEN QUE NO SE METIERON...

"Afortunadamente para los que vivimos en el campo, la horda se concretó primero a dirigirse a los pueblos, y mientras ahí se divertían cometiendo oprobios, verdaderos pillajes, desvergüenzas, robos, atropellos y todo gé-

nero de latrocinios, vino la fuerza armada y pudo repeler un tanto el movimiento bárbaro, para combatirlo después con eficacia. De lo contrario, a esta hora que les escribo, yo estaría bajo la tierra, y conmigo otros tantos más que no tenemos más delito que vivir aquí, empeñados en el cultivo de la tierra. No hay un indio que no sea afiliado al comunismo devastador. Uno que otro que quedó en su casa, esperaba el postrer aviso para incorporarse a las filas. Mozos buenos que yo consideraba leales y a quienes hemos tratado aquí como en familia, fueron de los primeros en acudir y prestar su contingente a la negra causa. Y es tal el descaro de esta gente, que hoy que se ven un tanto vencidos por las actividades del gobierno, que los vino a aniquilar, esos mismos que hace unos momentos intentaban contra nuestras vidas y todo lo que poseemos, son los que ya andan en busca de protección y nos juran que nos pertenecían y que ellos no se metieron.

Quieren evadir el peligro. ¡Pero ese castigo se impone! Y debe seguir como ha comenzado, con mano fuerte, enérgica, fusilando a cabecillas y a todo participante, para ver si se logra acabar con la plaga.

QUERÍAN HACERLO "PICADILLO"

"Pasaron aquí con la gran turba, en la noche del sábado 23, que atacaron a Nahuizalco, y sin tiempo para hacerme picadillo, pues urgía su presencia en Nahuizalco; solo se contentaron con gritar blasfemias y señalarme como de los primeros que deberían caer en sus manos. En la turba, en la inmensa multitud confusa, iban todos: cerca de doscientos mozos míos, de mis vecinos y de mis hermanos. Aquellos que creíamos humildes, honrados, que han estado recibiendo favores de toda clase de nuestra parte, que les concedemos tierras para sus cosechas sin cobrarles censo alguno; a quienes hemos pagado con puntualidad religiosa. Su sueldo, que, aunque reducido, como se paga siempre en el país, a sueldo conforme sus aptitudes, pues son incapaces de ganar más; unos apenas pudiendo sacar su tarea, y otros a quienes tiene uno que llevarlos de la mano, para irles enseñando a hacer los más elementales oficios, porque de indolentes que son, no se empeñan en hacerse eficientes ni mejorarse en nada. Y ellos, que tienen el germen de sangre pícara, que son de complejo inferior al nuestro, que son de una raza conquistada, con poco tienen para encender en

pasiones infernales contra el ladino, a quienes ellos señalan, porque nos odian y nos odiarán siempre en forma latente. Se cometió con ellos el gravísimo, el peligrosísimo error de concederles derechos ciudadanos. Eso fue enormemente malo para el país. Se les dijo que eran 11bres, que de ellos también era la nación, y que tenían pleno derecho de elegir sus jefes y mandar. Y ellos comprenden que el decir jefes y mandar, equivale exactamente a entregarse a la rapiña, al robo, al escándalo, a la destrucción de propiedades, etcétera, y matar a los patronos.

PINTANDO ESCENAS DE JUAYÚA

“Ahí está el ejemplo en Juayúa. Nadie de ustedes tiene una idea siquiera, de lo ocurrido en aquel mi pueblo natal. Aquello da lástima, da horror, se encrespan los nervios; y no quisiera yo traer el recuento de todo esto. Muchachas de sociedad iban a moler y echar tortillas para los bandidos; y después... cometían con ellas todo lo que un bárbaro, un asesino o un malvado puede acariciar en su pecho envenenado contra una muchacha ladina, digna señorita. Rompieron puertas a machetazos y después quemaron cohetes y bombas, de puro gusto. Arrastraron, apalearon. Mataron de modo cruel y bárbaro, mutilándolo en vida, a aquel que fue alma grande, alma de progreso y civilización para Juayúa. Me refiero al infortunado don Emilio Radaelli. Y si no mataron más gente de los “burgueses” que ellos dicen, fue por que esto vendría por ultimo, entregándose primero al robo y después a matar a los ricos, para apoderarse de las casas y vivir en ellas: tal era uno de los puntos muy salientes de su programa de gobierno.

ESTUVIERON A PUNTO DE MORIR

“Saqueada que fue la población de Nahuizalco, el sábado 25 por la noche, se vinieron el domingo por la mañana para Tajcuilujlán en número de doscientos, y de allí se dirigieron a El Canelo y heredades vecinas, a hacer de las suyas con nuestras vidas y nuestros haberes. Gritaban mueras para nosotros, y desenfundaban sus cuchillos.

“Yo, que siempre consideré comerme diez indios en fila, ellos con sus machetes y yo con mi revólver y cincuenta tiros; yo, que no he tembla-

do ante estos malditos, porque los sentía corderitos y humildes cuando los veía buenos y a los picaros los consideraba bajo la fuerza de mi brazo al medirnos las fuerzas, cuando divisé la mancha, la turba de los doscientos que venían en pos de mí, hube de montar a caballo, y rompí en carrera vertiginosa por peñascales y precipicios, deshaciendo alambrados, hasta incorporarme con un hermano mío en su hacienda.

“Dichosamente, antes de llegar a mi propiedad, fue regresada la turba para reforzar Nahuizalco pues en esos momentos llegaba la tropa del gobierno y ello querían repeler la fuerza constituida. Eso nos salvó. Aunque todavía vinieron unos pocos y arrasaron con muchas cosas de uso personal que encontraron en su camino.

“¡YA LOS VIERAN EN ACCIÓN ...”

“Deseamos que se extermine de raíz la plaga; de lo contrario, brotaría con mayores bríos, ya expertos y menos tontos, porque en nuevas intenciones se tirarían contra las vidas de todos, primero, para degollar por último. Necesitamos la mano fuerte del gobierno, sin pedirle consejos a nadie, porque hay gentes piadosas que predicán el perdón, porque ellas no se han visto todavía con su vida en un hilo. Hicieron bien en Norteamérica, de acabar con ellos; a bala, primero, antes de impedir el desarrollo del progreso de aquella nación; mataron primero a los indios, porque éstos nunca tendrán buenos sentimientos de nada. Nosotros, aquí, los hemos estado viendo como de nuestra familia, con todas las consideraciones, ¡y ya los vieran ustedes en acción! Tienen instintos feroces.

EL ÚNICO GRITO: ¡SILENCIO...!

“Refiere un sobrino mío, que vio desde la ventana de su casa, cuando uno de esos mansitos mozos que tan requetebueno era antes, le gritó: ‘¡Silencio!’ a la pobre viuda del coronel Vaquero, quien al reconocer el cuerpo de su infortunado esposo, muerto a machetazos, la noche del suceso, prorrumpió en llanto como congoja natural de su corazón lacerado. ‘¡Silencio!’, le gritó el mansito mozo, desenfundando su machete, y ordenando a la viuda, a retirarse, sin sollozar siquiera, mientras metían el cuerpo del

malogrado comandante de Juayúa, en un cajón, para ir a enterrarlo. ‘¡Silencio!’, le gritó otro mansito de éstos a doña María de Math [¿Mathies?], porque al ver que arrastraban a don Emilio Radaelli, ya moribundo, gritó desde su ventana: ‘Pobre don Emilio. ‘¡Silencio!’, le gritó el mansito, y cogiéndola de la mano la condujo a la cárcel, y hubo menester de muchas súplicas e imploraciones para que le devolvieran su libertad”.

DOCUMENTO 6-2

MENSAJE

DEL SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA, LEÍDO ANTE LA ASAMBLEA NACIONAL,

EN EL ACTO DE LA APERTURA DE SU PERÍODO DE SESIONES ORDINARIAS,

EL DÍA 4 DE FEBRERO DE 1932

EXTRACTO

El siguiente texto es un mensaje del general Maximiliano Hernández Martínez a la Asamblea Nacional menos de dos semanas después de la insurrección. Es uno de esos momentos excepcionales cuando el presidente intentó explicar la naturaleza de la insurrección y las razones de la reacción del gobierno. Su discurso constituye el primer intento desde el gobierno de darle forma a la opinión pública sobre la Matanza.¹²

Dispuesto el Gobierno a dar principio al desarrollo de su amplio programa de reconstrucción en todas las esferas administrativas y a impulsar por los medios a su alcance el progreso nacional, se dio cuenta, con profunda pena, de que a los pocos días de emitido el decreto que levantaba el Estado de Sitio y cuando tenía empeñados sus esfuerzos en conjurar lo más posible los efectos de la situación económica que abate al país, los comunistas, enemigos de la paz y de su patria, se movían a escondidas, intentando hundir a la República en la más tremenda desorganización. Con pretendidos ideales de mejoramiento en favor de los campesinos y de los trabajadores en general, sorprendían su sencillez y se aprovechaban de su escasa cultura para echarlos desenfrenadamente contra las autoridades constituidas y las demás clases de la sociedad, prometiéndoles un cambio radical en las instituciones que viven al amparo de las leyes en vigor.

Descubiertos por el Gobierno los planes y actividades de los comunistas, actuó con la prontitud y energía que demandaban las circunstancias, realizando la captura de los principales cabecillas y el decomiso de gran cantidad de elementos bélicos, documentación, proclamas e instrucciones para el ataque general.

Quien haya visto todo este material de destrucción y leído los conceptos contenidos en dichas instrucciones para iniciar la lucha proyectada por esos hombres sin freno ni conciencia, ha debido sentir el más grande de los horrores y la más angustiosa de las inquietudes.

Se impuso como medida preliminar el implantamiento del Estado de Sitio en los Departamentos de la Zona de Occidente del territorio, donde se habían registrado ya sucesos amenazantes provocados por los afiliados al comunismo, y más tarde hubo de extenderse a todo el país los efectos del decreto respectivo, previendo prudentemente que la acción comunista llegara a tener mayores alcances.

No bastaron, sin embargo, las medidas precautorias tomadas por el Ejecutivo para contener los propósitos criminales de los sediciosos, y de la amenaza pasaron éstos a la violencia en día y hora de antemano señalados. En Sonsonate, Santa Tecla, Izalco, Nahuizalco, Juayúa, Sonzacate, Colón, Ahuachapán, Tacuba y muchas otras poblaciones, así como en los caminos y campos de la misma sección territorial, llevaron a cabo en gran medida su plan terrorista. La destrucción, el incendio, el asesinato de personas honorables o humildes, de autoridades militares y civiles; el ataque furioso a los cuarteles; el saqueo de establecimientos comerciales y demás tropelías semejantes, fueron los medios a que recurrieron las hordas desenfrenadas para sembrar la desolación y el pánico por todas partes. El ánimo se contrista con los detalles consignados en los informes oficiales recibidos por el Gobierno a raíz de los sucesos, y cuesta concebir siquiera los alcances que pudo tener esa ola de inauditos crímenes, si no hubiera sido atajada por la actitud enérgica, resuelta y eficaz del Ejército, de la Guardia Nacional y de la Policía, orientados por jefes expertos, que saben llegar hasta el sacrificio en el cumplimiento de su deber.

Doloroso fue para mi Gobierno el haber tenido que usar severas medidas de represión militar bajo la jurisdicción de los Consejos de Guerra; pero los cuales se hicieron indispensables para la protección de la sociedad, la propiedad y la familia, en vista del encarnizamiento y contumacia de los delincuentes.

La gran mayoría de los elementos sociales en la capital, en las cabeceras de Departamento y demás poblaciones prestó al Gobierno en esta grave emergencia una ayuda valiosa y todo su apoyo moral, ofreciéndole sus personales servicios para defender con las armas la seguridad pública, así como contribuciones en dinero, víveres, medicinas, etc., destinadas a las fuerzas de ataque y vigilancia, diseminadas en los lugares de peligro. Muy justo es también que mencione la patriótica actitud de las instituciones bancarias, de muchas casas comerciales, compañías y otras entidades, salvadoreñas y extranjeras, que en estas horas difíciles para la Nación le han demostrado su cariño y su deseo de verla libre de mayores penalidades.

Lleguen a todos las demostraciones de la gratitud más sincera de este pueblo y de su Gobierno, así como las mejores palabras de aliento de mi parte para que sus anhelos de paz y prosperidad se vean cumplidos.

Puedo decir con satisfacción que está conjurado el mayor peligro; que las autoridades mantienen el más eficaz control en toda la República y se ocupan ahora de ejecutar las medidas acordadas para que no se repitan los lamentables acontecimientos de estos días.

No debe llegar hasta aquí el trabajo impuesto por lo ocurrido. Faltará que el Gobierno y las clases dirigentes de la sociedad, unidos ante la imperiosa necesidad de asegurar al país un porvenir tranquilo y venturoso para todos, estudien y resuelvan sin demoras los problemas que plantea la relación entre el capital y el trabajo. Estos asuntos tienen al presente un carácter mundial; pero no obstante, es posible hallar aquí entre nosotros los medios que el ambiente nos sugiera para afirmar la armonía de los intereses en pugna, recurriendo a los dictados de una justicia más estricta y de modo que todos se amparen a su sombra. Con este noble fin hago un llamamiento formal a quienes corresponde poner su contribución en esta tarea que tendrá por ideales la concordia, la paz y la prosperidad de El Salvador.

DOCUMENTO 6-3

JOAQUÍN MÉNDEZ, *LOS SUCESOS COMUNISTAS, 1932*

EXTRACTOS

Estos textos extraídos del libro de Joaquín Méndez, Los sucesos comunistas de 1932 en El Salvador, ilustran la manera en que su versión de los

hechos identifica a los rebeldes como comunistas, y por ende sienta las bases de una eventual meta-narrativa de causalidad comunista. Tanto Méndez como sus informantes usaron el vocablo comunista para referirse a los rebeldes, pero la naturaleza de su comunismo nunca se explica ni contextualiza. Los párrafos siguientes también muestran como a los rebeldes se les llamó indios, que le dio vigencia a la contra-narrativa. Se han escogido tres informantes de tres municipios diferentes que reflejan el perfil típico de las personas que Méndez entrevistó – una vendedora no identificada en un mercado, un oficial del ejército, y un miembro de una elite local.¹²

[Sonsonate: Méndez entrevista a una vendedora no identificada en el mercado quien observó el ataque rebelde a la ciudad.]

Cuando oímos los primeros disparos—dice—pensamos que había llegado nuestro último momento. Ya hacía algunos días que se estaba anunciando el asalto de la población por los comunistas, y al darnos cuenta de que llegaban, pensamos que cumplirían su amenaza, no dejando con vida a nadie que fuera mayor de siete años de edad. Sólo respetarían a los niños. A nosotros nos matarían, y después incendiarían las casas. Y nada sería morir, pero no del modo que ellos matan, así como lo hicieron con los pobres policías de la aduana [...] Pero, a pesar de todo, casi no hubo familia que no estuviera lista para defenderse. En todas las casas, los padres, las madres, y hasta los hijos y las hijas, esperaban el momento de oír los primeros machetazos en las puertas. Las familias estaban armadas, con pistolas, garrotes, corvos y otras cosas. No había más remedio que vender caro el pellejo, en caso de que asaltaran las casas. [...]

CÓMO FUE ATACADO EL CUARTEL

Habían transcurrido algunos minutos de la primera hora del 23 de enero—dice el mayor Castillo—cuando se recibió un telefonema de la vecina población de Izalco, indicando que estaba amenazada por los comunistas. En vista de eso, el coronel Ernesto Bará, comandante departamental, ordenó al mayor Mariano Molina que organizara una brigada de auxilio, para acudir al lugar indicado.

Se ha comprobado—continúa—que esto era una estratagema de los rojos, que tenían el propósito de hacer salir fuerzas de esta plaza, atra-

yéndolas hacia otras de menor importancia, para hallar debilitado el cuartel en el momento que atacaran. Verá usted: tal como le ordenaron, el mayor Molina procedió a organizar la expedición, que saldría en automóviles. Se formó la tropa en el patio exterior del cuartel, mientras uno de los carros salía en busca de otros vehículos. En esas estábamos, cuando fueron apareciendo grupos de comunistas que habían venido de los alrededores y se habían reunido en la avenida (salida de la población hacia el puerto y otros lugares). El carro de los nuestros había sido interceptado por los rojos, y en él venían algunos de ellos, a la cabeza de sus huestes. Y en el preciso momento en que la comisión iba a salir, los comunistas hicieron su irrupción frente al regimiento.

Las fuerzas que estaban en espera de los automóviles, se vieron envueltas por el elemento comunista, cruzándose los primeros disparos. Luego, para ofrecer una resistencia en forma, se internaron en el cuartel; pero fue tal la confusión del momento, que junto con la comisión lograron penetrar diez y siete rojos, a quienes se descubrió después. Se procedió a cerrar la muralla, pero en ese momento el resto del contingente comunista intentó penetrar en el cuartel, siendo detenidos por el fuego de nuestra fusilería y ametralladoras. Se desbandaron, dejando dos muertos, y luego se encaminaron por dos rutas distintas: unos, por donde habían venido, y otros por la puerta noroeste del regimiento.

Los diez y siete individuos que lograron entrar, fueron pasados por las armas.

Simultáneamente con el asalto al cuartel, atacaron la aduana, por lo que no pudimos defenderla. Ya usted debe saber que los rojos mataron a la policía que hacía guardia en ese lugar, llevándose algunas armas y municiones, después de haber roto algunos bultos de mercaderías, que robaron. Cuando fueron recogidos los cadáveres de los guardias de la aduana, éstos se hallaban notablemente desfigurados, dando una idea del suplicio a que fueron sometidos. Algunos presentaban la cabeza completamente destrozada y el cuerpo lesionado hasta lo increíble. Los asesinatos se cometieron con machetes y hachas, con una ferocidad salvaje, como queda demostrado con los detalles anteriores.

[Juayúa]

En el comedor no hay nada. En una habitación que parece fue un dormitorio, algunos muebles completamente destrozados. Los armarios de luna, con las puertas rotas. En una pequeña cómoda, está escrito con yeso: “*Viva los comunistas Juayúa*”. Como quien dice, la marca de fábrica [...]

En estas amplias residencias de Juayúa, hay tanta elegancia como en las mejores de la capital.

La reservaban para el Jefe

La casa del doctor Jerez [un miembro de la elite local] está ricamente amueblada, con un gusto exquisito de persona que ha viajado mucho.

– Ya ven ustedes cómo no tocaron mi casa—dice el doctor Jerez – no obstante estar tan cerca del telégrafo, que fue el primer lugar a donde llegaron los indios. A mí me parece que esto se debió a que alguno de sus cabecillas pensaba instalarse aquí, o reservarla para la esposa que tomara. Porque usted ha de saber que ya tenían fecha señalada para escoger entre las mejores señoritas de la localidad. Pues bien, no sólo esta casa logró salvarse de la furia comunista. Hay algunas otras, en donde también hay bastante lujo, objetos de valor, en fin, todo lo necesario para atraer la atención de los indios, y también fueron respetadas por la masa enfurecida. Yo oí perfectamente cuando ya se acercaban a derribar mis puertas; y también escuché cuando uno de ellos les decía a sus compañeros: “No, allí no. Es para el jefe.” Lo cierto es que en mi casa no tocaron nada. [...]

[Nahuizalco]

Hirieron al guardia Merino.

– Como el lugar donde se encontraba el automóvil comunista que venía adelante es encallejonado, pusieron el motor a toda máquina, creyendo salvarse gracias a la velocidad. Desde el automóvil en marcha, hicieron fuego contra nuestras tropas, casi a quemarropa, hiriendo en el frontal izquierdo al guardia Timoteo Merino, quien después fue llevado al hospital de Sonsonate.

– En ese encuentro, las filas comunistas sufrieron muchas bajas, que a causa de la oscuridad no pudo apreciarse de momento.

La llegada a la población

– Terminando el encuentro, continuamos la marcha hacia Nahuizalco. A los lados del camino, había muchos comunistas que nos lanzaban piedras y luego se interponían a nuestro paso, blandiendo los machetes.

Al fin llegamos a la población, donde notamos que algunas casas habían sido incendiadas y otras saqueadas.

La oscuridad era complete; además, llovía. Por esta razón, y conociendo el espíritu rebelde de los indios, me abstuve de nombrar comisiones. Podíamos escuchar, claramente, toques de trompeta que venían de las lomas cercanas, pareciéndonos que se trataba de señales.

A la mañana siguiente, hice salir comisiones de las fuerzas a mi mando, asesorándolas de baqueanos ladinos, conocedores de todos los indígenas comunistas. Esas comisiones lograron capturar a algunos, decomisándoles lo que habían robado en el saqueo de la población y las insignias rojas que portaban. Confesaron claramente su identidad, procediéndose a ejecutarlos.

DOCUMENTO 6-4

JORGE SCHLESINGER, REVOLUCIÓN COMUNISTA: ¿GUATEMALA EN PELIGRO?, 1946 EXTRACTO

El conocido estudio de los acontecimientos de 1932, Revolución comunista: ¿Guatemala en peligro?, es un ejemplo del argumento de causalidad comunista desde la perspectiva anticomunista. De manera similar a su predecesor de derechas, Joaquín Méndez, Schlesinger emplea el vocablo comunista sin complicarse por definiciones cuando se refiere a los rebeldes. Pero también describe a los indígenas como rebeldes con una intencionalidad mucho más marcada que Méndez. En estos párrafos de la introducción, Schlesinger aclara que la intención de su libro es destacar los paralelos entre El Salvador en 1932 y Guatemala en 1946. Indica claramente que su escrito describirá el horror de la insurrección, el peligro enorme de la propaganda comunista, y la necesidad de actuar firmemente ante cualquier intento de diseminarla. Esta obra tuvo que ver tanto con la situación política guatemalteca como con 1932 en El Salvador. Después del texto de la introducción, incluimos dos extractos adicionales: una descripción general de El Salvador y una referencia breve al caso específico de Juayúa. En estas selecciones Schlesinger se refiere explícitamente

a los rebeldes como indios. La razón se encuentra en el racismo abierto de Schlesinger y su creencia de que los rasgos raciales de los indígenas les hacían susceptibles al comunismo. Si bien sus intenciones con semejante argumentación son las de categorizar al levantamiento como comunista, su racismo tiene la consecuencia irónica y no intencional de sugerir un fundamento étnico y no comunista del levantamiento.¹²

INTRODUCCIÓN

La historia de nuestros pueblos ha olvidado uno de sus capítulos más cruentos: la REVOLUCION COMUNISTA EN EL SALVADOR.

En la hora actual, pletórica de movimientos sociales y económicos, de zozobra e incertidumbre, considero necesario y urgente dar a conocer aquellos sucesos; las causas que los engendraron y su sangriento desenlace, consecuencia de la propaganda realizada entonces por agentes nacionales y extranjeros de la Tercera Internacional.

Bajo el pretexto de redimir a las masas oprimidas y explotadas, ha revivido con nuevos bríos pero idénticos artificios la propaganda peligrosa de agitación de aquella época. Ahora, como antes, agentes sospechosos recorren nuestras campiñas; invaden talleres y fábricas recrudeciendo adormecidos odios de razas y clases, inconformidad y lucha sin cuartel entre el capital y el trabajo. Entre ellos figuran hombres de antecedentes funestos, culpables de la tragedia que ha tres lustros tiñera de sangre las tierras cuscatlecas. Predican las doctrinas anarco-terroristas sin darse cuenta que no encajan en nuestro medio, donde la falta de grandes centros industriales, el exceso de tierras feraces, la escasez de brazos, la poca densidad de la población, la ausencia de capitales y del problema de la desocupación, unidos a las benignas condiciones climatéricas, se prestan a una solución fácil y pacífica de los conflictos obrero-patronales, con un mínimo de justicia social y comprensión desapasionada de los gobiernos, capitalistas, obreros y campesinos

El general Maximiliano H. Martínez déspota de doce años, después de un golpe militar encabezado por un «Directorio Militar» ('Consejo de soldados, obreros y campesinos'), llegó a la presidencia de la república.

Para congraciarse con las masas y consolidar su gobierno ilegítimo, autorizó expresamente la propaganda comunista y reconoció como asociación política al Partido Comunista, formado y financiado por el Socorro Rojo Internacional; despertando con esto la desconfianza de los países limítrofes, gobernados por los generales Jorge Ubico y Tiburcio Carías Andino, y la animadversión manifiesta de los Estados Unidos.

A última hora se vio obligado a ahogar en sangre el movimiento comunista que había tomado caracteres inusitados de violencia, y, aprovechó tal circunstancia para liquidar, al mismo tiempo, al partido del expresidente, ingeniero Arturo Araujo.

Pocos días de terror indescriptible dejaron un saldo trágico para el pueblo salvadoreño: veinticinco mil personas – obreros, campesinos, capitalistas, profesionales, ministros de los cultos, mujeres, ancianos y niños – sucumbieron, ultimados en las ciudades y los campos. Pelotones de ejecución cumplieron – día y noche – su sangrienta faena, mientras las aves de rapiña devoraban a los caídos en la lucha fratricida.

Esa – y no el mejoramiento de las condiciones del proletariado – fue la resultante de la falta de previsión y de honradez política del gobernante de facto, que impulsado por desenfrenadas ambiciones inició fatídicamente su larga dictadura, que se derrumbara, doce años después, con otro sacrificio de su pueblo.

Clemente Marroquín Rojas y Alfredo Schlesinger, me proporcionaron datos, documentos y fotografías que son la historia gráfica de la revolución roja de 1932. Con su anuencia los he utilizado, revisado y modificado para hacer el presente esbozo: “REVOLUCIÓN COMUNISTA”, exposición simple y llana de los acontecimientos, que tiene por objeto conjurar el choque violento de clases que principia a ser una realidad en Guatemala.

Esta publicación es una advertencia para los pueblos y gobiernos de Centro América; a éstos para que mejoren gradualmente – sin intromisiones extrañas – la condición de los trabajadores del campo y de la ciudad, dándoles lo que justa y legítimamente les corresponde para que no lo tomen por la fuerza; y a aquéllos, para no se dejen deslumbrar por falaces ofrecimientos de políticos interesados en asumir el poder, al costo de mucha sangre inocente, aprovechándose de la ignorancia e ingenuidad de las masas.

La agitación comunista de El Salvador se inició en la capital y en las cabeceras departamentales, donde residían los directores movimiento. Mientras sus actividades se limitaron a las ciudades eran menos peligrosas, puesto que la máxima aspiración de nuestros artesanos es independizarse y establecer sus talleres, para convertirse paulatinamente en pequeños propietarios con el producto de su trabajo.

Al diseminarse la propaganda entre los trabajadores del campo, cuya miseria es mayor, sus medios de subsistencia más difíciles, más marcada la injusticia social, general su ignorancia y acentuada credulidad, sus vehementes demandas se transformaron en una insurrección armada, para obtener por la fuerza las tierras e independencia económica que les prometieran los propagandistas.

Guatemala, país esencialmente agrícola con una mayoría de población indígena carente de tierras es un campo más peligroso aún, puesto que a la hora de la rebelión, ventilaríanse reivindicaciones de orden social y económico, desenfrenándose los odios raciales, más sangrientos e implacables.

Esto llegará a suceder, como lo presagian los hechos publicados por la prensa ocurridos en Patzicía, Villa Canales, Camotán y San Marcos, si disposiciones gubernativas oportunas no detienen el proceso de descomposición social.

Contra la esclavitud se levantó el cristianismo con la filosofía humanitaria del "Amaos los unos a los otros", que se traduce hoy en la concepción de la fraternidad universal; contra el feudalismo, surgieron las guerras medioevales; contra los privilegios de la nobleza, la revolución de 1789; contra la tiranía del zarismo, el movimiento social de 1917; y contra la opresión secular de los desposeídos, en El Salvador la revolución roja de 1932, que estallaron por la poca comprensión e inhumanidad de los dirigentes políticos de esas épocas.

Corresponde a los gobiernos de Centro América, encauzar a las masas, pacífica y gradualmente, hacia el mejoramiento de sus condiciones morales, sociales y económicas, por medio de leyes justas, asistencia y acción social adecuadas a la idiosincrasia indohispánica, promoviendo la honestidad de la familia, la pureza de costumbres, el trabajo, la libertad económica y jurídica; sin olvidar que las instituciones sociales, base de la con-

vivencia: la religión, el derecho, la familia y la propiedad, deben también protegerse para impedir el caos y la desmoralización, porque toda transición violenta de la democracia al régimen proletario destruye vidas, hacienda y cultura.

La misión de los gobiernos consiste en armonizar las relaciones entre el capital y el trabajo, e impedir la lucha de clases, cuya consecuencia será siempre un “saldo trágico”.

Han surgido – desgraciadamente – en Guatemala los primeros actos de violencia de carácter anarco-terrorista. Aún es tiempo de prevenir las consecuencias...

La Revolución Comunista de El Salvador, nos enseña hasta dónde pudo llegar un pueblo oprimido y hambriento, estimulado por promesas de inmediatas reivindicaciones sociales; y, la historia se repite... [Fin de la introducción]

Esta posición geográfica ideal, facilitó a los propagandistas del credo rojo, las relaciones estrechas con los directores del proletariado en los países hermanos, y la propaganda intensa en el mismo país; pero esas ventajas para la propalación de las doctrinas comunistas, se compensaban por el amor y la dedicación tradicional al trabajo y por una despreocupación de problemas políticos y sociales, en un setenta y cinco por ciento de sus habitantes. Sin embargo, esas peculiaridades no sirvieron para detener las actividades de los agentes comunistas por una razón contundente: Porque su prédica no se dirigió como en otros países, al proletariado de las ciudades, sino a los trabajadores del campo. El motivo de esa táctica se funda en el hecho simple y escueto, de que la nación salvadoreña es agrícola por excelencia, y por lo tanto, estando fincado su problema económico en la tierra, era más fácil encender ambiciones en quienes tienen la costumbre de enfrentarse, sin preocupaciones, a la dura realidad del trabajo.

Otro hecho característico que hace resaltar el factor geográfico en la propaganda comunista, es que ésta prendió, con mayor facilidad, en las zonas occidentales que en el oriente del país. Las causas estriban en que los campesinos del oriente, descendientes de lencas, son apáticos, de una indolencia poco menos que primitiva y que el área de las tierras disponibles para el cultivo es mayor y la población menos densa.

En cambio los campesinos de la zona occidental (departamentos de Sonsonate, Ahuachapán y Santa Ana), descendientes de los aguerridos pipiles, mames y pocomames, comunistas por atavismo y turbulentos por naturaleza, con un sesenta por ciento de pura raza indígena, reducidos a un área pequeña y de tierras ocupadas, en su mayor parte, por los llamados latifundistas, para los cultivos de café, caña de azúcar e industria ganadera, presentaban un campo propicio para aceptar la catequización de los agentes revolucionarios. A estas peculiaridades debe añadirse el hecho de que los campesinos en la región central y oriental del país son en buen número pequeños propietarios, mientras los de la zona de occidente de la misma categoría, son indios jornaleros, y aunque dueños algunos de ellos de parcelas de tierra, se aprestan por su ánimo levantisco a secundar aventuras políticas.

La ingerencia de los campesinos en la política es más efectiva en el occidente del país, a causa de que han mantenido una fuerte unidad de raza por medio de las cofradías religiosas, cuyos jefes, dentro de los cánones de un gamonalismo concentrado, han venido a detener el poder de los antiguos caciques. [...]

Martí, a su regreso de Nicaragua, planeó la revuelta de 1932. Estimó que el pueblo ya respondería al llamado; para mayor facilidad, pensó y, así expuso a sus amigos que era conveniente llevar a la presidencia de la República a un hombre que por su desconocimiento en materia de gobierno, fuera colaborador inconsciente de la causa roja. Martí no se inclinó por ninguno de los candidatos que se presentaban en el escenario político de 1930; los consideraba inadecuados para el progreso de su causa. Y fue en una discusión acalorada entre sus compañeros cuando, finalmente, señaló al ingeniero Araujo como el hombre más a propósito para permitir la realización de sus proyectos. A su sombra, explotando sus debilidades y aprovechando su desorientación, podrían llegar ellos mucho más allá de sus propósitos. Así fue como el comunismo identificó su causa con la del mencionado candidato. [...]

[Juayúa]

Vale la pena hacer mención del régimen comunista que establecieron los triunfantes guerreros: El producto del saqueo total de cuartel, al-

hóndiga y cocina para su repartición. Ahí se fabricaba todo el alimento del ejército rojo y en las piedras rústicas, mujeres honestas del pueblo, eran obligadas a moler la tortilla que serviría de alimento a los héroes.

En medio de este frenético holgorio, una racha de sensualidad se levantaba en todos los grupos de hombres lujuriosos, y sobre los hogares honrados, sobre las niñas impúberes, se cernía el terrible peso de una violación en masa. A instancias insistentes de los hombres del rojismo, las autoridades comunistas improvisadas, señalaron lo que la mente popular ha dado en llamar, *la noche de bodas*, y ésta sería la cuarta de su triunfo. Durante ella se permitirían todos los actos de barbarie. Pero los planes funestos de los lascivos soldados del Soviet, no llegaron a realizarse; los tropas, con su oportuna llegada, salvaron el honor de las moradoras de Juayúa.

DOCUMENTO 6-5

“¿CÓMO NACIÓ LA DICTADURA?” EDITORIAL DE LA TRIBUNA, 1952

Este editorial apareció en el periódico La Tribuna en 1952, para conmemorar el vigésimo aniversario de la Matanza en un momento cuando los recuerdos del derrocamiento de Martínez y el comienzo de la “revolución” de 1948 todavía eran recientes. Durante los años del reformismo militar, no era inusual que los intelectuales ofrecieran versiones alternativas de los acontecimientos de 1932. Este artículo no pone reparos en describir los horrores de la represión y explica que fue la razón que le permitió al general Martínez consolidarse en el poder. El director del periódico, Joaquín Castro Canizales, conocía muy de cerca los acontecimientos porque fue uno de los que contribuyó a colocar al general Martínez en el poder.¹²

Ya nuestro colega “La Prensa Grafica”, en su citada sección de “Hoy Hace Veinte años”, da los primeros datos de la tragedia en sus dos últimas ediciones del 23 y el 24.

La del 23 dice:

“La Comandancia General del Ejército ha ordenado a los Comandantes Departamentales que den de alta A TODOS LOS QUE TENGAN INTERESES PARTICULARES QUE DEFENDER (las mayúsculas son nuestras) para que por si mismos se defiendan de los ataques de los comunistas.”

“Quedó integrada con los señores Rodolfo Duke, Angel Guirola, Dr. Francisco A. Lima y don Tato Meardi, la Comisión que organizará al capital salvadoreño contra el comunismo, en una campana serena, enérgica y bien orientada.”

La del 24 dice:

“El Gobierno reprime con mano de hierro el movimiento comunista en Ahuachapán, Sonsonate, Colón y otros lugares. En todos estos lugares, los rojos son barridos por las fuerzas del gobierno, que domina la situación. Anoche San Salvador se mantuvo en estado de alarma. En vista de la situación y con las facilidades dadas por el Gobierno, centenares de voluntarios se presentan a los cuarteles de esta capital y se alistan en las filas anticomunistas. Las filas rojas cometen actos de verdadero vandalismo, que tiene aterrorizada a la población. En Colón fueron ultimados por los comunistas el doctor Colocho Bosque, su esposa y sus hijos, lo mismo que don Víctor Durán. La capital se mantiene en pie de emergencia”.

Parte del Manifiesto presidencial en esta hora difícil dice así:

“Puede el pueblo salvadoreño tener certeza de que el Gobierno esta capacitado para segar enérgicamente todo brote revolucionario; pero espera para ello la cooperación unánime y eficaz de todas las clases sociales, en estos momentos tan graves e inquietantes para el porvenir de la patria”.

Los párrafos arriba transcritos, reflejan por si solos, la parte global del drama. Los detalles son aún más pavorosos y mejor conviene echar un velo sobre ellos. Esos detalles hablan de ejecuciones en masa, registradas en Izalco, Nahuizalco, Ataco, Apaneca, Soyapango, etc. Señalan el cadáver del indio Ama, colgado en una ceiba en Izalco durante tres días, para escarmiento, al igual que hace 120 años fue puesta en la picota pública la cabeza del Indio Aquino en San Vicente, para escarmiento de aquellos otros que se levantaron por causas mas o menos idénticas a estas. Porque así se han resuelto, desde tiempo inmemorial, nuestros más serios problemas: cortando el mal por la raíz. Y la raíz suele ser, para estos ciegos que así obran, el ramaje ya cubierto de frutos venenosos. Y creen que arrasando con la mala cosecha, se habrá logrado todo. ¡Craso error!...

Entre nosotros, el brote comunista no era la raíz, sino la fluoración de un malestar que había sido sembrado mucho antes. Al igual que el movimiento del Indio Aquino, en el siglo pasado, no fue otra cosa que la

protesta airada en contra de los resabios de la Colonia que aún pesaban sobre los indios, en una nación que se consideraba democrática y republicana, y que había borrado de sus leyes la palabra ESCLAVITUD.

La orgía de sangre en 1932 fue cruel, espantosa. Los campesinos analfabetas, cegaban vidas inocentes allá en los campos y en las ciudades por ellos dominadas; y los ciudadanos alfabetos, organizados en un cuerpo de "Guardia Cívica", cegaban también vidas inocentes en las ciudades. Los unos, porque eran ignorantes, porque eran unos desesperados a quienes el odio tenía ciegos; los otros porque eran gente de luces, que defendía sus intereses; porque eran letrados que habían pasado por la Universidad; porque eran empleados de almacenes que defendían los intereses de sus patronos.

Aquella Ley Marcial de enero, febrero y marzo de 1932, fue aplicada con exceso en las ciudades. ¡Cuántas venganzas se saciaron en aquella ocasión! Bastaba un chisme cualquiera contra una persona, para que ésta pasase a las celdas de la Policía y de tales celdas al olvido.

Un empleado de don Juan Luders, propietario de "El Fenix", fue muerto en momentos en que salía a la acera para meter un perrito que se había quedado fuera de la casa, y dos muchachos que a las cinco y media de la mañana iban a bañarse a El Coro, fueron asimismo acribillados por los "cívicos".

Los muchachos ejercitaban su puntería en los perros, en los zopilotes y... en las pobres gentes que se descuidaban. ¡Cuántos bolitos, a quienes la borrachera había cogido en la calle, no amanecían helados, en las aceras, atravesados por las balas de los cívicos!...

Los excesos, pues, se cometieron de uno y otro lado, con la única diferencia de que aquellos – los analfabetas – obraban presa del odio y de la ira, en tanto que estos – los alfabetos – obraban con serenidad. Por eso, tiempo más tarde, cuando se conocieron los detalles de la tragedia, el país se sobrecogió de espanto y un como "complejo de culpa" se apoderó de todos aquellos que se consideraban responsables de lo sucedido y así fue como, cuando se habló de que el General Martínez era Presidente Provisional, y no Constitucional y tenía que convocar a elecciones para la elección de un sucesor, empezaron febrilmente a levantarse actas pidiendo al Congreso que le declarara Presidente Constitucional, para que terminara el periodo del Ingeniero Araujo.

En los archivos del Congreso deben estar las actas originales, con las firmas de miles de ciudadanos de todo el país, que pedían la Presidencia Constitucional para su salvador. Y debido a ese “Complejo de Culpa” colectivo, se instauró una dictadura de 13 años en el país.

¡Así es como se escribe la Historia!...

DOCUMENTO 6-6

ENRIQUE CÓRDOVA, MEMORIAS, “GENERAL MAXIMILIANO HERNÁNDEZ MARTÍNEZ”,
DÉCADA DE 1960
EXTRACTO

El siguiente escrito ha sido extraído de las memorias del Dr. Enrique Córdova, prominente abogado quien se había postulado como candidato a la presidencia en 1931. Esta es la sección donde menciona en mayor detalle la insurrección de 1932. Limita su atención a los arreglos financieros necesarios para cancelar los costos de la represión en vez de proporcionar algún análisis más extenso del levantamiento o de la masacre. En otras palabras, hace caso omiso de los acontecimientos, una práctica común en las interpretaciones desde la derecha anterior a la consolidación del anticomunismo de línea dura de las décadas de 1970 y 1980. También es notable el tono nacionalista del escrito de Córdova en relación a la decisión de Martínez de suspender la amortización de la deuda internacional después del levantamiento para disponer de fondos para sufragar los costos del orden público.¹²

Desde joven se dio a conocer el General Maximiliano Hernández Martínez como aficionado al estudio y al trabajo. Por esas cualidades, gozó de estimación, obtuvo ascensos y llegó a ser profesor de los oficiales que debían rendir examen para ascender.

Es de creer que tal condición de maestro le produjo simpatías en la oficialidad y la aspiración a la Presidencia de la República. Para obtenerla, lanzó su candidatura en las postrimerías del período presidencial del doctor Romero Bosque y, al convencerse de que no reunía partidarios en número suficiente para ganar, se unió a don Arturo, aceptando la candidatura de Vice-Presidente, según se dijo, por consejo de don Pío.

Don Arturo obtuvo el triunfo y lo nombró Ministro de Guerra. En esa posición estaba cuando el cuartelazo del 2 de diciembre de 1931 que derribó a don Arturo.

Como fue tan largo el ejercicio de la Presidencia por Martínez, me limitaré a referir solo algunos incidentes de esa interesante época de nuestra vida nacional.

Es tarea superior a mis fuerzas referir y someter a crítica todos sus actos administrativos, en que hubo mucho bueno y no poco malo. Algo he de referir, sin embargo, y con la mayor imparcialidad, pues no fui ni opositor ni partidario de ese régimen que tanto ha conmovido a la opinión pública.

Se decreta el estado de sitio y se suspende el servicio de la deuda.

Todavía bajo el período del Directorio Militar que se constituyó a la caída de don Arturo, se produjeron levantamientos comunistas en Sonsonate, Juayúa y otras poblaciones.

Los comunistas cometieron excesos, pero, batidos por las fuerzas del Gobierno, pronto fueron dominados.

Por tales desórdenes, el Gobierno decretó el Estado de Sitio y fueron capturados el líder Martí y los estudiantes Zapata y Luna, los tres fusilados poco después.

Ante el peligro comunista, el General Martínez invitó a varios capitalistas a Casa Presidencial, extendiendo la invitación al General Claramount y a mí, sin duda por haber sido Candidatos en las pasadas elecciones. Asistí a esa reunión pero no como capitalista.

Allí expuso el Presidente el peligro que con los rojos corría la sociedad y la poca confianza que tenía en que los oficiales del Ejército pudieran dominar un pronunciamiento de la tropa, si no se les equipaba de ametralladoras de mano. Leyó documentos encontrados en poder de los conspiradores y terminó su discurso pidiendo apoyo económico para la impostergable compra de ametralladoras.

Era muy bajo el precio del café y por lo tanto continuaba la crisis económica que tanto habla angustiado al Gobierno de Araujo y a los agricultores en general. Estaba entre los concurrentes el señor Jaime Hill, cafetalero en gran escala y hombre de claro talento. Pidió la palabra y le hizo ver al Presidente que la situación económica era tan abatida, que no se

podía reunir con facilidad la suma de dinero necesaria, pero que el Gobierno podía suspender el servicio del Empréstito extranjero, con toda razón, pues el Estado tiene como deber primordial el de conservar su existencia.

– Soy tenedor de bonos del Empréstito – dijo don Ángel Guirola – pero apruebo la suspensión del servicio de la deuda que ha propuesto el señor Hill, porque esa medida es patriótica.

Los demás circunstantes secundaron a una la idea.

Martínez tuvo que aceptarla; pero insistió en que se nombrara un Comité que procurara la recaudación de fondos.

Al Comité nombrado la opinión pública le dio el sobrenombre de “Comité de Salud Pública”, porque, más que en recolectar fondos, se ocupó de aconsejar medidas de seguridad...

Todos los concurrentes, en su mayor parte caficultores, se pronunciaron por la suspensión del servicio de la deuda externa y no faltó quien en aquella reunión pidiera la pena de muerte para los comunistas.

Martínez prometió que los castigaría con el rigor de la ley, pero insistió en que se recaudaran fondos para comprar ametralladoras y para tal fin creó con fecha 4 de febrero de 1932, el Consejo de Orden Público.

A sugerencia mía, se levantó un acta de la reunión, a fin de que constara que el Gobierno tenía el respaldo de todos los presentes para la suspensión del servicio de la deuda.

Con fecha 23 de enero del mismo año de 1932 se decretó la suspensión del pago de la deuda externa, siendo todavía el ingeniero Pedro S. Fonseca Sub-Secretario del Ramo de Hacienda, Encargado del Despacho. Pero días después se nombró Ministro al doctor Miguel Tomás Molina, quien, como una de sus primeras disposiciones, por Decreto de 19 de febrero, publicado en el Diario Oficial de 20 de dicho mes, dejó sin efecto “la incautación de fondos que se había decretado,” o sea la suspensión del servicio de la deuda.

No es de sorprender el deseo de pagar la deuda externa del Gobierno de Martínez. Ese Gobierno no estaba reconocido, porque en aquel tiempo había un tratado internacional que impedía el reconocimiento de Gobiernos surgidos al favor de movimientos militares y Martínez tenía en su contra que cuando el golpe se produjo era Ministro de Guerra del gobierno derribado. Naturalmente, al celo patriótico de “mantener el crédito del

país”, se agregaba el deseo de mejorar las relaciones internacionales.

Por mi parte pensaba que si se justificaba la Ley Moratoria, por la crisis que agobiaba a los deudores, la misma razón mediaba para suspender el servicio de la deuda externa.

DOCUMENTO 6-7

“¿UN ENFRENTAMIENTO ES INEVITABLE?” COLUMNA DE OPINIÓN DE SYDNEY MAZZINI EN *EL DIARIO DE HOY*, 1977

El columnista Sidney Manzini, un abogado de la región occidental, explica en esta escrito de opinión los paralelos entre las condiciones en El Salvador en 1977 y la crisis de 1932. Hacia 1977, las referencias a 1932 eran comunes y, tal como deja en claro el columnista, los recuerdos del pasado jugaron un papel destacado en defensa de una política de represión fuerte ante cualquier percepción de amenaza al estado. El columnista concluye su escrito con un llamado al ejército para que recobre el espíritu de 1932 y actúe en esos términos.¹²

El título de este artículo que escribimos: ¿Un enfrentamiento es inevitable? no es para atemorizar o para alarmar a nadie, es, sobre la base de un interrogante, que Dios mediante, no debe suceder. Pero, hay elementos de juicio, que nos llevan a pensar lo contrario: no sólo los propios pensamientos, sino los ajenos principalmente: que vamos a un inevitable enfrentamiento de lucha artificiosa de clases, o porqué no decirlo, a una guerra civil interna – sin andar con tanto rodeo ni eufemismo—de tremendas consecuencias difíciles de predecir.

Los últimos acontecimientos vienen a confirmarlo: la ‘toma’ de un ministerio sin pena ni gloria (ya que no se aplicó el flamante y nuevo código penal con sus última reformas), la serie de asesinatos de connotados hombres de bien y de humildes agentes de autoridad, las posibles ‘tomas’ de otros ministerios y de otros Altos Poderes del Estado –ya que la cosa va en escalada—hasta llegar por fin, a la última escalada, la toma del poder central, enarbolando la bandera roja internacional en Casa Presidencial, como símbolo supremo de autoridad y mando, sustituyendo la enseña gloriosa azul y blanco, tradicional bandera de nuestras luchas independentistas

que vienen desde 1811, en el lejano repicar de campanas de un 5 de noviembre. Caeremos entonces bajo la sangrienta tiranía de la llamada “dictadura del proletariado”, igual que en Cuba, Viet Nam, Cambodia, etc. con la secuela de muerte, miseria y atrocidades sin fin.

La cosa no es para menos, ni verla de reojo. A toda hora, se habla y se comenta a todas voces y tonos, en calles, plazas y corrillos profesionales, establecimientos comerciales, en la intimidad de los hogares, etc. Se comenta que la situación va de mal en peor, que hay carencia de autoridad y de orden, que la vida se torna invivible. Estamos bajo una fuerte tensión nerviosa, hay zozobra, intranquilidad, no hay paz, y al parecer, las promesas hechas, no se han cumplido. No se trabaja en la misma forma que antes, no hay seguridad, el futuro de El Salvador es incierto. El signo de las inversiones va en baja, ya nadie piensa invertir, y si es posible, quieren sacar el dinero fuera, vender propiedades, etc. Esta es la realidad dentro de una crítica constructiva, no es exageración.

La situación es peor a la de 1932, porque ahora el poder empieza a ceder, empieza a ‘tomarse’, la correlación de fuerzas a favor del marxismo va en aumento, a pesar de las ‘mayorías silenciosas’. Sabemos que en 1932 se produjo un grave enfrentamiento, una guerra civil de 100 horas con incalculables bajas. El enfrentamiento que desgraciadamente se vislumbra será de mayores proporciones, corregido y aumentado. Las cosas se están asemejando a las que ocurrieron en Chile en tiempo de Allende, o se empiezan a parecer a las del Líbano que derivaron en una cruenta guerra civil, que todavía se mantiene y no termina nunca. Su ejército no hizo nada por controlar la crisis que se avecinaba – bajo el principio que vale más prevenir que curar – y ahora el país, Líbano, ha sido invadido por Siria, Israel, o por las tropas de la Liga Árabe. La matanza y la destrucción han sido inimaginables. De un pie floreciente y progresista como era el Líbano, se ha convertido en poco menos que una piltrafa humana.

En la gran manifestación de duelo de miles de personas que acompañamos los restos mortales de quien en vida fuera, Raúl Molina Cañas, se corearon varias consignas y una de ellas decía: “El pueblo quiere paz, gobierno, ¿dónde estás?” Esta es una prueba elocuente del estado anímico por el que atraviesa la ciudadanía en general. La verdad, y esto hay que puntualizarlo bien, no se trata de ir en defensa de intereses mezquinos de

clase, de una mal llamada oligarquía o burguesía egoísta, que sólo existen en las mentes enfermas de los acomplejados o resentidos sociales. No. Lo que sí interesa por sobre todas las cosas, es salvar a la Patria, salvar a El Salvador, de esta nueva marejada del mal, de esta encrucijada difícil en que vive y porque atraviesa la República. Se deben hacer a un lado, no tomar en cuenta siquiera, famosas imágenes o el que dirán en el exterior, o los ‘consejos’ impartidos desde fuera, dentro de los ‘paquetes’ de los mentados ‘derechos humanos’, que tanto daño están causando y causarán a los pueblos y sus economías de Latino-América, todo en beneficio de la causa del imperialismo soviético que sólo espera que caigan una a una cada República de Latino América, para convertirnos en colonias o satélites igual que Cuba, Angola, Mozambique, Etiopía, etc. entre las últimas.

Esperamos y tenemos fe (todavía hay un margen) que las cosas no van a ocurrir así. Que seremos salvados una vez más, por nuestro querido colocho y las F.A. y que estabilizaremos por unos cuarenta años más, una era de paz, de trabajo y de progreso.

Estamos ante una coyuntura seria, que es a la vez solución. O seguimos como vamos de mal en peor, de tumbo en tumbo, de crimen en crimen, coexistiendo con el “sistema” que nos va a destruir definitivamente, sin disparar un tiro con los brazos cruzados, o se usa el arma legal que señala y ordena la Constitución Política en su vigor y ejecutividad. El Artículo de la Constitución a aplicarse es el 112 que reza en lo esencial. “La Fuerza Armada está instituida para defender la integridad del territorio y la Soberanía de la República, hacer cumplir la ley, mantener el orden público y garantizar los derechos constitucionales”. Entre los últimos derechos – auténticamente humanos – son los fijados en el Art. 163 que reza, en mayúscula: “**TODOS LOS HABITANTES DE EL SALVADOR TIENEN EL DERECHO A SER PROTEGIDOS EN LA CONSERVACIÓN Y DEFENSA DE SU VIDA, HONOR, LIBERTAD, TRABAJO, PROPIEDAD, Y POSESIÓN**”. Nada más: tiene la palabra el Comandante General de la Fuerza Armada. Que Dios lo ilumine, salvando a nuestra Patria y a nuestro pueblo, de un enfrentamiento entre salvadoreños que parece inevitable.



BIBLIOGRAFÍA

Libros

- Adleman, Jeremy, *Sovereignty and Revolution in the Iberian Atlantic*. Princeton: Princeton University Press, 2006.
- Aguirre Cardona, Francisco Osmín. *La historia constitucional de El Salvador y el movimiento unionista centro americano*. Talca. Chile: Talleres Gráficos Poblete, 1954.
- Alas García, José. *Historia para el Tercer Curso de Plan Básico*. Cuarta Edición. Santa Ana. El Salvador: Tipografía Comercial, 1960.
- Alegría, Claribel. *Cenizas de Izalco*. Barcelona: Seix Barral, 1966; publicado en inglés como *Ashes of Izalco*. Willimantic. CT: Curbstone Press, 1989.
- Alemán Bolaños, Gustavo. *El oso ruso: historia novelada del primer levantamiento comunista en América*. Managua: Editorial Atlántida, 1944.
- Allende, Isabel. *Mi país inventado: Un paseo nostálgico por Chile*. New York: Rayo, 2003.
- Alvarado, Eliva. and Medea Benjamin. *Don't be Afraid Gringo: A Honduran Woman Speaks from the Heart. the Story of Elvia Alvarado*. San Francisco: Institute for Food and Development Policy, 1987.
- Alvarenga, Luis. *El ciervo perseguido*. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 2003.
- Alvarenga, Patricia. *Cultura y ética de la violencia. El Salvador 1880-1932*. San José: EDUCA, 1996.
- Amadiume, Iffi. and Naim. 'Abd Allah Ahmad. *Politics of Memory: Truth. Healing and Social Justice*. London: Zed Books, 2000.
- America's Watch. *El Salvador's Decade of Terror: Human Rights Since the Assassination of Archbishop Romero*. New Haven: Yale University Press, 1991.
- Americas Watch Committee. *Analysis of the Department of State Report on the Situation in El Salvador*. NY: Americas Watch Committee, 1983.
- Amnesty International. *El Salvador: 'Death Squads'— A Government Strategy*. London: Amnesty International, 1988.
- Anderson, Benedict. *Comunidades imgainadas: Reflexiones sobre el origen y la diffusion del nacionalismo*. México: DFE, 1993, publicado originalmente en inglés como, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London: Verso, 1983.
- Anderson, Thomas. *El Salvador 1932: Los sucesos politicos*. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, CONCULTURA, 2001; publicado originalmente en inglés como, *La Matanza: El Salvador's Communist Revolt of 1932*. Lincoln: University of Nebraska Press, 1971.

- _____. *La guerra de los desposeídos: Honduras y El Salvador, 1969*. San Salvador: UCA Editores, 1984; publicado originalmente en inglés como, *The War of the Dispossessed: Honduras and El Salvador, 1969*. Lincoln: University of Nebraska Press, 1981.
- Arias Gómez, Jorge et al. *El Proceso Político Centroamericano*. San Salvador: Editorial Universitaria, 1964. Esta publicación recoge el Seminario de Historia Contemporánea de Centroamérica reunido en 1963.
- _____. *En memoria de Roque Dalton*. San Salvador: Editorial Memoria, 1999.
- _____. *Farabundo Martí*. San José. Costa Rica: EDUCA 1972. Edición segunda, 1996.
- Arias, Arturo. *The Rigoberta Menchú Controversy*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2001.
- Armstrong, Robert, and Janet Shenk. *El Salvador. The Face of Revolution*. Boston: South End Press, 1982.
- Ashplant, T. G., Graham Dawson. and Michael Roper. *Commemorating War: The Politics of Memory*. New Brunswick. NJ: Transaction Publishers, 2004.
- Assmann, Jan. *Moses the Egyptian: The Memory of Egypt in Western Monotheism*. Cambridge. MA: Harvard University Press, 1997.
- Bakhtin, Mikhail. *The Dialogic Imagination: Four Essays*. Austin: University of Texas Press, 1981.
- Baloyra, Enrique. *El Salvador in Transition*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1982.
- Barón Castro, Rodolfo. *La población de El Salvador*. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 2002.
- Barrios de Chungara, Domitilia and Moema Viezzer. *Let me Speak!: Testimony of Domitilia. a Woman in the Bolivian Mines*. NY: Monthly Review Press, 1978.
- Bartov, Omer, Atina Grossmann and Mary Nolan. *Crimes of War: Guilt and Denial in the Twentieth Century*. NY: W.W. Norton, 2002.
- Beals, Carleton. *Banana Gold*. Philadelphia: J.B. Lippincott Co., 1932.
- Berryman, Phillip. *The Religious Roots of Rebellion: Christians in Central American Revolutions*. Marynoll. NY: Orbis Books, 1984.
- Bethell, Leslie and Ian Roxborough. *Latin America Between the Second World War and the Cold War*. NY: Cambridge University Press, 1992.
- Binford, Leigh. *El Mozote: Vidas y memorias*. San Salvador: UCA Editores, 1997, publicado originalmente en inglés como *The El Mozote Massacre: Anthropology and Human Rights*. Tucson: University of Arizona Press, 1996.
- Bonner, Raymond. *Weakness and Deceit: U.S. Policy and El Salvador*. NY: Times Books, 1984.
- Borges, Jorge Luis. "La Noche de los Dones," *El Libro de Arena*. Buenos Aires: Emecé Editores, 1975, traducido en inglés como. *The Book of Sand*. por Norma Di Giovanni,. NY: E.P. Dutton, 1977.
- Browning, David. *El Salvador: La tierra y el hombre*. San Salvador: Ministerio de Educación, 1975, publicado originalmente en inglés como *El Salvador: Landscape and Society*. Oxford: Clarendon Press, 1971.
- Buckley, Tom. *Violent Neighbors*. New York: Crown, 1984.

- Buezo, Rodolfo. *Sangre de Hermanos*. Havana: Editorial Universal, 1944.
- Bulmer-Thomas, Victor. *The Political Economy of Central America Since 1920*. Cambridge: Cambridge University Press, 1987.
- Bustamante Maceo, Gregorio. *Historia Militar de El Salvador*. San Salvador: Imprenta Nacional, 1951. Primer edición: 1935.
- Byrne, Hugh. *El Salvador's Civil War: A Study of Revolution*. Boulder. CO: Lynne Rienner, 1996.
- Cañas Dinarte, Carlos. *Diccionario de autoras y autores de El Salvador*. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, CONCULTURA, 2002.
- Castellanos, Juan Mario. *El Salvador 1930-1960: Antecedentes históricas de la guerra civil*. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 2001.
- Castro Morán, Mariano. *Función política del ejército Salvadoreño en el presente siglo*. San Salvador: UCA Editores, 1984.
- Castro Ramírez, Manuel. *Camino de la Esperanza*. Artículos. Discursos y Conferencias. San Salvador: Talleres Gráficos Cisneros, 1945.
- Cienfuegos, Fermán, pseudónimo de Eduardo Sancho. *Crónica entre los espejos*, 2nd ed. San Salvador: UFG Editores, 2003.
- Ching, Erik, Carolos Gregorio López Bernal y Virginia Tilley. *Las masas, la matanza y el martinato: Ensayos sobre 1932* (San Salvador: UCA Editores, 2007).
- Colindres, Eduardo. *Fundamentos económicos de la burguesía salvadoreña*. San Salvador: UCA Editores, 1997.
- Coombs, Annie. *History After Apartheid: Visual Culture and Public Memory in a Democratic South Africa*. Durham: Duke University Press, 2003.
- Córdova, Enrique. *Miradas Retrospectivas*. San Salvador: Imprenta Ricaldone, 1993.
- Cuenca, Abel. *El Salvador: Una democracia cafetalera*. México: Ala Revolucionaria Radical Centro Editorial, 1962.
- Cullather, Nick. *Secret history: the CIA's classified account of its operations in Guatemala, 1952-1954*. Stanford. Calif.: Stanford University Press, 1999.
- Dalton, Roque. *Clandestine Poems: Poemas Clandestinos*. Barbara Paschke. ed.. Willimantic. CT: Curbstone Press, 1990.
- _____. René Depestre. Edmundo Desnoes. Roberto Fernández Retamar. Ambrosio Fornet and Carlos María Gutierrez. *El Intelectual y la Sociedad*. México D.F.: Siglo XXI Editores, 1969.
- _____. *El Salvador*. La Habana: Casa de las Américas, 1963.
- _____. *El Salvador: Monografía*. La Habana: Enciclopedia popular, 1965.
- _____. *En la humedad del secreto: Antología poética de Roque Dalton*. Rafael-Lara Martínez ed.. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 1994.
- _____. *La ventana en el rostro*. México. D.F.: Ediciones De Andrea, 1961.
- _____. *Las Historias Prohibidas del Pulgarcito*. México: Siglo Veintiuno Editores, 1974.
- _____. *Miguel Mármol*. Kathleen Ross and Richard Schaaf trans., Willimantic. CT: Curbstone Press, 1987.
- _____. *Miguel Mármol: los sucesos de 1932 en El Salvador*. San José. Costa Rica: EDUCA 1972.

- _____. *Pobrecito poeta que era yo....* San José. Costa Rica: EDUCA, 1976.
- _____. *Poemas Clandestinos*. EDUCA: San José. Costa Rica, 1976.
- _____. *Poems*. Richard Schaaf. trans.. Willimantic. CT: Curbstone Press, 1984.
- _____. *Poetry and Militancy in Latin America*. Arlene Scully and James Scully trans. Willimantic. CT: Curbstone Press, 1981.
- _____. *Recopilación de textos sobre Roque Dalton*. La Habana: Casa de las Américas, 1986.
- _____. *Small Hours of the Night: Selected Poems of Roque Dalton*. Hardie St. Martin ed.. Willimantic. CT: Curbstone Press, 1996.
- Danner, Mark. *Luciérnigas en El Mozote*. San Salvador: Museo de la Palabra, 1996, publicado originalmente en inglés como *The Massacre at El Mozote*. NY: Vintage, 1994.
- Dennis, Marie. Renny Golden. y Scott Wright. *Oscar Romero: Reflections on his Life and Writings*. Maryknoll. NY: Orbis, 2001.
- Depestre, René. Edmundo Desnoes. Roberto Fernández Retamar. Ambrosio Fornet y Carlos María Gutierrez. *El Intelectual y la Sociedad*. México D.F.: Siglo XXI Editores, 1969.
- Díaz Lozano, Argentina. *Aquí viene un hombre*. 2ª Edition. México: B. Costa-Amic, 1968.
- Diskin, Martin. *The Impact of U.S. Policy in El Salvador, 1979-1985*. Berkeley: Institute of International Studies. University of California, 1986.
- Duarte, José Napoleón. *Duarte: My Story*. NY: G.P. Putnam's Sons, 1986.
- Dunkerley, James. *The Long War: Dictatorship and Revolution in El Salvador*. London: Junction Books, 1982.
- Durham, William. *Escasez y sobrevivencia: orígenes ecológicas de la guerra de fútbol*. San Salvador: UCA Editores, 1988; publicado originalmente en inglés como *Scarcity and Survival: The Ecological Origins of the Soccer War*. Stanford: Stanford University Press, 1979.
- Edkins, Jenny. *Trauma and the Memory of Politics*. Cambridge: Cambridge University Press, 2003.
- Ely, Geoff. *The Goldhagen Effect: History. Memory. Nazism—Facing the German Past*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 2000.
- El Salvador, Office of the President, *Maquinaciones contra el estado: Comunismo y reacción pretendieron subvertir el orden in el país*. San Salvador: Imprenta Nacional, 1951.
- _____. Ministerio de Educación. *Historia de El Salvador*. 2 Vols. San Salvador: Ministerio de Educación, 1994.
- Fabre, Geneviève. y Robert G. O'Meally. *History and Memory in African American Culture*. NY: Oxford University Press, 1994.
- Faulkner, William. *Requiem for a Nun*. NY: Vintage, 1975.
- Fernández, José Antonio. *Pintando el mundo de azul*. San Salvador: Concultura, 2003.
- Fitzpatrick, Ellen. *History's Memory: Writing America's Past, 1880-1980*. Cambridge.

- MA: Harvard University Press, 2002.
- Galeano, Eduardo. *Memoria del fuego*. Madrid: Siglo Veintiuno, 1984-1986.
- Gallardo, Ricardo. *Las Constituciones de El Salvador*. Madrid: Ediciones Cultura Hispanica, 1973.
- García Verzi, Horacio, *Recopilación de textos sobre Roque Dalton* (La Habana: Casa de las Américas, 1986).
- Gelbspan, Ross. *Break-ins. Death Threats and the FBI: The Covert War Against the Central America Movement*. Boston: Southend Press, 1991.
- Geoffroy Rivas, Pedro. *Vida, pasión y muerte del anti-hombre*. San Salvador: Dirección de Publicaciones, 1978 [1936].
- Gómez, Ana Margarita and Sajid Alfredo Herrera. eds. *Mestizaje. poder y sociedad: ensayos de historia colonial de las provincias de San Salvador y Sonsonate*. San Salvador: FLACSO, 2003.
- González Ruiz, Ricardo. *El Salvador de Hoy*. San Salvador: Talleres Martínez, 1952.
- Gould, Jeff. *El mito de la "Nicaragua mestiza" y la resistencia indígena, 1880-1980*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1997, publicado originalmente en inglés como, *To Die in this Way: Nicaraguan Indians and the Myth of Mestizaje, 1880-1965*. Durham: Duke University Press, 1998.
- Gould y Lauria 1932: *Rebelión en la oscuridad*. San Salvador: Museo de la Palabra y la Imágen, 2008; publicado originalmente en inglés como *To Rise in Darkness: Revolution, Repression and Memory in El Salvador, 1920-1932*. Durham: Duke University Press, 2008.
- Gudmunson, Lowell and Héctor Lindo-Fuentes. *Central America 1821-1871: Liberalism Before Liberal Reforms*. Tuscaloosa: University of Alabama Press, 1995.
- Gugleberger, Georg. ed.. *The Real Thing: Testimonial Discourse and Latin America*. Durham: Duke University Press, 1996.
- Halbwachs, Maurice. *On Collective Memory*. Lewis A. Coser. Trans.. Chicago: University Of Chicago Press, 1992.
- Hamilton, Carolyn. *Terrific Majesty: The Powers of Shaka Zulu and the Limits of Historical Invention*. Harvard: Harvard University Press, 1998.
- Handy, Jim. *Revolution in the countryside: rural conflict and agrarian reform in Guatemala, 1944-1954*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1994.
- Hart, Stephen, y Richard Young. *Contemporary Latin American Cultural Studies*. London: Arnold, 2003.
- Herzog, Dagmar. *Sex After Fascism: Memory and Morality in Twentieth-Century Germany*. Princeton: Princeton University Press, 2005.
- Hilberg, Raul. *The Politics of Memory: The Journey of a Holocaust Historian*. Chicago: Ivan R. Dee, 1996.
- Hirsch, Herbert. *Genocide and the Politics of Memory: Studying Death to Preserve Life*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1995.
- Hixson, Walter. *Historical Memory and Representations of the Vietnam War*. NY: Garland, 2000.
- Hobsbawm, E. J. and T. O. Ranger. *The Invention of Tradition*. Cambridge: Cambridge University Press, 1983.

- Hodgkin, Katharine. *Contested Pasts: The Politics of Memory*. NY: Routledge, 2003.
- Holden, Robert. *Armies Without Nations: Public Violence and State Formation in Central America, 1821-1960*. Oxford: Oxford University Press, 2004.
- Immerman, Richard H. *The CIA in Guatemala: The Foreign Policy of Intervention*. Austin: University of Texas Press, 1983.
- Jiménez Pérez, Eddy. *La Guerra no fue de fútbol*. La Habana: Casa de las Americas, 1974.
- Johnson, Lyman. ed. *Death, Dismemberment and Memory: Body Politics in Latin America*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 2004.
- Kagan, Robert. *A Twilight Struggle: American Power and Nicaragua, 1977-1990*. NY: Free Press, 1996.
- Kaiser, Susana. *Postmemories of Terror: A New Generation Copes with the Legacy of the "Dirty War."* NY: Palgrave, 2005.
- Kinzer, Stephen. and Stephen Schlesinger. *Fruta amarga*. México: Siglo Veintiuno Editores, 1982, publicado originalmente en inglés como *Bitter Fruit*. Garden City. NY: Doubleday, 1982.
- Kramer, Jane. *The Politics of Memory: Looking for Germany in the New Germany*. NY: Random House, 1996.
- Krehm, William. *Democracias y tiranías en el Caribe*. México: Unión Democrática Centroamericana: 1949; publicado en inglés como, *Democracies and Tyrannies in the Caribbean*. Westport. CT: Lawrence Hill, 1984.
- Kuny Mena, Enrique and Carlos Cañas Dinarte. *Centuria: los hechos y personajes del siglo XX en El Salvador*. San Salvador: El Diario de Hoy, 1999.
- Lara-Martínez, Rafael. *La tormenta entre las manos*. San Salvador: Dirección de Publicaciones, 2000.
- Lara-Martínez, Rafael y Dennis Seager, eds. *Otros Roques. Ensayos sobre la poética múltiple de Roque Dalton*. New Orleans: U. P. of the South, 1999.
- Larde y Larín, Jorge. *El Salvador. Historia de sus pueblos villas y ciudades*. San Salvador: Departamento Editorial, 1957.
- Lauria, Aldo y Leigh Binford. eds. *Landscapes of Struggle: Politics, Society and Community in El Salvador*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2005.
- Lauria, Aldo. *Una república agraria: los campesinos en la economía y la política de El Salvador en el siglo XIX*. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, CONCULTURA, 2003; publicado originalmente en inglés como, *An Agrarian Republic: Commercial Agriculture and the Politics of Peasant Communities in El Salvador, 1823-1914*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1999.
- Leiken, Robert S. and Barry Rubin eds. *The Central American Crisis Reader*. New York: Summit Books, 1987.
- Leonard, Thomas. *Central America and the United States: The Search for Stability*. Athens: University of Georgia Press, 1991.
- Lewis, Oscar. *Los hijos de Sánchez: autobiografía de una familia Mexicana*. México: Editorial Joaquín Mortiz, 1965, publicado originalmente en inglés como, *The Children of Sanchez: Autobiography of a Mexican Family*. NY: Random House, 1961.

- Lindo-Fuentes, Héctor. *La economía de El Salvador en el siglo XIX*. Dirección de publicaciones y Impresos, 2002, publicado originalmente en inglés como *Weak Foundations: The Economy of El Salvador in the Nineteenth Century, 1821-1898*. Berkeley: University of California Press, 1990.
- Lissagaray, Prosper-Olivier. *History of the Commune of 1871*. Translated by Eleanor M. Aveling. London: Reeves and Turner, 1886 [1876].
- Lynch, John. *Revolutions in Spanish America, 1808-1826*. NY: W.W. Norton, 1986 [1973].
- Machón Vilanova, Francisco. *Ola roja*. México: el autor, 1948.
- MacLeod, Murdo. *Spanish Central America: A Socioeconomic History, 1520-1720*. Berkeley: University of California Press, 1973.
- Magaña, Alvaro, ed. *El Salvador; La República*, 2 vols. San Salvador: Fomento Cultural Banco Agrícola, 2000.
- Martínez-Peñate, Oscar. *El Salvador: Historia general*. San Salvador: Editorial Nuevo Enfoque, 2002.
- Marx, Karl y Friedrich Engels. *The Communist Manifesto*. NY: Bantam Books, 1992.
- Menchú, Rigoberta. *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*. México: Siglo XXI, 1983; publicado en inglés como *I Rigoberta Menchu: An Indian Woman in Guatemala*. London: Verso, 1984.
- Méndez, Joaquín. *Los sucesos comunistas en El Salvador*. San Salvador: Imprenta Funes y Ungo, 1932.
- Menjívar, Rafael. *Tiempos de Locura: El Salvador, 1979-1981*, 2nd ed., San Salvador: FLACSO, 2006.
- Mestas, Alberto de. *El Salvador: país de lagos y volcanes*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1950.
- Minc, Rose. ed.. *Literature in Transition: The Many Voices of the Caribbean Area*. College Park: MD: Hispamérica & Montclair State College, 1982.
- Montgomery, Tommie Sue. *Revolution in El Salvador: From Civil Strife to Civil Peace*, 2nd ed. Boulder: Westview, 1995.
- Müller, Jan-Werner, ed. *Memory and Power in Post-War Europe: Studies in the Presence of the Past*. Cambridge: Cambridge University Press, 2002.
- Naciones Unidas. *De la locura a la esperanza: la guerra de 12 años en El Salvador*. Comisión de la Verdad para El Salvador. San José: DEI, 1993, publicado en inglés como *From Madness to Hope: The 12-Year War in El Salvador: Report of the Commission on the Truth for El Salvador*. NY: The United Nations and El Salvador, 1993.
- Nin, Anais. *The Diary of Anais Nin, 1944-47*. NY: Harcourt Brace Jovanovich, 1971.
- Osagia, Iyunolu Folayan. *The Amistad Revolt: Memory, Slavery and the Politics of Identity in the United States and Sierra Leone*. Athens: University of Georgia Press, 2000.
- Panama_Sandoval, David Ernesto. *Los guerreros de la libertad*. Andover. MA: Versal Books, 2005.
- Parker, D. S.. *The Idea of the Middle Class: White Collar Workers and Peruvian Society, 1900-1950*. University Park. PA: Penn State University Press, 1998.

- Parkman, Patricia. *Insurrección no violenta en El Salvador: la caída de Maximiliano Hernández Martínez*. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, CONCULTURA, 2003; publicado originalmente en inglés como *Nonviolent Insurrection in El Salvador: The Fall of Maximiliano Hernández-Martínez*. Tucson: University of Arizona Press, 1988.
- Partido Comunista de El Salvador. *45 Años de sacrificada lucha revolucionaria*, 2nd ed. San Salvador: Publicaciones del Partido Comunista de El Salvador. marzo, 1976 [escrito originalmente en marzo de 1975].
- Popkin, Margaret. *Peace without Justice: Obstacles to Building the Rule of Law in Salvador*. University Park. PA: Penn State University Press, 2000.
- Prisk, Courtney, ed. *The Comandante Speaks: Memoirs of an El Salvadoran Guerrilla Leader*. Boulder. CO: Westview Press, 1991.
- Ricoeur, Paul. *Memory, History, Forgetting*. Chicago: University of Chicago Press, 2004.
- Rock, David, ed. *Latin America in the 1940's: War and Postwar Transitions*. Berkeley : University of California Press, 1994.
- Rodríguez, Mario. *The Cádiz Experiment in Central America, 1808-1826*. Berkeley: University of California Press, 1978.
- Rosenfeld, Alvin. *Thinking About the Holocaust After Half a Century*. Bloomington: Indiana University Press, 1997.
- Said, Edward. *Orientalism*. NY: Pantheon, 1978.
- Sáenz, Vicente. *Rompiendo Cadenas: Las del imperialismo norteamericano en Centro América*. México: CIADE, 1933.
- Saussure, Ferdinand de. *Curso de lingüística general* (Buenos Aires: Editorial Losada, 1945), publicado originalmente en francés como *Cours de linguistique générale* (Paris: Payot, 1916).
- Schacter, Daniel. *The Seven Sins of Memory. How the Mind Forgets and Remembers*. New York: Houghton Mifflin, 2001.
- Schlesinger, Jorge. *Revolución Comunista. ¿Guatemala en peligro?* Guatemala: Unión Tipográfica Castañeda Avila, 1946.
- Shanahan, Timothy. *Philosophy 9/11: Thinking About the War on Terror*. Chicago: Open Court, 2005.
- Sherman, William. *Forced Native Labor in Sixteenth-Century Central America*. Lincoln: University of Nebraska Press, 1979.
- Smith, Kathleen. *Mythmaking in the New Russia: Politics and Memory in the Yelstin Era*. Ithaca: Cornell University Press, 2002.
- Sommer, Doris. *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America*. Berkeley: University of California Press, 1991.
- Stanley, William. *The Protection Racket State: Elite Politics. Military Extortion and Civil War in El Salvador*. Philadelphia: Temple University Press, 1996.
- Sturken, Marita. *Tangled Memories: The Vietnam War. the AIDS Epidemic and the Politics of Remembering*. Berkeley: University of California Press, 1997.
- Stoll, David. *Rigoberta Menchú and the Story of all Poor Guatemalans*. Boulder. CO: Westview Press, 1998.

- Tagore, Rabindranath. *Mis Recuerdos*. España: Ediciones del Viento 2008.
- Tilley, Virginia. *Seeing Indians: A Study of Race, Nation and Power in El Salvador*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 2005.
- Tirado, Thomas. *Celsa's World: Conversations with a Mexican Peasant Woman*. Tempe: Center for Latin American Studies. Arizona State University, 1991.
- Trouillot, Michel-Rolph. *Silencing the Past: Power and the Production of History*. Boston: Beacon Press, 1995.
- Tschiffely, A.F. *Southern Cross to Pole Star: Tschiffely's Ride*. London: William Heinemann, 1933 [2da edición].
- Turcios, Roberto. *Autoritarismo y modernización: El Salvador, 1950-1960*. San Salvador: Concultura, 2003 [1993].
- _____. *Los primeros patriotas: San Salvador, 1811*. San Salvador: Ediciones Tendencias, 1995.
- Tyson, Timothy. *Blood Done Sign my Name*. NY: Three Rivers Press, 2004.
- Valle, Victor. *Siembra de Vientos: El Salvador, 1960-69*. San Salvador: CINAS, 1993.
- Vásquez, Mario R. *Bibliografía Histórica de El Salvador*. San Salvador: Editorial Universitaria, 1995.
- Walker, Thomas. *Revolution and Counterrevolution in Nicaragua*. Boulder: Westview Press, 1991.
- Wallström, Tord. *A Wayfarer in Central America*. London: Arthur Barker Ltd., 1955.
- Walter, Knut. *Las Fuerzas armadas y el acuerdo de paz: la transformación necesaria del ejército salvadoreño*. San Salvador: Fundación Friedrich Ebert, 1997.
- Webre, Stephan. *Jose Napoleon Duarte and the Christian Democratic Party in Salvadoran Politics , 1960-1972*. Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1979.
- Whitfield, Theresa. *Pagando el precio: Ignacio Ellacuría y el asesinato de los jesuitas en El Salvador*. San Salvador: UCA Editores, 1998, publicado originalmente en inglés como *Paying the Price: Ignacio Ellacuría and the Murdered Jesuits of El Salvador*. Philadelphia: Temple University Press, 1994.
- Williams, Philip J. and Knut Walter. *Militarization and Demilitarization in El Salvador's Transition to Democracy*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1997.
- Williams, Robert. *States and Social: Coffee and the Rise of National Governments in Central America*. Chapel Hill: University of North Carolina Press 1994.
- Wood, Elisabeth Jean. *Insurgent Collective Action and Civil War in El Salvador*. Cambridge: Cambridge University Press, 2003.
- Wortman, Miles. *Government and Society in Central America, 1680-1840*. NY: Columbia University Press, 1982.
- Wright, Tom. *Latin America in the Era of the Cuban Revolution..* Westport. Conn: Praeger, 2001.
- Yuhl, Stephanie. *The Golden Haze of Memory: The Making of Historic Charleston*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2005.
- Zamora, Rubén. *La izquierda partidaria Salvadoreña: entre la identidad y el poder*. San Salvador: FLACSO, 2003.

Artículos y capítulos

Adams, Richard. "The Conquest Tradition of Meso-America". *The Americas*, 46:2 (October, 1989).

Alvarenga, Patricia. "Los indígenas y el Estado: alianzas y estrategias políticas en la construcción del poder local en El Salvador, 1920-1944", in Euraque, Darío, et. al., (eds.), *Memorias del mestizaje: cultura política en Centroamérica de 1920 al presente*. Antigua, Guatemala: CIRMA, 2004. Pp. 363-394.

Armijo, Roberto. "Recordando a Juan Felipe Toruño". *Diario CoLatino III*, 4 de mayo de 1996.

Arrieta Gallegos, Valentín, S.J. "Hacia una construcción urgente del orden social en Centroamérica". *Estudios Centro Americanos* 1:3 (junio de 1946).

Bet-El, Ilana R. "Unimagined communities: the power of memory and the conflict in the former Yugoslavia". en Jan-Werner Müller. *Memory and Power in Post-War Europe: Studies in the Presence of the Past* (Cambridge: Cambridge University Press, 2002).

Camino, Juan del. "Estampas. Pensemos en El Salvador", *Repertorio Americano* XXIV:4 (January 30, 1932).

Canales, Tirso "La Generación Comprometida y su tiempo (1956-1996)". *Realidad y Reflexión* 3:8 (Segundo Cuatrimestre 2003).

Cañas Dinarte, Carlos. "Roque Dalton". en *Diccionario de Autoras y Autores de El Salvador* (San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 2003).

Canby, Peter. "The Truth About Rigoberta Menchú". *The New York Review of Books* 46:6 (April, 8, 1999).

Chávez Velasco, Waldo. "Discurso del Dr. Waldo Chávez Velasco en su ingreso como Miembro de Número a la Honorable Academia Salvadoreña de la Lengua correspondiente de la Real Academia de la Lengua Española". San Salvador, 30 de agosto de 2002.

Ching, Erik, and Virginia Tilley. "Indians, the Military and the Rebellion of 1932 in El Salvador". *Journal of Latin American Studies* 30 (1998): 121-56; traducido a español en Ching, Erik, *Las masas, la matanza y el martinato*.

Ching, Erik. "In Search of the Party: The Communist Party, the Comintern and the Peasant Rebellion of 1932 in El Salvador". *The Americas* 55:2 (October, 1998); traducido a español en Ching, Erik, *Las masas, la matanza y el martinato*.

"Patronage and Politics under General Maximiliano Hernández-Martínez, 1931-1939: The Local Roots of Military Authoritarianism in El Salvador". en Lauria, Aldo and Leigh Binford, (eds.), *Landscapes of Struggle: Politics, Society and Community in El Salvador* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2005), pp. 50-70; traducido a español en Ching, Erik, *Las masas, la matanza y el martinato*.

Cuenca, Breny. "La fisura en el FMLN: Diferencias ideológicas o pugna de poder"? *Tendencias*. San Salvador, No.31 (Junio 1994).

Dalton, Roque. "La noche que conocí a Regis". La Habana, *Casa de las Américas*, No. 40, (julio-agosto de 1968).

- "Otto René Castillo: su ejemplo y nuestra responsabilidad", in Otto René Castillo, *Informe de una injusticia. Antología poética* (San José: EDUCA, 1975)
- "Poesía y militancia en América Latina". *Casa de las Americas*, Havana, Cuba, no. 20-21 (septiembre-diciembre, 1963).
- Dalton, Roque y Victor Miranda, "Present Phase of the Revolutionary Movement in Latin America," *World Marxist Review*, 10:5 (May, 1967): 48-57.
- Denegri, Francesca. "Testimonio and its Discontents". en Stephen Hart y Richard Young, *Contemporary Latin American Cultural Studies* (London: Arnold, 2003).
- Dickey, Christopher. "Behind the Death Squads: Who They Are, How they Work and Why No One Can Stop Them". *New Republic* 189, December 26, 1983.
- Gould, Jeff. "Revolutionary Nationalism and Local Memories in El Salvador". en Gil Joseph, ed., *Reclaiming the Political in Latin American History: The View from the North* (Durham: Duke University Press, 2001).
- Gould, Jeff, and Aldo Lauria. "They Call us Thieves and Steal Our Wage". *Hispanic American Historical Review* 84:2 (May, 2004).
- Greib, Kenneth. "The U.S. and the Rise of Maximiliano Hernández-Martínez". *Journal of Latin American Studies* 3:2 (1970).
- Griffith, Kati, and Leslie Gates. "A State's Gendered Response to Political Instability: Gendering Labor Policy in Semiauthoritarian El Salvador, 1944-1972". *Social Politics* (Summer, 2002).
- Handal, Shafik. "Que la sangre de Rafael Aguinada Carranza no se haya derramando en vano," *Revista Internacional*, (junio de 1976).
- "Inseverable Interconnection". *World Marxist Review* 21:5 (mayo de 1978).
- "We Have no Alternative to Armed Struggle". *World Marxist Review* 23:10 (octubre de 1980).
- Hernández-Aguirre, Mario. "La nueva poesía salvadoreña: 'la Generación Comprometida'", *Revista Cultura* 20 (abril-junio, 1961).
- Hirsch, Marianne. "Projected Memory: Holocaust Photographs in Personal and Public Fantasy". en Bal, Mieke, et. al., (eds.), *Acts of Memory: Cultural Recall in the Present* (Hanover: University Press of New England, 1999).
- Izalco, Juan de. "La Matanza de 1932 en El Salvador". *Repertorio Americano* XLI:4 (11 de marzo, 1944) and XLI:6 (29 de abril de 1944).
- Kirkpatrick, Jeane "The Hobbes Problem". in Robert S. Leiken and Barry Rubin, eds. *The Central American Crisis Reader* (New York: Summit Books, 1987).
- Luna, David. "Análisis de una dictadura fascista latinoamericano: Maximiliano Hernández-Martínez, 1931-1944". *La Universidad* 94:5 (1969).
- "Un heroico y trágico suceso de nuestra historia", en *Seminario Contemporánea de Centro América: El Proceso político Centroamericano* (San Salvador: Editorial Universitaria, 1964).
- Lungo Uncles, Mario, and Anna Mary Keene. "El Salvador in the Eighties: Counterinsurgency and Revolution". *Journal of Latin American Studies* 30:2 (1998).
- MacNaught, Roy. "The Horrors of Communism in El Salvador". *Central American Bulletin*, no. 181 (Dallas, TX, March 1932).

- Montes, Victor. "What is Happening in El Salvador"? *World Marxist Review* 20:12 (diciembre de 1977).
- Nairn, Allan. "Behind the Death Squads". *The Progressive* (mayo de 1984).
- North American Congress on Latin America, *Central America: North American Congress on Latin America (NACLA) Archive of Latin America* (NY: Scholarly Resources, 1997), 16 rollos de microfilm.
- Passerini, Luisa. "Introduction", en Passerini, Luisa, (ed.), *Memory and Totalitarianism* (NY: Oxford University Press, 1992).
- Renan, Ernest. "What is a Nation"? en Homi Bhabha, (ed.), *Nation and Narration* (London: Routledge, 1994 [1990]).
- Rodríguez, Ileana. "Organizaciones populares y literatura testimonial: los años treinta en Nicaragua y El Salvador." en Rose Minc, (ed.), *Literature in Transition: The Many Voices of the Caribbean Area* (College Park: MD: Hispamérica & Montclair State College, 1982).
- Sánchez, José. "Los cambios sociales y la política del Partido Comunista de El Salvador" *Revista Internacional* 8:8 (1965).
- Smith, Jay M. "No More Language Games: Words, Beliefs and the Political Culture of Early Modern France". *American Historical Review* 102:5 (diciembre de 1997).
- Smith, T. Lynn. "Notes on Population and Rural Social Organization in El Salvador". *Rural Sociology* 10:4 (diciembre de 1945).
- Sommers, Margaret. "Narrating and Naturalizing Civil Society and Citizenship Theory: The Place of Political Culture and the Public Sphere". *Sociological Theory* 13:3 (noviembre de 1995).
- "What's Political or Cultural about Political Culture and the Public Sphere? Toward a Historical Sociology of Concept Formation." *Sociological Theory* 13:2 (julio de 1995).
- Toruño, Rhina. "Juan Felipe Toruño como figura histórica en el desarrollo de la literatura salvadoreña". Ponencia del V Congreso Centroamericano de Historia, San Salvador, julio 2000.
- Villalobos, Joaquín, recensión de libro, *Revolutionary Movements in Latin America: El Salvador's FMLN and Peru's Shining Path*, en *Journal of Latin American Studies* 32:2 (May 2000).
- Zamosc, Leon. "The Landing that Never Was: Canadian Marines and the Salvadoran Insurrection of 1932". *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies* 21 (1986).

Archivos

El archivo de Roque Dalton de la familia Dalton

Los documentos del archivo pueden dividirse en cinco categorías.

- 1) (Versión mecanografiada final intitulada de Miguel Mármol. Testimonio bibliográfico-político. (Redacción final, introducción, notas, selección de documentos y apéndices de R. D.) Praha 1966-La Habana 1971."

2) Una serie de documentos mecanografiados relacionados a los eventos de 1932, la mayoría de los cuales se utilizaron para escribir el testimonio.

Glosario de salvadoreñismos.

El espíritu de los trabajadores!!!

Circular firmada por Miguel Mármol. Circular No. 2 Segunda Epoca
Prosa dedicada a una joven maestra directora de la escuela de Santa Elena,
Departamento de Usulután. 1932

Poema de la clandestinidad. Usulután, junio de 1933

Pensamiento dirigido a un militante de la organización revolucionaria cubana
"Joven Cuba" retenido en El Salvador en 1935, para rehacerle el ánimo que
se le miraba abatido, En las celdas de la Policía Nacional. 1935

Poema a la madre desde la prisión. 1935, en la Policía Nacional

Carta declaratoria de huelga de hambre dirigida al Director General de la
Policía Nacional, Coronel Francisco Merino Rosales. 12 de noviembre de 1935

Carta de despedida de Miguel Mármol al autor después de finalizada la serie
de entrevistas y sesiones de trabajo que sirvieron de base al relato
autobiográfico. Praga, 1o de junio de 1966

Carta de Miguel Mármol al autor desde México. México, D. F., 20 de julio de
1966

Sobre la estrategia huelguista. San Salvador, 13 de enero. 1930

Plan de trabajo modelo para los sindicalistas de la FRT de El Salvador (dic. De
1930)

Documentos relacionados al Socorro Rojo Internacional en El Salvador

Estatutos del Socorro Rojo Internacional

Secretario General de la Sección Salvadoreña del Socorro Rojo Interna-
cional. Secretario General de la Sección Guatemalteca del mismo. San
Salvador, 22 de septiembre de 1930

Socorro Rojo Internacional. New York, 14 de octubre de 1930

New York, 5 de noviembre de 1930

Partido Comunista de El Salvador. Sección de la Internacional Comunis-
ta, El Salvador, C. A. 15 de diciembre de 1930

"Fines del Socorro Rojo Internacional", hoja suelta de 1931.

Comunicación de una militante para el Socorro Rojo Internacional –
Sonsonate. 14 de enero de 1931. Julia Mojica

Circular del SRI desde Nueva York. New York City, 28 de enero de 1931

El problema de las finanzas del SRI. 8 de febrero de 1931.

Al Comité Ejecutivo. New York, 26 de febrero de 1931

Mensaje del Secretariado del Caribe del SRI a la Sección Salvadoreña.
New York 26 de febrero de 1931

Socorro Rojo Internacional. Secretariado del Caribe. New York 13 de
marzo de 1931

Socorro Rojo Internacional. Secretariado del Caribe. New York 13 de marzo de 1931. Circular no. 68

Datos de un carnet de miembro del Socorro Rojo Internacional, Sección de El Salvador

Socorro Rojo Internacional. Secretariado del Caribe. “Los crímenes de la reacción salvadoreña”

Socorro Rojo Internacional. Sección de El Salvador. Comité Ejecutivo Nacional. (Confidencial y urgente)

La propaganda audiovisual de los comunistas salvadoreños de los años 30: esquemas de divulgación y propaganda marxista-leninista.

Documentos del Partido Comunista Salvadoreño

Manifiesto del PCS con motivo de la masacre de mayo en Sonsonate y la detención de Farabundo Martí.

Carta al Comité Pro – Candidatura Comunista en las elecciones municipales de Santa Tecla. Nueva San Salvador, 31 de diciembre de 1931.

Nota de la Comisión Nacional de política electoral del PCS. San Salvador 2 de enero de 1932.

Partido Comunista de El Salvador, Sección de la Internacional Comunista. Comité Central. San Salvador, enero 5 de 1932.

Manifiesto comunista para los soldados de Ahuachapán. Ahuachapán, enero 7 de 1932.

Candidatos a diputados por el Partido Comunista en las elecciones de enero de 1932.

Instrucciones electorales del PC en enero de 1932.

De Comité Central al Comité departamental de Santa Ana sobre las elecciones. 8 de enero de 1932.

Plan que desarrollará el Comité Militar Revolucionario el día ... del actual (enero) en la lucha por la toma del poder por los obreros, campesinos y soldados, por resolución del Comité Central del Partido Comunista de El Salvador.

14 de enero de 1932. Por qué el soldado debe tomar parte en la revolución proletaria.

Dos comunicaciones de militantes dirigidas al Comité Central del Partido en los días anteriores a la insurrección y una información dirigida al Comité Militar Revolucionario de San Salvador.

San Salvador, enero 15 de 1932. Al Comité Militar Revolucionario.

Credencial de Comandante Rojo.

Instrucciones del 16 y 19 de enero de 1932.

Manifiesto del Partido Comunista de El Salvador a los soldados del ejército. San Salvador, enero 20 de 1932.

Manifiesto del Comité Central del Partido Comunista a las clases trabajadoras de la República: obreros, campesinos y soldados (entrevista publicado en *La Verdad*, publicación del PCS, enero-febrero de 1963).

Transcripción del debate en el Seminario de Historia Contemporánea de Centroamérica, en la Universidad de El Salvador en el año 1963. Fragmentos de “Años de lucha heroica (El 35 aniversario del Partido Comunista Salvadoreño),” pro Alberto Gualán.

“Los partidos políticos.” Editorial of “La Estrella Roja,” órgano del Grupo Marxista de la Universidad de El Salvador y del Grupo de Revolución Universitaria, 19 de diciembre de 1931.

3) Cuaderno de notas de entrevista intitulado “Miguel Mármol”, Manuscrito. 37 páginas

Un total de sesenta y una páginas de notas tomadas durante la entrevista con Miguel Mármol. Estas notas constituyen la materia prima principal para el testimonio.

4) Una historia mecanografiada de noventa y ocho páginas sobre el Partido Comunista, fechada La Habana, enero de 1972.

5) Otros documentos anexos al Cuaderno

México, 23 de junio de 1966 (carta mecanografiada y fechada al final en la que Mármol añade detalles autobiográficos). 5 páginas

México, D. F., 20 de junio de 1966 (carta mecanografiada de E. Flores). 1 página

París, 2 de junio de 1966 (carta manuscrita de Miguel Mármol). 2 páginas

Si se alarga mi permanencia aquí (nota mecanografiada sin fecha). 1 página

Méjico, 8 de junio de 1966 (carta mecanografiada). 1 página

[Carta de despedida manuscrita de Miguel Mármol, fechada] Praga, 1o de junio de 1966. 2-4 páginas

Señor Director General de la Policía Nacional (presenta una grafía original distinta, la de Miguel Mármol, 12 de noviembre de 1935). 2 páginas

Nota de huelga de hambre (presenta una grafía original distinta, la de Miguel Mármol, en la prisión 1935). 2 páginas

Catorce meses de estar preso (presenta una grafía original distinta, la de Miguel Mármol, Usulután, junio de 1933). 1 página

[Cuatro poemas de Miguel Mármol desde la prisión, anotamos frase inicial]. 2 páginas

Una noche de alegres sinfonías (1934 en la	prisión).
Nadie podría creer que en este verjel florido	haya un capullo inaccesible (1932 en Usulután).

El revolucionario en vida sino es savia es corteza (en la prisión 1934).
Pensamiento dirigido al escritor Martínez, Director de la revista "Cypactly"
(en la prisión, 1935).

Condiciones revolucionarias que determinan la Revolución Democrática Bur-
guesa. 2 páginas

Antítesis. No había condiciones. 1 página

Plan militar. 1 página

El carácter leninista de nuestra lucha. 2 páginas

Mi permanencia en Guatemala. Cómo fue que se originó... (presenta una
grafía original distinta, semejante al documento siguiente, y una numeración
superior independiente) - 1-20 (numeración superior). 20 páginas

La Alianza Nacional de Zapateros (presenta una grafía original distinta, seme-
jante al documento anterior, y una numeración superior independiente) – 1-
5 (numeración superior). 5 páginas

El Partido Unión Nacional de Trabajadores (la grafía de este documento es
distinta, igual a la del documento siguiente. Presenta una numeración supe-
rior independiente, 1-7). 7 páginas

La reunión del 30 de marzo [de 1945; la grafía de este documento es distinta.
Es igual a la del documento anterior. Presenta una numeración superior inde-
pendiente, 9-10]. 2 páginas

1. Sonsonate (fragmento cortado al final; mecanografiado tomado del libro
de Joaquín Méndez h. (1932)). 3 páginas

Vistazo a una época. L. Ponce (mecanografiado). 3 páginas

[Notas esquemáticas]. 1 página

[Lista de nueve puntos]: 1) 1912 en El Salvador. 1 página

"Figuras". 1 página

Sosousky – Consigna de los Soviets. 1 página

Espíritu internacionalista (Internac. Sindical Roja). 1 página

La insurrección de 1932. Anti-Luna [lista de cuatro puntos]. 1 página

Tocado en cierta forma por el artículo de Shafick para la Revista Internacional
[lista de tres puntos numerados 4-6]. 1 página

...del primero de febrero de 1932..." (mecanografiado, fragmento cortado
al final). 6 páginas

- Actividad subjetiva de los seres humanos (Copia textual; mecanografiado). 2 páginas
- Los poetas*. Mecanografiado: San Salvador, 1964a. Cortesía de la familia. 114 páginas.
- Los poetas (Novela.)*. Mecanografiado Mutilado: El Salvador, 1964b.
- X Certamen Nacional de Cultura/República de El Salvador, presentado por Juan de la Lluvia. Cortesía de la familia. 130 páginas
- Archivo General de la Nación, San Salvador, El Salvador
 Ministerio de Gobernación, Sección Sonsonate, Cajas 1, 2, 3 and 4.
 Ministerio de Gobernación, Colección de Nulos, Cajas 7 and 9.
- Sección Indiferente, Capítulo 1, Caja 17.
- Library of Congress, Estados Unidos
 Manuscript Collection, Guatemala Documents Collection (GDC), 1944-1954, Reel 8019, Personal Papers of Victor M. Gutiérrez.
- National Archives, Washington D.C., Estados Unidos
 USNA, RG 59, Box 5509.
 USNA, RG 59, 816.00 Revolutions/99
 USNA, RG 59, 816.00 Revolutions/108
- Washington National Records Center, Maryland, Estados Unidos, G-2 Military Reports, Caja 763, inventario o folder 3000-3020, Political. "Memorandum: The Story of Communism in El Salvador." Escrito en 1943.
- Public Records Office, Kew Gardens, Inglaterra.
 A 4077/9/8.
 A379/9/8, A400/9/8, A 500/9/8, A525/9/8 and A537/9/8. A379/9/8, A400/9/8, A 500/9/8, A525/9/8 and A537/9/8
 A 4077/9/8,
 FO 371 15814.
- Russian State Archive of Social and Political History [Archivo del Estado Ruso para la Historia Social y Política] (RGASPI), Moscú, Rusia, conocido anteriormente como Russian Centre for the Preservation and Study of Documents of Most Recent History [Centro Ruso para la Conservación y el Estudio de Documentos de la Historia más Reciente] (RTsKHIDNI),
 Fond 495 Opis 119 Inventario (o folder) 1, abreviado como 495:119:1.
 495:119:4
 495:119:7
 495:119:10
 495:119:11

495:119:12
500:1:5
534:7:455
539:3:1060

Yale University Manuscripts Collections.

Diario de Henry Stimson, secretario de estado de Estados Unidos, 25 de enero de 1932.

Tesiss de Doctorados

Astilla, Carmelo. "The Martínez Era: Salvadoran-American Relations, 1931-1944." Ph.D. Dissertation, Louisiana State University, 1976.

Cárceles, Jorge. "Discourses of Reformism: El Salvador 1944-1960." Ph.D. Dissertation, University of Texas, Austin, 1996.

Ching, Erik. "From Clientelism to Militarism: The State, Politics and Authoritarianism in El Salvador 1840-1940." Ph.D. Dissertation, University of California, Santa Barbara, 1997.

Elam, Robert V., "Appeal to Arms: The Army and Politics in El Salvador, 1931-1964." Ph.D. Dissertation., University of New Mexico, 1968)

Guevara, Aldo, "Military Justice and Social Control: El Salvador, 1931-1960." Ph.D. Dissertation, University of Texas, Austin, 2007.

Lauria, Aldo. "An Agrarian Republic: Production and the Peasantry in El Salvador, 1740-1920." Ph.D. Dissertation, University of Chicago, 1990.

Tesis de Licenciatura

Ramírez Fuentes, Alfredo José, "El discurso anticomunista de las derechas y el estado como antecedente de la guerra civil en El Salvador, 1967-1972", Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad Nacional de El Salvador, 2008.

Entrevistas

Salvador Pérez (nacido en 1914), Salcoatitán, 23 de julio, 2000.

Giovani Galeas, San Salvador, 14 de marzo, 2005.

Diputado anónimo de ARENA, Asamblea Nacional, San Salvador, El Salvador, 9 de mayo, 2004.

Periódicos

Diario del Salvador

Diario Latino

El Día

El Diario de Hoy

La Prensa

La Tribuna

Primera Plana

Panfletos y Publicaciones Efímeras

"Mensaje del Señor Presidente de la República, General Maximiliano Hernández Martínez leído ante la Asamblea Nacional, en el acto de la apertura de su periodo de sesiones ordinarias, el día 4 de febrero de 1932."

"Manifiesto del ejército a la nación." San Salvador, 27 de enero de 1932.

Sitios de Web

<http://encontrarte.aporrea.org/teoria/perfiles/26/>

<http://www.ucm.es/info/cecal/encuentr/areas/politica/2p/martin>

<<<http://www.fuerzaarmada.gob.sv/heroes-militares/Heroes%20todos.htm>>>.

<<http://www.elsalvador.org/embajadas/eeuu/home.nsf/cultura>>

Primera Plana. 1: 4. San Salvador: 7/13 Octubre, 1994. http://lanic.utexas.edu/project/lasa95/arreaza1_fn.html#fn20

Vázquez Olivera, Mario. "'País mío no existes'. Apuntes sobre Roque Dalton y la historiografía contemporánea de El Salvador." in the electronic journal Istmo

<<http://www.denison.edu/collaborations/istmo/articulos/pais.html>>.

<<http://www.wmich.edu/teachenglish/subpages/literature/rigobertamenchu.htm>>.

www.elfaro.net

<http://www.weblog.com.ar/000017.html>.

<http://www.marxists.org/archive/lenin/works/index.htm>

Películas

Consalvi, Carlos Henriquez, and Jeff Gould. *1932: Cicatriz de la Memoria*. Museo de la Palabra y la Imagen, 2003.

Flores Ascencio, Daniel. *"Ama: memoria del tiempo."* Huevos Indios Productions, 2003.

El presente libro se ocupa de uno de los hechos políticos que han dejado huella profunda en el país: El levantamiento campesino y la masacre que tuvieron lugar en el año de 1932.

Su abordaje es novedoso y particular, pues más allá del establecimiento de los hechos específicos y sus actores, en el mismo asumen importancia central los discursos y las memorias construidas en torno a los trágicos sucesos de ese año. Se trata de una perspectiva de análisis imprescindible para la comprensión de todo fenómeno histórico de tal trascendencia, especialmente cuando –como lo ha sido con los sucesos del 32- los acontecimientos solo han tenido la posibilidad de permear la memoria colectiva por la vía de las tradiciones orales, y no por el libre acceso a memorias documentales o al menos por un debate plural y público orientado a determinar con algún nivel de objetividad lo sucedido.

Con todo, lo cierto es que de alguna manera, todas y todos los salvadoreños sabemos que algo grave pasó en “el 32”. Sin tener claridad de qué, cómo o por qué aconteció en aquel año determinado suceso; en la memoria colectiva salvadoreña “el 32” es real como fenómeno político. Tan real que incluso se constituyó en un referente histórico central en el imaginario ideológico de las fuerzas político-militares enfrentadas en la guerra civil salvadoreña de la década de los 80. Un elemento de tal imaginario, sin duda ha sido el supuesto protagonismo del Partido Comunista en el levantamiento de aquel año. Se tratara de construir miedos y responsabilizar de los horrores; o de denunciar privilegios e impunidades y reivindicar liderazgos de vanguardia, tal tesis compartida sobre “el 32” fue funcional en todo el siglo XX a los propósitos de izquierdas y derechas.

“Recordando 1932: La Matanza, Roque Dalton y la Política de la Memoria Histórica”, es una obra dedicada al análisis y la comprensión de los acontecimientos, así como de las visiones y las memorias construidas o reconstruidas sobre lo sucedido aquel año trágico en El Salvador. Sus autores Ching, Lara y Lindo, teniendo como punto de partida las entrevistas que en 1966 hiciera Roque Dalton al activista obrero y dirigente comunista sobreviviente, Miguel Mármol, y la posterior obra titulada “Miguel Mármol”; asumen con detalle y rigor académico la reconstrucción y el debate sobre las memorias construidas sobre 1932, las condiciones que las posibilitaron o exigieron, y sus influencias sobre el curso posterior de la historia del país.



FLACSO
EL SALVADOR

